la primera ley: libro II

Antes de que los cuelguen

Joe Abercrombie

RUNAS

Ciencia ficción y fantasía

JOE ABERCROMBIE

ANTES DE QUE LOS CUELGUEN

La primera ley

Libro II

Índice

RESUMEN 5
PARTE I.....6
La gran niveladora 7
El mejor de los planes 16
Preguntas.....35
Las heridas del pasado 52
El estado de las defensas 67
En eso consiste la confianza.....83
Aliados 93
Política de hoguera 109
Delitos menores.....124
Lluvia 137
Una compañía sanguinaria 147
Sombras alargadas 156
Y ahora... mi oro 166
Miedo 176
Las Cien Palabras 188
Un ciego guiando a otros ciegos 197
La estratagema del Príncipe Ladisla.....202
Hasta la puesta de sol 210
Mal asunto.....219
En la senda de la victoria 224
Males necesarios.....228
Entre las piedras 234
Los frutos de la audacia 248
La cena está servida 265
Uno de los nuestros 279
PARTE II 282
Rumbo al norte 283
Escasa clemencia 291



¿Así que esto es el dolor? 308
Paso a paso 318
Ganas de gastar saliva 328
Cuestión de tiempo 338
Cicatrices 352
Furioso 366
Hasta el último hombre 377
La joya de las ciudades 386
Suerte 401
Bajo las ruinas 418
No están hechos el uno para el otro 434
El regreso del héroe 448
Triste consuelo 462
Las altas cumbres 474
Cambio de bando 486
Un precio barato 495
Hacia los confines del mundo 502
Antes de la tormenta 514
Preguntas 521
La defensa del frente 533
Un castigo adecuado 565
La morada de las piedras 575
De vuelta al barro 585
Agradecimientos 590

RESUMEN

«Debemos perdonar a nuestros enemigos, pero nunca antes de que los cuelguen.»

(H. Heine)

El Superior Glokta tiene un problema. ¿Cómo defender una ciudad rodeada de enemigos y minada por la traición? Los hombres del Norte han cruzado la frontera y han entrado a sangre y fuego en territorio de la Unión. Para detenerlos no bastará con el ejército del Rey. Bayaz, el Primero de los Magos, conduce a un heterogéneo grupo de aventureros en una peligrosa misión por las ruinas del pasado. Antes de que los cuelguen ha sido elegido el libro favorito de los lectores de SFFWorld.com y estuvo entre los finalistas del SFSite en 2007.

PARTE I

«Debemos perdonar a nuestros enemigos,

pero nunca antes de que los cuelguen.»

HEINRICH HEINE

La gran niveladora

Maldita niebla. Se te mete en los ojos, no te deja ver más que un par de zancadas del terreno que tienes delante. Se te mete por las orejas, no te deja oír nada, y si acaso oyes algo, no sabes de dónde viene. Se te mete por la nariz, no te deja oler nada que no sea humedad. Maldita niebla. Es la pesadilla del explorador.

Hacía unos días que habían dejado el Norte y entrado en Angland, cruzando el Torrente Blanco, y desde entonces el Sabueso andaba con los nervios a flor de piel: explorando territorio desconocido en medio de una guerra que ni les iba ni les venía. También sus camaradas andaban inquietos. Aparte de Tresárboles, ninguno de ellos había salido nunca del Norte. Hosco tal vez sí. Pero no solía hablar de los sitios en los que había estado.

Habían pasado unas cuantas granjas incendiadas y un pueblo abandonado por sus habitantes. Las típicas construcciones de la Unión, edificios grandes, cuadrados. Habían visto huellas de caballos y de hombres. Muchas huellas, pero ni un solo hombre. El Sabueso sabía que Bethod no podía andar muy lejos; su ejército estaría desplegado por el territorio, buscando ciudades que incendiar, provisiones que robar, gente a la que matar. Sembrando la destrucción a su paso. Tendría exploradores por todas partes. Si capturaban al Sabueso, o a cualquiera de sus compañeros, volverían al barro, aunque no de forma demasiado rápida. Cruces ensangrentadas, cabezas ensartadas en picas, todas esas cosas; el Sabueso no se hacía demasiadas ilusiones al respecto.

Si los que les capturaban eran los hombres de la Unión, lo más probable es que también pudieran darse por muertos. Al fin y al cabo, aquello era una guerra, y la gente no suele pensar con demasiada claridad cuando está en guerra. El Sabueso no creía que fueran a perder el tiempo distinguiendo entre norteños amigos y enemigos. Sí, la vida estaba infestada de peligros. Había motivos de sobra para estar nervioso, y él, incluso en sus mejores momentos, era un tipo propenso al nerviosismo.

Así que no era de extrañar que la niebla fuera, por así decirlo, como sal en una herida abierta.

De tanto andar dando vueltas entre tinieblas, le había entrado sed, así que se abrió paso entre la pegajosa maleza en dirección a un lugar donde se oía el rumor de un río. Al llegar a la orilla, se arrodilló. Un suelo cenagoso el de ahí abajo, una pútrida mezcla de barro y hojarasca, pero el Sabueso no pensaba que un poco de cieno fuera a cambiar mucho las cosas; ya estaba todo lo sucio que puede llegar a estar un hombre. Haciendo cuenco con las manos, cogió un poco de agua y bebió. Entre los árboles corría una leve brisa que hacía que la niebla se abriera y se cerrara alternativamente. Fue entonces cuando el Sabueso lo vio.

Estaba tumbado boca arriba, con las piernas hundidas en el río y el tronco apoyado en la orilla. Se quedaron un rato mirándose, conmocionados, asombrados. Un largo palo sobresalía de su espalda. Una lanza rota. Fue entonces cuando el Sabueso se dio cuenta de que estaba muerto.

Escupió el agua y se arrastró hasta él, echando miradas a diestro y siniestro para asegurarse de que no había nadie esperando para soltarle un tajo por la espalda. El cadáver de un hombre de unas dos docenas de años. Cabello rubio y labios grisáceos teñidos de sangre parda. Llevaba un chaquetón guateado, hinchado por la humedad: el tipo de vestimenta que suele llevarse debajo de una cota de mallas. Un guerrero, pues. Tal vez un rezagado que había quedado separado de su unidad y había sido liquidado. Un hombre de la Unión, sin duda, aunque su aspecto no era muy distinto del del Sabueso o del de cualquier otro, ahora que estaba muerto. Todos los cadáveres se parecen.

«La gran niveladora», se dijo para sus adentros el Sabueso, que estaba en vena meditabunda. Así la llamaban los montañeses. La muerte. La que a todos iguala. A los Grandes Guerreros y a los don nadies, a los del Norte y a los del Sur. Al final nos atrapa a todos y a todos da el mismo trato.

El tipo aquel no parecía llevar muerto más que un par de días. Lo cual significaba que quienquiera que lo hubiera matado podía seguir por ahí cerca, y eso al Sabueso le inquietaba. Ahora le parecía que la niebla estaba llena de ruidos. Tal vez hubiera cientos de Caris ocultos en el bosque. O tal vez sólo fueran las aguas del río lamiendo la orilla. El Sabueso dejó al cadáver ahí tirado y se escabulló por entre los árboles, saltando de un tronco a otro a medida que sus siluetas surgían en medio de las tinieblas.

Estuvo a punto de tropezar con un cuerpo que se encontraba medio enterrado entre la hojarasca con los brazos extendidos. Luego pasó junto a otro que estaba de rodillas, con un par de flechas en el costado; la cara hundida en el barro y el culo al aire. No hay dignidad en la muerte, es un hecho. El Sabueso avivó el paso; estaba ansioso por llegar cuanto antes junto a sus camaradas para contarles lo que había visto. Ansioso por alejarse de todos aquellos malditos cadáveres.

A lo largo de su vida había visto muchos, más de los que habría deseado, pero nunca había llegado a acostumbrarse a verse rodeado de muertos. Es muy fácil convertir a un hombre en carroña. Conocía miles de formas de hacerlo. Pero una vez que se ha hecho, ya no hay vuelta atrás. Hace sólo un instante era un hombre lleno de esperanzas, pensamientos y sueños. Un hombre con amigos y familia, con un lugar del que formar parte. Y un instante después no es más que barro. Le hacía pensar al Sabueso en todos los apuros por los que había pasado, en todas las batallas y combates en los que había tomado parte. Le hacía pensar en la suerte que tenía de seguir respirando. Estúpida suerte. Le hacía pensar que la suerte podía acabársele en cualquier momento.

Ahora ya casi corría. Sin ninguna prevención. Avanzando a tumbos entre la niebla como un niñato sin experiencia. Sin tomarse su tiempo, sin ventear el aire, sin aguzar el oído. Un Gran Guerrero como él, un explorador que había recorrido todo el Norte, jamás debería haber actuado así, pero no se puede andar despierto en todo momento. Por eso no lo vio venir.

El golpe lo recibió en el costado, un golpe fuerte que le hizo caer de bruces. Se revolvió para levantarse, pero le echaron abajo de un puntapié. El Sabueso trató de resistirse, pero el cabrón aquel, quienquiera que fuera, tenía una fuerza tremenda. Casi sin darse cuenta, se encontró con la espalda aplastada contra el suelo y sin poder echarle la culpa a nadie más que a sí mismo. A él, a los cadáveres, a la niebla. Una mano se cerró sobre su cuello y empezó a comprimirle la tráquea.

—Gurgh —graznó, tentando la mano y pensando que había llegado su hora. Pensando que todas sus esperanzas se iban a convertir en barro. Que la gran niveladora al fin le había atrapado...

De pronto, los dedos aflojaron la presión.

—¿Sabueso? —le dijo una voz al oído—. ¿Eres tú?

—Gurgh.

La mano le soltó la garganta y el Sabueso aspiró una bocanada de aire. Luego sintió que le tiraban de la zamarra.

—¡Me cago en la puta, Sabueso! ¡Podría haberte matado! —Ahora reconocía la voz, vaya si la reconocía. Dow el Negro, el muy cabrón. El Sabueso se sentía a medias irritado por haber estado a punto de morir asfixiado y a medias ridículamente contento de seguir con vida. Oyó a Dow reírse de él. Una risa tan áspera como el graznido de una corneja—. ¿Estás bien?

—He tenido recibimientos más calurosos que éste —soltó con voz ronca el Sabueso, que seguía esforzándose por llevar aire a sus pulmones.

—Considérate afortunado, el recibimiento podría haber sido más frío. Frío de cojones. Te tomé por uno de los exploradores de Bethod. Pensaba que andabas más arriba, por lo alto del valle.

—Pues ya ves que no —repuso con un susurro—. ¿Dónde están los demás?

—En la cima de la colina, por encima de esta maldita niebla. Echando un vistazo.

El Sabueso señaló con la cabeza el camino por el que había venido.

—Por ahí hay cadáveres. A montones.

—¿A montones, dices? —preguntó Dow como si no creyera que el Sabueso supiera qué aspecto tenía un montón de cadáveres—. ¡Ja!

—Pocos desde luego no son. Muertos de la Unión, me parece. Creo que por aquí ha habido lucha.

Dow el Negro volvió a soltar una carcajada.

—¿Lucha? ¿Eso crees? —el Sabueso no entendía muy bien qué demonios quería decir con eso.

* * *

—Mierda —dijo.

Estaban de pie en lo alto de la colina los cinco. La niebla se había disipado, pero el Sabueso casi habría preferido que no fuera así. Ahora entendía lo que quería decir Dow, vaya si lo entendía. El valle entero estaba sembrado de cadáveres. Desperdigados por lo alto de las laderas, encajados entre las rocas, tirados entre las matas de tojo. Se desparramaban por la hierba del fondo del valle como clavos vertidos de un saco, y sus cuerpos retorcidos y mutilados llenaban el sendero de tierra. Se amontonaban junto al río, formando grandes pilas a la orilla. Brazos, piernas, restos rotos de su equipo surgían entre los últimos jirones de niebla. Estaban por todas partes. Acribillados a flechazos, acuchillados, destrozados a hachazos. Los cuervos graznaban mientras brincaban de un almuerzo a otro. Era un buen día para los cuervos. Hacía tiempo que el Sabueso no veía un verdadero campo de batalla y los recuerdos que le traía su visión eran amargos. Horriblemente amargos.

—Mierda —dijo de nuevo. No se le ocurría nada mejor que decir.

—Me imagino que las tropas de la Unión marchaban por el camino ese —un pronunciado ceño se dibujaba en el semblante de Tresárboles—. Irían deprisa. Tratando de pillar desprevenido a Bethod.

—Parece que sus exploradores no hicieron demasiado bien su trabajo —tronó Tul Duru—. Parece que fue Bethod quien les pilló a ellos.

—Tal vez hubiera niebla —terció el Sabueso—, igual que hoy.

Tresárboles se encogió de hombros.

—Tal vez. Es normal en esta época del año. La hubiera o no, el caso es que estaban en el camino, formados en columna, cansados tras un largo día de marcha. Bethod cayó sobre ellos desde aquí y desde las crestas de las colinas de allá arriba. Un diluvio de flechas, primero, para romper la formación, y luego los Caris se abalanzaron sobre ellos desde los altos, aullando como bestias y prestos para el combate. Las tropas de la Unión debieron de desbandarse muy rápido.

—Rápido de cojones —apostilló Dow.

—Lo que vino luego fue una carnicería. Dispersos por el camino. Atrapados contra las aguas. Poca escapatoria tenían. Algunos trataron de desprenderse de la armadura, otros intentaron cruzar el río con ella puesta. Una masa de hombres tratando de trepar unos por encima de otros bajo una lluvia incesante de flechas. Puede que algunos lograran alcanzar ese bosque de ahí, pero conociendo a Bethod seguro que tenía a unos cuantos jinetes de reserva listos para rebañar el plato.

—Mierda —dijo el Sabueso, al que empezaban a revolvérsele las tripas. Sabía por propia experiencia lo que era verse cogido en una encerrona, y el recuerdo no tenía nada de grato.

—Un golpe maestro —sentenció Tresárboles—. Hay que reconocérselo al cabrón de Bethod. Conoce su oficio como nadie.

—Entonces, ¿todo ha terminado? —preguntó el Sabueso—. ¿Bethod ha ganado ya?

Tresárboles sacudió con parsimonia la cabeza.

—Hay muchos sureños por ahí. Una auténtica montonera. La mayoría viven al otro lado del mar. Dicen que son más de los que puedan contarse. Más que árboles hay en el Norte. Puede que aún tarden un tiempo en llegar hasta aquí, pero vendrán. Esto no ha hecho más que empezar.

El Sabueso echó un vistazo al valle húmedo, a la multitud de cadáveres que yacían acurrucados, retorcidos y despatarrados por el suelo, convertidos en alimento para los cuervos.

—No parece que haya empezado muy bien para ellos.

Dow enroscó la lengua y lanzó un escupitajo procurando hacer el máximo ruido posible.

—¡Se han dejado acorralar y sacrificar como si fueran un rebaño de ovejas! ¿Es así como quieres morir? ¿Eh, Tresárboles? ¿Quieres aliarte con una gente como ésa? ¡Maldita Unión! ¡No saben nada sobre la guerra!

Tresárboles asintió.

—En tal caso me parece que nos a va a tocar a nosotros enseñarles.

* * *

Una muchedumbre se agolpaba en torno a la verja. Mujeres de cara demacrada y aspecto hambriento. Niños sucios y andrajosos. Hombres, viejos y jóvenes, doblados bajo el peso de grandes fardos o aferrando todo tipo de objetos. Algunos llevaban mulas o empujaban carretas cargadas hasta los topes con trastos de aspecto inútil: sillas de madera, cacharros de latón, aperos de labranza. Muchos otros no tenían nada, aparte de su miseria. El Sabueso supuso que de eso no debían de andar escasos en aquel lugar.

Obstruían el camino con sus cuerpos y sus bártulos. Llenaban el aire con sus ruegos y amenazas. El Sabueso podía oler su miedo, tan espeso como un puré. Todos huían de Bethod.

Se daban empellones a base de bien; unos empujaban hacia dentro, otros salían rebotados hacia fuera, acá y allá alguno caía al barro, pero todos bregaban con desesperación por alcanzar aquella verja como si se tratara de la teta de una madre. La multitud, sin embargo, no parecía avanzar. Por encima de las cabezas de la muchedumbre, el Sabueso vislumbró el destello de unas puntas de lanza y oyó unas voces desabridas que gritaban. Allí adelante había soldados, soldados impidiendo a todo el mundo el acceso a la ciudad.

El Sabueso se inclinó hacia Tresárboles.

—Parece que ni siquiera quieren saber nada de los suyos —le susurró—. ¿Crees que nos querrán a nosotros, jefe?

—Nos necesitan, eso está claro. Hablaremos con ellos y ya veremos lo que pasa. ¿Tienes alguna idea mejor?

—¿Volvernos a nuestra tierra y mantenernos al margen de todo este asunto? — masculló el Sabueso, pero de inmediato se internó en la multitud detrás de Tresárboles.

Mientras se abrían paso entre ellos, los sureños les miraban boquiabiertos. Una niña pequeña, al ver acercarse al Sabueso, abrió mucho los ojos y apretó con fuerza

un trapo que tenía entre las manos. El Sabueso quiso sonreiría, pero hacía mucho que sólo trataba con hombres duros y duro acero, y no debió de quedarle demasiado bien. La pequeña pegó un chillido y salió corriendo, y no era ni mucho menos la única que estaba asustada. A pesar de que habían dejado sus armas con sus camaradas, al ver acercarse al Sabueso y a Tresárboles la multitud se sumía en un silencio receloso y se echaba a un lado para dejarlos pasar.

Llegaron hasta la verja sin otro problema que haber tenido que apartar a algún que otro tipo de un empujón. El Sabueso ya veía a los soldados: una docena, cada uno de ellos idéntico al de al lado, formados en línea delante de la verja. Rara vez había visto unas armaduras tan pesadas como aquéllas; iban cubiertos de la cabeza a los pies con grandes planchas metálicas, pulidas hasta adquirir un brillo cegador, llevaban la cara tapada con sendos yelmos y se mantenían tan inmóviles como pilares de metal. Se preguntó cómo se enfrentaría a unos tipos como ésos si llegara el caso. No se imaginaba que una flecha sirviera de mucho, ni siquiera una espada, a no ser que tuvieran la suerte de colarse por alguna rendija.

—Lo menos haría falta un pico o algo así.

—¿Qué? —bufó Tresárboles.

—Nada —estaba claro que en la Unión tenían unas ideas muy raras sobre la forma de combatir. Si las guerras las ganaran los contendientes con más lustre, le habrían dado una buena paliza a Bethod. Lo malo es que no era así.

Justo en medio, sentado detrás de una mesita sobre la que había varios papeles, se encontraba su jefe, que era de largo el más raro de todos. Vestía una especie de casaca de un rojo chillón. Un tejido muy poco indicado para un jefe, pensó el Sabueso. Haría un blanco perfecto para una flecha. Y, por si fuera poco, era jovencísimo. Apenas si tenía aún barba, aunque no parecía que eso le impidiera sentirse satisfecho de sí mismo.

Un hombre bastante corpulento que vestía un mugriento chaquetón discutía con él. El Sabueso se esforzó por oír lo que decían, tratando de desentrañar el sentido de las palabras de la lengua de la Unión.

—Estoy aquí con mis cinco hijos —decía el labriego— y no tengo nada con lo que alimentarles. ¿Qué pretende que haga?

De pronto, un anciano se le adelantó.

—Soy íntimo amigo del Lord Gobernador. Exijo que se me permita entrar en...

El muchacho no dejó acabar a ninguno de los dos.

—¡Me importa un carajo de quién sea usted amigo, y por mí puede usted tener un centenar de hijos! La ciudad de Ostenhorm está llena a rebosar. El Lord Mariscal Burr

ha decretado que sólo se permita entrar a doscientos refugiados al día y ya hemos alcanzado nuestro cupo por hoy. Les sugiero que regresen mañana. Temprano.

Los dos permanecieron quietos mirándole fijamente.

—¿Su cupo? —gruñó el labriego.

—Pero el Lord Gobernador...

—¡Maldita sea! —aulló el muchacho golpeando con furia la mesa—. ¡Como sigan así se van a enterar! ¡Les voy a dejar pasar, vaya si les voy a dejar! ¡Voy a hacer que les metan a rastras y que les ahorquen de inmediato por traidores!

Aquello fue suficiente para los dos hombres, que se retiraron a toda prisa. El Sabueso, por su parte, empezaba a pensar que tal vez ellos deberían hacer lo mismo, pero Tresárboles se dirigía ya hacia la mesa. Al verlos, el muchacho torció el gesto como si olieran peor que un par de boñigas frescas. Al Sabueso no le habría importado gran cosa, si no fuera porque se había lavado expresamente para la ocasión. Y era la primera vez que lo hacía en meses.

—¿Qué demonios quieren? ¡No necesitamos ni espías ni mendigos!

—Muy bien —dijo Tresárboles hablando en tono claro y paciente—. Porque no somos ninguna de las dos cosas. Yo soy Rudd Tresárboles. Y este de aquí es el Sabueso. Hemos venido a hablar con la persona que esté al mando. Queremos ofrecer nuestros servicios a vuestro Rey.

—¿Ofrecer sus servicios? —una sonrisa se dibujó en el rostro del muchacho. Una sonrisa que no tenía nada de amistosa—. ¿El Sabueso ha dicho? Qué nombre más interesante. No consigo explicarme por qué se lo han puesto —el tipo acompañó aquella muestra de ingenio con una risita burlona, y el Sabueso oyó cómo algunos de los soldados le secundaban. Una panda de cretinos, concluyó el Sabueso, emperifollados y tiesos en sus ropas chillonas y sus relucientes armaduras. Sí, una auténtica panda de cretinos, pero no se ganaba nada diciéndoselo. Habían hecho bien en no traerse a Dow. Lo más seguro es que a esas alturas ya hubiera destripado a ese patán y habría hecho que los mataran a todos.

El muchacho se inclinó hacia delante y habló muy lentamente, como si se dirigiera a unos niños.

—No se permite entrar a ningún norteño en la ciudad si no es con un permiso especial.

Al parecer, el hecho de que Bethod hubiera cruzado sus fronteras, hubiera masacrado sus ejércitos y hubiera llevado la guerra a su territorio no eran circunstancias lo suficientemente especiales. Tresárboles no se dio por vencido, pero

el Sabueso tenía la impresión de que aquello era como intentar arar en terreno pedregoso.

—Es poco lo que pedimos. Sólo comida y un lugar donde dormir. Somos cinco, todos Grandes Hombres y veteranos guerreros.

—Su Majestad está bien provista de soldados. Pero andamos un poco escasos de mulas. ¿Les interesaría cargar provisiones para nosotros?

La paciencia de Tresárboles era legendaria, pero todo tiene un límite, y el Sabueso se olía que el suyo andaba peligrosamente cerca. Aquel cretino no sabía con quién se las estaba gastando. Rudd Tresárboles no era un hombre con el que se pudiera jugar. En la tierra de donde venían era un nombre respetado. Un nombre que, según el bando en que se estuviera, infundía miedo o valor en el corazón de los hombres. Sí, su paciencia tenía un límite, pero todavía no lo habían alcanzado. Afortunadamente para todos.

—Conque mulas, ¿eh? —gruñó Tresárboles—. Las mulas dan coces. Será mejor que te andes con cuidado, muchacho, no vaya a ser que te cruces con una y te arranque la cabeza de una coz —y, acto seguido, se dio media vuelta y se alejó enfurecido por donde habían venido, mientras la gente, atemorizada, se apartaba para dejarles paso y luego se volvía a apelotonar y se ponía a lanzar gritos a los soldados quejándose de que hubieran permitido que se les adelantaran aquellos tipos mientras ellos tenían que aguardar en medio del frío.

—No era éste el recibimiento que esperábamos —murmuró el Sabueso. Tresárboles no dijo nada, se limitó a seguir andando por delante con la cabeza gacha—. ¿Y ahora qué, jefe?

El viejo guerrero volvió un instante la cabeza y le lanzó una mirada tétrica.

—Ya me conoces. ¿Crees que voy a aceptar esa mierda de respuesta? —el Sabueso, la verdad, ya suponía que no.

El mejor de los planes

Hacía frío en el salón del Lord Gobernador de Angland. Un simple enlucido de tonos fríos revestía sus altas paredes, su amplio suelo estaba cubierto de frías losas de piedra y la monumental chimenea no contenía más que frías cenizas. Como único elemento decorativo colgaba en un extremo un gran tapiz que llevaba bordado el sol dorado de la Unión y, en el centro, los martillos cruzados de Angland.

El Lord Gobernador Meed se encontraba medio desplomado en una silla dura, ante una enorme mesa vacía, con la mirada perdida y la mano derecha enroscada con desgana alrededor del pie de una copa de vino. Tenía el rostro pálido y demacrado, las vestiduras de su cargo, arrugadas y manchadas, y sus ralos cabellos blancos estaban alborotados. El comandante West, que había nacido y se había criado en Angland, recordaba haber oído en muchas ocasiones que Meed era un enérgico líder, una figura imponente, un defensor incansable de la provincia y sus gentes. Ahora parecía una sombra de sí mismo, un hombre aplastado por el peso de la cadena de su cargo, tan vacío y frío como su descomunal chimenea.

Pero si la temperatura era gélida, más frío aún era el estado de ánimo de todos los presentes. El Lord Mariscal Burr estaba de pie en medio del salón, con los pies muy separados y sus grandes manos apretadas con fuerza a la espalda. A su lado se encontraba el comandante, tieso como un palo, con la cabeza agachada y arrepintiéndose de haberse quitado el abrigo. Casi hacía más frío dentro que fuera, y eso que la temperatura exterior era glacial a pesar de que aún era otoño.

—¿Quiere un poco de vino, Lord Mariscal? —dijo en un murmullo Meed sin tan siquiera alzar la vista. Su voz sonaba débil y aflautada en medio del vasto espacio vacío. A West casi le pareció ver salir vaho de la boca del anciano.

—No, gracias, Excelencia —Burr tenía el ceño fruncido. Por lo que West sabía, en los últimos dos meses no había dejado de fruncir el ceño en ningún momento. Tenía un ceño para la esperanza, otro para la satisfacción, otro para la sorpresa. El de ahora expresaba la furia más intensa. West, nervioso, se apoyaba alternativamente en sus pies entumecidos para tratar de que le circulara mejor la sangre mientras pensaba que preferiría estar en cualquier parte menos en aquel lugar.

—¿Y usted, comandante West? —le susurró el Lord Gobernador—. ¿Un poco de vino? —West abrió la boca para declinar el ofrecimiento, pero Burr se le adelantó.

—¿Qué ha sucedido? —gruñó. Sus palabras rechinaron contra los gélidos muros y rebotaron en las frías vigas del techo.

—¿Que ha sucedido? —el Lord Gobernador se sacudió y volvió lentamente sus ojos rehundidos hacia Burr como si lo viera por primera vez—. Que he perdido a mis hijos —su mano temblorosa alzó bruscamente la copa y la vació de un trago.

West vio cómo el Mariscal Burr apretaba con más fuerza aún las manos, que seguían enlazadas a su espalda.

—Lamento vuestra pérdida, Excelencia, pero me refería a la situación general. Le hablo del Pozo Negro.

Meed pareció estremecerse ante la mera mención de aquel nombre.

—Hubo una batalla.

—¡Hubo una masacre! —gritó Burr—. ¿Me quiere dar una explicación? ¿Acaso no recibió las órdenes del Rey? ¿No se le ordenó que reclutara a todos los soldados que pudiera, que fortaleciera las defensas, que aguardara la llegada de refuerzos? ¡Y que bajo ningún concepto se arriesgara a presentar batalla a Bethod!

—¿Las órdenes del Rey? —el Lord Gobernador hizo una mueca con los labios—. Las órdenes del Consejo Cerrado querrá decir. Sí, las recibí. Las leí. Y las tomé en consideración.

—¿Y luego?

—Las rompí.

West oyó al Lord Mariscal lanzar un resoplido por la nariz.

—¿Las... rompió?

—Hace cien años que mi familia y yo gobernamos Angland. Cuando llegamos, aquí no había nada —al hablar, Meed alzaba con orgullo la barbilla e hinchaba el pecho—. Nosotros domeñamos estas tierras salvajes. Nosotros aclaramos los bosques, trazamos los caminos, construimos las granjas, las minas y las ciudades que han enriquecido a toda la Unión —los ojos del anciano habían cobrado un brillo intenso. Parecía más alto, más audaz, más fuerte—. ¡La gente de esta tierra se volvió primero hacia mí en busca de protección antes de mirar al otro lado del mar! ¿Iba a permitir que esos Hombres del Norte, esos bárbaros, esas bestias salvajes, asolaran mis tierras impunemente? ¿Que desbarataran la gran obra de mis antepasados? ¿Que robaran, incendiaran, violaran y asesinaran a placer? ¿Iba a quedarme sentado detrás de estas murallas mientras ellos pasaban Angland a la espada? ¡No, Mariscal Burr!

¡Eso nunca! ¡Reuní a todos los hombres disponibles, los armé y los envié al encuentro de esos salvajes al mando de mis tres hijos! ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¡Obedecer las órdenes! —exclamó Burr a pleno pulmón. West pegó un respingo del susto y en sus oídos resonó durante unos instantes el eco atronador de la voz del mariscal.

El rostro de Meed palpitó, se le abrió la boca y un temblor sacudió sus labios. Los ojos del anciano se inundaron de lágrimas mientras volvía a hundirse en su silla.

—He perdido a mis hijos —susurró con la vista clavada en el gélido suelo—. He perdido a mis hijos.

—Compadezco a sus hijos, y a todos los demás hombres que han perdido la vida, pero a usted no. Usted mismo se lo ha buscado —Burr torció el gesto, tragó saliva y se frotó la tripa. Luego se acercó lentamente a la ventana, se asomó y contempló el panorama frío y gris de la ciudad—. Ha dilapidado todas sus fuerzas y ahora tengo que debilitar las mías para guarnecer sus ciudades y sus fortalezas. Los supervivientes del Pozo Negro, así como todo hombre provisto de armas y capaz de combatir, serán transferidos a mi mando. Necesitamos contar con todos los hombres disponibles.

—¿Y qué pasará conmigo? —murmuró Meed—. Apuesto a que esos perros del Consejo Cerrado claman por mi sangre.

—Pues que clamen. Le necesito aquí. Grandes masas de refugiados vienen hacia el Sur huyendo de Bethod o del miedo que le tienen. ¿Se ha asomado a la ventana últimamente? Ostenhorm está llena de ellos. Se apelotonan en torno a las murallas a millares, y esto es sólo el principio. Se ocupará de su bienestar y de preparar su evacuación a Midderland. Durante treinta años han acudido a usted en busca de protección. Todavía le necesitan.

Burr se volvió hacia la sala.

—Entregará al comandante West una lista de todos los hombres aptos para el combate. Y, en cuanto a los refugiados, ocúpese de proporcionarles alimento, ropa y refugio. Los preparativos para la evacuación deben comenzar de inmediato.

—De inmediato —susurró Meed—. Sí, de inmediato.

Burr lanzó a West una mirada bajo sus pobladas cejas, aspiró una bocanada de aire y luego se dirigió con grandes zancadas hacia la puerta. Antes de salir, West echó la vista atrás un instante. El Lord Gobernador de Angland seguía encorvado en la silla de su vacío y gélido salón, con la cabeza entre las manos.

***

—Esto es Angland —dijo West señalando un mapa enorme. Luego se volvió para mirar a la concurrencia. Pocos de los oficiales mostraban el más mínimo interés en lo que tenía que decirles. Nada nuevo, en realidad, pero seguía amargándole.

Al lado derecho de la larga mesa estaba el general Kroy, tieso e inmóvil en su silla. Un hombre alto, enjuto, de hirsuto cabello gris, rapado siguiendo el anguloso contorno de su cráneo, y vestido con un sencillo e impoluto uniforme negro. Los miembros de su Estado Mayor, todos ellos rapados, afeitados y atildados de forma similar, parecían un adusto cortejo fúnebre. En el lado contrario, a la izquierda, estaba repantigado el general Poulder, un hombre de cara redonda y tez rubicunda, provisto de unos imponentes mostachos. El voluminoso cuello de su guerrera, tieso por la profusión de hilo de oro, se prolongaba casi hasta sus enormes orejas rosáceas. Los miembros de su Estado Mayor vestían unos uniformes carmesíes repletos de cordones, se sentaban a horcajadas en sus sillas, llevaban desabrochado el último botón de su guerrera con afectado descuido y hacían ostentación de las salpicaduras de barro como si fueran medallas.

En el lado de la sala donde estaba Kroy, la guerra era una simple cuestión de pulcritud, abnegación y estricto cumplimiento de las ordenanzas. En el de Poulder, era cuestión de vistosidad y de llevar el pelo primorosamente arreglado. Los dos grupos se contemplaban desde cada lado de la mesa con altivo desdén, como si sólo ellos conocieran los secretos del arte militar, y los otros, por mucho empeño que pusieran, jamás pasarían de ser un estorbo.

En opinión de West ambos constituían un serio estorbo, aunque ninguno de los dos podía compararse con el obstáculo que representaba un tercer grupo que se apiñaba en el extremo más alejado de la mesa. Su jefe no era otro que el heredero del trono, el Príncipe Ladisla. Más que un uniforme, lo que llevaba puesto era una bata púrpura con charreteras. Una especie de salto de cama ornamentado con motivos militares. Sólo con los lazos de sus puños se habría podido hacer un mantel de buen tamaño, y las galas de su Estado Mayor no le andaban demasiado a la zaga. Despatarrados en las sillas que rodeaban al Príncipe se encontraban algunos de los jóvenes más ricos, apuestos, elegantes e inútiles de toda la Unión. Si la valía de un hombre se pudiera medir por el tamaño de su sombrero, habría que concluir que aquellos hombres eran auténticamente grandes.

Aquejado de una molesta sequedad en la garganta, West se volvió hacia el mapa. Sabía lo que tenía que decir, lo único que tenía que hacer era decirlo de la manera más clara posible y luego sentarse. Daba igual que a sus espaldas se encontraran

algunos de los principales mandos del ejército. Por no hablar del heredero al trono. Unos hombres que, bien lo sabía, le despreciaban. Le odiaban por el alto puesto que ocupaba y por su baja alcurnia. Por el hecho de que se hubiera ganado su posición por sus propios méritos.

—Esto es Angland —repitió con un tono que confiaba transmitiera una sensación de serena autoridad—. El río Cumnur —prosiguió, recorriendo con la punta de su vara la serpenteante línea azul del río— divide la provincia en dos partes. La parte meridional es mucho más pequeña, pero en ella se encuentra la gran mayoría de la población, así como casi todas las ciudades importantes, incluida la capital, Ostenhorm. La red de caminos es de una calidad razonable y el terreno es relativamente abierto. Por lo que sabemos, los hombres del Norte aún no han puesto el pie a este lado del río.

Un ruidoso bostezo, perfectamente audible incluso desde el extremo opuesto de la mesa, sonó a espaldas de West. Acometido de una súbita punzada de rabia, se volvió en redondo. El Príncipe Ladisla, por lo menos, parecía estar prestando atención. El culpable era un miembro de su Estado Mayor, el joven Lord Smund, un hombre de intachable linaje e inmensa fortuna, que tenía poco más de veinte años pero una capacidad intelectual equiparable a la de un niño de diez años un tanto precoz. Estaba repantigado en su silla mirando al vacío con la boca desmesuradamente abierta.

Poco más podía hacer West para contener su deseo de abalanzarse sobre aquel hombre y cruzarle la cara con su vara.

—¿Le aburro? —bufó.

A Smund pareció sorprenderle que se dirigiera a él. Miró a izquierda y derecha, como si pensara que West se refiriera a alguno de sus vecinos.

—¿Cómo, a mí? No, no, comandante West, ni mucho menos. ¿Aburrirme? ¡Qué va! El río Cumnur divide la provincia en dos, y todo eso, sí, sí. ¡Un tema apasionante! ¡Apasionante! Le pido mis más sinceras disculpas. Ayer me acosté tarde, ¿sabe?

West no lo ponía en duda. Se pasaría hasta altas horas de la madrugada bebiendo y pavoneándose con los demás parásitos del Príncipe, para así poder hacerle perder a todo el mundo el tiempo a la mañana siguiente. Era posible que los hombres de Kroy fueran unos pedantes y los de Poulder unos arrogantes, pero al menos eran soldados. La gente que formaba el Estado Mayor del Príncipe, por lo que West alcanzaba a ver, carecía de cualquier tipo de habilidad, exceptuando, claro está, la de sacarle a él de sus casillas. Mientras se volvía de nuevo hacia el mapa, los dientes casi le rechinaban de la frustración.

—La parte norte de la provincia es otra historia —gruñó—. Una inhóspita extensión de densos bosques, impenetrables ciénagas y abruptas colinas sin apenas población. Hay minas, explotaciones madereras y aldeas, así como varias colonias penales gestionadas por la Inquisición, pero se encuentran muy dispersas por el territorio. Sólo existen dos caminos mínimamente apropiados para ser utilizados por grandes contingentes de hombres y de pertrechos, sobre todo ahora que el invierno se nos está echando encima —su vara recorrió dos líneas de puntos que iban de norte a sur atravesando los bosques—. La ruta occidental discurre cerca de las montañas y sirve para conectar entre sí las diversas poblaciones mineras. La oriental sigue más o menos la línea de la costa. Ambas convergen en la fortaleza de Dunbrec, junto al Torrente Blanco, la frontera norte de Angland. Esa fortaleza, como sabemos, se encuentra ya en manos del enemigo.

West se apartó del mapa y tomó asiento, esforzándose por dar a su respiración un ritmo lento y regular, por reprimir su furia, por librarse del dolor de cabeza que ya empezaba a palpitar tras sus ojos.

—Gracias, comandante West —dijo Burr poniéndose de pie para dirigirse a la asamblea. Un rumor se extendió por la sala mientras los asistentes, que sólo ahora parecían despiertos, rebullían en sus asientos. El Lord Mariscal dio un par de vueltas por delante del mapa para poner en orden sus ideas. De pronto, se paró y propinó unos golpecitos con su vara en un punto que se encontraba bastante al norte del Cumnur.

—La aldea de Pozo Negro. Un asentamiento insignificante a unos diez kilómetros de la ruta de la costa. Poco más que un puñado de casas, en la actualidad completamente abandonado. Ni siquiera figura en el mapa. Un lugar que no merecería ni la más mínima atención. Si no fuera, por supuesto, porque es el lugar donde se ha producido la reciente matanza de nuestras tropas a manos de los Hombres del Norte.

—Esos angleses son unos malditos idiotas —masculló alguien.

—Tenían que habernos esperado —dijo Poulder con una sonrisa de suficiencia.

—Desde luego —le espetó Burr—. Pero tenían confianza en sus fuerzas, ¿y por qué no iban a tenerla? Eran varios miles de hombres bien equipados y provistos de caballería. Muchos de ellos, soldados profesionales. Tal vez no de la misma categoría que las unidades de la Guardia Real, pero en todo caso bien preparados y decididos. Cualquiera habría pensado que esos salvajes no serían rivales para ellos.

—Pero seguro que combatieron muy bien —le interrumpió el Príncipe Ladisla—, ¿eh, Mariscal Burr?

Burr miró con gesto torcido hacia el fondo de la mesa.

—Cuando se combate bien, se gana, Alteza. Fue una carnicería. Sólo los que tuvieron buenas monturas y muy buena suerte lograron escapar. A la lamentable pérdida de contingente humano hay que añadir la pérdida de pertrechos y provisiones. Grandes cantidades de ambos han pasado ahora a manos de nuestro enemigo. Y lo que es más grave tal vez, la derrota ha hecho que cunda el pánico entre la población. Las rutas que habrá de tomar nuestro ejército están bloqueadas por masas de refugiados convencidos de que de un momento a otro Bethod caerá sobre sus granjas, aldeas y hogares. Una auténtica catástrofe, sin duda. Tal vez la peor que haya sufrido la Unión en tiempos recientes. Pero una catástrofe de la que podemos sacar provechosas lecciones.

El Lord Mariscal plantó con firmeza sus enormes manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Ese Bethod es un tipo cauto, astuto e implacable. Está bien provisto de jinetes, infantes y arqueros y posee la organización suficiente para usarlos de manera coordinada. Cuenta con excelentes exploradores y sus fuerzas gozan de una gran movilidad, probablemente superior a la nuestra, sobre todo en un terreno abrupto como el que nos encontraremos en la parte norte de la provincia. Tendió una trampa a los angleses y cayeron en ella. No debemos permitir que nos ocurra lo mismo.

El general Kroy dejó escapar una risa carente de todo júbilo.

—¿Pretende decir que debemos temer a esos bárbaros, Lord Mariscal? ¿Es ése su consejo?

—¿Recuerda lo que escribió Stolicus, general Kroy? «Nunca temas a tu enemigo, pero respétalo siempre.» Si tuviera que dar un consejo, supongo que ése es el que daría —Burr miró desde detrás de la mesa con el ceño fruncido—. Pero yo no doy consejos, doy órdenes.

Contrariado por la reprimenda, Kroy rebulló en su asiento, pero al menos se abstuvo de abrir la boca. De todos modos, West sabía que no permanecería mucho rato en silencio. Jamás lo hacía.

—Debemos ser cautos —prosiguió Burr dirigiéndose ahora a todos los presentes en la sala—, pero aún contamos con una ventaja. Tenemos doce regimientos de la Guardia Real, casi igual número de levas de la nobleza y también al pequeño contingente de angleses que logró escapar de la carnicería del Pozo Negro. A juzgar por los informes de que disponemos, aventajamos en número a nuestros enemigos en una proporción de cinco a uno, tal vez más incluso. También les aventajamos en equipamiento, en conocimientos tácticos, en capacidad organizativa. Los Hombres del Norte, al parecer, no ignoran nada de esto. A pesar de sus éxitos, se mantienen al norte del Cumnur y se limitan a forrajear y a lanzar de vez en cuando alguna que

otra incursión. No parecen muy dispuestos a cruzar el río y a aventurarse a entablar batalla en campo abierto.

—No es de extrañar, son unos sucios cobardes —soltó entre risas Poulder, secundado por un murmullo de asentimiento de su Estado Mayor—. ¡Seguro que a estas alturas ya se arrepienten de haber cruzado la frontera!

—Tal vez —masculló Burr—. Pero visto que no vienen a por nosotros, nos va a tocar cruzar el río y darles caza. Así pues, el principal cuerpo de nuestro ejército se dividirá en dos, el ala izquierda, al mando del general Kroy, el ala derecha, al mando del general Poulder —desde sus respectivos lados de la mesa, los dos hombres se cruzaron una mirada cargada de animosidad—. Marcharemos por la ruta oriental y nos desplegaremos en la otra orilla del río Cumnur, con la esperanza de localizar al ejército de Bethod y forzarle a entablar una batalla decisiva.

—Con el debido respeto —le interrumpió el general Kroy con un tono que indicaba que no se lo tenía—, ¿no sería mejor mandar a la mitad del ejército por la ruta occidental?

—Los territorios occidentales tienen poco que ofrecer, aparte de hierro, que es lo único de lo que andan bien provistos los Hombres del Norte. El camino de la costa puede proporcionarles mayores ventajas y está más cerca de sus líneas de abastecimiento y retirada. Además, no quiero que nuestras tropas se dispersen en exceso. Aún no estamos seguros de con qué fuerzas cuenta Bethod. Si logramos obligarle a entrar en combate, quiero que podamos concentrar todas nuestras tropas rápidamente para aplastarlo.

—¡Pero Lord Mariscal! —Kroy tenía toda la pinta de un hombre que se dirigiera a un padre senil que, ay, aún mantuviera la gestión de los asuntos familiares—. ¿No pretenderá dejar desguarnecida la ruta occidental?

—Ahora iba a hablar de eso —gruñó Burr antes de volverse hacia el mapa—. Un tercer destacamento, mandado por el Príncipe Ladisla, se atrincherará detrás del Cumnur para vigilar la ruta occidental. Su misión consistirá en asegurarse de que los Hombres del Norte no nos rodean y nos cogen por la retaguardia. Se mantendrán allí, al sur del río, mientras el cuerpo principal del ejército se divide en dos y expulsa al enemigo.

—Claro, mi Lord Mariscal —Kroy se reclinó en su silla exhalando un suspiro atronador, como si ya se hubiera temido algo así pero hubiera considerado su deber intentarlo por el bien de todos. Los oficiales de su Estado Mayor expresaron su desacuerdo con el plan chasqueando la lengua.

—Bien, me parece un plan excelente —proclamó con entusiasmo Poulder. Y, acto seguido, lanzó una sonrisa de suficiencia al lado de la mesa donde estaba sentado

Kroy—. Estoy totalmente de acuerdo, Lord Mariscal. Me tiene a su entera disposición. Dentro de diez días tendré a mis hombres listos para emprender la marcha.

Los miembros de su Estado Mayor expresaron su asentimiento con murmullos y haciendo gestos afirmativos con la cabeza.

—Cinco días sería mucho mejor —dijo Burr.

Una palpitación de contrariedad sacudió el rollizo rostro de Poulder, pero rápidamente recuperó la compostura.

—Cinco días, pues, Lord Mariscal —fue entonces Kroy quien puso cara de suficiencia.

El Príncipe Ladisla, entretanto, contemplaba con los ojos entornados el mapa mientras en su semblante, profusamente empolvado, se iba dibujando una expresión de perplejidad.

—Lord Mariscal Burr —comenzó a decir—, la misión de mi destacamento es avanzar por la ruta occidental hasta llegar al río, ¿no es así?

—Así es, Alteza.

—Pero el río no debemos cruzarlo, ¿no?

—Desde luego que no, Alteza.

—Por tanto —dijo mirando a Burr con los ojos entrecerrados y expresión dolida—, nuestro papel es meramente defensivo, ¿no?

—Meramente defensivo, en efecto.

Ladisla frunció el ceño.

—Parece una misión muy insignificante —los miembros de su grotesco Estado Mayor se revolvieron en sus asientos, expresando con refunfuños el descontento que les producía que se les encomendara una misión tan poco acorde con sus méritos.

—¿Una misión insignificante? Discúlpeme, Alteza, ¡nada más lejos de la realidad! Angland es un territorio extenso y muy intrincado. Siempre cabe la posibilidad de que los Hombres del Norte se nos escapen, y si eso ocurriera, todas nuestras esperanzas estarían depositadas en su persona. Su misión consistirá en impedir que el enemigo cruce el río y amenace nuestras líneas de aprovisionamiento o, lo que sería aún peor, que marche hacia el propio Ostenhorm —Burr se inclinó hacia delante, clavó los ojos en el Príncipe y, con gran autoridad, sacudió el aire con un puño—. ¡Usted será nuestra roca, Alteza, nuestro pilar, nuestros cimientos! ¡Será el gozne sobre el que girará la puerta que se cerrará ante esos invasores y los expulsará para siempre de Angland!

West estaba impresionado. La misión que había asignado al Príncipe era a todas luces insignificante, pero el Lord Mariscal era capaz de hacer que limpiar unas letrinas pareciera una tarea encomiable.

—¡Excelente! —exclamó Ladisla mientras la pluma de su sombrero daba sacudidas de atrás adelante—. ¡El gozne, eso es! ¡Fantástico!

—Si no hay ninguna otra pregunta, caballeros, tenemos mucho trabajo por delante —Burr recorrió con la vista el semicírculo de semblantes malhumorados. Nadie habló—. Pueden retirarse.

Los Estados Mayores de Kroy y Poulder se intercambiaron unas miradas gélidas mientras se dirigían a toda prisa hacia la puerta para salir los primeros. Los dos generales, en su afán por evitar que el otro le diera la espalda o pasara por delante de él, forcejearon en el umbral, a pesar de que era lo bastante ancho para que pasaran los dos a la vez. Cuando por fin consiguieron acceder entre empellones al pasillo, se encararon enfurecidos.

—General Kroy —dijo Poulder con tono despectivo sacudiendo con altanería la cabeza.

—General Poulder —bufó Kroy alisándose su impecable uniforme.

Y, acto seguido, se alejaron hechos una furia en direcciones opuestas.

Una vez que salieron los últimos miembros del Estado Mayor del Príncipe Ladisla, perorando ruidosamente sobre cuál de ellos tenía la armadura más cara, West se levantó para irse también. Tenía centenares de cosas que hacer y no se ganaba nada postergándolas. Pero, antes de llegar a la puerta, el Lord Mariscal se dirigió a él.

—Bueno, ahí va nuestro ejército, ¿eh, West? Le juro que a veces me siento como un padre que tuviera que sacar adelante a una panda de niños revoltosos sin contar con la ayuda de su esposa. Poulder, Kroy y Ladisla —Burr sacudió la cabeza—, ¡Mis tres comandantes! Cada uno de esos hombres parece pensar que el único propósito de todo esto es su engrandecimiento personal. No existen tres personas más hinchadas en toda la Unión. Es un milagro que quepan los tres en una misma habitación —al mariscal se le escapó un eructo—. ¡Maldita indigestión!

West se estrujó los sesos tratando de encontrar algún aspecto positivo.

—Al menos el general Poulder parece disciplinado, señor.

Burr soltó un resoplido.

—Lo parece, sí, pero me fío de él menos aún que de Kroy, si es que eso es posible. Con Kroy, al menos, uno sabe a qué atenerse. Se puede estar seguro de que en cualquier situación hará todo lo posible por frustrar mis planes y oponerse a mí. Con

Poulder, en cambio, nunca se sabe. Sonreirá, me halagará, obedecerá al detalle todas las órdenes hasta que vea que puede sacar algo en su propio provecho, y entonces se revolverá contra mí con el doble de ferocidad, ya verá. Tenerlos contentos a los dos es tarea imposible —el Lord Mariscal entornó los ojos y tragó saliva mientras se frotaba la tripa—. Pero mientras logremos tenerlos igual de descontentos, tenemos una oportunidad. De lo único que podemos congratularnos es de que el odio que siente el uno por el otro sea aún mayor que el que me tienen a mí.

El ceño de Burr se acentuó.

—Los dos estaban delante de mí en el escalafón para ocupar mi puesto. El general Poulder, sabe, es un viejo amigo del Archilector. Y Kroy es primo del Juez Moravia. Cuando quedó vacante el puesto de Lord Mariscal, el Consejo Cerrado no fue capaz de decidir a cuál de los dos elegir. Al final optaron por mí como una especie de insatisfactoria solución de compromiso. Un palurdo de provincias, ¿eh, West? Eso es lo que soy para ellos. Un palurdo bastante eficiente sin duda, pero un palurdo al fin y al cabo. Estoy convencido de que si mañana mismo muriera uno de los dos, al día siguiente me reemplazarían con el otro. No es fácil imaginar una situación más absurda para un Lord Mariscal, si no fuera por la presencia del Príncipe Heredero, claro.

A West casi se le dibujó en el semblante un gesto de dolor. ¿Cómo se podía convertir esa pesadilla en una ventaja?

—El Príncipe Ladisla rebosa de... ¿entusiasmo? —se aventuró a decir.

—¿Qué sería de mí sin su optimismo? —Burr dejó escapar una risa amarga—. ¿Entusiasmo? ¡Vive en un sueño! ¡Toda su vida ha sido un consentido, un mimado, un malcriado! ¡Para ese muchacho el mundo real es un perfecto desconocido!

—¿Es imprescindible que cuente con un mando propio, señor?

El Lord Mariscal se frotó los ojos con sus gruesos dedos.

—Me temo que sí. El Consejo Cerrado se ha mostrado muy tajante al respecto. El Rey está mal de salud y les preocupa que el pueblo vea al heredero como un gandul y un perfecto idiota. Tienen la esperanza de que obtenga aquí una resonante victoria para así poder atribuirle a él todo el mérito. Luego le mandarán de vuelta a Adua en un barco, bañado en el reluciente brillo de la batalla y listo para convertirse en el tipo de rey que adoran los campesinos.

Burr hizo una breve pausa y clavó la vista en el suelo.

—He hecho todo cuanto está en mi mano para mantener a Ladisla alejado de cualquier peligro. Le he destinado a un lugar donde no creo que estén los Hombres del Norte, ni vayan a estar nunca. Pero no hay nada más impredecible que una

guerra. Es posible que al final Ladisla tenga que entrar en combate. Por eso necesito tener alguien a su lado para que le eche un ojo. Alguien con experiencia en el campo de batalla. Alguien cuya tenacidad y capacidad de trabajo sirvan de contrapunto a la molicie y la holgazanería de esa parodia de Estado Mayor que tiene. Alguien capaz de impedir que el Príncipe, en su atolondramiento, se meta en un buen lío —el Lord Mariscal alzó la vista por debajo de sus pobladas cejas.

West sintió un peso angustioso en sus tripas.

—¿Yo?

—Eso me temo. No hay nadie a quien más deseara mantener a mi lado. Pero el Príncipe en persona le ha requerido.

—¿A mí, señor? Pero, ¡yo no soy un cortesano! ¡Ni siquiera soy noble!

Burr soltó un resoplido.

—Aparte de mí, Ladisla es seguramente la única persona de este ejército a la que le da igual de quién sea usted hijo. ¡Es el heredero del trono! Noble o pordiosero, todos estamos muy por debajo de él.

—Pero, ¿por qué yo?

—Porque es usted un guerrero. El primero en entrar en Ulrioch y todo eso, ya sabe. Usted ha visto combates, los ha visto a montones. Ha sabido labrarse una reputación como guerrero, West, y eso mismo es lo que desea el Príncipe. Ésa es la razón —Burr se sacó una carta de la casaca y se la tendió—. Puede que esto contribuya a endulzarle un poco el mal trago.

West rompió el sello, desdobló el grueso papel y ojeó la cuidada caligrafía de las primeras líneas. Una vez que hubo acabado, lo releyó para asegurarse. Luego alzó la vista.

—Es un ascenso.

—Sé muy bien lo que es, yo mismo me he ocupado de ello. Puede que le tomen un poco más en serio si luce una estrella más en su guerrera, o tal vez no. Sea como sea, se lo ha ganado a pulso.

—Se lo agradezco, señor —dijo West un tanto aturdido.

—¿El qué, que le haya nombrado para el peor empleo del ejército? —Burr soltó una carcajada y le palmeó paternalmente la espalda—. Le voy a echar de menos, puede estar seguro. En fin, tengo que coger el caballo para pasar revista al primer regimiento. Siempre he pensado que un comandante en jefe tiene que dejarse ver. ¿Quiere acompañarme, coronel?

* * *

Cuando cruzaron las puertas de la ciudad, había empezado a nevar. Finos copos flotaban en el aire y se derretían al entrar en contacto con el suelo, con los árboles, con el pelaje del caballo de West, con la armadura de los guardias que los escoltaban.

—Nieve —refunfuñó Burr volviendo un instante la cabeza—. Nieve en estas fechas. ¿No es un poco pronto?

—Muy pronto, señor, pero con este frío tampoco es de extrañar —West soltó una mano de las riendas para ceñirse más el cuello de su abrigo—. Aunque no es normal que haga tanto frío a finales del otoño.

—Al norte del Cumnur va a hacer un frío de miedo, lo veo venir.

—Sí, señor, y a estas alturas del año el tiempo ya no va a mejorar.

—Se avecina un invierno crudo, ¿eh, coronel?

—Seguramente, señor.

—¿Coronel? ¿Coronel West? A él mismo le seguía sonando extraño oír aquellas dos palabras juntas. Nadie soñó jamás que un plebeyo pudiera llegar tan lejos. Y él menos que nadie.

—Un largo y crudo invierno —cavilaba Burr en voz alta—. Tenemos que pillar a Bethod cuanto antes. Pillarle y acabar rápidamente con él, antes de que nos quedemos todos congelados —contempló con gesto ceñudo los árboles que desfilaban a su lado, luego, con idéntico ceño, alzó la vista para mirar los copos de nieve que se arremolinaban sobre sus cabezas y, finalmente, dirigió su ceño a West—. Malos caminos, mal terreno, mal tiempo. No puede decirse que sea la mejor de las situaciones, ¿eh, coronel?

—No, señor —dijo West con pesar, aunque era su propia situación la que le preocupaba.

—Anímese, podría ser peor. Va a estar usted atrincherado al sur del río, bien calentito. Lo más probable es que no les vean el pelo a los Hombres del Norte en todo el invierno. Y, según tengo entendido, el Príncipe y su Estado Mayor se alimentan francamente bien. Va a estar usted mil veces mejor que dando tumbos en la nieve en compañía de Poulder y Kroy.

—Desde luego, señor —pero West no lo tenía tan claro.

Burr volvió la cabeza para echar un vistazo a los guardias de la escolta, que los seguían al trote a una respetuosa distancia.

—Sabe, cuando era joven, antes de que me concedieran el dudoso honor de comandar el ejército del Rey, me encantaba montar a caballo. Cabalgaba kilómetros y kilómetros al galope. Hacía que me sintiera... vivo. Hoy en día parece que ya no hay tiempo para eso. Se pasa uno todo el rato sentado en una mesa dando órdenes y rodeado de montañas de papeles. A veces no hay nada que apetezca más que lanzarse a cabalgar, ¿eh, West?

—Desde luego, señor, pero no creo que ahora fuera...

—¡Ia! —el Lord Mariscal clavó con fuerzas las espuelas y su montura salió disparada por el camino, arrojando barro con sus pezuñas. Durante un instante West se le quedó mirando boquiabierto.

—Maldita sea —susurró. Lo más probable era que ese viejo terco saliera volando por los aires y se rompiera su grueso cuello. Y entonces, ¿qué sería de ellos? El Príncipe Ladisla asumiría el mando. West se estremeció al pensarlo y, picando espuelas, se puso al galope. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los árboles pasaban como una exhalación a ambos lados mientras el camino fluía por debajo. El retumbar de las pezuñas y el violento tintineo de los arneses resonaban en sus oídos. El viento le entraba a chorro por la boca, le acuchillaba los ojos. Los copos de nieve volaban directamente hacia él. West volvió un instante la cabeza. Los caballos de los guardias de la escolta se estorbaban unos a otros y se habían quedado muy rezagados en el camino.

Pero él no podía hacer otra cosa si no quería perder a su jefe y mantenerse a la vez sobre la silla. Hacía infinidad de tiempo que no cabalgaba así, la última vez había sido huyendo a uña de caballo por una seca llanura, perseguido de cerca por una avanzadilla de la caballería gurka. Se aferraba con las manos a las riendas hasta hacerse daño y el corazón le martilleaba el pecho del miedo y la emoción. De pronto se dio cuenta de que estaba sonriendo. Burr tenía razón. Aquello hacía que uno se sintiera vivo.

El Lord Mariscal había aminorado la marcha, y West tiró de las riendas al acercarse a su altura. Ahora se reía a carcajadas, y oía a Burr riéndose también a su lado. Hacía meses que no se reía así. Años quizás, ya no recordaba la última vez. Entonces, por el rabillo del ojo, le pareció ver algo.

Sintió un tirón brutal seguido de un dolor aplastante en el pecho. Su cabeza rebotó hacia delante, las riendas se le soltaron de las manos y todo se puso del revés. El caballo había desaparecido. Un instante después rodaba por el suelo.

Trató de levantarse y el mundo entero pareció dar una sacudida. Árboles, cielo blanco, las patas de un caballo soltando coces, terrones de tierra que volaban por los

aires. Se tambaleó, cayó al suelo y tragó un buen bocado de barro. Alguien le levantó dando un tirón a su abrigo y luego empezó a arrastrarlo hacia el bosque.

—No —exhaló casi sin aliento debido a la opresión que sentía en el pecho. No era por ahí por donde había que ir.

Vio una línea negra entre los árboles. Luego dio unos bandazos hacia delante, doblado por la mitad, tropezó con los faldones de su abrigo y se estrelló contra la maleza. Una soga tendida de un lado a otro del camino y tensada a su paso. Alguien tiró de él, llevándoselo medio a rastras, medio en vilo. La cabeza le daba vueltas, había perdido todo sentido de la orientación. Una trampa. West buscó a tientas su espada. Tardó un instante en darse cuenta de que la vaina estaba vacía.

Los Hombres del Norte. West sintió una punzada de terror en las entrañas. Los Hombres del Norte le habían atrapado, y a Burr también. Asesinos enviados por Bethod para darles muerte. Fuera del bosque se oía un ruido que se aproximaba rápidamente. West se esforzó por desentrañarlo. La escolta que les seguía por el camino. Si al menos pudiera hacerles llegar algún tipo de señal...

—Por aquí... —alcanzó a exclamar con lastimosa ronquera antes de que una mano sucia le cerrara la boca y le aplastara contra la maleza empapada. Se resistió lo mejor que pudo, pero no le quedaban fuerzas. Entre los árboles vio a los guardias pasar como una exhalación a menos de doce zancadas de distancia, pero se encontraba totalmente impotente.

Mordió la mano todo lo fuerte que pudo pero lo único que consiguió fue que intensificara la presión, estrujándole los maxilares y aplastándole los labios. Sintió un regusto a sangre. Tal vez suya, tal vez de la mano. El ruido de la escolta se fue perdiendo en el bosque hasta desaparecer del todo, y el miedo se abatió sobre él. La mano le soltó y le propinó un empujón de despedida que le arrojó al suelo.

Por encima de West surgió una cara borrosa. Un rostro duro, descarnado, brutal; el cabello negro y corto lleno de trasquilones, los dientes asomando por la boca con gesto animal, los ojos fríos, apagados y henchidos de furia. El rostro se volvió y lanzó un escupitajo al suelo. Le faltaba la oreja de ese lado. En su lugar sólo había un cartílago con una cicatriz roja y un agujero.

West jamás había visto un hombre con un aspecto tan siniestro. Todo en él denotaba violencia. Parecía lo bastante fuerte para partirle en dos, y más que dispuesto a hacerlo. En la mano tenía una herida de la que manaba sangre. La herida que le había hecho él con los dientes. La sangre le goteaba entre los dedos y caía en el lecho del bosque. En el otro puño sostenía un largo palo de madera pulida. West lo recorrió horrorizado con la mirada. Acababa en una hoja curva, gruesa y reluciente. Un hacha.

De modo que así eran los Hombres del Norte. Qué poco se parecían a los que se tambaleaban ebrios por las cloacas de Adua. O a los que se pasaban por la granja de su padre para mendigar trabajo. Este era uno de los otros. Uno de aquellos que aparecían en las historias que su madre le contaba de niño para asustarle. Un hombre cuyo único oficio, cuya única diversión, cuyo único propósito, era matar. Los ojos de West pasaban de la dura hoja de acero a los duros ojos que le miraban, y luego volvían a mirar el acero, petrificado de miedo. Todo había terminado. Iba a morir en medio de aquel bosque gélido, tirado en el polvo como un mísero perro.

West se apoyó en una mano y se incorporó, embargado por el súbito impulso de salir corriendo. Volvió la cabeza por encima del hombro, pero por ahí tampoco había escapatoria. Otro hombre avanzaba hacia ellos entre los árboles. Un hombre gigantesco, con una poblada barba y una espada echada al hombro, que llevaba a un niño en brazos. West abrió y cerró los ojos para intentar recuperar el sentido de las proporciones. Era el hombre más grande que había visto en su vida, y el niño no era otro que el Lord Mariscal Burr. El gigante dejó caer su carga como si fuera un haz de leña. Burr alzó la vista para mirarle y soltó un eructo.

Los dientes de West rechinaban de rabia. Viejo idiota, ¿en qué estaba pensando cuando se puso a galopar de esa manera? Aquel maldito, «a veces no hay nada que apetezca más que lanzarse a cabalgar», les iba a costar a los dos la vida. ¿Conque hace que uno se sienta vivo, eh? Ninguno de los dos iba a salir vivo de allí.

Tenía que presentar batalla. Puede que ahora fuera su última oportunidad. Aunque no tuviera nada con lo que luchar. Mejor morir así que de rodillas en el barro. Trató de hacer acopio de toda su furia. Era inagotable cuando no la necesitaba. Pero ya no le quedaba nada. Sólo una desesperante impotencia que hacía que le pesaran todos los miembros del cuerpo.

Valiente héroe. Valiente guerrero. Lo más que podía hacer era no orinarse encima. Podía pegar a una mujer sin ningún problema. Podía estrangular a su hermana hasta dejarla agonizante. Incluso con su propia muerte mirándole a la cara, la vergüenza y la repulsión que le producía aquel recuerdo todavía conseguían que se le hiciera un nudo en la garganta. Había pensado que ya lo arreglaría más adelante. Pero ese momento ya nunca llegaría. El tiempo se le había terminado. Sintió que las lágrimas pugnaban por asomar a sus ojos.

—Perdón —se dijo en voz alta—. Perdón, por favor —luego cerró los ojos y aguardó su final.

—No pidas perdón, amigo, seguro que le han dado mordiscos más fuertes que ése.

Otro norteño había surgido del bosque y se había sentado en cuclillas al lado de West. Tenía una melena lacia, de un castaño mate, que caía a ambos lados de su

rostro chupado. Sus ojos eran oscuros y vivaces, y dos hileras de dientes puntiagudos y amarillentos asomaban por su boca.

—Siéntate —le dijo con un acento tan cerrado que West apenas pudo entenderlo—. Anda, siéntate y quédate quieto, será mejor.

De pie junto a Burr y él había un cuarto hombre. Un tipo enorme, de pecho abombado, con unas muñecas tan gruesas como los tobillos de West. Su barba y su melena enmarañadas estaban jaspeadas de gris. El jefe, seguramente, a juzgar por la forma en que los demás se apartaban para dejarle sitio. Se acercó a West y se le quedó mirando con gesto pensativo, como un hombre que contempla una hormiga tratando de decidir si la va a aplastar o no con su bota.

—¿Cuál de ellos crees que es Burr? —tronó en la lengua del Norte.

—Yo soy Burr —dijo West. Tenía que proteger al Lord Mariscal. Tenía que hacerlo. Sin pensárselo dos veces, trató de ponerse de pie, pero seguía mareado de la caída y tuvo que agarrarse a una rama para no caerse—. Yo soy Burr.

El viejo guerrero le miró lentamente de arriba abajo.

—¿Usted? —y, acto seguido, prorrumpió en un torrente de carcajadas, profundas y amenazadoras como una tormenta lejana—. ¡Muy bueno! ¡Eso sí que ha estado bien! —luego se volvió hacia el norteño de aspecto siniestro—. ¿Has visto? ¿No decías que los sureños no tenían agallas?

—Lo que yo dije es que de cerebro andan escasos —el tipo al que le faltaba una oreja bajó la vista y fulminó a West con una mirada tan asesina como la que dirige un gato hambriento a un pájaro—. Y aún está por ver que me haya equivocado.

—Yo creo que es éste —el jefe estaba mirando a Burr—. ¿Usted es Burr? —preguntó en la lengua común.

El Lord Mariscal miró a West, luego alzó la vista para contemplar la imponente figura del norteño y, por fin, se puso lentamente de pie. Se estiró el uniforme y se lo limpió de unos manotazos, como haría un hombre que se preparara para morir con dignidad.

—Sí, yo soy Burr, y no pienso servirles de entretenimiento. Si tienen intención de matarnos, más vale que lo hagan cuanto antes.

West permanecía inmóvil en su sitio. Le parecía que la dignidad estaba de más. Ya casi podía sentir el filo del hacha hundiéndosele en la cabeza.

Pero el norteño de la barba gris se limitó a sonreír.

—Entiendo su error y sentimos haberles puesto nerviosos, pero no estamos aquí para matarles. Estamos aquí para ayudarles.

West se esforzó por encontrar sentido a lo que acababa de oír.

Burr parecía estar haciendo otro tanto.

—¿Para ayudarnos?

—En el Norte hay mucha gente que odia a Bethod. Mucha gente que no se arrodilla ante él de buen grado, y algunos que simplemente no se arrodillan ante él. Nosotros somos de ésos. Hace mucho tiempo que tenemos una cuenta pendiente con ese cabrón y estamos decididos a saldarla o a morir en el intento. No podemos enfrentarnos a él nosotros solos, y como nos hemos enterado de que están en guerra con él, hemos pensado unirnos a ustedes.

—¿Unirse a nosotros?

—Hemos recorrido un largo camino y durante el trayecto hemos visto que no les vendría mal nuestra ayuda. Pero, cuando llegamos aquí, su gente no se mostró muy dispuesta a aceptarnos.

—Fueron bastante groseros —dijo el norteño enjuto que estaba sentado en cuclillas junto a West.

—Y que lo digas, Sabueso, y que lo digas. Pero no somos gente a la que las malas maneras echen atrás. Fue entonces cuando se me ocurrió que sería mejor que habláramos de jefe a jefe, por así decirlo.

Burr miró a West.

—Quieren luchar a nuestro lado —dijo. Al devolverle la mirada, West parpadeó; aún no se había hecho a la idea de que a lo mejor salía vivo de allí. El tipo al que llamaban Sabueso le estaba tendiendo una espada por la empuñadura. Tardó un momento en darse cuenta de que era la suya.

—Gracias —murmuró West mientras agarraba a tientas el mango.

—No hay que darlas.

—Somos cinco —decía el jefe—, todos Grandes Hombres y veteranos guerreros. Hemos luchado contra Bethod, y hemos luchado a su lado, por todo el Norte. Conocemos su estilo, pocos lo conocen mejor. Podemos explorar, podemos combatir y, como ya habéis comprobado, también sabemos tender trampas. No rehuiremos ninguna misión digna de nosotros, y cualquier misión que sirva para acabar con Bethod, la damos por buena. ¿Qué me dice?

—Bueno... hummm —murmuró Burr frotándose la barbilla con el pulgar—. Salta a la vista que forman ustedes un grupo de hombres... —y su mirada recorrió uno por uno aquellos rostros duros, sucios y surcados de cicatrices—... extremadamente útil. ¿Cómo iba a resistirme a un ofrecimiento tan gentil?

—En tal caso será mejor que haga las presentaciones. Este de aquí es el Sabueso.

—Ése soy yo —gruñó el tipo enjuto de los dientes puntiagudos, lanzando de nuevo una inquietante sonrisa—. Un placer. —Acto seguido, agarró la mano de West y se la estrujó hasta que le crujieron los nudillos.

Tresárboles sacudió hacia un lado su pulgar, señalando al tipo siniestro del hacha y la oreja solitaria.

—Ese tipo tan simpático es Dow el Negro. Podría decir que mejora con el tiempo, pero no sería cierto —Dow se dio la vuelta y volvió a escupir al suelo—. El grandullón ese es Tul Duru. Cabeza de Trueno le llaman. Luego está Hosco Harding. Anda por ahí sujetando los caballos para que no se salgan al camino. Tampoco es que importe, no suele hablar demasiado.

—¿Y usted?

—Rudd Tresárboles. El jefe de esta pequeña banda desde que nuestro anterior jefe se fue de vuelta al barro.

—De vuelta al barro, entiendo —Burr respiró hondo—. Bueno. Quedan a las órdenes del coronel West. Estoy seguro de que sabrá proporcionarles comida y alojamiento, por no hablar de trabajo.

—¿A mis órdenes? —inquirió West, cuya espada seguía colgando de su mano.

—Por supuesto —una media sonrisa asomó a los labios del Lord Mariscal—. Nuestros nuevos aliados encajarán a la perfección en el séquito del Príncipe Ladisla.

West no sabía si reír o llorar. Justo cuando creía que su situación no podía ser más apurada, le asignaban la tarea de manejar a aquellos cinco primitivos.

Tresárboles parecía estar satisfecho con el resultado.

—Bien —dijo asintiendo lentamente con la cabeza—. Asunto arreglado.

—Arreglado —apostilló el Sabueso ensanchando un poco más su maligna sonrisa.

El tipo al que llamaban Dow el Negro dirigió a West una prolongado y gélida mirada.

—Maldita Unión —gruñó.

Preguntas

A Sand dan Glokta, Superior de Dagoska. Estrictamente confidencial:

Se embarcará de inmediato y asumirá el mando de la Inquisición en la ciudad de Dagoska. Determinará qué ha sido de su predecesor, el Superior Davoust. Investigará sus sospechas sobre la posibilidad de que se esté fraguando una conspiración, tal vez en el seno del propio consejo de la ciudad. Interrogará a los miembros de dicho consejo y arrancará de raíz cualquier tipo de deslealtad. Castigue la traición sin la más mínima piedad, pero asegúrese de que las pruebas sean consistentes. No podemos permitirnos nuevos errores.

Las tropas gurkas se dirigen en masa hacia la península, prestas a sacar partido de cualquier signo de debilidad por nuestra parte. Los regimientos de la Guardia Real se hallan plenamente comprometidas en Angland, de modo que hay pocas posibilidades de que se le puedan enviar refuerzos si finalmente se produce el asalto gurko. Así pues, se asegurará de que las defensas de la ciudad se encuentran en buen estado y de que se dispone de provisiones suficientes para resistir un asedio. Me mandará regularmente cartas para informarme de los progresos realizados. Debe asegurarse por encima de todo de que Dagoska no caiga en manos de los gurkos.

No me falle.

Sult

Archilector de la Inquisición de Su Majestad

Glokta dobló con cuidado la carta y se la volvió a guardar en el bolsillo, comprobando de paso que el mandato del Rey seguía a buen recaudo a su lado. *Maldito papel.* El voluminoso documento le había estado pesando en el bolsillo desde que se lo entregó el Archilector. Lo sacó y, al darle la vuelta, la hoja dorada del gran

sello encarnado refulgió bajo la intensa luz solar. *No es más que una simple hoja de papel y, sin embargo, tiene un valor superior al del oro. Un valor inestimable. Con esto, hablo con la propia voz del Rey. Soy el hombre más poderoso de Dagoska, más poderoso aún que el mismísimo Lord Gobernador. Todos deben escucharme y obedecer. Siempre y cuando consiga mantenerme con vida, claro está.*

El viaje no había resultado demasiado grato. El barco era pequeño y el mar Circular había estado encrespado a lo largo de toda la travesía. El propio camarote de Glokta era un antro minúsculo, caluroso y tan hermético como un horno. *Un horno mecido salvajemente de día y de noche.* Se había pasado la mitad del tiempo tratando de comer las gachas de un cuenco que no paraba de pegar botes, y la otra mitad, vomitando los pocos bocados que había logrado ingerir. Al menos por debajo de la cubierta no había posibilidad de que su pierna inútil cediera y le hiciera caer por la borda. *Un viaje nada grato, desde luego.*

Pero ahora el viaje había terminado. El barco se aproximaba ya a su fondeadero en medio de los atestados muelles. Los marineros bregaban ya con el ancla y arrojaban cabos hacia el embarcadero. La plancha se deslizaba ya desde el barco para unirlo a la polvorienta costa.

—Bien —dijo el Practicante Severard—. Voy a ver si me echo un trago.

—Que sea fuerte, pero reúnete conmigo después. Mañana tenemos trabajo. Mucho trabajo.

Severard asintió con la cabeza y su lacia melena dio una sacudida alrededor de su enjuto rostro.

—Descuide, ya sabe que vivo para servirle. *No sé muy bien para qué vives tú, pero dudo mucho que sea para eso.* Silbando una melodía desafinada, el Practicante se alejó con paso desenvuelto, bajó ruidosamente por la plancha, plantó el pie en el muelle y luego se perdió entre los polvorientos edificios marrones que había un poco más allá.

Glokta ojeó la estrecha plancha de madera con gesto aprensivo, enroscó la mano en el puño del bastón y se relamió sus encías desnudas, armándose de valor para dar el primer paso. *Todo un acto de heroísmo desinteresado.* Durante un instante se preguntó si no sería más sensato bajar arrastrándose como un gusano. *Reduciría las posibilidades de morir ahogado, pero no creo que resultara demasiado decoroso. ¿El temible Superior de la Inquisición arrastrándose sobre el vientre hacia sus nuevos dominios?*

—¿Necesita ayuda? —la Practicante Vitari, con sus cabellos pelirrojos tan erizados como los pinchos de un cardo, le miraba de soslayo con la espalda apoyada en la baranda del barco. Parecía haberse pasado toda la travesía gozando del aire libre como si fuera un lagarto, ajena por completo al continuo balanceo del barco y encantada con el agobiante calor que a Glokta tanto le repugnaba. No resultaba fácil

discernir cuál era su expresión debajo de la máscara de Practicante. *Pero apuesto a que está sonriendo. Sin duda está preparando ya su primer informe para el Archilector: «el tullido se pasó la mayor parte del viaje encerrado en su camarote, vomitando. Cuando llegó a Dagoska, hubo que bajarlo a tierra con la carga. Ya se ha convertido en el hazmerreír de...».*

—¡Ni mucho menos! —exclamó Glokta y, acto seguido, se acercó renqueando a la plancha como si todas las mañanas tomara su vida en sus manos. Al plantar el pie derecho, la plancha se movió de un modo alarmante y, al instante, su mente adquirió plena y dolorosa conciencia de las aguas verde grisáceas que rompían contra las pegajosas piedras del embarcadero muchos metros por debajo de él. *Hallado un cadáver flotando junto a los muelles...*

Pero al final se las arregló para renquear de un extremo a otro, arrastrando su pierna atrofiada. Cuando alcanzó las polvorientas piedras de los muelles y se halló al fin en tierra firme, sintió una absurda punzada de orgullo. *Ridículo. Cualquiera diría que ya he derrotado a los gurkosy he salvado la ciudad, cuando todo lo que he hecho ha sido recorrerá trancas y barrancas poco más de tres zancadas.* Para colmo, ahora que se había acostumbrado al constante balanceo del barco, la inmovilidad de la tierra hacía que le diera vueltas la cabeza y que se le revolvieran las tripas, una sensación que no contribuía precisamente a mejorar el hedor a sal podrida que impregnaba la atmósfera ardiente de los muelles. Se obligó a sí mismo a tragar un bocado de saliva amarga, cerró los ojos y alzó la cara hacia el cielo raso.

Demonios, qué calor hace aquí. Ya se le había olvidado el calor que podía llegar a hacer en el Sur. El año andaba ya muy avanzado, pero ahí estaba el sol, picando fuerte, y ahí estaba él, sudando a mares bajo su larga toga negra. *El atuendo inquisitorial tal vez sea excelente para infundir terror a los sospechosos, pero me temo que es muy poco adecuado para los climas cálidos.*

El Practicante Frost lo tenía aún peor. El descomunal albino se había cubierto cada centímetro de su piel lechosa, al punto de incluir en su atuendo unos guantes y un amplio sombrero. Su ancha cara blanca, perlada de sudor alrededor de la máscara negra, se alzó y miró el cielo cegador con sus ojos rosáceos entornados en un gesto de recelo y sufrimiento.

Vitari les echó una mirada de reojo.

—Ustedes dos deberían tomar más el aire —masculló.

Un hombre vestido con el uniforme negro de la Inquisición les aguardaba al final del embarcadero. Se hallaba cobijado bajo la sombra de un muro semiderruido, pero, aun así, sudaba copiosamente. Un tipo alto y huesudo, de ojos saltones y con una nariz ganchuda roja y pelada por el sol. *¿El comité de bienvenida? A juzgar por su tamaño, no parece que mi presencia sea bienvenida en absoluto.*

—Soy Harker, la máxima autoridad de la Inquisición de la ciudad.

—Hasta mi llegada —puntualizó Glokta—. ¿De cuánta gente dispone?

El Inquisidor torció el gesto.

—Cuatro inquisidores y unos veinte Practicantes.

—Una dotación muy exigua para mantener libre de traidores una ciudad de estas dimensiones.

El gesto huraño de Harker se acentuó.

—Hasta ahora nos las hemos arreglado bastante bien. *Oh, sin duda. Si dejamos a un lado el detalle de que se les haya perdido su Superior.* ¿Es ésta su primera visita a Dagoska?

—Antes ya había pasado algún tiempo en el Sur. *Los mejores días de mi vida, y también los peores.* Estuve en Gurkhul durante la guerra. Y visité Ulrico. En ruinas después de que incendiáramos la ciudad. Luego pasé dos años en Shaffa. Si cuenta como visita mi estancia en las mazmorras del Emperador. Dos años de un calor abrasador y de una oscuridad abrumadora. Dos años en el infierno. Pero nunca había estado en Dagoska.

—Hummm —resopló Harker con desinterés—. Sus aposentos se encuentran en la Ciudadela —añadió mientras señalaba con la cabeza un enorme peñón que descollaba por encima de la ciudad. *Cómo no. En la parte más alta del más alto de los edificios, seguro*—. Le mostraré el camino. El Lord Gobernador Vurms y su consejo están deseando conocer al nuevo Superior —mientras se daba la vuelta, en su rostro se dibujó un rictus de amargura. *Considera que deberían haberle dado a usted el cargo, ¿verdad? No sabe cuánto me alegro de ser el causante de su decepción.*

Harker emprendió la marcha hacia la ciudad a buen paso, flanqueado por el Practicante Frost, que caminaba pesadamente, con su grueso cuello hundido entre sus poderosos hombros, y trataba de pegarse a cualquier resquicio de sombra como si el sol le estuviera acribillando con diminutos dardos. Vitari, en cambio, zigzagueaba por la calle polvorienta como si fuera una pista de baile, asomándose a las ventanas y a las estrechas bocacalles que cruzaban. A la zaga, renqueando con obstinación, marchaba Glokta, cuya pierna izquierda ya empezaba a arder debido al esfuerzo.

Al entrar en la ciudad, el tullido, tras dar unos pocos pasos, se desplomó, y el resto del trayecto lo hizo tendido sobre unas andas, chillando como un cerdo a medio sacrificar y pidiendo agua a gritos mientras los ciudadanos a los que supuestamente tenía que atemorizar asistían atónitos a la escena...

Glokta apretó los labios y hundió en las encías los pocos dientes que le quedaban para obligarse a seguir el ritmo de los otros. La empuñadura del bastón se le clavaba en la palma de la mano y, a cada paso que daba, su columna se quejaba con un chasquido escalofriante.

—Ésta es la Ciudad Baja —refunfuñó Harker volviendo un instante la cabeza—, donde vive la población autóctona.

Un gigantesco estercolero, abrasador, polvoriento y apestoso. Las construcciones eran de muy baja calidad y se encontraban en un lamentable estado de abandono: destartaladas casuchas de una sola altura, meras pilas torcidas de adobe mal cocido. Toda la gente era de tez oscura, iba mal vestida y parecía aquejada de una grave desnutrición. Una mujer que estaba en los huesos los miró pasar desde un portal. Un anciano con una sola pierna pasó a su lado apoyándose en unas muletas. Al fondo de una callejuela, un grupo de niños andrajosos correteaba entre montañas de desperdicios. Un hedor fruto de la podredumbre y el deficiente alcantarillado impregnaba el aire. Había moscas zumbando por todas partes. Moscas gordas y feroces. *Los únicos seres capaces de prosperar en un lugar como éste.*

—De haber sabido que se trataba de un sitio tan encantador, lo habría visitado antes —señaló Glokta—. Salta a la vista que las gentes de Dagoska han salido muy beneficiadas con su integración en la Unión, ¿eh?

Harker no captó la ironía.

—Desde luego. Durante el corto periodo en que la ciudad estuvo bajo el control de los gurkos muchos de sus ciudadanos más notables fueron tomados como esclavos. Ahora, bajo el gobierno de la Unión, por fin son libres de trabajar y vivir como quieran.

—Por fin libres, ¿eh? *Así que éste es el aspecto que tiene la libertad.* Glokta se fijó en un grupo de indígenas malcarados que se apelotonaban en torno a un puesto donde se ofrecía un paupérrimo surtido de frutas medio podridas y despojos en mal estado.

—Bueno, la mayoría, sí —dijo Harker frunciendo el ceño—. La Inquisición tuvo que eliminar a algunos grupos de alborotadores cuando se instaló en la ciudad. Luego, hace tres años, unos cuantos cerdos desagradecidos organizaron una rebelión. *¿Después de haberles concedido la libertad de vivir como animales en su propia ciudad? Qué desvergüenza.* Se lo hicimos pagar caro, por supuesto, pero causaron innumerables daños. A partir de entonces se les prohibió la tenencia de armas, así como el acceso a la Ciudad Alta, que es donde residen la mayoría de los blancos. Desde entonces reina la calma. Otra prueba de que lo más eficaz a la hora de tratar con estos primitivos es la mano dura.

—Construyen unas defensas imponentes, para ser unos primitivos.

Ante ellos se alzaba una monumental muralla que atravesaba la ciudad, proyectando su alargada sombra sobre las miserables edificaciones del suburbio. Delante de ella se abría un profundo foso, sembrado de puntiagudas estacas, que parecía haber sido excavado en fecha reciente. Un estrecho puente conducía a una elevada puerta, inserta entre dos esbeltas torres. Sus gruesas hojas se encontraban abiertas, pero delante de ellas se habían desplegado una docena de hombres: sudorosos soldados de la Unión provistos de casquetes de acero y casacas de cuero con tachones metálicos y armados con lanzas y espadas que relucían bajo la intensa luz solar.

—Una puerta muy bien custodiada —caviló en voz alta Vitari—. Para estar dentro de la ciudad.

Harker frunció el ceño.

—Desde la revuelta sólo se permite acceder a la Ciudad Alta a aquellos indígenas que dispongan de un permiso especial.

—¿Y quiénes gozan de ese permiso? —inquirió Glokta.

—Artesanos especializados y gente así, a la que sigue empleando el Gremio de los Especieros, aunque en su mayor parte se trata de sirvientes que trabajan en la Ciudad Alta y en la Ciudadela. Muchos de los ciudadanos de la Unión que residen aquí tienen servicio indígena, muy numeroso en algunos casos.

—Pero los indígenas también son ciudadanos de la Unión, ¿no?

Harker hizo una mueca.

—Si usted lo dice, Superior, pero no son gente de fiar. No piensan como nosotros.

—*¿No me diga?* Basta con que sean capaces de pensar para que ya supongan una notable mejora en comparación con este pedazo de animal.

—Mire, todos estos morenos son escoria. Gurkos, dagoskanos, todos son iguales. Una panda de ladrones y asesinos. Lo mejor que se puede hacer con ellos es aplastarlos y no dejar que se muevan —Harker dirigió una mirada ceñuda al ardiente suburbio—. Si algo huele a mierda y tiene el color de la mierda, lo más seguro es que sea mierda —luego se dio la vuelta y avanzó con gesto altanero por el puente.

—Un hombre encantador y muy ilustrado —murmuró Vitari. *Me ha leído el pensamiento.*

Al cruzar las puertas, se accedía a otro mundo. Cúpulas majestuosas, elegantes torres, mosaicos de cristales de colores y pilares de mármol relucían bajo el resplandor del sol. Calles anchas y limpias, viviendas bien cuidadas. En algunas de sus coquetas plazas incluso se veía alguna que otra palmera de aspecto agostado.

Gentes acicaladas, bien vestidas y de tez blanca. *Descontando la profusión de quemaduras provocadas por el sol.* De vez en cuando asomaba entre ellos algún rostro moreno, que caminaba con la cabeza gacha y procuraba mantenerse apartado del resto de la gente. *¿Los afortunados a los que se permite trabajar de sirvientes? Debe de ser un alivio para ellos que la Unión no tolere la esclavitud.*

Por encima de toda aquella escena, Glokta oía un sonoro rumor, como si no lejos de allí se estuviera librando una batalla. Conforme arrastraba su dolorida pierna por la Ciudad Alta, el ruido fue creciendo en intensidad y se convirtió en una algarabía atronadora cuando llegaron a una amplia plaza que estaba llena a rebosar. Había gentes de Midderland, de Gurkhul, de Estiria, indígenas de ojos rasgados de Suljuk, ciudadanos de rubia cabellera del Viejo Imperio, incluso algún que otro norteño barbado, muy lejos de su tierra.

—Mercaderes —refunfuñó Harker. *Cualquiera diría que están todos los que hay en el mundo.* Se apiñaban junto a puestos llenos de mercancías, con grandes balanzas para pesar los géneros y pizarras con los nombres y los precios de los productos escritos a tiza. Pregonaban, solicitaban crédito y hacían trueques en una multitud de lenguas distintas, agitando sus brazos con extraños gestos, dándose codazos y tirones, señalándose los unos a los otros. Olisqueaban cajas de especias y palitos de incienso, palpaban rollos de tela y maderas exóticas, estrujaban frutas, mordían monedas, escrutaban con sus lupas relucientes gemas. Acá y allá se veía a algún porteador nativo que daba tumbos entre la multitud, doblado bajo el peso de un fardo gigantesco.

—Los Especieros sacan tajada de todo —rezongó Harker mientras comenzaba a abrirse paso a codazos entre la bulliciosa muchedumbre.

—Y una buena tajada, según parece —masculló Vitari. *Una cantidad muy considerable, es de suponer. Suficiente para plantarle cara a los gurkos. Suficiente para tener de rehén a una ciudad entera. La gente está dispuesta a matar por menos, por mucho menos.*

Gruñendo y haciendo muecas, Glokta se abría paso por la plaza, recibiendo golpes, empellones y codazos a cada renqueante paso que daba. Hasta que no llegaron al otro extremo y emergieron de la muchedumbre, no se dio cuenta de que se encontraban a la sombra de un descomunal y elegante edificio que se alzaba, arco sobre arco y cúpula sobre cúpula, por encima de la multitud. Unas gráciles torretas, esbeltas y delicadas, ascendían hacia el cielo desde cada una de sus esquinas.

—Impresionante —murmuró Glokta, estirando su dolorida espalda mientras escudriñaba las blancas piedras, que relucían bajo el sol del atardecer con un brillo casi cegador—. Ver una cosa así hace que uno se sienta tentado de creer en Dios. *Pero yo no me dejo engañar tan fácilmente.*

—Hummm —dijo con desdén Harker—. Los indígenas solían venir a miles a rezar aquí, viciando el aire con sus malditos cánticos y sus supersticiones, pero eso era antes de que se sofocara la revuelta, por supuesto.

—¿Y ahora?

—El Superior Davoust lo declaró zona prohibida para ellos. Al igual que toda la Ciudad Alta. En la actualidad, los Especieros lo usan como una ampliación del zoco, para comprar, vender. Ya sabe, ese tipo de cosas.

—*Ja.* Muy apropiado. Un templo donde se rinde culto al dinero. Nuestra pequeña religión particular.

—Según tengo entendido, también hay un banco que utiliza una parte como oficinas.

—¿Un banco? ¿Cuál?

—Son los Especieros los que están al tanto de esos asuntos —dijo Harker con impaciencia—. Valint no sé cuantos, me parece.

—Balk. Valint y Balk. *Así que esos viejos conocidos ya estaban aquí antes que yo. Debería habérmelo olido. Esos cabrones están en todas partes. En todas partes donde haya dinero.* Glokta echó un vistazo a la atestada plaza del mercado. Y aquí lo hay a manos llenas.

Al iniciar el ascenso al gran peñón, el camino se empinaba siguiendo unas calles que discurrían por terrazas labradas en la piedra de la ladera pelada. Doblado sobre su bastón, Glokta avanzaba bregando con el calor, mordiéndose el labio para combatir el dolor de la pierna, sediento como un perro y chorreando sudor por todos los poros. A pesar de todo, Harker no hacía ningún esfuerzo por aminorar el paso. *Queme aspen si se lo pido.*

—Eso de ahí arriba es la Ciudadela —el Inquisidor señaló un conjunto de edificios de muros verticales, llenos de cúpulas y torres, que se encaramaba a la cumbre del peñón pardo, muy por encima de la ciudad—. En tiempos fue la residencia del rey autóctono, pero ahora acoge el centro administrativo de Dagoska, además de servir de alojamiento a algunos ciudadanos notables. La Sede de los Especieros se encuentra dentro, y también el Pabellón de los Interrogatorios.

—Vaya vista —murmuró Vitari.

Glokta se dio la vuelta y se hizo sombra con una mano. La ciudad de Dagoska, casi una isla, se extendía a sus pies. Tendida sobre las laderas se encontraba la Ciudad Alta, una ordenada retícula de cuidadas casas, separadas por calles rectas, salpicada de palmeras amarillentas y amplias plazas. Al otro extremo de su extensa muralla curva se encontraba la maraña marrón y polvorienta de los arrabales. Más allá, a lo lejos, envueltas en la reverberante calima, Glokta distinguió las imponentes

murallas terrestres, que bloqueaban el estrecho paso rocoso que unía la ciudad a tierra firme, dejando el mar azul a un lado y el puerto azul al otro. *Las defensas más poderosas del mundo, según dicen. Quién sabe si dentro de no mucho estaremos poniendo a prueba tan arrogante aserto.*

—¿Superior Glokta? —Harker carraspeó—. El Lord Gobernador y su consejo nos esperan.

—Pues que esperen un poco más. Tengo curiosidad por saber qué progresos ha hecho usted en la investigación sobre la desaparición del Superior Davoust. *Al fin y al cabo, sería una verdadera lástima que el nuevo Superior sufriera el mismo destino.*

Harker frunció el entrecejo.

—Bueno... se han hecho algunos progresos. No me cabe ninguna duda de que ha sido cosa de los indígenas. Siempre están conspirando. A pesar de las medidas adoptadas por Davoust después de la rebelión, muchos de ellos siguen negándose a aceptar el lugar que les corresponde.

—Me deja usted anonadado.

—Es totalmente cierto, puede creerme. Tres sirvientes dagoskanos se encontraban presentes en los aposentos del Superior la noche de su desaparición. He estado interrogándolos.

—¿Y qué ha averiguado?

—De momento nada, me temo. Han resultado ser increíblemente tercos.

—En tal caso les interrogaremos los dos juntos.

—¿Los dos juntos? —Harker se humedeció los labios—. No estaba informado de que fuera usted a interrogarlos personalmente, Superior.

—Pues ya lo está.

***

Cualquiera habría pensado que haría más fresco en el interior de la roca. Pero hacía exactamente el mismo calor sofocante que en las calles, y allí ni siquiera podía contarse con el alivio de que soplara una leve brisa. La atmósfera del pasillo era tan silenciosa, fúnebre y viciada como la de una tumba. La antorcha de Vitari proyectaba por los rincones sombras danzantes y luego la oscuridad volvía a cerrarse a su paso.

Harker se detuvo delante de una puerta reforzada con una plancha de hierro y se secó los goterones de sudor que le resbalaban por la cara.

—Debo advertirle algo, Superior: fue necesario mostrarse bastante... duro con ellos. Mano dura, es lo mejor, ya sabe.

—Oh, yo también puedo mostrarme bastante duro cuando la situación lo requiere. No me escandalizo con facilidad.

—Bien, bien —la llave giró en la cerradura, la puerta se abrió y un olor apestoso se extendió por el pasillo. *Una letrina atascada y un montón de desperdicios podridos fundidos en un solo olor.* Al otro lado se abría una celda diminuta, sin ventanas, y con un techo tan bajo que apenas se podía estar de pie. El calor era asfixiante, el hedor, insoportable. A Glokta le recordó otra celda que había algo más al sur, en Shaffa. Una celda hundida en las entrañas del palacio del Emperador. *En la que me asfixié durante dos años, chillando en la oscuridad, arañando los muros, arrastrándome en mi propia mierda.* Uno de sus ojos se puso a palpitar, y se lo frotó cuidadosamente con un dedo.

Estirado en el suelo, con la cara contra la pared, había un prisionero con la piel ennegrecida por los moratones y las dos piernas rotas. Colgado del techo por las muñecas, con las rodillas rozando el suelo, había otro que tenía la cabeza caída hacia delante y la espalda despellejada a latigazos. Vitari se agachó y empujó a uno de ellos con un dedo.

—Muerto —se limitó a decir. Luego se acercó al otro—. Y éste también, desde hace bastante.

La trémula luz de la antorcha cayó sobre un tercer prisionero. Era una mujer, y seguía viva. *Por los pelos.* Aherrojada de pies y manos, el rostro consumido por el hambre, los labios agrietados por la sed, unos inmundos andrajos teñidos de sangre aferrados contra el pecho. Sus talones resbalaban sobre el suelo mientras trataba de apartarse hacia un rincón, farfullando palabras en kantic y cubriéndose el rostro con una mano para protegerse de la luz. *Qué bien lo recuerdo. Lo único peor que la oscuridad era la aparición de la luz. Siempre era el preámbulo de los interrogatorios.*

Con la cabeza dándole vueltas a causa del esfuerzo, el calor y la peste, Glokta torció el gesto y sus ojos palpitantes miraron alternativamente a los dos cuerpos destrozados y a la muchacha encogida de terror.

—Un lugar verdaderamente acogedor. ¿Qué le han contado?

Harker se cubrió la nariz y la boca con una mano y pasó adentro de mala gana.

—Nada aún, pero...

—A esos dos ya no les va a sacar gran cosa, eso está claro. Espero que firmaran sus confesiones.

—Bueno... no exactamente. Al Superior Davoust nunca le preocupó demasiado obtener confesiones de los morenos, simplemente nos limitábamos a... ya sabe.

—¿Ni siquiera ha sido capaz de mantenerlos con vida el tiempo suficiente para extraerles una confesión?

Harker parecía enfurruñado. Como un niño al que su maestro castiga injustamente.

—Aún nos queda la chica —repuso.

Glokta se repasó con la lengua el espacio que en tiempos ocuparan sus dientes delanteros y bajó la vista para mirar a la muchacha. *Aquí no hay método. Ni propósito. Esto no es más que pura brutalidad. De haber comido algo hoy, puede que hubiera vomitado.*

—¿Qué años tiene?

—Unos catorce, Superior, pero no veo qué importancia puede tener eso.

—La importancia, Inquisidor Harker, reside en el hecho de que no es demasiado normal que las muchachas de catorce años se dediquen a liderar conspiraciones.

—Pensé que sería mejor mostrarse concienzudo.

—¿Concienzudo? ¿Llegó a hacerles alguna pregunta?

—Bueno, yo...

El bastón de Glokta le cruzó la cara a Harker con un golpe seco. La brusquedad del movimiento hizo que una punzada de dolor atravesara el costado de Glokta, que se tambaleó sobre su pierna atrofiada y tuvo que agarrarse al brazo de Frost para no caerse. El Inquisidor lanzó un aullido en el que se mezclaban el dolor y la sorpresa, chocó contra la pared y resbaló hasta quedar tendido sobre la mugre del suelo.

—¡Usted no es un Inquisidor! —bufó Glokta—. ¡Usted es un carnicero! ¡Se ha cargado a dos de nuestros testigos! ¿De qué nos sirven ahora, maldito idiota? —Glokta se inclinó hacia delante—. Claro que a lo mejor ésa era precisamente su intención. ¿No será que al Superior lo mató un subordinado envidioso? ¿Un subordinado que quería silenciar a los testigos, eh, Harker? Tal vez mis pesquisas deban empezar por la propia Inquisición, ¿no?

La figura del Practicante Frost surgió por encima de Harker cuando trataba de ponerse de pie, y el Inquisidor se echó hacia atrás y se quedó acurrucado contra la pared echando sangre por la nariz.

—¡No! ¡No, por favor! ¡Fue un accidente! ¡No era mi intención matarlos! ¡Sólo quería averiguar lo que había pasado!

—¿Un accidente? ¡Una de dos, o es usted un traidor o es usted un perfecto incompetente, y yo no tolero ni lo uno ni lo otro! —haciendo caso omiso del dolor que le subía por la columna, se inclinó un poco más y separó los labios para mostrar su sonrisa desdentada—. Estoy de acuerdo con usted, Inquisidor, no hay nada más eficaz que la mano dura para tratar a las gentes primitivas. Y le voy a dar la

oportunidad de comprobar que no existe una mano más dura que la mía. En ninguna parte. ¡Quitadme a este gusano de la vista!

Frost agarró a Harker de la toga y lo arrastró por la inmundicia en dirección a la puerta.

—¡Espere! —gimió agarrándose al marco de la puerta—. ¡Por favor! ¡No puede hacer esto! —sus gritos se fueron perdiendo por el pasillo.

En torno a los ojos de Vitari se adivinaba el esbozo de una sonrisa, como si toda la escena le hubiera divertido mucho.

—¿Qué hacemos con este desbarajuste?

—Limpiarlo —Glokta, con el costado aún muy dolorido, se apoyó en la pared y se secó el sudor de la frente con mano temblorosa—. Friéguelo. Y entierre a esos dos.

Vitari señaló con la cabeza a la única superviviente.

—¿Y ésa?

—Dele un baño. Ropas. Comida. Y luego que se marche.

—No creo que valga la pena darle un baño si luego va a volver a la Ciudad Baja.

No deja de tener razón.

—¡Muy bien! Era la sirviente de Davoust, ¿no? Pues ahora será también la mía. ¡Que vuelva al trabajo! —gritó girando la cabeza mientras renqueaba hacia la puerta. Tenía que salir de allí. Aquella atmósfera le resultaba irrespirable.

* * *

—Siento decepcionarles, pero las murallas están muy lejos de ser inexpugnables, al menos en su estado actual... —la persona que hablaba se interrumpió en el momento en que la renqueante figura de Glokta apareció por la puerta de la sala de reuniones del consejo de Dagoska.

La sala era la perfecta antítesis de la celda subterránea de la que venía. *De hecho, es la sala más hermosa que he visto en mi vida.* Cada centímetro de la pared y del techo estaba tallado hasta el más mínimo detalle: diseños geométricos asombrosamente intrincados se entrelazaban alrededor de cuadros de leyendas kantics de tamaño natural, todo ello pintado en relucientes dorados y plateados y en vividos rojos y azules. El suelo formaba un mosaico de una complejidad portentosa, la interminable mesa estaba taraceada con volutas de madera oscura y esquirlas de reluciente marfil y había sido lustrada hasta darle un acabado resplandeciente. Los ventanales

ofrecían una vista espectacular de la vasta extensión parda y polvorienta de la ciudad con la centellante bahía al fondo.

La mujer que se levantó para saludar a Glokta no desentonaba con tan fastuoso entorno. *En lo más mínimo.*

—Soy Carlot dan Eider —dijo con una sonrisa franca mientras le tendía ambas manos como si se tratara de un viejo amigo—. La Maestre del Gremio de los Especieros.

Glokta estaba impresionado, no podía negarlo. *Aunque sólo sea por el estómago que tiene. Ni un atisbo de espanto. Me saluda como si no fuera un palpitante despojo deforme y contrahecho. Me saluda como si tuviera un aspecto tan formidable como el suyo.* La mujer vestía una larga túnica a la manera del Sur: una vaporosa seda azul con ribetes plateados que lanzaba destellos mientras se ondulaba en torno a ella debido a la fresca brisa que entraba por los ventanales. Joyas de un valor increíble resplandecían en sus dedos, en sus muñecas, alrededor de su cuello. Al acercarse a ella, Glokta detectó una extraña fragancia. *Un aroma dulzón. El de las especias que la han hecho tan inmensamente rica, quizás.* El efecto no cayó en saco roto. *A fin de cuentas, sigo siendo un hombre. Aunque ya no sea ni la sombra de lo que fui.*

—Disculpe mi atuendo, pero los ropajes kantics resultan mucho más cómodos con este calor. He acabado por acostumbrarme a ellos después de haber pasado aquí tantos años.

Que pida disculpas por su aspecto viene a ser como si un genio se disculpara por ser tan tonto.

—No se preocupe —Glokta se inclinó todo lo que le permitieron su pierna inútil y el agudo dolor que le recorría la espalda—. El Superior Glokta a sus pies.

—Nos alegramos mucho de tenerle entre nosotros. La desaparición de su predecesor, el Superior Davoust, nos ha tenido muy preocupados. *Algunos de ustedes, supongo, se habrán sentido menos preocupados que otros.*

—Confío en poder arrojar algo de luz sobre ese asunto.

—Así lo deseamos todos —luego cogió a Glokta del codo con total naturalidad—. Por favor, permítame que haga las presentaciones.

Glokta no se dejó conducir.

—Gracias, Maestre, pero creo que me las puedo arreglar yo solo —y, acto seguido, renqueó hasta la mesa lo mejor que pudo—. Usted debe de ser el general Vissbruck, el máximo responsable de las defensas de la ciudad —el general era un hombre de cuarenta y bastantes años que lucía una incipiente calvicie y sudaba copiosamente bajo un historiado uniforme que llevaba abotonado hasta el cuello a pesar del calor.

Me acuerdo de usted. Sirvió en Gurkhul durante la guerra. Un comandante de la Guardia Real al que todo el mundo tenía por un perfecto imbécil. Parece que le ha ido bien, como suele ocurrirle a todos los imbéciles.

—Un placer —dijo Vissbruck sin apenas levantar la vista de los documentos que tenía delante.

—Siempre lo es encontrarse con un viejo conocido.

—¿Nos conocemos?

—Luchamos juntos en Gurkhul.

—¿Ah sí? —un espasmo de asombro recorrió el semblante de Vissbruck—. ¿No será usted... *ese* Glokta?

—En efecto, como usted dice, soy *ese* Glokta.

El general pestañeó.

—Humm, bueno, esto... ¿cómo le han ido las cosas?

—Extremadamente dolorosas, gracias por preguntar, pero ya veo que a usted no le ha ido mal, y eso me supone un inmenso consuelo —Vissbruck pestañeó de nuevo, pero Glokta no le dio tiempo de contestar—. Y usted debe de ser el Lord Gobernador Vurms. Todo un honor, Excelencia.

Encogido dentro de su traje de ceremonias como una ciruela pocha en su arrugada piel, el anciano era una auténtica caricatura de la decrepitud. A pesar del sofocante calor, sus manos parecían temblar, y en su cabeza, monda y reluciente, sólo quedaban unos cuantos mechones blancos. Alzó la vista hacia Glokta y lo escrutó con ojos fatigados y legañosos.

—¿Qué ha dicho? —el Lord Gobernador miró desconcertado a su alrededor—. ¿Quién es este hombre?

El general Vissbruck se pegó a él hasta que sus labios casi rozaron la oreja del anciano.

—¡El Superior Glokta, Excelencia! ¡El sustituto de Davoust!

—Yo soy Korsten dan Vurms —el hijo del Lord Gobernador pronunció su nombre como si se tratara de una palabra mágica y tendió una mano a Glokta como si le estuviera ofreciendo un recalo de un valor inestimable. Era un joven rubio y apuesto, que estaba medio tirado en su silla, con una tez bronceada que desprendía salud y un aspecto tan lozano y atlético como achacoso y ajado era el de su padre. *Ya le desprecio.*

—Tengo entendido que en tiempos fue usted un gran espadachín —Vurms miró a Glokta de arriba abajo con una sonrisa burlona—. Yo también practico la esgrima, y

la verdad es que aquí no hay nadie que esté a mi altura. ¿Tal vez le apetecería que nos echáramos unos asaltos? *Me encantaría, pequeño cabrón. Si aún tuviera mi pierna en condiciones te daría una buena paliza.*

—Practiqué la esgrima, sí, pero, ay, tuve que dejarlo. Por problemas de salud —Glokta le obsequió con una de sus sonrisas desdentadas—. Pero apuesto a que todavía podría darle algún que otro consejo, si tiene ganas de mejorar —al oír aquello, Vurms frunció el ceño, pero Glokta ya había seguido con su recorrido—. Y usted debe de ser el Haddish Kahdia.

El Haddish era un hombre alto y espigado, de cuello muy largo y mirada fatigada. Vestía una sencilla toga blanca y llevaba enroscado a la cabeza un turbante del mismo color. *Un aspecto apenas más próspero que el de cualquiera de los indígenas de la Ciudad Baja, y, no obstante, tiene un cierto aire de dignidad.*

—Soy Kahdia, en efecto, y he sido elegido por las gentes de Dagoska para hablar en su nombre. Pero ya no me considero un Haddish. Un sacerdote sin templo ya no es un sacerdote.

—¿Otra vez nos va a venir con lo del templo? —se quejó Vurms.

—Me temo que sí, al menos mientras tenga un asiento en este consejo —luego volvió la vista hacia Glokta—. De modo que es usted el nuevo Inquisidor de la ciudad, ¿eh? Un nuevo demonio.

Un nuevo heraldo de la muerte. Lo que usted haga o deje de hacer no me interesa, señor torturador.

Glokta sonrió. Confiesa el odio que siente por la Inquisición sin tan siquiera haber visto mi instrumental. Claro que tampoco cabía esperar que estuvieran encantados con la Unión; al fin y al cabo, son poco más que esclavos en su propia ciudad. ¿Será el traidor que buscamos?

¿O será él? El general Vissbruck parecía la encarnación del militar leal, un hombre cuyo sentido del deber estaba demasiado arraigado y cuya imaginación era demasiado pobre para dedicarse a la intriga. *Pero son pocos los hombres que llegan a generales sin haber antepuesto su propio beneficio a cualquier otra consideración, sin haberse allanado el camino, sin haberse guardado algunos secretos.*

¿O él? Korsten dan Vurms miraba a Glokta con el mismo gesto de repulsión con que se mira una letrina sucia que se va a tener que usar. *El típico niñato arrogante, he conocido miles como él. Por muy hijo del Lord Gobernador que sea, salta a la vista que sólo es leal a sí mismo.*

¿O ella? La Maestre Eider era toda cortesía y agradables sonrisas, pero en sus ojos se adivinaba una dureza adamantina. *Me está analizando igual que haría un mercader*

con un cliente ignorante. En esa mujer hay más que unos modales exquisitos y una debilidad por la moda extranjera. Mucho más.

¿O él? Ahora, hasta el Lord Gobernador le parecía sospechoso. *¿Anda tan mal de la vista y del oído como pretende? ¿Esa mirada de miope, esa insistencia en pedir que se le explique lo que pasa, no serán puro teatro? ¿No sabrá más que nadie?*

Glokta se dio la vuelta, se acercó cojeando a la ventana, se apoyó en un pilar finamente labrado que había junto a ella y se puso a contemplar la espléndida vista, dejándose acariciar por el cálido sol del atardecer. A sus espaldas sentía que los miembros del consejo, ansiosos de librarse de él, comenzaban a rebullir en sus asientos. *Me pregunto cuánto tardarán en ordenar que saquen al tullido de su fastuosa sala. No me fío de ninguno de ellos. Absolutamente de ninguno.* Sonrió para sus adentros. *Como tiene que ser.*

Fue Korsten dan Vurms el primero en perder la paciencia.

—Superior Glokta —le dijo de pronto—, apreciamos que haya tenido la consideración de venir aquí para presentarse, pero estoy seguro de que tendrá muchos asuntos que atender. Al igual que nosotros.

—Desde luego —Glokta renqueó hasta la mesa con exagerada lentitud, como si se dispusiera a abandonar la sala. Pero, en lugar de ello, tiró de una silla y, contrayendo el rostro debido al dolor de la pierna, tomó asiento—. Procuraré hacer los mínimos comentarios posibles, al menos de momento.

—¿Cómo? —dijo Vissbruck.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó el Lord Gobernador estirando el cuello y escrutándole con sus ojos de miope—. ¿Qué está pasando aquí?

Su hijo fue más directo.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? —inquirió—. ¿Se ha vuelto usted loco? —el Haddish Kahdia comenzó a reír disimuladamente. Si de Glokta o del enfado de los otros, era imposible saberlo.

—Por favor, caballeros, por favor —terció la suave voz de la Maestre Eider con tono apaciguador—. El Superior acaba de llegar y tal vez ignore cómo se gestionan los asuntos en Dagoska. Debe comprender que su predecesor no asistía a estas reuniones. Llevamos gobernando de forma satisfactoria esta ciudad desde hace muchos años y...

—No es así como ve las cosas el Consejo Cerrado —Glokta alzó con dos dedos el mandato del Rey. Dejó que todos lo miraran un instante, cerciorándose de que no les pasaba desapercibido el grueso sello rojo y dorado, y luego lo arrojó sobre la mesa.

Todos miraban con aprensión a Carlot dan Eider mientras cogía el documento, lo desdoblaba y empezaba a leerlo. Al cabo de un instante, la mujer frunció el ceño y luego alzó una de sus primorosas cejas depiladas.

—Al parecer, los ignorantes somos nosotros.

—¡Déjeme ver eso! —Korsten dan Vurms le arrebató el documento de las manos y empezó a leerlo—. No es posible —murmuró—. No es posible.

—Me temo que sí —Glokta obsequió a todos los presentes con una de sus sonrisas desdentadas—. El Archilector Sult está muy preocupado. Me ha pedido que investigue la desaparición del Superior Davoust, y también que inspeccione el estado de las defensas. Que lo inspeccione con sumo cuidado y me asegure de que los gurkos se mantienen al otro lado. Me ha dado orden de que recurra a cualquier medida que estime necesaria —hizo una pausa enfática—. A cualquier medida.

—¿Qué es todo esto? —refunfuñó el Lord Gobernador—. Exijo que se me explique qué está pasando aquí.

Ahora era Vissbruck quien tenía el documento.

—Un mandato del Rey, rubricado por los doce miembros del Consejo Cerrado —murmuró mientras se secaba el sudor de la frente con la parte de atrás de la manga—. ¡Le concede plenos poderes! —y, acto seguido, lo depositó en la superficie taraceada de la mesa, como si temiera que fuera a ponerse a arder de pronto—. Esto significa que...

—Todos sabemos lo que significa —la Maestre Eider observaba a Glokta con gesto pensativo mientras se acariciaba la mejilla con la punta de un dedo. *Como un mercader que de pronto se da cuenta de que ha sido él y no el cliente supuestamente ignorante quien ha salido desplumado*—. Al parecer, el Superior Glokta asume el mando de la ciudad.

—Yo no me atrevería a hablar de asumir el mando, pero lo que sí que haré a partir de ahora será asistir a todas las reuniones de este consejo. Deben considerarlo el primero de una larga serie de cambios —Glokta exhaló un suspiro de alivio y se acomodó en su espléndida silla, estirando su pierna dolorida y recostando su dolorida espalda. *Casi estoy cómodo.* Luego contempló los rostros ceñudos de los miembros del consejo de la ciudad. *Si no fuera porque una de estas personas tan encantadoras es con toda probabilidad un traidor. Un traidor que ya se ha ocupado de hacer desaparecer a un Superior y que bien podría estar maquinando ahora la desaparición de otro...*

Glokta carraspeó.

—Veamos, general Vissbruck, ¿qué estaba diciendo cuando llegué yo? ¿Algo sobre las murallas?

Las heridas del pasado

—Los errores de otros tiempos sólo deben cometerse una vez —peroraba Bayaz en un tono extremadamente pomposo—. Por eso mismo, cualquier educación digna de tal nombre debe cimentarse sobre una sólida comprensión de la historia.

Jezal se desahogó exhalando un suspiro entrecortado. Por qué demonios se empeñaba aquel maldito anciano en darle lecciones. Tal vez se debiera al desmedido egoísmo de las personas que empiezan a chochear. En cualquier caso, Jezal tenía el firme propósito de no aprender absolutamente nada.

—... la historia, sí —cavilaba el Mago en voz alta—, y si algo tiene Calcis es historia.

Nada convencido, Jezal echó un vistazo a su alrededor. Si la historia era una mera cuestión de antigüedad, Calcis, antigua ciudad portuaria del Viejo Imperio, era muy rica en historia. Si la historia era algo más —algo que tuviera que ver con el esplendor y la gloria, algo que hiciera bullir la sangre en las venas—, entonces brillaba por su ausencia.

No cabía duda de que la ciudad respondía a un trazado cuidadosamente elaborado; sus calles, anchas y rectas, estaban dispuestas de tal manera que proporcionaran al visitante magníficas vistas. Pero lo que en tiempos debió de ser un imponente paisaje urbano había quedado reducido con el paso de los siglos a un panorama desolador. Por todas partes se veían casas abandonadas, ventanas y portales vaciados que se asomaban con tristeza a plazas sembradas de socavones. Las callejuelas por las que pasaban estaban comidas por la maleza y repletas de escombros y leños podridos. La mitad de los puentes que cruzaban las mansas aguas del río se habían derrumbado sin que nadie se hubiese molestado en repararlos; la mitad de los árboles plantados en las grandes avenidas estaban secos, marchitos y recubiertos de hiedra.

Ni asomo de esa bulliciosa vitalidad que latía en todo Adua, desde los muelles hasta los suburbios, e incluso en el propio Agriont. La ciudad de Jezal podía parecer a veces un lugar en exceso abarrotado y tumultuoso, lleno a reventar de humanidad, pero, mientras contemplaba a los escasos y desaliñados ciudadanos de Calcis

deambular por aquella pútrida reliquia de ciudad, no tenía ninguna duda de cuál de los dos ambientes prefería.

—... durante este viaje se le van a presentar multitud de oportunidades para mejorar como persona, y le sugiero que las aproveche. Maese Nuevededos, sin ir más lejos, es una persona digna de estudio. Tengo la impresión de que puede aprender mucho de él...

Jezal estuvo a punto de expresar su incredulidad con un grito ahogado.

—¿De ese simio?

—Ese simio, como usted dice, es un hombre que goza de gran fama en todo el Norte. El Sanguinario, así es como lo llaman en esas tierras. Dependiendo de en qué bando se esté, su nombre infunde espanto o valor en los corazones de los hombres. Un guerrero y un estratega de gran astucia e incomparable experiencia. Pero, por encima de todo, alguien que ha aprendido el truco de decir siempre mucho menos de lo que sabe —Bayaz le lanzó una mirada—. Justo lo contrario de algunas personas que conozco.

Jezal frunció el ceño y encorvó los hombros. No veía que Nuevededos pudiera enseñarle nada, como no fuera a comer con los dedos y a pasarse varios días sin asearse.

—El gran foro —masculló Bayaz cuando accedieron a un amplio espacio abierto— . El palpitante corazón de la urbe —incluso él sonaba decepcionado—. Aquí solían acudir los ciudadanos de Calcis a comprar y vender mercancías, a asistir a espectáculos y celebrar juicios, a discutir de filosofía y política. En los Viejos Tiempos no habría cabido ni un alma hasta altas horas de la noche.

Ahora había sitio de sobra. El vasto espacio pavimentado hall ría podido acoger fácilmente a una muchedumbre cincuenta ve— (es mayor que la que se hallaba allí congregada. A lo largo de su perímetro se distribuían unas estatuas monumentales, sucias y mutiladas, cuyos mugrientos pedestales se encontraban torcidos en todos los ángulos imaginables. Unos cuantos puestos destartalados se apiñaban en el centro como un rebaño de ovejas en un día invernal.

—Ya no es más que una sombra de lo que fue. Con todo —y Bayaz señaló las desvencijadas esculturas—, los únicos residentes que deben interesarnos son éstos.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes son?

—Los Emperadores de un tiempo remoto, muchacho, y cada uno de ellos tiene una historia que contarnos.

Jezal profirió una queja muda. Si la historia de su propio país sólo despertaba en él un vago interés, menos aún se iba a interesar por la de un país decadente y atrasado perdido en los confines del occidente.

—Hay un montón —rezongó.

—Y no están ni mucho menos todos. La historia del Viejo Imperio se pierde en la noche de los tiempos.

—Será por eso por lo que lo llaman «viejo».

—No intente dárselas de listo conmigo, capitán Luthar, no podría. Mientras sus antepasados de la Unión iban desnudos, se comunicaban mediante gestos y adoraban un pedazo de barro, Juvens, mi maestro, guiaba el alumbramiento de una poderosa nación, una nación que por sus dimensiones y riqueza, por sus conocimientos y magnificencia jamás ha sido igualada. Adua, Talins o Shaffa no son sino sombras de las esplendorosas ciudades que florecieron en el valle del gran río Aos. Esto es la cuna de la civilización, amigo mío.

Jezal contempló las maltrechas estatuas, los árboles marchitos, las calles mugrientas, sórdidas, desoladas.

—¿Qué es lo que pasó?

—El fracaso de un proyecto grandioso nunca es fácil de explicar, pero donde hay éxito y gloria también suele haber fracaso y vergüenza. Y donde se dan todas esas cosas, la envidia se cuece a fuego lento. Paso a paso, la envida y el orgullo dieron lugar a trifulcas, luego a enemistades y finalmente a guerras. Dos grandes guerras que se saldaron con terribles catástrofes —Bayaz se dirigió con paso resuelto hacia la estatua más próxima—, Pero de las catástrofes también se pueden extraer lecciones, mi querido muchacho.

Jezal hizo una mueca de disgusto. Recibir nuevas lecciones le apetecía tanto como que se le pudriera la verga, y para nada se sentía su querido muchacho; sin embargo, su falta de entusiasmo no pareció disuadir en absoluto al anciano.

—Un gran soberano tiene que mostrarse implacable. En cuanto percibe una amenaza contra su persona o su autoridad, debe actuar con celeridad y sin dejar margen alguno para el arrepentimiento —peroró Bayaz—. Un buen ejemplo lo tenemos en el Emperador Shilla —añadió levantando la vista hacia la estatua de mármol que se alzaba sobre ellos, cuyos rasgos casi habían sido borrados por las inclemencias del tiempo—. En cuanto tuvo la sospecha de que su chambelán abrigaba la pretensión de hacerse con el trono, ordenó que lo mataran, que estrangularan a su mujer y a sus hijos y que su gran mansión de Aulcus fuera arrasada hasta los cimientos —Bayaz se encogió de hombros—. Todo ello a pesar de

que no tenía ni la más mínima prueba. Una acción excesiva y brutal, pero es mejor pasarse en el empleo de la fuerza que quedarse corto. Siempre es mejor provocar miedo que desprecio. Y Shilla lo sabía. Ya ve que en la política no hay lugar para el sentimentalismo.

«Lo que veo es que me paso toda la vida topándome con viejos estúpidos que tratan de sermonearme.» Eso era lo que pensaba Jezal, pero no tenía la más mínima intención de decirlo. El horripilante recuerdo del Practicante de la Inquisición que había reventado ante sus ojos seguía demasiado fresco en su memoria. El viscoso chapoteo de los trozos de carne. La sangre caliente salpicándole la cara. Tragó saliva y agachó la cabeza.

—Ya veo —musitó.

Bayaz prosiguió con su cantinela.

—¡Eso no quiere decir, por supuesto, que un gran rey tenga que ser un tirano! Granjearse el amor de los plebeyos ha de ser el principal objetivo de un soberano, pues es algo que se puede obtener mediante pequeños gestos y, sin embargo, durar toda una vida.

Por muy peligroso que pudiera resultar el anciano, Jezal no estaba dispuesto a dejar pasar por alto aquel comentario. Saltaba a la vista que Bayaz carecía de experiencia práctica en el terreno de la política.

—¿De qué sirve granjearse el amor de los plebeyos? Los nobles tienen el dinero, y los militares, la fuerza.

Bayaz alzó la vista al cielo.

—Las palabras de un niño que se deja engatusar con frases huecas y juegos de manos. ¿De dónde viene el dinero de los nobles sino de los impuestos que recaen sobre los campesinos? ¿Quiénes son los soldados sino los hijos y maridos de la gente común? ¿De dónde les viene a los nobles su poder? De la aquiescencia de sus vasallos, sólo de eso. Si el descontento del campesinado llega a ser lo bastante profundo, ese poder puede esfumarse a una velocidad pasmosa. Pensemos en el caso del Emperador Dantus.

Acto seguido, señaló una estatua que tenía un brazo amputado a la altura del hombro y otro que sostenía un puñado de cochambre en el que crecía una espesa floración de musgo. La pérdida de la nariz, que había dejado en su lugar un mugriento orificio, confería al Emperador Dantus una expresión perpetua de azorado desconcierto, como si fuera un hombre al que hubieran sorprendido en una letrina haciendo sus necesidades.

—Nunca hubo un monarca más querido por su pueblo —dijo Bayaz—. Trataba a todos como si fueran sus iguales y siempre donaba la mitad de sus rentas a los más necesitados. Pero los nobles conspiraron en su contra, eligieron a uno de los suyos para sustituirle, encerraron al Emperador en una mazmorra y se apoderaron del trono.

—No me diga —gruñó Jezal desviando la mirada para echar un vistazo a la plaza semivacía.

—Pero la gente común no estaba dispuesta a abandonar a su amado monarca. Se alzaron en sus pueblos, se amotinaron y no hubo forma de aplacarlos. Algunos de los conspiradores fueron sacados a rastras de sus palacios y ahorcados en las calles; los otros, acobardados, se echaron atrás y volvieron a colocar a Dantus en el trono. Así que ya ve, muchacho, para un soberano no hay mejor protección contra el peligro que contar con el amor del pueblo.

Jezal suspiró.

—A mí déjeme con el apoyo de los nobles.

—Ja. El suyo es un afecto costoso y tan cambiante como el viento. Dígame, capitán Luthar, ¿acaso no ha estado usted presente en la Rotonda de los Lores cuando el Consejo Abierto se encontraba en sesión? —Jezal frunció el ceño. Puede que hubiera un atisbo de verdad en la cháchara del anciano—.Ja. Así es el amor de los nobles. Lo mejor que se puede hacer es mantenerlos divididos y fomentar la rivalidad entre ellos, hacer que compitan por obtener pequeñas mercedes, atribuirse el mérito de sus éxitos y, por encima de todo, asegurarse de que ninguno de ellos alcance un poder que pueda representar una amenaza para la propia autoridad.

—¿Y éste quién es? —había una estatua considerablemente más alta que las demás. Un hombre maduro de aspecto imponente, con barba poblada y cabellos ensortijados. Sus facciones resultaban agradables, pero sus labios estaban contraídos en un rictus tétrico y en su entrecejo se dibujaba una arruga que expresaba orgullo y furor. Un tipo con el que había que andarse con cuidado.

—Ése es Juvens, mi maestro. No fue Emperador, pero sí el principal consejero de muchos de ellos. Fue él quien levantó el Imperio y también fue él el principal causante de su destrucción. Un gran hombre, en muchos aspectos, pero los grandes hombres suelen tener grandes defectos —Bayaz retorció las manos sobre la desgastada empuñadura de su cayado con gesto pensativo—. Hay que aprender las lecciones de la historia. Los errores del pasado deben cometerse una sola vez —hizo una breve pausa y luego añadió—. A menos que no haya otro remedio.

Jezal se frotó los ojos y luego miró al otro lado del foro. Era posible que al Príncipe Ladisla le hubiera reportado algún beneficio la charla aquella, aunque Jezal tenía

serias dudas. ¿Para eso le habían arrancado de la compañía de sus amigos, para eso le habían arrebatado la oportunidad de alcanzar la gloria y de promocionarse por la que tanto había luchado? ¿Para escuchar las caducas cavilaciones de un extraño vagabundo calvo?

Jezal frunció el ceño. Un grupo de tres soldados avanzaba hacia el lado de la plaza en el que se encontraban. En un primer momento, los observó sin excesivo interés. Pero luego se dio cuenta de que tenían la vista clavada en Bayaz y en él y que se dirigían exactamente hacia donde ellos estaban. A continuación vio otro grupo de tres, y luego otro más, viniendo desde direcciones opuestas.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Las armaduras y las armas que llevaban, a pesar de lo anticuado de su factura, transmitían una alarmante sensación de efectividad y parecían haber sido usadas con mucha frecuencia. La esgrima era una cosa. Y otra muy distinta un combate real del que se podía salir gravemente herido o incluso muerto. La inquietud que sentía sin duda no era un signo de cobardía; a fin de cuentas se le acercaban nueve hombres armados y no había ninguna escapatoria.

Bayaz también había advertido su presencia.

—Parece que nos han preparado un comité de bienvenida.

Los nueve soldados llegaron a su altura; los semblantes duros, las armas aferradas con fuerza. Jezal cuadró los hombros e hizo lo imposible por adoptar un aspecto temible, a la vez que evitaba mirarlos a la cara y mantenía las manos alejadas de las empuñaduras de sus aceros. No tenía ninguna gana de que alguno de aquellos tipos se pusiera nervioso y le diera por soltarle una estocada.

—Usted es Bayaz —dijo el jefe de la patrulla, un tipo corpulento con una mugrienta pluma roja en el casco.

—¿Es eso una pregunta?

—No. Nuestro señor, el Legado Imperial, Salamo Narba, gobernador de Calcis, le convoca a una audiencia.

—No me diga —Bayaz echó un vistazo a la patrulla y luego se volvió hacia Jezal alzando una ceja—. Supongo que sería una descortesía rehusar, sobre todo considerando que el Legado se ha tomado la molestia de enviarnos una guardia de honor. Muéstrenos el camino.

***

Dígase una cosa de Logen Nuevededos: estaba molido. Caminaba dando tumbos sobre los adoquines rotos, haciendo muecas de dolor cada vez que se apoyaba en el tobillo herido: cojeando, resollando, balanceando los brazos para no perder el equilibrio.

El Hermano Pielargo volvió la cabeza y sonrió ante tan triste espectáculo.

—Dígame, amigo mío, ¿qué tal van sus heridas?

—Duelen —gruñó Logen entre dientes.

—Y, sin embargo, sospecho que las ha conocido peores.

—Ajá —su pasado estaba lleno de heridas. Apenas si había habido algún momento de su vida en que no hubiera estado aquejado de un dolor o recuperándose lentamente entre una paliza y otra. Aún recordaba la primera herida seria que le habían hecho, un tajo en la cara que le había soltado un Shanka. Entonces era un muchacho de quince años, delgado y de piel tersa, al que las chicas de la aldea aún miraban. Se llevó el pulgar a la mejilla y palpó la vieja cicatriz. Recordaba a su padre apretando la venda contra la mejilla en el salón lleno de humo, y el intenso escozor, y el deseo de chillar que trataba de reprimir mordiéndose el labio. Los hombres aguantan en silencio.

Si pueden. Logen se vio tumbado bocabajo en una tienda apestosa, en cuyo techo tamborileaba la gélida lluvia, mordiendo un trozo de cuero para no ponerse a chillar, escupiéndolo de una tos luego y chillando al fin cuando empezaron a hurgarle en la espalda para sacarle la punta de una flecha que no había salido con el asta. Habían tardado un día entero en encontrar a la maldita. Al recordarlo, Logen hizo un gesto de dolor y se sacudió las escápulas para librarse de la sensación de hormigueo. Había gritado tanto que luego se había pasado una semana entera sin poder hablar.

También se pasó más de una semana sin poder hablar después del duelo con Tresárboles. Y sin andar, y sin comer, y sin apenas ver. La mandíbula rota, un pómulo roto, más costillas rotas de las que pudieran contarse. Los huesos machacados hasta dejarlo reducido a un amasijo dolorido, sollozante y autocompasivo. Lloriqueando como un niño al más mínimo movimiento de las andas, alimentado a cucharadas por una anciana y sintiéndose muy agradecido de que alguien le diera de comer.

Tenía muchos más recuerdos, y todos se agolpaban punzantes en su cabeza. El muñón de su dedo tras la batalla de Carleon, quemándole y quemándole hasta casi volverle loco. El brusco despertar en las montañas tras pasar un día a la intemperie después de que le dieran un golpe en la cabeza que le dejó inconsciente. El color rojo de su orina después de que la lanza de Hosco Harding le atravesara las entrañas.

Sintió en su piel desgarrada el palpitar de todas mis cicatrices y se rodeó su maltrecho cuerpo con los brazos.

Muchas habían sido las heridas del pasado, pero no por eso le dolían menos las de ahora. El corte del hombro, tan lacerante horno un carbón candente, no le daba respiro. Había visto a un hombre perder el brazo por una simple rozadura que se había hecho en una batalla. Primero hubo que amputarle la mano, después el brazo hasta la altura del codo, luego hasta el hombro. Justo después pareció quedarse sin fuerzas, a continuación empezó a desvariar y finalmente dejó de respirar. No era así como Logen quería volver al barro.

Dando saltos a la pata coja, se acercó a un muro en ruinas, se apoyó en él, se desembarazó de su zamarra, bregó con los botones de su camisa con una mano, se quitó el alfiler que sujetaba la venda y, luego, poniendo mucho cuidado, retiró las gasas.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó.

—El aspecto de la madre de todas las costras —mascculló Pielargo asomándose por encima del hombro de Logen.

—¿A qué huele?

—¿Quiere que le huela?

—Dígame sólo si apesta o no.

El Navegante se inclinó hacia delante y olfateó melindrosamente el hombro de Logen.

—Se aprecia un marcado olor a sudor, pero puede que venga de su axila. Me temo que el arte de la medicina no se cuenta entre mis muy notables dones. Todas las heridas me huelen igual —y, dicho aquello, volvió a prender la venda con el alfiler.

Logen se abrochó la camisa.

—Si estuviera infectada lo notaría, puede creerme. Apesta como una tumba vieja, y, una vez que la podredumbre se te ha metido dentro, no hay forma de librarse de ella, si no es con un acero. Mal asunto —se estremeció y presionó con suavidad la palma de la mano contra su hombro dolorido.

—Claro, claro —dijo Pielargo, que ya había emprendido la marcha por la calle semidesierta—. En fin, es una suerte para usted que tengamos a la dama Maljinn con nosotros. Sus dotes de conversadora son extremadamente limitadas, pero cuando se trata de heridas, caray, asistí a todo el procedimiento y no me duelen prendas de decirle que esa mujer es capaz de remendar una piel con la misma soltura y precisión con la que un zapatero remienda el cuero. ¡Vaya si es capaz! Maneja la aguja como si

fuera la costurera de una reina. Un talento que puede sernos muy útil por estos pagos. No me sorprendería nada que tuviéramos que volver a necesitarlo antes de que concluya nuestro viaje.

—¿Es un viaje peligroso? —preguntó Logen, que seguía forcejeando para ponerse la zamarra.

—Pufff. El Norte siempre ha sido un lugar salvaje y sin ley, una tierra infestada de rencillas sangrientas y bandoleros sin escrúpulos. No hay hombre que no vaya armado hasta los dientes y que no esté dispuesto a matar a la mínima. La libertad de los forasteros que viajan por Gurkhul está al arbitrio del gobernador local y siempre se corre el riesgo de acabar convertido en esclavo. En las ciudades de Estiria uno sabe que se va a encontrar un matón o un faltrero en cada esquina; claro que para eso antes hay que haber franqueado sus puertas sin haber sido desplumado por las autoridades. En las aguas de las Mil Islas parece haber igual número de piratas que de mercaderes, mientras que en la remota Suljuk se teme y se desprecia tanto a los forasteros que, con tal de no tener que indicarles el camino, prefieren colgarles de los pies y rebanarles el pescuezo. El Círculo del Mundo está sembrado de peligros, mi querido amigo de nueve dedos, pero si todo esto le parece poca cosa y anhela peligros mayores, le recomiendo que visite el Viejo Imperio.

Logen tenía la sensación de que el Hermano Pielargo se lo estaba pasando en grande.

—¿Tan malo es?

—¡Peor aún, oh sí, mucho peor! Sobre todo si, en lugar de limitarse a hacer una breve visita, se tiene la intención de cruzarlo de un extremo a otro.

Logen torció el gesto.

—¿Y ésa es la idea?

—En efecto, como usted dice, ésa es la idea. Desde tiempos inmemoriales, el Viejo Imperio está sembrado de luchas intestinas. I o que una vez fue una sola nación, con un único Emperador y unas leyes que hacían respetar un poderoso ejército y una leal administración, se fue disgregando con el paso de los años hasta convertirse en un potaje en constante ebullición formado por pequeños principados, repúblicas descabelladas, ciudades estado y minúsculos señoríos, a tal punto que hoy en día son muy pocos los que aceptan someterse a un líder si éste no hace pender una espada sobre sus cabezas. La frontera entre los impuestos y el latrocinio, entre la guerra justa y el asesinato a sangre fría, entre un derecho legítimo y la mera fantasía se ha vuelto tan borrosa que ha terminado por desaparecer. Apenas transcurre un año sin que un nuevo bandolero, sediento de poder, se proclame rey del mundo. Según tengo

entendido, en cierta ocasión, hará unos cincuenta años, hubo más de dieciséis Emperadores a la vez.

—Hummm. Me sobran quince.

—Algunos dirían incluso que dieciséis, y jamás ha habido ninguno que sintiera simpatía por los forasteros. Puestos a ser asesinados, el Viejo Imperio es el lugar que ofrece a la víctima un abanico de posibilidades más amplio. Y ni siquiera es imprescindible morir a manos de otros hombres.

—¿Ah, no?

—¡Oh, no, ni mucho menos! La naturaleza también ha sembrado nuestro camino de pavorosos obstáculos, sobre todo ahora que el invierno se nos está echando encima. Al oeste de Calcis se extiende una inmensa llanura, un pastizal despejado de cientos y cientos de kilómetros. Es posible que en los Viejos Tiempos buena parte del territorio estuviera habitado, cultivado y surcado de caminos rectos y bien pavimentados. Pero ahora la mayoría de las poblaciones son silenciosas ruinas, la tierra es una paramera anegada por las tormentas y los caminos son sendas de piedras quebradas que atraen al viajero desprevenido a ciénagas sin fondo.

—Ciénagas —murmuró Logen sacudiendo lentamente la cabeza.

—Y cosas peores. El río Aos, el mayor curso fluvial del Círculo del Mundo, excava un valle profundo y serpenteante que atraviesa ese inmenso baldío. Tendremos que cruzarlo, pero sólo quedan dos puentes en pie, uno en Darmium, que es el que mejor nos vendría, y otro en Aostum, cien kilómetros más al oeste. Hay vados, pero el curso del Aos es raudo y caudaloso, y el valle es profundo y está lleno de peligros —Pielargo chasqueó la lengua—. Y luego están las Montañas Quebradas.

—¿Que son altas?

—Ni se lo imagina. Muy altas y muy peligrosas. Las llaman las Quebradas por sus vertiginosas pendientes, por sus abruptos despeñaderos, por sus profundas e inesperadas simas. Se dice que hay puertos, pero todos los mapas, si es que alguna vez los hubo, se perdieron hace mucho tiempo. Una vez que hayamos cruzado las montañas, nos embarcaremos...

—¿Pretende cruzar las montañas con un barco?

—Nuestro patrón me ha asegurado que puede conseguir uno al otro lado de las montañas, aunque no sé cómo se las arreglará, pues se trata de una tierra prácticamente ignota. Navegaremos rumbo al oeste, hacia la isla de Shabulyan, que, según se dice, se alza en medio del océano en los mismísimos confines del Mundo.

—¿Según se dice?

—Rumores es todo lo que se sabe de ella. Ni siquiera entre la ilustre orden de los Navegantes recuerdo haber oído a nadie que asegure haber estado allí, y eso que los hermanos de mi orden son famosos por sus... digamos que... pretensiones exageradas.

Logen, que ahora se arrepentía de no haberle preguntado antes a Bayaz por sus planes, se rascó pausadamente la cara.

—Parece que nos queda un largo camino por delante.

—Difícilmente cabría concebir un destino más remoto.

—¿Y qué hay ahí?

Pielargo se encogió de hombros.

—Eso tendrá que preguntárselo a nuestro patrón. Mi misión es encontrar rutas, no razones. Haga el favor de seguirme, maese Nuevededos, y no se entretenga, se lo ruego. Tenemos muchas cosas que hacer si queremos pasar por mercaderes.

—¿Por mercaderes?

—Ése es el plan de Bayaz. Los mercaderes suelen aventurarse a seguir la ruta del oeste que conduce de Calcis a Darmium, e incluso a veces llegan hasta Aostum. Siguen siendo grandes ciudades, y se encuentran prácticamente aisladas del resto del mundo. Los beneficios que se pueden obtener con las mercancías de lujo extranjeras, especias de Gurkhul, sedas de Suljuk, chagga del Norte, son astronómicos. ¡En un solo mes se puede llegar a triplicar la inversión que se ha hecho, si se sobrevive! Es bastante frecuente ver allí ese tipo de caravanas, siempre bien armadas y bien custodiadas, desde luego.

—¿Y qué pasa con esos saqueadores y bandoleros que infestan las llanuras? ¿No son mercaderes lo que buscan?

—Por supuesto —dijo Pielargo—. Me imagino que ese disfraz está destinado a protegernos de una amenaza distinta. Una amenaza dirigida específicamente contra nosotros.

—¿Contra nosotros? ¿Otra amenaza? ¿Hacen falta más? —pero Pielargo se había alejado ya y no podía oírle.

***

Había una parte de Calcis, al menos, donde la majestad del pasado no se había desvanecido del todo. El salón al que les condujeron sus guardias, o sus secuestradores, era verdaderamente magnífico.

Dos filas de columnas, altas como árboles y labradas con una piedra lisa de color verde entreverada con refulgentes vetas plateadas, flanqueaban la amplia cámara central. En lo alto, los techos estaban pintados de un intenso negro azulado, salpicado por una galaxia de estrellas relucientes con las constelaciones resaltadas por líneas doradas. El espacio que había delante de la puerta lo ocupaba un profundo estanque de aguas oscuras, en cuya superficie inmóvil se reflejaba todo cuanto había a su alrededor. La vaga imagen de otra cámara. La vaga imagen de otro cielo nocturno.

En una tarima que había al otro extremo de la sala, tumbado en un diván, se encontraba el Legado Imperial y, delante de él, una mesa repleta de manjares. Era un hombre enorme, rollizo y de rostro redondo. Sus dedos, cargados de anillos dorados, agarraban bocados escogidos y se los echaban a la boca, mientras sus ojos no se apartaban en ningún momento de sus dos huéspedes, o sus dos prisioneros.

—Soy Salamo Narba, Legado Imperial y gobernador de la ciudad de Calcis —hizo un movimiento con la boca y escupió un hueso de aceituna, que cayó ruidosamente en un cuenco—. ¿Es usted ese al que llaman el Primero de los Magos?

El Mago inclinó su monda cabeza. Narba alzó la copa que sostenía entre su grueso dedo índice y su grueso dedo pulgar, tomó un sorbo de vino y, sin dejar de mirarles, lo paladeó y luego se lo tragó.

—Bayaz.

—El mismo.

—Hummm. No se lo tome como una ofensa —el Legado cogió un tenedor minúsculo y extrajo una ostra de su concha—, pero su presencia en la ciudad me causa cierta inquietud. La situación política del Imperio es bastante... volátil —agarró la copa—. Más de lo habitual incluso —se echó otro sorbo, lo paladeó y se lo tragó—. Lo último que necesito es que llegue alguien que... altere este precario equilibrio.

—¿Más volátil de lo habitual? —inquirió Bayaz—. Tenía entendido que finalmente Sabarbus había logrado que se calmaran un poco las cosas.

—Las calmó durante un tiempo, bajo su bota —el Legado desgajó un puñado de uvas oscuras de un racimo y, recostándose en un almohadón, las dejó caer de una en una en su boca—. Pero Sabarbus... ha muerto. Veneno, al parecer. Sus hijos... Scario... y Goltus... se disputaron su legado... luego se declararon mutuamente la guerra. Una

guerra excepcionalmente sangrienta, incluso para una tierra exhausta como ésta —y, acto seguido, escupió las pepitas sobre la mesa.

—Goltus se había hecho con el control de Darmium, la ciudad que hay en medio de la gran llanura. Para sitiarla, Scario recurrió a Cabrían, el principal general de su padre. Hace no mucho, después de cinco meses de asedio, agotadas ya las provisiones y perdida cualquier esperanza de recibir refuerzos... la ciudad se rindió —Narba dio un mordisco a una ciruela madura y el jugo de la fruta le chorreó por la barbilla.

—Vamos, que Scario está a punto de hacerse con la victoria.

—Hummm —el Legado se limpió la cara con la punta del dedo meñique y, con toda naturalidad, arrojó el resto de la fruta i la mesa—. Tan pronto como Cabrían tomó la ciudad, se apropió de todos sus tesoros, la entregó a un saqueo brutal a manos de la soldadesca, se instaló en el viejo palacio y se proclamó Emperador.

—Vaya. No parece que eso le afecte mucho.

—Mi corazón llora en silencio, pero todo esto lo tengo ya muy visto. Scario, Goltus y ahora Cabrían. Tres autoproclamados Emperadores se enzarzan en un combate a muerte y sus soldados asolan los campos mientras las pocas ciudades que han logrado preservar su independencia asisten horrorizadas al espectáculo y hacen lo que pueden para salir indemnes de la pesadilla.

Bayaz frunció el ceño.

—Me dispongo a viajar hacia el oeste. Tengo que cruzar el Aos, y Darmium es el puente más cercano.

El Legado hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Se dice que Cabrían, que siempre fue un excéntrico, ha perdido por completo la cabeza. Cuentan que ha asesinado a su esposa y se ha casado con sus tres hijas. Que se ha proclamado un dios viviente. Que ha sellado las puertas de la ciudad y se dedica a lanzar batidas en su interior en busca de brujas, demonios y traidores. Cada día aparecen nuevos cuerpos colgados de las horcas que ha hecho levantar por todos los rincones de la ciudad. Nadie puede entrar ni salir. Ésas son las noticias que llegan de Darmium.

Jezal se sintió bastante aliviado al oír decir a Bayaz:

—En tal caso tendrá que ser Aostum.

—Nadie volverá a cruzar jamás el río en Aostum. Huyendo de la venganza de los ejércitos de su hermano, Scario escapó por el puente y luego ordenó a sus ingenieros que lo derribaran.

—¿Lo destruyó?

—En efecto. Una de las maravillas de los Viejos Tiempos, una obra que había permanecido en pie durante dos mil años. No queda nada. Y, por si eso fuera poco, este año ha llovido mucho y el gran río fluye raudo y caudaloso. Los vados son infranqueables. Me temo que no podrá usted cruzar el Aos este año.

—Debo hacerlo.

—Pero no lo hará. Si quiere que le dé un consejo, yo que usted abandonaría el Imperio a su suerte y me iría por donde he venido. Aquí, en Calcis, siempre hemos procurado ir a nuestro aire, manteniéndonos neutrales y al margen de los desastres que se han abatido sucesivamente sobre el resto del país. Aquí aún nos aferramos a las tradiciones de nuestros antepasados —Narba se señaló a sí mismo—. La ciudad sigue gobernada por un Legado Imperial, como sucedía en los Viejos Tiempos, y no por un forajido, un cacique de tres al cuarto o un falso Emperador —y, agitando con flacidez una mano, señaló la suntuosa cámara—. Aquí hemos conseguido preservar contra viento y marea un vestigio de la gloria del pasado, y no estoy dispuesto a ponerlo en peligro. Su amigo Zacharus estuvo aquí hace menos de un mes.

—¿Aquí?

—Me dijo que Goltus era el Emperador legítimo y me exigió que le prestara mi apoyo. Le mandé que se fuera con viento fresco, como voy a hacer con usted. Nosotros en Calcis estamos satisfechos de ser como somos. No queremos saber nada de sus maquinaciones. Así que coja sus enredos y lárguese, Mago, le doy tres días para abandonar la ciudad.

Se produjo un prolongado silencio mientras se iba apagando el eco de las últimas palabras de Narba. Un momento eterno durante el cual todo el mundo pareció contener la respiración mientras el ceño de Bayaz se iba haciendo cada vez más pronunciado. Un silencio largo y expectante, aunque no del todo vacío. Estaba impregnado de miedo.

—¿Me ha confundido usted con otra persona? —gruñó Bayaz, y, de inmediato, Jezal sintió una apremiante necesidad de apartarse de su lado y ocultarse tras uno de los fastuosos pilares—. ¡Soy el Primero de los Magos! ¡El primer aprendiz del gran Juvens! —su furia era como una enorme piedra que comprimiera el pecho de Jezal, vaciándole de aire los pulmones, arrancándole toda la fuerza del cuerpo. Bayaz alzó uno de sus carnosos puños—. ¡Ésta es la mano que arrojó al vacío a Kanedias! ¡La mano que coronó a Harod! ¿Y se *atreve* a venirme con *amenazas*? ¿A esto le llama usted la gloria del pasado? ¿Una ciudad que vive encogida tras unas murallas ruinosas como un guerrero avejentado que se acurrucara dentro de la gigantesca armadura de su juventud?

Narba se encogió detrás de su vajilla de plata y Jezal hizo una mueca de dolor, aterrorizado ante la posibilidad de que el Legado explotara de un momento a otro y regara la sala de sangre.

—¿Acaso cree que me importa una higa este orinal agrietado de ciudad que tienen ustedes? —tronó Bayaz—. ¿Tres días me da? ¡Me basta con uno! —y, dicho aquello, se giró sobre sus talones y, hecho una furia, atravesó el pulido suelo en dirección a la salida mientras el eco de su voz retumbaba chirriante en las paredes enlucidas y en el resplandeciente techo.

Jezal, débil y tembloroso, vaciló un instante y, luego, con aire culpable, siguió los pasos del Primero de los Magos y pasó por delante de los horrorizados y estupefactos guardias para salir de nuevo a cielo abierto.

El estado de las defensas

Al Archilector Sult, jefe de la Inquisición de Su Majestad.

Eminencia:

He puesto al tanto de mi misión a los miembros del consejo de Dagoska. No le sorprenderá saber que no se han sentido precisamente encantados con tan súbita disminución de poderes. Mis investigaciones acerca de la desaparición del Superior Davoust ya están en marcha, y tengo el convencimiento de que los resultados no se harán esperar. Comenzaré a evaluar el estado de las defensas de la ciudad lo más pronto posible y adoptaré todas las medidas oportunas para hacer de Dagoska una ciudad inexpugnable.

Pronto tendrá noticias mías. Hasta entonces, sirvo y obedezco.

Sand dan Glokta

Superior de Dagoska

El sol caía a plomo sobre las almenas cuarteadas. Penetraba por el sombrero de Glokta y alcanzaba su cabeza agachada. Penetraba por la toga negra de Glokta y alcanzaba sus hombros encorvados. Amenazaba con exprimirle toda el agua que tenía dentro, con arrancarle de cuajo hasta el último aliento de vida, con postrarle de rodillas. *Una fresca mañana de otoño en la encantadora ciudad de Dagoska.*

Mientras el sol le atacaba desde arriba, el viento salado le embestía de frente. Arrancaba en el mar desierto, barría la península pelada, llenándose de calor y de polvo asfixiante, y arremetía contra las murallas terrestres de la ciudad, impregnándolo todo de una arenilla salada. Punzaba la sudorosa piel de Glokta, le secaba la boca con sus latigazos, le provocaba un picor en los ojos que le arrancaba ardientes lágrimas. *Se diría que hasta el propio clima quiere librarse de mí.*

A su lado, haciendo equilibrios por el parapeto con los brazos extendidos como si fuera un funámbulo, caminaba la Practicante Vitari. Glokta alzó la vista y contempló con gesto ceñudo la larguirucha figura negra que se recortaba sobre el cielo

resplandeciente. *Qué le costaría andar por abajo y no dar un espectáculo. Claro que, si fuera así, tampoco habría la posibilidad de que se cayera.* Las murallas terrestres debían de tener cerca de veinte zancadas de altura, y Glokta se permitió esbozar una sonrisa al imaginarse que la Practicante favorita del Archilector se tropezaba, resbalaba y se caía de la muralla dando manotazos al aire. *¿Un grito de desesperación, tal vez, mientras se precipita hacia su muerte?*

Pero no se cayó. *Hija de perra. Seguro que está dándole vueltas a su próximo informe para el Archilector. «El tullido sigue dando palos de ciego. A pesar de que ya ha interrogado a media ciudad, aún no ha encontrado ni el más mínimo rastro de Davoust ni de ningún traidor. De momento, el único hombre al que ha arrestado es a un miembro de la propia Inquisición...»*

Glokta se hizo sombra con una mano y escrutó el panorama bajo la luz cegadora del sol. A sus pies, con apenas unos centenares de zancadas en su punto más estrecho y flanqueado por el mar centelleante, se extendía el istmo de roca que unía Dagoska a tierra firme. El camino que salía de las puertas de la ciudad, una línea parda que atravesaba un matorral amarillento, cortaba hacia el sur en dirección a las peladas colinas continentales. Unas pocas aves marinas de aspecto tristón soltaban graznidos mientras trazaban círculos sobre el camino elevado. Quitando eso, no había ningún otro signo de vida.

—¿Me deja el catalejo, general?

Vissbruck extendió el catalejo y lo depositó con brusquedad en la mano que le tendía Glokta. *Está claro que considera que tiene cosas más importantes que hacer que acompañarme a inspeccionar las defensas.* Embutido en su impecable uniforme y con su rostro rollizo reluciente de sudor, el general respiraba pesadamente mientras se mantenía tieso en posición de firmes. *Hace todo lo posible por adoptar un porte profesional. El porte es lo único que tiene de profesional este imbécil, pero, como dice el Archilector, tenemos que arreglárnoslas con los instrumentos de que disponemos.* Glokta se llevó al ojo el tubo de latón.

Los gurkos habían levantado una empalizada. Una alta valla de estacas de madera que faldeaba las colinas, aislando Dagoska del continente. Al otro lado se veían diseminadas numerosas tiendas de campaña, y, acá y allá, se alzaban columnillas de humo desde los fuegos encendidos para cocinar. Incluso se llegaban a distinguir algunas figuras diminutas en movimiento, a las que el sol arrancaba reflejos metálicos. *Armaduras y armas, y en gran cantidad.*

—De ahí venían en tiempos las caravanas de tierra firme —dijo en voz baja Vissbruck—. El año pasado llegaban cien al día. Luego aparecieron los soldados del Emperador, y los mercaderes comenzaron a escasear. Hace un par de meses acabaron

de cerrar la empalizada. Desde entonces apenas si ha pasado un borrico. Ahora hay que traerlo todo por barco.

Glokta oteó el otro lado de la valla y los campos que se extendían más allá, desde el mar de un lado hasta el del otro. *¿Se limitan a sacar los músculos, a hacer una demostración de poderío? ¿O van en serio? A los gurkos les gustan los espectáculos, pero tampoco le hacen ascos a una buena pelea: poco más o menos fue así como conquistaron todo el Sur.* Glokta bajó el catalejo.

—¿Cuántos cree que son?

Vissbruck se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo. Calculo que al menos unos cinco mil, pero podría haber muchos más detrás de esas colinas. No hay forma de estar seguro.

Cinco mil. Al menos. Si se trata de un espectáculo, es un espectáculo de primera.

—¿Con cuántos hombres contamos nosotros?

Vissbruck se lo pensó un momento.

—Tengo alrededor de seiscientos soldados de la Unión a mi mando.

¿Alrededor de seiscientos? ¿Alrededor? ¡Patán de mierda! Cuando yo era un soldado sabía el nombre de todos los hombres de mi regimiento y cuál era el más indicado para cada una de las tareas.

—¿Seiscientos? ¿Eso es todo?

—También hay mercenarios en la ciudad, pero no se puede uno fiar de ellos, y a menudo causan problemas. En mi opinión, 110 sirven absolutamente para nada.

Le he pedido números, no opiniones.

—¿Cuántos mercenarios hay?

—Puede que mil, tal vez más.

—¿Quién los manda?

—Un estirio. Un tal Cosca.

—¿Nicomo Cosca?

Vitari los miraba desde el parapeto con una de sus cejas pelirrojas alzada.

—¿Lo conoce?

—Podría decirse que sí. Pensaba que había muerto, pero está visto que no hay justicia en el mundo.

En eso tiene razón. Glokta se volvió hacia Vissbruck.

—¿Ese Cosca se encuentra bajo su mando?

—No exactamente. Son los Especieros quienes le pagan, de modo que se encuentra a las órdenes de la Maestre Eider. Aunque, en teoría, se supone que está a las mías...

—Pero en última instancia sólo sigue las suyas propias, ¿no? —por la cara que puso el general, Glokta se dio cuenta de que no se equivocaba. *Mercenarios. Una espada de doble filo como pocas. Unos soldados excelentes, siempre y cuando se les siga pagando y a condición de que la lealtad no sea un interés prioritario*—. Y los hombres de Cosca superan en número a los suyos en una proporción de dos a uno. *Empiezo a pensar que en lo que hace a las defensas de la ciudad, estoy hablando con la persona equivocada. Aunque tal vez haya una cuestión para la que puede serme de utilidad.* ¿Sabe qué fue de mi predecesor, el Superior Davoust?

Un temblor de desagrado sacudió el rostro del general Vissbruck.

—No tengo ni idea. Las actividades de ese hombre no me interesaban en absoluto.

—Hummm —caviló Glokta calándose el sombrero para protegerse de una nueva ráfaga de viento polvoriento que azotaba las murallas—. ¿La desaparición del Superior de la Inquisición de la ciudad no le interesa en absoluto?

—En absoluto —respondió el general—. Apenas si cruzamos unas pocas palabras. Todo el mundo sabía que Davoust era una persona con un carácter extremadamente desagradable. Desde mi punto de vista, la Inquisición tiene sus atribuciones y yo las mías.

Susceptible, muy susceptible. Claro que todo el mundo se muestra así desde que llegué a la ciudad. Casi estoy tentado de pensar que no les hace ninguna gracia tenerme aquí.

—Conque usted tiene sus atribuciones, ¿eh? —Glokta renqueó hasta el parapeto, alzó su bastón y tocó con la punta un trozo cuarteado de mampostería que había cerca del talón de Vitari. Un pedazo de piedra se desprendió y cayó al vacío. Al cabo de unos instantes, se oyó como se estrellaba contra el lejano foso. Glokta se giró hacia Vissbruck—. En su calidad de comandante en jefe de las defensas de la ciudad, ¿considera que el mantenimiento de las murallas está dentro de sus atribuciones?

Vissbruck se erizó.

—¡Yo he hecho todo lo posible!

Glokta se puso a contar con los dedos de la mano que tenía libre.

—Las murallas terrestres se desmoronan y no están bien guarnecidas. El foso se encuentra tan repleto de desperdicios que apenas si existe ya como tal. Las puertas no han sido reparadas desde hace años y se están viniendo abajo. Si los gurkos

decidieran atacar mañana, no me cabe ninguna duda de que nos veríamos en una situación extremadamente comprometida.

—¡En ningún caso se debería a un descuido por mi parte, puede estar seguro! ¡Con el calor, el viento y la sal marina, la madera y el metal se pudren a toda velocidad, y la piedra tampoco sale mucho mejor parada! ¿Es que no se da cuenta de las dimensiones de la tarea? —el general señaló la descollante extensión de las murallas terrestres, que trazaban una amplia curva hacia ambos lados del mar. Incluso allí, en el punto más alto, el parapeto era lo bastante ancho para que pasara por él un carro, y por la base eran mucho más gruesas—. ¡Cuento con muy pocos albañiles experimentados y apenas dispongo de materiales! ¡Los fondos que me proporciona el Consejo Cerrado apenas si sirven para costear el mantenimiento de la Ciudadela! Y el dinero de los Especieros casi ni da para conservar en buen estado las murallas de la Ciudad Alta...

¡Idiota! Casi estoy tentado de pensar que no tiene en absoluto la intención de defender la ciudad.

—La Ciudadela no podría abastecerse por mar si el resto de Dagoska cayera en manos de los gurkos, ¿me equivoco?

Vissbruck pestañeó.

—Bueno, no, pero...

—Es posible que las murallas de la Ciudad Alta basten para mantener a raya a los indígenas, pero son demasiado extensas, demasiado bajas y demasiado delgadas para poder resistir durante mucho tiempo un ataque continuado, ¿no le parece?

—Sí, supongo que sí, pero...

—De tal modo que cualquier plan que tome a la Ciudadela, o a la Ciudad Alta, como nuestra principal línea defensiva sólo servirá para ganar tiempo. Tiempo hasta que lleguen socorros. Unos socorros que, teniendo a nuestro ejército comprometido en Angland, a cientos de leguas de aquí, bien podrían tardar bastante en llegar. *No llegarán nunca.* Si las murallas terrestres caen, la ciudad está condenada —Glokta golpeó las polvorientas losas del suelo con el bastón—. Es aquí donde debemos combatir a los gurkos, aquí donde debemos detenerlos. Cualquier otra cuestión es irrelevante.

—Irrelevante —remachó para sí Vitari mientras saltaba de un trecho del parapeto a otro.

El general tenía el ceño fruncido.

—Me limito a obedecer las órdenes del Lord Gobernador y del consejo. Siempre se ha considerado que se podía prescindir de la Ciudad Baja. La estrategia global no entra dentro de mis atribuciones.

—Entra dentro de las mías —Glokta sostuvo la mirada a Vissbruck durante unos cuantos segundos—. De ahora en adelante todos los recursos se orientarán a la reparación y el fortalecimiento de las murallas terrestres. Nuevos parapetos, nuevos portones, toda piedra rota habrá de ser reemplazada. No quiero que quede ni una rendija por la que pudiera colarse una hormiga, y no digamos ya el ejército gurko.

—Pero, ¿quién va a realizar ese trabajo?

—Fueron los nativos los que construyeron la maldita obra, ¿no? Seguro que entre ellos hay hombres capacitados para ese trabajo. Búsquelos y contrátelos. Y, en cuanto al foso, quiero que lo profundicen hasta que quede por debajo del nivel del mar. Si vienen los gurkos, lo inundaremos y convertiremos la ciudad en una isla.

—¡Pero eso puede llevar meses!

—Dispone de dos semanas. Tal vez menos. Ponga a trabajar a todos los desocupados de la ciudad. A las mujeres y a los niños también, si pueden sujetar una pala.

Vissbruck alzó la vista y miró a Vitari con expresión ceñuda.

—¿Y qué me dice de la gente de la Inquisición?

—Oh, ellos están demasiado ocupados haciendo preguntas acerca de la desaparición del anterior Superior. O cuidando de mí, de mis aposentos y de las puertas de la Ciudadela, tanto de día como de noche, para asegurarse de que no le pase lo mismo al nuevo. ¿No sería una pena, eh, Vissbruck, que desapareciera antes de que estuvieran listas las defensas?

—Desde luego, Superior —masculló el general. *Sin excesivo entusiasmo, diría yo.*

—Todos los demás deben trabajar, incluidos sus propios soldados.

—Pero no puede pretender que mis hombres...

—Pretendo que todo el mundo cumpla con su deber. Quien no quiera hacerlo puede regresar a Adua. Puede regresar y explicar al Archilector las razones de su falta de cooperación —Glokta obsequió al general con una sonrisa desdentada—. Nadie es imprescindible, general, absolutamente nadie.

Gruesas gotas de sudor corrían por el rostro sonrosado de Vissbruck y el cuello rígido de su uniforme estaba oscurecido por la humedad.

—¡Todo el mundo tiene que cumplir con su deber, desde luego! ¡Las obras en el foso comenzarán de inmediato! —hizo un torpe intento de esbozar una sonrisa—.

Pondré a trabajar a todos los hombres, Superior, pero necesitaré dinero. Si la gente trabaja, hay que pagarla, incluso a los nativos. También harán falta materiales, hay que traerlo todo por mar y...

—Para empezar, pida prestado lo que necesite. Trabaje a crédito. Prométalo todo pero, de momento, no dé nada. Su Eminencia proveerá. *Más nos vale.* Todas las mañanas quiero recibir un informe suyo detallándome cómo progresan las obras.

—Todas las mañanas, sí.

—Tiene mucho trabajo por delante, general. Yo que usted me pondría manos a la obra.

Vissbruck vaciló un instante, como si no supiera si debía despedirse con un saludo militar. Finalmente, se limitó a girar sobre sus talones y se marchó enfurruñado. *¿Se trata del clásico despecho del soldado profesional que recibe órdenes de un civil, o hay algo más? ¿No estaré trastocando un plan minuciosamente trazado? ¿El plan de entregar la ciudad a los gurkos, tal vez?*

Vitari saltó desde el parapeto y aterrizó en el adarve.

—¿Que Su Eminencia proveerá? ¡Qué más quisiera usted!

Mientras la mujer se alejaba andando despacio, Glokta contempló su espalda con gesto ceñudo, luego, con idéntico gesto, contempló las lejanas colinas y, con esa misma cara, alzó la vista para echar un vistazo a la Ciudadela. *Peligros por todas partes. Estoy atrapado entre el Archilector y los gurkos, y con un traidor desconocido por toda compañía. Será un verdadero milagro si consigo sobrevivir más de un día.*

***

Un optimista incorregible tal vez habría definido aquel lugar como un antro. *Pero apenas es digno de tal nombre.* No era más que una choza que apestaba a orín, con unos cuantos muebles de desecho, todos ellos manchados de sudor rancio y de salpicaduras recientes. *Una suerte de pozo séptico del que sólo hubieran retirado la mitad de la porquería.* La clientela era indistinguible del personal: un grupo de indígenas borrachos y cagados por las moscas tendidos bajo el sofocante calor. Despatarrado en medio de aquella escena de disipación, Nicomo Cosca, afamado soldado de fortuna, dormía a pierna suelta.

Su silla, un ensamblaje de maderos rescatados de un naufragio, se apoyaba contra la mugrienta pared, sostenida por las patas traseras, mientras que su bota reposaba en la mesa que había delante de él. En tiempos debió de ser la bota más espléndida y

vistosa que quepa imaginarse, una magnífica pieza de cuero negro de Estiria con espuelas y hebillas doradas. *Ya no.* La parte superior estaba combada y se había vuelto gris con el uso. La espuela estaba partida, y el dorado de la hebilla se había descascarillado, dejando al descubierto una base de hierro salpicada de orín marrón. Un círculo de piel rosada, repleto de ampollas, contemplaba a Glokta a través de un agujero que había en la suela.

Jamás se habrá visto una bota que se compadezca mejor con su dueño. Los largos mostachos de Cosca, destinados sin duda a mantenerse elegantemente curvados hacia arriba, como era preceptivo entre los dandis estirios, colgaban flácidos a ambos lados de su boca entreabierta. El cuello y las mejillas estaban recubiertos de un vello de varios días, mitad barba, mitad pelusa, y un áspero sarpullido despellejado le asomaba por encima del cuello de la camisa. Una cabellera grasienta y alborotada cubría la totalidad de su cabeza, exceptuando la coronilla, que lucía una amplia calva de un rojo intenso, fruto de las quemaduras del sol. El sudor perlaba su piel flácida y una mosca remoloneaba por su rostro abotargado. Sobre la mesa había una botella vacía caída de lado. Otra, medio llena, descansaba en el regazo del mercenario.

Pese a la máscara, saltaba a la vista que Vitari contemplaba aquella imagen de ebrio abandono con un gesto de desdén.

—De modo que es cierto que sigues con vida. *Por los pelos.*

Cosca entreabrió un ojo sanguinolento, parpadeó, miró hacia arriba y en sus labios se fue esbozando una sonrisa.

—¡Shylo Vitari, será posible! El mundo todavía guarda sorpresas para mí —retorció la boca formando una mueca, bajó la vista, descubrió la botella que tenía en el regazo, la alzó y se la echó a la boca con gesto sediento. Dio un trago largo, como si el contenido de la botella fuera agua. *Un consumado borracho, por si acaso cabía alguna duda. No precisamente el tipo de hombre que uno escogería para confiarle la defensa de la ciudad, al menos, no a primera vista*—. No esperaba volver a verte. ¿Por qué no te quitas la máscara? Me está hurtando tu belleza.

—Guárdate los piropos para tus putas, Cosca, yo no necesito sacarte nada.

El mercenario emitió un ruido gutural, a medio camino entre una risa y una tos.

—Sigues teniendo los modales de una princesa —resolló.

—En tal caso esta letrina debe de ser un palacio.

Cosca se encogió de hombros.

—Todos los lugares son iguales, si estás lo bastante borracho.

—¿Crees que alguna vez conseguirás estar lo bastante borracho?

—No. Pero vale la pena intentarlo —y, a modo de demostración, echó otro trago a la botella.

Vitari se sentó en el borde de la mesa.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí? Pensé que estarías muy atareado sembrando la sífilis por Estiria.

—La popularidad de que gozo en mi tierra ha disminuido bastante en los últimos tiempos.

—Te has encontrado demasiadas veces luchando en los dos bandos de una guerra, ¿eh?

—Algo por el estilo.

—Pero las gentes de Dagoska te han recibido con los brazos abiertos, ¿no?

—Preferiría que me recibieras tú con las piernas abiertas, pero no siempre se puede conseguir lo que se desea. ¿Quién es tu amigo?

Glokta sacó una silla desvencijada de la mesa, empujándola con su pie dolorido, y se acomodó en ella, confiando en que aguantara su peso. *No creo que estamparse contra el suelo en medio de una lluvia de palos rotos transmitiera el mensaje más adecuado en este momento.*

—Mi nombre es Glokta —dijo, y, acto seguido, estiró su cuello sudoroso a uno y otro lado—. Superior Glokta.

Cosca se le quedó mirando fijamente. Los ojos hundidos e inyectados en sangre, los párpados pesados. *Y, sin embargo, se advierte en él una cierta premeditación. Quizás no esté ni la mitad de borracho de lo que aparenta.*

—¿El mismo que combatió en Gurkhul? ¿El coronel de caballería?

Glokta sintió una palpitación en el ojo. *Malamente puede decirse que sea la misma persona, pero ya veo que de todos modos aún se me recuerda.*

—Hace ya algunos años que dejé el ejército. Me sorprende que haya oído hablar de mí.

—Un guerrero debe conocer a sus enemigos, y un hombre que vende sus servicios nunca sabe quién será su próximo enemigo. Conviene estar al tanto de quién es quién en los círculos militares. Oí mencionar su nombre, hace ya algún tiempo; según parece era usted un hombre digno de tenerse en cuenta. Arrojado y astuto, decían, aunque también bastante temerario. Eso es lo último que supe de usted. Y ahora me lo encuentro aquí, ejerciendo otro tipo de profesión. Hacer preguntas.

—La temeridad acaba resultando bastante poco provechosa —Glokta se encogió de hombros—. Y un hombre ha de encontrar algo en lo que emplear su tiempo.

—Desde luego. Es lo que yo digo, nunca se deben poner en entredicho las decisiones de otro hombre. No hay forma de saber cuáles son sus razones. ¿Ha venido a echar un trago, Superior? Me temo que aquí sólo sirven este veneno —y, acto seguido, agitó la botella en el aire—. ¿O es que tiene algunas preguntas que hacerme?

Las tengo, y muchas.

—¿Tiene experiencia en asedios?

—¿Experiencia? —resopló Cosca— ¿Experiencia, dice? Experiencia es algo de lo que no ando escaso...

—No —susurró Vitari volviendo la cabeza—, sólo de disciplina y lealtad.

—Ya, bueno —Cosca lanzó una mirada ceñuda a la espalda de la Practicante—, todo depende de a quién se le pregunte. Pero estuve en Etrina, y en Muris. Dos asedios de los buenos. Y yo, por mi parte, puse sitio a Visserine durante varios meses y, si no llega a ser por la maldita Mercatto, que me pilló desprevenido, me habría hecho con ella. Se nos echó encima con su caballería antes del amanecer, con el sol a su espalda, ya sabe, un jodido truco, la muy perra...

—Según he oído, cuando ocurrió estabas tan borracho que habías perdido el conocimiento —masculló Vitari.

—Sí, bueno... Luego, en Borletta, resistí durante seis meses el asedio del Gran Duque Orso.

Vitari dio un resoplido desdeñoso.

—Hasta que te pagó para que abrieras las puertas.

Cosca esbozó una sonrisa culpable.

—Era una cantidad de dinero enorme. ¡Pero no logró abrirse paso combatiendo! Eso me lo tendrás que reconocer, ¿eh, Shylo?

—Contigo nadie tiene necesidad de combatir, si lleva la faltriquera a mano.

El mercenario sonrió de oreja a oreja.

—Soy lo que soy, nunca he pretendido ser otra cosa.

—Dígame, ¿ha traicionado alguna vez a su patrón? —preguntó Glokta.

El estirio se detuvo antes de llevarse la botella a la boca.

—Me ofende usted en lo más profundo, Superior. Puede que Nicomo Cosca sea un mercenario, pero sigue habiendo reglas. Sólo daré la espalda a mi patrón si se da una circunstancia.

—¿Qué es?

Cosca sonrió.

—Que alguien me pague más.

¡Ah, el viejo código de los mercenarios! Hay hombres capaces de hacer cualquier cosa por dinero. Y lo mismo puede decirse de la mayoría, si la cantidad es suficiente. ¿Incluso hacer desaparecer a un Superior de la Inquisición?

—¿Sabe qué fue de mi predecesor, el Superior Davoust?

—¡Ah, el enigma del torturador invisible! —Cosca se rascó pensativamente su barba sudorosa, se arrancó un poco de sarpullido del cuello y luego examinó los restos que habían quedado encajados en sus uñas—. ¡Quién sabe y a quién le importa! Ese hombre era un maldito puerco. Apenas le conocí, pero lo poco que vi no me gustó. Tenía multitud de enemigos, y, por si acaso no se ha dado cuenta, este lugar es un auténtico nido de víboras. Si lo que quiere saber es quién le mordió... ése es su trabajo, ¿no? Sólo puedo decirle una cosa: yo estaba aquí muy ocupado. Emborrachándome.

No cuesta demasiado trabajo creerlo.

—¿Qué opinión le merece nuestro común amigo, el general Vissbruck?

Cosca encorvó los hombros y se hundió un poco más en la silla.

—Ese hombre es un niño que juega a los soldaditos. Se dedica a juguetear con su castillito y con sus vallitas, cuando lo único que cuenta es la gran muralla. Si cae, el juego habrá terminado, por éstas.

—Eso mismo pienso yo. *Vaya, parece que después de todo la defensa de la ciudad podría estar en peores manos.* Ya han empezado los trabajos en las murallas terrestres, y también en el foso. Confío en poder inundarlo.

Cosca alzó una ceja.

—Bien. Inúndelo. A los gurkos no les hace mucha gracia el agua. Son malos marineros. Inúndelo. Muy bien, sí —echó la cabeza hacia atrás y sorbió las últimas gotas de la botella. Acto seguido, la arrojó a la mugre del suelo, se llevó su mano sucia a la boca para limpiarse y luego se la secó en la parte delantera de su camisa empapada de sudor—. A lo que parece, hay alguien aquí que sabe lo que se hace. Tal vez cuando ataquen los gurkos, logremos resistir un poco más de un par de días, ¿eh? *Siempre y cuando no nos traicionen antes.*

—Quién sabe, a lo mejor los gurkos no atacan.

—Oh, espero que lo hagan —Cosca metió la mano debajo de la silla y sacó otra botella. Mientras arrancaba el tapón con los dientes y luego lo escupía al suelo, sus ojos brillaban con picardía—. Me pagan el doble cuando empieza la refriega.

***

Era de noche, y una brisa balsámica bañaba la sala de audiencias. Glokta se apoyó en el tramo de pared que había junto a la ventana y bajó la vista para contemplar las sombras que se iban extendiendo por la ciudad.

El Lord Gobernador se estaba retrasando. *Trata de hacerme saber que, diga lo que diga el Consejo Cerrado, es él quien sigue al mando.* Pero a Glokta no le venía mal disponer de un rato de calma. Había tenido un día agotador. Renqueando por la ciudad bajo un sol de justicia, inspeccionando las murallas y las puertas, pasando revista a las tropas. Y haciendo preguntas. *Unas preguntas para las que nadie tiene una respuesta satisfactoria.* La pierna le palpitaba, la espalda le martirizaba y, de tanto aferrarse al bastón, la mano se le había quedado en carne viva. *Pero tampoco estoy peor que de costumbre. Al menos me mantengo en pie. En términos generales, un buen día.*

Franjas de nubes anaranjadas envolvían el sol poniente. Más abajo, una extensa cuña de mar lanzaba destellos plateados reflejando las últimas luces del día. Las murallas terrestres habían sumido ya las destartaladas edificaciones de la Ciudad Baja en una profunda oscuridad y las alargadas sombras de las torretas del gran templo se tendían sobre los tejados de la Ciudad Alta y trepaban por las laderas de roca en dirección a la Ciudadela. Las colinas de tierra firme no eran más que lejanas y borrosas siluetas pobladas de sombras. *Y plagadas de soldados gurkos. Vigilándonos, sin duda, igual que nosotros les vigilamos a ellos. Viendo cómo excavamos nuestras trincheras, cómo reparamos nuestras murallas, cómo apuntalamos nuestros portones. Me pregunto durante cuánto tiempo se contentarán con vigilarnos. Cuánto tiempo falta para que el sol se ponga para nosotros.*

La puerta se abrió y Glokta giró la cabeza con una mueca de dolor al sentir el chasquido de su cuello. Era Korsten dan Vurms, el hijo del Lord Gobernador. El joven cerró la puerta tras de sí y sus tacones repiquetearon sobre el suelo de mosaico mientras avanzaba con paso resuelto en dirección a la mesa. *Ah, la flor y nata de la joven nobleza de la Unión. Casi se siente en la atmósfera la fragancia de la honra. ¿0 es que alguien se ha tirado un pedo?*

—¡Superior Glokta! Espero no haberle hecho esperar demasiado.

—Sí que lo ha hecho —dijo Glokta mientras se acercaba renqueando a la mesa—. Es lo que suele ocurrir cuando se llega tarde a una reunión.

Vurms torció levemente el gesto.

—Si es así, le pido disculpas —dijo en el tono menos contrito que quepa imaginarse—. ¿Qué impresión le ha causado nuestra ciudad?

—Un lugar caluroso y lleno de escalones —Glokta se dejó caer en una de las fastuosas sillas—. ¿Dónde está el Lord Gobernador?

El ceño se acentuó un poco más.

—Lamentablemente, mi padre no se encuentra bien y no puede asistir a la reunión. Es un hombre anciano y, como comprenderá, necesita reposar. No obstante, yo puedo hablar en su nombre.

—¿De veras? ¿Y qué tienen ustedes dos que decirme?

—Mi padre está muy preocupado por las obras que ha emprendido usted en las defensas. Se me ha comunicado que los soldados del Rey, en lugar de defender las murallas de la Ciudad Alta, han sido puestos a excavar hoyos en la península. ¡Se da usted cuenta de que nos está dejando a merced de los nativos!

Glokta soltó un resoplido.

—Los nativos, aunque de mala gana, son ciudadanos de la Unión. Créame si le digo que se sentirán más inclinados a mostrarse compasivos que los gurkos.

De su compasión tengo experiencia de primera mano.

—¡Son unos primitivos, y muy peligrosos además! —dijo con desdén Vurms—. ¡No lleva usted aquí lo bastante para comprender hasta qué punto suponen una amenaza para nosotros! Debería hablar con Harker. Él sí que tiene las ideas muy claras sobre los nativos.

—Ya he hablado con Harker, y sus ideas no me han gustado. Sospecho que tal vez se haya visto forzado a replanteárselas, bajo tierra y en la más absoluta oscuridad. *De hecho, ahora mismo debe de estar replanteándoselas todo lo rápido que le permita su minúsculo cerebro.* Y en cuanto a los temores de su señor padre, no es necesario que siga preocupándose por las defensas de la ciudad. Siendo como es un anciano necesitado de reposo, no me cabe la menor duda de que se mostrará muy satisfecho de delegar en mí esa responsabilidad.

Un espasmo de rabia sacudió el agraciado rostro de Vurms. Abrió la boca para proferir una maldición, pero se lo pensó mejor. *Más le vale.* Se recostó en su silla y, adoptando una expresión pensativa, se puso a frotarse el índice contra el pulgar.

Cuando por fin habló, lo hizo con una sonrisa amable y en un tono de una acariciante suavidad. *Ahora tocan las lisonjas.*

—Superior Glokta, me da la impresión de que hemos empezando con mal pie...

—A mí sólo me funciona uno.

La sonrisa de Vurms se atenuó un poco, pero siguió adelante.

—Es evidente que de momento tiene usted la sartén por el mango, pero mi padre cuenta con muchos amigos en Midderland. Si yo quisiera, podría llegar a convertirme en un estorbo muy considerable para usted. Un estorbo muy considerable o una gran ayuda...

—Me alegra mucho que haya optado por cooperar. Qué tal si empieza diciéndome qué ha sido del Superior Davoust.

La sonrisa se borró por completo del rostro de Vurms.

—¿Por qué habría de saberlo?

—Todo el mundo sabe algo. *Y debe de haber uno que sabe bastante más que el resto. ¿Es usted, Vurms?*

El hijo del Lord Gobernador se tomó un momento para pensar. *¿Duro de entendederas o culpable? ¿Trata de encontrar una forma de ayudarme o está pensando en cómo borrar sus huellas?*

—Sé que los nativos le odiaban. Siempre estaban conspirando contra nosotros, y Davoust era un infatigable perseguidor de traidores. No tengo ninguna duda de que cayó víctima de una de sus maquinaciones. Yo que usted haría averiguaciones en la Ciudad Baja.

—Oh, verá, tengo el convencimiento de que las respuestas están aquí, en la Ciudadela.

—En mí no las encontrará —repuso Vurms, mirando a Glokta de arriba abajo—. Créame lo que le digo, me sentiría mucho más contento si Davoust siguiera entre nosotros.

Puede que sí, o puede que no; en cualquier caso, está visto que hoy no obtendremos ninguna respuesta.

—Muy bien. Hábleme entonces de los víveres con que cuenta la ciudad.

—¿Víveres?

—Alimentos, Korsten, alimentos. Según tengo entendido, desde que los gurkos cortaron las rutas terrestres, todas las provisiones vienen por mar. Alimentar a la población ha de ser sin duda una de las máximas prioridades de un gobernador.

—¡Mi padre se cuida en todo momento del bienestar de su pueblo! —exclamó Vurms—. ¡Disponemos de provisiones para seis meses!

—¿Seis meses? ¿Para todos los habitantes?

—Por supuesto. *Mejor de lo que me esperaba. Una cosa menos de la que preocuparse en esta inmensa maraña de preocupaciones. Sin contar a los nativos —añadió Vurms, como si la cosa no tuviera ninguna importancia.*

Glokta permaneció un instante en silencio.

—¿Y qué comerán si los gurkos ponen cerco a la ciudad?

Vurms se encogió de hombros.

—La verdad, no había pensado en ello.

—¿Ah, no? ¿Qué cree usted que ocurrirá cuando empiecen a morirse de hambre?

—Bueno...

—¡El caos, eso es lo que ocurrirá! ¡No podremos resistir si tenemos a las cuatro quintas partes de la población en nuestra contra! —Glokta, asqueado, se chupó sus encías desnudas—. ¡Va usted a acudir a los mercaderes y va a conseguir provisiones para seis meses! ¡Para todo el mundo! ¡Quiero seis meses de abastecimiento para poder alimentar hasta a las ratas de las alcantarillas!

—¿Por quién me ha tomado? —dijo en tono altivo Vurms—. ¿Por su chico de los recados?

—Creo que usted será lo que yo le diga que sea.

Todo resto de simpatía había desaparecido ya del semblante de Vurms.

—¡Soy el hijo del Lord Gobernador! ¡No tolero que se dirija a mí de esa manera! —se levantó de golpe, arrancando un chirrido estridente a las patas de su silla, e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—Estupendo —murmuró Glokta—. Todos los días parte un barco rumbo a Adua. Un barco muy rápido, que transporta su cargamento directamente al Pabellón de los Interrogatorios. Ahí le darán a usted un trato muy distinto, puede creerme. No me resultaría difícil conseguirle un camarote.

Vurms se paró en seco.

—¡No se atreverá!

En los labios de Glokta se dibujó una sonrisa. La versión más repelente, desdentada y lasciva de su sonrisa.

—Hay que ser un hombre muy audaz para apostar su vida a lo que yo me atreva o no a hacer. ¿Hasta dónde llega su audacia? —el joven se chupó los labios, pero no aguantó la mirada de Glokta durante mucho tiempo. *No esperaba otra cosa. Me recuerda a mi viejo amigo, el capitán Luthar. Mucho relumbro y arrogancia por fuera, pero sin un carácter detrás en que apoyarlo. Basta pincharlo con un alfiler para que se desinfle como un odre de vino.*

—Alimentos para seis meses. Seis meses para todo el mundo. Y ocúpese de tenerlo todo arreglado con prontitud. *Chico de los recados.*

—Por supuesto —gruñó Vurms, que seguía con la vista clavada en el suelo.

—Luego pasaremos a ocuparnos del agua. Pozos, cisternas, bombas hidráulicas. La gente necesitará algo con lo que limpiarse el sudor después de tanto trabajo, ¿no cree? Me informará de ello (odas las mañanas.

Los puños de Vurms se abrían y cerraban pegados a sus costados, los músculos de su mandíbula trabajaban con furia.

—Por supuesto —alcanzó a barbotar.

—Por supuesto. Ya puede retirarse.

Glokta se le quedó mirando mientras se alejaba henchido de rabia. *Ya he hablado con dos de los cuatro. Dos de los cuatro, y ya me he creado dos enemigos. Necesitaré aliados si quiero sacar esto adelante. Sin aliados, no duraré gran cosa, por muchos documentos que tenga. Sin aliados, no conseguiré impedir que entren los gurkos, si finalmente se deciden a intentar entrar. Peor aún, todavía no sé nada de Davoust. Un Superior no puede desaparecer sin dejar rastro. La única esperanza es que el Archilector tenga paciencia.*

Esperanza. Archilector. Paciencia. Glokta frunció el ceño. Nunca se han visto tres palabras que compaginen peor.

En eso consiste la confianza

La rueda del carro giró lentamente, y chirrió. Dio otra vuelta más, y volvió a chirriar. Ferro la miró con el ceño fruncido. Maldita rueda. Maldito carro. Luego desplazó su desprecio del carro a su conductor.

Maldito aprendiz. No se fiaba ni medio pelo de él. El joven se volvió hacia ella, le sostuvo la mirada durante un momento insultante y luego se apresuró a desviarla. Como si supiera algo sobre ella que la propia Ferro ignorara. La sacaba de quicio. Apartó la vista de él y se fijó en el primero de los caballos y en su jinete.

El maldito jovenzuelo de la Unión, cabalgando con la espalda tiesa, sentado en la silla de montar igual que un rey en su trono, como si nacer con una cara agraciada fuera un logro del que sentirse infinitamente orgulloso. Guapo, atildado y delicado como una princesita. Ferro sonrió con sorna para sus adentros. La princesita de la Unión, eso es lo que era. Odiaba a la gente guapa aún más que a los feos. Había que desconfiar siempre de la belleza.

Se tendría que mirar bien lejos para encontrar a una persona menos agraciada que el gigantesco cabrón de los nueve dedos. Montaba medio tirado sobre la silla como si fuera un gran saco de arroz. Marchaba con lentitud, rascándose, olfateando, rumiando como una vaca enorme. Tratando de aparentar que en su interior no anidaba un instinto asesino, una furia criminal, un demonio. Pero ella conocía la verdad. Le envió un saludo con la cabeza y Ferro le respondió con el peor de sus ceños. Era un demonio con piel de cordero, a ella no la engañaba.

Aun así, era preferible al maldito Navegante. Siempre hablando, siempre sonriendo, siempre carcajeándose. Ferro aborrecía la charla, las sonrisas, las carcajadas, en ese mismo orden. Maldito estúpido enano con sus estúpidas fábulas. Bajo aquel cúmulo de mentiras, tramaba algo, se mantenía al acecho, lo sentía.

Y por último, el Primero de los Magos, que era del que menos se fiaba de todos. Le vio desviar los ojos hacia el carro. Miraba el saco en donde había puesto la caja. Una caja cuadrada, gris, mate, pesada. Debía de creerse que nadie se había dado cuenta, pero ella le había visto. Todo era ocultación en aquel hombre. El maldito calvo del cuello de toro y el cayado de madera se comportaba como si se hubiera pasado toda

la vida haciendo el bien, como si 110 tuviera ni idea de cómo se hace estallar a un hombre en mil pedazos.

—Pálidos de mierda —se dijo para sus adentros. Se inclinó hacia delante, escupió al camino y luego clavó una mirada asesina en las cinco espaldas que cabalgaban por delante de ella. ¿Por qué se había dejado embaucar por Yulwei para embarcarse en semejante locura? Qué hacía ella viajando hacia el helado occidente, un lugar donde no se le había perdido nada. A esas alturas ya podría estar de vuelta en el Sur, combatiendo a los gurkos.

Haciéndoles pagar la deuda que tenían contraída con ella.

Maldiciendo en silencio el nombre de Yulwei, siguió a los otros hasta el puente. Parecía muy antiguo: una estructura de piedras picadas cubiertas de manchas de liquen con un camino en el que se marcaban los profundos surcos dejados por el paso de los carros. Miles de años de carros pasando de un lado a otro. Bajo su único arco, burbujeaba el río, un curso de agua gélida que fluía a gran velocidad. Junto al puente se alzaba una cabaña de poca altura, que con el paso de los años se había fundido casi con el paisaje. El viento cortante arrebataba las volutas de humo que salían de la chimenea y las dispersaba por el paisaje.

En el exterior, montando guardia, había un único soldado. El que sacó la pajita más corta, tal vez. Se apretaba contra la pared, envuelto en un grueso abrigo. En la cabeza llevaba un casco coronado por una crin de caballo que daba sacudidas azotada por el viento y, a un lado, con aspecto abandonado, estaba su lanza. Bayaz detuvo su montura delante del puente y saludó al guardia con la cabeza.

—Vamos a subir hacia la llanura. Rumbo a Darmium.

—No se lo aconsejo. Ahí arriba hay peligro.

Bayaz sonrió.

—Donde hay peligro también hay beneficios.

—Los beneficios no sirven para parar las flechas, amigo —los miró a todos de arriba abajo y se sorbió la nariz—. Variopinta compañía trae usted, ¿eh?

—Procuro coger a los mejores guerreros allí donde los encuentro.

—Claro —echó un vistazo a Ferro, que le respondió torciendo el gesto—. Serán muy duros, seguro, pero la llanura es un lugar bastante letal, y más ahora. Todavía quedan comerciantes que se animan a subir, lo que ya no hacen es volver. Los salteadores del loco de Cabrían andan por ahí sueltos, en busca de pillaje. Y también la gente de Scario y de Goltus, que no son mucho mejores. A este lado del arroyo, mantenemos un atisbo de ley y de orden, pero cuando estén allí arriba tendrán que

arreglárselas ustedes solos. Si les pillan en la llanura, no podrán obtener ayuda —volvió a sorberse la nariz—. Ningún tipo de ayuda.

Bayaz asintió con gesto sombrío.

—No la necesitamos —acto seguido, espoleó su caballo y cruzó al trote el puente hasta llegar al otro lado. Los demás le siguieron, Pielargo primero, luego Luthar, después Nuevededos. Quai sacudió las riendas y el carro cruzó traqueteando el puente. Ferro cerró la comitiva.

—¡Ningún tipo de ayuda! —gritó el soldado al pasar Ferro, antes de volver a encajarse en el tosco muro de la cabaña.

***

La gran llanura.

Podría haber sido un buen terreno para cabalgar, un terreno seguro. A Ferro le habría resultado muy fácil ver venir a un enemigo desde muchos kilómetros de distancia, pero ahí no se veía a nadie. Sólo una interminable alfombra de hierba alta, que se ondulaba sacudida por el viento y se expandía en todas direcciones hasta perderse en un lejanísimo horizonte. Lo único que rompía la monotonía del paisaje era la senda, una línea de hierba seca más baja, punteada de tramos de tierra negra pelada, que surcaba la llanura con una trayectoria tan recta como la de una flecha en vuelo.

A Ferro no le gustaba aquella inmensa uniformidad. Cabalgaba con el ceño fruncido, mirando a izquierda y derecha. En las estepas de Kanta, la tierra yerma estaba llena de puntos de referencia: rocas quebradas, valles erosionados, árboles secos que proyectaban sombras que parecían garras, lejanas grietas umbrías abiertas en el terreno, refulgentes riscos inundados de luz. El cielo de las estepas de Kanta era un espacio vacío e inmóvil, un cuenco reluciente con dos únicos contenidos, el sol de día y las brillantes estrellas de noche.

Allí, en cambio, todo estaba extrañamente invertido.

La tierra era de una monotonía infinita, pero el cielo era todo movimiento, puro caos. Sobre la llanura se cernían unas nubes gigantescas que se arremolinaban formando colosales espirales de luz y de oscuridad que barrían las praderas arrastradas por el viento; cambiando de forma, retorciéndose, separándose y volviéndose a juntar, proyectando sobre la tierra encogida monstruosas sombras flotantes y amenazando a los seis minúsculos jinetes y al minúsculo carromato con

un diluvio capaz de anegar el universo entero. Todo eso era lo que pendía sobre los hombros encorvados de Ferro: la cólera de Dios hecha real.

Una tierra extraña, una tierra que no estaba hecha para ella. Necesitaba razones para estar allí, buenas razones.

—¡Eh, Bayaz! —gritó poniéndose a su altura—. ¿Adónde vamos?

—Hummm —gruñó el Primero de los Magos mientras contemplaba con gesto ceñudo la ondulante hierba que se extendía de una nada a otra—. Vamos a cruzar la llanura en dirección oeste para atravesar el gran río Aos y llegar a las Montañas Quebradas.

—¿Y luego?

Ferro vio acentuarse las pequeñas arrugas que el anciano tenía alrededor de los ojos y que se le montaban sobre el caballete de la nariz. También advirtió la fuerza con la que apretaba los labios. Irritación. No le gustaban sus preguntas.

—Luego seguiremos adelante.

—¿Cuánto nos llevará todo eso?

—El invierno entero y parte de la primavera —respondió—. Y luego habrá que regresar —acto seguido, hincó las espuelas en las ijadas del caballo y se alejó trotando por el camino hacia la cabecera del grupo.

Pero Ferro no se iba a dejar desanimar tan fácilmente. No por aquel viejo pálido taimado. Picó espuelas y volvió a ponerse a su altura.

—¿Qué es la Primera Ley?

Bayaz la miró con severidad.

—¿Qué sabes tú de eso?

—No lo bastante. Oí lo que hablaban Yulwei y usted desde el otro lado de la puerta.

—¿De modo que estuviste espiándonos, eh?

—Ustedes tienen voces potentes y yo tengo buen oído —Ferro se encogió de hombros—. No estaba dispuesta a meter la cabeza en un cubo para guardar sus secretos. ¿Qué es la Primera Ley?

Las arrugas de la frente de Bayaz se resaltaron, las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo.

—Una restricción que Euz estableció para sus hijos, la primera norma después del caos de los tiempos primigenios. Prohíbe tocar de forma directa el Otro Lado.

Prohíbe comunicarse con el mundo inferior, prohíbe convocar demonios, prohíbe abrir las puertas del infierno. Ésa es la Primera Ley, el principio rector de toda la magia.

—Ja —soltó Ferro con sorna. Todo eso no tenía ningún significado para ella—. ¿Quién es Khalul?

Las gruesas cejas de Bayaz se juntaron, su ceño se acentuó, sus ojos se entrecerraron.

—¿Cuándo acabarás de hacer preguntas, mujer? —sus preguntas le molestaban. Buena señal. Quería decir que eran las preguntas correctas.

—Lo sabrá cuando deje de hacerlas. ¿Quién es Khalul?

—Khalul fue uno de los miembros de la orden de los Magos —gruñó Bayaz—. El segundo de los doce aprendices de Juvens.

Siempre envidió mi posición, siempre estaba sediento de poder. Quebrantó la Segunda Ley para conseguirlo. Comió carne humana y convenció a otros para que también lo hicieran. Se convirtió en un falso profeta y engañó a los gurkos para que le sirvieran. Ese es Khalul. Tu enemigo y el mío.

—¿Qué es la Semilla?

Una súbita palpitación sacudió la cara del Mago. Furia y, quizás, un atisbo de miedo. Luego su cara se relajó.

—¿Qué es? —Bayaz sonrió, y aquella sonrisa inquietó a Ferro mucho más que su enojo. A continuación, se inclinó hacia ella para que nadie más pudiera oír lo que iba a decirle—. Es el instrumento de tu venganza. De nuestra venganza. Pero es peligrosa. Incluso hablar de ella encierra peligro. Siempre hay gente escuchando. Lo más sensato será que cierres la puerta a esa pregunta antes de que la respuesta nos haga arder a todos —dicho aquello, espoleó su montura y se alejó trotando hasta quedarse él solo a la cabeza del grupo.

Ferro permaneció en su sitio. Por ahora ya sabía lo suficiente. Lo suficiente para desconfiar más que nunca del Primero de los Magos.

***

Una simple oquedad de apenas cuatro zancadas de ancho. Una pequeña concavidad en el terreno, cercada por una pared de tierra húmeda y oscura que estaba cubierta de enmarañadas raíces de hierba. Ese era el mejor lugar que habían encontrado para acampar durante la noche, y suerte que lo habían encontrado.

Era la primera vez en todo el día que Ferro veía algo que rompiera la monotonía del paisaje.

El fuego que había encendido Pielargo ardía ya con fuerza; brillantes y voraces lenguas de fuego lamían los leños, chisporroteando y titilando cada vez que una ráfaga de viento barría la oquedad. Encorvados y acurrucados para protegerse del frío, los cinco pálidos se apiñaban en torno a la fogata, que iluminaba sus caras contraídas.

Pielargo era el único que hablaba. De sus grandes logros, como de costumbre. De este o aquel lugar que había visitado. De una u otra cosa que sabía. De sus notables dones para el desempeño de tal o cual actividad. Ferro ya estaba harta, y se lo había hecho saber en un par de ocasiones. La primera vez pensó que se lo había dejado bien claro. La segunda vez se aseguró de que fuera así. Ya no volvería a hablarle de sus dichosos viajes, pero los demás lo seguían padeciendo en silencio.

Habían dejado un sitio para ella junto al fuego, pero no lo quería. Prefería sentarse al borde del hoyo, por encima de ellos, con las piernas cruzadas sobre la hierba. El viento soplaba frío allá arriba, y Ferro se ciñó la manta sobre sus hombros estremecidos. Un fenómeno extraño y temible el frío. Lo odiaba.

Pero prefería el frío a la compañía.

Y ahí estaba, separada del resto, huraña y silenciosa, contemplando cómo la luz iba abandonando el cielo amenazador, cómo la oscuridad se iba extendiendo por la tierra. El sol no era más que una leve incandescencia en el lejano horizonte. Un tenue brillo en los bordes de las colosales nubes.

El pálido grande se levantó y la miró.

—Oscurece —dijo.

—Hummm.

—Es lo que suele pasar cuando se pone el sol, ¿eh?

—Hummm.

El hombretón se rascó su grueso cuello.

—Tenemos que establecer guardias. La noche aquí puede resultar peligrosa. Haremos turnos, yo haré el primero, luego Luthar...

—Yo vigilaré —gruñó Ferro.

—No te preocupes. Vete a dormir. Ya te despertaré yo más tarde.

—Yo no duermo.

Logen la miró fijamente.

—¿Nunca?

—No muy a menudo.

—Eso explica por qué está siempre de un humor de perros —terció Pielargo en un susurro.

Lo había dicho entre dientes, con la intención de que no se oyera, pero Ferro lo había oído.

—Mi humor es asunto mío, imbécil.

El Navegante, en lugar de responderle, se envolvió en la manta y se tendió junto al fuego.

—¿Quieres ser la primera? —dijo Nuevededos—. Muy bien, pero despiértame dentro de un par de horas. Cada cual debe hacer un turno.

***

Lenta, sigilosamente, con la cara tensa por la necesidad de no hacer ningún ruido, Ferro robaba provisiones del carro. Carne seca. Pan seco. Una petaca de agua. Lo bastante para tirar unos cuantos días. A medida que iba sacando cosas, las iba metiendo en una bolsa de lona.

Uno de los caballos soltó un resoplido y respingó al pasar junto .1 él. Ferro le lanzó una mirada asesina. Sabía montar. Sabía montar muy bien, pero no quería saber nada de los caballos. Enormes bestias estúpidas. Olían mal. Cierto que eran rápidos, pero consumían demasiada comida y demasiada agua. Se los oía y se los veía a la legua. Dejaban unas huellas enormes, muy fáciles de seguir. Ir a caballo te hacía débil. Fíate de un caballo y, cuando quieras huir, verás que ya no puedes.

Ferro había aprendido a fiarse sólo de sí misma.

Se colgó la bolsa de un hombro y la aljaba y el arco del otro. Luego echó un último vistazo a las formas durmientes de sus compañeros: bultos oscuros tendidos alrededor del fuego. Luthar tenía la manta subida hasta la barbilla; su rostro, de tez tersa y labios carnosos, estaba vuelto hacia las brasas incandescentes. Bayaz estaba de espaldas, pero Ferro distinguía el brillo apagado de su calva, la parte de atrás de una de sus orejas en sombra, y además oía el ritmo lento de su respiración. Pielargo tenía la cabeza tapada con la manta, pero, por el otro extremo, sobresalían sus pies descalzos, finos, huesudos y con los tendones resaltados como si fueran raíces que emergieran del barro. Los ojos de Quai tenían una rendija abierta, por la que asomaba el brillo húmedo del globo ocular. Daba la impresión de que la estaba

mirando, pero su pecho subía y bajaba lentamente y tenía la boca abierta; dormía a pierna suelta, soñando sin duda.

Ferro frunció el ceño. ¿Sólo cuatro? ¿Dónde estaba el pálido grande? Al otro extremo de la fogata, vio su manta vacía, un revoltijo de pliegues, unos iluminados y otros en sombra, pero sin un hombre dentro. Entonces oyó su voz.

—¿Ya te vas?

A su espalda. Era sorprendente, pero se las había ingeniado para rodearla en silencio mientras ella robaba las provisiones. Parecía demasiado grande, demasiado lento y demasiado ruidoso para acercarse a alguien sin delatarse. Ferro se maldijo para sus adentros. Ya debería saber que nunca se puede uno fiar de las apariencias.

Se volvió lentamente para encararlo y luego dio un paso hacia los caballos. Él la imitó, manteniéndose a la misma distancia. Ferro veía el resplandor del fuego reflejado en el rabillo de cada uno de los ojos del pálido, una media luna de su mejilla agujereada y velluda, el difuso perfil quebrado de su nariz y también unos mechones grasientos de pelo, de un tono un poco más oscuro que el de la tierra del fondo, que flotaban sobre su cabeza movidos por la brisa.

—No quiero luchar contigo, pálido. Ya he visto cómo luchas —le había visto matar a cinco hombres en apenas unos instantes, e incluso ella se había quedado sorprendida. Sus risotadas retumbando contra los muros, su rostro feroz, contraído en un gesto a medio camino entre la sonrisa y la mueca animal, rebosando sangre, saliva, locura; los cuerpos mutilados esparcidos por el enlosado como si fueran simples andrajos. Todos esos recuerdos seguían estando muy vivos en su memoria. Pero eso no quería decir que tuviera miedo. Ferro Maljinn no sabía lo que era el miedo. Pero sabía cuándo convenía andarse con cuidado.

—Yo tampoco quiero luchar contigo —dijo él—, pero, por la mañana, cuando Bayaz descubra que te has ido, me mandará que te persiga. Te he visto correr, y prefiero pelear contigo a tener que darte caza. Así al menos tendré alguna oportunidad.

De los dos, él era el más fuerte, lo sabía. Ya estaba casi curado, podía moverse con bastante soltura. Ahora se arrepentía de haberle ayudado. Siempre es un error ayudar a la gente. Combatir con él suponía correr un enorme riesgo. Puede que ella fuera más dura de pelar que muchos otros, pero no le apetecía acabar con la cara triturada, como le había ocurrido al gigante aquel, el tal Quebrantapiedras. No le apetecía que la ensartaran con una espada, ni que le macharan las rodillas, ni que la dejaran con la cabeza colgando del tronco.

Ninguna de esas alternativas le atraía en absoluto.

Pero el pálido estaba demasiado cerca para dispararle una flecha, y, si salía corriendo, despertaría a los demás, y tenían caballos. Lo más seguro es que el ruido de la lucha también los despertara, pero si lograba asestarle rápidamente un buen golpe, tal vez pudiera huir en medio de la confusión. No era un plan perfecto, pero, ¿qué otra opción tenía? Dejó que la bolsa resbalará lentamente de su hombro y la depositó en tierra, luego hizo otro tanto con la aljaba y el arco. A continuación, posó una mano en la empuñadura de su espada y cerró sus dedos sobre ella en la oscuridad. Él la imitó.

—Está bien, pálido. Vamos a ello.

—Puede que haya otra solución.

Ferro, temiéndose una trampa, le miró con desconfianza.

—¿Qué solución?

—Quédate con nosotros. Date unos cuantos días de plazo. Si no cambias de opinión, perfecto, yo mismo te ayudaré a hacer el equipaje. Puedes confiar en mí —confiar, una palabra apta sólo para idiotas. Era la palabra que empleaban siempre los que te iban a traicionar. Si el pálido avanzaba medio dedo y ella desenvainaba de golpe, podría rebanarle el pescuezo de un tajo. Estaba lista.

Pero ni él dio un paso adelante ni ella dio un paso atrás. La silueta del pálido, enorme y silenciosa, permanecía en su sitio recortada sobre la oscuridad. Ferro frunció el ceño mientras seguía tanteando con los dedos la empuñadura de su sable.

—¿Por qué habría de confiar en ti?

El pálido grande encogió sus fornidos hombros.

—¿Y por qué no? En la ciudad yo te ayudé a ti y tú me ayudaste a mí. De no haber sido así, lo más seguro es que a estas alturas estuviéramos los dos muertos —en cierto modo era verdad que la había ayudado. No tanto como ella le había ayudado a él, pero, sí, lo había hecho—. Llega un momento en el que uno tiene que agarrarse a algo, ¿no crees? Tarde o temprano hay que hacerlo, aunque no se sepan muy bien las razones; en eso consiste la confianza.

—¿Por qué hay que hacerlo?

—Porque si no se acaba como nosotros, ¿y a quién demonios le apetece eso? —Ja.

—Te propongo un trato. Tú me guardas las espaldas y yo te guardaré las tuyas —dijo golpeándose el pecho con el pulgar—. Cumpliré mi parte —luego la señaló a ella—. Y tú cumplirás la tuya. ¿Qué me dices?

Ferro se lo pensó. Huir le había dado la libertad, pero poco más. Tras largos años de penalidades, había acabado al borde del desierto, acorralada por sus enemigos. Y

cuando huyó de Yulwei, los Devoradores habían estado a punto de acabar con ella. Además, ¿adónde iba a huir ahora? ¿Iba a cruzar el mar a pie para llegar a Kanta? Tal vez el pálido grande tuviera razón. Tal vez hubiera llegado el momento de dejar de huir.

Al menos hasta que consiguiera hacerlo sin que nadie se diera cuenta.

Apartó la mano de la espada y, con mucha lentitud, cruzó los brazos sobre el pecho. El la imitó. Permanecieron así un buen rato, observándose en la oscuridad en silencio.

—De acuerdo, pálido —gruñó—. Yo cumpliré mi parte, y ya veremos lo que pasa. Pero no esperes de mí ninguna promesa, ¿entendido?

—No te he pedido promesas. Ahora me toca hacer guardia. Vete tú a descansar.

—Yo no necesito descansar, ya te lo he dicho.

—Como quieras, pero yo voy a sentarme aquí.

—Tú verás.

El pálido grande fue bajando cautamente hacia el suelo, y ella hizo otro tanto. Allí mismo se sentaron, cara a cara, con las piernas cruzadas, no lejos de las brasas, que proyectaban un tenue resplandor sobre los cuatro durmientes y sobre un lado de la abultada cara del pálido, a la vez que inundaba la suya con una leve calidez.

Y ahí se quedaron, vigilándose.

Aliados

Al Archilector Sult, jefe de la Inquisición de Su Majestad.

Eminencia:

Ya han comenzado las obras en las fortificaciones de la ciudad. Las afamadas murallas terrestres, pese a ser poderosas, se encuentran en un estado lamentable y be tomado enérgicas medidas para reforzarlas. Asimismo, he ordenado un aumento de las reservas disponibles, alimentos, armaduras y armas, que son esenciales para que la ciudad pueda resistir un asedio de cierta duración.

Por desgracia, las defensas son muy extensas, y la escala de la empresa es enorme. Los trabajos se han iniciado a crédito, pero el crédito no durará mucho. Por ello, solicito humildemente a Su Eminencia el envío de fondos para poder llevar las obras a buen término. Sin dinero, nuestros esfuerzos habrán de cesar y la ciudad se perderá.

Las fuerzas de la Unión aquí presentes son escasas y su moral no es muy elevada. Hay mercenarios en el interior de la ciudad, y ya he ordenado que se recluten más, pero su lealtad es dudosa, sobre todo si surgen problemas con los pagos. Solicito, por lo tanto, que se envíen más soldados del Rey. Incluso una sola compañía podría representar una gran diferencia.

Pronto volverá a tener noticias mías. Hasta entonces, sirvo y obedezco.

Sand dan Glokta

Superior de Dagoska

—Éste es el lugar, ¿no? —dijo Glokta.

—Ajá —dijo Frost.

Se trataba de un tosco edificio de una sola planta, construido con una torpe fábrica de adobe y de unas dimensiones apenas mayores que las de un cobertizo de madera de buen tamaño. A través de los resquicios que había alrededor de la puerta y de los

postigos de la única ventana se filtraban pequeños rayos de luz que se perdían en la noche. Se parecía bastante a las demás casas de la calle, si es que a eso podía llamársele calle. Difícilmente se habría adivinado que se trataba de la residencia de un miembro del consejo de Dagoska. *Bueno, a fin de cuentas, en muchos aspectos Kahdia no es más que un cero a la izquierda. El líder de los nativos. El sacerdote sin templo, ¿El que menos tiene que perder, tal vez?*

La puerta se abrió antes de que a Glokta le diera tiempo de llamar. La figura alta y espigada de Kahdia, ataviada con su túnica blanca, apareció en el umbral.

—¿Por qué no pasa? —el Haddish se dio la vuelta, se dirigió a la única silla que había y tomó asiento.

—Espera aquí —le dijo Glokta a Frost.

—Ajá.

No podía decirse que el interior del cobertizo fuera mucho más prometedor que el exterior. *Limpio y ordenado y absolutamente paupérrimo.* El techo era tan bajo que Glokta a duras penas lograba mantenerse erguido y el suelo no era más que una capa de tierra apisonada. En un extremo de la única habitación de la casa, había un colchón de paja dispuesto sobre unas cajas vacías, con una silla pequeña a su lado. Debajo de la ventana había un armario rechoncho, con unos cuantos libros apilados sobre él, y, junto a ellos, una palmatoria con una vela encendida y llena de churretes. Si se añadía a todo ello un cubo abollado, destinado al alivio de las necesidades fisiológicas, se obtenían la totalidad de las posesiones terrenales de Kahdia. *Nada que indique la presencia oculta del cadáver de un Superior de la Inquisición, pero nunca se sabe. Es muy fácil esconder un cuerpo, sobre todo si se corta en trozos lo bastante pequeños...*

—Debería mudarse y dejar los arrabales —Glokta tiró de la puerta, que se cerró con un crujido de goznes, y luego se acercó renqueando a la cama y se dejó caer pesadamente sobre el colchón.

—¿Acaso no sabe que a los nativos no se les permite residir en la Ciudad Alta?

—Estoy seguro de que en su caso sería posible hacer una excepción. Podría tener sus alojamientos en la Ciudadela. Así no tendría yo que pegarme semejante paliza para venir a hablar con usted.

—¿Un alojamiento en la Ciudadela? ¿Mientras mis compatriotas se pudren aquí abajo entre la inmundicia? Lo menos que puede hacer un líder es compartir las penalidades de su pueblo. Poco más puedo ofrecerles —hacía un calor asfixiante en la Ciudad Baja, pero Kahdia no parecía sentirlo. Tenía una expresión tranquila, y sus ojos, oscuros y fríos como aguas profundas, miraban fijamente a Glokta—. ¿Le parece mal?

Glokta se frotó su cuello dolorido.

—En absoluto. El martirio le sienta muy bien, pero espero que sepa disculparme si no me uno a usted —se chupó las encías y añadió—: Yo ya he hecho bastantes sacrificios.

—Tal vez aún le queden algunos por hacer. Empiece ya con sus preguntas. *Directamente al grano. ¿No tiene nada que ocultar? ¿O no tiene nada que perder?*

—¿Sabe qué ha sido de mi predecesor, el Superior Davoust?

—Tengo la fundada esperanza de que haya muerto de la forma más dolorosa posible —Glokta notó que había alzado sin querer una ceja. *Lo último que habría esperado: una respuesta sincera. Tal vez la primera respuesta sincera que he obtenido al hacer esa pregunta, aunque no por eso queda libre de sospecha.*

—¿De la forma más dolorosa posible, dice?

—Cuanto más dolorosa, mejor. Y no derramaré ni una sola lágrima si usted le hace compañía.

Glokta sonrió.

—Por más que pienso, no se me ocurre nadie que estuviera dispuesto a hacerlo, pero es de Davoust de quien estamos hablando. ¿Ha tenido algo que ver su gente en su desaparición?

—Es posible. Davoust nos dio motivos de sobra. Son muchas las familias que han perdido un marido, un padre o una hija debido a sus purgas, a sus pruebas de lealtad, a sus escarmientos. Somos miles, y yo no puedo vigilarlos a todos. Lo único que puedo decirle es que no sé nada acerca de su desaparición. Cuando cae un diablo, inmediatamente envían a otro, usted es la prueba. Mi gente no ha obtenido ningún beneficio.

—Excepto el silencio de Davoust. Quizás descubrió que habían sellado ustedes un pacto con los gurkos. Quizás su gente no tenía demasiadas ganas de seguir integrada en la Unión.

Kahdia resopló con desdén.

—Usted no sabe de lo que habla. Ningún dagoskano sellaría jamás un pacto con los gurkos.

—A ojos de un forastero, sus dos pueblos parecen tener bastante en común.

—A ojos de un forastero ignorante, sí. Los dos tenemos la tez morena y los dos rezamos al mismo Dios, pero ahí se acaban los parecidos. Nosotros, los dagoskanos, nunca hemos sido un pueblo guerrero. Mientras el Imperio de los gurkos se extendía como un cáncer por las tierras kantics, nosotros permanecíamos en nuestra

península, confiados en la fortaleza de nuestras defensas. Pensábamos que sus conquistas no nos concernían. Ése fue nuestro craso error. Sus emisarios llegaron a nuestras puertas exigiendo que nos postráramos ante el Emperador gurko y que admitiéramos que a través del profeta Khalul hablaba la voz de Dios. Nos negamos a hacer una y otra cosa, y Khalul juró que nos destruiría. Ahora parece que por fin se va a salir con la suya. Todo el Sur caerá en sus manos. *Cosa que al Archilector no le hará ni pizca de gracia.*

—¿Quién sabe? A lo mejor Dios acude en su ayuda.

—Dios favorece a quienes saben resolver sus problemas por sí solos.

—Tal vez podamos resolverlos entre usted y yo.

—No tengo ningún interés en ayudarle.

—¿Aun cuando eso supusiera ayudarse a sí mismo? Tengo pensado promulgar un decreto. Las puertas de la Ciudad Alta se abrirán y se permitirá a su gente desplazarse por su propia ciudad sin ninguna restricción. Los Especieros serán expulsados del Gran Templo, que volverá a ser terreno consagrado. Se permitirá portar armas a los dagoskanos; es más, se les proporcionarán armas provenientes de nuestros propios arsenales. Los nativos de Dagoska serán tratados como ciudadanos de pleno derecho de la Unión. Es lo menos que se merecen.

—Claro, claro —Kahdia juntó las manos y se recostó en su crujiente silla—. Ahora que los gurkos llaman a las puertas de la ciudad, aparece usted en Dagoska, ostentando su pequeño rollo de papel, como si fuera la palabra de Dios, y haciéndonos creer que a partir de ahora se van a hacer bien las cosas. Usted no es como los demás. No, usted es un buen hombre, un hombre justo, honrado. ¿Pretende que me trague eso?

—¿Quiere que le sea sincero? Me importa una mierda lo que usted crea y me importa aún menos hacer bien las cosas: aunque eso último depende de a quién se le pregunte. Y en cuanto a lo de ser un buen hombre —Glokta frunció los labios—, hace mucho que ese barco pasó para mí, y ni siquiera acudí al puerto para despedirlo. Lo que me importa es conservar Dagoska. Eso y nada más que eso.

—Y sabe que no podrá conservarla sin nuestra ayuda.

—Mire, Kahdia, usted y yo no somos ningún par de idiotas. No me ofenda comportándose como si lo fuera. Podemos continuar con nuestras rencillas hasta que la marea de los gurkos nos lleve a todos por delante o podemos cooperar. Nunca se sabe, tal vez juntos podamos vencerlos. Su gente nos ayudará a excavar el foso, a reparar las murallas, a apuntalar las puertas. En un primer momento nos

proporcionarán mil hombres para que sirvan en la defensa de la ciudad, luego necesitaremos más.

—¿Haga esto? ¿Haga lo otro? ¿De qué me habla? ¿Y si resulta que gracias a nuestra ayuda la ciudad resiste? ¿Se mantendrá entonces el trato?

Si la ciudad resiste, yo me largaré. Con toda probabilidad Vurmsy los demás volverán a asumir el control y nuestro trato pasará a mejor vida.

—Si la ciudad resiste, tiene mi palabra de que haré todo lo posible para que siga en pie.

—Todo lo posible, que es como decir nada. *Ha captado la idea.*

—Necesito su ayuda, de modo que le estoy ofreciendo cuanto puedo. Le ofrecería más, pero esto es todo lo que tengo. Si quiere, puede permanecer en los arrabales rumiando su descontento en compañía de las moscas mientras aguarda la llegada del Emperador. Quizás el gran Uthman-ul-Dosht le ofrezca un trato más interesante —Glokta miró a Khadia a los ojos—. Pero los dos sabemos que no será así.

El sacerdote frunció los labios, se acarició la barba y luego exhaló un hondo suspiro.

—Como suele decirse, un hombre perdido en el desierto debe aceptar el agua que se le ofrezca, venga de donde venga. Acepto el trato. Una vez que el templo haya sido desalojado, cavaremos sus hoyos, cargaremos con sus piedras y blandiremos sus espadas. Un poco siempre es mejor que nada y, como usted mismo dice, quizás juntos podamos derrotar a los gurkos. Existen los milagros.

—Eso he oído decir —dijo Glokta mientras se apoyaba en su bastón y se ponía de pie soltando un gruñido—. Eso he oído decir. *Pero todavía no he visto ninguno.*

***

Glokta se estiró sobre los almohadones de sus aposentos, echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y dio reposo a su dolorido cuerpo. *Los mismos aposentos que en tiempos ocupara mi ilustre predecesor, el Superior Davoust.* Era un conjunto de habitaciones amplio, ventilado y ricamente amueblado. Tal vez hubiera pertenecido a un príncipe dagoskano, o a un visir intrigante, o a una concubina de tez morena, antes de que los nativos fueran arrojados al polvo de la Ciudad Baja. *Mil veces preferible a mi diminuto cuchitril del Agriont, si no fuera porque es sabido que los Superiores de la Inquisición que ocupan estas habitaciones manifiestan cierta tendencia a desaparecer.*

Algunas de las ventanas estaban orientadas hacia el norte, donde se encontraba el mar y la ladera más pronunciada del peñón; las otras daban a la achicharrante ciudad. Unas y otras estaban provistas de gruesos postigos. Fuera había un vertiginoso precipicio de roca desnuda que conducía a un lecho de piedras aristadas y a la encrespada agua salada. La puerta tenía seis dedos de grosor, estaba tachonada con planchas de hierro y disponía de un sólido candado y de cuatro pestillos enormes. *Davoust era un hombre precavido y, según parece, tenía fundadas razones para serlo. Entonces, ¿cómo es posible que unos asesinos se colaran aquí y, una vez dentro, cómo se las ingeniaron para sacar el cuerpo.*

Notó que las comisuras de sus labios se curvaban dibujando una sonrisa. *¿Y cómo sacarán el mío cuando vengan? Mis enemigos no paran de crecer: el desdeñoso Vurms, el puntilloso Vissbruck, los mercaderes, para cuyos beneficios represento una amenaza, los Practicantes que trabajaron a las órdenes de Harkery Davoust, los nativos, que tienen poderosas razones para odiar a cualquier persona que vista el uniforme negro, los gurkos, por supuesto, y todo eso sin contar con la posibilidad de que Su Eminencia empiece a sentirse inquieto por la falta de resultados y decida reemplazarme, é Vendrá luego alguien a averiguar qué ha sido de mi cuerpo contrahecho ?*

—Superior.

Abrir los ojos y alzar la cabeza le supuso un enorme y doloroso esfuerzo. Las fatigas de los últimos días le habían dejado machacado todo el cuerpo. A cada movimiento, el cuello producía un chasquido similar al de una rama al quebrarse, la espalda la tenía tan rígida y frágil como un espejo, la pierna pasaba de una acuciante agonía a un entumecimiento estremecido.

De pie en el umbral estaba Shickel, con la cabeza inclinada. Los cortes y los moratones de su tez morena ya habían curado. No quedaba ningún signo externo del suplicio al que había sido sometida en las celdas subterráneas. Como siempre, sus ojos permanecían clavados en el suelo en lugar de mirarle. *Algunas heridas tardan en cicatrizar, y otras no lo hacen nunca. Bien lo sé yo.*

—¿Qué pasa, Shickel?

—La Maestre Eider le envía una invitación para cenar.

—¿No me digas?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Haz que le comuniquen que será un placer para mí acudir.

Glokta se la quedó mirando un momento mientras se deslizaba fuera de la sala con la cabeza agachada y luego volvió a recostarse en los almohadones. *Si mañana mismo desapareciera, al menos habría salvado a una persona. Quizás eso signifique que mi*

vida no ha sido una completa pérdida de tiempo. Sand dan Glokta, escudo de indefensos, ¿Nunca es demasiado tarde para ser... un buen hombre?

***

—¡Por favor! —chilló Harker—. ¡Por favor! ¡No sé nada! —el Inquisidor estaba tan bien amarrado a la silla que apenas si podía mover el cuerpo. *Pero lo suple con sus ojos.* Recorrían a toda velocidad los instrumentos de Glokta, que relucían bajo la cruda luz de las lámparas sobre el tablero rayado de la mesa. *Oh sí, tú entiendes mejor que la mayoría para qué sirve cada uno de ellos. A menudo el conocimiento es el mejor antídoto del miedo. Pero no en este caso. No ahora*—. ¡No sé nada!

—Es a mí a quien le corresponde juzgar lo que sabe —Glokta se limpió unas gotas de sudor que le resbalaban por la cara. La sala era tan calurosa como una forja a pleno rendimiento y los carbones incandescentes del brasero no contribuían precisamente a mejorar las cosas—. Si alguien huele como un mentiroso, y tiene el color de un mentiroso, lo más probable es que sea un mentiroso, ¿no le parece?

—¡Por favor! ¡Los dos estamos en el mismo bando! *¿Ah sí? ¿Seguro? Le* he dicho la verdad.

—Quizás, pero no toda la que yo necesito.

—¡Por favor! ¡Aquí todos somos amigos!

—¿Amigos? Mi experiencia me dice que un amigo no es más que un conocido que todavía no te ha traicionado. ¿Es eso lo que es usted, Harker?

—¡No!

Glokta frunció el ceño.

—¿Debo entender entonces que es nuestro enemigo?

—¿Cómo? ¡No! ¡Yo sólo... yo sólo... sólo quería saber qué había ocurrido! ¡Eso es todo! ¡No pretendía... por favor! *Por favor, por favor, por favor. Ya estoy harto de oírlo.* ¡Tiene que creerme!

—Yo sólo tengo que hacer una cosa: obtener respuestas.

—¡Pregunte lo que quiera, Superior, se lo ruego! ¡Deme la oportunidad de cooperar! *Ah, entiendo, lo de la mano dura ya no parece tan buena idea como antes, ¿verdad?* ¡Haga sus preguntas! ¡Haré todo lo que pueda por responderlas!

—Bien —Glokta se sentó en el borde de la mesa, al lado del prisionero aherrojado, y bajó la vista hacia él—. Excelente —las manos y el rostro de Harker tenían un color

tostado, pero el resto del cuerpo era pálido como una babosa blanca, salpicada de gruesas matas de pelo oscuro. *Un aspecto escasamente atractivo. Pero susceptible de empeorar*—. Respóndame entonces a esto. ¿Por qué tienen pezones los hombres?

Harker parpadeó. Tragó saliva. Luego alzó la vista y miró a Frost, pero allí no encontró ayuda. El albino, con la piel perlada de sudor en torno a la máscara y los ojos tan duros como un par de joyas rosáceas, le devolvió la mirada sin tan siquiera pestañear.

—No... no estoy muy seguro de entenderle, Superior.

—¿No le parece una pregunta sencilla, Harker? Los pezones de los hombres. ¿Para qué sirven? ¿No se lo ha preguntado nunca?

—Bueno... yo...

Glokta suspiró.

—Se irritan y escuecen con la humedad. Se secan y escuecen con el calor. Algunas mujeres, por razones que nunca he alcanzado a comprender, se empeñan en juguetear con ellos en la cama, como si de semejante toqueteo obtuviéramos algo que no fuera fastidio —los ojos dilatados de Harker siguieron el recorrido del brazo de Glokta, que se alargó hacia la mesa y muy lentamente deslizó una mano por debajo del mango de las tenazas. Cuando las alzó y las examinó, sus afiladas mandíbulas relucieron a la luz de las lámparas—. Para un hombre —dijo en un susurro—, los pezones son un auténtico incordio. ¿Sabe una cosa? Si no fuera porque dejan unas cicatrices muy antiestéticas, a los míos yo no los echaría en absoluto de menos.

Agarró de la punta uno de los pezones de Harker y lo estiró con brusquedad.

—¡Ay! —aulló el antiguo Inquisidor mientras la silla crujía con sus desesperados intentos de soltarse—. ¡No!

—¿Le duele eso? Pues dudo mucho que le vaya a hacer gracia lo que viene ahora —Glokta deslizó las mandíbulas de las tenazas alrededor de la carne tensada y apretó.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Por favor! ¡Superior, se lo ruego!

—Sus ruegos no tienen ningún valor para mí. Lo que necesito que me dé son respuestas. ¿Qué fue de Davoust?

—¡Le juro por mi vida que no lo sé!

—No me vale —Glokta se puso a apretar con más fuerza y los bordes de metal comenzaron a morder la piel.

Harker lanzó un grito desesperado.

—¡Espere! ¡Cogí dinero! ¡Lo reconozco! ¡Cogí dinero!

—¿Dinero? —Glokta aflojó un poco la presión, y una gota de sangre se desprendió de las tenazas y cayó en la velluda pierna de Harker—. ¿Qué dinero?

—¡El dinero que Davoust arrebató a los nativos! ¡Después de la revuelta! ¡Me ordenó que capturara en una redada a todos los que me parecieran ricos, y los hizo ahorcar junto a los demás; luego requisamos todas sus pertenencias y nos las repartimos! ¡Guardaba su parte en un baúl que hay en sus aposentos, y, cuando desapareció... lo cogí!

—¿Dónde está ahora el dinero?

—¡Voló! ¡Me lo gasté! ¡En mujeres... en vino, en... en todo tipo de cosas!

Glokta chasqueó la lengua.

—Vaya, vaya. *Codicia y conspiración, injusticia y traición, robo y asesinato. Todos los ingredientes de uno de esos relatos que tanto estimulan al populacho. Truculento, pero escasamente relevante* —acto seguido, agarró con más fuerza las tenazas—. Lo que me interesa es el Superior, no su dinero. Y créame si le digo que estoy empezando a hartarme de hacer preguntas. ¿Qué ha sido de Davoust?

—¡Yo... yo... no lo sé!

Cierto, tal vez. Pero en absoluto la respuesta que necesito.

—No me vale —Glokta apretó la mano y las mandíbulas metálicas mordieron la carne y se juntaron en el medio con un suave clic. Harker aulló, se revolvió y rugió de dolor mientras la sangre brotaba a borbotones del cuadrado de carne rojo que había dejado su pezón y comenzaba a resbalar por su pálido vientre formando unos churretes oscuros. Glokta contrajo el semblante al sentir una punzada en el cuello y estiró la cabeza hasta que oyó un chasquido. *Es extraño, pero con el tiempo hasta el más espantoso sufrimiento de los demás puede acabar resultando... tedioso.*

—¡Practicante Frost, el Inquisidor está sangrando! ¡Quiere hacer el favor!

—Lo ziento —el hierro al rojo vivo chirrió al sacarlo Frost del brasero. El calor que desprendía era tan intenso que hasta Glokta podía sentirlo desde el sitio en que estaba sentado. *Ah, el hierro candente. No guarda secretos, no cuenta mentiras.*

—¡No! ¡No! Por... —al hundir Frost el hierro de marcar en la herida, las palabras de Harker se deshicieron en un alarido burbujeante mientras por la sala se expandía poco a poco el aroma salado de la carne quemada. Un aroma que, para gran repulsión de Glokta, hizo que le sonaran las tripas, *¿Hace cuánto que no me tomo un buen trozo de carne?* Se limpió con la mano que tenía libre una película de sudor que se le acababa de formar en la cara y se acomodó los hombros bajo la toga.

Feo asunto, este que nos ocupa. ¿Por qué lo hago entonces? La única respuesta que obtuvo fue el leve crujido que se produjo al volver a depositar Frost el hierro entre las brasas, una maniobra que lanzó al aire una llovizna de chispas anaranjadas. Entretanto, Harker, con los ojos llorosos y desorbitados, se retorcía, gimoteaba y daba sacudidas mientras un hilillo de humo ascendía desde la carne renegrida de su pecho. *Feo asunto, desde luego. Se lo tiene bien merecido, qué duda cabe, pero eso no cambia nada. Seguramente no tiene ni idea de lo que le pasó a Davoust, pero eso tampoco cambia nada. Las preguntas están para hacerse, y del mismo modo en que se harían si realmente supiera las respuestas.*

—¿Por qué se empeña en desafiarme, Harker? ¿No será... que cree... que una vez que haya acabado con sus pezones me quedaré sin ideas? ¿Es eso lo que está pensando? ¿Que me detendré en sus pezones?

Harker le miraba fijamente mientras en sus labios estallaban pequeñas burbujas de saliva. Glokta se inclinó sobre él.

—Oh, no, no, no. Esto es sólo el principio. En realidad, esto es lo que viene antes del principio. El tiempo se abre ante nosotros con inmisericorde abundancia. Días, semanas, incluso meses, si fuera necesario. ¿Realmente se cree capaz de guardar sus secretos durante tanto tiempo? Ahora me pertenece. A mí y a esta sala. Esto no se va a interrumpir hasta que yo no sepa todo lo que necesito saber —alargó una mano y agarró con el pulgar y el índice el otro pezón de Harker. Luego cogió de nuevo las tenazas y abrió sus mandíbulas ensangrentadas—. ¿Tanto le cuesta entenderlo?

***

El comedor de la Maestre Eider era todo un lujo para la vista. Innumerables telas de tonos plateados y carmesíes, dorados y púrpuras, verdes, azules y de un intenso amarillo se ondulaban mecidas por la leve brisa que entraba por las estrechas ventanas. Paneles de mármol afiligranado decoraban las paredes, grandes vasijas, tan altas como un hombre, se erguían en los rincones. Montones de almohadones impolutos yacían esparcidos por el suelo, como invitando a los visitantes a tenderse en mullido abandono. Velas de colores ardían en altos tarros de cristal, proyectando una luz cálida por todos los rincones e impregnando la atmósfera con un dulce aroma. En un extremo del vestíbulo de mármol, un surtidor vertía agua cristalina en un estanque en forma de estrella. Todo en aquel lugar tenía un acusado toque teatral. *Como el tocador de una reina sacada de una leyenda kantic.*

Pero el elemento central de todo aquel decorado era la propia Maestre Eider, máxima autoridad del Gremio de los Especieros. *La mismísima Reina de los mercaderes.*

Estaba sentaba en la cabecera de la mesa, ataviada con una túnica de un blanco inmaculado, un reverberante tejido de seda con un sutil y fascinante atisbo de transparencia. Una fortuna en joyas relucía en cada centímetro de su piel bronceada y unas peinetas de marfil recogían en alto su cabello, dejando sueltos unos cuantos rizos que colgaban enmarcando su rostro. Daba toda la sensación de haberse pasado el día entero arreglándose. *Y sin desaprovechar ni un solo instante.*

Al otro extremo de la mesa, encorvado en su silla con un humeante cuenco de sopa delante de él, Glokta se sentía como alguien que se hubiera colado en las páginas de un libro de leyendas. *Una tórrida historia de amor ambientada en el exótico Sur, con la Maestre Eider en el papel de heroína y yo mismo en el del repulsivo villano tullido de corazón negro. Me pregunto cómo acabará esta fábula.*

—Bien, Maestre, ¿a qué debo este honor?

—Tengo entendido que ha estado usted hablando con los demás miembros del consejo. La verdad, estaba sorprendida, e incluso un poco molesta, de que aún no me hubiera solicitado una audiencia.

—Le pido que me disculpe si la he hecho sentirse excluida. Me pareció adecuado dejar al miembro más poderoso para el final.

La mujer alzó la vista con un aire de inocencia ofendida. *Magistralmente interpretado.*

—¿El más poderoso? ¿Yo? Vurms controla el presupuesto y dicta los decretos. Vissbruck ejerce el mando sobre las tropas y las defensas. Y Kahdia habla en nombre de la gran mayoría de la población. Yo apenas cuento.

—Por favor —una sonrisa desdentada rasgó los labios de Glokta—. Está usted radiante, desde luego, pero no tanto como para cegarme. El presupuesto de Vurms es una miseria en comparación con las ganancias que obtienen los Especieros. La gente de Kahdia ha quedado reducida a la impotencia. Y a través de su ebrio amigo Cosca tiene a su mando más del doble de tropas que Vissbruck. La única razón por la que la Unión sigue interesada en este peñón desértico es el comercio que controla su gremio.

—Bueno, no me gusta alardear —la Maestre hizo un torpe intento de encogerse de hombros—. En fin, supongo que tengo una ligera influencia en la ciudad. Ya veo que ha estado haciendo preguntas.

—Es a eso a lo que me dedico —Glokta se llevó la cuchara a la boca e hizo un esfuerzo por no pegar un sorbo entre los pocos dientes que le quedaban—. Por cierto, la sopa está deliciosa. *Sólo espero que no sea letal.*

—Pensé que sabría apreciarla. Verá, yo también he estado haciendo preguntas.

El agua borboteaba cantarina en el estanque, las telas de las paredes emitían un leve rumor, la cubertería de plata tintineaba al entrar en contacto con la exquisita cerámica de los cuencos. *Yo diría que el primer asalto ha acabado en empate.* Fue Carlot dan Eider quien rompió el silencio.

—Como es natural, soy consciente de que está desempeñando una misión que le ha sido encomendada personalmente por el Archilector. Una misión de la máxima trascendencia. Y también me doy cuenta de que no es usted un hombre que se muerda la lengua, aunque quizás haría bien en andarse con un poco más de cuidado.

—Reconozco que mi forma de andar resulta un poco torpe. Secuelas de una herida de guerra, agravada por dos años de torturas. Es un auténtico milagro que haya conservado la pierna.

La mujer sonrió de oreja a oreja, mostrando dos hileras de dientes perfectos.

—Yo, personalmente, le encuentro muy refrescante, pero a mis colegas les ha resultado usted bastante menos entretenido. Vurms y Vissbruck le han tomado a usted una profunda inquina. Prepotente. Si no recuerdo mal, ésa fue la palabra que emplearon para definirle, al margen de varias otras que será mejor no repetir.

Glokta se encogió de hombros.

—No he venido aquí para hacer amigos —y, acto seguido, vació su copa de vino, cuyo contenido, como cabía prever, era excelente.

—Pero tener amigos puede resultarle útil. Aunque sólo sea porque un amigo significa un enemigo menos. Davoust parecía empeñado en enemistarse con todo el mundo, y ya ve cuál fue el resultado.

—Davoust no contaba con el respaldo del Consejo Cerrado.

—Cierto. Pero ningún documento es capaz de detener una puñalada.

—¿Es eso una amenaza?

Carlot dan Eider se rió. Era una risa franca, espontánea, amistosa. Costaba trabajo creer que alguien capaz de reírse así pudiera ser un traidor, o una amenaza, o cualquier otra cosa que no fuera una anfitriona encantadora. *Y, sin embargo, no las tengo todas conmigo.*

—Se trata de un consejo. Un consejo fruto de la amarga experiencia. Preferiría que usted no desapareciera, al menos de momento.

—¿De veras? No tenía ni idea de que fuera un invitado tan subyugador.

—Es usted seco, agresivo, un tanto amedrentador incluso y, encima, impone severas restricciones al menú, pero el hecho es que me resulta mucho más útil tenerle

a usted aquí que... —hizo un gesto vago con la mano— ... allí donde quiera que esté Davoust. ¿Un poco más de vino?

—Desde luego.

Se levantó de la silla y se deslizó hacia él, rozando con sus pisadas el fresco suelo de mármol como si fuera una bailarina. *Los pies descalzos, a la manera kantic.* Mientras se inclinaba para llenarle la copa, las gasas, mecidas por la brisa, se ondulaban en torno a su cuerpo y su deliciosa fragancia inundaba la cara de Glokta. *Exactamente el tipo de mujer con el que mi madre habría querido que me casara: hermosa, inteligente y, oh, tan rica. Exactamente el tipo de mujer con el que yo mismo habría querido casarme, cuando era más joven. Cuando era otro tipo de hombre.*

La vacilante luz de las velas se reflejaba en sus cabellos, destellaba en las joyas que colgaban de su esbelto cuello y refulgía a través del vino que iba cayendo en la copa, *¿Trata de seducirme por la simple razón de que poseo el mandato del Consejo Cerrado? ¿Puro negocio, un mero deseo de estar a bien con los poderosos? ¿O tiene la esperanza de engañarme, de distraerme, de alejarme de la desagradable verdad?* Sus miradas se cruzaron un instante; Eider esbozó una sonrisa de complicidad y luego volvió a mirar la copa. *¿Voy a convertirme en el pequeño pilluelo que, con la cara sucia pegada al escaparate de una pastelería y la boca hecha agua, contempla unos dulces que nunca podrá probar? Creo que no.*

—¿Adonde fue a parar Davoust?

La Maestre Eider hizo una leve pausa y luego depositó la botella en la mesa. A continuación, se dejó resbalar en la silla de al lado, plantó los codos sobre el tablero, apoyó la barbilla en las manos y miró fijamente a Glokta.

—Sospecho que fue asesinado por un traidor que se encuentra dentro de la ciudad. Un agente gurko, probablemente. Aun a riesgo de contarle algo que ya sabe, le diré que Davoust sospechaba que en el seno del consejo se estaba fraguando una conspiración. El mismo me confió sus sospechas poco antes de que se produjera su desaparición.

¿Eso hizo?

—¿Una conspiración dentro del consejo de la ciudad? —Glokta sacudió la cabeza con fingido espanto—. ¿Es eso posible?

—Seamos sinceros el uno con el otro, Superior. Yo deseo lo mismo que usted. El Gremio de los Especieros ha invertido demasiado tiempo y dinero en esta ciudad para verla caer en manos de los gurkos, y, a la hora de elegir un defensor, usted parece ofrecer muchas más garantías que esos imbéciles de Vurms y Vissbruck. Si hay un traidor entre nosotros, quiero que sea descubierto.

—Un traidor... o una traidora.

La Maestre Eider arqueó una de sus primorosas cejas.

—Sin duda no se le ha pasado por alto que soy la única mujer que hay en el consejo.

—Desde luego que no —Glokta dio un ruidoso sorbetón a la cuchara—. Perdóneme si no la descarto todavía. Se necesita algo más que una buena sopa y una grata conversación para convencerme de la inocencia de alguien. *Aunque se trate de la única alegría para la vista que se me ha ofrecido hasta ahora.*

La Maestre Eider sonrió mientras alzaba la copa.

—¿Qué podría hacer para convencerle?

—¿Le soy sincero? Necesito dinero.

—Ah, dinero. Al final siempre se trata de eso. Sacarle dinero a mi gremio es como intentar encontrar agua en el desierto: un trabajo agotador, sucio y la mayoría de las veces infructuoso. *Más o menos como hacer preguntas al Inquisidor Harker.* ¿Qué cantidad tiene en mente?

—Para empezar, pongamos que unos cien mil marcos.

A Eider no llegó a atragantársele el vino. *Ha sido más bien un suave gorgoteo.* Dejó el vaso con cuidado, se aclaró la garganta sin apenas hacer ruido, se limpió la comisura de los labios con un pañuelo y luego le miró con las cejas alzadas.

—Sabe muy bien que no va a ser posible obtener semejante cantidad.

—Me conformaré con lo que me pueda ofrecer, por el momento.

—Veré lo que se puede hacer. ¿Se limitan sus ambiciones a unos simples miles de marcos, o hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted?

—La verdad es que sí. Necesito que los mercaderes salgan del templo.

Eider se frotó suavemente las sienes, como si las peticiones de Glokta le produjeran dolor de cabeza.

—Quiere que salgan los mercaderes —dijo en un susurro.

—Tuve que prometérselo a Kahdia para conseguir su apoyo. Si lo tenemos en nuestra contra, no habrá manera de que la ciudad resista mucho tiempo.

—Hace años que llevo diciéndoles lo mismo a esos imbéciles arrogantes, pero aplastar a los nativos se ha convertido poco menos que en su diversión favorita. Perfecto, ¿cuándo quiere que salgan?

—Mañana. Como muy tarde.

—¡Y pensar que le llaman prepotente! —la Maestre hizo un gesto negativo con la cabeza—. Muy bien. Lo más seguro es que mañana por la noche me haya convertido en el Maestre más impopular del que se tenga memoria, eso si es que consigo conservar el puesto, pero haré lo posible por vendérselo al gremio.

Glokta sonrió.

—Estoy convencido de que es usted capaz de vender cualquier cosa que se proponga.

—Es usted un negociador muy duro, Superior. Si alguna vez se harta de hacer preguntas, no me cabe ninguna duda de que podría tener un futuro muy prometedor como mercader.

—¿Mercader? Oh, no soy tan implacable —Glokta dejó la cuchara en el cuenco y se lamió las encías—. No quisiera faltarle al respeto, pero, dígame, ¿cómo es que una mujer ha llegado a lo más alto del gremio más poderoso de la Unión?

Eider permaneció unos instantes en silencio, como si estuviera decidiendo si debía responder o no. *O evaluando cuánto de verdad debe de haber en lo que me diga.* La Maestre miró la copa e hizo girar lentamente su pie.

—Mi marido me antecedió en el cargo. Cuando nos casamos, yo tenía veintidós años y él casi sesenta. Mi padre le adeudaba una gran cantidad de dinero y le ofreció mi mano como pago de la deuda. *Ah, ya veo que nadie está libre de sufrimientos* —los labios de la mujer se fruncieron en un leve gesto de desdén—. Mi marido siempre tuvo muy buen olfato para las gangas. Poco después de que nos casáramos, su salud comenzó a empeorar, y yo empecé a intervenir de forma más activa en la gestión de sus negocios y en los del gremio. Cuando murió, yo ya era Maestre en todo menos el nombre, y mis colegas tuvieron la sensatez de formalizar la situación. A los Especieros siempre les han importado más los beneficios que el decoro —alzó un instante los ojos para mirar a Glokta—. No quisiera faltarle al respeto, pero, dígame, ¿cómo se pasa de héroe de guerra a torturador?

Ahora fue a él a quien le tocó permanecer un instante en silencio. *Buena pregunta, ¿Cómo sucedió?*

—Las salidas profesionales de un tullido son extremadamente limitadas.

Sin apartar la vista de Glokta, Eider asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Debió de ser muy duro. Pasar tanto tiempo en tinieblas y, luego, al regresar, descubrir que tus amigos ya no saben qué hacer contigo. No ver en sus semblantes más que culpa, lástima, asco. Encontrarse completamente solo.

El párpado de Glokta palpitó, y se lo frotó un poco. Nunca antes había hablado del tema. *Y aquí estoy ahora, hablando de ello con una perfecta desconocida.*

—No cabe duda de que soy una figura trágica. Antes era una mierda de hombre y ahora soy la sombra de un hombre. Elija el que más le guste.

—Debe de ponerle enfermo que le traten así. Muy enfermo, y muy furioso. *Ni se lo imagina.* Pero, de todos modos, me sigue pareciendo extraño que una víctima de la tortura decida convertirse en torturador.

—Todo lo contrario, no hay nada más natural. Mi experiencia me dice que la gente suele dar a sus semejantes el mismo trato que ha recibido de ellos. Usted misma fue vendida por su padre y comprada por su marido y, sin embargo, ha decidido dedicarse a comprar y a vender.

Eider frunció el ceño. *¿Le habré dado algo en lo que pensar?*

—Creí que su sufrimiento le habría provocado un sentimiento de empatía hacia los demás.

—¿Empatía? ¿Qué es eso? —un gesto de dolor asomó al semblante de Glokta, que se frotó su pierna dolorida—. Es una triste verdad, pero para lo único que sirve el dolor es para sentir pena de uno mismo.

Política de hoguera

Logen se revolvió incómodo en la silla de montar y, entrecerrando los ojos, levantó la mirada para echar un vistazo a unas aves que volaban en círculos sobre la gran llanura. Mierda, tenía el trasero machacado. Y los muslos escocidos, y la nariz llena de olor a caballo. No encontraba una postura cómoda para sus partes. Siempre las tenía aplastadas, a pesar de que cada dos por tres se metía la mano por debajo del cinturón para colocárselas. Aquel dichoso viaje estaba resultando un maldito fastidio, por un montón de razones.

Allá en el Norte, cuando andaba por los caminos, siempre iba hablando. De chico, hablaba con su padre. De joven, con sus amigos. Cuando se unió a Bethod, se pasaba el día entero hablando con él, porque por entonces estaban muy unidos, casi como hermanos. Hablar hace que te olvides de las ampollas de los pies, del hambre de las tripas, del maldito e interminable frío, de a quién mataron ayer.

Se reía con las historias del Sabueso mientras caminaban pesadamente por la nieve. Cavilaba sobre cuestiones tácticas con Tresárboles mientras cabalgaban sobre el barro. Discutía con Dow el Negro mientras se abrían paso por las ciénagas, y ningún tema les parecía insulso. Incluso había intercambiado una o dos bromas con Hosco Harding, algo de lo que no mucha gente podía presumir.

Suspiró para sus adentros. Un suspiro prolongado y pesaroso que se le quedó atorado en el fondo de la garganta. Aquéllos fueron buenos tiempos, sin duda, pero quedaban ya muy atrás, en los valles soleados del pasado. Todos sus camaradas habían vuelto al barro. Todos estaban en silencio para siempre. Peor aún, habían dejado a Logen abandonado en el culo del mundo con aquella cuadrilla.

Al gran Jezal dan Luthar sólo le interesaban sus propias historias. Se mantenía en todo momento tieso y distante en su silla, con el mentón alzado y haciendo alarde de su arrogancia, su superioridad y su desprecio por todo cuanto le rodeaba, igual que alardean los jovenzuelos de su primera espada, mucho antes de aprender que no hay nada de lo que sentirse orgulloso.

A Bayaz no le interesaban las tácticas guerreras. Rara vez hablaba, y, cuando lo hacía, se limitaba a ladrar unos pocos monosílabos, o unos cuantos síes y noes,



mientras contemplaba el interminable mar de hierba con el ceño fruncido, como un hombre que hubiera cometido un terrible error y no supiera cómo remediarlo. También su aprendiz parecía otro desde que dejaron Adua. Silencioso, insensible, alerta. En cuanto al Hermano Pielargo, andaba por delante en la llanura, explorando el camino. Puede que fuera mejor así. Ninguno de los otros tenía mucha conversación. Pero el Navegante, hubo de admitir Logen, tal vez tuviera demasiada.

Ferro cabalgaba a cierta distancia de los otros miembros de la animada cuadrilla: los hombros encorvados, las cejas fruncidas en un ceño permanente, la larga cicatriz de su mejilla arrugada hasta adquirir un furioso color gris, como si se hubiera empeñado en conseguir que los demás parecieran la alegría personificada por comparación. Probablemente sería mucho más fácil echarse unas risas con la peste que con ella, supuso Logen.

Y ésa era la alegre compaña. A Logen se le vinieron abajo los hombros.

—¿Cuánto falta para llegar a los confines del Mundo? —preguntó a Bayaz sin hacerse demasiadas ilusiones.

—Todavía falta —gruñó entre dientes el Mago.

En vista del éxito, Logen, cansado, dolorido y aburrido, siguió cabalgando y contemplando las aves que trazaban círculos sobre la interminable llanura. Unos pájaros grandes y bien gordos. Se relamió.

—No nos vendría mal un poco de carne —masculló. Hacía mucho que no comía carne fresca. Desde que dejaron Calcis. Logen se frotó la tripa. La flacidez de la grasa que había acumulado en la ciudad ya iba desapareciendo—. Un buen trozo de carne.

Ferro le miró con el gesto torcido y luego alzó la cabeza para echar un vistazo a los pájaros que daban vueltas en el cielo. Acto seguido, se sacudió los hombros y se sacó el arco.

—¡Ja! —rió Logen—. Buena suerte —vio cómo sacaba limpiamente una flecha de su aljaba. Un gesto inútil. Ni siquiera Hosco Harding habría acertado, y no conocía a nadie que manejara el arco mejor que él. Vio cómo encajaba el asta en la madera curva y, luego, arqueaba la espalda y clavaba sus ojos amarillos en las siluetas que planeaban en las alturas.

—Jamás conseguirás cobrarte una de esas piezas, ni aunque te tiraras mil años intentándolo —Ferro tensó la cuerda—. ¡Vas a malgastar una flecha! —gritó Logen—. ¡Más vale ser realista con estas cosas! —lo más probable es que la flecha acabara por caer y se le clavara a él en la cara. O que acertara al caballo en el cuello, que moriría, se le caería encima y le aplastaría. Un fin apropiado para un viaje de pesadilla. Un

instante después, uno de los pájaros caía en la hierba, atravesado por la flecha de Ferro.

—No —musitó Logen mirando boquiabierto a Ferro, que ya había vuelto a tensar el arco. Otra flecha surcó el cielo gris. Y otra ave cayó a tierra, justo al lado de la anterior. Logen la miró estupefacto—. ¡No!

—Venga, seguro que ha visto cosas más raras —dijo Bayaz—. Un hombre como usted, que habla con los espíritus, que viaja con los Magos, el hombre más temido del Norte.

Logen detuvo su caballo y desmontó. Avanzó por la hierba crecida con sus piernas doloridas y temblorosas y recogió uno de los pájaros. La flecha le había entrado justo por el centro del pecho. Si él hubiera intentado ensartarla con una flecha a medio metro de distancia, no habría conseguido un blanco más perfecto.

—Esto no puede ser.

Bayaz le miraba sonriente con las manos cruzadas sobre la silla de montar.

—Según la leyenda, en un tiempo muy remoto, antes de que comenzara la historia, nuestro mundo y el Otro Lado estaban unidos. Formaban un solo mundo. Los demonios vagaban libremente por la tierra haciendo cuanto se les antojaba. Un caos inimaginable. Se cruzaron con los humanos y tuvieron una descendencia mestiza. En parte hombres, en parte demonios. Seres de sangre demoníaca. Monstruos. Uno de ellos, que respondía al nombre de Euz, libró a la humanidad de la tiranía de los demonios, y el fragor de su batalla contra ellos dio forma a la tierra. Separó el mundo de arriba del mundo de abajo y selló las puertas que los unían. Luego, para impedir que ese terror regresara, dictó la Primera Ley. Está prohibido tocar directamente el Otro Lado, o comunicarse con los demonios.

Logen vio que los demás miraban fijamente a Ferro. Luthar y Quai fruncían el ceño ante aquel sobrenatural despliegue de destreza en el manejo del arco. Medio tendida sobre la silla de montar, con la cuerda tensada al máximo y la punta brillante de la siguiente saeta totalmente inmóvil, Ferro gobernaba su montura con la sola ayuda de sus talones. Logen a duras penas conseguía hacerse obedecer por un caballo con las riendas en la mano, pero seguía sin entender cuál era la conexión entre el descabellado relato de Bayaz y lo que estaba pasando.

—Desde un principio la Primera Ley planteó innumerables contradicciones. Toda la magia proviene del Otro Lado, se derrama sobre la tierra como la luz del sol. El propio Euz tenía una parte de demonio, como también la tuvieron sus hijos: Juvens, Kanedias, Glustrod... y algunos otros. Esa sangre les concedió muchos dones, y también maldiciones. Poder, larga vida, una fuerza y una visión fuera del alcance de los simples mortales. Su sangre se transmitió a sus hijos, aunque cada vez más

diluida, luego a los hijos de sus hijos, y así sucesivamente a lo largo de los siglos. Los dones se saltaban una generación, y luego otra, y, de pronto, aunque nunca con demasiada frecuencia, volvían a aparecer. Ahora que el mundo de arriba y el de abajo se hallan tan separados, es raro ver esos dones encarnados. Somos unos auténticos privilegiados por poder ver un caso.

Logen alzó las cejas.

—¿Ella? ¿Es mitad demonio?

—Mucho menos de la mitad, amigo mío —dijo Bayaz riéndose—. Euz sí que era mitad demonio, y tenía el poder de derribar montañas y de arrancar mares de su lecho. Esa mitad bastaría para inocular en su sangre un espanto y un deseo capaces de pararle el corazón. Esa mitad le cegaría si la mirara. Una mitad no. Sólo una mínima fracción. Pero en esa mujer hay un vestigio del Otro Lado.

—¿Conque el Otro Lado, eh? —Logen bajó la vista y contempló el pájaro muerto que tenía en la mano—. De modo que si yo la tocara, quebrantaría la Primera Ley, ¿no?

Bayaz se rió entre dientes.

—Una pregunta muy aguda. Siempre me sorprende usted, maese Nuevededos. No sé lo que opinaría Euz al respecto —el Mago frunció los labios—. Pero creo que yo sería capaz de perdonárselo. Aunque lo más probable es que ella —y su monda cabeza señaló a Ferro— le arrancara la mano.

* * *

Logen estaba tumbado bocabajo oteando entre la hierba alta un apacible valle por cuyo fondo discurría un arroyo. En el lado que quedaba más cerca de su posición, había un agrupamiento de casas o, más bien, de esqueletos de casas. Los tejados habían desaparecido, los muros ruinosos apenas llegarían a un hombre por la cintura, los restos de las piedras que los habían formado yacían desperdigados por las laderas del valle, semiocultos entre la hierba ondulante. Una escena que bien podría haber pertenecido al Norte. Después de las guerras había quedado lleno de aldeas abandonadas. Se expulsaba a sus habitantes, sacándolos a rastras o quemándolos dentro de sus casas. Logen lo había visto hacer cientos de veces. Y en más de una ocasión él mismo había tomado parte. No se sentía orgulloso de ello de hecho, no estaba orgulloso de casi nada de lo sucedido en aquellos tiempos. O, en cualquier otro, puestos a pensar en ello.

—No parece un sitio muy habitable —susurró Luthar.

Ferro le miró con desdén.

—Hay sitio de sobra para esconderse.

Comenzaba a caer la noche, el sol estaba ya muy bajo en el horizonte y las ruinas de la aldea se iban poblando de sombras. No había ni rastro de gente allá abajo. Ningún ruido aparte del rumor cantarín del agua, del lento discurrir del viento entre la hierba. Ni rastro de gente, pero Ferro tenía razón. Que no hubiera ni rastro de gente no significaba que no hubiera peligro.

—Será mejor que vaya ahí abajo a echar un vistazo —susurró Pielargo.

—Yo, claro —dijo Logen mirándole de reojo—. Porque usted piensa quedarse aquí, ¿verdad?

—No tengo talento para la pelea. Bien lo sabe usted.

—Hummm —masculló Logen—. Ningún talento para solventar las peleas, pero talento de sobra para provocarlas.

—Yo me dedico a encontrar cosas. Estoy aquí para Navegar.

—Tal vez pudiera encontrarme un almuerzo decente y un lecho donde dormir —le dijo Luthar con su quejumbroso acento de la Unión.

Ferro expresó su furia sorbiendo entre dientes.

—Alguien tiene que bajar —gruñó, y, acto seguido, comenzó a reptar ladera abajo—. Yo iré por la izquierda.

Nadie más se movió.

—Nosotros también vamos —le soltó Logen a Luthar.

—¿Yo?

—¿Quién si no? Tres es un buen número. Vamos, y procure no hacer ruido.

Luthar se asomó entre la hierba y oteó el valle, luego se chupó los labios y se frotó las palmas de las manos. Nervios, Logen lo veía muy claro, nervios, pero también orgullo, como un muchacho inexperto que antes de entrar en combate alza la barbilla para tratar de demostrar que no tiene miedo. A Logen no le engañaba. Lo había visto cientos de veces.

—¿Tiene pensado esperar hasta mañana? —refunfuñó.

—Preocúpese de sus propios defectos, norteño —bufó Luthar mientras comenzaba a descender arrastrándose por la ladera—. ¡Que bastantes tiene! —Las ruedecillas de sus relucientes espuelas armaron un ruido de mil pares de demonios mientras salía del talud arrastrándose torpemente con el trasero empinado.

Antes de que pudiera recorrer un par de zancadas, Logen le detuvo agarrándole de la zamarra.

—¿No pensará ir con eso puesto?

—¿Cómo?

—¡Las espuelas! ¡He dicho sin hacer ruido! ¡Ya puestos a ello, podría colgarse unos cascabeles de la verga!

Luthar le lanzó una mirada asesina mientras hacía ademán de levantarse para quitárselas.

—¡Manténgase agachado! —le siseó Logen tirándole de espaldas sobre la hierba.

—¡Suélteme!

Logen volvió a tirar de él hacia el suelo y luego le clavó un dedo en el pecho para que le quedaran bien claras las cosas.

—¡No estoy dispuesto a que me maten por culpa de sus espuelas, entendido! Si es incapaz de moverse sin hacer ruido, quédese aquí con el Navegante —luego lanzó una mirada iracunda a Pielargo—. A lo mejor ustedes dos pueden entrar navegando en la aldea una vez que hayamos comprobado que el lugar es seguro —acto seguido, sacudió la cabeza y comenzó a reptar por la ladera.

Ferro estaba ya a mitad de camino del arroyo. Reptaba y se deslizaba por encima de los muros derruidos, se colaba por los huecos que se abrían entre ellos, siempre agachada, con la mano en la empuñadura de su sable curvo, rápida y sigilosa como el viento que soplaba en la llanura.

Impresionante, sin duda, pero Logen tampoco era manco a la hora de desplazarse con sigilo. De joven era famoso por ello. No llevaba la cuenta del número de Shanka, y de hombres, a los que había sorprendido por la espalda. La primera noticia que tendrás de la presencia del Sanguinario será la sangre que mana de tu cuello, eso es lo que solía decirse. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: era un tipo sigiloso.

Se deslizó hasta el primer muro y, silencioso como un ratón, pasó una pierna por encima. Luego se aupó, suave como la mantequilla, sin meter ruido, sin levantar el cuerpo. El pie que había dejado atrás se enganchó a unas piedras sueltas y las arrastró consigo. Las buscó a tientas para quitárselas, derribó varias más con el codo y se desprendieron con un estruendo. Trastabilló y posó en el suelo su tobillo herido, se le retorció, aulló de dolor, perdió el equilibrio y se cayó sobre una mata de cardos.

—Mierda —gruñó mientras se levantaba aferrando con una mano la empuñadura de su espada, que se le había quedado enredada entre los pliegues de su zamarra. Suerte que no la había desenvainado; de haberlo hecho, lo más probable es que se la

hubiera clavado. Le había ocurrido a un amigo suyo. Estaba tan enfrascado en soltar gritos de guerra que tropezó con la raíz de un árbol y se cortó un buen pedazo de cabeza con su propia hacha. De vuelta al barro a paso ligero.

Se agazapó entre las piedras caídas, a la espera de que alguien saltara sobre él. Pero nadie vino. Sólo se oía el respirar del viento por los huecos de los viejos muros y el canto del agua en el arroyo. Siguió avanzando con cautela junto a un amontonamiento de piedras bastas, traspasó los restos de un umbral y se deslizó por encima de un muro semiderruido, todo ello resollando y cojeando debido a su pie malo y sin apenas molestarse ya en no hacer ruido. Allí no había nadie. Nada más caerse se había dado cuenta. Una actuación tan desafortunada como la suya no habría pasado inadvertida. A esas alturas el Sabueso estaría llorando de desesperación, de haber estado vivo. Hizo una seña con la mano hacia lo alto del montículo y, un instante después, vio a Pielargo ponerse de pie y devolverle la seña.

—No hay nadie —se dijo.

—Menos mal —siseó la voz de Ferro a no más de dos zancadas a su espalda—. Has inventado una nueva forma de explorar, pálido. Haz todo el ruido que puedas para así atraerlos hacia ti.

—Ando un poco desentrenado —gruñó Logen—. Además, da igual. Aquí no hay gente.

—Pero la ha habido —Ferro estaba de pie dentro del esqueleto de una de las edificaciones derruidas, mirando al suelo con el ceño fruncido. Un rodal de hierba quemada rodeado de unas cuantas piedras. Restos de una hoguera.

—De hace uno o dos días a lo sumo —masculló Logen tras hundir un dedo en las cenizas.

Luthar apareció por detrás de ellos.

—Bueno, así que al final resulta que no había nadie —su semblante estaba contraído en un gesto petulante, como si quisiera dar a entender que él había tenido razón desde el primer momento. A Logen no le pareció que aquello viniera a cuento.

—¡Tiene suerte de que sea así, porque si no ahora estaríamos cosiendo los trozos sueltos que quedaran de usted!

—¡Yo sí que voy a tener que coseros a los dos, pálidos de mierda! —bufó Ferro—. ¡Tendría que coseros juntas vuestras inútiles cabezas! ¡Servís para menos que un par de sacos de arena en el desierto! Por ahí hay huellas. De caballos y de más de un carro.

—¿Mercaderes quizás? —preguntó esperanzado Logen. Ferro y él se miraron a los ojos durante un instante—. Tal vez sea mejor que de ahora en adelante nos mantengamos alejados del camino.

—Eso sería demasiado lento —Bayaz había llegado ya a la aldea. Quai y Pielargo venían un poco más atrás con el carro y los caballos—. Muy, muy lento. Seguiremos por el camino. En un terreno como éste veremos venir a cualquiera con mucha antelación. Con tiempo de sobra.

Luthar no parecía muy convencido.

—Si los vemos, también ellos nos verán a nosotros. Y, entonces, ¿qué?

—¿Entonces? —Bayaz alzó una ceja—. Entonces contamos con el famoso capitán Luthar para que nos proteja —el Mago echó un vistazo a la aldea en ruinas—. Agua y algo parecido a un cobijo. Parece un buen sitio para acampar.

—Más que de sobra —masculló Logen, que ya había empezado a hurgar en el carro en busca de unos leños para hacer un fuego—. Estoy hambriento. ¿Dónde se han metido los pájaros esos?

***

Sentado alrededor de la hoguera, Logen observaba comer a los demás por encima del borde de su cazo.

Ferro estaba en cuclillas al borde del oscilante cerco de luz: el rostro en sombras, medio hundido en el cuenco; los ojos, lanzando miradas desconfiadas a su alrededor; los dedos, metiendo comida en la boca a toda prisa como si temiera que en cualquier momento pudieran arrebatársela. Luthar mostraba mucho menos entusiasmo. Mordisqueaba un ala empleando tan sólo los dientes delanteros, como si tuviera miedo de envenenarse si la rozaba con los labios; en su plato, alineados ordenadamente a un lado, reposaban los trozos que había desechado. Bayaz, con la barba reluciente de jugo de carne, masticaba con fruición.

—Está bueno —dijo con la boca llena—. Tal vez debería plantearse la posibilidad de dedicarse a la cocina, maese Nuevededos, si alguna vez se cansa de... —le señaló con la cuchara—... lo que sea que usted hace.

—Hummm —soltó Logen. En el Norte todo el mundo se turnaba para ocuparse del fuego, y hacerlo se consideraba todo un honor. Un buen cocinero era casi tan apreciado como un buen guerrero. Nada que ver con lo de ahora. El grupo aquel era un desastre en materia de guisos. Bayaz apenas sabía hacer otra cosa que calentar el

agua para su té. Quai, en un día bueno, tal vez fuera capaz de sacar una galleta de una caja. Logen tenía serias dudas de que Luthar supiera de qué lado había que colocar la cazuela en el fuego. En cuanto a Ferro, parecía desdeñar la misma idea de guisar. Logen suponía que estaba acostumbrada a comer la carne cruda. O tal vez viva.

En el Norte, cuando los hombres se congregaban alrededor de las grandes hogueras para comer tras un duro día de marcha, existían unas normas muy estrictas para determinar el puesto que le correspondía a cada cual. El jefe se situaba siempre en el lugar más destacado, acompañado de sus hijos y de los Grandes Guerreros. Luego venían los Caris, que se distribuían atendiendo a su fama. Los siervos podían considerarse afortunados si se les permitía disponer de sus propios fuegos más pequeños en algún lugar apartado. Cada hombre tenía su sitio, y sólo lo cambiaba si así se lo indicaba el jefe, en pago por algún servicio importante que le hubiera hecho o por haber dado muestras de un valor excepcional en el campo de batalla. Ocupar un sitio distinto del que a uno le correspondía podía conducir a una patada, o a la muerte. El lugar que se ocupaba en torno al fuego equivalía poco más o menos al lugar que se ocupaba en la vida.

Allí, en la llanura, las cosas eran un tanto distintas, pero, aun así, Logen creía descubrir un cierto criterio en la disposición de sus compañeros, y no podía decirse que fuera un criterio demasiado acertado. Bayaz y él se sentaban bastante cerca del fuego, pero los demás estaban mucho más lejos de lo recomendable desde el punto de vista de la comodidad. El viento, el frío y el relente de la noche deberían arrimarlos, pero ellos parecían empeñados en mantenerse alejados los unos de los otros. Echó un vistazo a Luthar, que contemplaba su cuenco con el mismo desdén que si estuviera lleno de orina. Ni asomo de respeto. Echó un vistazo a Ferro, que le lanzaba dardos amarillos con los ojos entornados. Ni asomo de confianza. Logen sacudió apesadumbrado la cabeza. Si no había ni respeto ni confianza, cuando llegara la hora de pelear, el grupo se desmoronaría como un muro sin mortero.

Pero, en su tiempo, Logen había sabido ganarse el favor de públicos bastante más difíciles. Tresárboles, Tul Duru, Dow el Negro, Hosco Harding; se había enfrentado a todos ellos en combate singular y a todos los había derrotado. Luego les había perdonado la vida a cambio de que le siguieran. Cada uno de ellos había hecho lo imposible por acabar con él, y la verdad es que razones no les faltaban, pero al final se había ganado su confianza, su respeto, su amistad incluso. A base de pequeños gestos y de mucho tiempo, así era como lo había conseguido. «La paciencia es la mayor de las virtudes» y «las montañas no se cruzan en un día», eso solía decir su padre. Puede que el tiempo corriera en contra del grupo, pero las prisas tampoco conducían a nada. Más valía ser realista con ese tipo de cosas.

Logen descruzó sus piernas entumecidas, agarró el odre del agua, se puso de pie y, caminando muy despacio, se acercó al lugar donde estaba sentada Ferro. Una persona francamente extraña, desde luego, y no sólo por su aspecto, aunque bien sabían los muertos que tenía un aspecto de lo más extraño. Parecía tan dura, fría y afilada como una espada recién fundida; tan implacable como cualquier hombre que Logen recordara haber conocido. A primera vista, cualquiera diría que ni se molestaría en arrojar un leño para salvar a alguien que se estuviera ahogando, pero a él le había salvado la vida, y más de una vez. De todos los miembros del grupo, no sólo sería la primera persona en la que confiaría, sino también en quien más confiaría. De modo que se puso en cuclillas a su lado y le tendió el odre, cuya sombra bulbosa parpadeó en el rugoso muro que tenía detrás.

Ferro lo contempló un instante con el ceño fruncido y luego levantó la vista para mirar a Logen con idéntico gesto. Acto seguido, se lo quitó de la mano y volvió a inclinarse sobre su cazo, girando un poco sus huesudos hombros para darle la espalda. Ni una palabra de agradecimiento, ni siquiera un leve gesto, pero eso no importaba. Las montañas no se cruzan en un día.

Logen volvió a dejarse caer junto al fuego y miró el bailoteo de las llamas, que proyectaban su luz oscilante sobre los adustos semblantes de los miembros del grupo.

—¿Alguien se sabe una historia? —preguntó esperanzado.

Quai se chupó los dientes. Luthar frunció los labios y miró a Logen desde el otro lado de la hoguera. Ferro ni siquiera dio señal de haber oído la pregunta. Mal empezaban las cosas.

—¿Nadie? —silencio—. Bueno, yo me sé un par de canciones. A ver si me acuerdo de la letra —y, acto seguido, se aclaró la garganta.

—Está bien —le interrumpió Bayaz—. Al menos así nos libraremos de las canciones; yo me sé cientos de historias. ¿Qué les apetece escuchar? ¿Una historia de amor? ¿Una comedia? ¿Un relato aleccionador sobre la importancia de tener valor para hacer frente a las adversidades?

—El sitio este —le cortó Luthar—, el Viejo Imperio. Si en tiempos fue una nación tan poderosa, ¿cómo es que ha acabado convertida en esto? —y volvió bruscamente la cabeza hacia los muros desmoronados y hacia el paisaje que se extendía más allá. Kilómetros y kilómetros de nada—. En un erial.

Bayaz suspiró.

—Yo mismo podría contarles esa historia, pero tenemos la suerte de que nos acompañe en este viaje un natural del Viejo Imperio, que además es un apasionado

de la historia, ¿no es así, maese Quai? —El aprendiz alzó la cabeza con desgana—. ¿Tendría a bien ilustrarnos sobre el tema? ¿Cómo llegó a esta situación un Imperio que en tiempos fue el centro radiante del mundo?

—Es una historia muy larga —masculló el aprendiz—. ¿Debo contarla desde el principio?

—¿Dónde si no deben empezar siempre los hombres?

Quai encorvó sus huesudos hombros y comenzó su relato.

—El todopoderoso Euz, sojuzgador de demonios, sellador de puertas, padre del Mundo, tuvo cuatro hijos, a cada uno de los cuales otorgó un don. Al mayor, Juvens, el talento para el ejercicio del Gran Arte, la capacidad de alterar el mundo con la magia, atemperada por el conocimiento. Al segundo, Kanedias, el talento para la fabricación, la capacidad de moldear la piedra y el metal, para darles cualquier uso imaginable. A Bedesh, su tercer hijo, Euz otorgó la facultad de hablar con los espíritus y de hacerles actuar según sus mandatos —Quai soltó un prolongado bostezo, se relamió y miró al fuego pestañeando—. Así nacieron las tres disciplinas puras de la magia.

—Creía que había dicho que tenía cuatro hijos —refunfuñó Luthar.

Quai le miró de reojo.

—En efecto, y es ahí precisamente donde se encuentra la raíz de la destrucción del Imperio. Glustrod era el hijo menor. A él debería haberle correspondido el don de entrar en comunión con el Otro Lado. El conocimiento de los secretos que permiten convocar a los demonios del mundo inferior y someterlos a la propia voluntad. Pero como tales prácticas estaban prohibidas por la Primera Ley, lo único que dio Euz a su hijo menor fue su bendición, y todos sabemos lo que vale eso. Enseñó a los otros tres todos los secretos que sabía y luego partió, tras haberles encomendado que pusieran orden en el mundo.

—Orden —Luthar arrojó su plato a la hierba y lanzó una mirada desdeñosa a las oscuras ruinas que les rodeaban—. No parece que hicieran gran cosa.

—Sí que hicieron, al principio. Juvens se puso a la tarea con todas sus fuerzas, empeñando en ella todos sus poderes, toda su sabiduría. Encontró un pueblo de su agrado que habitaba a orillas del Aos y lo favoreció otorgándole leyes y conocimientos, un sistema de gobierno y ciencias. Les enseñó las técnicas que les permitieron conquistar a los pueblos vecinos y luego nombró Emperador a su jefe. Corrieron las generaciones, corrieron los años, y la nación fue creciendo y prosperando. Al sur, los territorios del Imperio llegaron a extenderse hasta Isparda; al norte, hasta Anconus; al este, hasta los mismos confines del mar Circular y aún

más allá. Un Emperador sucedía a otro, pero ahí estaba siempre Juvens, actuando como su guía y consejero y cuidándose de que todo se conformaba a su gran proyecto. Todo era civilización, todo era paz, todo era bienestar.

—Casi todo —masculló Bayaz mientras atizaba el fuego con un palo.

Quai esbozó una sonrisa cómplice.

—En efecto. No hagamos como su padre, no nos olvidemos de Glustrod. El hijo ignorado. El hijo repudiado. El hijo engañado. Rogó a sus tres hermanos que compartiesen con él sus secretos, pero ellos eran muy celosos de sus dones y los tres se negaron. Veía los logros de Juvens, y le corroía la envidia. Encontró lugares oscuros en el mundo y estudió en secreto las ciencias prohibidas por la Primera Ley. Encontró lugares oscuros en el mundo y tocó el Otro Lado. Encontró lugares oscuros y habló en la lengua de los demonios, y oyó cómo sus voces le respondían —Quai bajó la voz hasta dejarla en un susurro—. Y las voces le dijeron a Glustrod que excavara...

—Le felicito, maese Quai —le interrumpió bruscamente Bayaz—. Su dominio de las historias parece haber mejorado de forma notable. Pero no entremos en detalles. Podemos dejar las excavaciones de Glustrod para mejor ocasión.

—Desde luego —murmuró Quai, con sus ojos oscuros iluminados por el resplandor de la hoguera y sus demacradas facciones hundidas en sombras—. Lo que usted diga, maestro. Glustrod urdía planes. Acechaba entre las sombras. Atesoraba secretos. Adulaba, amenazaba, mentía. No tardó mucho en conseguir que los débiles de voluntad se pusieran de su lado y que los fuertes de voluntad se enfrentaran entre sí, pues era astuto y tenía encanto y buena presencia. Ahora oía a todas horas las voces del mundo inferior. Le sugirieron que sembrara la discordia por todas partes, y él les hizo caso. Le apremiaron a que comiera carne humana, a que arrebatara su poder a los hombres, y así lo hizo. Le ordenaron que buscara a las personas con sangre de demonio que quedaban en el mundo, unos seres repudiados, exiliados, aborrecidos, para que formara con ellos un ejército, y él obedeció.

Logen sintió que le rozaban el hombro por detrás y estuvo a punto de levantarse de un salto. De pie, a su lado, estaba Ferro, tendiéndole el odre de agua.

—Gracias —gruñó él mientras se lo cogía de la mano, tratando de que no se notara que el corazón le estaba martilleando las costillas. Echó al odre un trago corto, lo cerró propinando un golpe al tapón con la palma de la mano y luego lo dejó a un lado. Cuando alzó la vista, vio que Ferro no se había movido. Seguía de pie junto a él, contemplando el bailoteo de las llamas. Logen se echó a un lado para dejarla un hueco. Ferro le miró furiosa, se chupó los dientes, dio una patada al suelo y, luego, muy lentamente, se puso en cuclillas, cuidándose de que quedara bastante espacio

entre ellos. A continuación, estiró las manos para acercarlas al fuego y en su boca relució el brillo de sus dientes.

—Hacía frío ahí arriba.

Logen asintió.

—Estos muros no paran demasiado bien el viento.

—No —los ojos de Ferro recorrieron el grupo y se encontraron con los de Quai—. No se detenga por mí.

El aprendiz sonrió de oreja a oreja.

—Extraña y siniestra era la hueste que se congregó en torno a Glustrod. Aguardó a que Juvens dejara el Imperio y luego se introdujo subrepticiamente en Aulcus, la capital, para poner en marcha el plan magistral que había trazado. Fue como si un ataque de locura sacudiera la ciudad. Se enfrentaron hijos contra padres, esposas contra maridos, vecinos contra vecinos. Los propios hijos del Emperador asesinaron a su padre en la escalinata de palacio y, luego, ebrios de codicia y de envidia, se enfrentaron entre sí. Entonces, el maligno ejército de Glustrod, que se había colado en las cloacas de la ciudad, salió a la superficie y convirtió las calles en osarios y las plazas en mataderos. Algunos de ellos tenían la facultad de adoptar formas distintas de las suyas, la capacidad de robar rostros.

Bayaz sacudió la cabeza.

—Adoptar formas. Insidioso y funesto ardid —al recordar a una mujer que le había hablado con la voz de su difunta esposa en medio de la fría oscuridad, Logen frunció el ceño y encorvó los hombros.

—Funesto ardid, sin duda —apostilló Quai ensanchando su enfermiza sonrisa—. Porque, ¿en quién se puede confiar, si uno ya ni siquiera puede fiarse de sus propios ojos, de sus propios oídos, para que le ayuden a distinguir al amigo del enemigo? Pero lo peor estaba aún por llegar. Glustrod convocó a los demonios del Otro Lado, los sometió a su voluntad y los mandó que destruyeran a todos los que se opusieran a él.

—Convocar y mandar demonios —siseó Bayaz—. Disciplinas malditas. Un riesgo terrible. Un abominable quebrantamiento de la Primera Ley.

—Pero Glustrod no reconocía más ley que su propia fuerza. No tardó en encontrarse sentado sobre una pila de cráneos en el salón del trono del Emperador, succionando carne humana, igual que un bebé succiona leche, y regodeándose con su terrible victoria. El Imperio quedó sumido en el caos, aunque no fuera sino un pálido remedo del caos primigenio que reinaba antes de la llegada de Euz, cuando nuestro mundo y el mundo inferior eran uno.

Una ráfaga de viento suspiró entre las grietas de las ancianas construcciones de piedra que les rodeaban. Logen se estremeció y se envolvió mejor en la manta. Aquella maldita historia empezaba a ponerle nervioso. Robos de caras, envíos de demonios, devoradores de carne humana. Pero Quai no paraba.

—Cuando se enteró de lo que había hecho Glustrod, la furia de Juvens fue terrible, y buscó la ayuda de sus hermanos. Kanedias, sin embargo, se negó a acudir. Permaneció encerrado en su casa, perfeccionando sus máquinas y despreocupado de cuanto sucedía en el mundo exterior. Juvens y Bedesh reclutaron un ejército sin su ayuda y entraron en guerra con su hermano.

—Una guerra terrible —dijo entre dientes Bayaz—, con armas terribles y un terrible número de víctimas.

—La lucha se extendió de un extremo al otro del continente, subsumió todas las pequeñas rencillas y engendró una serie infinita de enemistades, crímenes y venganzas, cuyas secuelas siguen emponzoñando el mundo en que vivimos. Pero al final Juvens se alzó con la victoria. Glustrod quedó cercado en Aulcus, sus engendros fueron desenmascarados y su ejército se dispersó. Y, entonces, en aquel momento de máxima desesperación, las voces del mundo inferior le susurraron un plan al oído. Abre una de las puertas del Otro Lado, le dijeron. Fuerza los candados, rompe los sellos y abre de par en par las puertas que construyó tu padre. Quebranta una vez más la Primera Ley y déjanos regresar al mundo, le dijeron. Si así lo haces, nunca más serás ignorado, repudiado, engañado.

El Primero de los Magos asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Pero le volvieron a engañar.

—¡Pobre iluso! Las criaturas del Otro Lado son todo mentiras. Quien trate con ellas se expone a los mayores peligros. Glustrod ejecutó los rituales, pero, con las prisas, cometió un pequeño error. Quizá se tratara tan sólo de un grano de sal fuera de lugar, pero los resultados fueron desastrosos. La gran fuerza que Glustrod había convocado, una fuerza lo bastante poderosa como para abrir un hueco en la fábrica del universo, fue liberada sin forma ni razón. Glustrod se destruyó a sí mismo. La grandiosa Aulcus, la hermosa capital del Imperio, quedó devastada, y todos sus territorios limítrofes, emponzoñados para siempre. Hoy, la ciudad no es más que un cementerio en ruinas. Un monumento adecuado a la locura y el orgullo de Glustrod y sus hermanos —el aprendiz alzó los ojos y miró a Bayaz—. ¿He dicho la verdad, maestro?

—La ha dicho —susurró el Mago—. Bien lo sé yo. No en vano, lo vi con mis propios ojos. Entonces no era más que un joven idiota con una lustrosa y poblada melena —añadió, pasándose una mano por su calva—. Un joven idiota que sabía tan

poco de magia, de sabiduría y de los entresijos del poder como usted ahora, maese Quai.

El aprendiz agachó la cabeza.

—Vivo sólo para aprender.

—Y, a ese respecto, parece haber progresado usted bastante. ¿Qué le ha parecido la historia, maese Nuevededos?

Logen soltó un resoplido.

—Había esperado algo un poco más humorístico, pero suelo aceptar lo que se me ofrece.

—Una sarta de sandeces, si quieren saber mi opinión —dijo Luthar con desdén.

—Hummm —resopló Bayaz—. Suerte que a nadie se le haya ocurrido pedírsela. Tal vez sea mejor que se ocupe de limpiar estos cacharros antes de que se haga demasiado tarde, capitán.

—¿Yo?

—Uno de nosotros obtuvo la comida, otro la cocinó y un tercero ha entretenido al grupo contando una historia. Usted es el único que aún no ha aportado nada.

—Aparte de usted.

—Oh, yo ya estoy demasiado mayor para chapotear en un arroyo a estas horas de la noche —el semblante de Bayaz se endureció—. Lo primero que debe aprender un gran hombre es a ser humilde. Los cacharros le aguardan.

Luthar abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y se levantó furioso de su sitio, arrojando la manta a la hierba.

—Malditos cacharros —dijo, y, tras recogerlos del suelo que rodeaba la hoguera, se dirigió al arroyo dando fuertes pisadas.

Mientras se alejaba, Ferro le miró con una expresión extraña, que tal vez fuera su particular versión de una sonrisa. Luego se volvió hacia el fuego y se relamió. Logen quitó el tapón del odre de agua y se lo tendió.

—Hummm —repuso ella con un gruñido, y, acto seguido, se lo quitó de la mano y echó un sorbo. Mientras se secaba la boca con la manga, le miró de soslayo y frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

—Nada —se apresuró a decir Logen mientras apartaba la vista y le mostraba las palmas de las manos—. Absolutamente nada —por dentro, sin embargo, sonreía. Pequeños gestos y tiempo. Así es como se consiguen las cosas.

Delitos menores

—Vaya frío, ¿eh, coronel?

—Sí, Alteza, el invierno casi se nos ha echado encima —algo parecido a una nevada había caído durante la noche. Un aguanieve frío que lo había dejado todo impregnado de una gélida humedad. Ahora, en la palidez de la mañana, el mundo entero aparecía medio helado. Las pezuñas de sus caballos ronzaban y chapoteaban sobre el barro escarchado. El agua goteaba tristemente de los árboles semicongelados. West tampoco era la excepción. Expulsaba vaharadas por su nariz acuosa y en la punta de sus orejas entumecidas por el frío sentía un desagradable hormigueo.

El Príncipe Ladisla, en cambio, apenas parecía notarlo. Tampoco era de extrañar, pues iba embutido en un abrigo descomunal y llevaba puestos un gorro y unos mitones de una reluciente piel negra que debían haber costado varios centenares de marcos. Sonriendo de oreja a oreja, se volvió hacia West.

—Aun así, los hombres parecen encontrarse en perfecta forma.

West apenas daba crédito a lo que acababa de oír. Las tropas del regimiento de la Guardia Real que había sido puesto a las órdenes de Ladisla parecían bastante satisfechas, cierto. Sus amplias tiendas estaban plantadas formando ordenadas hileras en medio del campamento, con una hoguera encendida delante de cada una de ellas, para que pudieran cocinar, y con los caballos atados en perfecta formación a escasa distancia.

La situación de las levas, que constituían las tres cuartas partes de las tropas, resultaba algo menos satisfactoria. En muchos casos su estado era verdaderamente lamentable. Unos hombres carentes de una preparación y un armamento adecuados, algunos de los cuales se encontraban demasiado enfermos o demasiado viejos para marchar, y no digamos ya para combatir. Los había que apenas tenían otra vestimenta que las ropas que llevaban puestas, cuyo estado, además, era pésimo. West había visto grupos de hombres que se arracimaban bajo los árboles en busca de un poco de calor, protegidos de la lluvia por un simple trozo de manta. Era una vergüenza.

—La Guardia Real anda bien provista, pero me preocupa la situación de algunas de las levas, su...

—¡En perfecta forma, sí! —exclamó Ladisla tapando sus palabras como si jamás las hubiera pronunciado—. ¡E impacientes por entrar en combate! Debe de ser el fuego que arde en sus entrañas lo que les mantiene calientes, ¿eh, West? ¡Están ansiosos por enfrentarse al enemigo! ¡Es una auténtica lástima que tengamos que aguardar aquí, matando el rato a la orilla de este dichoso río!

West se mordió el labio. Con cada día que pasaba, la capacidad de autoengaño del Príncipe Ladisla le resultaba más frustrante. A Su Alteza se le había metido en la cabeza la idea de que era un imponente y famoso general con una fuerza invencible bajo su mando. Estaba convencido de que iba a obtener una resonante victoria y que al regresar a Adua sería aclamado como un héroe. Pero en lugar de realizar el más mínimo esfuerzo para conseguir que las cosas fueran así, se comportaba como si ya lo fueran, ignorando por completo la realidad. No se le podía señalar la existencia de algún hecho molesto o desagradable, ni nada que entrara en contradicción con la disparatada idea que se había formado. Y, entretanto, los petimetres de su Estado Mayor, que en su conjunto no debían de sumar más allá de un mes de experiencia militar, le felicitaban por sus juiciosas opiniones, se intercambiaban palmadas en la espalda y se mostraban de acuerdo con todo lo que decía por absurdo que fuera.

No haber carecido de nada, no haber tenido que esforzarse nunca para conseguir algo, no haberse visto nunca en la necesidad de ejercitar ni el más mínimo atisbo de autodisciplina a lo largo de toda una vida debía de conferir a un hombre una perspectiva del mundo bastante extraña, supuso West, y ahí tenía la prueba, cabalgando a su lado todo sonriente, como si tener diez mil hombres a su cargo fuera la más insignificante de las tareas. Como bien había dicho el Lord Mariscal Burr, para el Príncipe Heredero el mundo real era un perfecto desconocido.

—Vaya frío —susurró Ladisla—. Poco que ver con los desiertos de Gurkhul, ¿eh, coronel?

—Desde luego, Alteza.

—Pero algunas cosas son iguales, ¿eh? ¡Le hablo de la guerra, West! ¡La guerra en general! ¡Es igual en todas partes! ¡El valor! ¡El honor! ¡La gloria! Usted luchó con el coronel Glokta, ¿no es así?

—Sí, Alteza, así es.

—¡Ah, cuánto me agradaba en tiempos oír el relato de sus hazañas! Fue uno de los héroes de mi juventud. ¡Rodeando al enemigo con su caballería, hostigando sus líneas de comunicación, cayendo de improviso sobre los convoyes de abastecimiento, y yo qué sé que más! —la fusta del Príncipe rodeó a un enemigo invisible, lo hostigo

y cayó sobre su convoy de abastecimiento—. ¡Genial! Y me imagino que usted vio todo eso, ¿no?

—Algunas cosas sí, Alteza —había visto mucho dolor de trasero de tanto montar a caballo, muchas quemaduras provocadas por el sol, muchos saqueos, muchas borracheras, mucha fanfarronería jactanciosa.

—¡El coronel Glokta, qué hombre! No nos vendría nada mal un poco de su brío, ¿eh? ¡De su empuje! ¡Ese vigor! ¡Lástima que haya muerto!

West alzó la vista.

—No ha muerto, Alteza.

—¿Ah, no?

—Fue capturado por los gurkos. Luego, al finalizar la guerra, lo devolvieron a la Unión. Y... entró en la Inquisición.

—¿En la Inquisición? —el Príncipe parecía horrorizado—. ¿Cómo demonios es posible que un hombre renuncie a la carrera militar por eso?

West trató de dar con las palabras adecuadas, pero se lo pensó mejor.

—No consigo imaginarlo, Alteza.

—¡En la Inquisición! ¡Quién se lo habría imaginado! —durante un rato siguieron cabalgando en silencio. Pero, poco a poco, el semblante del Príncipe fue recuperando la sonrisa—. Bueno, hablábamos del honor de la guerra, ¿no?

West hizo una mueca.

—Así es, Alteza.

—Usted fue el primero en entrar por la brecha de Ulrioch, ¿no es así? ¡El primero en entrar, eso he oído! Qué honor, ¿eh? Qué gloria, ¿eh? Debió de ser toda una experiencia, ¿eh, coronel? ¡Toda una experiencia!

Abrirse paso entre un amasijo de piedras y maderos rotos plagado de cadáveres retorcidos. Medio cegado por el humo, medio asfixiado por el polvo, entre aullidos, gemidos y estruendos metálicos, sin apenas poder respirar del miedo. Hombres presionando por todas partes, quejándose, empujándose, tambaleándose, aullando, chorreando sangre y sudor, tiznados de mugre y hollín, visiones fugaces de rostros contraídos por el dolor y la furia. Demonios en el infierno.

West recordaba haber gritado «¡Adelante!» una y otra vez hasta quedarse ronco, a pesar de que no sabía qué era delante y qué era detrás. Recordaba haber ensartado a alguien con la espada, amigo o enemigo, ni lo supo entonces ni lo sabía ahora. Recordaba una caída contra una roca que le abrió la cabeza, recordaba haberse

desgarrado la guerrera con un madero. Instantes, fragmentos, como si se tratara de una historia que hubiera oído de labios de otra persona.

West se ciñó el abrigo sobre sus hombros helados anhelando que fuera más grueso.

—Toda una experiencia, Alteza.

—¡Qué mala suerte que ese cabrón de Bethod no vaya a pasar por aquí! —El Príncipe Ladisla descargó con furia un fustazo al aire—. ¡Esto es casi lo mismo que hacer una maldita guardia! ¿Es que Burr me toma por tonto, eh, West, es eso lo que piensa de mí?

West respiró hondo.

—No sabría decirle, Alteza.

Pero la veleidosa mente del Príncipe ya había pasado a otra cosa.

—¿Qué hay de esas mascotas suyas? Los Hombres del Norte esos. Los de los nombres de chiste. ¿Cómo se llama el tipo ese tan sucio? ¿Cantueso?

—Sabueso.

—¡Sabueso, eso es! ¡Genial! —el Príncipe rió con ganas—. ¡Y anda que el gigante ese, en mi vida había visto un tipo más grande! ¡Excelente! ¿Qué están haciendo?

—Los he enviado a explorar al norte del río, Alteza —West habría preferido estar con ellos—. Lo más probable es que el enemigo ande bastante lejos de aquí, pero, si no es así, más vale que lo sepamos.

—Claro que sí. Excelente idea. ¡Así podremos prepararnos para el ataque!

Lo que West tenía en mente era más bien una oportuna retirada y el envío de un mensajero veloz al Mariscal Burr, pero de nada servía decirlo. El concepto de la guerra de Ladisla consistía exclusivamente en ordenar gloriosas cargas y luego irse a la cama. Las palabras «táctica» y «retirada» no formaban parte de su vocabulario.

—Sí —hablaba consigo mismo el Príncipe con los ojos clavados en la arboleda que había en la otra orilla del río—. Prepararemos un ataque y los barreremos hasta expulsarlos al otro lado de la frontera.

La frontera se encontraba a cientos de leguas de allí. West aprovechó la ocasión.

—Alteza, si me disculpa, tengo muchas cosas que hacer.

No era falso. La organización del campamento, o más bien su desorganización, se había llevado a cabo sin prestar ninguna atención a su comodidad o a su defensa. No era más que un caótico laberinto de lonas destartaladas en un gran claro próximo al río, con un suelo blando que los carros de las provisiones habían convertido

rápidamente en un cenagal de barro pegajoso. Al principio ni siquiera se había dispuesto de letrinas; luego, cuando por fin se hicieron, resultó que no eran lo bastante profundas y que estaban demasiado cerca del lugar donde se habían almacenado las provisiones. Unas provisiones que, dicho sea de paso, habían sido empaquetadas de forma defectuosa, estaban mal preparadas y amenazaban ya con estropearse atrayendo a todas las ratas de Angland. West estaba seguro de que si no hubiera sido por el frío, a esas alturas ya se habría declarado una epidemia en el campamento.

El Príncipe Ladisla agitó una mano.

—Muchas cosas que hacer, desde luego. Bueno, ya me contará mañana más historias, ¿eh, West? Sobre el coronel Glokta y todo eso. ¡Maldita sea, qué pena que esté muerto! —exclamó por encima del hombro mientras se dirigía a medio galope hacia su colosal tienda púrpura, que se alzaba en la parte alta de la colina muy alejada de la confusión y el hedor.

Aliviado, West dio la vuelta a su montura y la espoleó colina abajo para dirigirse al campamento. En el trayecto se cruzó con grupos de soldados con las manos enfundadas en mugrientos andrajos que deambulaban por el fango semicongelado dando traspiés, temblando, echando vaho por la boca. Pasó por delante de pequeños corros de hombres, de los que no había ni dos que llevaran el mismo uniforme, que permanecían sentados a la entrada de sus tiendas parcheadas, pegándose cuanto podían a unas tristes fogatas, jugueteando con cacharros de cocina, echando míseras partidas de cartas con barajas mojadas, bebiendo o contemplando la gélida atmósfera con la mirada pérdida.

Las levas mejor preparadas habían partido en busca del enemigo al mando de Poulder y Kroy. Con Ladisla sólo se había quedado la morralla: los que estaban demasiado débiles para emprender una marcha, los que estaban demasiado mal equipados para poder luchar bien, los que estaban demasiado hundidos para hacer cualquier cosa con un grado mínimo de convicción. Unos hombres que tal vez no habían dejado jamás sus hogares y a los que se había forzado a cruzar el mar para ir a combatir en una tierra de la que nada sabían, contra un enemigo que nada les había hecho y por unas razones que no comprendían.

Es posible que algunos de ellos, al partir, sintieran una pizca de fervor patriótico, una leve oleada de orgullo varonil, pero a esas alturas las duras marchas, la comida mala y el tiempo gélido habían conseguido agotar, matar de inanición y congelar cualquier atisbo de entusiasmo. El Príncipe Ladisla, por otra parte, estaba lejos de ser un líder capaz de volver a insuflarles ánimos, aun en el caso de que se hubiera molestado en intentarlo.

Mientras pasaba a su lado, West miraba aquellos rostros demacrados, adustos y exhaustos, y ellos le devolvían la mirada con gesto abatido. Lo único que deseaban era regresar a sus hogares, y West se sentía incapaz de culparles por ello. Era lo mismo que deseaba él.

—¡Coronel West!

Un tipo corpulento le miraba con cara sonriente, un hombre de barba poblada que vestía el uniforme de oficial de la Guardia Real. West, sorprendido, se percató de que se trataba de Jalenhorn. Bajó de su montura y estrechó la mano que le tendía el grandullón entre las suyas. Se alegraba mucho de verlo ahí. Era una presencia que transmitía firmeza, honestidad, confianza. Un recordatorio de su vida anterior, de cuando aún no se movía entre los grandes de este mundo y las cosas eran mucho más sencillas.

—¿Qué tal te va, Jalenhorn?

—Muy bien, gracias. Estoy haciendo una ronda por el campamento para matar el tiempo mientras esperamos —el grandullón formó un cuenco con las manos, sopló dentro y luego se las frotó—. Y tratando de ahuyentar el frío.

—La guerra, lo sé por propia experiencia, es así. Una larga espera en condiciones penosas. Una larga espera con algún que otro momento de absoluto terror.

En los labios de Jalenhorn se dibujó una sonrisa sarcàstica.

—Entonces sólo nos quedan los buenos momentos. ¿Qué tal van las cosas por el Estado Mayor del Príncipe?

West sacudió la cabeza.

—Es una competición por ver quién consigue ser más arrogante, más ignorante y más inútil. ¿Y a ti qué tal te va? ¿Qué te parece la vida de campamento?

—Nosotros no estamos demasiado mal. Pero me preocupan los de las levas. No están en condiciones de combatir. Según he oído, la otra noche dos de lo de más edad murieron de frío.

—Bueno, son cosas que ocurren. Confiemos en que los entierren a suficiente profundidad y lo más lejos de nosotros que sea posible —West se daba cuenta de que el grandullón pensaría que era insensible, pero así eran las cosas. Pocos de los caídos en Gurkhul murieron en el campo de batalla. Accidentes, enfermedades, heridas mal curadas. Se acaba dándolo por descontado. ¿Qué cabía esperar con unas levas tan mal equipadas? Lo más probable es que no hubiera ni un solo día en que no tuvieran que enterrar a unos cuantos hombres—. ¿Necesitas algo?

—Solo una cosa. Mi caballo ha perdido una herradura en el barrizal y no he encontrado a nadie que sepa ponerme una nueva —Jalenhorn extendió las manos—. No sé, puede que me equivoque, pero da la impresión de que no hay ni un solo herrero en todo el campamento.

West le miró fijamente.

—¿Ni uno?

—Yo al menos no lo he encontrado. Hay fraguas, yunques, martillos y todo lo demás, pero... nadie que sepa usarlos. He hablado con uno de los intendentes y me ha dicho que Poulder se negó a dejar ninguno de sus herreros, y que Kroy hizo otro tanto —Jalenhorn se encogió de hombros—. No tenemos ninguno.

—¿Y cómo es que a nadie se le ocurrió comprobarlo?

—¿A quién?

West sintió que su viejo dolor de cabeza comenzaba a rondarle por detrás de los párpados. Las flechas necesitan puntas, las espadas hay que afilarlas, las armaduras, las sillas de montar y los carros que transportan las provisiones se estropean y hay que repararlos. Un ejército sin herreros es casi igual de inútil que un ejército sin armas. Y ellos se encontraban en medio de un país helado, a muchos kilómetros de la población más próxima. A menos que...

—De camino aquí, ¿no pasamos cerca de una colonia penal?

Jalenhorn entrecerró los ojos tratando de hacer memoria.

—Sí, una fundición, creo. Vi salir humo por encima de los árboles.

—Ahí tiene que haber unos cuantos metalúrgicos experimentados.

Las cejas del grandullón se arquearon.

—Metalúrgicos y criminales.

—Da igual, cogeré lo que haya. Hoy es un caballo al que le falta una herradura, mañana puede que tengamos un ejército sin armas. Hazte con doce hombres y un carromato. Partimos enseguida.

***

La prisión surgió entre los árboles tras la fría pantalla de lluvia: una empalizada de maderos musgosos coronados por unos pinchos doblados cubiertos de óxido. Un lugar sórdido destinado a una función igualmente sórdida. West saltó de la silla

mientras Jalenhorn y sus hombres detenían sus caballos un poco más atrás; luego, avanzó chapoteando por una senda llena de surcos y, al llegar a la puerta, golpeó la desgastada superficie de madera con el pomo de su espada.

Tuvo que pasar un rato, pero por fin se abrió de golpe una pequeña ventanilla. Un par de ojos grises le contemplaron con expresión ceñuda desde la apertura. Unos ojos grises rodeados por una máscara negra. Un Practicante de la Inquisición.

—Soy el coronel West.

Los ojos le miraron con frialdad.

—¿Y qué?

—Estoy al servicio del Príncipe Ladisla y necesito hablar con el alcaide de la prisión.

—¿Para qué?

West frunció el ceño tratando de presentar un aspecto lo más imponente posible, a pesar de tener el cabello pegado al cráneo y un reguero de gotas de lluvia cayéndole por la barbilla.

—¡Estamos en guerra y no tengo tiempo para discutir con usted! ¡Debo hablar con el alcaide, es urgente!

Los ojos se entrecerraron. Miraron a West durante unos segundos y luego a la docena de soldados empapados que tenía detrás.

—Está bien —dijo el Practicante—. Puede entrar, pero sólo usted. Los demás tendrán que esperar fuera.

La avenida principal no era más que un trecho alargado de barro batido, flanqueado por unas chozas inclinadas cuyos aleros soltaban hilos de agua que salpicaban la tierra del suelo. En el camino, dos hombres y una mujer calados hasta los huesos trataban de mover un carro cargado de piedras que estaba hundido hasta los ejes en aquella papilla. Los tres llevaban gruesas cadenas atadas a los tobillos. Sus rostros, vacíos, huesudos y mugrientos, estaban tan desprovistos de esperanza como de alimento.

—Muevan de una vez ese carro —les gruñó el Practicante, y, al instante, volvieron a inclinarse para proseguir con su nada envidiable tarea.

West avanzaba penosamente por aquel estercolero en dirección a un edificio de piedra que se alzaba al otro extremo del campamento, procurando saltar de un tramo seco a otro, con escaso éxito la mayoría de las veces. Otro adusto Practicante se erguía en el umbral; un hule sucio por el que corría el agua le cubría los hombros y sus ojos seguían a West con una expresión en la que se mezclaba el recelo y la

indiferencia. Su guía y él pasaron a su lado sin dirigirle la palabra y accedieron a un salón en penumbra en cuyo techo atronaba la lluvia. El Practicante llamó a una puerta mal encajada.

—Adelante.

Una sobria salita de paredes grises, fría y con un ligero olor a humedad. Había una chimenea en la que parpadeaba un mísero fuego y un estante combado por el peso de numerosos libros. Desde una de las paredes, un retrato del Rey de la Unión miraba hacia abajo con gesto mayestático. Sentado tras una sencilla mesa, había un hombre enjuto escribiendo. Miró un instante a West y, luego, dejó la pluma con sumo cuidado y se frotó el caballete de la nariz con el pulgar y el índice, que estaban manchados de tinta.

—Tenemos visita —gruñó el Practicante.

—Ya veo. Soy el Inquisidor Lorsen, el jefe de este pequeño campo.

West estrechó su mano huesuda de la forma más somera posible.

—Coronel West, estoy aquí con el ejército del Príncipe Ladisla. Estamos acampados a unos quince kilómetros al norte.

—Lo sé. ¿Qué puedo hacer por Su Alteza?

—Necesitamos urgentemente metalúrgicos experimentados. Aquí tienen una fundición, ¿no es así?

—Una mina, una fundición y una herrería para la fabricación de aperos de labranza, pero no alcanzo a ver en qué...

—Estupendo. Me llevaré doce de sus hombres, los más hábiles que tenga.

El alcaide torció el gesto.

—Eso es imposible. Los prisioneros que tenemos aquí han sido condenados por delitos muy graves. No se les puede liberar sin una orden firmada por el Archilector.

—En tal caso tenemos un problema, Inquisidor Lorsen. Dispongo de diez mil hombres con armas que necesitan ser afiladas, con armaduras que hay que reparar, con caballos que necesitan herraduras. Podemos entrar en acción en cualquier momento. No puedo esperar a las órdenes del Archilector ni a ninguna otra cosa. Voy a salir de aquí con esos herreros y no hay más que hablar.

—Pero debe entender que yo no puedo permitir que...

—¿Es que no se da cuenta de la gravedad de la situación? —ladró West, que empezaba a perder la paciencia—. ¡Mande al Archilector las cartas que quiera! ¡Que

yo mandaré a mis hombres al campamento para que vuelvan con una compañía de refuerzo! ¡Ya veremos quién recibe ayuda antes!

El comandante reflexionó durante unos instantes.

—Está bien —dijo finalmente—, sígame.

Cuando salió del edificio de la comandancia y regresó a la pertinaz llovizna, West vio a dos niños mugrientos que le miraban desde el porche de una de las chozas.

—¿Tienen niños aquí?

—Tenemos familias enteras, siempre que se considere que pueden representar una amenaza para el Estado —Lorsen le miró de soslayo—. Una lástima, sin duda, pero la tarea de mantener junta la Unión siempre ha requerido la adopción de medidas muy drásticas. Su silencio me indica que lo desaprueba.

West miró a uno de los niños harapientos que renqueaba por la mugre, un niño que quizá estuviera condenado a permanecer toda su vida en aquel lugar.

—Me parece un auténtico delito.

El alcaide se encogió de hombros.

—No se engañe. Todo el mundo es culpable de algo, y hasta las criaturas más inocentes pueden representar una amenaza. Es posible que a veces haya que cometer un delito menor para prevenir otros delitos mayores, coronel West, pero en cualquier caso es a hombres más importantes que nosotros a quienes les corresponde decidirlo. Lo único que yo hago es ocuparme de que trabajen duro, de que no se agredan entre sí y de que no se escapen.

—Se limita a hacer su trabajo, ¿no? Una de las excusas más trilladas para eludir la propia responsabilidad.

—¿Quién de los dos es el que vive entre ellos en medio de la nada? ¿Quién es el que los vigila, el que los viste, el que los alimenta, el que los limpia, el que entabla un combate tan interminable como inútil con sus piojos? ¿Es usted quien impide que se peguen, que se violen, que se maten entre sí? Usted es un oficial de la Guardia Real, ¿verdad, coronel? Entonces vive en Adua, ¿no? En unos alojamientos en el Agriont, entre gente rica y primorosamente arreglada, ¿me equivoco? —West torció el gesto y Lorsen dejó escapar una risa—. ¿Cuál de nosotros es quien, como usted dice, elude su propia responsabilidad? Nunca he tenido más limpia la conciencia. Ódienos si quiere, ya estamos acostumbrados. Tampoco se estrecha la mano del hombre que limpia las letrinas, y, sin embargo, alguien tiene que hacerlo. Si no fuera así, el mundo se ahogaría en mierda. Llévese sus doce herreros si quiere, pero no pretenda darme lecciones de superioridad moral. Aquí no hay lugar para la superioridad moral.

Muy a su pesar, West tuvo que reconocer que el hombre tenía su parte de razón, así que encajó la mandíbula y emprendió la penosa marcha en silencio y con la cabeza gacha. Avanzaron chapoteando por el camino en dirección a una cabaña de piedra alargada y desprovista de ventanas, en cada una de cuyas esquinas se alzaba una alta chimenea de la que emanaban densas columnas de humo que al punto se dispersaban por el aire neblinoso. El Practicante descorrió un cerrojo y empujó la pesada puerta hasta que consiguió abrirla. Siguiéndoles a él y a Lorsen, West se adentró en la oscuridad.

Después del frío del exterior, el calor que hacía dentro era como una bofetada en plena cara. Un humo acre hizo que a West le picaran los ojos y le ardiera la garganta. El angosto espacio resonaba con un estruendo espantoso. Los fuelles crujían y resollaban, los martillos se estrellaban contra los yunques y arrojaban furiosas lloviznas de chispas, el metal candente bufaba feroz en los barriles de agua. Por todas partes había hombres: apretujados y sudorosos, gimiendo y tosiendo, con sus rostros demacrados medio iluminados por el resplandor anaranjado de las forjas. Demonios en el infierno.

—¡Dejen el trabajo! —rugió Lorsen—. ¡Déjenlo y formen!

Los hombres soltaron poco a poco sus herramientas y, luego, dando tumbos, tambaleándose y haciendo resonar las cadenas, formaron en fila bajo la mirada atenta de cuatro o cinco Practicantes que vigilaban entre las sombras. Una fila patética de seres harapientos, rotos, encorvados. Un par de ellos tenían cadenas tanto en las manos como en los tobillos. Al verlos, difícilmente cabría pensar que fuesen la solución de los problemas de West, pero no tenía otra elección. Era todo lo que había.

—Tenemos una visita de fuera. Suelte su discurso, coronel.

—Soy el coronel West —graznó con voz quebrada a causa de lo enrarecido de la atmósfera—. A unos quince kilómetros de aquí hay acampados diez mil soldados a las órdenes del Príncipe Ladisla. Nos hacen falta herreros —West se aclaró la garganta y alzó un poco la voz procurando no romper a toser—. ¿Quiénes de ustedes trabajan el metal?

Nadie abrió la boca. Todos clavaban la vista en su desastrado calzado o en sus pies desnudos, a la vez que lanzaban miradas fugaces a los ceñudos Practicantes.

—No tienen nada que temer. ¿Quiénes de ustedes trabajan el metal?

—Yo, señor —se oyó el ruido de unas cadenas y un hombre se salió de la fila dando un paso adelante. Un tipo enjuto, nervudo, con un poco de chepa. Cuando el farol le iluminó la cabeza, West hizo un gesto de dolor. Estaba completamente desfigurado por unas quemaduras atroces. Uno de los lados de la cara no era más que una masa de cicatrices lívidas de aspecto derretido, no tenía cejas y su cabeza

estaba sembrada de calvas rosáceas. El otro lado tampoco estaba mucho mejor. Aquel hombre apenas tenía cara—. Yo sé manejar una forja, y además he sido soldado, en Gurkhul.

—Bien —murmuró West tratando de disimular la repulsión que le producía el aspecto del hombre—. ¿Su nombre?

—Pike.

—¿Alguno de éstos es bueno con el metal?

El hombre del rostro abrasado recorrió la fila arrastrando sus pies encadenados y fue sacando hombres tirándoles de los hombros bajo la atenta mirada del comandante, cuya expresión se volvía más ceñuda por momentos.

West se humedeció sus labios resecos. Costaba trabajo creer que en tan poco tiempo hubiera pasado del frío más insoportable al calor más extremo, pero ahí estaba, sintiéndose más incómodo que nunca.

—Necesitaré las llaves de esos hierros, Inquisidor.

—No hay llaves. Los hierros se han cerrado con fundición. Se supone que no han de quitarse nunca y le recomiendo encarecidamente que no se le ocurra hacerlo. Muchos de estos presos son extremadamente peligrosos, y no se olvide tampoco de que tendrá que devolverlos tan pronto como haya conseguido algún tipo de solución alternativa. La Inquisición no tiene por costumbre liberar a nadie antes de tiempo —dicho aquello, se alejó enfurruñado y se puso a hablar con uno de los Practicantes.

Pike se acercó furtivamente a West, trayendo a otro presidiario del codo.

—Disculpe, señor —dijo en voz baja con un murmullo arrastrado—. Pero, ¿no habría sitio también para mi hija?

West, incómodo, se encogió de hombros. Si fuera por él, se llevaría a todos y quemaría aquel maldito lugar hasta los cimientos, pero estaba tentando a la suerte.

—No es una buena idea. No es en absoluto una buena idea tener una mujer entre una multitud de soldados.

—Siempre será mejor idea que abandonarla aquí, señor. No puedo dejarla sola. Puede ayudarme en la fragua. Llegado el caso, incluso puede manejar el fuelle. Es fuerte.

No parecía fuerte. Parecía una criatura flaca y harapienta con una cara huesuda tiznada de grasa y hollín. West bien podría haberla confundido con un chico.

—Lo siento, Pike, pero las cosas no son fáciles en el lugar adonde vamos.

La chica retuvo a West del brazo cuando se disponía a darse la vuelta para irse.

—Tampoco son fáciles aquí —su voz fue una sorpresa. Era suave, dulce, educada—. Me llamo Cathil. Y puedo trabajar.

—West bajó la vista para mirarla, dispuesto a desembarazarse de su mano, pero su expresión le recordó a algo. No expresaba dolor. Ni miedo. Tenía los ojos tan vacíos y ausentes como los de un cadáver.

Ardee. Con la cara cruzada por una mancha de sangre.

West hizo una mueca de dolor. El recuerdo era como una herida que se negaba a cicatrizar. No soportaba más aquel calor, sentía palpitaciones por todo el cuerpo y el tacto de su uniforme era como papel de lija sobre su piel pegajosa. Tenía que salir cuanto antes de aquel maldito lugar.

Volvió sus ojos escocidos hacia el alcaide.

—Ella se viene también.

—¿Está de broma, coronel? —bramó Lorsen.

—Escuche, no estoy de humor para bromas.

—Una cosa son hombres capaces, supongo que realmente los necesita, pero no puedo permitirle que se lleve a cualquier prisionero que le llame la atención.

West perdió los estribos y se volvió hacia él enseñándole los dientes.

—¡He dicho que ella también!

Si el comandante estaba impresionado por la furia de West, no lo demostró. Durante un instante eterno se miraron a los ojos, mientras el sudor corría por la cara de West y la sangre le palpitaba en las sienes.

Al cabo, Lorsen asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Ella también. De acuerdo —luego se inclinó un poco hacia él—. Pero sepa que el Archilector tendrá noticias de esto. Quizá esté lejos, y es posible que tarde un tiempo en enterarse, pero puede estar seguro de que se enterará —y pegándosele aún más hasta casi hablarle al oído, añadió—: A lo mejor llega un día en que se encuentre haciéndonos otra visita, pero esa vez será para quedarse. Tal vez entonces pueda preparar su pequeña charla sobre las bondades y las maldades de las colonias penales. Tendrá tiempo de sobra para hacerlo —Lorsen se dio media vuelta—. Ahora coja mis prisioneros y váyase. Yo tengo que escribir una carta.

Lluvia

A Jezal una buena tormenta siempre le había parecido algo sumamente divertido. Ver las gotas de agua azotando las calles, muros y tejados del Agriont, oír el silbido del agua en los canalones. Algo que contemplar a través de una ventana empapada con una sonrisa en los labios mientras uno está sentado, caliente y seco en sus aposentos. Algo que pillaba desprevenidas a las jovencitas en el parque y las hacía chillar y les pegaba los vestidos al cuerpo de forma harto excitante. Algo que se atravesaba a la carrera en compañía de los amigos mientras se iba de una taberna a otra, para luego secarse delante de un fuego crepitante con un tazón de vino especiado en la mano. A Jezal la lluvia le divertía casi tanto como el sol.

Pero eso era antes.

Allí, en la llanura, las tormentas tenían un carácter completamente distinto. No eran como la rabieta de un niño, que basta ignorarla para que se pase. Eran una tempestad furiosa, fría, asesina, despiadada, rencorosa, penetrante e implacable, aunque, en realidad, la gran diferencia residía en que allí el techado más próximo, y no digamos ya la taberna más próxima, se encontraba a cientos de kilómetros de distancia. La lluvia caía formando un manto que empapaba de agua helada la llanura infinita y todo lo que hubiera en ella. Las gruesas gotas percutían sobre el cuero cabelludo de Jezal como piedras arrojadas por una honda, le pellizcaban las manos desnudas, la punta de las orejas, la base del cuello. El agua le corría por los cabellos, le atravesaba las cejas, le caía a chorros por la cara y se le metía por el cuello empapado de la camisa. La lluvia era una cortina gris que se extendía sobre la tierra y borraba cualquier cosa que hubiera delante en un radio de más de cien zancadas, aunque, en realidad, ni delante ni en ninguna otra parte había absolutamente nada.

Jezal temblaba mientras procuraba mantener unidas con la mano las solapas de su zamarra. Un gesto inútil: ya estaba calado hasta los huesos. Y eso que el maldito tendero de Adua le había garantizado que la zamarra aquella era impermeable. Cara desde luego que era, y, cuando se la probó en la tienda, pensó que le quedaba muy bien, le daba un rudo aspecto campero, pero, casi desde que cayeron las primeras gotas, el agua había empezado a colarse por las costuras. Hacía ya varias horas que

estaba tan empapado como si se hubiera metido vestido en el baño, y bastante más frío, además.

Las botas las tenía llenas de agua helada, los pantalones estaban tan mojados que le hacían rozaduras en los muslos, la silla de montar había absorbido tanta agua que a cada movimiento del desdichado caballo crujía y rechinaba. Jezal no hacía más que moquear, tenía las aletas de la nariz y los labios irritados y el mero hecho de sostener las riendas con las palmas de la mano húmedas le hacía daño. Sus pezones, en concreto, eran dos puntos de dolor en medio de un mar de molestias. Aquello no había quien lo aguantara.

—¿Es que no va a parar nunca esto? —mascullé con amargura mientras encorvaba los hombros y miraba implorante el oscuro cielo que le arrojaba agua a la cara, a la boca, a los ojos. En ese momento la felicidad no era otra cosa que una camisa seca—. ¿No puede hacer nada? —se lamentó dirigiéndose a Bayaz.

—¿Como qué? —preguntó el Mago, con la cara surcada de hilos de agua que le chorreaban por la barba—. ¿Acaso cree que yo me lo estoy pasando bien? ¿Cree que a mi edad me divierte cruzar una llanura con una mierda de tormenta como ésta? Los cielos no conceden dispensa alguna a los Magos, muchacho, se orinan sobre todo el mundo por igual. Le sugiero que apechugue con ello y se guarde para sí sus lamentos. Un gran líder debe compartir las privaciones de sus seguidores, de sus soldados, de sus súbditos. Así es como se gana su respeto. Los grandes líderes no se quejan. Jamás.

—¡Que les den por culo! —dijo Jezal entre dientes—. ¡A ellos y a esta maldita lluvia!

—¿A esto le llama lluvia? —Nuevededos pasó a su lado con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en su horrendo rostro deforme. Para gran sorpresa de Jezal, al poco de que empezara a llover con fuerza, el norteño se había desprendido primero de su machacada zamarra y luego de su camisa, y, tras envolver ambas prendas en un hule, había seguido cabalgando con el torso desnudo, ajeno al agua que corría libremente por su enorme espalda sembrada de cicatrices y tan feliz como un cebón que se revolcara en el cieno.

En principio, semejante comportamiento le había parecido una nueva e imperdonable muestra de salvajismo y se había limitado a dar gracias al cielo de que al primitivo no se le hubiera ocurrido quitarse también los pantalones, pero, a partir del momento en que la lluvia empezó a colársele por la zamarra, ya no tuvo las cosas tan claras. Era imposible estar más mojado o tener más frío con la ropa quitada, pero de esa forma al menos se habría librado del insufrible roce de la tela húmeda. Nuevededos le sonrió como si le hubiera leído el pensamiento.

—No es más que una llovizna de nada. Tampoco se le puede pedir al sol que se pase todo el día luciendo. Hay que ser realista.

Los dientes de Jezal rechinaron. Como volviera a decirle otra vez que había que ser realista, le tiraba una estocada con su acero corto. Maldito bruto semidesnudo. Bastante tenía con verse obligado a cabalgar, comer y dormir a menos de cien zancadas de un troglodita como aquél, como para encima tener que aguantar sus estúpidos consejos.

—Maldito bárbaro inútil —masculló.

—Si llega el momento de combatir, ya verá como se alegra de tenerle a su lado —bamboleándose de atrás adelante sobre el traqueteante asiento de la carreta, Quai le miraba de reojo. Con la melena pegada a sus chupadas mejillas y una película de humedad recubriendo su pálida piel, tenía un aspecto más pálido y enfermizo que nunca.

—¿Quién le ha pedido su opinión?

—Un hombre que no quiere recibir la opinión de los demás no debería abrir nunca la boca —el aprendiz señaló con la cabeza la espalda chorreante de Nuevededos—. Ése es el Sanguinario, el hombre más temido de todo el Norte. Ha matado a más hombres que la peste —Jezal miró con gesto ceñudo la desgarbada figura que componía el norteño sobre la silla de montar, se lo pensó un instante y luego se rió con sorna.

—No me asusta en lo más mínimo —dijo alzando la voz, pero no lo bastante para que Nuevededos pudiera oírle.

Quai resopló.

—Apuesto a que usted jamás ha desenvainado una espada con verdadera furia.

—Podría empezar ahora —gruñó Jezal lanzándole su mirada más amenazadora.

—Muy fiero —dijo entre risas el aprendiz, que, para gran decepción de Jezal, no parecía nada impresionado—. Pero si alguien me preguntara quién es aquí el más inútil, yo desde luego tengo muy claro de quién habría prescindido.

—Cómo se atreve a...

Un destello, y luego otro, ambos peligrosamente próximos, rasgaron el cielo, y Jezal pegó un bote en la silla. Sendos dedos de luz arañaron las hinchadas panzas de las nubes y serpentearon en medio de la oscuridad. Un trueno interminable recorrió la sombría llanura, retumbando y crepitando impulsado por el viento. Cuando el ruido se desvaneció, la empapada carreta ya se había alejado, hurtando a Jezal la posibilidad de replicar.

—Maldito imbécil —mascullό mientras contemplaba con gesto torcido cómo se alejaba la nuca del aprendiz.

Cuando aparecieron los primeros relámpagos, se había intentado animar imaginando que un rayo fulminaba a sus compañeros. Habría resultado curiosamente apropiado, por ejemplo, que un golpe caído del cielo hubiera dejado a Bayaz reducido a cenizas. Sin embargo, no tardó en perder cualquier esperanza de verse liberado, aunque sólo fuera en su imaginación. Los rayos nunca matarían a más de uno por día, y, puestos a que tuviera que desaparecer alguien, había comenzado a abrigar la esperanza de que le tocara a él. Un instante de radiante iluminación y luego el dulce olvido. Sería la forma más piadosa de huir de aquella pesadilla.

Un hilo de agua le resbaló por la espalda, provocándole un molesto cosquilleo en su piel irritada. Se moría de ganas de rascarse, pero sabía que, si lo hacía, lo único que conseguiría sería multiplicar los picores y extenderlos a los omoplatos, al cuello y a un montón de lugares que no podría alcanzar con el dedo. Cerró los ojos y, con el peso de la desesperación, la cabeza se le fue venciendo hacia delante hasta que su mentón mojado reposó sobre su pecho mojado.

También llovía la última vez que la vio. Recordaba todos los detalles con dolorosa nitidez. El moratón en la cara, el color de sus ojos, la media sonrisa de sus labios. Cada vez que le venía a la memoria tenía que tragarse aquel dichoso nudo que se empeñaba en formársele en la garganta. Un nudo que tenía que tragarse veinte veces al día. Desde que se despertaba, a primera hora de la mañana, hasta que se tumbaba en el duro suelo, a última hora de la noche. En ese momento, la posibilidad de estar junto a Ardee, sintiéndose caliente y seguro, se le antojaba la culminación de todos sus sueños.

Se preguntó si seguiría esperándole cuando viera que pasaban las semanas y ella seguía sin tener noticias suyas. ¿No podía suceder que entretanto ella le estuviera escribiendo todos los días a Angland unas cartas que nunca llegarían a sus manos? Unas cartas en las que expresaría sus más tiernos sentimientos. Unas cartas en las que le pediría con desesperación que diera noticias. Unas cartas en las que le rogaría que le respondiera. Aquello no haría sino confirmar sus peores sospechas. Que él no era más que un asno infiel y un mentiroso, que se había olvidado por completo de ella, cuando en realidad era justo todo lo contrario. La frustración y la desesperación que le provocaba aquella idea hacían que le rechinaran los dientes, pero ¿qué podía hacer él? Malamente iba a poder responder desde aquella tierra baldía, asolada y maldita, aun suponiendo que le hubiera sido posible escribir bajo aquel chaparrón de proporciones épicas. Maldijo en silencio el nombre de Bayaz, el de Nuevededos, el de Pielargo, el de Quai. Maldijo el Viejo Imperio y maldijo la interminable llanura.

Maldijo toda aquella descabellada expedición. Aquello iba camino de convertirse en un ritual que se repetía cada hora.

Jezal comenzaba a percibir vagamente lo cómoda que había sido la vida que había llevado hasta entonces. Le parecían extrañas sus continuas y amargas quejas por tener que madrugar para sus prácticas de esgrima, o por tener que rebajarse a jugar a las cartas con el teniente Brint, o por el hecho de que las salchichas del desayuno siempre estuvieran un poco quemadas. En vez de eso debería haber estado todo el tiempo riéndose con los ojos chispeantes y dando botes de alegría por el simple hecho de verse libre de la lluvia. Soltó una tos, dio un sorbetón y luego se limpió con su mano dolorida su dolorida nariz. Al menos con tanta agua nadie se daría cuenta de que estaba llorando.

Sólo Ferro parecía llevarlo peor que él: de vez en cuando alzaba la vista y lanzaba una mirada iracunda a las nubes que se le estaban orinando encima mientras en su semblante se dibujaba una mueca en la que se combinaban el odio y el temor. Su pelo puntiagudo se le había quedado pegado al cráneo, sus ropas empapadas colgaban flácidas de sus hombros descarnados, el agua corría por las cicatrices de su cara y le goteaba desde su afilada nariz y desde la afilada punta de su barbilla. Era como un gato huraño que, tras haber sido sumergido de improviso en un estanque, hubiera quedado reducido de golpe a la mitad de su tamaño y se hubiera visto despojado de su aire amenazador. Tal vez el sonido de una voz femenina le ayudara a levantar el ánimo, y Ferro era lo más parecido a una mujer que había a cientos de kilómetros a la redonda.

Espoleó su montura hasta ponerse a su lado y se esforzó por sonreír, pero Ferro se volvió hacia él con cara de muy pocos amigos. Jezal comprobó con inquietud que, de cerca, su carácter amenazador se mantenía casi intacto. Se había olvidado de cómo eran sus ojos. Unos ojos amarillos, afilados como navajas, con las pupilas tan pequeñas como dos cabezas de alfiler; extraños, desconcertantes. Ahora se arrepentía de haberse acercado a ella, pero ya no podía apartarse sin decir algo.

—Seguro que no llueve tanto de donde viene usted, ¿eh?

—¿Va a cerrar la boca o quiere que se la cierre yo?

Jezal carraspeó y dejó que su montura se rezagara.

—Maldita loca —dijo entre dientes. Allá se las compusiera ella con su desdicha. Él desde luego no pensaba regodearse en la autocompasión. No era su estilo.

* * *

Cuando dieron con aquel lugar, la lluvia ya había cesado, aunque el aire seguía impregnado de humedad y el cielo seguía teñido de extraños colores. Los rayos rosados y anaranjados del sol poniente rasgaban las nubes arremolinadas y proyectaban sobre la inmensa llanura gris un inquietante resplandor.

Dos carromatos vacíos en pie y otro volcado de lado, con una rueda desprendida y un caballo muerto, aún enganchado, que yacía en tierra con su gran lengua rosada asomándole por la boca y un par de flechas rotas clavadas en su ijar ensangrentado. Los cadáveres estaban esparcidos por la hierba aplastada como muñecas descartadas por una niña malhumorada. Algunos tenían heridas profundas, otros los miembros rotos o flechas clavadas. Uno de ellos tenía un brazo amputado a la altura del hombro, del que sobresalía un pedazo de hueso quebrado, como si fuera una pieza de carnicería.

Había desechos desperdigados por todas partes. Armas rotas, maderos astillados. Unos cuantos baúles descerrajados, rollos de telas arrancadas y acuchilladas que se desplegaban sobre la tierra húmeda. Barriles reventados, cajas destrozadas: los restos revueltos de un pillaje.

—Mercaderes —gruñó Nuevededos bajando la vista—. Lo mismo que pretendemos ser nosotros. No parece que la vida valga gran cosa por aquí.

Ferro frunció los labios.

—¿Dónde la vale?

El viento barría la llanura y traspasaba la ropa húmeda de Jezal. Nunca había visto un cadáver, y ahora, ahí los tenía, sembrados por el suelo... ¿cuántos habría? Lo menos una docena. Cuando llevaba contados la mitad, comenzó a sentirse mal.

Ninguno de los demás parecía demasiado conmovido; nada raro, considerando lo familiarizados que debían de estar aquellos tipos con la violencia. Ferro gateaba entre los cadáveres, echándoles un vistazo y dando pequeños golpes a algunos con la misma falta de emoción que cabría esperar de un enterrador. La cara de Nuevededos indicaba que había visto cosas mucho peores, algo de lo que Jezal no tenía ninguna duda, como tampoco dudaba de que él mismo hubiera hecho cosas mucho peores. A Bayaz y Pielargo se les veía algo inquietos, pero no más que si se hubieran topado con unas huellas de caballo desconocidas. Quai ni siquiera parecía estar interesado en la escena.

A Jezal no le habría venido mal que en ese momento le hubieran prestado un poco de su indiferencia. Jamás lo habría reconocido, pero le estaban entrando ganas de vomitar. Esas pieles: flácidas, inmóviles y céreas, salpicadas de húmedas perlas de lluvia. Esas vestimentas: desgarradas, revueltas, sin botas, sin abrigos, sin camisas

siquiera. Y las heridas. Abruptas líneas rojas, contusiones de un color azul oscuro, desgarrones, tajos, bocas abiertas en la carne.

Jezal se volvió de golpe en la silla, miró hacia atrás, miró a la izquierda y miró a la derecha, pero era la misma escena en todas partes. No había ningún lugar adonde huir, aun suponiendo que hubiera sabido en qué dirección se encontraba la población más cercana. Formaba parte de un grupo de seis personas y, sin embargo, se sentía absolutamente solo. Se encontraba en un vasto espacio abierto y, sin embargo, se sentía completamente atrapado.

Tenía la enervante sensación de que uno de los cadáveres le estaba mirando. Un joven, más o menos de su misma edad, de cabellos pajizos y orejas de soplillo. No le habría venido mal un buen afeitado, aunque eso, desde luego, poco importaba ya. Un tajo rojo le rasgaba el vientre, y a cada uno de sus lados descansaban sus manos ensangrentadas, como si trataran de cerrarlo. Dentro " relucían húmedas sus entrañas, teñidas de un rojo púrpura. Jezal notó que le venía una náusea. Ya llevaba un rato sintiéndose débil por lo poco que había desayunado aquella mañana. Estaba hasta las narices de las galletas secas, y apenas era capaz de meterse dentro la bazofia que preparaban los otros. Se apartó de aquella escena nauseabunda y clavó la vista en la hierba, tratando de aparentar que andaba a la búsqueda de alguna pista importante, mientras su estómago no paraba de retorcerse y de dar sacudidas.

Apretó con todas sus fuerzas las riendas y se esforzó por empujar hacia abajo el vómito que subía lanzado hacia su boca. Maldita sea, era un orgulloso hijo de la Unión. Más aún, era un noble, pertenecía a una distinguida familia. Más todavía, era un aguerrido oficial de la Guardia Real y un ganador, del Certamen de esgrima. Vomitar ante la visión de un poco de sangre le desacreditaría a ojos de aquella mezcla de idiotas y primitivos, y eso no podía permitirlo bajo ninguna circunstancia. El honor de su nación estaba en juego. Miró fijamente la tierra húmeda, apretó los dientes y ordenó a su estómago que se estuviera quieto. Poco a poco, comenzó a surtir efecto. Respiró hondo por la nariz. Aire fresco, húmedo, relajante. Todo bajo control. Se volvió hacia los demás.

Ferro estaba en cuclillas en el suelo con la mano hundida hasta la muñeca en la herida de uno de los cadáveres.

—Frío —dijo a Nuevededos—. Por lo menos lleva muerto desde la mañana —acto seguido, sacó la mano con los dedos embadurnados de sangre.

Antes de que le diera tiempo a bajarse de la silla, Jezal ya se había echado encima de la zamarra la mitad de su exiguo desayuno. Haciendo eses como un borracho, dio un par de pasos, resolló y soltó otra arcada. Mareado, se agachó apoyando las manos en las rodillas y echó una papilla de bilis sobre la hierba.

—¿Se encuentra bien?

Jezal alzó la vista, tratando de fingir despreocupación a pesar de tener un largo hilo de babas colgando de la cara.

—Algo que he comido debe de haberme sentado mal —musitó, y, acto seguido, se limpió la nariz y la boca con mano temblorosa. Una artimaña bastante patética, hubo de reconocer.

Pero Nuevededos se limitó a asentir con la cabeza.

—La carne de esta mañana seguramente. Yo también tengo el estómago un poco revuelto —luego le obsequió con una de sus repulsivas sonrisas y le tendió el odre del agua—. Será mejor que beba. Para limpiarse, ¿eh?

Jezal se enjuagó la boca y luego escupió el agua mientras contemplaba con el ceño fruncido cómo Nuevededos regresaba junto a los cadáveres. Era extraño. De no haber venido de quien venía, habría tomado aquello por una muestra de generosidad. Echó otro trago de agua y empezó a sentirse mejor. A continuación, se acercó con paso inseguro a su caballo y se montó.

—Los que hayan hecho esto iban bien armados y no eran pocos —decía Ferro—. La hierba está llena de pisadas.

—Debemos andarnos con cuidado —intervino Jezal con la esperanza de hacerse un hueco en la conversación.

Bayaz se volvió hacia él de golpe.

—¡Siempre debemos andar con cuidado! ¡Ni que decir tiene! ¿A qué distancia estamos de Darmium?

Pielargo entrecerró los ojos, miró al cielo y luego a la llanura. Acto seguido, se chupó un dedo y lo alzó para que le diera el viento.

—Incluso para un hombre dotado de tantos talentos como yo resulta difícil mostrarse preciso con las estrellas. A unos cincuenta kilómetros, poco más o menos.

—Pronto tendremos que abandonar el camino.

—¿No vamos a cruzar el río en Darmium?

—El caos reina en la ciudad. Está en poder de Cabrían y no deja entrar a nadie. No podemos correr ese riesgo.

—Muy bien, en tal caso será Aostum. Esquivaremos Darmium dando un amplio rodeo en dirección oeste. El trayecto es un poco más largo, pero...

—No.

—¿No?

—El puente de Aostum está en ruinas.

Pielargo torció el gesto.

—¿Ha volado, eh? Es una gran verdad que Dios se complace en poner a prueba a sus fieles. En tal caso tal vez tengamos que vadear el Aos.

—No —repitió Bayaz—. Las lluvias han sido copiosas y el gran río. está muy crecido. Todos los vados están cerrados para nosotros.

El Navegante estaba perplejo.

—Usted, ciertamente, es mi patrón, y como digno miembro que soy de la Orden de los Navegantes, siempre haré todo lo posible por obedecerle, pero me temo que no veo otra solución. Si no podemos cruzar en Darmium, o en Aostum, y no podemos vadear el río...

—Hay otro puente.

—¿Lo hay? —durante unos instantes, Pielargo pareció desconcertado, pero de pronto sus ojos se dilataron—. No se referirá a...

—El puente de Aulcus sigue en pie.

Todos se miraron un instante, con el ceño fruncido.

—Pensé que había dicho que ese lugar no era más que una ruina —dijo Nuevededos.

—Un cementerio en ruinas, oí yo —masculló Ferro.

—Pensé que había dicho que nadie quiere acercarse ni de lejos a ese sitio.

—Nunca habría sido mi primera elección, pero no hay otro remedio. Cogeremos el río y seguiremos su margen septentrional hasta llegar a Aulcus —nadie se movió. Pielargo, en concreto, lucía en su rostro una expresión de anonadado espanto—. ¡A qué esperan! —exclamó Bayaz—. Salta a la vista que este lugar no es seguro —y, dicho aquello, apartó su caballo de los cadáveres. Quai se encogió de hombros, luego dio una sacudida a las riendas, y el carro avanzó traqueteando por la hierba en pos del Primero de los Magos. Pielargo y Nuevededos, ceñudos y llenos de negras premoniciones, se pusieron también en marcha.

Jezal echó un vistazo a los cadáveres, que seguían ahí tirados contemplando con ojos acusadores el cielo que comenzaba a oscurecerse.

—¿No deberíamos enterrarlos?

—Si le apetece —gruñó Ferro aupándose de un salto a la silla de montar—. A lo mejor consigue enterrarlos de una vomitona.

Una compañía sanguinaria

Cabalgar, eso era lo que hacían. Eso era lo que llevaban haciendo desde hacía varios días. Cabalgar en busca de Bethod mientras el invierno se les echaba encima. Atravesando bosques y tremedales, valles y colinas. Bajo la lluvia y el aguanieve. Buscando señales de que estaban en el buen camino, y sabedores de que no encontrarían ninguna. Una soberana pérdida de tiempo, en opinión del Sabueso, pero si se ha sido lo bastante tonto de pedir una misión, lo mejor es cumplirla.

—Valiente trabajo de mierda —gruñó Dow haciendo muecas de disgusto, sacudiéndose, enredando con las riendas. Nunca se le había dado bien montar a caballo. Le gustaba estar con los pies en tierra apuntando al enemigo—. Esto es una pérdida de tiempo. ¿Cómo has podido prestarte a hacer de explorador para esos tipos, Sabueso? ¡Valiente trabajo de mierda!

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? Al menos ahora tengo un caballo.

—¡Oh, no sabes cuánto me alegro por ti! —se burló—. ¡Ahora tienes un caballo!

El Sabueso se encogió de hombros.

—Es mejor que andar.

—¿Conque mejor que andar, eh? —se mofó—. ¡Eso lo arregla todo!

—Y además tengo pantalones nuevos. De buen paño de lana. Ya no noto tanto el viento helado en mis partes.

El comentario arrancó una risa a Tul, pero no parecía que Dow tuviera ganas de reírse.

—¿Conque ya no notas el viento en tus partes, eh? Por los muertos, ¿en qué nos hemos convertido? ¿Ya te has olvidado de quién eres? ¡Tú eras el que estaba más unido a Nuevededos! ¡Fuiste tú el que vino con él de las montañas! ¡Apareces en todas las canciones a su lado! Has estado en la avanzada de grandes ejércitos. ¡Miles de hombres han aguardado a que les dieras una orden!

—Me parece que nadie salió muy bien parado de todo eso —masculló el Sabueso, pero Dow ya la había tomado con Tul.

—¿Y qué me dices de ti, eh, grandullón? Tul Duru, Cabeza de Trueno, el cabrón más fuerte de todo el Norte. Luchaste con osos y ganaste, eso es lo que se cuenta. Tú solo defendiste el desfiladero cuando ya habían barrido a todo tu clan. Un gigante, dicen, de casi tres metros, nacido en medio de una tormenta y con el vientre lleno de truenos. ¿Qué ha sido de ti, eh, gigante? ¡Los únicos truenos que ahora te oigo son los que te tiras al cagar!

—¿Y qué? —le respondió desdeñoso Tul—. ¿Acaso tú eres distinto? Los hombres solían pronunciar tu nombre en susurros porque no se atrevían a decirlo en voz alta. ¡Sólo de pensar que podías andar a algunas leguas a la redonda se pegaban al fuego y agarraban con fuerza las armas! ¡Dow el Negro, solían decir, tan sigiloso, astuto e implacable como un lobo! ¡Ha dado muerte a más hombres que el invierno, y con bastante menos piedad! ¿Y a quién le importa eso ahora, eh? ¡Los tiempos han cambiado y has rodado por una colina hasta caer tan bajo como todos nosotros!

Dow se limitó a sonreír.

—A eso iba yo, hombre, a eso exactamente. En tiempos fuimos alguien, todos nosotros. Grandes Guerreros. Hombres Renombrados. Hombres Temidos. Recuerdo que mi hermano solía decirme que no había nadie mejor que Hosco Harding con un arco o un acero en la mano, nadie mejor que él en todo el Norte. ¡La mano más firme de todo el Círculo del Mundo! ¿Qué me dices de eso, eh, Hosco?

—Hummm —repuso Hosco.

Dow asintió con la cabeza.

—Exactamente lo que yo estaba diciendo. Míranos ahora. ¡Más que rodar por una colina hemos caído desde un acantilado! ¿Nosotros haciendo de recaderos de los sureños? ¿Unas mujercitas con pantalones de hombre? ¿Unos malditos comedores de alfalfa, con sus grandes palabras y sus pequeñas espadas?

El Sabueso se revolvió incómodo en la silla de montar.

—El tal West sabe lo que se hace.

—¡El tal West! —repitió Dow con sorna—. Sabe distinguir el culo de la boca, y sólo con eso ya es bastante mejor que todos los demás, pero es más blando que la grasa de un lechón, bien lo sabes tú. ¡No tiene huevos! ¡Ninguno de ellos los tiene! Me quedaría de una pieza si muchos de ellos hubieran visto algo más que una escaramuza. ¿Crees que aguantarán una carga de los Caris de Bethod? —Dow soltó una agria carcajada—. ¡Ja, ésa sí que es buena!

—No se puede negar que son una panda de inútiles —masculló Tul, y el Sabueso malamente podía mostrarse en desacuerdo—. La mitad de ellos están demasiado hambrientos para alzar un arma, y menos aún para soltar un mandoble con un poco

de energía, eso suponiendo que consiguieran adivinar cómo se hace. Todos los buenos han marchado hacia el norte para enfrentarse a Bethod y aquí sólo han dejado las sobras.

—Las sobras de un orinal, me parece a mí. ¿Y tú qué, eh Tresárboles? —le llamó Dow—. La Roca de Uffrith, ¿eh? ¡Una espina que Bethod tuvo clavada seis meses en el culo, un héroe para todos los hombres decentes del Norte! ¡Rudd Tresárboles! ¡Un hombre labrado en piedra! ¡El hombre que nunca retrocedía! ¿Quieres honor? ¿Quieres dignidad? ¿Quieres saber cómo debe ser un hombre? ¡Déjate de gilipolleces, ya lo has encontrado! ¿A ti qué te parece todo esto, eh? ¡Haciendo de recaderos! ¡Buscando a Bethod por estos tremedales cuando todos sabemos que no está aquí! ¿Un trabajo de niños y encima tenemos que dar las gracias?

Tresárboles detuvo su caballo y lo hizo girar lentamente. Encorvado sobre la silla, con aspecto cansado, se quedó mirando a Dow.

—Abre las orejas y por una vez escucha, porque no quiero tener que repetirlo a cada kilómetro —dijo—. El mundo no se parece nada a como a mí me gustaría que fuera. Nuevededos ha vuelto al barro. Bethod se ha proclamado Rey de los Hombres del Norte.

Los Shanka se están preparando para caernos encima desde las montañas. He llegado demasiado lejos caminando, he luchado demasiado tiempo y te he oído soltar suficiente mierda como para llenar una vida entera, y todo eso a una edad en la que debería estar con los pies en alto recibiendo los cuidados de mis hijos. Así que ya te puedes imaginar que mi mayor problema no es precisamente que la vida no haya resultado ser lo que tú esperabas. Tú verás lo que haces, Dow; si te apetece, sigue dando la tabarra sobre el pasado, como una vieja amargada que se lamenta de que las tetas ya no se le sostengan solas, o si no, cierra ese agujero que tienes por boca y ayúdame a sacar esto adelante.

Luego los miró a todos a los ojos uno por uno, consiguiendo que el Sabueso se sintiera un poco avergonzado por haber dudado de él.

—Y en cuanto a lo de buscar a Bethod donde no está, te recuerdo que Bethod no acostumbra precisamente a estar donde se le espera. Nos han dicho que exploremos y explorar es lo que vamos a hacer —acto seguido, se inclinó sobre la silla—. Qué os parece si de ahora en adelante nos guiamos por esta máxima: bocas cerradas y ojos abiertos —y, dándose la vuelta, apremió a su montura y se metió entre los árboles.

Dow respiró hondo.

—Está bien, jefe, está bien. Pero es una lástima. Sólo digo eso, una lástima.

* * *

—Son tres —dijo el Sabueso—. Hombres del Norte, seguro, aunque no es fácil saber de qué clan. Pero si están tan abajo, es que son gentes de Bethod.

—Más que probable —dijo Tul—. Parece ser la costumbre hoy en día.

—¿Sólo tres? —preguntó Tresárboles—. No tiene sentido que Bethod haya mandado tres hombres solos hasta aquí. Tiene que haber más por los alrededores.

—Ocupémonos de esos tres y ya nos las veremos luego con los demás —gruñó Dow—. He venido aquí a luchar.

—Has venido aquí porque yo te he traído a rastras —dijo Tresárboles—. Hace una hora querías darte la vuelta.

—Ajá —soltó Hosco.

—También podemos esquivarlos si queremos —dijo el Sabueso señalando el frío bosque—. Están en las laderas de allá arriba, entre los árboles. Sería fácil esquivarlos.

Tresárboles miró el cielo gris rosáceo que asomaba entre las ramas de los árboles y sacudió la cabeza.

—No. Se nos está yendo la luz, y no quiero dejarlos a nuestras espaldas en la oscuridad. Ya que nosotros estamos aquí, y ellos allá, será mejor que nos ocupemos de ellos. A por las armas —se puso en cuclillas y habló en voz baja—. Esto es lo que haremos. Sabueso, rodéalos y ponte por encima de ellos, en lo alto de esa ladera de ahí. Cuando oigas la señal, te ocupas del de la izquierda. ¿Me sigues? El de la izquierda. Y procura no fallar.

—Bien —dijo el Sabueso—, el de la izquierda —que no fallara, más o menos, no hacía falta decirlo.

—Dow, tú te arrastras hasta ellos sin hacer ruido y te ocupas del que está en medio.

—El de en medio —gruñó Dow—. Dale por muerto.

—Eso deja uno para ti, Hosco —Hosco asintió sin levantar la vista de su arco, que estaba limpiando con un trapo—. Que sea un trabajo limpio, muchachos. No quiero tener que devolveros al barro por un asunto como éste. A vuestros puestos.

El Sabueso encontró un buen puesto por encima de los tres exploradores de Bethod y se los quedó vigilando oculto tras el tronco de un árbol. Debía de haber hecho eso cientos de veces, pero seguía poniéndole nervioso. Probablemente fuera mejor así. Los errores llegan cuando las cosas parecen fáciles.

Como estaba atento a que apareciera, el Sabueso consiguió distinguir en la penumbra la figura de Dow, que se arrastraba por la maleza con los ojos clavados en su objetivo. Ya estaba cerca, muy cerca. El Sabueso preparó una flecha y, respirando muy despacio para que no le temblaran las manos, apuntó al de la izquierda. Fue entonces cuando se dio cuenta. Al haberse pasado al otro lado, el tipo que antes estaba a la izquierda se encontraba ahora a la derecha. ¿A cuál de los dos tenía que disparar?

Se maldijo a sí mismo mientras se esforzaba por recordar las palabras exactas de Tresárboles. Rodéalos y ocúpate del de la izquierda. Como peor habría sido no hacer nada, apuntó al de la izquierda confiando en que todo saliera bien.

Desde abajo llegó la llamada de Tresárboles, que sonaba como un pájaro que cantara en el bosque. Dow se preparó para saltar y el Sabueso soltó la flecha. Un instante después, se incrustaba con un ruido sordo en la espalda de su blanco justo en el mismo momento en que Hosco le acertaba por delante y Dow se abalanzaba sobre el de en medio y lo apuñalaba por la espalda. Eso hizo que quedara uno indemne con una expresión de inmensa sorpresa en la cara.

—Mierda —susurró el Sabueso.

—Socorro —tuvo tiempo de gritar el último de ellos antes de que Dow saltara sobre él. Rodaron por la hojarasca, gruñendo, retorciéndose. El brazo de Dow subió y bajó: una vez, dos veces, tres veces. Luego se levantó y miró entre los árboles con cara de muy pocos amigos. El Sabueso se disponía a encogerse de hombros cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¿Qué pasa ahí?

Se quedó helado. Otro más, a menos de diez zancadas, entre los arbustos. Procurando no hacer ruido, cogió una flecha, la encajó en el arco y luego se dio lentamente la vuelta. Vio dos, ellos le vieron a él, y la boca se le llenó de un sabor tan agrio como el de la cerveza rancia. Se miraron fijamente. El Sabueso apuntó al más grande de los dos y tensó el arco.

—¡No! —gritó el tipo. La flecha se alojó en su pecho y el hombre exhaló un gemido, se tambaleó y luego cayó de rodillas. El Sabueso tiró el arco y se apresuró a coger el cuchillo, pero no pudo sacarlo antes de que el otro se le echara encima. Se estrellaron contra la maleza y empezaron a rodar ladera abajo.

Luz, oscuridad, luz, oscuridad. Caían dando vueltas, lanzándose patadas, puñetazos, arañándose. El Sabueso se dio un golpe en la cabeza y de pronto se encontró de espaldas, enzarzado con él. Se lanzaban bufidos; no exactamente palabras, sino unos sonidos como los que hacen los perros al luchar. El tipo consiguió

soltarse una mano y se sacó un puñal de alguna parte, pero el Sabueso logró sujetarle la muñeca antes de que se lo clavara.

Descargando todo el peso de su cuerpo sobre él, empujaba hacia abajo con el puñal sujeto con las dos manos. Y el Sabueso le sujetaba las muñecas con ambas manos mientras empujaba en sentido contrario con todas sus fuerzas. Pero no parecían ser suficientes. El puñal descendía poco a poco hacia su cara. Bizqueando, lo miraba fijamente: una punta de metal reluciente situada a unos pocos centímetros de su nariz.

—¡Muérete, cabrón! —oyó, y la punta bajó otro centímetro más. Le ardían los hombros, los brazos, las manos; ya casi no tenía fuerzas. Miró el rostro de su enemigo. Barba de varios días en el mentón, dientes amarillentos, nariz aguileña con marcas de viruela. La punta avanzó un poco más. El Sabueso era hombre muerto, nada iba a impedirlo.

¡Zas!

Ya no había cabeza. El rostro del Sabueso recibió un baño de sangre caliente, pegajosa, hedionda. El cuerpo de su enemigo quedó inerte, y el Sabueso, con los ojos, la nariz y la boca llenos de sangre, lo apartó de un codazo. Se puso de pie tambaleándose, resollando, tosiendo, escupiendo.

—Ya está, Sabueso. Asunto arreglado. —Tul. Debía de haberse acercado a ellos mientras peleaban.

—Sigo vivo —susurró el Sabueso, como solía hacer Logen cuando el combate había terminado—. Sigo vivo —por los muertos, un poco más y esta vez no lo contaba.

—No parece que fueran muy bien equipados —dijo Dow mientras revolvía por el campamento. Un cazo puesto al fuego, unas cuantas armas y algunos otros bártulos; comida más bien poca. No la suficiente para andar solos por aquel bosque.

—Exploradores quizás —dijo Tresárboles—. ¿Una avanzadilla de un contingente mayor, tal vez?

—Lo más seguro —dijo Dow.

Tresárboles dio una palmada al Sabueso en la espalda.

—¿Todo bien?

Seguía muy ocupado limpiándose de sangre la cara.

—Creo que sí —un poco tembloroso todavía, pero eso se pasaba—. Sólo unos cuantos cortes y magulladuras. Nada que me vaya a matar.

—Bien, porque no puedo prescindir de ti. ¿Qué tal si te subes a uno de esos árboles y echas un vistazo mientras nosotros arreglamos este desbarajuste? A ver si averiguas para quiénes exploraban los cabrones estos.

—De acuerdo —dijo el Sabueso, y, luego, inspiró una buena bocanada de aire y la expulsó—. De acuerdo.

* * *

—¿Conque un trabajo de mierda, eh, Dow? —le susurró Tresárboles—. ¡Un trabajo de niños por el que encima teníamos que dar las gracias! ¿Qué me dices ahora?

—A lo mejor he cometido un error.

—De los grandes —terció el Sabueso.

Cientos de hogueras ardían en las oscuras laderas, cientos de hogueras y mucho más. Porque ahí abajo, ni que decir tiene, también había hombres. La mayoría siervos, con armamento ligero, pero también un buen número de Caris. El Sabueso veía reflejadas las últimas luces del día en las puntas de las lanzas, en los escudos y en las pulidas cotas de malla de los hombres que se apiñaban en torno a los flameantes estandartes de los jefes de clan, prestos para el combate. Un auténtico enjambre de estandartes. Unos veinte o treinta, calculando a ojo. El Sabueso nunca había visto más de diez juntos.

—El mayor ejército que jamás haya salido del Norte —masculló.

—Ajá —dijo Tresárboles—. Todos ellos a las órdenes de Bethod y a no más de cinco días a caballo de los sureños —luego señaló a uno de los estandartes—. ¿Ese de ahí abajo no es el estandarte de Huesocorto?

—Hummm —refunfuñó Dow y, acto seguido, lanzó un escupitajo a la maleza—. Sí, es su enseña. Yo tengo varias cuentas pendientes con ése.

—Ahí abajo está lleno de cuentas pendientes —dijo Tresárboles—. Ese otro de ahí es el de Pálido como la Nieve, y también está el de Costado Blanco, y el de Crendel Goring, por encima de las rocas esas. Una compañía sanguinaria. Todos los que tomaron partido por Bethod desde el principio. Todos bien recompensados por ello, me imagino.

—¿Y esos de ahí? —preguntó el Sabueso señalando unos estandartes que no reconocía: unas siniestras enseñas llenas de pellejos y huesos. Por el tipo de emblema le parecía que podían ser montañeses—. ¿No será el estandarte de Crummock-i-Phail, verdad?

—Imposible. Jamás se arrodillaría ante Bethod ni ante ningún otro. Ese loco seguirá arriba en las montañas, haciendo invocaciones a la luna y todo este tipo de cosas.

—A menos que Bethod haya acabado con él.

Tresárboles negó con la cabeza.

—Lo dudo. Es un perro astuto, ese Crummock. Lleva años resistiendo a Bethod en las Altiplanicies. Se conoce todos los caminos, o eso dicen.

—Entonces, ¿de quién son esas enseñas?

—Ni idea, puede que sean de gentes del este, de más allá de Crinna. Hay tipos muy raros por esas tierras. ¿Reconoces alguno de esos estandartes, Hosco?

—Hummm —respondió Hosco, pero no dijo nada más.

—Qué más da de quién sean —masculló Dow—. ¿Os habéis fijado en la cantidad que hay? Me cago en la puta, ahí abajo está la mitad del Norte.

—Y la peor mitad —dijo el Sabueso contemplando el estandarte de Bethod, que se alzaba maligno en medio de la hueste. Un círculo rojo pintado sobre lo que parecía un acre de pellejos negros; grande como un prado, montado sobre el tronco de un enorme pino y tremolando al viento—. No me haría gracia tener que cargar con él —dijo entre dientes.

Dow se acercó reptando y se les pegó.

—Tal vez pudiéramos colarnos ahí aprovechando la oscuridad —susurró—. Tal vez pudiéramos colarnos y meterle un acero a Bethod.

Todos se miraron. Era un riesgo inmenso, pero el Sabueso no teñía ninguna duda de que valía la pena intentarlo. No había ni uno solo de ellos que no hubiera soñado alguna vez con mandar a Bethod de vuelta al barro.

—Meterle un acero al cabrón ese —masculló Tul con una sonrisa de oreja a oreja.

—Grrr —gruñó Hosco.

—Una misión como ésa sí que vale la pena —siseó Dow—, ¡Ése sí que es un trabajo digno!

El Sabueso asintió con la cabeza sin dejar de mirar las fogatas.

—Desde luego —un trabajo noble. Un trabajo propio de unos Grandes Guerreros como lo eran ellos o, al menos, como lo fueron en tiempos. Seguro que se harían canciones sobre el tema. Sólo de pensarlo, al Sabueso le hervía la sangre en las venas y sentía un cosquilleo en las manos. Pero Tresárboles no estaba por la labor.

—No. No podemos correr ese riesgo. Tenemos que regresar y advertir a la Unión. Decirles que tienen invitados. Los peores invitados posibles, y en gran cantidad —luego se tiró de la barba, y el Sabueso concluyó que tampoco a él le hacía gracia darse la vuelta. A ninguno se la hacía, pero todos, Dow incluido, sabían que tenía razón. Lo más probable es que no pudieran llegar hasta Bethod y, en caso de que lo consiguieran, lo único seguro es que jamás saldrían de allí.

—Hay que volver —dijo el Sabueso.

—Entendido —dijo Dow—. Volvemos. Pero es una lástima.

—Así es —dijo Tresárboles—. Una lástima.

Sombras alargadas

—Por los muertos.

Ferro no dijo nada, pero, por primera vez desde que la conocía Logen, el ceño se le había borrado del rostro. La cara se le había desencajado y tenía la boca entreabierta. Luthar, por el contrario, se reía como un loco.

—¿Alguna vez habían visto algo parecido? —gritó imponiéndose al estruendo mientras señalaba hacia delante con mano temblorosa.

—No hay nada que se le pueda comparar —dijo Bayaz.

Logen tenía que admitir que no había parado de preguntarse a qué venía tanta historia con el asunto del cruce del río. Algunos de los más grandes del Norte podían plantear algún que otro problema, sobre todo si se trataba de cruzarlos en la estación equivocada o con mucho equipo. Pero, si no había puente, se buscaba un buen vado, se ponían las armas encima de la cabeza y se pasaba al otro lado. Puede que las botas tardaran un rato en secarse y que hubiera que tener los ojos bien abiertos por temor a las emboscadas, pero, por lo demás, no había mucho que temer de un río. Era un buen lugar para llenar los odres de agua.

Llenar un odre en el Aos habría resultado bastante peligroso, a no ser que se contara con una soga de cien zancadas de larga.

Una vez había estado en los acantilados que había cerca de Uffrith contemplando las olas que se estrellaban contra las lejanas rocas de abajo y mirando la masa de espumeante agua gris que se perdía en la distancia. Un lugar mareante e inquietante, una especie de cura de humildad. La sensación que producía hallarse al borde del gran cañón del río era muy parecida, aunque, en este caso, a medio kilómetro se erguía otro acantilado. La otra orilla, si es que podía emplearse ese término para designar una descomunal pared de roca.

Con suma cautela, arrastrando los pies y tanteando el suelo blando con la punta de las botas, se acercó hasta el borde y se asomó al vacío. Mala idea. La tierra roja, trabada con las raíces blancas de la hierba, sobresalía un poco y, a continuación, la pared de roca caía casi a pico. Abajo, muy lejos, el agua espumeante rompía contra

ella y arrojaba al aire enormes columnas de brillante rocío, nubes de neblina húmeda que Logen casi llegaba a sentir en la cara. Alargadas matas de hierba se aferraban a las grietas y a las cornisas, y, a su alrededor, revoloteaban los pájaros, cientos de pequeños pájaros blancos. Logen apenas alcanzaba a oír sus gorjeos en medio del imponente estruendo del río.

Se imaginó lo que sería precipitarse hacia aquella atronadora masa de agua oscura: verse absorbido, azotado y desgarrado como una hoja en medio de un temporal. Tragó saliva y, sin levantar los pies del suelo, comenzó a retirarse con mucho cuidado, buscando con la mirada algo a lo que poder aferrarse en caso de emergencia. Se sentía minúsculo, ingrávido, expuesto a que cualquier ráfaga de viento le arrancara del suelo. Casi sentía el movimiento del agua bajo sus botas, un empuje incontenible que hacía retemblar la tierra.

—¡Ya ve que lo del puente no era mala idea! —le gritó Bayaz al oído.

—¿Pero es que se puede construir un puente sobre una cosa como ésta?

—En Aostum el río se divide en tres ramales y el cañón es bastante menos profundo. Los arquitectos del Emperador crearon unas islas artificiales y levantaron puentes compuestos de muchos arcos pequeños. Aun así, les llevó doce años acabar la obra. El puente de Darmium lo construyó el propio Kanedias y fue un regalo que hizo a su hermano Juvens cuando su relación aún era cordial. Salva el río con un solo arco. Cómo lo consiguió, es algo que nadie ha conseguido explicarse nunca —Bayaz se volvió para dirigirse hacia los caballos—. ¡Llame a los otros, tenemos que ponernos en marcha!

Ferro ya se retiraba del borde.

—Cuánta agua —echó la vista atrás, frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—En tu tierra no hay ríos como éste, ¿eh?

—En la Estepa Árida el agua es el bien más preciado. La gente mata por ella.

—¿Es ahí donde naciste? ¿En la Estepa Árida? —extraño nombre para un lugar, aunque a ella le sentaba muy bien.

—En la Estepa no hay nacimientos, pálido, sólo muertes.

—Una tierra dura, ¿eh? ¿En dónde naciste entonces?

Ferro le miró con cara de pocos amigos.

—¿A ti qué te importa?

—Sólo pretendía ser amigable.

—¡Amigos! —soltó con sorna apartándole para dirigirse hacia los caballos.

—¿Qué pasa? ¿Tantos amigos tienes por aquí que no puedes admitir ninguno más?

Ferro se detuvo, se dio la vuelta y le miró con los ojos entornados.

—Mis amigos duran poco, pálido.

—Igual que los míos, pero si a ti no te parece mal, estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Vale —dijo, pero su semblante no tenía nada de amistoso—. Los gurkos conquistaron mi país cuando era niña y me cogieron como esclava. Cogieron a todos los niños.

—¿Esclava?

—¡Sí, imbécil, esclava! ¡Comprada y vendida, como hace un carnicero con la carne! ¡Con un dueño que podía hacer de ti lo que quisiera, lo mismo que haría con una cabra, un perro o con la tierra de su jardín! ¿Era eso lo que querías saber, amigo?

Logen frunció el ceño.

—No tenemos esa costumbre en el Norte.

—Chiss —le chistó frunciendo con desdén el labio—. ¡Suerte para ti!

***

Las ruinas se alzaban ante ellos. Un bosque de columnas destrozadas, un laberinto de muros semiderruidos, un suelo sembrado de bloques de piedra del tamaño de un hombre. Ventanas desvencijadas y vanos sin puerta abiertos como heridas. Un sinuoso perfil negro que se recortaba sobre las nubes errantes como una gigantesca hilera de dientes mellados.

—¿Qué ciudad fue ésta? —preguntó Luthar.

—No es una ciudad —dijo Bayaz—. En el momento de máximo esplendor de los Viejos Tiempos, cuando el poder del Emperador se hallaba en su cénit, éste fue su palacio de invierno.

—¿Todo esto, la casa de un solo hombre? —dijo Logen mientras contemplaba con los ojos entrecerrados la vasta extensión de ruinas.

—Y ni siquiera lo era durante todo el año. La corte residía la mayor parte del tiempo en Aulcus. En invierno, cuando llegaban las primeras nieves desde las montañas, el Emperador se instalaba aquí con su séquito. Un ejército de guardias, de

sirvientes, de cocineros, de funcionarios, de príncipes, hijos y esposas que se abría paso por la llanura huyendo de los vientos fríos y residía aquí durante tres meses escasos en majestuosos salones, fastuosos jardines y cámaras doradas —la cabeza calva de Bayaz se agitó de un lado a otro—. En tiempos remotos, antes de la guerra, este lugar resplandecía como el mar bajo el sol naciente.

Luthar soltó un resoplido desdeñoso.

—Supongo que fue Glustrod quien lo tiró abajo, ¿no?

—No. No fue en esa guerra sino en otra que tuvo lugar muchos años después. La guerra que tras la muerte de Juvens libró mi orden contra su hermano mayor.

—Kanedias —mascculló Quai—, el Maestro Creador.

—Una guerra igual de enconada, igual de brutal y despiadada que la anterior. Y en la que se perdió aún más. Al final cayeron tanto Juvens como Kanedias.

—Una familia mal avenida —murmuró Logen.

—Cierto —Bayaz torció el gesto y miró las inmensas ruinas—. La muerte del Creador, el último de los cuatro hijos de Euz, marcó el final de los Viejos Tiempos. De esa época ya sólo nos quedan ruinas, tumbas y leyendas. Hombres pequeños somos, arrodillados ante las sombras del pasado.

Ferro se irguió apoyándose en las espuelas.

—Jinetes —dijo, oteando el horizonte—. Cuarenta, tal vez más.

—¿Dónde? —preguntó Bayaz haciéndose sombra con una mano—. Yo no veo nada —tampoco Logen veía nada. Sólo un mar de hierba ondulante y de nubes bajas.

Pielargo frunció el ceño.

—No veo jinetes, y eso que he sido bendecido con una vista magnífica. Fíjense en que a menudo me han dicho que...

—¿Qué prefiere, esperar a verlos o salirse del camino antes de que sean ellos los que nos vean a nosotros? —le bufó Ferro.

—A las ruinas —soltó Bayaz volviendo la cabeza—. Esperaremos a que pasen de largo. ¡Malacus! ¡De la vuelta al carro!

Los restos del palacio de invierno estaban poblados de sombras, y de silencio, y de decrepitud. A su alrededor se alzaban las descomunales ruinas, trepadas de hiedra antigua, recubiertas de musgo húmedo, salpicadas de excrementos de pájaros y murciélagos. Los animales habían hecho de ellas su palacio. Los pájaros cantaban desde centenares de nidos en lo alto de su venerable fábrica. Las arañas habían tejido reverberantes telas salpicadas de rocío en los vanos torcidos. Diminutos lagartos

tomaban el sol en los parches de luz de los sillares caídos y se alejaban correteando al acercarse a ellos. Las piedras pegajosas devolvían el eco del traqueteo del carromato sobre los baches, el ruido de los pasos, el golpeteo de los cascos de los caballos. Por todas partes se oía agua que corría, goteaba y caía en charcos ocultos.

—Cógeme esto, pálido —Ferro plantó su espada en las manos de Logen.

—¿Adónde vas?

—Aguarda aquí y que no se te vea el pelo —luego señaló hacia arriba con la cabeza—. Yo vigilaré desde ahí.

De niño, Logen se pasaba mucho tiempo en las arboledas que rodeaban su aldea. Ya de joven, había pasado varios días en las tierras altas, probándose a sí mismo en las montañas. Un invierno, en Heonan, los montañeses se habían hecho con el control del paso alto. A pesar de que el propio Bethod pensaba que no había manera de rodearlos, Logen había encontrado una forma de ascender por un precipicio helado y les había ajustado las cuentas. Pero no veía forma de subir ahí arriba. No sin disponer de un par de horas. Acantilados de bloques inclinados repletos de plantas trepadoras secas, frágiles riscos de mampostería, cubiertos de musgo resbaladizo, que parecían oscilar con el rápido discurrir de las nubes por el cielo.

—Cómo demonios pretendes subir...

Ya iba por la mitad de uno de los pilares. Más que trepar, correteaba por la superficie como un insecto. Al llegar arriba, se paró un instante, encontró un apoyadero que le pareció seguro y luego se lanzó al aire, justo por encima de la cabeza de Logen, y, tras aterrizar en el muro que había detrás, se encaramó a la parte de arriba, arrojando sobre él una lluvia de mortero. Puesta en cuclillas, le miró con el ceño fruncido.

—¡Procura no armar mucho ruido! —le siseó y, acto seguido, se perdió de vista.

—Han visto... —musitó Logen, pero los demás ya se habían internado en las húmedas sombras, y él se apresuró a seguirlos pues no sentía el más mínimo deseo de quedarse solo en aquel cementerio comido por la maleza. Quai había detenido el carro un poco más adelante y estaba apoyado en uno de sus lados junto a los caballos, que se revolvían inquietos. Cerca de él, arrodillado entre los matojos, el Primero de los Magos frotaba con las palmas de las manos un muro cubierto de líquenes.

—Mire —dijo Bayaz cuando Logen pasaba a su lado—. Mire estos grabados. ¡Son obras maestras del mundo antiguo! Relatos, lecciones y avisos extraídos de la historia —sus gruesos dedos repasaban con suavidad la superficie estriada de la piedra—. ¡Puede que seamos los primeros hombres que los ven en siglos!

—Hummm —masculló Logen y, acto seguido, soltó un resoplido.

—¡Mire esto! —Bayaz señaló un trozo de pared—. Euz otorga sus dones a sus tres hijos mientras Glustrod contempla la escena, oculto entre las sombras. El nacimiento de las tres disciplinas de la magia. Qué maestría, ¿eh?

—Ya.

—Y mire aquí —gruñó Bayaz arrancando un manojo de hierbajos y avanzando unos pasos hacia otro de los musgosos paneles—. Glustrod maquina la destrucción de la obra de su hermano —para acceder al siguiente tuvo que desgarrar una maraña de hiedra seca—. Aquí quebranta la Primera Ley y oye las voces del mundo inferior, ¿lo ve? Luego convoca a los demonios y los envía a luchar contra sus enemigos. Y aquí hay otro —musitó mientras apartaba de un tirón una mata marrón de enredaderas—, veamos...

—Glustrod excava —masculló Quai—. ¿Quién sabe? A lo mejor en el siguiente ya ha encontrado lo que busca.

—Hummm —rezongó el Primero de los Magos soltando la hiedra y dejando que volviera a tapar el muro. Luego lanzó una mirada iracunda al aprendiz y se levantó con cara de pocos amigos—. Puede que a veces sea preferible dejar que el pasado permanezca oculto.

Logen carraspeó, se alejó unos pasos y se escabulló a toda prisa cruzando un arco torcido. El amplio espacio que se abría al otro lado estaba lleno de unos arbolillos nudosos plantados en hilera, pero hacía mucho que había sido comido por la maleza. En torno a los muros tapizados de musgo se erguían enormes matojos de ortigas y malas hierbas, pardos y flácidos a causa de la lluvia.

—¡No sé si estará mal que yo lo diga, pero estas cosas no deben callarse! —sonó la jovial voz de Pielargo—. ¡Mi sentido de la orientación no tiene parangón! ¡Supera al de cualquier otro Navegante como una montaña sobrepuja a un valle encajonado! —un gesto de horror asomó al semblante de Logen, pero se trataba de elegir entre el malhumor de Bayaz y las fanfarronadas de Pielargo, que era como decir que no había elección.

—¡He guiado a la expedición por la gran llanura hasta alcanzar del río Aos sin desviarme ni un solo kilómetro! —el Navegante miró a Logen y a Luthar sonriendo de oreja a oreja, como si esperara recibir un torrente de elogios—. ¡Y sin haber tenido ni un solo encuentro peligroso en una tierra que se considera una de las más peligrosas que existen bajo el sol! —Pielargo frunció el ceño—. Es probable que ya hayamos superado con éxito una cuarta parte de nuestro épico viaje. No sé si se dan cuenta de las dificultades que conlleva una cosa así. ¡Piensen en lo que supone cruzar una llanura monótona e interminable como ésta cuando el otoño comienza a dar paso

al invierno, sin poder contar siquiera con la ayuda de las estrellas! —el Navegante sacudió apesadumbrado la cabeza—. Hummm. Realmente el cénit del éxito es un lugar solitario.

Luego se dio la vuelta y se acercó a uno de los árboles.

—Los alojamientos debieron de conocer tiempos mejores pero al menos los árboles siguen dando frutos —Pielargo arrancó una manzana verde de una de las ramas bajas del árbol y se puso a limpiarla con la manga—. No hay nada como una buena manzana, y del huerto del Emperador, por si fuera poco —El Navegante se sonrió—. ¿Qué curioso, verdad? Las plantas soportan mejor el paso del tiempo que las grandes obras humanas.

Luthar se sentó en una estatua derrumbada que tenía cerca, desenvainó el más largo de sus dos aceros y se lo puso en las rodillas. El metal, pulido como un espejo, lanzó un destello cuando le dio la vuelta en su regazo, luego lo miró con gesto ceñudo, se chupó un dedo y se puso a frotar una mota invisible. Al cabo de un rato, sacó su piedra de afilar, escupió sobre ella y se puso a trabajar con mucho esmero en la larga hoja del arma. El metal tintineaba mientras la piedra lo recorría de arriba abajo. En el ánimo de Logen, aquel sonido y aquel ritual, tan característicos de los miles de campamentos que había conocido en su vida, ejercían una suerte de efecto balsámico.

—¿Es necesario que haga eso? —inquirió de pronto el Hermano Pielargo—. Tanto afilar y pulir, afilar y pulir, de día y de noche, hace que me entre dolor de cabeza. Distinto sería si ya hubiera tenido que usarlos alguna vez. Ya verá como cuando los necesite se encuentra con que se le han quedado en nada de tanto afilarlos —encantado con su propio chiste, soltó una risita—. ¿Y qué hará entonces, eh?

Luthar ni se molestó en levantar la vista para responderle.

—¿Por qué no se ocupa de hacernos cruzar esta maldita llanura y deja las espadas a quienes las entienden? —Logen sonrió para sus adentros. A su parecer, una discusión entre dos de los hombres más arrogantes que había conocido en su vida era algo digno de ver.

—Ja —soltó con sorna Pielargo—, muéstreme a alguien que realmente entienda de eso y con mucho gusto me abstendré de volver a hablar de aceros —luego hizo ademán de llevarse la manzana a la boca, pero, antes de que pudiera darle un mordisco, se encontró con la mano vacía. Luthar, rápido como una centella, le había arrebatado la fruta ensartándola con la reluciente punta de su espada—. ¡Devuélvame eso!

Luthar se puso de pie.

—Por supuesto —y, acto seguido, la soltó del extremo del acero con un hábil giro de muñeca. Antes de que Pielargo pudiera agarrarla con las manos, Luthar sacó el acero corto y la partió en dos trozos, que salieron volando por el aire. El Navegante estuvo unos instantes haciendo juegos malabares con las dos mitades idénticas antes de que ambas fueran a parar al suelo.

—¡No me venga con sus malditos alardes! —exclamó.

—No todos somos tan modestos como usted —masculló Luthar. Logen soltó otra risa para sus adentros mientras Pielargo se dirigía enfurruñado hacia los árboles para coger otra manzana.

—Buen truco —gruñó Logen abriéndose paso entre la maleza para acercarse al lugar donde estaba sentado Luthar—. Es rápido con las agujas esas.

El joven se encogió de hombros con modestia.

—No es la primera vez que me lo dicen.

—Hummm —ensartar una manzana y ensartar a un hombre no eran la misma cosa, pero ser rápido era un buen comienzo. Logen bajó la vista y contempló la espada de Ferro, luego le dio la vuelta entre las manos y la sacó de su vaina de madera. Le parecía un arma muy rara: el mango y la hoja estaban ligeramente curvados, era más gruesa en el extremo opuesto al de la empuñadura, sólo estaba afilada de un lado y apenas si tenía punta. La agitó un par de veces en el aire. Extraño peso, más propio de un hacha que de una espada.

—Un trasto muy raro —masculló Luthar.

Logen recorrió el filo con el pulgar. Un tacto rugoso, que agarraba un poco la piel.

—Pero muy afilado.

—¿Usted nunca afila la suya?

Logen frunció el ceño. Calculaba que en total debía de haberse pasado varias semanas de su vida afilando sus armas. Todas las noches, cuando se hacía un alto en el camino, después del almuerzo, los hombres se sentaban y repasaban su equipo: el chirrido de los aceros raspados con piedras y metales, los resplandores metálicos a la luz de la hoguera. Afilar, limpiar, pulir, tensar. Su cabello podía estar cubierto de barro, su piel, tensa de sudor rancio, y sus ropas, plagadas de piojos, pero sus armas siempre relucían como la luna llena.

Agarró el frío mango y sacó de su mugrienta vaina la espada que le había regalado Bayaz. Comparada con la de Luthar, e incluso con la de Ferro, se antojaba un trasto lento y feo. Su pesada hoja color grisáceo apenas si tenía brillo. La dio la vuelta entre

sus manos. Una solitaria letra plateada relucía junto a la empuñadura. La marca de Kanedias.

—No me explico muy bien por qué, pero lo cierto es que no hace falta afilarla. Al principio lo intenté, pero lo único que conseguí fue desgastar la piedra —Pielargo se había encaramado a uno de los árboles y reptaba por una gruesa rama en dirección a una manzana que colgaba fuera de su alcance, cerca del extremo.

—Si quieren saber mi opinión, les diré que las armas son un reflejo de sus dueños —rezongó el Navegante—. El capitán Luthar, reluciente y apuesto pero sin experiencia en el combate. La dama Maljinn, fiera, cortante y de aspecto amenazador. El norteño Nuevededos, pesado, sólido, lento y simplón. ¡Ja! —se rió mientras avanzaba un poco más por la rama—. ¡Unas metáforas de lo más precisas! Hacer malabarismos con las palabras siempre ha sido uno de mis dones más...

Exhalando un quejido, Logen hizo un molinete con la espada. La hoja mordió la rama en el punto donde se unía al tronco hasta casi desgajarla. Más que suficiente para que el peso de Pielargo diera cuenta del resto y la arrancara del todo. Rama y Navegante se estrellaron contra la maleza que crecía a la sombra del árbol.

—¿Es lo bastante simple y lenta para usted?

Sin dejar de afilar su acero corto, Luthar estalló en violentas carcajadas, y Logen se le unió. Echarse unas risas con un hombre era un buen paso adelante. Primero vienen las risas, luego el respeto y la confianza.

—¡Por el aliento de Dios! —exclamó Pielargo mientras salía de debajo de la rama—. ¿Es que uno no puede comer sin que le dejen en paz?

—Un filo estupendo —dijo entre risas Luthar—, De eso no cabe duda.

Haciendo fuerzas, Logen levantó en alto la espada con una mano.

—Sí, el tal Kanedias sabía cómo hacer una buena espada.

—A hacer espadas se dedicaba —Bayaz había traspasado el arco desvencijado y había accedido al huerto—. Por algo le llamaban el Maestro Creador. Esa que tiene usted en la mano no es sino la más ínfima de sus creaciones, y fue forjada para la guerra contra sus hermanos.

—¡Hermanos! —dijo con desdén Luthar—. Entiendo muy bien cómo se sentía. Siempre acaba surgiendo algún problema con ellos. Por culpa de una mujer, en mi caso —dio un último toque a su espada con la piedra de afilar—. Aunque en materia de mujeres siempre he acabado siendo yo quien se las llevó al huerto.

—¿No me diga? —repuso Bayaz con sorna—. El caso es que sí que hubo una mujer metida en todo el asunto, aunque no de la manera en que usted piensa.

Luthar le dirigió una sonrisa repelente.

—¿Y de qué otra manera puede pensarse en una mujer? Porque si quiere saber mi opinión, le diré que... ¡aarggh! —un buen terrón de excremento de pájaro se estampó contra la hombrera de su zamarra y salpicó su pelo, su cara, sus aceros recién limpiados de motas negras y grises—. ¿Qué demonios...? —se levantó apresuradamente y miró hacia el muro que tenía encima. Arriba, apostada en cuclillas, estaba Ferro, limpiándose la mano con una hoja de hiedra.

Con el cielo brillante a sus espaldas, no era fácil asegurarlo, pero a Logen le pareció ver el esbozo de una sonrisa en su semblante.

El que desde luego no sonreía era Luthar.

—¡Maldita zorra! —chilló mientras se limpiaba la porquería blanca de la zamarra y la arrojaba contra el muro—. ¡Malditos salvajes! —y, abriéndose paso entre ellos, cruzó hecho una furia el arco desvencijado. Las risas era una cosa, pero todo parecía indicar que el respeto aún tardaría en llegar.

—Por si acaso os interesa, pálidos —les llamó Ferro—, los jinetes ya han pasado de largo.

—¿En qué dirección?

—Hacia el este, por donde vinimos, y a galope tendido.

—¿Nos buscan?

—¿Quién sabe? No lo llevaban puesto en un cartel. Pero si nos andan buscando, lo más seguro es que den con nuestro rastro.

El Mago torció el gesto.

—En tal caso será mejor que bajes de ahí. Hay que ponerse en marcha —caviló unos instantes y luego añadió—: ¡Y más vale que dejes de lanzarle mierda a la gente!

Y ahora... mi oro

A Sand dan Glokta, Superior de Dagoska. Estrictamente confidencial:

Me turba en lo más hondo saber de su escasez, de hombres y de dinero.

En lo que respecta a los soldados, tendrá que apañárselas con lo que tiene o con lo que usted mismo pueda conseguir. Como bien sabe, el grueso de nuestras fuerzas está comprometido en Angland. Por desgracia, los ánimos andan revueltos entre el campesinado de Midderland y eso tiene muy ocupado al resto de las tropas.

Con respecto a los fondos, me temo que por el momento no nos es posible desprendernos de ninguna cantidad. No vuelva a solicitarlo. Le aconsejo que exprima todo lo que pueda a los Especieros, a los nativos y a cualquiera que tenga a mano. Pida préstamos y trate de ir tirando con eso. De muestras de esa inventiva que tanta fama le granjeó en las guerras contra los kantics.

Confío en que no me defraudará.

Sult.

Archilector de la Inquisición de Su Majestad.

—Por así decirlo, Superior, todo va viento en popa ¡Desde que se abrieron las puertas de la Ciudad Alta, la fuerza de trabajo indígena se ha triplicado! ¡El foso se encuentra ya por debajo del nivel del mar a lo largo de toda la península y gana en profundidad día a día! ¡Lo único que retiene el agua son unas pequeñas presas situadas a ambos extremos, y, en cuanto dé la orden, lo inundaremos! —Vissbruck se recostó en su asiento y una sonrisa de satisfacción inundó su rechoncho rostro. *Como si la idea hubiera sido suya.*

Abajo, en la Ciudad Alta, comenzaban a oírse los rezos matinales. Un extraño gemido que surgía de las torretas del Gran Templo, se expandía por Dagoska y traspasaba los muros de los edificios, incluso los del lugar en que se encontraban en

aquel momento, la cámara de audiencias de la Ciudadela. *Kahdia llama a los suyos a la oración.*

Al oír aquel sonido, los labios de Vurms se fruncieron.

—¿Otra vez esa dichosa hora? ¡Ya están ahí esos malditos nativos con sus estúpidas supersticiones! ¡Jamás deberíamos haberles permitido que regresaran a su templo! ¡Esos malditos cánticos suyos me producen dolor de cabeza!

Sólo por eso ya valdría la pena. Glokta sonrió de oreja a oreja.

—Si a Kahdia le hace feliz, su dolor de cabeza no me preocupa gran cosa. Le guste o no, necesitamos a los nativos, y a los nativos les gusta cantar. Acostúmbrese, se lo aconsejo. O, si no, envuélvase la cabeza en una manta.

Mientras Vurms seguía con sus refunfuños, Vissbruck permanecía sentado en su silla, escuchando.

—A mí, debo reconocerlo, ese sonido me relaja, y, en cualquier caso, lo que no se puede negar es que las concesiones del Superior han tenido un efecto muy positivo en la actitud de los nativos. Con su ayuda se han podido reparar las murallas terrestres, se han reemplazado las puertas y los andamios ya se están desmontando. También se ha adquirido piedra para construir nuevos parapetos, pero, ay, ahora resulta que los albañiles se niegan a trabajar si pasa un solo día más sin que se les pague. Mis hombres, por su parte, sólo están cobrando un cuarto de su soldada, y la moral es baja. El endeudamiento es el problema, Superior.

—Vaya si lo es —masculló furioso Vurms—. Los graneros están casi al completo y se han abierto dos nuevos pozos en la Ciudad Baja, pero el coste ha sido muy alto y yo ya he agotado todo mi crédito. ¡Los mercaderes de grano me la tienen jurada! *Seguro que no tanto como me la tienen jurada a mí todos los mercaderes de la ciudad.* Apenas si puedo aparecer en público debido al escándalo que montan en cuanto me ven. ¡Mi reputación está en peligro, Superior!

Como si no tuviera otras, preocupaciones aparte de la reputación de este asno.

—¿Cuánto se adeuda?

Vurms frunció el ceño.

—En concepto de alimentos, agua y equipamiento general, no menos de cien mil marcos.

¿Cien mil? A los Especieros les encanta hacer dinero, pero es mayor aún el odio que tienen a perderlo. Eider no obtendrá ni la mitad de esa cifra, ni aun suponiendo que realmente lo intente.

—¿Y qué me dice usted, general?

—Sumando la contratación de los mercenarios, la excavación del foso, la reparación de las murallas y las nuevas armas, armaduras y municiones... —Vissbruck soltó un resoplido—. El total asciende a cerca de cuatrocientos mil marcos.

Glokta estuvo a punto de asfixiarse con su propia lengua. *¿Medio millón? El rescate de un Rey, más incluso. Dudo mucho que Sult pudiera proporcionar una cantidad como ésa, en caso de que estuviera dispuesto a hacerlo, que no lo está. No pasa un solo día sin que muera alguien por deudas infinitamente menores.*

—Sigan trabajando como sea. Prometan lo que quieran. El dinero está de camino, se lo aseguro.

El general ya había empezado a recoger sus papeles.

—Hago cuanto puedo, pero la gente empieza a dudar de que vayan a cobrar alguna vez.

Vurms fue más directo.

—Nadie se fía ya de nosotros. Sin dinero no podemos hacer nada.

***

—Nada —gruñó Severard. Frost sacudió lentamente la cabeza.

Glokta se frotó sus ojos irritados.

—Un Superior de la Inquisición desaparece sin dejar ni el más pequeño vestigio. Al llegar la noche, se retira a sus aposentos y cierra la puerta con llave. A la mañana siguiente, no responde. Derriban la puerta y qué encuentran... *Nada.* La cama se había usado, pero no hay ni rastro de un cuerpo. Ni la más mínima señal de lucha siquiera.

—Nada —masculló Severard.

—¿Qué es lo que sabemos? Davoust sospechaba que dentro de la ciudad se estaba fraguando una conspiración, que había un traidor cuya intención era rendir Dagoska a los gurkos. Creía que estaba involucrado un miembro del consejo. Parece lógico pensar que descubrió la identidad de esa persona y entonces fue silenciado.

—Pero, ¿por quién?

Hay que darle la vuelta a la pregunta.

—Si no podemos encontrar al traidor, tenemos que conseguir que venga hasta nosotros. Si trabaja para dejar entrar a los gurkos, nosotros tenemos que conseguir mantenerlos fuera. Tarde o temprano, se descubrirá.

—Arriezgado —farfulló Frost. *Arriesgado, desde luego, sobre todo para el nuevo Superior de la Inquisición de Dagoska, pero no tenemos otra opción.*

—Entonces, ¿esperamos? —preguntó Severard.

—Esperaremos y nos ocuparemos de las defensas. A la vez que tratamos de conseguir algo de dinero. ¿Tienes algún capital, Severard?

—Algo tenía, pero se lo di a una chica de los arrabales.

—Ah, lástima.

—No crea, folla como una posesa. Se la recomiendo encarecidamente, si es que está interesado.

Glokta hizo un gesto de dolor al sentir un chasquido en la rodilla.

—Qué historia más conmovedora, Severard, y eso que nunca te había tenido por un romántico. Si no estuviera tan mal de fondos, me pondría a cantar una balada.

—Puedo preguntar por ahí. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Oh, no mucho. Digamos, ¿medio millón de marcos?

Una de las cejas del Practicante se arqueó de golpe. Se metió la mano en el bolsillo, hurgó un momento y luego la sacó y la abrió. Unas cuantas monedas de cobre brillaban en su palma.

—Doce perras —dijo—. Doce perras, eso es todo lo que puedo conseguir.

***

—Doce mil es todo lo que puedo conseguir —dijo la Maestre Eider. *Poco más que un grano de arena en el desierto*—. Mi gremio está nervioso, los negocios no van demasiado bien, la mayor parte de nuestros activos están comprometidos en alguna que otra operación. Y en este momento tampoco disponemos de demasiada liquidez.

Yo diría que disponen de bastante más de doce mil, pero, é qué más da? Yo mismo dudo que tengan por ahí escondidos medio millón de marcos. Lo más probable es que en toda la ciudad no haya esa cantidad.

—Uno se sentiría tentado de pensar que no me aprecian mucho.

La Maestre resopló con sorna.

—¿A alguien que les ha expulsado del Templo? ¿Que ha armado a los nativos? ¿Que les exige dinero? Desde luego no puede decirse que sea usted el hombre al que más aprecien en el mundo.

—¿Andaría muy errado si dijera que claman por mi sangre? *Y por una gran cantidad de ella, me supongo.*

—Pudiera ser, pero de momento creo que he conseguido convencerlos de que es usted bueno para la ciudad —durante un instante pareció tantearle con la mirada—. Porque es usted bueno para la ciudad, ¿no?

—Si su prioridad es evitar que entren los gurkos, sí. *Porque ésa es nuestra prioridad, ¿o no?* Aunque no me vendría mal contar con un poco más de dinero.

—Nunca viene mal contar con un poco más de dinero, pero ése es el problema con los mercaderes. Les gusta mucho más hacerlo que gastarlo, aunque sea por su propio interés —exhaló un hondo suspiro, hizo tamborilear las uñas sobre la mesa y se miró la mano. Pareció pensárselo un momento y luego empezó a quitarse los anillos de los dedos. Cuando ya se los había sacado todos, los arrojó a la caja del dinero.

Glokta frunció el ceño.

—Un gesto encantador, Maestre, pero no puedo...

—Insisto —dijo ella mientras se desprendía de su pesado collar y lo dejaba caer en la caja—. Siempre puedo conseguir otras una vez que haya salvado usted la ciudad. En todo caso, de poco me servirán cuando los gurkos me las arranquen de mi cadáver, ¿no cree? —dejó resbalar por sus muñecas sus pesados brazaletes, unas piezas de oro amarillo tachonadas de gemas verdes, que cayeron tintineando junto a todo lo demás—. Más vale que se lleve esas joyas antes de que me arrepienta. Un hombre perdido en el desierto debe aceptar el agua que se le ofrezca...

—Venga de donde venga. Lo mismo me dijo Kahdia.

—Kahdia es un hombre sabio.

—Sin duda. Le agradezco su generosidad, Maestre —Glokta cerró de golpe la tapa de la caja.

—Es lo menos que puedo hacer. Pronto volveremos a hablar —se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Al contacto con la alfombra, sus sandalias emitían un leve susurro.

***

—Dice que tiene que hablar con usted ahora mismo.

—¿Cómo has dicho que se llamaba, Shickel?

—Mauthis. Es un banquero.

Otro acreedor que viene a reclamar su dinero. Tarde o temprano no me quedará más remedio que arrestarlos a todos. Será el final de mi pequeña oleada de gastos, pero, aunque sólo sea por ver la expresión de sus rostros, valdrá la pena. Glokta, abatido, se encogió de hombros.

—Hazle pasar.

Era un hombre alto, de unos cincuenta años, con un aspecto que rozaba lo enfermizo: rostro demacrado, mejillas chupadas, ojos rehundidos. En sus movimientos se apreciaba una seca precisión, en su mirada, una persistente frialdad. *Como si calculara el valor en marcos de plata de todo lo que ve, yo incluido.*

—Mi nombre es Mauthis.

—Ya me lo han dicho, pero me temo que en este momento no disponemos de fondos. *A menos que se cuenten las doce perras de Severard.* Cualquier deuda que tenga contraída la ciudad con su banco tendrá que esperar. No será por mucho tiempo, se lo aseguro. *Sólo hasta que se seque el mar y los demonios pueblen la tierra.*

Mauthis le obsequió con una sonrisa. *Si es que se la puede llamar así. Una escueta y precisa curvatura de la boca carente de toda alegría.*

—Se equivoca conmigo, Superior. No he venido para cobrar una deuda. Desde hace siete años tengo el privilegio de ser el principal representante en Dagoska de la banca Valint y Balk.

Glokta hizo una pausa y luego trató de conferir a sus palabras un tono neutro.

—¿Valint y Balk ha dicho? Tengo entendido que su banco financiaba al Gremio de los Sederos.

—Tuvimos negocios con ellos antes de que se produjera su desafortunada caída en desgracia. *Desde luego que sí. Los tenían pillados hasta el cuello.* Pero en realidad tenemos negocios con muchos gremios, y con muchas empresas, y con otros bancos, y también con particulares, grandes y pequeños. Hoy con quien tengo negocios es con usted.

—¿Negocios, de qué naturaleza?

Mauthis se volvió hacia la puerta y chasqueó los dedos. Entraron dos fornidos nativos que gruñían, sudaban y bregaban bajo el peso de un enorme cofre: una caja negra de madera pulida, cinchada con unas relucientes bandas de metal y sellada con un grueso candado. Lo depositaron en la espléndida alfombra, se secaron el sudor de

la frente y luego se fueron por donde habían venido bajo la mirada ceñuda de Glokta. *¿De qué va esto?* Mauthis se sacó una llave del bolsillo y la introdujo en el candado. A continuación se inclinó hacia delante y levantó la tapa del cofre. Finalmente, se aparató con un movimiento medido y preciso para que Glokta pudiera ver su contenido.

—Ciento cincuenta mil marcos de plata.

Glokta pestañeó. *No hace falta que lo jure.* Las monedas emitían destellos bajo la luz del atardecer. Piezas de cinco marcos, planas, redondas, plateadas. No formaban una masa tintineante, no eran como una horda bárbara. Se encontraban ordenadas en unos montoncitos encajados entre espigas de madera. *Tan precisos y ordenados como el propio señor Mauthis.*

Los dos porteadores regresaron jadeantes a la sala cargados con un segundo cofre algo más pequeño que el anterior. Lo colocaron en el suelo, permitiéndose tan sólo una mirada de soslayo a la fortuna que resplandecía a plena vista a su lado.

Mauthis abrió el segundo cofre con la misma llave, alzó la tapa y se apartó.

—Trescientos cincuenta mil marcos de oro.

Glokta sabía que tenía la boca abierta, pero era incapaz de cerrarla. Un resplandor de un amarillo dorado reluciente y puro. Tanta riqueza junta producía casi una sensación de calor, como si se tratara de una hoguera. Tiraba de él, le arrastraba, le empujaba hacia delante. Dio un paso vacilante al frente y luego se detuvo. Enormes piezas doradas de cincuenta marcos. Como las anteriores, en montoncitos idénticos y meticulosamente ordenados. *La mayoría de los hombres jamás han visto monedas como éstas. Y deben de ser menos aún quienes las hayan visto en tal cantidad.*

Mauthis se metió una mano en el gabán y sacó un estuche de cuero. Lo depositó sobre la mesa y lo desenvolvió, una vez, dos veces, tres.

—Medio millón de marcos en piedras preciosas.

Ahí estaban, sobre el suave lecho de cuero negro que reposaba encima de la dura superficie marrón de la mesa, ardiendo con todos los colores del arco iris. Lo menos dos grandes puñados de brillantes piedras multicolores. Glokta, aturdido, bajó la vista para contemplarlas mientras se chupaba las encías. *En comparación con esto, las joyas de la Maestre Eider parecen poca cosa.*

—Mis jefes me han ordenado que le adelante a usted, Sand dan Glokta, Superior de Dagoska, un total de un millón de marcos —acto seguido, desenrolló un grueso pliego de papel—. Tiene que firmar aquí.

La mirada de Glokta iba de un cofre a otro. Su ojo izquierdo temblaba frenéticamente.

—¿Por qué?

—Porque tiene que quedar constancia de que ha recibido el dinero.

Glokta estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¡No me refiero a eso! ¿Por qué el dinero? —y agitó una mano señalando a los cofres—. ¿Por qué todo esto?

—Según parece, mis jefes están tan interesados como usted en que la ciudad no caiga en manos de los gurkos. No puedo decirle más.

—No me lo puede decir o no me lo quiere decir.

—Ni puedo ni quiero.

Glokta contempló las joyas, la plata y el oro con gesto ceñudo. Su pierna entumecida palpitaba. *Todo lo que deseaba y más aún. Pero Ios bancos no se convierten en bancos regalando dinero a la gente.*

—Si se trata de un préstamo, ¿cuáles son los intereses?

Mauthis volvió a dedicarle una de sus gélidas sonrisas.

—Mis jefes lo ven más bien como una contribución a la defensa de la ciudad. No obstante, hay una condición.

—¿Qué es?

—Puede ser que en el futuro un representante de la banca Valint y Balk se presente ante usted para requerir... algunos favores. Mis jefes albergan la esperanza de que, si llega a darse esa circunstancia, usted no los defraudará.

Unos favores valorados en un millón de marcos. Y me pongo en manos de una organización extremadamente sospechosa. Una organización cuyos motivos aún no alcanzo a comprender. Una organización a la que, hace no tanto, estuve a punto de investigar por un cargo de alta traición. ¿Pero qué otra opción tengo ? Sin dinero, la ciudad está perdida y yo acabado. Necesitaba un milagro y aquí lo tengo, centelleando ante mis ojos. Un hombre perdido en el desierto debe aceptar el agua que se le ofrezca...

Mauthis le acercó el documento empujándolo por encima de la mesa. Varios párrafos de cuidada escritura y un espacio en blanco para un nombre. El mío. No es tan distinto de un pliego de confesión. Y ya se sabe que los prisioneros siempre acaban por fumar sus confesiones. Al fin y al cabo, es algo que sólo se ofrece cuando ya no hay ninguna otra opción...

Glokta cogió su pluma, la mojó en el tintero y escribió su nombre en el espacio en blanco.

—Con esto, queda sellado nuestro trato —Mauthis enrolló el documento con un movimiento suave y preciso. Luego se lo guardó en el gabán—. Mis colegas y yo abandonamos Dagoska esta misma noche. *Una gran cantidad de dinero para contribuir a la causa, pero muy poca fe en ella.* Valint y Balk van a cerrar las delegaciones que tienen en la ciudad, pero quizá volvamos a vernos en Adua, una vez que haya quedado solventado este enojoso incidente con los gurkos —en su rostro volvió a dibujarse una sonrisa mecánica—. No lo gaste todo de golpe —y, dicho aquello, se giró sobre sus talones y salió de la sala dejando a Glokta a solas con aquella fortuna que le había caído del cielo.

Arrastrando los pies, tomando aire, se acercó a ella y bajó la vista. Había algo obsceno en todo aquel dinero. Algo repugnante. Algo casi amedrentador. Glokta cerró de golpe las tapas de los dos cofres. Les echó la llave con mano temblorosa y luego se la guardó en el bolsillo interior. A continuación, acarició las cinchas metálicas de las dos cajas. Tenía las palmas de las manos pringadas de sudor. *Soy rico.*

Cogió una piedra clara del tamaño de una bellota y la sostuvo entre el índice y el pulgar frente a la ventana. La tenue luz del exterior le llegaba a través de las múltiples facetas de la piedra, que emitía millares de chispas de fuego: azules, verdes, blancas. Glokta no sabía mucho de piedras preciosas, pero estaba prácticamente seguro de que aquello era un diamante. *Soy muy, muy rico.*

Volvió la cabeza y echó un vistazo a las demás piedras, que centelleaban en el envoltorio plano de cuero. Algunas eran pequeñas, pero muchas otras no lo eran en absoluto. Varias de ellas era más grandes aún que la que tenía en la mano. *Soy inmensa y fabulosamente rico. Imaginemos lo que podría hacer con tanto dinero. Imaginemos la de cosas que se podrían controlar... quizá, disponiendo de una cantidad como ésta, incluso podría salvar la ciudad. Más murallas, más provisiones, más equipamiento, más mercenarios. Los gurkos abandonando Dugo ska en desbandada. El Emperador de Gurkhul humillado, ¿Quién iba a sospechar que Sand dan Glokta volvería a ser un héroe?*

Absorto en sus cavilaciones, empujó las refulgentes piedrecillas con un dedo. *Pero tanto dispendio en tan poco tiempo daría lugar a mu chas preguntas. Despertaría la curiosidad de la Practicante Vitari, mi fiel servidora, que se ocuparía a su vez de despertar la curiosidad de mi noble señor, el Archilector. ¿Un día, mendigo dinero, y, al día siguiente, lo estoy gastando a manos llenas? Me vi forzado a solicitar un préstamo, Eminencia. ¿No me diga? ¿Por cuánto? No mucho, sólo un millón de marcos. ¿No me diga? ¿Y quién se ha avenido a prestarle semejante cantidad? Pues quién va a ser, su Eminencia, nuestros viejos amigos de la banca Valinty Balk, a cambio de unos favores, aún por determinar, que pueden reclamar en cualquier momento. Mi lealtad, por supuesto, está fuera de toda duda. Lo*

entiende, ¿verdad? Quiero decir que a fin de cuentas no es más que una fortuna en joyas. Hallado un cadáver flotando junto a los muelles....

Con gesto ausente, hundió una mano en las piedras duras, frías y relucientes, que le produjeron un grato cosquilleo entre los dedos. *Muy grato, pero muy peligroso también. Hay que andarse con cuidado. Con más cuidado que nunca...*

Miedo

Largo era el camino que conducía a los confines del Mundo, de eso no cabía duda. Largo, solitario, enervante. La visión de los cadáveres en la llanura les había llenado de inquietud. El paso de los jinetes había empeorado aún más las cosas. Y las incomodidades del viaje tampoco habían disminuido. Jezal seguía aquejado de un hambre constante, solía tener demasiado frío, a menudo estaba calado hasta los huesos y comenzaba a tener la impresión de que las rozaduras que le provocaba la silla de montar no le abandonarían durante el resto de sus días. Todas las noches se tendía en un suelo duro y desigual, dormitaba soñando con su hogar y luego se despertaba con el pálido amanecer más cansado y dolorido que cuando se acostó. La piel le hormigueaba, le picaba y le escocía debido a la desacostumbrada sensación de suciedad, y se había visto forzado a admitir que había empezado a oler tan mal como los demás. Sumado todo ello, habría bastado para volver loco a un hombre civilizado, pero ahora a todo eso había que añadir además la constante sensación de peligro.

Desde ese punto de vista, el terreno no contribuía en absoluto a la tranquilidad de Jezal. Con la esperanza de zafarse de cualquier hipotético perseguidor, hacía unos días Bayaz les había ordenado que se separaran del río. La vieja senda que habían tomado atravesaba hondas grietas abiertas en el llano, quebradas rocosas y sombrías gargantas, o bordeaba rumorosos arroyuelos que discurrían por valles rehundidos.

Jezal casi empezaba a echar de menos la interminable y agotadora llanura. Allí al menos no había que andar mirando cada roca, cada arbusto y cada pliegue del terreno preguntándose si no ocultarían una multitud de enemigos sedientos de sangre. Se había comido las uñas hasta casi hacerse sangre. Cualquier ruido hacía que se mordiera la lengua y se girara sobre la silla, aferrando sus aceros y tratando de divisar un asesino que finalmente resultaba ser un pájaro oculto en la maleza. No era miedo lo que sentía, por supuesto; Jezal dan Luthar, se decía a sí mismo, se reiría de los peligros a la cara. Una emboscada, una batalla, una extenuante persecución en los llanos: todo eso, imaginaba, se lo habría tomado con calma. Pero aquella espera interminable, aquella tensión sin sentido, aquel exasperante gotear de los minutos, le resultaban casi insoportables.

Tal vez le habría parecido más llevadero de haber podido compartir su inquietud con alguien, pero, en materia de compañerismo, las cosas apenas habían cambiado. El carromato seguía rodando por la accidentada senda conducido por un Quai silencioso y malhumorado. Bayaz sólo abría la boca para soltar una de sus peroratas sobre las cualidades que debían adornar a un líder, unas cualidades de las que Jezal parecía carecer por completo. Pielargo marchaba por delante, explorando el terreno, y sólo aparecía cada uno o dos días para informarles de la maestría con que estaba desempeñando su misión. Ferro miraba cuanto la rodeaba con gesto torcido, como si se tratara de un enemigo personal; un gesto que se acentuaba aún más cuando miraba a Jezal. Rara vez hablaba, y, cuando lo hacía, se dirigía sólo a Nuevededos, para soltar un gruñido sobre el peligro de emboscadas, la importancia de borrar mejor las huellas o la posibilidad de que los estuvieran siguiendo.

El norteño, por su parte, era poco menos que un enigma. Cuando lo vio por primera vez, contemplando boquiabierto la barbacana del Agriont, le había parecido un ser inferior incluso a los animales. Pero las reglas en aquel territorio salvaje eran muy distintas. Si alguien te disgustaba, no podías simplemente alejarte de él y luego procurar evitarlo, menospreciarlo delante de otros y burlarte de él por la espalda. Aquí no había más remedio que mantenerse al lado de los compañeros que a uno le habían tocado en suerte, y esa proximidad había hecho que Jezal llegara a la conclusión de que después de todo sí que era un hombre. En materia de ingenio y cultura, se encontraba muy por debajo del campesino más mísero de la Unión, pero Jezal no podía menos de reconocer que, de todos los miembros del grupo, era el que le resultaba menos repulsivo. Carecía de la pomposidad de Bayaz, de la suspicacia de Quai, de la fanfarronería de Pielargo, de la ferocidad de Ferro. Jezal no consideraba que fuera rebajarse preguntar a un campesino su opinión sobre un determinado cultivo, o a un herrero sobre la fabricación de una armadura, por más sucios, feos y de baja alcurnia que fueran. ¿Por qué no consultar a un asesino empedernido sobre temas de violencia?

—Tengo entendido que ha mandado usted hombres en combate —probó a decir Jezal.

El norteño volvió hacia él sus ojos oscuros y perezosos.

—Más de una vez.

—Y que ha luchado en duelos.

—Así es —el norteño se rascó las cicatrices que cubrían su mejilla mal afeitada—. No he adquirido este aspecto porque me tiemble la mano al afeitarme.

—Me imagino que si le temblara tanto la mano, a lo mejor acababa por dejarse barba.

Nuevededos dejó escapar una risita. Jezal ya casi se había acostumbrado a aquella visión. Seguía resultando horrible, desde luego, pero empezaba a verlo como a un simio de natural bondadoso más que como a un asesino despiadado.

—No es mala idea —respondió.

Jezal caviló unos instantes. No quería parecer débil, pero la sinceridad podía resultar una buena estrategia para ganarse la confianza de un hombre sencillo. Si funcionaba con los perros, ¿por qué no con los Hombres del Norte?

—Yo —se aventuró a decir— nunca he participado en una batalla de verdad.

—¿No me diga?

—En serio. Mis amigos están ahora en Angland, luchando contra Bethod y sus salvajes —los ojos de Nuevededos le miraron de soslayo—. Bueno, quiero decir... en fin, que están luchando contra Bethod. Ahora yo tendría que estar con ellos, pero Bayaz me pidió que me embarcara en esta... empresa.

—Ellos salen perdiendo y nosotros ganando.

Jezal le miró con desconfianza. De haber venido de otra persona, aquello habría sonado a sarcasmo.

—Bethod, por supuesto, fue quien empezó la guerra. Una acción deshonrosa, una agresión sin ninguna provocación previa.

—Sobre ese tema no va encontrar conmigo materia de discusión. Bethod tiene un don especial para iniciar guerras. Lo único que se le da aún mejor es ganarlas.

Jezal soltó una carcajada.

—¿No pretenderá decirme que va a derrotar a la Unión?

—Ha vencido a peores enemigos, pero usted sabrá lo que se dice. No todos poseemos su experiencia.

Una nueva carcajada quedó atorada en la garganta de Jezal. Estaba casi seguro de que aquello era una ironía, y eso le dio que pensar. ¿Era posible que, detrás de esa máscara pesada, desfigurada y surcada de cicatrices que le miraba, Nuevededos estuviera pensando: «valiente idiota»? ¿Y si Bayaz tuviera razón? ¿Y si después de todo sí que hubiera algo que aprender del norteño? Sólo había una forma de averiguarlo.

—¿Cómo son las batallas? —preguntó.

—Las batallas son como los hombres. No hay dos iguales.

—¿Qué quiere decir?

—Imagínese lo que es despertarse en medio de la noche al oír un estruendo de golpes y chillidos, salir corriendo de la tienda con los pantalones bajados y encontrarse un campo cubierto de nieve lleno de hombres matándose unos a otros. Imagínese lo que es tratar de distinguir a los amigos de los enemigos contando sólo con la luz de la luna y sin tener un arma con la que combatir.

—Confuso —dijo Jezal.

—Sin duda. O imagínese lo que es arrastrarse por el barro, entre el pisotear de las botas, con una flecha en la espalda y el tajo de una espada en el culo, tratando de escapar pero sin saber hacia dónde, berreando como un cerdo y esperando que en cualquier momento te ensarte una lanza a la que ni siquiera verás venir.

—Doloroso —concedió Jezal.

—Bastante. O imagínese lo que es estar de pie en medio de un círculo de escudos de menos de diez zancadas de ancho, sostenidos por unos hombres que rugen como posesos. En su interior dos personas, otro hombre y tú, y ese otro hombre tiene fama de ser el más duro de todo el Norte, y de los dos, sólo uno saldrá vivo del círculo.

—Bufff —masculló Jezal.

—Exacto. ¿Qué tal le suena lo que le he contado? —a Jezal no le sonaba demasiado bien, y Nuevededos sonrió—. Ya lo sospechaba yo, y, ¿quiere que le sea sincero? A mí tampoco me suena bien. He tomado parte en todo tipo de batallas, de escaramuzas, de combates. La mayoría de ellos empezaron de una forma caótica, y acabaron igual, y no hubo ni una sola vez que no estuviera a punto de cagarme en los pantalones.

—¿Usted?

El norteño soltó una risa ahogada.

—En mi modesta opinión, cualquiera que diga que no sabe lo que es el miedo es un imbécil. Los únicos hombres que no saben lo que es el miedo son los muertos, o los que están a punto morir, quizá. El miedo te enseña a ser cauteloso, a respetar a tu enemigo, a eludir una hoja afilada empuñada con furor. A todo hay que saber sacarle partido, créame. El miedo puede salvarle a uno la vida, y en un combate eso es lo único que de verdad importa. No hay hombre digno de tal nombre que no sepa lo que es el miedo. Lo importante es lo que se hace con él.

—¿Es eso lo que me recomienda? ¿Que tenga miedo?

—Mi consejo es que se busque una buena mujer y que se mantenga lo más lejos que pueda de todos estas malditas historias, y lo único que lamento es que hace veinte años no hubiera nadie que me lo dijera a mí —miró de reojo a Jezal—. Pero si por un casual se encuentra perdido en una inmensa llanura en medio de la nada y no

tiene forma de evitarlo, yo que usted seguiría tres reglas a la hora de combatir. Primera: haga todo lo posible por aparentar que es usted el tipo más cobarde, más débil y más tonto del mundo. El silencio es la mejor armadura del guerrero, ése es el dicho. Las miradas duras y las palabras duras nunca han ganado una batalla, pero han contribuido a que se perdieran unas cuantas.

—Hacerse el tonto, ¿eh? Entiendo —Jezal había cimentado toda su vida sobre el intento de que pareciera que no había nadie más listo, más fuerte y más noble que él. Le resultaba intrigante que un hombre quisiera aparentar ser menos de lo que en realidad era.

—Segunda: nunca se tome a la ligera a un enemigo, por muy necio que le parezca. Trate a todos los hombres como si fueran el doble de listos, el doble de fuertes y el doble de rápidos que usted, y verá cómo se lleva una agradable sorpresa. El respeto no cuesta nada, y no hay nada que conduzca a un hombre a la muerte con más rapidez que el exceso de confianza.

—No hay que menospreciar nunca al enemigo. Sabia precaución —Jezal comenzaba a darse cuenta de que había subestimado al norteño. No era ni la mitad de idiota de lo que aparentaba.

—Tercera: estudie a su oponente lo más a fondo que pueda y escuche las opiniones de otros, si se las dan, pero, una vez que haya trazado un plan, sígalo hasta el fin y no deje que nada ni nadie le desvíe de él. Llegada la hora de actuar, golpee sin echar la vista atrás. La demora acaba siempre en desastre, eso solía decirme mi padre, y créame si le digo que he visto unos cuantos desastres.

—Nada de echar la vista atrás —murmuró Jezal asintiendo lentamente con la cabeza—. Por supuesto.

Nuevededos hinchó los carrillos y expulsó de golpe el aire.

—No hay nada como ver las cosas y hacerlas, pero si domina todo eso, creo que ya habrá recorrido la mitad del camino que conduce a la derrota de cualquier enemigo

—¿Y la otra mitad?

El norteño se encogió de hombros.

—Pura suerte.

* * *

—No me gusta esto —refunfuñó Ferro mirando con gesto torcido las escarpadas paredes del desfiladero. Jezal se preguntó si existiría en el mundo algo que le gustara.

—¿Crees que nos siguen? —la interrogó Bayaz—. ¿Has visto a alguien?

—¿Cómo quiere que vea a alguien desde aquí abajo? ¡Ése es el problema!

—Un lugar perfecto para una emboscada —masculló Nuevededos.

Jezal, nervioso, echó un vistazo alrededor. Rocas quebradas, matojos, árboles enanos: el terreno estaba repleto de escondrijos.

—Pues ésta es la ruta que ha elegido Pielargo —rezongó Bayaz—, y no tiene sentido contratar a un limpiador si pretende ser uno mismo quien limpie las letrinas. Y, por cierto, ¿dónde se ha metido ese maldito Navegante? ¡Nunca está a mano cuando se le necesita, sólo aparece para comer y para pasarse horas enteras fanfarroneando! Si supieran lo que me ha costado ese individuo...

—Mierda —Nuevededos detuvo su caballo y se bajó rígidamente de la silla. Un tronco de una madera gris y agrietada bloqueaba la senda que atravesaba el desfiladero.

—No me gusta esto —Ferro encogió los hombros y el arco cayó en su mano.

—Ni a mí —refunfuñó Nuevededos mientras daba un paso hacia el árbol caído—. Pero más vale ser rea...

—¡Ni un paso más! —una voz firme e insolente retumbó de un lado a otro del angosto valle. Quai tiró de las riendas y paró en seco el carro. Jezal, con el corazón en un puño, recorrió con la mirada los bordes del desfiladero. Ya veía al que había hablado. Sentado junto al precipicio, con una pierna colgando en el vacío y una larga melena ondeando al viento, había un tipo corpulento, ataviado con una anticuada coraza de cuero. Un hombre de aspecto agradable y jovial, por lo que Jezal alcanzaba a ver desde la distancia, que les miraba con cara sonriente.

—¡Soy Finnius, un humilde servidor del Emperador Cabrían!

—¿Cabrían? —gritó Bayaz—. ¡Creía que había perdido el juicio!

—Tiene unas ideas un tanto peculiares —Finnius se encogió de hombros—. Pero a nosotros siempre nos ha tratado bien. Permítanme que les explique cuál es la situación: ¡están rodeados! —un tipo de aspecto adusto, provisto de una espada corta y un escudo, apareció por detrás del árbol caído. Luego surgieron otros dos, y después tres más, detrás de las rocas y de los arbustos, todos ellos con rostros serios y armas igualmente serias. Jezal se humedeció los labios. Pensaba que se carcajearía cuando se encontrara cara a cara con el peligro, pero, ahora que lo tenía delante, no le

veía la gracia al asunto. Volvió la vista atrás. Más hombres habían salido de detrás de las rocas por las que acababan de pasar y habían bloqueado la salida del valle en esa dirección.

Nuevededos se cruzó de brazos.

—Aunque sólo sea por una vez —masculló—, me gustaría ser yo quien pillara a alguien por sorpresa.

—¡Aquí arriba conmigo tengo a otros dos hombres más! —les gritó Finnius—. Con buenas manos para el arco y las flechas —recortadas sobre el cielo blanquecino, Jezal distinguió sus siluetas y las formas curvas de sus armas—. ¡Así que ya ven que no van a poder seguir adelante!

Bayaz abrió las manos.

—¡Tal vez podríamos alcanzar un acuerdo que fuera ventajoso para ambas partes! Ponga el precio, que yo...

—¡No queremos su dinero, anciano, y me ofende profundamente que lo haya pensado! ¡Somos soldados, no ladrones! ¡Se nos ha ordenado que encontráramos a un grupo de personas, un grupo que anda vagando fuera de las rutas habituales! ¡Un anciano calvo de mierda al que acompañan un muchacho de pinta enfermiza, un estirado idiota de la Unión, una puta con la cara llena de cicatrices y un simio norteño! Me parece que su grupo se ajusta bastante a esa descripción, ¿no cree?

—Si yo soy la puta —le gritó Nuevededos—, ¿quién es el norteño?

Jezal hizo una mueca de dolor. Nada de bromas, por favor, nada de bromas, pero Finnius se limitó a soltar una risa.

—Nadie me dijo que fuera usted un gracioso. Supongo que puede considerarse un aliciente. Al menos hasta que tengamos que matarles. ¿Dónde está el que falta, eh? ¿El Navegante?

—Ni idea, y mire que lo lamento —refunfuñó Bayaz—. Porque si alguien debe morir es él.

—Quédese tranquilo. Ya lo cazaremos más tarde —A Finnius se le escapó una carcajada y los hombres que tenía junto a él sonrieron mientras acariciaban sus armas—. ¡Bueno, si tienen la bondad de entregar las armas a los muchachos que tienen delante, podremos amarrarles y partir para Darmium antes de que caiga la noche!

—¿Y qué pasará cuando lleguemos allí?

Finnius se encogió de hombros con gesto jovial.

—Eso no es asunto mío. Yo no hago preguntas al Emperador, y ustedes no tienen que hacerme preguntas a mí. De ese modo nadie acabará despellejado vivo. ¿Entiende lo que le quiero decir, anciano?

—El significado de sus palabras no podría estar más claro, pero me temo que pasar por Darmium nos desviaría demasiado de nuestra ruta.

—¿Qué pasa, es que se le ha reblandecido el cerebro? —le gritó Finnius.

El hombre que se encontraba más cerca de Bayaz dio un paso adelante y cogió la brida de su montura.

—Cállese de una vez —le gruñó.

Jezal volvió a tener la sensación de que le succionaban las entrañas. La atmósfera en torno a los hombros de Bayaz pareció vibrar como el aire caliente sobre una forja. El primero del grupo frunció el ceño y abrió la boca para decir algo. De pronto, su cara pareció aplanarse, luego se le abrió en dos la cabeza y salió despedido como si le hubiera golpeado el dedo de un gigante invisible. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Como tampoco lo tuvieron los cuatro hombres que tenía detrás. Sus cuerpos destrozados, los restos del tronco gris y buena parte de la tierra y las rocas que tenían a su alrededor fueron arrancados del suelo y arrojados por el aire hasta estrellarse contra la pared rocosa a cien zancadas de distancia, provocando un estruendo similar al de una casa al derrumbarse.

Jezal se había quedado con la boca abierta y tenía el cuerpo paralizado. Todo había ocurrido a una velocidad terrorífica. Hacía un momento había cinco hombres delante y un instante después ya no eran más que unos trozos de carne en medio de una lluvia de escombros. A sus espaldas sonó el zumbido de la cuerda de un arco. Se oyó un grito y un cuerpo se precipitó hacia el valle, rebotó contra las paredes de roca hecho un guiñapo y cayó de cara en el arroyo.

—¡Al galope! —rugió Bayaz, pero Jezal permaneció quieto en su silla con la boca abierta. El aire que había alrededor del Mago vibraba ahora con más intensidad si cabe. Las rocas que había a sus espaldas temblaban y se retorcían como los cantos del lecho de un río. El anciano frunció el ceño y se miró las manos—. No... —musitó haciéndolas girar ante sus ojos.

Las hojas pardas del suelo ascendían por el aire y flotaban como impulsadas por una ráfaga de viento.

—No —repitió Bayaz abriendo desmesuradamente los ojos. Todo su cuerpo se había puesto a temblar.

Jezal contempló boquiabierto cómo las piedras sueltas que tenían a su alrededor se alzaban del suelo y volaban por el aire. Empezaron a desgajarse las ramas de los

arbustos, a desprenderse los terrones de hierba de las rocas, mientras su zamarra aleteaba impulsada hacia arriba por una fuerza invisible.

—¡No! —chilló Bayaz y, acto seguido, sus hombros se contrajeron sacudidos por un súbito espasmo. Un árbol que tenían al lado se partió en dos con un crujido ensordecedor y una nube de astillas salió volando arrastrada por el azote del aire. Alguien pegaba gritos, pero Jezal apenas si podía oírlos. Su caballo se encabritó y no fue capaz de sostenerse. Cayó al suelo de espaldas mientras a su alrededor el valle entero fulguraba, se estremecía, vibraba.

La cabeza de Bayaz rebotó rígidamente hacia atrás mientras una de sus manos pegaba zarpazos al aire. Una roca del tamaño de la cabeza de un hombre pasó volando junto a la cara de Jezal y se estrelló contra un peñasco. Una tormenta de desechos, un auténtico torbellino de maderas, piedras, tierra y bártulos rotos azotaba el aire. Los oídos de Jezal retumbaban con un estruendo aterrador en el que se mezclaban gritos, estallidos y cacharrazos. Apretó la cara contra el suelo, se cubrió la cabeza con los brazos y cerró con fuerza los ojos.

Pensó en sus amigos. En West, en Jalenhorn, en Kaspa, incluso en el teniente Brint. Pensó en su familia y en su casa, en su padre, en sus hermanos. Pensó en Ardee. Si volvía a verla, prometía ser mejor persona. Se lo juró a sí mismo con labios mudos y temblorosos mientras el viento asolaba el valle que le rodeaba. Jamás volvería a ser egoísta, jamás volvería a ser vano, jamás volvería a ser perezoso. Sería mejor amigo, mejor hijo, mejor amante, si salía vivo de aquélla. Si salía vivo de aquélla. Si salía vivo de...

De pronto, llegó a sus oídos el resuello aterrorizado de su propia respiración y el palpitar de la sangre acumulada en su cabeza.

El estruendo había cesado.

Jezal abrió los ojos. Se quitó las manos de la cabeza y una lluvia de ramas y tierra cayó a su alrededor. El desfiladero estaba lleno de hojas que se posaban lentamente en la tierra en medio de una polvareda asfixiante. No muy lejos, de pie, se encontraba Nuevededos, chorreando sangre por un corte que tenía en la frente. Avanzaba de lado, muy despacio. Delante de él había alguien. Uno de los hombres que habían bloqueado el camino a sus espaldas, un hombre alto con una mata de cabellos pelirrojos. Se rodeaban el uno al otro. Jezal, arrodillado y con la boca abierta, se los quedó mirando. Sentía vagamente que su deber era intervenir, pero no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo.

De pronto, el pelirrojo se abalanzó hacia delante haciendo molinetes con su espada. Un movimiento rápido, pero el de Nuevededos lo fue aún más. Dio un paso a un lado, de tal modo que la hoja sibilante le pasó rozando la cara, y, luego, mientras

su enemigo pasaba junto a él, le dio un tajo en el vientre. El hombre emitió un gruñido y dio uno o dos pasos tambaleándose. La pesada espada de Nuevededos impactó en su nuca con un chasquido hueco. El tipo se enredó con sus propios pies y cayó de bruces chorreando sangre por la herida de la cabeza. Jezal la vio esparcirse lentamente por la tierra que rodeaba al cadáver. Un charco amplio y oscuro que se iba fundiendo poco a poco con el polvo y la tierra suelta del lecho del valle. Sin segundas oportunidades. Aquí no se jugaba a tres toques.

Oyó una especie de restregón áspero y, al alzar la vista, vio a Nuevededos moviéndose con paso vacilante alrededor de otro hombre, un tipo gigantesco. Los dos gruñían y se lanzaban tajos con sendos cuchillos. Jezal los miró boquiabierto. ¿Cuándo había empezado eso?

—¡Apuñálele! —le gritó Nuevededos trabando a su adversario—. ¡Apuñálele, me cago en la puta! —Jezal permanecía arrodillado, mirando hacia arriba. Una de sus manos se aferraba a la empuñadura de su acero largo como si fuera un manojo de hierba al borde de un precipicio, la otra colgaba flácida a un lado.

Se oyó un ruido seco. El gigantón exhaló un quejido. Una flecha había aparecido en su costado. Luego se oyó otro ruido seco. Dos flechas. A continuación, apareció una tercera pegada a las otras. El hombre se deshizo lentamente de la tenaza de Nuevededos y cayó de rodillas, tosiendo y gimiendo. Gateó hasta donde estaba Jezal y se sentó muy despacio, gesticulando y profiriendo una especie de extraño maullido. Luego cayó de espaldas sobre el camino y las flechas que tenía clavadas quedaron hacia arriba como si fueran juncos a orillas de un río. Después ya no se movió más.

—¿Dónde se ha metido Finnius?

—Ha escapado.

—¡Traerá más gente!

—Había que elegir entre él y este de aquí.

—¡Ése era mío!

—Claro. Si hubieras conseguido mantenerlo ahí quieto un año entero, a lo mejor Jezal se decidía por fin a sacar el acero, ¿eh?

Voces extrañas que nada le decían. Con las piernas temblorosas, Jezal se puso lentamente de pie. La boca se le había quedado seca, tenía las rodillas flojas y le zumbaban los oídos. Bayaz estaba tendido boca arriba en medio del camino a sólo unas zancadas de distancia; a su lado, arrodillado, se encontraba el aprendiz. Uno de los ojos del Mago estaba cerrado, el otro lo tenía entreabierto y su párpado palpitante dejaba entrever una rendija blanca del globo ocular.

—Ya puede soltar eso —Jezal bajó la vista. Los nudillos blancos de su mano seguían aferrando la empuñadura de la espada. Se esforzó por aflojar los dedos y poco a poco la soltó. Tenía la palma dolorida de tanto apretar. De pronto, sintió en el hombro el pesado golpe de una mano.

—¿Está bien? —era la voz de Nuevededos.

—¿Eh?

—¿Está herido?

Jezal se miró a sí mismo y se puso a darles vueltas a las manos como un estúpido. Había suciedad, pero no sangre.

—Creo que no.

—Bien. Los caballos se han escapado. Qué otra cosa iban a hacer, ¿no? Si yo tuviera cuatro patas, a estas alturas ya habría recorrido la mitad del camino de regreso al mar.

—¿Cómo?

—¿Por qué no va a buscarlos?

—¿Quién le ha nombrado a usted jefe?

Las pobladas cejas de Nuevededos se juntaron un poco. Al punto, Jezal adquirió conciencia de lo cerca que estaban el uno del otro y de que la mano del norteño seguía posada en su hombro. Solamente la tenía apoyada, pero aun así sentía su fuerza a través de la zamarra y daba la impresión de ser lo bastante fuerte para arrancarle de cuajo un brazo. Maldita lengua suya, siempre le estaba metiendo en líos. Lo mínimo que esperaba recibir era un puñetazo en los morros, y tampoco descartaba que le diera un golpe fatal en la cabeza, pero Nuevededos se limitó a fruncir los labios con gesto pensativo y luego le habló.

—Usted y yo somos diferentes. Diferentes en casi todo. Ya veo que la gente como yo, y yo en concreto, no le merecemos demasiado respeto, y no le culpo por ello. Bien saben los muertos de mis muchos defectos, y yo tampoco los ignoro del todo. Tal vez piense que usted es un tipo muy listo y que yo no soy más que un idiota, y seguramente tiene razón. Estoy convencido de que sabe usted muchas más cosas que yo. Pero, a la hora de combatir, siento decirle que hay pocos hombres que tengan más experiencia que yo. No se lo tome a mal, pero creo que los dos sabemos que usted no es uno de ellos. Nadie me ha nombrado jefe, pero alguien tiene que ocuparse de esa tarea —se acercó un poco más a él y su enorme zarpa apretó el hombro de Jezal con una firmeza paternal, a mitad de camino entre el gesto tranquilizador y la amenaza—. ¿Le parece mal?

Jezal caviló unos instantes. Se sentía totalmente sobrepasado y los acontecimientos que habían tenido lugar hacía unos minutos demostraban hasta qué punto era así. Bajó la vista, miró al hombre que Nuevededos acababa de matar y le pareció que la hendidura que tenía en la cabeza se abría para tragarle. Puede que de momento fuera preferible hacer lo que le dijeran.

—No, no, en absoluto.

—¡Estupendo! —Nuevededos sonrió, le dio una palmada en el hombro y le soltó—. Aún hay que coger a esos caballos y me parece que es usted el hombre más indicado para llevar a cabo esa tarea.

Jezal asintió y se alejó con paso vacilante para ir a buscarlos.

Las Cien Palabras

Algo raro estaba pasando ahí, de eso no había ninguna duda. El coronel Glokta probó a moverse, pero por alguna extraña razón sus miembros no le respondían. Un sol cegador le daba de lleno en los ojos.

—¿Hemos derrotado a los gurkos? —preguntó.

—Desde luego que sí —dijo el Haddish Kahdia, apareciendo en su campo visual—. Con la ayuda de Dios, los hemos pasado por la espada. Los hemos masacrado como si fueran ganado —dicho aquello, el anciano indígena siguió mascando una mano amputada que tenía junto a la boca. Ya había dado cuenta de un par de dedos.

Glokta estiró el brazo para cogerla, pero en lugar de mano lo único que tenía era un muñón sangriento cortado a la altura de la muñeca.

—Por todos los diablos —susurró el coronel—, pero si lo que se está comiendo es mi mano.

Kahdia sonrió.

—Y está absolutamente deliciosa. Permítame que le felicite.

—Absolutamente deliciosa —masculló el general Vissbruck, y, acto seguido, le arrebató la mano a Kahdia y sorbió una tira suelta de carne—. Debe de ser por haber practicado tanto la esgrima de joven —su rostro rechoncho y sonriente estaba embadurnado de sangre.

—La esgrima, claro —dijo Glokta—. Me alegro de que le guste —aunque la verdad es que todo aquel asunto empezaba a resultarle un tanto extraño.

—¡Vaya si nos gusta! —exclamó Vurms. En sus manos ahuecadas sostenía los restos de un pie de Glokta como si fueran una rodaja de melón y los mordisqueaba con delicadeza—. ¡Los cuatro estamos encantados! ¡Sabe a cerdo asado!

—¡A buen queso! —exclamó Vissbruck.

—¡A dulce miel! —terció arrobado Kahdia mientras espolvoreaba un poco de sal en el diafragma de Glokta.

—¡A dulce dinero! —ronroneó la voz de la Maestre Eider desde algún lugar situado un poco más abajo.

Glokta se incorporó apoyándose en sus codos.

—Oiga, ¿qué hace usted ahí abajo?

La mujer alzó la vista y le sonrió.

—Usted me quitó mis anillos. Lo mínimo que puede hacer es darme algo a cambio —sus dientes se hundieron como pequeñas dagas en el muslo derecho de Glokta y le arrancaron de cuajo una bola de carne. A continuación, sorbió con voracidad la sangre de la herida y rebañó la piel con la lengua.

El coronel Glokta alzó las cejas.

—Tiene razón, por supuesto. Toda la razón —la verdad es que dolía mucho menos de lo que cabía esperar, pero tener que estar sentado recto resultaba bastante agotador, así que se dejó caer en la arena y se quedó tumbado, contemplando el cielo azul—. Todos ustedes tienen mucha razón.

La Maestre Eider ya le había llegado a la altura de las caderas.

—¡Ah, me hace cosquillas! —dijo entre risas el coronel. Qué cosa más placentera, pensó, ser devorado por una mujer tan hermosa—. Un poco más a la izquierda —susurró cerrando los ojos—, sólo un poquito más a la izquierda...

***

Con la espalda tan rígida como un arco tensado al máximo, Glokta se incorporó en el lecho sacudido por un dolor atroz. Su pierna izquierda temblaba bajo las sábanas pegajosas, sus músculos atrofiados estaban anudados por unos calambres desgarradores. Con los pocos dientes que le quedaban se mordió el labio para no pegar un aullido, expulsó por la nariz un resuello compulsivo y contrajo el rostro en un intento desesperado de aplacar el dolor.

Justo cuando parecía que la pierna se le iba a desgarrar, los tendones se relajaron de golpe. Glokta cayó sobre el lecho húmedo y permaneció tumbado, respirando con fuerza. *Mierda de sueños.* No había ni una sola parte de su cuerpo que no le doliera, ni una parte de su persona que no estuviera debilitada, temblorosa y empapada de un sudor frío. De pronto, frunció el ceño en la oscuridad. Había un extraño ruido en la habitación. Una especie de siseo continuo. *¿Qué es eso?* Poco a poco, poniendo mucho cuidado, se dio la vuelta, se bajó de la cama, llegó renqueando hasta la ventana y se asomó fuera.

Era como si la ciudad se hubiera volatilizado. Un telón gris había caído sobre ella, dejándole aislado del mundo exterior. *Lluvia.* Los goterones impactaban contra el alféizar y estallaban formando una fina rociada que esparcía por la cámara una fresca neblina que humedecía la alfombra que había debajo de la ventana y los cortinajes que enmarcaban el vano, proporcionando un poco de alivio a la sudorosa piel de Glokta. *Lluvia.* Se había olvidado de su existencia.

Un resplandor rasgó el cielo, un rayo en la lejanía. Las oscuras siluetas de las torretas del Gran Templo se recortaron durante un instante sobre las sonoras tinieblas y luego la oscuridad volvió a cerrarse, acompañada del furioso retumbar de un trueno lejano. Glokta sacó un brazo por la ventana y dejó que el agua fría le salpicara la piel. Una sensación desacostumbrada, extraña.

—Qué increíble —se dijo.

—Las primeras lluvias han llegado —Glokta casi se ahoga al darse la vuelta. Se tambaleó y tuvo que agarrarse a las piedras mojadas que enmarcaban la ventana en busca de apoyo. La habitación estaba oscura como boca de lobo, no había forma de saber de dónde procedía la voz. *¿Me lo habré imaginado? ¿Seguiré soñando?—.* Un momento sublime. Parece como si el mundo reviviera —a Glokta se le heló el corazón en el pecho. Una voz masculina, profunda, sonora. *¿La voz del hombre que se llevó a Davoust? ¿Y que ahora se me llevará a mí?*

Un nuevo resplandor iluminó la sala. El hombre que había hablado estaba sentado en la alfombra con las piernas cruzadas. Un anciano de tez oscura y cabello largo. *Entre la puerta y yo. Imposible salir, aun cuando fuera mejor corredor de lo que soy.* La luz desapareció con la misma celeridad con la que había llegado, pero la imagen del hombre permaneció durante unos instantes grabada a fuego en la retina de Glokta. El estallido del trueno desgarró los cielos y retumbó en la amplia cámara a oscuras. *Nadie oirá mis desesperados gritos de socorro, aun suponiendo que hubiera alguien a quien le importara.*

—¿Quién demonios es usted? —el miedo confería a la voz de Glokta un tono chirriante.

—Yulwei es mi nombre. No tiene nada que temer.

—¿Que no tengo nada que temer? ¿Qué mierda de broma es ésta?

—Si tuviera la intención de matarle, lo habría hecho mientras dormía. Claro que entonces habría tenido que dejar aquí el cuerpo del delito.

—Siempre es un consuelo —la mente de Glokta trabajaba febrilmente, pasando revista a todos los objetos que tenía a su alcance. *Puede que logre alcanzar esa tetera decorativa que hay en la mesa. Casi se le escapó una carcajada.* ¿Y qué hago con ella?

¿Invitarle a un té? Nada con lo que luchar, aun suponiendo que fuera mejor luchador de lo que soy.

—¿Cómo ha entrado?

—Tengo mi método. El mismo que empleé para cruzar el gran desierto, para viajar por la concurrida ruta de Shaffa sin ser visto o para atravesar el campamento gurko y acceder a la ciudad.

—Y pensar que habría bastado con que llamara a la puerta.

—Llamar a una puerta no garantiza que a uno le vayan a abrir —los ojos de Glokta se esforzaban por vislumbrar algo en medio de la oscuridad, pero lo único que alcanzaba a distinguir eran las vagas siluetas de los muebles y los espacios grises arqueados de las otras ventanas. La lluvia golpeteaba contra el alféizar que tenía detrás y silbaba quedamente en los tejados de la ciudad que se extendía más abajo. Justo cuando empezaba a preguntarse si el sueño había concluido, volvió la voz—. He estado vigilando a los gurkos, como llevo haciendo desde hace ya no sé cuántos años. Ésa es la tarea que se me ha asignado. Mi penitencia por el papel que desempeñé en el cisma de mi orden.

—¿Su orden?

—La Orden de los Magos. Soy el cuarto de los doce aprendices de Juvens.

Un Mago. Debería habérmelo olido. Igual que ese enredador calvo de Bayaz, del que no pude sacar nada en limpio. Como si no tuviera ya bastantes preocupaciones con la traición y la política, ahora resulta que me va a tocar vérmelas con el mito y la superstición. En fin, al menos parece que voy a salir vivo de esta noche.

—¿Conque un Mago, eh? Disculpe que no lo festeje. Los tratos que he tenido con su orden han representado una pérdida de tiempo, en el mejor de los casos.

—Tal vez yo pueda lavar nuestra reputación. Le traigo información.

—¿Gratis?

—Esta vez sí. Los gurkos avanzan. Amparados por la tormenta, cinco de sus estandartes dorados bajan a la península esta noche. Veinte mil lanzas con máquinas de guerra. Cinco estandartes más aguardan su turno tras las colinas, pero ahí no acaba la cosa. Los caminos que van de Shaffa a Ul-Khatif, de Ul-Khatif a Daleppa y de Daleppa al mar rebosan de soldados. El Emperador despliega todas sus fuerzas. El Sur entero se ha puesto en movimiento. Reclutas de Kadir y Dawah, indómitos jinetes de Yashtavit, fieros salvajes de las junglas de Shamir, donde hombres y mujeres combaten codo con codo. Todos avanzan hacia el norte, hacia aquí, para luchar por el Emperador.

—¿Tanta gente sólo para tomar Dagoska?

—Y más aún. El Emperador ha construido una flota. Cien veleros de gran tamaño.

—Los gurkos no son gente de mar. La Unión domina los mares.

—El mundo cambia y hay que adaptarse a sus cambios si uno no quiere que le borren del mapa. Esta guerra no será como la anterior. Khalul por fin está en condiciones de enviar sus propias fuerzas. Un ejército forjado a lo largo de muchos años. Las puertas del gran templo fortaleza de Sarkant se están abriendo en lo alto de las montañas áridas. Lo he visto con mis propios ojos. Mamum viene, el tres veces bendito, el tres veces maldito, el fruto del desierto, el primer aprendiz de Khalul. Juntos quebrantaron la Segunda Ley, juntos comieron carne humana. Y, tras él, vienen las Cien Palabras. Devoradores todos ellos, discípulos del Profeta, criados para el combate y alimentados a lo largo de muchos años, expertos en las disciplinas de las armas y del Gran Arte. El mundo no ha tenido que hacer frente a un peligro semejante desde que Juvens luchó con Kanedias en los Viejos Tiempos. Tal vez incluso desde que Glustrod tocó el Otro Lado para intentar abrir las puertas del mundo inferior.

Bla, bla, bla. Qué lástima. Hasta hace un momento lo que decía tenía bastante sentido para tratarse de un Mago.

—¿Quiere proporcionarme información? Perfecto, guárdese sus cuentos de niños y dígame qué ha pasado con Davoust.

—Aquí mismo hay un Devorador, lo olfateo. Un morador de las sombras. Un ser cuya única misión es destruir a aquellos que se oponen al Profeta. *¿Yo el primero de ellos*? Su antecesor nunca salió de estos aposentos. El Devorador lo quitó de en medio para proteger al traidor que hay dentro de la ciudad.

Bien, ahora volvemos a hablar el mismo idioma.

—¿Quién es el traidor? —al propio Glokta su voz le sonó chirriante, aguda, ansiosa.

—No soy un adivino, tullido, y, además, si le diera una respuesta, ¿acaso me creería? Cada hombre ha de aprender a su propio ritmo.

—¡Bah! —le espetó Glokta—. Es usted igual que Bayaz. Habla y habla y nunca dice nada. ¿Devoradores? ¡Meras leyendas, tonterías!

—¿Leyendas? ¿Es que no le llevó Bayaz al interior de la Casa del Creador? —Glokta se aferró con mano temblorosa a la húmeda superficie de las piedras que había bajo la ventana y tragó saliva—. ¿Después de eso, duda de lo que le digo? Aprende con mucha lentitud, tullido. ¿Acaso no he visto cómo marchaban hacia Sarkant esclavos arrancados de todas las tierras conquistadas por los gurkos? ¿Acaso

no he visto innumerables columnas que eran conducidas hacia las montañas? Todo ello para alimentar a Khalul y a sus discípulos, para aumentar aún más su poder. ¡Un crimen contra Dios! ¡Un quebrantamiento de la Segunda Ley, que el propio Euz escribió con fuego! Duda de mí, y tal vez haga bien en dudar, pero con las primeras luces verá que los gurkos ya han llegado. Contará cinco estandartes y entonces sabrá que le dije la verdad.

—¿Quién es el traidor? —bufó Glokta—. ¡Maldita sea, dígamelo y déjese de acertijos! —un espeso silencio, roto tan sólo por el salpicar de la lluvia, el gotear del agua, el rumor de las cortinas mecidas por el viento. Un rayo iluminó de golpe todos los rincones de la sala.

La alfombra estaba vacía. Yulwei se había ido.

* * *

La hueste gurka avanzaba lentamente formando cinco escuadrones, dos al frente y tres detrás, que cubrían en su totalidad el estrecho cuello de tierra que separaba un trecho de mar del otro. Marchaban al unísono, en perfecta formación, siguiendo el ritmo que marcaba el retumbar de unos tambores gigantescos. Las filas prietas se sucedían una tras otra y las botas de los soldados resonaban como los truenos lejanos de la noche anterior. El sol había absorbido ya todo resto de lluvia y ahora relucía brillante como un espejo sobre miles de cascos, miles de escudos y miles de espadas y sobre las refulgentes puntas de flecha y las cotas de mallas. Un deslumbrante bosque de lanzas que avanzaba con paso inexorable. Una marea humana implacable, inagotable, irresistible.

Dispersos por lo alto de las murallas terrestres, los soldados de la Unión permanecían agachados tras el parapeto, repasaban sus ballestas o se asomaban nerviosos para contemplar el avance de la hueste enemiga. Glokta podía sentir su miedo. *¿Y quién podría culparlos? Ya deben de superarnos en una proporción de diez a uno.* Allí arriba no había tambores retumbando al viento, ni órdenes transmitidas a gritos, ni apresurados preparativos. Sólo silencio.

—Bueno, ahí vienen —caviló en voz alta Nicomo Cosca contemplando sonriente la escena. Era el único que parecía inmune al miedo. *Una de dos, o tiene unos nervios de acero o una imaginación plúmbea. Haraganear en una taberna y aguardar a que le llegue la muerte parecen para él la misma cosa.* Tenía un pie apoyado en el parapeto, los antebrazos cruzados sobre la rodilla y una botella medio llena colgando de una mano. El uniforme de combate del mercenario venía a ser el mismo que su atuendo de borracho. Las mismas botas caídas, los mismos pantalones andrajosos. La única

concesión que hacía a los peligros del campo de batalla era una coraza negra, con unas volutas doradas grabadas en la espalda y en el pecho, que también parecía haber conocido mejores tiempos: el esmalte estaba desportillado, y los remaches, manchados de herrumbre. *Aunque en tiempos debió de ser una auténtica obra de arte.*

—Hermosa armadura lleva usted.

—¿Qué, esto?—Cosca bajó la vista y contempló su coraza—. En épocas tal vez lo fuera, pero le he dado demasiado tute. Y ha pasado demasiado tiempo a la intemperie. Fue un regalo de la Gran Duquesa Sefeline de Ospria, como recompensa por haber derrotado al ejército de Sipani en la guerra de los Cinco Meses. Con ella vino una promesa de amistad eterna.

—Es bueno tener amigos.

—No tanto. Esa misma noche trató de matarme. Mis victorias me habían hecho demasiado popular entre los súbditos de Sefeline. Tenía miedo de que tratara de hacerme con el poder. Me envenenó el vino —Cosca echó un buen trago de la botella—. Mató a mi amante favorita. Tuve que huir, con poco más que esta dichosa coraza, y buscar trabajo con el Príncipe de Sipani. El viejo cabrón no pagaba ni la mitad de bien, pero al menos pude mandar su ejército contra la Duquesa y darme la satisfacción de ver cómo al final era ella la que moría envenenada —Cosca frunció el ceño—. No se imagina la cara que se le puso. De un azul casi chillón. Si quiere un consejo, nunca se haga demasiado popular.

Glokta soltó un resoplido.

—El exceso de popularidad no es una de mis mayores preocupaciones en este momento.

Vissbruck, molesto por el poco caso que se le hacía, carraspeó y señaló hacia las filas interminables que avanzaban por el istmo.

—Superior, los gurkos avanzan, *¿De veras? No me había dado cuenta.* ¿Tengo su permiso para inundar el foso?

Ah, claro, su momento de gloria.

—Adelante.

Vissbruck se acercó pavoneándose al parapeto. Alzó poco a poco una mano y luego la dejó caer con toda solemnidad. Más abajo, fuera del alcance de la vista, se oyó el restallar de unos látigos y luego el bregar de las mulas que tiraban de las cuerdas. Hasta las almenas llegó el quejumbroso rechinar de la madera sometida a una fuerte presión, luego una serie de crujidos y chirridos, que indicaban que los diques cedían, y, finalmente, el furioso trueno de la gran masa de agua salada que irrumpía arrojando espuma por los dos extremos del foso. Justo debajo de ellos se

juntaron las dos aguas, lanzando al aire una deslumbrante rociada que superó la altura de las almenas. Al cabo de unos momentos, la nueva cinta de mar se encontraba ya en calma. El foso se había transformado en un canal, la ciudad, en una isla.

—¡El foso ha sido inundado! —proclamó el general Vissbruck.

—Ya lo vemos —dijo Glokta—. Felicidades*. Confiemos en que los gurkos no cuenten con buenos nadadores entre sus filas. Porque desde luego tienen donde escoger.*

Cinco astas de gran altura oscilaban suavemente por encima de la masa de soldados en movimiento. Engarzadas en ellas resplandecía el oro macizo de las enseñas gurkas. *Símbolos de las batallas luchadas y ganadas.* Los estandartes de cinco legiones, destellando bajo un sol implacable. *Cinco legiones. Justo lo que me dijo el anciano, ¿ Vendrán luego los barcos?* Glokta volvió la cabeza hacia la Ciudad Baja. Los extensos muelles, clavados a la bahía como las espinas de un erizo, seguían llenos de barcos. *Los barcos que nos traen las provisiones y se llevan a los últimos grupos de nerviosos mercaderes.* Ahí no había murallas. Prácticamente ningún tipo de defensas. *No pensábamos que nos harían falta. La Unión siempre ha dominado los mares. Pero si llegaran esos barcos...*

—¿Seguimos disponiendo de suficientes suministros de madera y de piedra?

El general, todo entusiasmo, asintió moviendo enérgicamente la cabeza. *Parece que por fin se ha adaptado a los cambios en la cadena de mando.*

—Suministros de sobra, Superior, tal y como usted había ordenado.

—Quiero que se levante un muro detrás de los muelles, a lo largo de la línea de costa. Todo lo fuerte y lo alto que se pueda, y que se haga en el menor tiempo posible. Nuestras defensas en esa zona son muy débiles. Tarde o temprano los gurkos tratarán de ponerlas a prueba.

El general contempló con expresión ceñuda la gran marea de soldados que avanzaba lentamente por la península, luego volvió la vista hacia los tranquilos muelles y finalmente miró de nuevo a los soldados.

—Pero ¿no cree que la amenaza de tierra es un poco más... apremiante? Los gurkos no son buenos marinos y, de todos modos, carecen de una flota digna de tal nombre...

—El mundo cambia, general, el mundo cambia.

—Desde luego —Vissbruck se dio la vuelta para hablar con sus ayudantes.

Glokta se acercó renqueando al parapeto y se puso al lado de Cosca.

—¿Cuántos gurkos cree que hay ahí abajo?

El estirio se rascó el sarpullido despellejado de uno de los lados del cuello.

—Yo cuento cinco estandartes. Cinco legiones del Emperador, y luego todo lo demás. Exploradores, ingenieros, irregulares llegados de todo el Sur. ¿Cuántos...? —miró al sol con los ojos entornados y sus labios se movieron en silencio como si realizara mentalmente complicadas operaciones aritméticas—. Muchos, maldita sea —empinó la botella y se bebió las últimas gotas que quedaban. Luego chasqueó los labios, echó hacia atrás el brazo y lanzó la botella hacia los gurkos. El cristal emitió un breve destello y luego se estrelló contra la tierra dura que había al otro lado del foso—. ¿Se ha fijado en esos carros que van en retaguardia?

Glokta miró por el catalejo. En efecto, detrás de la masa de soldados, apenas visibles debido a la reverberante calima y a las nubes de polvo que levantaban las botas de los soldados, se vislumbraba una columna compuesta de varios carromatos de gran tamaño. *Los soldados necesitan provisiones, claro que...* Acá y allá se distinguían también unos maderos alargados que sobresalían de los carros como si fueran patas de araña.

—Máquinas de asedio —masculló para sí Glokta. *Todo exactamente como me dijo Yulwei*—. Van en serio.

—Ah, pero usted también —Cosca se encaramó al parapeto y se puso a hurgarse el cinturón. Al cabo de un instante, Glokta oyó el ruido de la orina vertiéndose sobre la base de la muralla. El mercenario, con el cabello agitado por la brisa salada, se volvió sonriente hacia él—. Aquí todo el mundo va en serio. Me parece que ha llegado el momento de hablar con la Maestre Eider. Tengo la impresión de que dentro de muy poco voy a empezar a cobrar mi sueldo de batalla.

—Eso parece —Glokta bajó lentamente el catalejo—. Y desde luego se lo va a ganar.

Un ciego guiando a otros ciegos

Encajado entre el barril del agua y un saco de pienso para caballos, el Primero de los Magos yacía retorcido en el carro, tumbado sobre su espalda y con un rollo de cuerda a modo de almohada. Logen nunca le había visto tan avejentado, tan flaco, tan débil. Respiraba con dificultad y su piel, pálida y salpicada de manchas, se tensaba en torno a sus huesos bañada en sudor. De vez en cuando temblaba, se revolvía y musitaba extrañas palabras mientras sus ojos parpadeaban como si fuera un hombre atrapado en una pesadilla.

—¿Qué le ha pasado?

Quai bajó la vista.

—Siempre que se recurre al Arte se toma prestado del Otro Lado, y lo que se toma prestado ha de devolverse. Conlleva riesgos, incluso para un maestro. Tratar de cambiar el mundo con el pensamiento... qué arrogancia —las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba esbozando una sonrisa—. Puede que haya pedido prestado con excesiva frecuencia. Cada vez que se toca el mundo inferior, se deja atrás parte de uno mismo...

—¿Atrás? —masculló Logen mirando al anciano que se convulsionaba en la carreta. No le gustaba la forma de hablar de Quai. No le parecía que fuera cosa de risa encontrarse perdido en medio de ninguna parte sin tener la más mínima idea de adonde se dirigían.

—Quién me iba a decir que alguna vez vería al Primero de los Magos tan indefenso como un bebé —susurró Quai posando una mano en el pecho de Bayaz—. Su vida pende de un hilo. Si ahora alargara mi mano... esta mano tan débil... podría matarle.

Logen frunció el ceño.

—¿Para qué ibas a querer hacer eso?

Quai alzó la vista y le dirigió una sonrisa enfermiza.

—¿Para qué iba a querer hacerlo alguien? Hablaba por hablar —y, acto seguido, apartó la mano.

—¿Cuánto tiempo permanecerá así?

El aprendiz se recostó en el carro y miró al cielo.

—No hay forma de saberlo. Quizás unas cuantas horas. O quizás para siempre.

—¿Para siempre? —A Logen le rechinaron los dientes—. ¿Qué será de nosotros entonces? ¿Tienes idea de adonde nos dirigimos? ¿O por qué? ¿O de lo qué tenemos que hacer cuando lleguemos a nuestro destino? ¿Nos damos la vuelta?

—No —el rostro de Quai se volvió tan afilado como la hoja de una espada. Mucho más afilado de lo que Logen jamás habría esperado de él—. Tenemos enemigos a nuestras espaldas. Darse ahora la vuelta sería más peligroso que seguir adelante. Continuamos.

Logen hizo una mueca de dolor y se frotó los ojos. Se sentía cansado, dolorido, enfermo. Se arrepentía de no haberle preguntado a Bayaz cuáles eran los planes cuando tuvo la ocasión. Puestos a ello, se arrepentía de haber dejado el Norte. Ya habría encontrado la manera de ajustar cuentas con Bethod, y así podría haber muerto en un lugar conocido a manos de gentes a las que comprendía.

No sentía ningún deseo de liderar el grupo. En tiempos había ansiado obtener fama, y gloria, y respeto, pero el precio que había tenido que pagar por todo ello había sido muy alto y a la postre habían resultado ser unos premios bastante insustanciales. Muchos hombres se habían puesto en sus manos, y él los había guiado por una ruta dolorosa y sangrienta que conducía directamente al barro. Ya no tenía ambiciones. A la hora de tomar decisiones, estaba maldito.

Se quitó las manos de los ojos y echó un vistazo a su alrededor. Bayaz seguía musitando sumido en su sueño febril. Quai contemplaba con desgana las nubes. Luthar estaba de espaldas a los demás con la mirada clavada en el fondo del desfiladero. Ferro estaba sentada en una roca, limpiando con un trapo su arco y mirándole con cara de pocos amigos. Pielargo, que, como cabía esperar, había vuelto a aparecer en cuanto pasó el peligro, se encontraba un poco apartado de los demás sonriendo satisfecho. Logen hizo una mueca de desesperación y exhaló un prolongado suspiro. No quedaba más remedio. No había más candidatos.

—Está bien, nos dirigiremos hacia el puente ese de Aulcus y luego ya veremos.

—No es una buena idea —le replicó Pielargo acercándose al carro y echando un vistazo a su interior—. No es una buena idea en absoluto. Ya se lo advertí al patrón antes de su... percance. La ciudad está desierta, arrasada, en ruinas. Es un lugar

devastado, destruido, peligroso. Es posible que el puente siga en pie, pero según algunos rumores...

—Aulcus era lo planeado, así que me parece que eso es lo que haremos.

Pielargo siguió a lo suyo, como si no le hubiera oído.

—En mi opinión sería preferible regresar a Calcis. Todavía nos falta más de la mitad del camino para llegar a nuestro destino y tenemos víveres y agua de sobra para el viaje de vuelta. Con un poco de suerte...

—¿No le pagaron por el viaje completo?

—Bueno, esto, claro que sí, pero...

—Aulcus.

El Navegante pestañeó.

—En fin, ya veo que está usted decidido. Salta a la vista que la determinación, el arrojo y la energía se cuentan entre sus dones, pero, aunque esté mal que yo lo diga, entre los míos se cuentan la cautela, la sabiduría y la experiencia, y no me cabe absolutamente ninguna duda de que...

—Aulcus —gruñó Logen.

Pielargo se quedó con la boca entreabierta. Luego la cerró de golpe.

—De acuerdo. Seguiremos la ruta que regresa a la llanura y tiraremos hacia el oeste en dirección a los tres lagos. Aulcus se encuentra en su cabecera, pero el viaje es largo y peligroso, sobre todo ahora que el invierno se está echando encima. Creo que deberíamos...

—Solucionado —Logen se dio la vuelta sin dar ocasión a que el Navegante dijera nada más. Aquélla era la parte más fácil. Sorbió entre dientes y se dirigió hacia donde estaba Ferro.

—Bayaz está... —trató de dar con la expresión correcta—... fuera de combate. Y no sabemos por cuánto tiempo.

Ferro asintió con la cabeza.

—¿Seguimos adelante?

—Hummm... supongo que sí... ése era el plan.

—Muy bien —se puso de pie encima de la roca y se echó el arco al hombro—. Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

Más fácil de lo que había esperado. Demasiado fácil, quizás. Se preguntó si no estaría pensando otra vez en fugarse. La verdad era que él mismo se lo había planteado.

—Ni siquiera sé adónde vamos.

Ferro soltó un resoplido.

—Yo nunca sé adónde voy. Y, si quieres saber mi opinión, te diré que me parece una mejora que asumas tú el mando —hizo ademán de dirigirse hacia los caballos—. Nunca me he fiado de ese calvo de mierda.

Ya sólo quedaba Luthar. Seguía de espaldas a todos, con los hombros caídos y un aspecto que daba pena verlo. Logen se fijó en que los músculos de sus sienes se movían sin parar.

—¿Se encuentra bien?

Luthar apenas pareció oírlo.

—Quería luchar. Quería, y sabía cómo hacerlo, incluso tenía la mano en mis aceros —golpeó con rabia la empuñadura de una de sus espadas—. Pero me sentía tan impotente como un maldito bebé. ¿Por qué no he sido capaz de moverme?

—¿Se trata de eso? Por los muertos, muchacho, eso es algo que le pasa a mucha gente la primera vez.

—¿De veras?

—Más de lo que se imagina. Por lo menos no se ha cagado encima.

—¿Se quedó usted paralizado la primera vez?

Logen frunció el ceño.

—No, yo no. Matar me resulta muy fácil. Siempre ha sido así. Créame, tiene suerte.

—¿Y si me matan por no ser capaz de reaccionar?

—Bueno —tuvo que reconocer Logen—, ese riesgo existe —Luthar agachó todavía más la cabeza y Logen le dio una palmada en el brazo—. ¡Pero no le han matado! ¡Animo, muchacho, tiene suerte! ¿Acaso no sigue vivo? —Luthar asintió con gesto apesadumbrado. Logen le rodeó el hombro con el brazo y lo condujo hacia los caballos—. Y además tiene la posibilidad de hacerlo mejor la próxima vez.

—¿La próxima vez?

—Claro. Siempre puede intentar hacerlo mejor la próxima vez. En eso consiste la vida.

Logen, entumecido y dolorido, volvió a montar en la silla. Entumecido de tanto cabalgar, dolorido por el combate en el desfiladero. Un pedazo de roca le había golpeado en la espalda y había recibido un fuerte puñetazo en un lado de la cabeza. Podía haber sido peor.

Echó un vistazo a los demás. Estaban montados, mirándole. Cuatro rostros, a cual más diferente, pero todos ellos luciendo poco más o menos la misma expresión. La de quien aguarda órdenes. ¿Por qué demonios pensaba la gente que él tenía respuesta para todo? Tragó saliva e hincó las espuelas.

—En marcha.

La estratagema del Príncipe Ladisla

—Se lo digo en serio, no debería pasar tanto tiempo aquí, coronel West —Pike dejó un momento su martillo. La luz anaranjada de la forja se reflejaba en sus ojos, que relucían en medio de su rostro desfigurado—. Va a dar lugar a habladurías.

La cara de West se contrajo en una sonrisa nerviosa.

—Es el único sitio caliente en todo el maldito campamento —era cierto, pero poco tenía que ver con la verdadera razón de su presencia allí. Era el único sitio en todo el maldito campamento donde nunca irían a buscarle: los hombres hambrientos, los hombres congelados, los hombres sin agua, o sin armas, o sin la más mínima idea de qué demonios hacían ahí. Los hombres que habían muerto de frío o a causa de alguna enfermedad y que había que enterrar. Ni siquiera los muertos parecían capaces de arreglárselas sin contar con West. Todo el mundo le necesitaba, de día y de noche. Todo el mundo menos Pike, su hija y el resto de los presidiarios. Eran los únicos que parecían ser capaces de valerse por sí mismos, y, por eso, su forja se había convertido en su refugio. Un refugio ruidoso, abarrotado y humeante, pero muy grato a pesar de todo. Lo prefería mil veces a tener que estar con el Príncipe y su Estado Mayor. Aquí, rodeado de criminales, se respiraba una atmósfera más... decente.

—Ya está usted otra vez en medio, coronel —Cathil le apartó. En su mano enguantada sostenía unas tenazas que apretaban la hoja de un cuchillo al rojo vivo. Con gesto ceñudo, la metió en agua y se puso a darle vueltas mientras el vapor se alzaba silbante a su alrededor. West observaba sus movimientos ágiles y diestros, las perlas de humedad acumuladas en su nervudo brazo, la parte de atrás de su cuello, sus cabellos oscuros, en punta a causa del sudor. Ahora le costaba trabajo creer que en un primer momento la hubiera confundido con un chico. Puede que manejara el metal con la misma destreza que cualquiera de los hombres, pero la forma de su cara, y no digamos ya su pecho, su cintura o la curvatura de su trasero, eran inconfundiblemente femeninos.

Cathil giró la cabeza y le pilló mirándola.

—¿No tenía un ejército que mandar?

—Pueden pasarse diez minutos sin mí.

La muchacha sacó del agua la hoja fría y renegrida y la dejó caer en el montón que había junto a la piedra de afilar.

—¿Está seguro?

Puede que tuviera razón en eso. West respiró hondo, exhaló un suspiro y, bastante a su pesar, se dio la vuelta, cruzó la puerta de la cabaña y se aventuró a salir de nuevo al campamento.

Tras el calor de la fragua, el aire invernal le pellizcaba las mejillas, así que se levantó el cuello del abrigo, se rodeó el cuerpo con los brazos y comenzó a andar pesadamente por el camino principal. Cuando dejó atrás el fragor de la forja, se dio cuenta del silencio sepulcral que reinaba en el campamento de noche. Mientras se abría paso en medio de la oscuridad, oía el ruido del barro escarchado succionándole las botas, el áspero resuello de su aliento, el sonido apagado de la maldición de algún soldado en la lejanía. Se detuvo un momento y, cruzándose de brazos para darse calor, alzó la vista. El cielo estaba completamente despejado y las estrellas, una multitud de puntitos relucientes, se extendían en medio de la oscuridad como polvo brillante.

—Qué hermosura —se dijo.

—Uno acaba acostumbrándose.

Era Tresárboles, que se acercaba sorteando las tiendas, acompañado del Sabueso. Su rostro en sombra, una superficie en la que alternaban los pozos oscuros y los ángulos claros, parecía un acantilado iluminado por el claro de luna, pero, aun así, West se dio cuenta de que traía malas noticias. Ni en sus mejores momentos podría describirse al norteño como un tipo de aspecto cómico, pero ahora su gesto era verdaderamente tétrico.

—Bien hallado —dijo West en la lengua del Norte.

—¿Eso cree? Bethod se encuentra a cinco días del campamento.

De pronto West tuvo la sensación de que el frío le traspasaba el abrigo y le penetraba en la carne provocándole un estremecimiento.

—¿Cinco días?

—Eso si es que se ha estado quieto desde que lo vimos, lo cual no es muy probable. Lo de estarse quieto no va con Bethod. Si ha decidido marchar hacia el sur, puede que esté a sólo tres días. O a menos incluso.

—¿Con qué fuerzas cuenta?

El Sabueso se humedeció los labios y una nube de vaho se esparció por el aire gélido enmarcando su rostro afilado.

—Yo diría que unos diez mil, aunque puede que detrás vengan más.

La sensación de frío de West se acentuó.

—¿Diez mil? ¿Tantos?

—En torno a diez mil, sí. Siervos la mayoría.

—¿Siervos? ¿Infantería ligera?

—Ligera, sí, pero no como esa basura que tienen ustedes aquí —Tresárboles lanzó una mirada desdeñosa a las tiendas raídas y a los precarios fuegos que ardían en las chapuceras fogatas—. Las batallas han hecho de los siervos de Bethod unos soldados curtidos y sanguinarios, las interminables marchas les han vuelto tan resistentes como la madera. Se pueden pasar todo el día corriendo y aun así combatir al caer la tarde si es necesario. Hay arqueros, lanceros, y todos con gran experiencia.

—Y tampoco andan escasos de Caris —masculló el Sabueso.

—Ni mucho menos. Hombres provistos de sólidas cotas de malla y buenos aceros y, por si fuera poco, con caballos de sobra. También habrá Grandes Guerreros, eso es seguro. Bethod se trae lo más granado de sus fuerzas, y entre ellos habrá grandes jefes de clan. Eso, y gentes extrañas venidas del este. Salvajes de las tierras que quedan más allá de Crinna. Al norte habrá dejado desperdigados a algunos de sus muchachos para que sus amigos los persigan, y él se ha traído al sur a sus mejores guerreros para enfrentarse a la parte más débil de su ejército —juntando sus cejas, el viejo guerrero lanzó una mirada tétrica al destartalado campamento—. No se lo tome a mal, pero, si hay batalla, no tienen ustedes ninguna posibilidad de ganar.

Las cosas no podían presentarse peor. West tragó saliva.

—¿Cómo de rápido puede avanzar un ejército como ése?

—Bastante rápido. Es probable que sus exploradores estén aquí pasado mañana. Y el cuerpo principal del ejército, al día siguiente. Eso, si es que vienen directos, lo cual no es fácil de saber. Tratándose de Bethod, tampoco me extrañaría que intentara vadear el río un poco más abajo para cogernos por detrás.

—¿Por detrás? —¡Si ni siquiera estaban preparados para hacer frente a un enemigo previsible!—. ¿Cómo ha averiguado que estábamos aquí?

—Bethod siempre ha tenido una endemoniada habilidad para adivinar las intenciones de sus enemigos. Se le da bien. Eso, y la increíble suerte que tiene el muy cabrón. Le gusta correr riesgos. En la guerra no hay nada más importante que tener la suerte de cara.

Pestañeando, West echó un vistazo a su alrededor. Diez mil hombres del Norte curtidos en mil batallas iban a caer sobre aquel campamento destartalado. Unos Hombres del Norte imprevisibles y con la suerte de cara. Se imaginó a sí mismo tratando de poner en formación a unas levas indisciplinadas hundidas hasta los tobillos en el barro. Sería una carnicería. Se estaba fraguando un nuevo Pozo Negro. Pero al menos esta vez estaban prevenidos. Contaban con tres días para preparar las defensas o, mejor aún, para emprender la retirada.

—Tenemos que hablar inmediatamente con el Príncipe —dijo.

***

Una música suave y una luz cálida bañaron la gélida atmósfera nocturna cuando West apartó las solapas de la tienda. Sin tenerlas todas consigo, se agachó un poco y pasó adentro, seguido de los dos norteños.

—Por todos los muertos —murmuró boquiabierto Tresárboles echando un vistazo a su alrededor.

West se había olvidado de lo extravagantes que debían de parecerle a un recién llegado los aposentos del Príncipe, sobre todo si no estaba acostumbrado al lujo. Más que una tienda, era un enorme salón de tela púrpura, de una altura no inferior a diez zancadas, decorado con tapices estirios y alfombras kantics. El mobiliario era más propio de un palacio que de un campamento militar. Unos aparatosos tocadores de madera tallada y varios arcones dorados albergaban el inconmensurable vestuario del Príncipe, que habría bastado para vestir a un ejército entero de petimetres. La cama, un gigantesco armatoste de cuatro postes, era bastante mayor que muchas de las tiendas del campamento. En un rincón había una lustrosa mesa vencida por el peso de montones de manjares servidos en una vajilla de plata y oro que refulgía bajo la luz de las velas. Costaba trabajo imaginar que a menos de cien zancadas la tropa se apretujara en sus tiendas, aterida de frío, y sin apenas comida que llevarse a la boca.

Desparramado sobre una descomunal silla de madera oscura tapizada de seda roja, que fácilmente habría pasado por un trono, se encontraba el Príncipe Ladisla. Una de sus manos sostenía con languidez una copa vacía, la otra seguía el ritmo de la música que interpretaba un cuarteto de consumados músicos que punteaban, rasgaban y soplaban sus lustrosos instrumentos en el rincón más alejado de la tienda. Distribuidos en torno a Su Alteza, se encontraban cuatro miembros de su Estado Mayor, todos ellos impecablemente vestidos y con una expresión de aburrimiento muy a la moda. Uno de ellos era el joven Lord Smund, que, en el transcurso de las

últimas semanas, se había convertido con toda probabilidad en la persona por la que West sentía menos simpatía del mundo.

—Tenéis mucho mérito —rebuznaba dirigiéndose al Príncipe—. Compartir los rigores de la vida de campamento es la mejor manera de granjearse el respeto del soldado de a pie.

—¡Ah, pero si son el coronel West y dos de sus exploradores norteños! —gorjeó Ladisla—. ¡Qué alegría! ¡Tienen que comer algo! —y, acto seguido, señaló la mesa con ebria languidez.

—Gracias, Alteza, pero ya he comido. Traigo unas noticias de la máxima...

—¡O, si no, un poco de vino! ¡Todos deben tomar un poco de vino, esta cosecha es excelente! ¿Dónde se ha metido la botella esa? —dijo mientras hurgaba por debajo de la silla.

El Sabueso ya se había acercado a la mesa y estaba inclinado sobre ella... olfateándola como un perro. Alargó sus sucios dedos y arrambló con una buena tajada de carne que había en una fuente. Acto seguido la dobló con mucho esmero y se la metió entera en la boca bajo la mirada de Lord Smund, que contemplaba la escena con los labios fruncidos en un gesto de desdén. En otras circunstancias, habría resultado bastante embarazoso, pero West tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

—¡Bethod se encuentra a cinco días de aquí con el grueso de sus tropas! —dijo casi en un grito.

A uno de los músicos le tembló la mano con la que sostenía el arco y se le escapó una nota desafinada. Ladisla alzó la cabeza de golpe y estuvo a punto de resbalar de la silla. Incluso Smund y sus acompañantes se arrancaron de su indolencia.

—Cinco días —musitó el Príncipe con la voz ronca de la emoción—, ¿está seguro?

—Tal vez no más de tres.

—¿Cuántos son?

—Diez mil, y veteranos en su...

—¡Maravilloso! —Ladisla propinó un bofetón al brazo de la silla como si fuera el rostro de un Hombre del Norte—. ¡Entonces estamos a la par!

West tragó saliva.

—Numéricamente tal vez, Alteza, pero no en calidad.

—Por favor, coronel West —dijo Smund arrastrando la voz—. Un buen soldado de la Unión vale por diez de los suyos —y, dicho aquello, miró a Tresárboles levantando la nariz.

—Lo ocurrido en Pozo Negro ha demostrado que esa idea es falsa, y eso que allí nuestros hombres estaban bien nutridos, entrenados y equipados. ¡Dejando a un lado los contingentes de la Guardia Real, nuestros soldados carecen de todo eso! Lo más aconsejable es que preparemos nuestras defensas y que estemos listos para emprender la retirada en caso de que sea necesario.

Smund mostró su desprecio por semejante idea soltando un resoplido.

—Nada hay más peligroso en una guerra —le desautorizó airadamente— que mostrarse excesivamente cauteloso.

—¡Peor es mostrarse demasiado poco cauteloso! —gruñó West, que, de furioso que estaba, empezaba a sentir una palpitación tras los párpados.

Pero el Príncipe Ladisla le interrumpió antes de que tuviera la oportunidad de perder los estribos.

—¡Caballeros, ya está bien! —con los ojos acuosos de ebrio entusiasmo, se levantó de un salto de la silla—. ¡La estrategia ya está decidida! ¡Cruzaremos el río e interceptaremos a esos salvajes! ¿Se creían que iban a sorprendernos? ¡Ja! —exclamó mientras azotaba el aire con su copa de vino—. ¡Les daremos una sorpresa que tardarán mucho tiempo en olvidar! ¡Les expulsaremos al otro lado de la frontera! ¡Justo lo que quería el Mariscal Burr!

—Pero, Alteza —tartamudeó West, que comenzaba a sentirse un poco mareado—, el Lord Mariscal dio órdenes explícitas de que permaneciéramos al otro lado del río...

Ladisla sacudió la cabeza como si le molestara una mosca.

—¡Es el espíritu de sus órdenes lo que cuenta, coronel, no la letra! ¡No puede poner pegas a que llevemos la lucha a nuestros enemigos!

—Estos tipos son unos imbéciles —rugió Tresárboles, por fortuna, en la lengua del norte.

—¿Qué ha dicho? —inquirió el Príncipe.

—Hummm... coincide conmigo en que sería mejor que permaneciéramos aquí, Alteza, y mandáramos aviso al Lord Mariscal Burr para que acudiera en nuestro auxilio.

—¿De veras? ¡Y yo que pensaba que estos norteños eran puro fuego y vinagre! ¡Pues bien, coronel, hágale saber que el ataque está decidido y que no pienso cambiar

de opinión! ¡Demostraremos a ese presunto Rey de los Hombres del Norte que no posee el monopolio de la victoria!

—¡Así se habla! —exclamó Smund dando un pisotón sobre la gruesa alfombra—. ¡Excelente! —los demás miembros del Estado Mayor del Príncipe expresaron ruidosamente su desnortado apoyo.

—¡Los echaremos a patadas al otro lado de la frontera!

—¡Les daremos una lección!

—¡Estupendo! ¡Fenomenal! ¡A ver ese vino!

West apretó los puños para contener su frustración. Tenía que hacer un último esfuerzo, por muy embarazoso o muy absurdo que fuera. Dobló una rodilla, juntó las manos, clavó la mirada en el Príncipe e hico acopio de todas sus dotes de persuasión.

—Alteza, se lo pido, se lo suplico, se lo ruego, reconsidérelo. La vida de todos los hombres de este campamento depende de su decisión.

El Príncipe sonrió de oreja a oreja.

—¡Ese es el peso del mando, amigo mío! Entiendo que lo hace por los mejores motivos, pero estoy plenamente de acuerdo con Lord Smund. ¡La audacia es la mejor política en la guerra, y la audacia será mi estrategia! ¡Gracias a la audacia Harod el Grande forjó la Unión y gracias a la audacia el Rey Casamir conquistó Angland! Ganaremos la batalla a esos norteños, ya lo verá. ¡Dé las órdenes, coronel! ¡Partimos con las primeras luces!

West había estudiado a fondo las campañas de Casamir. La audacia sólo había representado el diez por ciento de su éxito; el resto había sido el fruto de una planificación meticulosa, del cuidado de sus hombres, de la atención a todos los detalles. Una audacia que no viniera acompañada de todo lo demás podría resultar suicida, pero saltaba a la vista que no serviría de nada insistir en ello. Lo único que conseguiría sería enojar al Príncipe y perder la poca influencia que aún pudiera ejercer sobre su persona. Se sentía como un hombre que contempla cómo arde su propia casa. Paralizado, angustiado, completamente impotente. Tenía que limitarse a dar las órdenes y luego hacer todo lo posible para que las cosas se llevaran a cabo de la mejor manera posible.

—Desde luego, Alteza —alcanzó a murmurar.

—¡Desde luego! —el Príncipe sonrió—. ¡Entonces, todos de acuerdo! ¡Fantástico! ¡Paren esa música! —gritó a los músicos—. ¡Necesitamos algo más enérgico! ¡Algo que haga hervir la sangre! —el cuarteto, sin aparente esfuerzo, se arrancó con una vivaz marcha militar. West se dio media vuelta y, con las piernas pesadas a causa de la desesperación, cruzó el umbral de la tienda y regresó a la gélida noche.

Tresárboles salió justo detrás de él.

—¡Por los muertos, le juro que no entiendo a su gente! ¡En el lugar de donde yo vengo, un hombre se gana el derecho a ser jefe! ¡Sus hombres le siguen porque conocen su aptitud y le respetan porque comparte sus penalidades! ¡El propio Bethod se ganó el puesto que ahora ocupa! —se puso a dar vueltas delante de la tienda haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Pero aquí se elige para el mando a los menos capacitados y se nombra comandante en jefe al más tonto de todos!

A West no se le ocurría nada que decir. No podía negar que tenía buena parte de razón.

—¡Ese maldito asno les va a conducir a todos ustedes a la tumba, los va a llevar a todos de vuelta al barro! Pero lo lleva claro si piensa que yo o cualquiera de mis muchachos le vamos a seguir. ¡Estoy harto de tener que pagar por los errores de los demás y ya he perdido demasiado a manos de Bethod! Vamos, Sabueso. ¡Esta nave de locos puede hundirse sin nosotros! —y, dicho aquello, se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad de la noche.

El Sabueso se encogió de hombros.

—Bueno, no todo ha ido mal —se le acercó con gesto de complicidad, hurgó en las profundidades de su bolsillo y sacó algo. West bajó los ojos y vio un salmón entero, hurtado sin duda de la mesa del Príncipe. El norteño sonrió de oreja a oreja—. ¡Mire qué pedazo de pez me he agenciado! —y, a continuación, siguió los pasos de su jefe, dejando a West solo en la gélida colina. En el aire flotaban las notas de la música militar de Ladisla.

Hasta la puesta de sol

—¡Eh! —una mano sacudió a Glokta arrancándolo del sueño. Giró con precaución la cabeza hacia el lado contrario al que había dormido y apretó los dientes al sentir una punzada en el cuello. *¿La muerte ha madrugado esta mañana?* Entreabrió un ojo. *Ah, todavía no, según parece. Tal vez espere a la hora de comer.* Era Vitari. La silueta oscura de sus cabellos puntiagudos se recortaba sobre la luz matinal que entraba a raudales por la ventana.

—Está bien, Practicante Vitari, ya veo que no puede resistirse a mis encantos. Pero, si no le importa, tendrá que ser usted quien se ponga encima.

—Ja, ja. Ha llegado un embajador de los gurkos.

—¿Un qué?

—Un emisario. Enviado por el Emperador en persona, según he oído.

Glokta sintió una punzada de pánico.

—¿Dónde está?

—Aquí, en la Ciudadela. Hablando con el consejo.

—¡Maldita sea! —gruñó Glokta saliendo a toda prisa de la cama y haciendo caso omiso del punzante dolor que le recorrió la pierna al posar el pie izquierdo en el suelo—. ¿Por qué no me han avisado?

Vitari le miró con sorna.

—A lo mejor preferían que no estuviera usted presente mientras hablaban con él. ¿Habrá sido por eso?

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—En barco, con bandera blanca. Vissbruck dice que su obligación era recibirle.

—¡Su obligación! —escupió Glokta mientras trataba de introducir en la pernera de los pantalones su pierna entumecida y temblorosa—. ¡Maldito gordo! ¿Hace cuánto que está aquí?

—Lo bastante para que entre él y el consejo hayan urdido todo tipo de fechorías, si es que ése era su propósito.

—¡Mierda! —la cara de Glokta se contrajo en un gesto de dolor mientras trataba de enfundarse la camisa.

***

No podía negarse que el embajador gurko tenía un porte majestuoso.

Una prominente nariz aguileña, unos ojos en los que brillaba la inteligencia, una barba larga y fina, peinada con primor. Vestía una holgada toga blanca con filigranas de oro y lucía un aparatoso tocado que resplandecía bajo la intensa luz solar. Llevaba el cuerpo increíblemente erguido: mantenía su largo cuello estirado y la barbilla alzada, de tal modo que siempre contemplaba desde arriba todo aquello a lo que se dignaba dirigir sus ojos. Su inmensa altura y su delgadez hacían que la magnífica sala pareciera baja y descuidada en comparación. *Podría pasar por el mismísimo Emperador.*

Mientras entraba renqueando en la sala de audiencias, empapado de sudor y con la cara contraída en un gesto de dolor, Glokta se daba perfecta cuenta de lo contrahecho y torpe que debía de parecer. *Un mísero cuervo se enfrenta a un magnífico pavo real. Pero las batallas no siempre las ganan los más agraciados. Afortunadamente para mí.*

Le sorprendió que la imponente mesa estuviera tan vacía. Tan sólo Vissbruck, Eider y Korsten dan Vurms ocupaban sus asientos, y ninguno de ellos parecía alegrarse demasiado de verle. *Hacen bien, estos desgraciados.*

—¿No nos acompaña hoy el Lord Gobernador? —preguntó.

—Mi padre no se encuentra bien —masculló Vurms.

—Es una pena que no haya podido usted permanecer a su lado para reconfortarle. ¿Qué pasa con Kahdia? —nadie abrió la boca—. No pensaron que le fuera a hacer mucha gracia reunirse con uno de ellos, ¿eh? —añadió señalando con la cabeza al emisario—. Qué suerte para todos que ustedes tengan el estómago más resistente. Soy el Superior Glokta y, le hayan dicho lo que le hayan dicho, soy yo el que manda aquí. Le ruego que disculpe mi tardanza, pero nadie me avisó de su visita —lanzó una mirada asesina a Vissbruck, pero el general evitó encontrarse con sus ojos. *Muy bien, mamarracho. No olvidaré esto.*

—Soy Shabbed al Islik Burai —el embajador dominaba a la perfección la lengua común y su tono de voz era tan potente y autoritario como arrogante era su apostura—. Vengo en calidad de emisario del legítimo soberano del Sur, el gran Emperador del poderoso Gurkhul y de todas las tierras kantics, Uthman-ul-Dosht, amado, temido y favorecido por encima de todos los hombres del Círculo del Mundo y ungido por la mano derecha de Dios, el Profeta Khalul.

—Me alegro mucho por ustedes. Disculpe que no haga una reverencia, pero al salir de la cama me he hecho daño en la espalda.

Islik esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Una lesión propia de un guerrero, sin duda. Estoy aquí para aceptar su rendición.

—¿No me diga? —Glokta tiró de la silla que tenía más a mano y se dejó caer en ella. *Lo lleva claro este cretino si piensa que voy a darle el gusto de permanecer de pie un sólo instante más*—. Tenía entendido que lo tradicional era que ese tipo de propuestas se presentaran después del combate.

—Si tiene que haber combate, no durará mucho —el embajador se desplazó majestuosamente por las baldosas del suelo y se acercó a la ventana—. En la península veo cinco legiones prestas para la batalla. Veinte mil lanzas. Y eso sólo es una mínima parte de lo que está por venir. Las tropas del Emperador son más numerosas que las arenas del desierto. Tratar de ofrecer resistencia sería tan inútil como tratar de resistir una marea. Todos ustedes lo saben.

Sus ojos recorrieron con arrogante mirada los rostros culpables de los miembros del consejo y luego se posaron con un gesto de supremo desdén en Glokta. *La mirada de un hombre que está seguro de que tiene la partida ganada. Tampoco se le puede echar en cara. Es muy posible que la tenga.*

—Sólo un loco o un idiota optaría por resistir semejante embate. Ustedes los pálidos no pertenecen a este lugar. El Emperador les ofrece la posibilidad de salir del Sur con vida. Ábrannos las puertas de la ciudad y sus vidas serán respetadas. Podrán partir en sus pequeños barcos y regresar a su pequeña isla. Así nadie podrá poner en duda la magnanimidad de Uthman-ul-Dosht. Dios está de nuestro lado. La suya es una causa perdida.

—Oh, bueno, yo no estaría tan seguro, tampoco nos fue tan mal en la última guerra. Estoy seguro de que todos recordamos la caída de Ulrioch. Yo al menos la recuerdo muy bien. La ciudad ardió como la yesca. Los templos sobre todo —Glokta se encogió de hombros—. Aquel día Dios debía de estar en alguna otra parte.

—Aquel día, puede. Pero hubo otras batallas. Estoy seguro de que también se acuerda de una escaramuza que tuvo lugar en cierto puente, en el transcurso de la cual un joven oficial cayó en nuestras manos —el emisario sonrió—. Dios está en todas partes.

Glokta sintió una palpitación en un ojo. *Sabe muy bien que es poco probable que lo haya olvidado.* Recordaba la sorpresa que sintió cuando le acertó una lanza gurka. La sorpresa, la decepción, el intensísimo dolor. *Hasta entonces me había creído invulnerable.* Recordaba que su caballo se encabritó y le desmontó. El dolor cada vez más fuerte, la sorpresa que se transformaba en miedo. Recordada haberse arrastrado entre las botas y los cadáveres, sin apenas poder respirar, con la boca escocida por el polvo e impregnada del regusto salado de la sangre. Recordaba el dolor punzante de las hojas de las espadas que le clavaban en la pierna. El miedo que se convertía en terror. Se recordaba aullando y llorando mientras le sacaban del puente a rastras. *Esa misma noche comenzaron los interrogatorios.*

—Fuimos nosotros quienes ganamos —sentenció Glokta, pero la boca se le había secado y tenía la voz quebrada—. Al final demostramos ser los más fuertes.

—Eso fue entonces. El mundo cambia. Sus complicaciones en el gélido Norte les han colocado en una posición extremadamente delicada. Se las han arreglado para quebrantar la primera regla del arte de la guerra: jamás se debe hacer frente a dos enemigos a la vez.

No se le puede poner ninguna pega a su razonamiento.

—No sería la primera vez que las murallas de Dagoska frustran sus planes —dijo Glokta, pero ni siquiera a él mismo le sonaron convincentes sus palabras. *Poco que ver con las palabras de un vencedor, desde luego.* Sintió las miradas de Vurms, Vissbruck y Eider clavadas en él, y un hormigueo le recorrió la espalda. *Tratan de adivinar quién lleva las de perder. Yo en su lugar no tendría demasiadas dudas.*

—Puede que no todos tengan la misma confianza que usted en sus murallas. Cuando se ponga el sol, volveré para que me den su respuesta. La oferta del Emperador sólo es válida para el día de hoy, luego no se volverá a repetir. Es un hombre clemente, pero también la clemencia tiene sus límites. Tienen de plazo hasta la puesta de sol —y, acto seguido, salió majestuosamente de la sala.

Glokta aguardó a oír el clic de la puerta al cerrarse y luego giró lentamente la silla para ponerse de cara a los demás.

—¿Qué demonios significa esto? —le gruñó a Vissbruck.

—Mmm... —el general se ahuecó con un dedo el cuello sudado de su guerrera—. Como militar, mi obligación era dejar pasar a un representante desarmado del enemigo para oír los términos...

—¿Sin comunicármelo?

—¡Sabíamos que usted se negaría a oírlos! —repuso Vurms—. ¡Pero lo que dice ese hombre es cierto! A pesar de todos nuestros esfuerzos, estamos en una inferioridad numérica abrumadora y no podemos esperar refuerzos mientras dure el conflicto en Angland. No somos más que una minúscula espina clavada en el pie de una nación inmensa y hostil. Más vale que negociemos mientras dispongamos de una posición de relativa fuerza. ¡Puede estar seguro de que una vez que haya caído la ciudad no habrá términos de rendición que valgan! ¡Será una masacre!

Muy cierto, pero es poco probable que el Archilector dé su conformidad. No se me nombró para negociar una rendición.

—Me sorprende verla tan callada, Maestre Eider.

—No soy la persona más indicada para tratar los aspectos militares del tema que nos ocupa. Pero creo que los términos que se nos ofrecen son bastante generosos. Sólo hay una cosa segura. Si rechazamos esta oferta, y los gurkos toman la ciudad a la fuerza, la matanza será terrible —alzó la vista y miró a Glokta—. Entonces sí que no habrá clemencia.

No hace falta que me lo diga, soy todo un experto en la clemencia de los gurkos.

—En otras palabras, ustedes tres son partidarios de la capitulación, ¿no es así? —los miembros del consejo se miraron unos a otros, pero no dijeron nada—. ¿No se les ha ocurrido pensar que es perfectamente posible que no respeten su compromiso una vez que nos hayamos rendido?

—Claro que se nos ha ocurrido —repuso Vissbruck—, pero en ocasiones anteriores sí que han respetado sus compromisos y siempre será mejor tener alguna esperanza que... —el general clavó los ojos en la mesa— no tener ninguna.

Cualquiera diría que se fía más del enemigo que de mí. Aunque, la verdad sea dicha, yo tampoco ando muy sobrado de confianza en mí mismo.

Glokta se limpió la humedad que se le había acumulado debajo del ojo.

—Bien. En tal caso supongo que habrá que tomar en consideración la oferta que se nos ha hecho. Nos volveremos a reunir cuando regrese nuestro amigo gurko. A la puesta de sol —acto seguido se echó hacia atrás y, con una mueca de dolor, se puso de pie.

—¿Lo va a tomar en consideración? —le bufó Vitari al oído mientras se alejaba de la cámara de audiencias renqueando por el recibidor—. ¿Va a tener el cuajo de tomarlo en consideración?

—Así es —le espetó Glokta—. Soy yo quien toma aquí las decisiones.

—¡Más bien quien deja que esos gusanos las tomen por usted!

—Usted y yo tenemos trabajos distintos. Yo no le digo a usted cómo tiene que escribir los pequeños informes que envía al Archilector. Así que la forma en que yo maneje a esos gusanos no es asunto suyo.

—¿Que no es asunto mío? —Vitari le agarró del brazo, y Glokta se tambaleó apoyado en su pierna mala. Aquella mujer era más fuerte de lo que aparentaba, bastante más fuerte—. ¡Le dije a Sult que usted sabría llevar este asunto! —le gruñó a la cara—. ¡Si perdemos la ciudad sin ofrecer resistencia, nos cortarán la cabeza! ¡Y mi cabeza sí que es asunto mío, maldito tullido!

—No es momento de dejarse llevar por el pánico —gruñó Glokta—. Tengo tan pocas ganas como usted de acabar flotando en los muelles, pero hay que andarse con mucho cuidado. Si creen que pueden salirse con la suya, no tomarán ninguna decisión precipitada. Al menos, no hasta que yo esté listo. Pero escuche lo que le voy a decir, Practicante, ésta es la primera y la última vez que le voy a dar explicaciones. Y ahora quíteme su sucia mano de encima.

En lugar de soltarle, Vitari apretó aún más los dedos, que penetraron con fuerza en el brazo de Glokta. Los ojos de la Practicante se entornaron hasta formar dos ranuras ardientes en medio de su cara pecosa. *¿La habré juzgado mal? ¿No estará a punto de rebanarme el pescuezo? La* idea estuvo a punto de provocar una sonrisa en Glokta. Pero Severard eligió ese preciso momento para surgir de las sombras que había al otro extremo del vestíbulo en penumbra.

—Qué buena pareja hacen —murmuró mientras se dirigía hacia ellos—. Siempre me ha maravillado esa capacidad que tiene el amor para florecer en los lugares más insospechados, o entre las personas más inesperadas. Como la rosa que se abre paso en terreno pedregoso —Severard cruzó los brazos sobre el pecho—. Es enternecedor.

—¿Le tenemos?

—Por supuesto. En cuanto puso el pie fuera de la sala de audiencias.

La mano de Vitari se había quedado sin fuerzas, y Glokta se la quitó de encima y comenzó a renquear en dirección a las celdas.

—¿Por qué no nos acompaña? —dijo por encima del hombro mientras se detenía un instante para frotarse la carne amoratada de su brazo—. Así podrá incluirlo en el próximo informe que envíe a Sult.

***

Sentado en una silla, el porte de Shabbed al Islik Burai resultaba bastante menos majestuoso. Sobre todo si se trataba de una silla rayada y sucia ubicada en una de las angostas y sofocantes celdas que había en las entrañas de la Ciudadela.

—¿No me diga que no se habla mejor así, estando los dos al mismo nivel? La verdad, me resultaba un tanto desconcertante tener que hablar con una persona tan alta —Islik hizo un gesto de desdén y luego apartó la vista, como si hablar con Glokta fuera una indignidad. *La misma actitud del rico que se ve acosado por unos mendigos en medio de la calle. Pronto le curaremos de esa ilusión.*

»Sabemos que hay un traidor dentro de los muros de la ciudad. En el propio seno del consejo. Seguramente uno de los tres notables a los que hace un momento estaba usted dando su pequeño ultimátum. Quiero que me diga quién es —no hubo respuesta—. Yo también soy un hombre clemente —exclamó Glokta agitando una mano con displicencia, imitando el gesto que el propio embajador había hecho hacía sólo unos minutos—, pero mi clemencia tiene un límite. Hable.

—¡He venido aquí enarbolando la bandera de paz, enviado por el Emperador en persona! ¡Infligir daño a un emisario es una contravención flagrante de las reglas de la guerra!

—¿Bandera de paz? ¿Reglas de la guerra? —Glokta soltó una risilla. Severard soltó una risilla. Vitari soltó una risilla. Frost permaneció en silencio—. ¿Es que aún existe eso? Reserve esa basura para niños como Vissbruck, no es así como los adultos practican este juego. ¿Quién es el traidor?

—Le compadezco, tullido. Cuando caiga la ciudad...

Guárdese su compasión para usted mismo. La va a necesitar. El puño de Frost se hundió en el estómago del embajador sin apenas hacer ruido. Los ojos se le salieron de las órbitas, la boca se le abrió, soltó una tos seca, como si estuviera a punto de vomitar, trató de respirar y volvió a toser.

—Es extraño, ¿no le parece? —caviló en voz alta Glokta mientras le veía resollar—. Todos los hombres, grandes y pequeños, flacos y gruesos, listos y estúpidos, reaccionan de la misma manera cuando reciben un puñetazo en la barriga. Todos se sienten los hombres más poderosos del mundo y de pronto resulta que ni siquiera son capaces de respirar por sí mismos. Hay ciertos tipos de poder que no son más que engaños creados por nuestro cerebro. Fue su propia gente quien me lo enseñó debajo del palacio de su Emperador. Allí, se lo puedo asegurar, no había nada que se

pareciera a las reglas de la guerra. Al parecer, está usted muy bien informado sobre ciertas escaramuzas, ciertos puentes y ciertos jóvenes oficiales, de modo que también debe de saber que yo he estado en la misma situación en la que se encuentra usted ahora. No obstante, hay una pequeña diferencia. Yo estaba completamente indefenso, mientras que usted tiene la posibilidad de poner fin a esta desagradable situación en cuanto lo desee. Si quiere salvarse, lo único que tiene que hacer es decirme quién es el traidor.

Islik había recobrado el aliento. *Aunque me da la impresión de que buena parte de su arrogancia se ha ido para no volver.*

—¡No sé nada de ese traidor del que me habla!

—¿De veras? ¿Su señor, el Emperador, le envía aquí a parlamentar sin ponerle al tanto de todos los detalles? Poco probable. Pero, de ser eso verdad, la utilidad que tiene usted para mí es nula, ¿no cree?

Islik tragó saliva.

—No sé nada de un traidor.

—Ya veremos.

El enorme puño blanco de Frost le impactó en pleno rostro. Le habría arrojado al suelo de lado de no haber sido porque el otro puño del albino detuvo la trayectoria de la cabeza antes de que se cayera, aplastándole la nariz y devolviéndolo de un golpe al respaldo de la silla. Entre Frost y Severard lo levantaron, enderezaron la silla y lo dejaron caer sobre el asiento. Vitari contemplaba la escena con los brazos cruzados.

—Todo esto resulta muy doloroso —dijo Glokta—, pero el dolor se puede sobrellevar si se sabe que no durará mucho. Que no durará, pongamos por caso, más allá del amanecer. Si de verdad se quiere quebrar rápidamente la voluntad de un hombre, lo mejor es amenazarle con privarle de algo. Con hacerle un daño irreversible. Nadie lo sabe mejor que yo.

—¡Aaargh! —aulló el embajador lanzándose hacia delante en la silla. Severard limpió la hoja del cuchillo en el hombro de la toga blanca del prisionero y luego arrojó la oreja sobre la mesa. El triste semicírculo de carne sanguinolenta yacía abandonado sobre la superficie de madera. Glokta lo miró. *En una celda sofocante como ésta, a lo largo de varios meses, los servidores del Emperador se afanaron por convertirme en la repugnante caricatura de hombre que soy ahora. Cualquiera habría pensado que la oportunidad de hacer otro tanto a uno de ellos, la oportunidad de cobrarme venganza, gramo agramo, sería suficiente para proporcionarme al menos un leve atisbo de placer. Y, sin embargo, no sentía nada. Nada excepto mi propio dolor.* Estiró la pierna y contrajo el

rostro al sentir el chasquido de la rodilla, luego expulsó una bocanada de aire a través de sus encías desnudas. *Entonces, ¿por qué lo hago?*

Glokta exhaló un suspiro.

—Luego será un dedo del pie. Luego otro de la mano. Después un ojo, una mano, la nariz, y así sucesivamente, ¿se da cuenta? Pasará al menos una hora hasta que le echen en falta, y aquí trabajamos rápido —Glokta señaló con la cabeza la oreja amputada—. Para entonces es muy posible que tengamos amontonada sobre la mesa una pila de carne de medio metro de alto. Si hace falta le iré escarbando el cuerpo hasta dejarlo reducido a una lengua y un saco de entrañas, pero puede estar seguro de que voy a averiguar quién es ese traidor. ¿Y bien? ¿Sabe ya algo más?

El embajador clavó su mirada en él. Respiraba entrecortadamente y la sangre oscura corría por su magnífica nariz, resbalaba por su barbilla, goteaba por uno de los lados de su cabeza. *¿Se ha quedado mudo de espanto o se está pensando su próxima estratagema ? Poco importa.*

—Me aburro. Frost, empezaremos por las manos —el albino agarró la muñeca del prisionero.

—¡Espere! —gimió el embajador—. ¡Por Dios todopoderoso, espere! ¡Fue Vurms, Korsten dan Vurms, el hijo del gobernador!

Vurms. Casi demasiado obvio. Claro que, con frecuencia, las respuestas más obvias son las más acertadas. Ese maldito cabrón sería capaz de vender a su propio padre, si pensara que iba a poder encontrar comprador.

—¡Y también la mujer, Eider!

Glokta frunció el ceño.

—¿Eider? ¿Está seguro?

—¡Fue ella quien lo planeó! ¡Todo fue idea suya! —Glokta se chupó lentamente las encías. Tenían un regusto amargo. *¿Un horrible sentimiento de decepción o la horrible sensación de que en el fondo siempre lo había intuido? En todo momento ha sido la única persona con el cerebro, los redaños y los recursos para llevar a efecto la traición. Una pena. Pero ya se sabe que los finales felices no existen.*

—Eider y Vurms —masculló Glokta—. Vurms y Eider. Nuestro pequeño y sórdido misterio ha llegado a su conclusión —alzó la vista y miró a Frost—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Mal asunto

La colina, un cono redondo y achatado, que podría haber pasado por una obra humana, surgía del mar de hierba. Resultaba extraña la presencia de aquel gran montículo en medio de la monotonía de la llanura. A Ferro le daba mala espina.

Unos bloques de piedra erosionada formaban un tosco círculo en la cima y esparcidas por las laderas se veían varias piedras más, enhiestas algunas y otras tumbadas de lado; las más pequeñas apenas llegarían a la altura de las rodillas, las más grandes doblaban la altura de un hombre. Piedras oscuras y peladas que se erguían desafiando el embate del viento. Ferro las contemplaba con el ceño fruncido.

Y las piedras parecían mirarla a ella con idéntica expresión.

—¿Qué clase de lugar es éste? —preguntó Nuevededos.

Quai se encogió de hombros.

—Un lugar antiguo, terriblemente antiguo. Más antiguo que el mismísimo Imperio. Anterior a los tiempos de Euz, tal vez de cuando los demonios vagaban libres por la tierra —el aprendiz sonrió—. No me extrañaría que hubieran sido los propios demonios quienes lo levantaron. ¿Quién sabe lo que será? ¿Un templo dedicado a unos dioses olvidados? ¿Una tumba?

—Nuestra tumba —dijo Ferro en voz baja.

—¿Qué?

—Un buen lugar para hacer una parada —añadió Ferro alzando la voz—. Así podremos otear la llanura.

Nuevededos miró la colina con gesto ceñudo.

—Está bien. Paramos.

***

Ferro estaba de pie sobre una de las piedras oteando la llanura con los brazos en jarras. El viento azotaba la hierba ondulándola como si fueran las olas del mar. También azotaba las colosales nubes: retorciéndolas, desgarrándolas, arrastrándolas por el cielo. A Ferro le fustigaba la cara, le pellizcaba los ojos, pero ella lo ignoraba.

El maldito viento, como siempre.

A su lado se encontraba Nuevededos, contemplando el sol mortecino con los ojos entrecerrados.

—¿Se ve algo?

—Nos siguen —estaban muy lejos, pero los veía. Unos puntos diminutos en lontananza. Diminutos jinetes en un mar de hierba.

Nuevededos torció el gesto.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Te sorprende?

—No —dejó de mirar hacia arriba y se restregó los ojos—. Las malas noticias nunca son una sorpresa. Sólo una decepción.

—Yo cuento trece.

—¿Puedes contarlos? Yo ni siquiera los veo. ¿Vienen hacia nosotros?

Ferro alzó los brazos.

—¿Qué más hay aquí? Tal vez el cabrón sonriente de Finnius haya encontrado más amigos.

—Mierda —Logen bajó la vista para mirar al carro, que estaba aparcado a los pies de la colina—. No podemos dejarlos detrás de nosotros.

—No —Ferro frunció los labios—. Podrías consultar a los espíritus para pedirles su opinión.

—¿Qué iban a decirnos? ¿Que lo tenemos jodido? —durante un instante permanecieron en silencio—. Lo mejor será esperarlos y hacerles frente aquí. Vamos a subir el carro a la cima. Al menos tenemos una colina y unas cuantas rocas para parapetarnos.

—Lo mismo estaba pensando yo. Nos dará algo de tiempo para preparar el terreno.

—Muy bien. Manos a la obra.

* * *

La punta de la pala se hincó en el suelo con el característico ruido que produce el metal al raspar la tierra. Un sonido que le era muy familiar. Cavar hoyos, cavar tumbas. ¿Qué diferencia había?

Ferro había cavado tumbas para todo tipo de gentes. Compañeros, o lo más parecido que había tenido a unos compañeros. Amigos, o lo más parecido que había tenido a unos amigos. Uno o dos amantes, por llamarlos de alguna manera. Bandoleros, asesinos, esclavos. Cualquiera que odiara a los gurkos. Cualquiera que se escondiera en las Estepas, por la razón que fuera.

Paletada arriba, paletada abajo.

Cuando el combate acaba, si sigues con vida, te pones a cavar. Se colocan los cuerpos en fila. Se cava una hilera de tumbas. Tumbas para los camaradas caídos. Tus camaradas acribillados, desmembrados, destrozados. Cavas todo lo hondo que te apetezca, los tiras dentro, los cubres de tierra, ellos se pudren, tú los olvidas y sigues adelante, sola. Siempre es así.

Pero allí, en aquella extraña colina en medio de aquel extraño país, aún había tiempo. Aún había una posibilidad de que sus camaradas siguieran con vida. Ésa era la diferencia, y, a pesar de todo su desprecio, a pesar de toda su furia y su desdén, se aferraba a ella con la misma fuerza desesperada con que aferraba la pala.

Qué extraño que nunca se pierda la esperanza.

—Cavas muy bien —dijo Nuevededos. Ferro entrecerró los ojos y miró la figura que se alzaba sobre ella al borde del hoyo.

—Tengo mucha práctica —dejó la pala hincada en la tierra, plantó las manos en los lados del hoyo y salió de un salto. Luego se sentó en el borde con las piernas colgando. El sudor le pegaba la camisa al cuerpo y le chorreaba por la cara. Se limpió la frente con su mano sucia. Logen le pasó el odre del agua y ella lo cogió y le quitó el tapón con los dientes.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Ferro echó un trago, se enjuagó la boca y luego escupió el agua.

—Depende del ritmo que lleven —se volvió a echar el odre a la boca y está vez tragó el agua—. Ahora vienen a buen ritmo. Si lo mantienen, los tendremos aquí bien entrada la noche, o si no mañana al amanecer —y le devolvió el odre.

—Mañana al amanecer —Nuevededos volvió a poner lentamente el tapón—. Trece, dices, ¿eh?

—Trece.

—Y nosotros somos cuatro.

—Cinco, si el Navegante echa una mano.

Nuevededos se rascó la mandíbula.

—Es poco probable.

—¿El aprendiz sabe combatir?

Nuevededos hizo una mueca de dolor.

—No mucho.

—¿Y qué me dices de Luthar?

—Me sorprendería que alguna vez hubiera dado un puñetazo con verdadera furia, y no digamos ya una estocada.

Ferro asintió moviendo la cabeza.

—Trece contra dos, entonces.

—Mal asunto.

—Muy malo.

Logen respiró hondo y contempló el fondo del hoyo.

—Si se te pasa por la cabeza la idea de escapar, no te lo echaré en cara.

—Hummm —replicó Ferro con desdén. Era extraño, pero ni siquiera había pensado en ello—. Me quedo. A ver qué ocurre.

—Vale. Muy bien. Mentiría si dijera que no te necesito.

El viento susurraba entre la hierba y suspiraba entre las piedras. En un momento así, suponía Ferro, había que decir ciertas cosas, pero no sabía muy bien el qué. Siempre había sido una persona parca en palabras.

—Una cosa. Si muero, tú me entierras —y le tendió la mano—. ¿Trato hecho?

Logen, sorprendido, alzó una ceja.

—Trato hecho —Ferro se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no tocaba a una persona sin la intención de hacerle daño.

Fue una sensación extraña: la otra mano agarró la suya, la rodeó firmemente con los dedos y las dos palmas se apretaron. Una sensación cálida. Logen asintió con la cabeza. Ella le imitó. Y luego se soltaron.

—¿Y si morimos los dos? —dijo él.

Ferro se encogió de hombros.

—Entonces ya se ocuparán los cuervos de dejarnos limpios. Al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay?

—No mucha —musitó Logen mientras comenzaba a bajar por la ladera—. No mucha.

En la senda de la victoria

Desde un promontorio que se alzaba sobre el río Cumnur, apostado junto a un grupo de árboles raquíticos que azotaba el viento cortante, West veía cómo avanzaba la larga columna. O, para ser más exactos, veía cómo no avanzaba.

Los prietos escuadrones de la Guardia Real que encabezaban el ejército del Príncipe Ladisla marchaban a buen paso. Se les reconocía por sus armaduras, que relucían cada vez que los pálidos rayos del sol conseguían atravesar las deshilachadas nubes, por los coloridos uniformes de los oficiales, por los estandartes rojo y gualda que ondeaban al frente de cada compañía. Ya habían cruzado el río y estaban formados en perfecto orden, en vivo contraste con el caos que reinaba al otro lado.

Aliviadas de poder dejar por fin atrás el lastimoso campamento, las levas se habían mostrado muy animosas cuando se pusieron en marcha a primeras horas de la mañana, pero apenas había transcurrido una hora cuando los más viejos o los peor calzados, primero un hombre acá y luego otro allá, empezaron a rezagarse y la columna acabó por desordenarse. Los hombres resbalaban y daban traspiés mientras avanzaban por el barrizal semicongelado profiriendo maldiciones, apartando a empujones a sus vecinos, pisando las botas de los compañeros que marchaban delante. Los batallones se habían retorcido y estirado tanto que las prietas formaciones se habían convertido en unas masas amorfas que se fundían con las unidades de delante y de detrás. Cuando un grupo de hombres se apresuraba a avanzar, el siguiente se quedaba parado, de tal modo que la columna se movía siguiendo un ritmo ondulante similar al de los anillos de una monstruosa e inmunda lombriz.

Tan pronto como llegaron al puente, toda apariencia de orden desapareció por completo. Fatigadas y malhumoradas, las informes compañías trataban de abrirse paso por el reducido espacio entre gruñidos y codazos. Entretanto, los que aguardaban detrás, impacientes por cruzar al otro lado, donde al fin podrían descansar, presionaban cada vez con más fuerza, ralentizando aún más la operación con el peso de sus cuerpos. Luego, un carromato, que en cualquier caso no tenía allí



ninguna utilidad, se había quedado sin una rueda en medio del puente, y el lento fluir de los hombres había quedado reducido a un simple goteo. Al parecer, nadie sabía cómo quitarlo de en medio, o a quién había que llamar para que lo reparara, en vista de lo cual habían optado por treparlo o por deslizarse por un lado, entorpeciendo el avance de los millares de soldados que venían detrás.

En el barrizal que había en el lado de la rauda corriente en que se encontraba West, se había formado un apelotonamiento de dimensiones monumentales. Los hombres gruñían mientras trataban de abrirse paso a empujones, rodeados de oficiales vociferantes y de un amontonamiento de desperdicios y pertrechos abandonados que crecía a ojos vistas. Detrás de ellos, la gran serpiente de desarrapados proseguía con su espástico avance, añadiendo cada vez más soldados al caos que se había formado delante del puente. No parecía que a nadie se le hubiera pasado por la cabeza la idea de detenerlos, y menos aún que lo hubiera conseguido.

Todo ello con las tropas formadas en columna, sin sufrir el acoso del enemigo y pudiendo marchar por un camino medianamente decente. Sólo de pensar lo que sería hacerlos maniobrar en formación de combate en medio de un bosque o por terreno accidentado, West se echaba a temblar. Cerró sus ojos fatigados y se los restregó con los dedos, pero cuando volvió a abrirlos aquel espectáculo, hilarante y horripilante a un tiempo, seguía ahí. No sabía si reír o llorar.

A su espalda oyó el retumbar de los cascos de un caballo que se acercaba. Lo montaba la corpulenta y musculosa figura del teniente Jalenhorn. Un hombre de escasa imaginación, tal vez, pero un gran jinete y una persona en la que se podía confiar. Una buena elección para la misión que West tenía en mente.

—El teniente Jalenhorn a sus órdenes, señor —el grandullón se giró sobre su silla y miró en dirección al río—. Parece que están teniendo problemas en el puente.

—Si eso fuera todo... Pero mucho me temo que esto no es más que el principio de nuestros problemas.

Jalenhorn le dirigió una sonrisa.

—Entiendo que contamos con superioridad numérica, además del factor sorpresa...

—Superioridad numérica, tal vez, pero, ¿factor sorpresa? —West señaló la masa humana que se agolpaba alrededor del puente entre los gritos difusos y desesperados de los oficiales—. ¿Con una turba como ésa? Un ciego nos oiría venir a quince kilómetros de distancia. Un ciego y un sordo nos olerían antes de que hubiéramos conseguido ponernos en formación de combate. Nos llevará todo el día cruzar el puente. Y ni siquiera es ésa la peor de nuestras carencias. Me temo que, en lo que hace al mando, el abismo que nos separa de nuestros enemigos no podría ser

más grande. El Príncipe vive en un sueño y la única misión de su Estado Mayor parece ser asegurarse a toda costa de que no salga de él.

—Pero sin duda...

—Nos puede costar a todos la vida.

Jalenhorn frunció el ceño.

—Vamos, West, no quiero entrar en combate pensando eso.

—No vas a entrar en combate.

—¿No?

—Quiero que elijas a los seis mejores hombres de tu compañía y os llevéis varias monturas de refresco. Cabalgaréis todo lo rápido que podáis en dirección a Ostenhorm y luego seguiréis hacia el norte para alcanzar el campamento del Lord Mariscal Burr —West se metió la mano en el abrigo y sacó una carta—. Le entregarás esto y le informarás de que Bethod, con el grueso de su ejército, se encuentra ya a sus espaldas, y que el Príncipe Ladisla, contraviniendo las órdenes que él mismo le había dado, ha tomado la desacertada decisión de cruzar el río Cumnur y presentar batalla a los Hombres del Norte —West apretó los dientes—. Bethod nos verá venir a varios kilómetros de distancia. Vamos a regalar al enemigo la elección del terreno, sólo para que el Príncipe pueda presumir de su audacia. Al parecer, no hay mejor política en la guerra que la audacia.

—Pero West, seguro que las cosas no están tan mal, ¿no?

—Cuando estés en presencia del Mariscal Burr dile que lo más seguro es que el ejército del Príncipe ya haya sido derrotado, y muy probablemente aniquilado, y que el enemigo tiene franca la ruta que conduce a Ostenhorm. Él sabrá lo que conviene hacer.

Jalenhorn miró la carta, extendió la mano para cogerla y permaneció callado durante unos instantes.

—Coronel, preferiría que enviaras a otra persona. Quisiera entrar en combate.

—El hecho de que entres en combate no cambiaría las cosas, teniente, pero llevar este mensaje tal vez sí. No hay en ello ningún sentimiento personal, créeme. De todas las tareas que tengo que realizar, ésta es la más importante, y tú eres el hombre en quien confío para llevarla a cabo. ¿Están claras las órdenes?

El grandullón tragó saliva, cogió la carta, se desabrochó un botón y luego se la metió dentro de la guerrera.

—Otra cosa —West respiró hondo—. Si acaso... muriera en combate. Cuando todo esto termine, ¿te importaría transmitirle un mensaje a mi hermana?

—Vamos, tampoco hay que ponerse...

—Espero vivir, créeme, pero estamos en guerra. No todo el mundo saldrá con vida. Si no regreso, simplemente dile a Ardee que... —caviló un instante y añadió—, que lo siento. Eso es todo.

—Lo haré. Pero espero que se lo puedas decir tú en persona.

—Yo también. Buena suerte —West le tendió la mano.

Jalenhorn se agachó y se la estrechó.

—Lo mismo te digo —a continuación, espoleó su montura y tiró ladera abajo en dirección contraria al río. Durante un minuto, West se quedó mirando cómo se alejaba, luego respiró hondo y marchó en dirección opuesta, hacia el puente.

Alguien tenía que ocuparse de que esa maldita columna volviera a ponerse en marcha.

Males necesarios

El sol, un titilante semicírculo dorado que asomaba más allá de las murallas terrestres, inundaba de luz naranja el pasillo por el que renqueaba Glokta, flanqueado por la imponente figura del Practicante Frost. A través de los ventanales que iba superando penosamente, se veían los edificios de la ciudad, cuyas alargadas sombras se proyectaban sobre el peñón. A cada ventana que pasaba, las sombras le parecían más alargadas y difusas, el sol más tenue y frío. Pronto habría desaparecido del todo. *Pronto se hará de noche.*

Al llegar ante las puertas de la sala de audiencias, se detuvo un instante, contuvo la respiración aguardando a que se le pasara un poco el dolor de la pierna y se relamió las encías.

—Pásame la bolsa.

Frost le entregó el pequeño saco y luego posó su pálida mano en las puertas.

—¿Eztá lizto? —farfulló.

Más listo que nunca.

—Vamos allá.

Sentado en una postura muy rígida, el general Vissbruck, embutido en su almidonado uniforme y con la papada montada ligeramente sobre el cuello de su guerrera, se tiraba nervioso de las manos. Korsten dan Vurms procuraba por todos los medios aparentar un aire despreocupado, pero su lengua, que no paraba de asomar entre sus labios, traicionaba su ansiedad. La Maestre Eider estaba sentada muy recta, con las manos enlazadas sobre la mesa y una expresión adusta en el semblante. *Cuánta profesionalidad.* En el cuello lucía un collar de grandes rubíes que resplandecían iluminados por las últimas luces del sol poniente. *Por lo que se ve, no ha tardado demasiado en conseguir joyas nuevas.*

La reunión contaba con otro asistente, que no daba la más mínima muestra de nerviosismo. Nicomo Cosca se encontraba apoyado en la pared del fondo, no muy

lejos de su patrona, con los brazos cruzados sobre la coraza. Glokta advirtió que llevaba una espada colgada de una cadera y una daga de la otra.

—¿Qué hace él aquí?

—Este asunto concierne a todos los habitantes de la ciudad —dijo Eider con calma—. Es una decisión demasiado importante para que la tome usted solo.

—Dicho de otro modo, está aquí para dar más peso a su palabra, ¿no? —Cosca se encogió de hombros y se puso a inspeccionar sus mugrientas uñas—. ¿Y qué me dice del mandato rubricado por los doce miembros del Consejo Cerrado?

—Ese documento no nos salvará de la cólera del Emperador si los gurkos toman la ciudad.

—Ya veo. Así pues, no sólo tiene la intención de desafiarme a mí, sino también al Archilector y al propio Rey.

—Mi intención es escuchar al emisario de los gurkos y tomar en consideración los hechos.

—Muy bien —dijo Glokta. Y, acto seguido, dio un paso adelante y volcó la bolsa—. Escúchele —la cabeza de Islik cayó sobre la mesa con un ruido hueco. Al margen de su espeluznante rigidez, no podía decirse que tuviera una expresión propiamente dicha: los ojos abiertos miraban en direcciones opuestas y un trozo de lengua asomaba entre los labios. Rodó deslavazada por el espléndido tablero, dejando un reguero discontinuo de manchas de sangre en la madera pulida, y, finalmente, se paró de cara delante del general Vissbruck.

Una pizca teatral, tal vez, pero bastante efectivo. No creo que eso me lo vayan a negar. Después de esto ya no quedará ninguna duda sobre la firmeza de mi determinación. Mientras contemplaba atónito la sanguinolenta cabeza que tenía ante sí, la boca de Vissbruck se iba abriendo poco a poco. De pronto, se puso de pie de un salto y se echó hacia atrás derribando la silla, que se estrelló ruidosamente contra las baldosas del suelo. Luego alzó un dedo y apuntó a Glokta.

—¡Está usted loco! ¡Loco! ¡Ya no habrá clemencia para nadie! ¡Para ningún hombre, mujer o niño de Dagoska! ¡Si cae la ciudad, no habrá esperanza para ninguno de nosotros!

Glokta le obsequió con una de sus sonrisas desdentadas.

—En tal caso, les sugiero que pongan todo su empeño en asegurarse de que la ciudad no cae en sus manos —dijo mirando a Korsten dan Vurms—. ¿O es que ya es demasiado tarde para eso, eh? ¿No será que ya han vendido la ciudad a los gurkos y ahora no pueden dar marcha atrás?

Los ojos de Vurms se volvieron nerviosos hacia la puerta, luego miraron a Cosca, al horrorizado general Vissbruck, a Frost, cuya ominosa figura se alzaba en un rincón, y, finalmente, a la Maestre Eider, que permanecía impertérrita en su sitio, fría como el acero. *Y, de esta forma, nuestra pequeña conspiración es arrancada de las sombras.*

—¡Lo sabe! —chilló Vurms, y, acto seguido, empujó hacia atrás la silla, se puso de pie tambaleándose y dio un paso hacia la ventana.

—Desde luego que lo sabe.

—¡Entonces haga algo, maldita sea!

—Ya lo he hecho —repuso Eider—. A estas alturas, los hombres de Cosca se habrán apoderado ya de las murallas terrestres, habrán tendido un puente sobre el foso y habrán abierto las puertas a los gurkos. Los muelles, el Gran Templo, incluso la propia Ciudadela, estarán ya en sus manos —al otro lado de la puerta se oyó un leve ruido—. Me parece que ya se les oye ahí fuera. Lo siento, Superior Glokta, créame. Ha hecho todo lo que su Eminencia habría podido esperar de usted, incluso más, pero los gurkos afluyen en masa a la ciudad. Ya ve que es inútil ofrecer cualquier tipo de resistencia.

Glokta alzó la vista y miró a Cosca.

—¿Puedo dar mi réplica? —el estirio esbozó una sonrisa e inclinó levemente la cabeza—. Muy amable. Lamento mucho tener que defraudarla, pero las puertas de la ciudad están en manos del Haddish Kahdia y de algunos de sus más fieles sacerdotes. Dice que se las abrirá a los gurkos... ¿cuáles fueron sus palabras exactas?, ah, sí, «cuando Dios en persona me lo ordene». ¿Espera usted alguna visita divina? —la expresión de Eider dejaba bastante a las claras que no la esperaba—. Con respecto a la Ciudadela, ha sido ocupada por la Inquisición con el fin de garantizar la seguridad de los súbditos leales a Su Majestad. Esos a los que oye usted ahí fuera son mis Practicantes. Y, en cuanto a los mercenarios de maese Cosca...

—¡En sus puestos de las murallas, Superior, según sus órdenes! —el estirio dio un taconazo y ejecutó un impecable saludo militar—. Listos para repeler cualquier ataque de los gurkos —luego se dirigió a Eider con una sonrisa—. Le pido disculpas por abandonar su servicio en un momento tan delicado, Maestre, pero ha de comprender que he recibido una oferta mejor.

Durante unos instantes reinó un espeso silencio. La conmoción de Vissbruck difícilmente habría sido mayor si le hubiera alcanzado un rayo. Vurms miraba a su alrededor con los ojos desorbitados. Dio otro paso atrás y Frost avanzó una zancada en su dirección. La tez de la Maestre Eider había perdido todo su color.

La caza ha terminado, todos los zorros están acorralados.

—No debería sorprenderse —Glokta se recostó en su silla—. La deslealtad de Nicomo Cosca es famosa en todo el Círculo del Mundo. Apenas si existe un lugar bajo el sol donde no haya traicionado a su patrono —el estirio sonrió y volvió a hacer una reverencia.

—Es su riqueza lo que me sorprende —masculló Eider—, no la deslealtad de Cosca. ¿De dónde la ha sacado?

Glokta sonrió de oreja a oreja.

—El mundo está lleno de sorpresas.

—¡Maldita estúpida! —chilló Vurms, que tuvo tiempo de desenfundar la mitad de su acero antes de que el blanco puño de Frost se estrellara contra su mandíbula y lo arrojara inconsciente contra la pared. Casi en ese mismo momento se abrieron las puertas de golpe y Vitari irrumpió en la sala, seguida de media docena de Practicantes armados.

—¿Todo en orden? —inquirió la Practicante.

—Sí, de hecho, ya casi habíamos acabado. Saque la basura, ¿quiere, Frost?

Los dedos del albino se cerraron sobre el tobillo de Vurms y luego lo fue arrastrando por el suelo para sacarlo de la sala. Eider contempló el rostro inerte de Vurms, que resbalaba sobre las baldosas, y luego miró a Glokta.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, a las celdas.

—¿Y luego?

—Luego ya veremos —se volvió hacia los Practicantes, chasqueó los dedos y señaló la puerta con el pulgar. Dos de ellos rodearon la mesa y agarraron de los codos a la Reina de los mercaderes, que, con gesto impasible, se dejó conducir fuera de la sala.

—Bueno —inquirió Glokta mirando a Vissbruck—, ¿alguien más quiere aceptar la propuesta de rendición del embajador?

El general, que había permanecido todo ese tiempo de pie sin decir palabra, respiró hondo y se puso firme.

—No soy más que un simple soldado. Como es natural, obedeceré cualquier orden de Su Majestad, o del representante autorizado de Su Majestad. Si las órdenes son defender Dagoska hasta el último hombre, estoy dispuesto a dar hasta la última gota de mi sangre por ello. Le aseguro que no sabía nada de la conspiración. Habré actuado precipitadamente, quizás, pero siempre de forma honesta, haciendo lo que creía que era mejor para...

Glokta agitó con displicencia una mano.

—Le creo. Me aburre, pero le creo. *Ya he perdido hoy a más, de la mitad del consejo. Perder otro miembro más me haría parecer demasiado codicioso.* Estoy convencido de que los gurkos lanzarán su ataque al despuntar el día. Convendría que fuera a echarle un vistazo a nuestras defensas, general.

Vissbruck cerró los ojos, tragó saliva y se limpió el sudor de la frente.

—No se arrepentirá de haber confiado en mí, Superior.

—Espero que no. Retírese.

Como si tuviera miedo de que Glokta pudiera cambiar de idea, el general se apresuró a abandonar la sala, y el resto de los Practicantes salió detrás de él. Vitari se agachó, levantó del suelo la silla de Vurms y la volvió a colocar debajo de la mesa.

—Un trabajo bien hecho —dijo asintiendo con la cabeza—. Muy bien hecho. Me alegra ver que no me había equivocado con usted.

Glokta resopló con desdén.

—No se imagina lo poco que me importa contar con su aprobación.

Los ojos de la Practicante sonrieron detrás de la máscara.

—No he dicho que le dé mi aprobación, sólo que ha sido un trabajo bien hecho — y, acto seguido, se dio la vuelta y, andando despacio, salió al vestíbulo.

En la sala ya sólo quedaban Cosca y él. Apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre la coraza con gesto despreocupado, el mercenario contemplaba a Glokta sonriendo levemente. Durante todo aquel tiempo no se había movido ni un ápice.

—Creo que no le iría nada mal en Estiria. Es usted muy... ¿qué palabra emplear? ¿Implacable? En fin —añadió encogiéndose de hombros con patente exageración—. Estoy deseando ponerme a trabajar a su servicio. *Hasta que llegue alguien que te ofrezca más dinero, ¿eh, Cosca?*—El mercenario sacudió una mano apuntando a la cabeza amputada que yacía sobre la mesa—. ¿Quiere que haga algo con eso?

—Clávela en las almenas de las murallas terrestres. En un lugar bien visible. Así se enterarán los gurkos de la firmeza de nuestra determinación.

Cosca chasqueó la lengua.

—Cabeza ensartadas en picas, ¿eh? —dijo mientras levantaba la cabeza agarrándola de la barba—. Nunca se pasan de moda.

Al salir, cerró la puerta tras de sí, y Glokta se quedó solo en la sala de audiencias. Se frotó el cuello para aliviar su rigidez y estiró su pierna entumecida por debajo de

la mesa manchada de sangre. *Un día bien aprovechado, en general. Pero el día ya ha terminado.* Tras los ventanales, el sol por fin se había puesto sobre Dagoska.

El cielo estaba oscuro.

Entre las piedras

Las primeras luces del amanecer asomaban ya en el cielo. Un leve resplandor que iluminaba los contornos de las colosales nubes y las aristas de las ancianas piedras, un destello difuso en el horizonte oriental. Una vista, la de esa primera claridad grisácea, que los hombres no solían ver, o que Jezal, al menos, rara vez había visto. En su tierra, a esas horas habría estado tan tranquilo en sus alojamientos, durmiendo a pierna suelta en su cálido lecho. Aquella noche nadie había dormido. Se habían pasado las largas horas de frío en silencio, sentados al viento, escrutando la oscuridad en un intento de distinguir la presencia de formas en la llanura y esperando. Esperando el amanecer.

Nuevededos contempló el sol naciente con gesto ceñudo.

—Ya casi es la hora. Pronto aparecerán.

—Bien —farfulló aterido Jezal.

—Escúcheme. Quédese aquí y vigile el carro. Son muchos, y lo más probable es que unos cuantos traten de rodearnos para cogernos por la espalda. Por eso tiene que quedarse aquí. ¿Entendido?

Jezal tragó saliva. Estaba tan tenso que se le había formado un nudo en la garganta. No dejaba de pensar en lo injusta que era aquella situación. Lo injusto que era tener que morir tan joven.

—Bien. Ella y yo estaremos en la parte de delante de la colina, por donde las piedras. Supongo que la mayoría de ellos vendrán por ahí. Si tiene problemas, pegue un grito, pero si no acudimos...bueno, haga lo que pueda. A lo mejor es que estamos muy ocupados. O a lo mejor es que hemos muerto.

—Tengo miedo —dijo Jezal. No había tenido intención de decirlo, pero tal y como estaban las cosas ya daba igual.

Nuevededos se limitó a asentir con la cabeza.

—Y yo. Todos tenemos miedo.

Ferro lucía una sonrisa feroz mientras se ceñía al pecho las correas de la aljaba, metía un agujero más en la hebilla del cinto de su espada, se ajustaba el brazalete de arquero, movía los dedos para ver que estaban sueltos y tensaba la cuerda del arco, comprobando que todo estaba en orden y presto para la violencia. Se preparaba para un combate que muy probablemente les costaría a todos la vida de una forma bastante similar a la que habría podido emplear Jezal cuando se preparaba para una noche de juerga en las tabernas de Adua. Sus ojos amarillos refulgían de emoción en la penumbra, como si estuviera deseando empezar. Era la primera vez que la veía contenta.

—No parece que ella tenga miedo —dijo.

Nuevededos miró a Ferro y torció el gesto.

—Bueno, puede que ella no, pero yo no la tomaría como ejemplo —la observó durante un instante—. A veces, la gente que ha vivido en peligro mucho tiempo sólo consigue sentirse viva cuando percibe el aliento de la muerte al lado.

—Ya —murmuró Jezal. Ahora, la mera visión de la hebilla de su propio cinto, de las empuñaduras de sus aceros, que relucían con orgullo, le ponía enfermo. Volvió a tragar saliva. Nunca había tenido la boca tan repleta de saliva.

—Trate de pensar en otra cosa.

—¿En qué?

—En cualquier cosa que le ayude a distraerse. ¿Tiene familia?

—Mi padre y dos hermanos. Pero no estoy muy seguro de que me aprecien mucho.

—A la mierda con ellos entonces. ¿Tiene hijos?

—No.

—¿Mujer?

—No —Jezal torció el gesto. Lo único que había hecho en su vida era jugar a las cartas y granjearse enemigos. Nadie le echaría de menos.

—¿Una amante, entonces? No me diga que no hay una chica esperándole.

—Bueno, quizá... —pero en realidad estaba seguro de que a esas alturas Ardee ya le habría encontrado sustituto. Nunca le había parecido una mujer demasiado sentimental. Tal vez debería haberle propuesto que se casara con él cuando se presentó la ocasión. Así, al menos, habría tenido alguien que le llorara—. ¿Y usted? —farfulló.

—¿Yo? ¿Una familia? —Nuevededos frunció el entrecejo y se frotó con gesto amargo el muñón de su dedo medio—. La tuve. Pero ahora tengo otra. Las familias no se eligen, hay que apechugar con la que a uno le ha tocado en suerte y procurar sacarle el máximo partido —señaló a Ferro y luego a Quai—. ¿La ve a ella, y a él, y a usted? —y, acto seguido, dio a Jezal una palmada en la espalda—. Pues ahora ésta es mi familia y no entra en mis planes perder hoy un hermano, ¿entendido?

Jezal asintió moviendo lentamente la cabeza. No se elige la familia. Hay que sacar el máximo partido de la que a uno le ha tocado. La suya era fea, estúpida, apestosa y extraña, pero eso poco importaba ahora. Nuevededos le tendió la mano. Jezal la cogió y la apretó con todas sus fuerzas.

El norteño sonrió.

—Buena suerte, Jezal.

—Lo mismo digo.

* * *

Ferro estaba arrodillada junto a una de las piedras agujeradas, con el arco en una mano y una flecha lista para disparar. El viento dibujaba extrañas formas en la hierba alta de la llanura, azotaba la hierba más corta de la ladera de la colina y tiraba de las plumas de las siete flechas que tenía clavadas en el suelo justo delante de ella formando una hilera. Siete flechas. Todas las que le quedaban.

No tenía ni para empezar.

Los vio cabalgar hasta los pies de la colina. Los vio bajar de los caballos y mirar hacia arriba. Los vio ceñirse las hebillas de sus desgastadas corazas de cuero y preparar sus armas. Lanzas, espadas, escudos, uno o dos arcos. Eran trece. No se había equivocado.

Pero eso no le servía de consuelo.

Reconoció a Finnius; se reía mientras señalaba las piedras con una mano. El muy cabrón. Si tenía la oportunidad, sería el primero al que dispararía, pero a esa distancia no tenía sentido malgastar un tiro. No tardarían en subir. Cruzarían el terreno despejado y luego ascenderían por la colina.

Entonces los dispararía.

Comenzaron a desplegarse. Se asomaban por encima del borde de los escudos para mirar hacia las rocas y sus botas producían un sordo rumor mientras avanzaban por la hierba alta. Aún no la habían visto. Delante venía uno que no llevaba escudo.

Trepaba por la ladera con gesto feroz, blandiendo en cada mano una espada reluciente.

Ferro tensó el arco sin prisas y sintió el tacto familiar de la cuerda al hundírsele un poco en la barbilla. La flecha le entró a su enemigo por el centro del pecho, atravesando su peto de cuero. El hombre contrajo la cara en un gesto de dolor, soltó un resuello y cayó de rodillas. Luego volvió a levantarse, apoyándose en una de sus espadas, y dio un paso vacilante al frente. La segunda flecha se le clavó justo por encima de la anterior: volvió a caer de rodillas, vomitó un esputo sanguinolento sobre la ladera y luego se desplomó de espaldas.

Pero había muchos más, y seguían avanzando. El que tenía más cerca se encorvaba detrás de un escudo enorme y ascendía paso a paso por la ladera manteniéndolo adelantado y procurando no exponer ni un centímetro de su cuerpo. La flecha de Ferro se alojó con un ruido hueco en el grueso borde de madera.

—Puff —bufó Ferro mientras arrancaba de la tierra otra saeta. Volvió a tensar la cuerda y apuntó con sumo cuidado.

—¡Argh! —aulló el tipo al clavársele la flecha en uno de sus tobillos, que tenía descubierto. El escudo vibró, osciló un poco y se le inclinó hacia un lado.

La siguiente flecha surcó el aire y le entró limpiamente en el cuello, justo por encima del borde del escudo. La sangre se derramó a borbotones por su piel, los ojos se le desorbitaron y cayó de espaldas. El escudo, con la flecha malgastada clavada en el borde, rodó colina abajo detrás de su dueño.

Pero había empleado mucho tiempo y muchas flechas en acabar con aquel tipo. Los demás ya estaban bastante arriba, a mitad de camino de las primeras piedras, y ahora avanzaban zigzagueando. Arrancó del suelo las dos flechas que le quedaban y se escabulló ladera arriba entre la hierba. De momento no podía hacer más. Nuevededos tendría que arreglárselas solo.

***

Con la espalda pegada a una de las piedras, Logen aguardaba conteniendo la respiración. De pronto vio a Ferro escabullirse colina arriba alejándose de él.

—Mierda —masculló. En inferioridad numérica y en un serio aprieto, para no perder la costumbre. Desde que se hizo con el mando, sabía que acabaría siendo así. Siempre ocurría lo mismo. Pero no era la primera vez que salía de un atolladero como ése, y volvería a hacerlo una vez más. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: es un guerrero.

Oyó unos pasos que correteaban por la hierba, acompañados de unos gruñidos entrecortados. Un hombre trepaba por la colina, justo a la izquierda de la piedra. Logen se llevó la espada al lado derecho, palpó el duro metal de la empuñadura y apretó las mandíbulas. Primero apareció la punta oscilante de una lanza, luego un escudo.

Soltando un rugido, salió de detrás de la piedra y descargó la espada trazando un amplio círculo en el aire. El golpe se hundió en el hombro de su enemigo, le abrió en el pecho un tajo del que brotó una llovizna de sangre, le arrancó los pies del suelo y lo arrojó rodando por la ladera.

—¡Sigo vivo! —jadeó Logen mientras corría colina arriba. Una lanza pasó silbando a su lado y se clavó a sus pies justo en el momento en que se parapetaba detrás de la siguiente piedra. Una baza bastante pobre la del tipo aquel, pero dispondrían de muchas otras. Se asomó por el borde. Vio formas fugaces que corrían de roca en roca. Se humedeció los labios y alzó la espada del Creador.

Ahora había sangre en la hoja oscura, también en la letra de plata que había junto a la empuñadura. Pero aún quedaba mucho trabajo por hacer.

***

Subía por la ladera en dirección a ella, asomándose por encima del escudo, presto a parar las flechas que pudiera lanzarle. Imposible acertarle desde allí, estaba demasiado atento.

Ferro se escondió detrás de una piedra, se dejó caer en una trinchera poco profunda que ella misma había excavado y se puso a reptar hasta llegar al extremo opuesto, que estaba justo detrás de otra gran roca. La rodeó y luego se asomó por el borde. Ahora le veía de costado, avanzando cautelosamente hacia la piedra en la que había estado escondida hacía unos instantes. Al parecer, Dios tenía el día generoso.

Con ella, no con él.

La saeta se le alojó en el costado, justo por encima de la cadera. Se tambaleó y bajó la vista para mirar la herida. Ferro sacó su última flecha y la encajó en el arco. El tipo estaba intentando sacarse la primera cuando la segunda le acertó en medio del pecho. En pleno corazón, dedujo Ferro por la forma de caer.

Ya no le quedaban flechas. Tiró el arco y desenvainó el sable gurko.

Había llegado el momento de acercarse.

***

Logen rodeó una de las piedras y se encontró de frente una cara a una distancia tan corta que casi pudo sentir su aliento en la mejilla. La cara de un joven. Un rostro agraciado, de tez clara y nariz afilada, con unos ojos castaños que le miraban desorbitados. Logen estrelló su frente contra ella. La cabeza salió rebotada hacia atrás y el joven se tambaleó, dando a Logen el tiempo necesario para sacar su cuchillo del cinto con la mano izquierda. Soltó su espada, agarró el borde del escudo de su enemigo y lo apartó de golpe. Chorreando sangre por la nariz rota, la cabeza de ojos castaños se alzó de nuevo y, gruñendo como un perro, echó atrás el brazo de la espada para descargar un tajo.

Logen emitió un leve gemido al hundir el cuchillo en el cuerpo del joven. Una vez, dos veces, tres. Unas puñaladas asestadas de abajo arriba, rápidas y enérgicas, que casi levantaron a su enemigo los pies del suelo. La sangre que manaba de las entrañas perforadas se derramaba sobre las manos de Logen. El joven exhaló un quejido, soltó la espada, le flaquearon las piernas y empezó a resbalar por la piedra. Logen se le quedó mirando mientras caía. No hay elección que valga cuando se trata de escoger entre matar o morir. Al fin y al cabo, hay que ser realista.

El joven se quedó sentado en la hierba sujetándose el estómago ensangrentado con ambas manos. Alzó la vista y miró a Logen.

—Ug —gruñó—. Urgh.

—¿Qué?

No hubo más. Los ojos castaños se habían vuelto vidriosos.

***

—¡Vamos! —chilló Ferro—. ¡Venga, maldito hijo de puta! —Estaba agachada en la hierba, lista para saltar.

El tipo no hablaba su lengua, pero debía de entender el sentido de sus palabras. Girando sobre sí, la lanza describió una trayectoria curva en el aire. Un buen lanzamiento. Ferro se echó a un lado y la lanza impactó ruidosamente contra las rocas.

Se rió de él y el tipo se lanzó a la carga: un hombre calvo y fuerte como un toro. A quince zancadas de distancia distinguía ya las vetas del mango del hacha. A doce, las arrugas dibujadas en las comisuras de sus ojos y en el caballete de la nariz de su cara

de perro rabioso. A ocho, las raspaduras de su peto de cuero. Al llegar a cinco zancadas, el tipo alzó el hacha. ¡Aaaargh!, aulló al hundirse el trozo de hierba que tenía bajo sus pies y caer en uno de los hoyos dejando escapar su arma.

Debería haberse fijado en donde pisaba.

Ferro se abalanzó hacia delante con avidez y descargó un mandoble sin molestarse en apuntar. El tipo soltó un aullido al hundírsele en el hombro la pesada hoja de la espada y, luego, berreando y farfullando palabras incomprensibles, trató de salir de allí gateando por la tierra suelta. El siguiente golpe de la espada le abrió un agujero en la coronilla. El hombre emitió un gorgoteo, pegó una sacudida y luego resbaló hasta el fondo del hoyo. O de la tumba. Su tumba.

Seguramente no se la merecía, pero daba igual. Ya lo sacaría luego para dejar que se pudriera en la colina.

***

El tipo aquel era enorme. Un gordo gigantesco que sacaba media cabeza a Logen. La maza que blandía era enorme, casi tan grande como medio árbol, pero eso no parecía impedirle manejarla con gran soltura mientras rugía como un loco y sus pequeños ojos giraban con furia en su cara rechoncha. Logen trataba de esquivar sus golpes mientras retrocedía a tientas entre las piedras. No era fácil mantener un ojo en el terreno que tenía detrás y otro en aquella rama de árbol que barría el aire. Nada fácil. Seguro que acababa mal.

Logen tropezó con algo. Era la bota del tipo de los ojos castaños que había matado hacía apenas un minuto. Toma justicia. Se enderezó justo a tiempo de ver cómo el puño del gigante se estrellaba contra su boca. Aturdido, echando sangre por la boca, se bamboleó. Vio que el mazo se balanceaba hacia él y pegó un salto hacia atrás. Pero no lo bastante lejos. La punta del enorme madero le alcanzó en el muslo y casi le hizo perder el equilibrio. Se chocó contra una de las piedras, aulló de dolor, babeó, contrajo el rostro y al tratar de coger a tientas su espada a punto estuvo de clavársela. Nada más alzarla, cayó de espaldas mientras la maza arrancaba un buen trozo de la roca que tenía a sus espaldas.

Bramando como un toro, el gigante blandió la maza por encima de su cabeza. Un ademán bastante aterrador quizás, pero no demasiado inteligente. Logen se incorporó y le clavó la espada en las entrañas: la oscura hoja se hundió en su cuerpo casi hasta la empuñadura y le salió por la espalda. La maza se le soltó de las manos y cayó en la hierba con un golpe sordo, pero, en un último esfuerzo desesperado, el

gigante se agachó, agarró a Logen de la camisa y lo alzó hasta pegárselo a la cara. Bramando y enseñando los dientes, empezó a levantar su carnoso puño.

Logen se sacó un puñal de la bota y le hundió la hoja en el cuello. Durante unos instantes, su enemigo pareció sorprendido; luego, la sangre comenzó a manar a borbotones de su boca y a chorrearle por la barbilla. Soltó la camisa de Logen, trastabilló hacia atrás, se dio lentamente la vuelta, chocó contra una de las piedras y cayó de bruces. Al parecer, el padre de Logen estaba en lo cierto. Nunca se tienen suficientes cuchillos.

* * *

Ferro oyó el ruido de la cuerda del arco al tensarse, pero para entonces ya era demasiado tarde. Sintió cómo la flecha le atravesaba el hombro por detrás y, al bajar la vista, vio la punta asomando por la parte de delante de su camisa. El brazo se le quedó insensible. Una oscura mancha de sangre comenzó a esparcirse por el sucio tejido. Bufando para sus adentros, se ocultó detrás de una de las piedras.

Por lo menos seguía teniendo la espada y un brazo en condiciones de usarla. Sintiendo en la espalda el rugoso tacto de la piedra, se deslizó pegada a la roca, aguzando el oído. Oyó las pisadas del arquero sobre la hierba, el tintineo de un acero al desenvainar. Por fin le vio: de espaldas a ella, mirando a diestro y siniestro.

Saltó sobre él con la espada, pero el arquero se dio la vuelta a tiempo y la paró con la hoja de la suya. Cayeron juntos sobre la hierba y rodaron hechos un ovillo. De pronto, el tipo se soltó de ella y se puso de pie aullando, revolviéndose, agarrándose su rostro ensangrentado con las manos. Mientras forcejeaban en el suelo, la flecha que sobresalía del hombro de Ferro le había atravesado un ojo.

Suerte para ella.

Ferro se levantó de un salto y rebanó un pie de su adversario con el sable gurko. El tipo soltó otro alarido, su pierna destrozada cedió y se derrumbó de costado. Cuando trató de incorporarse, la hoja curva le soltó por detrás un tajo que le cortó la mitad del pescuezo. Ferro se alejó del cuerpo correteando por la hierba: su brazo izquierdo, casi inservible, colgaba flácido a un lado, pero su puño derecho aferraba la empuñadura de la espada.

Buscaba más trabajo.

* * *

Finnius bailoteaba de un lado para otro con pies ligeros. En el brazo izquierdo llevaba un gran escudo cuadrado, en el otro, una espada corta y gruesa. Mientras se movía, siempre sonriente y con su larga melena ondeando al viento, la volteaba en su mano y el filo reflejaba la luz mortecina del sol.

Logen estaba tan cansado que apenas podía moverse; permanecía quieto, tratando de recobrar el aliento y con la espada del Creador colgando a un costado.

—¿Qué ha sido de vuestro hechicero? —inquirió sonriente Finnius—. Se acabaron los trucos, ¿eh?

—Se acabaron.

—Bueno, debo reconocer que nos habéis hecho dar bastantes vueltas, pero parece que al fin hemos llegado a alguna parte.

—¿Adónde? —Logen volvió la vista hacia el cuerpo del tipo de los ojos castaños, que estaba apoyado contra la piedra de al lado—. Si era esto lo que queríais, podríais haberos suicidado todos hace unos días y así me habríais ahorrado el trabajo.

Finnius frunció el ceño.

—Ahora vas a comprobar que yo no estoy hecho de la misma pasta que esos idiotas, norteño.

—Todos estamos hechos de la misma pasta. No necesito descuartizar un cuerpo más para averiguarlo —Logen estiró el cuello y alzó la espada del Creador—, Pero ya que estás tan empeñado en mostrarme de qué estás hecho, no te decepcionaré.

—¡Muy bien! —Finnius avanzó hacia delante—. ¡Si tienes tantas ganas de ver el infierno!

Adelantó el escudo y le embistió con una fuerza y una velocidad inusitadas, descargando una andanada de tajos y estocadas que obligaron a Logen a retroceder entre las piedras. Casi sin aliento, Logen trastabillaba hacia atrás, esforzándose inútilmente por encontrar un hueco en la defensa de su enemigo.

El escudo le dio un golpe en el pecho que le cortó la respiración y le lanzó hacia atrás. Trató de zafarse de la presión, pero se apoyó en su pierna herida y la espada corta de su contrincante salió disparada hacia delante y le acertó en un brazo. ¡Aargh!, aulló Logen, chocando contra una piedra y derramando un reguero de sangre sobre la hierba.

—¡Uno a mi favor! —dijo entre risas Finnius bailoteando de lado mientras barría el aire con la espada.

Respirando entrecortadamente, Logen observaba a su adversario. El escudo era muy grande y aquel hijo de puta sabía cómo usarlo. Le daba una gran ventaja. También era rápido, de eso no cabía duda. Más rápido que Logen ahora que tenía una pierna herida, un corte en el brazo y la cabeza espesa debido al puñetazo que había recibido en la boca. ¿Dónde se había metido el Sanguinario ahora que lo necesitaba? Escupió al suelo. Aquel combate lo iba a tener que ganar él solo.

Retrocedió poco a poco, agachándose y jadeando exageradamente, dejando que su brazo colgara como si estuviera inutilizado, dejando que la sangre goteara entre sus dedos inertes, pestañeando, haciendo muecas de dolor.

Siguió retrocediendo paso a paso hasta que dejó atrás las piedras y llegó a un terreno más despejado. Un terreno lo bastante despejado para poder soltar un buen mandoble. Finnius le seguía con el escudo adelantado.

—¿Esto es todo? —dijo acercándose a él con gesto sonriente—. ¿Empiezas a apagarte, eh? Mentiría si dijera que no estoy decepcionado, esperaba que...

Logen soltó un rugido y se abalanzó hacia delante blandiendo con ambas manos la espada del Creador. Finnius retrocedió precipitadamente, pero no consiguió alejarse lo bastante. La hoja gris de la espada arrancó un buen trozo de uno de los ángulos del escudo, lo atravesó limpiamente y, con un estrépito metálico, se estrelló contra el borde de una de las piedras, desperdigando por todas partes una lluvia de esquirlas. El impacto estuvo a punto de hacerle perder la espada y le arrojó desmadejado a un lado.

Finnius soltó un gemido. Un reguero de sangre manaba de un corte que tenía en el hombro, un corte que había traspasado el peto de cuero y había alcanzando la carne. La punta de la espada debía de haberle dado un tajo en su trayectoria. No lo bastante profundo para matarle, por desgracia, pero sí lo suficiente para dejarle bastante claras las cosas.

Ahora le tocó a Logen sonreír.

—¿Esto es todo?

Se embistieron a la vez. Las hojas de las dos espadas se entrechocaron, pero el pulso de Logen era más firme. La espada de su enemigo emitió una especie de gorjeo al escapársele de las manos y salir volando colina abajo. Finnius soltó un grito ahogado y echó mano al cinto para sacar una daga, pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo, Logen, rugiendo y gruñendo, se abalanzó sobre él y lanzó contra el escudo una andanada de golpes brutales que le arrancaron varios trozos de madera, sembraron el aire de astillas y obligaron a Finnius a retroceder con paso tambaleante. Un último tajo golpeó de pleno el escudo y el impacto desequilibró a su adversario, que tropezó con la esquina de una piedra que asomaba entre la hierba y cayó de

espaldas. Los dientes de Logen rechinaron mientras descargaba sobre él la espada del Creador.

La hoja le atravesó limpiamente la espinillera y le rebanó el pie por encima del tobillo, regando de sangre la hierba que había a su alrededor. Finnius se arrastró hacia atrás, trató de incorporarse, soltó un alarido al descargar su peso sobre el muñón del pie y, entre toses y quejidos, volvió a caer de espaldas.

—¡Mi pie! —gimió.

—Olvídate de él —gruñó Logen apartando el miembro inerte de una patada y dando un paso adelante.

—¡Espera! —borboteó Finnius mientras se arrastraba hacia una de las piedras enhiestas empujándose con la otra pierna y dejando tras de sí un reguero de sangre.

—¿A qué?

—¡Espera un momento! —dando botes sobre el único pie que le quedaba, se incorporó agarrándose a la roca y se encogió—. ¡Espera! —volvió a gritar.

La espada de Logen entró por el borde interno del escudo, rasgó las correas que lo ataban al brazo inerte de su enemigo y lo lanzó botando colina abajo sobre su borde mellado. Finnius exhaló un gemido desesperado, sacó su cuchillo y se apoyó en su pierna buena para disponerse al ataque. Logen le abrió el pecho de un tajo. La sangre manó a chorros y se extendió por su peto. Finnius desorbitó los ojos, abrió mucho la boca, pero lo único que salió de ella fue un leve resuello. Los dedos dejaron escapar la daga, que cayó a la hierba sin hacer ruido. Finnius resbaló de costado y cayó de bruces al suelo.

De vuelta al barro.

Logen se quedó quieto, parpadeando y tratando de recobrar el aliento. El corte del brazo empezaba a arderle, la pierna le dolía y tenía la respiración entrecortada.

—Sigo vivo —musitó—. Sigo vivo —y cerró un instante los ojos—. Mierda —resolló. Los otros. Comenzó a ascender hacia la cumbre renqueando por la ladera.

* **

La flecha que tenía clavada en el hombro le impedía ir deprisa. Tenía la camisa empapada de sangre y comenzaba a sentir sed, a entumecerse, a quedarse sin fuerzas. Un hombre salió de detrás de una de las piedras y, antes de que Ferro tuviera tiempo de advertirlo, se le echó encima.

Ya no había espacio para usar la espada, así que la soltó. Trató de sacar su cuchillo pero el hombre la agarró de la muñeca, y era fuerte. Luego la arrojó de espaldas contra una de las piedras y Ferro se dio un golpe en la cabeza que la dejó aturdida unos instantes. Veía un músculo palpitando bajo el ojo del hombre, los poros negros de su nariz, los tendones hinchados de su cuello.

Se retorció y forcejeó, pero el hombre era demasiado pesado. Gruñó, le escupió, pero ni siquiera Ferro disponía de unas fuerzas inagotables. Los brazos le temblaban, los codos se le estaban doblando. La mano del tipo dio con su cuello y se cerró sobre él. Masculló algo entre dientes y empezó a apretar y apretar. Ferro ya no podía respirar y las fuerzas le estaban abandonando.

De pronto, sus ojos entrecerrados vieron una mano que rodeaba por detrás la cara del hombre. Una manaza pálida, con tres dedos y embadurnada de sangre seca. La seguía un enorme antebrazo pálido, y, por el lado contrario, otro, que doblaba con fuerza la cabeza de su agresor. El tipo forcejeó, trató de zafarse, pero no había escapatoria. Los gruesos tendones del brazo se flexionaban bajo la piel y los dedos pálidos se clavaban en la cara mientras tiraban más y más de la cabeza, echándola hacia atrás de lado. Ferro quedó libre y se dejó caer jadeando sobre la piedra. El hombre arañaba inútilmente los brazos que le tenían aferrado. De pronto, su cabeza giró de forma inexorable y el tipo emitió un largo y extraño silbido. Después sonó un crujido.

Los brazos soltaron al hombre, que se desplomó hecho un guiñapo con la cabeza colgando suelta a un lado. Detrás estaba Nuevededos: sangre seca en la cara, sangre en las manos, sangre empapando sus ropas desgarradas; el rostro, lívido y palpitante, surcado de vetas de mugre y sudor.

—¿Estás bien?

—Como tú —graznó Ferro—. ¿Queda alguno?

Nuevededos apoyó una mano en la piedra, se inclinó hacia delante y escupió un esputo sanguinolento a la hierba.

—No lo sé. Un par de ellos tal vez.

Ferro entrecerró los ojos y oteó la cima de la colina.

—¿Ahí arriba?

—Puede ser.

Ferro se agachó, recogió su sable y comenzó a cojear colina arriba apoyándose en él como si fuera una muleta. Al poco, oyó a Nuevededos avanzando pesadamente detrás de ella.

***

Hacía varios minutos que Jezal oía esporádicamente gritos, aullidos y el resonante entrechocar de metales. Ruidos vagos y lejanos que llegaban a sus oídos filtrados por el rugir del viento que barría la cima de la colina. No tenía ni idea de lo que estaba pasando más allá del círculo de piedras que se alzaba en lo alto de la colina, y tampoco estaba seguro de querer saberlo. Andaba de un lado para otro, abriendo y cerrando las manos, mientras Quai permanecía sentado en el carro mirando a Bayaz en silencio y con una calma enervante.

Fue entonces cuando lo vio. Por encima del borde de la colina, entre dos piedras altas, asomaba la cabeza de un hombre. Luego aparecieron los hombros, después el pecho. No muy lejos surgió otro. Dos hombres. Dos asesinos avanzando ladera arriba, hacia él.

Uno de los tipos tenía ojos cerdunos y una mandíbula cuadrada. El otro era más delgado y tenía una enmarañada mata de pelo rubio. Avanzaron con cautela hasta alcanzar la cima y al llegar al círculo de piedras se detuvieron y examinaron a Jezal, a Quai y el carro sin dar muestras de tener prisa alguna.

Jezal jamás se había enfrentado a dos hombres a la vez. Ni había luchado nunca en un combate a muerte, pero procuraba no pensar en ello. En realidad aquello no era más que un asalto de esgrima. Nada nuevo. Tragó saliva y desenfundó sus aceros. Al oír el característico tintineo del metal y sentir el peso familiar de los aceros en sus manos, se sintió un poco más tranquilo. Los dos hombres le observaban fijamente y Jezal les sostuvo la mirada mientras trataba de recordar lo que le había dicho Nuevededos.

Aparentar debilidad. Eso, al menos, no le suponía ningún problema. No tenía ninguna duda de que su cara de miedo sería muy convincente. Poco más podía hacer si no quería darse media vuelta y salir corriendo. Retrocedió poco a poco hacia el carro, humedeciéndose los labios con un nerviosismo que no tenía nada de fingido.

Nunca hay que tomarse a un enemigo a la ligera. Se fijó en los dos tipos. Dos hombres fornidos y muy bien equipados. Ambos iban provistos de corazas de cuero rígido y escudos cuadrados. Uno blandía una espada corta, el otro un hacha de hoja gruesa. Dos armas de aspecto letal a las que parecía haberse dado mucho uso. Tampoco le iba a suponer ningún esfuerzo no tomárselos a la ligera. Se desplegaron, rodeándole cada uno por un lado, y él los miró avanzar.

Cuando llegue la hora de actuar, hay que golpear sin echar la vista atrás. El de la izquierda venía ya hacia él. Le vio enseñarle los dientes, le vio erguirse, le vio echar torpemente el brazo hacia atrás. Resultaba de una sencillez escandalosa dar un paso a un lado y dejar que el golpe se estrellara contra la hierba. De forma instintiva, lanzó una estocada con el acero corto y lo hundió hasta la empuñadura en el costado de su contrincante, entre el peto y el espaldar, justo por debajo de la última costilla. Aún no había extraído del todo el acero cuando ya se estaba agachando para esquivar el hacha del otro tipo, a la vez que lanzaba un tajo a la altura del cuello con su acero largo. Se separó de ambos bailoteando y luego se dio la vuelta, con los aceros listos, esperando oír la voz del árbitro.

El hombre al que había ensartado dio un par de pasos tambaleantes mientras resollaba y se agarraba el costado. El otro se bamboleaba con los ojos cerdunos desorbitados y una mano aferrada al cuello. Un flujo de sangre comenzó a manar del tajo del cuello y se le coló entre los dedos. Cayeron casi a la vez, de bruces, el uno junto al otro.

Jezal contempló con gesto ceñudo la sangre que teñía su acero largo. Luego, con idéntico gesto, echó un vistazo a los dos hombres a los que había convertido en cadáveres. Había matado a dos hombres casi sin darse cuenta. Debería sentirse culpable, pero en realidad se sentía aturdido. No. Se sentía orgulloso. Se sentía eufórico. Alzó la vista y miró a Quai, que le observaba con expresión tranquila desde la parte de atrás del carro.

—Lo he conseguido —murmuró. El aprendiz asintió moviendo lentamente la cabeza—. ¡Lo he conseguido! —gritó agitando su acero corto tinto en sangre.

De pronto, Quai torció el gesto y abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Detrás! —gritó pegando un bote en su asiento. Jezal se volvió con los aceros alzados y vio por el rabillo del ojo una forma que se movía.

Sintió un impacto brutal y un millar de estrellas le estallaron en la cabeza.

Luego todo quedó a oscuras.

Los frutos de la audacia

Los Hombres del Norte formaban en lo alto de la colina una fina hilera de siluetas oscuras recortadas sobre un cielo blanquecino. Aún era temprano y el sol no era más que un borrón desvaído que asomaba entre las densas nubes. Unos cuantos neveros semiderretidos se esparcían, gélidos y sucios, por las oquedades de las laderas y una persistente neblina se aferraba al lecho del valle.

West contempló la hilera de siluetas negras y torció el gesto. Le daba mala espina. Eran demasiados para ser una partida de exploradores o una simple avanzadilla y demasiado pocos para plantear algún tipo de reto. Pero ahí estaban, parados en lo alto de la colina, observando con parsimonia el torpe e interminable despliegue del ejército de Ladisla en el valle que se abría a sus pies.

El Estado Mayor del Príncipe, junto con un pequeño destacamento de su guardia personal, había establecido su puesto de mando en una loma herbosa que se alzaba frente a la colina de los norteños. A primera hora de la mañana, cuando la localizaron los exploradores, el lugar era un terreno seco que, a pesar de hallarse en una posición más baja que la del enemigo, proporcionaba una vista panorámica del valle. Desde entonces, el paso de miles de botas y el machaque continuo de las pezuñas de los caballos y las traqueteantes ruedas de los carros habían convertido la tierra húmeda en un barrizal oscuro y pegajoso. Tanto West como los hombres que había a su alrededor tenían las botas embadurnadas de barro y los uniformes llenos de salpicaduras. De hecho, hasta en los blancos inmaculados del Príncipe Ladisla se apreciaba alguna que otra mancha.

Doscientas zancadas más adelante, en un terreno más bajo, se encontraba el núcleo central de la línea de combate de la Unión. Su columna vertebral la componían cuatro batallones de infantería de la Guardia Real, cada uno de los cuales formaba un ordenado bloque de brillantes tejidos rojos y metal mate que, contemplado desde la distancia, parecía haber sido dispuesto con un cartabón gigante. Delante de ellos formaban unas pocas líneas delgadas de ballesteros, ataviados con jubones de cuero y cascos planos, y detrás se encontraba la caballería, cuyos jinetes, enfundados en sus armaduras, pero todavía desmontados, producían una extraña sensación de torpeza.

Los deslavazados batallones de las levas, con su abigarrado equipo, se desplegaban en los flancos, acompañados de sus oficiales, que trataban de conseguir que cerraran filas y se alinearan profiriendo bramidos y agitando los brazos como si fueran perros pastores ladrando a un díscolo rebaño de ovejas.

En total debía de haber unos diez mil hombres. Todos ellos, bien lo sabía West, contemplaban la delgada línea de norteños con la misma combinación de miedo y emoción, de curiosidad y de furia que sentía él ahora que se había establecido el primer contacto visual con el enemigo.

Vistos a través de su catalejo no parecían demasiado temibles. Unos hombres de cabellos enmarañados vestidos con harapientos retales de pieles y cuero que aferraban unas armas de aspecto primitivo. Una apariencia que seguramente se ajustaba a la perfección a la imagen que se habían formado los miembros menos imaginativos del Estado Mayor del Príncipe. Costaba trabajo pensar que formaran parte del mismo ejército que le había descrito Tresárboles, y eso a West le daba muy mala espina. No había forma de saber qué había al otro lado de aquella colina, como tampoco había ninguna razón para la presencia allí de aquellos hombres, a menos que su misión fuera distraerlos o incitarlos a lanzar un ataque. Sin embargo, no todo el mundo compartía sus dudas.

—¡Se burlan de nosotros! —exclamó Smund mirando por su catalejo—. ¡Habría que darles a probar las lanzas de la Unión!

¡Bastaría una briosa carga para desalojar a esa escoria y tomar la colina! —por su forma de hablar se diría que la toma de la colina, un lugar que de no ser por la presencia de los Hombres del Norte carecería de cualquier valor estratégico, tendría como consecuencia la rauda y victoriosa conclusión de la campaña.

West no pudo hacer otra cosa que apretar los dientes y negar con la cabeza, como ya había hecho cientos de veces aquel mismo día.

—Están en una posición ventajosa —le explicó procurando hablar lenta y pacientemente—. No es un terreno adecuado para una carga. Y, por lo que sabemos, el grueso del ejército de Bethod debe de estar al otro lado de ese promontorio.

—No parecen más que unos simples exploradores —masculló Ladisla.

—Las apariencias engañan, Alteza, y esa colina carece de valor. El tiempo corre a nuestro favor. El Mariscal Burr ya estará de camino para acudir en nuestro socorro, mientras que Bethod no puede esperar refuerzos. De momento no hay ninguna razón para presentar batalla.

Smund resopló con desdén.

—¡No habría ninguna razón si no fuera porque estamos en guerra y tenemos delante de nosotros al enemigo pisando el solar patrio! ¿No se está quejando siempre de la baja moral de los hombres, coronel? —añadió señalando bruscamente la colina con un dedo—. ¿Qué puede ser más perjudicial para su ánimo que permanecer ociosos frente al enemigo?

—¡Sufrir una derrota aplastante de forma totalmente gratuita! —tronó West.

Fue una desdichada coincidencia que un norteño aprovechara ese momento para soltar una flecha hacia el valle. Una minúscula astilla negra, proveniente de un arco pequeño, se alzó en el cielo. A pesar de contar con la ventaja de la altura, la saeta cayó sin apenas fuerza en terreno despejado, a más de cien zancadas de las primeras líneas del ejército. Un gesto del todo gratuito, pero que tuvo una repercusión inmediata en el ánimo del Príncipe.

Se levantó de su silla plegable pegando un bote.

—¡Malditos sean! ¡Se están burlando de nosotros! —aulló—. ¡Dé las órdenes! —añadió agitando el puño mientras daba vueltas de un lado para otro—. ¡Ordene que la caballería cargue de inmediato!

—Alteza, le ruego que reconsidere...

—¡Maldita sea, West! ¿Es que siempre tiene que contradecirme? —el heredero del trono arrojó su sombrero al suelo embarrado—. ¿Acaso cree que su amigo el coronel Glokta habría vacilado teniendo al enemigo ahí delante?

West tragó saliva.

—El coronel Glokta fue capturado por los gurkos y su gesto provocó la muerte de todos los hombres que tenía a su mando —acto seguido, se inclinó lentamente, recogió el sombrero y se lo tendió respetuosamente al Príncipe mientras se preguntaba si no habría precipitado el final de su carrera militar.

Con los dientes rechinándole y soltando resoplidos por la nariz, Ladisla le arrancó a West el sombrero de la mano.

—¡La decisión está tomada! ¡La responsabilidad del mando es mía y sólo mía! —acto seguido, se volvió hacia el valle—. ¡Toque de carga!

De pronto West sintió un cansancio infinito. Las piernas apenas le sostenían mientras el brioso clamor de la corneta rasgaba la gélida atmósfera, los jinetes montaban a toda prisa, se abrían paso entre las filas de la infantería y descendían al trote por la suave pendiente. Al alcanzar el lecho del valle, sus siluetas, envueltas en un mar de niebla, rompieron a galopar y el trueno de los cascos de los caballos resonó en el valle. Unas cuantas flechas desperdigadas cayeron sobre ellos y rebotaron contra sus gruesas armaduras sin detener su avance. Al llegar a la

pendiente opuesta, comenzaron a perder ímpetu y sus líneas se rompieron mientras trataban de abrirse paso entre los matojos y los accidentes del terreno. Sin embargo, la visión de aquella masa de acero y carne de caballo hizo mella en los norteños de arriba. La línea irregular que formaban comenzó a oscilar y finalmente se quebró. Se dieron la vuelta y emprendieron la huida. Algunos de ellos incluso llegaron a desprenderse de sus armas antes de desaparecer de la cresta de la colina.

—¡Ésa es la receta del éxito! —aulló Lord Smund—. ¡Acabad con ellos, maldita sea! ¡Barredlos!

—¡Acabad con ellos! —se carcajeó el Príncipe Ladisla arrancándose de nuevo el sombrero y agitándolo en el aire. Por encima del retumbar de las pezuñas, se alzaron en el valle algunos hurras aislados entre las filas de las levas.

—¡Acabad con ellos! —murmuró West apretando los puños—. Por lo que más queráis.

Los jinetes coronaron la colina y poco a poco se fueron perdiendo de vista. El valle quedó sumido en el silencio. Un silencio prolongado, extraño, inesperado. Unos cuantos cuervos trazaban círculos en el cielo lanzando ásperos graznidos. West habría dado cualquier cosa por poder gozar de su visión del campo de batalla. La tensión resultaba casi insoportable. Se puso a andar de un lado para otro a grandes zancadas mientras los minutos iban transcurriendo interminables sin que la caballería diera señales de vida.

—Se lo están tomando con calma, ¿eh?

Pike había aparecido a su lado, y pegado a él estaba su hija. West hizo una mueca de dolor y desvió la vista. Seguía costándole un gran esfuerzo mirar mucho tiempo seguido aquel rostro abrasado, sobre todo cuando se presentaba de improviso.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí?

El presidiario se encogió de hombros.

—Los herreros tenemos trabajo de sobra antes de las batallas. Y más aún después. Pero durante la batalla hay poco que hacer —al sonreír, la carne quemada de uno de los lados de su cara se arrugó como si fuera cuero—. Me pareció que no sería mala idea acercarme a ver en acción a las armas de la Unión. Además, ¿qué lugar podría ser más seguro que el puesto de mando del Príncipe?

—No se preocupe por nosotros —masculló Cathil esbozando una sonrisa—, procuraremos no estorbarle.

West arrugó el entrecejo. Si era una broma alusiva al hecho de que él estuviera siempre en medio, le había pillado en mal momento. La caballería seguía sin dar señales de vida.

—¿Dónde demonios se han metido? —exclamó Smund.

El Príncipe dejó de morderse las uñas por un instante.

—Deles tiempo, Lord Smund, deles tiempo.

—¿A qué espera esa dichosa niebla para despejarse? —susurró West. Los rayos del sol ya habían traspasado las nubes, pero, a pesar de eso, la niebla parecía cada vez más densa y empezaba a trepar lentamente por el valle hacia la posición de los arqueros—. Esa maldita niebla nos puede jugar una mala pasada.

—¡Ahí están! —aulló con voz aguda de la emoción un miembro del Estado Mayor del Príncipe mientras señalaba la cresta de la colina manteniendo rígido un dedo.

Sin aliento, West alzó el catalejo y se apresuró a recorrer con la mirada la línea verde. Por encima de la cresta, enhiestas y regulares, comenzaban a aparecer grandes puntas de lanza. Sintió un alivio inmenso. Pocas veces se había alegrado tanto de estar equivocado.

—¡Son ellos! —aulló Smund sonriendo de oreja a oreja—. ¡Han vuelto! ¿Qué le dije? ¡Han...! —por debajo de las puntas de las lanzas aparecieron cascos y luego hombros enfundados en cotas de malla. West sintió que el alivio se iba desvaneciendo poco a poco y que una sensación de espanto comenzaba a subirle por la garganta. Un escuadrón perfectamente organizado de hombres provistos de armadura y de unos escudos redondos decorados con imágenes de caras, animales, árboles y cientos de otros motivos, todos distintos. A ambos lados de la cresta, aparecieron más jinetes. Más figuras con cotas de malla.

Los Caris de Bethod.

Se detuvieron nada más superar el punto más alto de la colina. Unos cuantos hombres salieron de las ordenadas filas de jinetes y se arrodillaron en la hierba baja.

Ladisla bajó el catalejo.

—¿No serán...?

—Ballestas —musitó West.

Durante un instante permanecieron en silencio, pero, de pronto, a oídos de West llegó la furiosa vibración de sus cuerdas. La primera descarga alzó el vuelo casi con delicadeza: una nube gris de saetas que surcaban el cielo y parecían maniobrar como una bandada de aves perfectamente entrenadas. Las saetas comenzaron a descender en picado hacia las filas de la Unión. Cayeron entre los batallones de la Guardia Real y repicaron al impactar contra sus pesados escudos y sus gruesas armaduras. Se oyeron unos cuantos gritos aislados y aparecieron algunos huecos en las filas.

En apenas un minuto, la desafiante confianza que reinaba en el puesto de mando se había convertido, primero, en una enmudecida sorpresa y, luego, en un consternado estupor. A través del catalejo, West vio a los ballesteros accionar las manivelas para tensar de nuevo las cuerdas, sacar nuevas saetas de sus aljabas y ajustarías en sus armas. El alcance había sido calculado a la perfección. No sólo disponían de ballestas, sino que además sabían usarlas. West corrió hacia donde estaba el Príncipe Ladisla, que contemplaba boquiabierto cómo se llevaban a un herido de la Guardia Real, que tenía la cabeza colgando de lado.

—¡Alteza, tenemos que avanzar y reducir la distancia para que nuestros arqueros puedan responder a su fuego o si no retirarnos a una posición más elevada! —Ladisla se le quedó mirando fijamente sin dar muestras de haber oído lo que le había dicho y menos aún de haberlo comprendido. Una segunda andanada trazó un arco en el cielo y descendió sobre la infantería que tenían delante. Esta vez cayó entre las filas de las levas, que no disponían ni de escudos ni de armaduras. La deslavazada formación quedó sembrada de huecos, prontamente rellenados por la niebla, y pareció como si el batallón entero emitiera un quejido y vacilara. Un herido comenzó a emitir un alarido animal que no parecía que fuera a detenerse nunca—. Alteza, ¿avanzamos o retrocedemos?

—Esto... pues... —Ladisla miró boquiabierto a Lord Smund, pero, por una vez, el noble se había quedado sin palabras. Parecía todavía más estupefacto que el propio Príncipe. El labio inferior de Ladisla temblaba—. Cómo... esto... ¿Qué opina usted, coronel West?

La tentación de recordar al Príncipe Heredero que toda la responsabilidad del mando recaía en él, y nada más que en él, resultaba casi irresistible, pero West se mordió la lengua. Si no se tomaba alguna determinación, aquella parodia de ejército se desbandaría en un abrir y cerrar de ojos. Era mejor hacer algo, aunque fuera erróneo, que no hacer nada. Se volvió hacia el corneta que tenía más cerca.

—¡Toque retirada! —rugió.

Las cornetas llamaron a retirada con un sonido estridente, discordante. Costaba trabajo creer que fueran los mismos instrumentos que hacía tan sólo unos minutos habían ejecutado el retador toque de carga. Los batallones comenzaron a retroceder paso a paso. Una nueva andanada cayó sobre las filas de las levas, y luego otra más. Su formación estaba empezando a deshacerse. En su intento de esquivar aquella lluvia asesina, los hombres retrocedían apresuradamente, chocando unos contra otros. Las filas se volvían turbas, el aire se poblaba de gritos y de confusión. La niebla se había vuelto tan densa que West apenas conseguía distinguir en dónde caían las nuevas andanadas de flechas. Los batallones de la Unión habían quedado reducidos a unas cuantas puntas de lanza temblorosas y a algún que otro casco incorpóreo que

emergían en medio de una densa nube gris. Incluso ahí arriba, en el puesto de la intendencia, la niebla comenzaba a enroscársele a West en los tobillos.

Entretanto, en lo alto de la colina, los Caris empezaron a moverse. Alzaron de golpe sus armas y luego se pusieron a golpearlas contra sus escudos pintarrajeados. Después lanzaron al unísono un enorme grito, que poco tenía que ver con el rugido ronco que West se había esperado. Se trataba más bien de una especie de aullido extraño y escalofriante que se expandía por el valle, un intenso gemido que se superponía al entrechocar de los metales y penetraba en los oídos de los hombres que los contemplaban desde abajo. Un sonido salvaje, furioso, primitivo. Más propio de monstruos que de hombres.

El Príncipe Ladisla y su Estado Mayor se miraban los unos a los otros boquiabiertos y tartamudeaban con gesto embobado, mientras los Caris, fila tras fila, comenzaban a marchar pesadamente colina abajo en dirección a la densa niebla que cubría el fondo del valle donde las tropas de la Unión seguían intentando replegarse a ciegas. West se abrió paso entre los paralizados oficiales y se dirigió al corneta.

—¡Toque a generala!

El joven, con la corneta colgando entre sus dedos inertes, dejó de mirar con gesto estupefacto el avance de los Hombres del Norte y contempló a West con idéntica expresión.

—¡A generala! —rugió una voz a sus espaldas—. ¡A generala! —Era Pike, lanzando unos bramidos que no tenían nada que envidiar a los de un sargento de instrucción. Al instante, el corneta se llevó su instrumento a los labios y sopló con todas sus fuerzas. Respondiendo a la llamada, resonaron de vuelta a través de la niebla apagados gritos y toques de corneta, que se alzaban ahora a su alrededor.

—¡Atención, formen filas!

—¡En filas, muchachos!

—¡Preparados!

—¡Listos!

Un coro de tableteos y de sonidos metálicos atravesó las tinieblas. El chirrido de las armaduras de los soldados en movimiento, el de las lanzas colocadas en ristre, el de las espadas que se desenvainaban, los gritos que se lanzaban unos hombres a otros y unas unidades a otras. Y, por encima de todo ello, creciendo en intensidad, el aullido sobrenatural de los Hombres del Norte, que bajaban en tropel desde los altos e iniciaban la carga sobre el valle. A pesar de hallarse separado del enemigo por cien zancadas de terreno y miles de hombres armados, West sintió que se le helaba la sangre. Se imaginaba perfectamente el miedo que en ese mismo momento sentían los

soldados de las primeras filas al ver surgir de entre la niebla las siluetas de los Caris, lanzando sus gritos de guerra y blandiendo en alto sus armas.

No hubo ningún ruido especial que indicara que se había producido el contacto. El estrépito no paraba de crecer, a los gritos y aullidos se unían chillidos agudos, gruñidos sordos, bramidos de dolor y de rabia que se mezclaban cada vez con más frecuencia con el terrible fragor. En el cuartel general nadie hablaba. Todos, West incluido, escudriñaban las tinieblas, forzando la vista en un intento desesperado de vislumbrar lo que estaba sucediendo en el valle que tenían a sus pies.

—¡Allí! —gritó alguien. Una figura borrosa se movía en medio de la oscuridad. Todos los ojos se clavaron en ella mientras iba cobrando forma. Un joven teniente, jadeante y embarrado, cuya cara expresaba un hondo desconcierto—. ¿Dónde demonios está el puesto de mando? —gritó mientras se acercaba a ellos con paso tambaleante ascendiendo por la ladera.

—Aquí.

El joven dirigió a West un alambicado saludo militar.

—Alteza...

—Ladisla soy yo —dijo el verdadero Príncipe. El joven se dio la vuelta con gesto perplejo e inició de nuevo un saludo—. ¡Suelte su mensaje!

—Sí, señor, quiero decir, Alteza. El comandante Bodzin me envía para comunicarle que su batallón se halla en una situación muy comprometida y que... —aún le faltaba el aliento— necesita refuerzos.

Ladisla miró al joven como si le hubiera estado hablando en un idioma extranjero y luego se volvió hacia West.

—¿Quién es el comandante Bodzin?

—El oficial al mando del primer batallón de las levas de Stariksa, Alteza, nuestro flanco izquierdo.

—El flanco izquierdo, ya... esto...

Un grupo de oficiales del Estado Mayor, ataviados con relucientes uniformes, habían formado un semicírculo en torno al jadeante teniente.

—¡Dígale a su comandante que resista! —exclamó uno de ellos.

—¡Sí! —terció Ladisla—. ¡Dígale a su comandante que resista y que... mmm, rechace al enemigo! ¡Eso es! —empezaba a meterse en su papel—. ¡Que lo rechace y resista hasta el último hombre! Dígale al comandante Clodzin que los refuerzos están en camino. ¡Eso es... en camino! —y, dicho aquello, se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas con gesto resuelto.

El joven teniente se giró y escrutó las tinieblas.

—¿Por dónde se va a mi unidad? —murmuró.

Ahora empezaban a distinguirse ya bastantes más figuras: unas formas jadeantes que corrían dando tumbos por el barro. West los identificó de inmediato. Eran soldados de las levas que se habían disgregado de la parte de atrás de los tambaleantes escuadrones tan pronto como se había establecido contacto con el enemigo. Nunca había esperado que fueran a aguantar mucho más.

—¡Perros cobardes! —maldijo Smund mientras veía alejarse sus espaldas—. ¡Volved aquí! —era como darle órdenes a la niebla. Todo el mundo huía buscando auxilio, orientación, refuerzos: desertores, asistentes, correos. También los primeros heridos. Algunos se retiraban cojeando por su propio pie o utilizando lanzas rotas a modo de muletas, otros eran llevados a rastras por sus cantaradas. Pike se echó hacia delante para socorrer a un tipo pálido que tenía clavada en el hombro la saeta de una ballesta. Luego pasó por delante otro herido que iba tendido en una camilla y hablaba solo. Tenía el brazo izquierdo amputado por debajo del codo y atado con fuerza al muñón llevaba un trapo mugriento que rezumaba sangre.

La tez de Ladisla había adquirido una lividez grasienta.

—Me duele la cabeza. Tengo que sentarme. ¿Qué ha sido de mi silla de campaña?

West se mordisqueó el labio. No tenía ni la más remota idea de qué se podía hacer. Burr le había enviado junto a Ladisla por su experiencia, pero en aquel momento se sentía tan desorientado como el Príncipe. Para poder trazar un plan, había que ver al enemigo, o al menos a las propias fuerzas. Permanecía inmóvil, con la misma sensación de inutilidad y frustración que un ciego en un combate de boxeo.

—¡Maldita sea, qué está pasando! —la voz del Príncipe resonó chillona y enfurruñada en medio del estruendo—. ¿De dónde ha salido esta maldita niebla? ¡Exijo saber qué está pasando! ¡Coronel West! ¿Dónde está el coronel? ¿Qué está pasando ahí fuera?

Ojala hubiera podido darle una respuesta. Los hombres atravesaban el embarrado puesto de mando dando tumbos, corriendo, huyendo en estampida. Surgían rostros entre la niebla y al instante ya habían desaparecido, rostros llenos de miedo, de confusión, de determinación. Llegaban correos con mensajes u órdenes incomprensibles, soldados con heridas sangrantes o sin armas. Por el aire gélido flotaban voces incorpóreas que se superponían las unas a las otras hablando con angustia, apremio, terror, desesperación.

—... Nuestro regimiento ha entrado en contacto con el enemigo y se repliega, bueno, creo que estaba replegándose...

—¡Mi rodilla! ¡Maldita sea, mi rodilla!

—¿... Alteza, Príncipe? Traigo un mensaje urgente de...

—¡Envíen... hummm... a alguien! A cualquiera que esté disponible... ¿Hay alguien disponible?

—¡... La Guardia Real está en una situación muy comprometida! Solicitan permiso para retirarse...

—¿Qué ha sido de la caballería? ¿Dónde está la caballería?

—¡... No son hombres, son demonios! El capitán ha muerto y...

—¡Nos replegamos!

—¡... en el flanco derecho se combate denodadamente y se necesitan refuerzos! ¡Se necesitan refuerzos desesperadamente!

—¡Que alguien me ayude, por favor!

—¡... y luego hay que contraatacar! Combatimos a lo largo de toda la línea del...

—¡Silencio! —West creía haber oído algo en medio de aquellas tinieblas grises. Parecía el tintineo de un arnés. La niebla era ya tan densa que no conseguía ver nada que estuviera a más de treinta zancadas, pero el ruido de cascos de caballo era inconfundible. Su mano se cerró sobre la empuñadura de la espada.

—¡Es la caballería, han regresado! —Lord Smund salió disparado hacia delante.

—¡Espere! —le bufó inútilmente West mientras escrutaba la oscuridad gris. Se vislumbraban las siluetas de unos jinetes que se acercaban entre la niebla. Las formas de las armaduras, las sillas y los cascos concordaban con las de la Guardia Real y, sin embargo, había algo raro en su forma de montar: tenían una postura muy suelta y desgarbada. West desenvainó—. ¡Protejan al Príncipe! —masculló dando un paso hacia Ladisla.

—¡Eh, usted! —gritó Lord Smund al jinete que venía más destacado—. Prepare a sus hombres para otra...

La espada se le hundió en el cráneo con un ruido sordo. Un chorro de sangre, negra por constaste con la blanca niebla, salió proyectado hacia arriba y, acto seguido, los jinetes se lanzaron a la carga gritando a pleno pulmón. El estruendo era terrorífico, sobrecogedor, inhumano. El caballo que venía en cabeza apartó de un golpe el cuerpo inerte de Smund y el que venía a su lado lo pisoteó. Hombres del Norte, sí, inconfundibles; sus figuras iban cobrando una espeluznante nitidez a medida que emergían de la mugre gris. El que venía primero era un tipo de barba poblada y con una melena que sobresalía por debajo de un casco de la Unión que casi no le cabía en la cabeza. Unos dientes amarillentos asomaban en su boca abierta y

tanto sus ojos como los de su caballo estaban henchidos de furor. Descargó su gruesa espada y alcanzó entre los omoplatos a uno de los guardias del Príncipe, que había arrojado su lanza y se había dado la vuelta para huir.

—¡Protejan al Príncipe! —chilló West. Pero lo que vino luego fue el caos. Los caballos pasaban atronando, los jinetes aullaban mientras soltaban tajos a diestro y siniestro con hachas y espadas, los hombres corrían en todas direcciones, resbalaban y caían; unos morían en el suelo, pisoteados por los caballos y otros eran segados de pie. El aire se espesaba con el viento que levantaban los jinetes al pasar, con el barro que volaba por todas partes, con los aullidos, con el pánico, con el terror.

West esquivó de un salto la trayectoria de unas pezuñas que barrían el aire, cayó de bruces en el barro, lanzó una fútil cuchillada a un caballo que pasó a su lado y rodó por el suelo jadeando y tragando niebla. No sabía en qué dirección iba, todo le sonaba igual, todo le parecía igual.

—¡Protejan al Príncipe! —volvió a gritar con una voz ronca que quedó ahogada por el estruendo mientras seguía rodando sin parar.

—¡Atención al flanco izquierdo! —gritó alguien—. ¡Formen filas! —no había filas. No había flanco izquierdo. West tropezó con un cuerpo, una mano le agarró de una pierna y se desembarazó de ella soltándole un tajo con la espada.

—Ah —había quedado boca abajo. La cabeza le dolía brutalmente. ¿Dónde estaba? Haciendo prácticas de esgrima quizás. ¿Le habría derribado otra vez Luthar? Ese muchacho se había vuelto demasiado bueno para él. Trató de estirarse para coger la empuñadura de su espada, que había quedado atrapada en el barro. A lo lejos veía una mano que se deslizaba por la hierba con los dedos extendidos. Oía el doloroso retumbar de su propia respiración golpeándole en la cabeza. Todo estaba borroso, todo oscilaba; niebla ante sus ojos, niebla dentro de sus ojos. Demasiado tarde. No pudo alcanzar la espada. Sentía un dolor punzante en la cabeza. Tenía la boca llena de barro. Se puso boca arriba y, entre jadeos, se fue incorporando lentamente apoyándose en los codos. Vio que se acercaba un hombre. Una silueta de cabellos enmarañados, un Hombre del Norte. Claro. Aquello era una batalla. El hombre caminaba despacio hacia donde él estaba. En la mano llevaba una especie de raya oscura. Un arma. Espada, hacha, maza, lanza, ¿qué más daba? Sin ninguna prisa, el hombre dio un paso más, plantó una bota en la guerrera de West y le aplastó el cuerpo contra el barro.

Ninguno de los dos abrió la boca. Nada de últimas palabras. Nada de frases para el recuerdo. Ningún gesto de furia, de remordimiento, de victoria o de derrota. El norteño alzó su arma.

De pronto su cuerpo pegó una sacudida. Dio un traspié hacia delante. Se quedó quieto, parpadeando, balanceándose. Lentamente, con expresión aturdida, se dio media vuelta. Su cabeza volvió a dar una sacudida.

—Tengo algo en... —dijo con lengua de trapo. Luego se palpó la nuca con la mano que tenía libre—. Dónde está mi... —acto seguido, sus talones dieron un giro completo y, lanzando una pierna al aire, el hombre se desplomó de costado sobre el barro. Detrás había otra persona. West la vio acercarse, agacharse sobre él. Un rostro de mujer. Le resultaba familiar.

—¿Está vivo?

Bastó eso para que la mente de West se recompusiera. Entre toses, tomó una bocanada de aire y luego rodó por el suelo y agarró su espada. ¡Hombres del Norte, había Hombres del Norte en su retaguardia! Se puso de pie a toda prisa y se limpió de sangre los ojos de un manotazo. ¡Les habían tendido una encerrona! Estaba mareado y tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar. ¡La caballería de Bethod, disfrazada, había irrumpido en el puesto de mando del Príncipe! Con los ojos desorbitados y los tacones de sus botas resbalando en el barro, se puso a dar vueltas en redondo buscando enemigos entre la niebla, pero ahí no había nadie. Sólo estaban Cathil y él. El estruendo de los cascos de los caballos se había desvanecido, los jinetes, por el momento, habían pasado de largo.

Bajó la vista y miró su acero. La hoja estaba partida a unos pocos centímetros de la empuñadura. Un trasto inútil. Lo dejó caer. Con la cabeza retumbándole en todo momento, se agachó, arrancó al norteño muerto la espada de los dedos y la tentó agarrándola por la empuñadura. Un arma pesada, con una hoja gruesa y mellada, pero serviría.

Luego miró el cadáver que yacía de costado. El hombre que había estado a punto de matarle. Tenía la parte de atrás del cráneo rehundida y reducida a un amasijo de esquirlas rojas. Cathil sujetaba en una mano un mazo de herrero. La cabeza del mazo estaba embadurnada de sangre oscura y de mechones de cabello apelmazado.

—Le ha matado usted —le había salvado la vida. Los dos lo sabían, no habría hecho falta decirlo.

—¿Qué hacemos ahora?

Marchar hacia las primeras filas. Eso era lo que hacían siempre los gallardos oficiales que aparecían en las historias que West solía leer de pequeño. Dirigirse hacia el fragor de la lucha. Formar una nueva unidad con los soldados desbandados, llevarlos de nuevo al combate, cambiar las tornas de la batalla en el momento decisivo. Y, luego, de vuelta a casa a tiempo de cenar y de recibir las medallas.

La idea estuvo a punto de arrancar a West una carcajada cuando volvió la vista hacia la devastación y las masas de cuerpos mutilados que los jinetes habían dejado a su paso. El momento del heroísmo había pasado, bien lo sabía. Hacía mucho que había pasado.

El destino de los hombres del valle estaba sellado desde hacía mucho tiempo. Desde que Ladisla decidió cruzar el río. Desde que Burr trazó sus planes. Desde que el Consejo Cerrado decidió enviar al Príncipe Heredero al Norte para que se labrara una reputación. Desde que los nobles de la Unión mandaron a mendigos en lugar de soldados para que lucharan por su Rey. A lo largo de los días, las semanas y los meses previos se habían combinado cientos de azares que finalmente habían convergido en aquel mísero barrizal. Unos azares que ni Burr ni Ladisla ni el propio West habrían podido predecir ni evitar.

No podía hacer nada para cambiar las cosas, nadie podía hacerlo. La jornada estaba perdida.

—Proteger al Príncipe —ordenó.

—¿Cómo?

West se puso a rastrear por el suelo, escarbando entre los despojos, dando la vuelta a los cadáveres con sus manos sucias. Se encontró con la cara de un mensajero que le miraba: tenía el rostro surcado por una raja de la que colgaba una masa de pulpa sanguinolenta. West soltó una arcada, se tapó la boca y gateó hasta el siguiente cadáver. Un miembro del Estado Mayor del Príncipe, con el semblante congelado en un leve gesto de sorpresa. Una espada mellada atravesaba las gruesas borlas doradas de su guerrera y le llegaba hasta el vientre.

—¿Qué demonios hace? —era la voz áspera de Pike—. Ahora no hay tiempo para eso —el presidiario se había agenciado un hacha. Una pesada hacha norteña con el filo teñido de sangre. Seguramente no era una buena idea que un criminal estuviera en posesión de un arma como ésa, pero West tenía otras preocupaciones más apremiantes.

—¡Tenemos que encontrar al Príncipe Ladisla!

—A la mierda con él —bufó Cathil—. ¡Salgamos de aquí!

West se zafó de la mano de la mujer, tropezó con un montón de cajas rotas y volvió a limpiarse los ojos de sangre. Era por allí. Por allí cerca era el último lugar donde había estado Ladisla.

—¡No, se lo ruego, no! —chilló una voz ratonil. El heredero al trono de la Unión yacía boca arriba en una oquedad abierta en el barro, medio oculto por el cuerpo retorcido de uno de sus guardias. Tenía los ojos apretados, los brazos cruzados sobre

la cara y su uniforme blanco estaba lleno de salpicaduras de barro y de sangre—. ¡Habrá un rescate! —gimoteó—. ¡Un buen rescate! Mucho más cuantioso de lo que puedan imaginarse —separó un poco los dedos y miró con un ojo. Luego aferró la mano de West—. ¡Coronel West! ¿Es usted? ¡Está vivo!

No había tiempo de andarse con cortesías.

—¡Alteza, tenemos que irnos!

—¿Irnos? —farfulló Ladisla, mirándole asombrado con su cara surcada por los churretes que habían dejado las lágrimas—. Pero no puede ser que... no querrá decir que... ¿Hemos ganado?

West estuvo a punto de arrancarse la lengua de un mordisco. Resultaba grotesco que le hubiera caído en suerte aquella misión, pero tenía que salvar al Príncipe. Seguramente aquel imbécil presuntuoso e inútil no merecía salvarse, pero eso no cambiaba nada. West tenía que hacerlo por él mismo, no por Ladisla. Como súbdito, era su deber salvar al futuro Rey; como soldado, era su deber salvar a su general; como hombre, tenía que salvar a otro hombre. De momento, era una de las pocas cosas que podía hacer.

—Sois el heredero del trono, tenéis que salvaros —West se agachó y cogió al Príncipe del codo.

Ladisla se llevó la mano al cinto.

—Me parece que he perdido la espada...

—¡No hay tiempo que perder! —West le alzó en volandas: si era preciso, se lo echaría al hombro y cargaría con él. Acto seguido, comenzó a abrirse paso entre la niebla, seguido de cerca por los dos presidiarios.

—¿Está seguro de que vamos bien? —rezongó Pike.

—Lo estoy —nada más lejos de la realidad. La niebla se había espesado aún más. El martilleo que sentía en su cabeza y el constante goteo de sangre sobre sus ojos dificultaban su concentración. El fragor del combate parecía llegar de todas partes: chirridos y estrépitos metálicos, quejidos y lamentos, aullidos de furia, todos ellos resonando en medio de la niebla, ora lejanos, ora aterradoramente próximos. Surgían de pronto figuras difusas que parecían desplazarse flotando por el aire, vagas siluetas amenazadoras y sombras oscilantes que, al cabo de un instante, volvían a desaparecer. Un jinete pareció emerger de entre la niebla y West, exhalando un grito ahogado, alzó la espada. Las nubes se alejaron arremolinándose. No era más que un carro de provisiones cargado de barriles, con la mula parada delante y el conductor caído a un lado con una lanza rota clavada a la espalda.

»Por aquí —susurró West, y, acto seguido, correteó hacia el carro, procurando mantenerse todo lo pegado al barro que le fue posible. La presencia de carros era una buena señal. Indicaba que habían dado con el convoy de la intendencia, y eso significaba pertrechos, provisiones, cirujanos. También significaba que estaban saliendo del valle y dejando atrás la línea del frente, eso si es que todavía existía algo digno de tal nombre. West se quedó un momento cavilando. La presencia de carros era una mala señal. Los carros eran sinónimo de pillaje. Los Hombres del Norte, ávidos de botín, caerían sobre ellos como un enjambre de moscas atraídas por un tarro de miel. Señaló con el dedo el tramo de niebla que se extendía en dirección opuesta al lugar donde se encontraban los carros vacíos, rodeados de barriles reventados y cajas volcadas, y el resto del grupo le siguió sin hacer más ruido que el chapotear de sus pasos en el barro y el bronco jadear de su respiración.

Avanzaban penosamente por terreno descubierto entre sucios terrones de una hierba que poco a poco se iba haciendo más alta. Los otros le adelantaron, uno a uno, y él les hizo señas de que siguieran adelante. Sólo tendrían una oportunidad si seguían en movimiento, pero a cada paso que daba se le hacía más duro andar. La sangre que manaba del corte que tenía bajo el cuero cabelludo le goteaba por entre los cabellos y le caía por un lado de la cara. En lugar de mejorar, el dolor de cabeza cada vez iba a peor. Se sentía débil, enfermo, horriblemente mareado. Caminaba doblado, haciendo esfuerzos por no perder el equilibrio y con la mano aferrada a la gruesa empuñadura de la espada, como si aquello le ayudara a mantenerse en pie.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Cathil.

—¡No se pare! —alcanzó a decir con un gruñido. Acababa de oír un ruido de cascos de caballo, o al menos se lo había parecido. Era el miedo, y nada más que el miedo, lo único que le impulsaba a seguir adelante. Se fijó en los demás, que marchaban trabajosamente por delante. El Príncipe Ladisla era el que estaba más destacado, luego iba Pike y, justo delante de él, Cathil, que de vez en cuando volvía la vista atrás. Un poco más lejos, entre la niebla que ya comenzaba a despejarse, distinguió un grupo de árboles. Fijó la vista en sus formas fantasmales y comenzó a ascender a trompicones la ladera en esa dirección, con el aliento raspándole en la garganta.

De pronto, oyó la voz de Cathil.

—No —mientras se daba la vuelta, sintió que la garganta se le cerraba de espanto. En la misma ladera, un poco más abajo, vio la silueta de un jinete.

—¡Corra hacia los árboles! —resolló. En vista de que la chica no se movía, la agarró del brazo y, al tirar de ella hacia delante, perdió el equilibrio y cayó de bruces en el barro. Se dio la vuelta en el suelo, se levantó como pudo y dando tumbos se

alejó de ella, de los árboles y de la salvación, avanzando transversalmente por la ladera. Vio cómo la figura del norteño cobraba forma al salir de entre la niebla. Ya había visto a West y trotaba hacia él, lanza en ristre.

Las piernas y los pulmones le ardían mientras seguía renqueando por la ladera, empleando las últimas fuerzas que le quedaban en alejar al jinete lo más posible. Ladisla ya había alcanzado la arboleda. Pike se estaba metiendo entre la maleza. Cathil miró hacia atrás por última vez y luego siguió a su padre. West ya no podía más. Se detuvo, se puso en cuclillas y aguardó la llegada del norteño. Estaba tan agotado que no podía permanecer de pie, y menos aún defenderse. El sol se había abierto paso entre las nubes y brillaba reflejado en la hoja de la lanza. West no tenía ni idea de lo que haría cuando le alcanzara su enemigo. Aparte de morir.

De repente, el jinete se empinó sobre la silla de montar y se llevó una mano al costado. Entre sus dedos asomaban unas plumas. Unas plumas grises que vibraban azotadas por el viento. Dejó escapar un breve grito. Luego, el grito se interrumpió y el norteño se le quedó mirando. Una punta de flecha le sobresalía del cuello. Soltó la lanza y se fue inclinando hacia atrás hasta caer de la silla. Su caballo pasó al lado de West al trote, ascendió un poco más por la colina, trazando una leve curva, y luego aminoró la marcha y se detuvo.

West permaneció unos instantes agachado en la tierra húmeda, tratando de explicarse sin éxito cómo era posible que hubiera escapado a una muerte segura. Luego se levantó y avanzó tambaleándose hacia los árboles. Tenía las articulaciones tan flojas como las de un muñeco y dar un paso le suponía un esfuerzo sobrehumano. De pronto se le doblaron las rodillas y se estrelló contra unos matojos. Entonces sintió que unos dedos robustos le hurgaban en la herida del cuero cabelludo y oyó unas palabras masculladas en la lengua del Norte.

—¡Ah! —gritó West entreabriendo los ojos.

—Deje de gimotear —el Sabueso le miraba fijamente—. No es más que un arañazo. Ha salido bastante bien parado. Cierto que venía directo hacia mí, pero, de todas formas, ha tenido suerte. No siempre acierto.

—Suerte —musitó West. Se dio la vuelta sobre los matojos mojados y, asomándose entre los troncos de los árboles, contempló el valle. La niebla empezaba por fin a despejarse, dejando al descubierto un paisaje poblado de carros destrozados, pertrechos destrozados, cuerpos destrozados. Los desagradables despojos de una derrota terrible. O de una terrible victoria, si se pertenecía al bando de Bethod. A unas cien zancadas vio a un hombre que corría desesperado hacia otra pequeña arboleda. Un cocinero, a juzgar por su atuendo. Un jinete le perseguía con la lanza encajada debajo del brazo. Falló a la primera pasada, pero luego le acertó y lo

derribó. Tal vez debería haberse sentido horrorizado al ver cómo el caballo pisoteaba al hombre mientras su jinete lo cosía a lanzadas, pero lo único que sintió fue una vergonzosa sensación de alivio. El alivio de no ser él.

Por las laderas del valle se veían más figuras y más jinetes. Otras tantas pequeñas tragedias destinadas a un final sangriento, pero West ya no pudo seguir mirando. Se dio la vuelta y dejó que su cuerpo resbalara hacia la acogedora protección de los matorrales.

El Sabueso, entretanto, se reía en voz baja.

—Tresárboles se va a partir el culo cuando vea lo que he pillado —luego señaló uno por uno a los embarrados y exhaustos integrantes del extraño grupo—. El coronel West, más muerto que vivo, una chica con un martillo ensangrentado, un tipo con una cara que parece el fondo de un cazo y este muchacho de aquí, que, si no me equivoco, es el responsable de este desastre. Por los muertos, hay que ver la de vueltas que da el mundo —luego sacudió lentamente la cabeza y miró a West, que estaba tirado boca arriba en el suelo jadeando como un pez fuera del agua.

—Tresárboles... se va a partir... el culo.

La cena está servida

Al Archilector Sult, jefe de la Inquisición de Su Majestad.

Eminencia:

Tengo buenas noticias para usted. La conspiración ha sido desenmascarada y arrancada de raíz. Korsten dan Vurms, el hijo del Lord Gobernador, y Carlot dan Eider, la Maestre del Gremio de los Especieros, eran los dos cabecillas. Se les someterá a un interrogatorio y luego serán castigados ejemplarmente para que el pueblo vea cuáles el precio de la traición. Al parecer, Davoust murió a manos de un agente gurko que llevaba infiltrado en la ciudad desde hacía mucho tiempo. El asesino aún anda suelto pero, ahora que los conspiradores están en nuestras manos, no tardará mucho en caer.

He mandado arrestar al Lord Gobernador Vurms. La traición del hijo hace que el padre no sea de fiar, y, en cualquier caso, su persona ha representado en todo momento un estorbo para la correcta administración de la ciudad. Se lo mandaré de vuelta en el próximo barco para que entre sus colegas del Consejo Cerrado y usted decidan su destino. Le envío también al Inquisidor Harker, bajo la acusación de haber dado muerte a dos prisioneros que habrían podido proporcionarnos una información de gran valor. Le he interrogado y estoy convencido de que no ha tomado parte en la conspiración, lo cual no quita para que sea culpable de un delito de incompetencia de una gravedad equiparable a la de una traición. Dejo en sus manos la decisión sobre su castigo.

El ataque de los gurkos llegó con las primeras luces de la mañana. Una serie de tropas escogidas, provistas de pontones y escalas, se lanzaron al asalto, atravesando el campo abierto, y fueron recibidas con una letal descarga de las quinientas ballestas que tenemos desplegadas a lo largo de nuestras murallas. Un intento audaz, pero un tanto precipitado, que pudimos repeler sin mayor problema, causando numerosas bajas entre las filas enemigas. Tan sólo dos destacamentos, particularmente arrojados, lograron alcanzar el canal artificial, momento en el que pontones, escalas y hombres fueron barridos por una poderosa

corriente que fluye del mar a la bahía a ciertas horas del día, un fenómeno natural tan venturoso como fortuito.

El terreno despejado que se extiende entre nuestro canal y las filas enemigas está ahora sembrado de cadáveres gurkos y he ordenado a nuestros hombres que disparen contra cualquiera que trate de prestar auxilio a los heridos. Los gemidos de los moribundos y la visión de los cadáveres en descomposición tendrán el saludable efecto de debilitar la moral del enemigo.

Aunque ya hemos degustado el dulce sabor de la victoria, lo cierto es que este ataque no tenía otro objetivo que tantear la fortaleza de nuestras defensas. El mando gurko se ha limitado a meter el pie en el agua para comprobar su temperatura. El siguiente ataque será de una magnitud completamente distinta. Tres poderosas catapultas, montadas a menos de cuatrocientas zancadas de nuestras murallas y perfectamente capaces de arrojar piedras de gran tamaño sobre la Ciudad Baja, permanecen de momento en silencio. Puede que tengan el propósito de tomar Dagoska intacta, pero si persistimos en su defensa, dejarán a un lado sus vacilaciones.

De hombres, ciertamente, no andan escasos. Todos los días llegan a la península nuevos contingentes. En la actualidad, por encima de la muchedumbre se distinguen los estandartes de ocho legiones y hemos detectado también la presencia de salvajes provenientes de todos los territorios del continente kantic. Una hueste impresionante, cuyo número puede alcanzar fácilmente los cincuenta mil hombres, se prepara para el ataque. El Emperador gurko, Uthma-al-Dosht, ha concentrado todas sus fuerzas para lanzarlas contra nuestras murallas, pero nos mantendremos firmes.

Pronto volverá a tener noticias mías. Hasta entonces, sirvo y obedezco.

Sand dan Glokta

Superior de Dagoska

La Maestre Carlot dan Eider, máxima autoridad del Gremio de los Especieros, estaba sentada en una silla, con las manos posadas en el regazo, haciendo todo lo posible por conservar la dignidad. Tenía la tez pálida y aceitosa y debajo de sus ojos se dibujaban unas pronunciadas ojeras. Su blanca túnica estaba manchada con la mugre de las celdas y su cabellera, que había perdido su brillo, colgaba lacia y enmarañada sobre su cara. La ausencia de afeites y joyas la hacía parecer más mayor, pero aun así seguía siendo hermosa. *Más que antes, en cierto modo. La belleza de la llama de una vela que ya casi se ha apagado.*

—Parece cansado —dijo ella.

Glokta alzó las cejas.

—He tenido unos días bastante duros. Primero el interrogatorio de su cómplice, Vurms, y luego ese pequeño asalto del ejército gurko que tenemos acampado frente a las murallas de la ciudad. A usted también se la ve un poco fatigada.

—El suelo de mi celda no es excesivamente cómodo, y yo también tengo mis propias preocupaciones —alzó la vista y miró las figuras enmascaradas de Severard y Vitari, que estaban apoyados en la pared a ambos lados de ella, con los brazos cruzados y aspecto implacable—. ¿Voy a morir en esta habitación?

Sin lugar a dudas.

—Eso está aún por ver. Vurms ya nos ha contado la mayoría de las cosas que queríamos saber. Usted acudió a él y le ofreció dinero para que falsificara la firma de su padre en ciertos documentos y diera ciertas órdenes en nombre de su padre a determinados oficiales de la guardia; en otras palabras, le propuso que tomara parte en una conspiración cuyo objetivo era rendir a traición la ciudad de Dagoska a los enemigos de la Unión. Nos ha proporcionado los nombres de todos los implicados en el complot. Ha firmado su confesión. Y ahora, por si acaso se lo estaba preguntando, su cabeza adorna una de las puertas de la ciudad junto a la del embajador del Emperador, su amigo Islik.

—Los dos juntitos en la puerta —canturreó Severard.

—Sólo hay tres cosas que no pudo darme. Por qué motivos lo hizo usted, su firma y la identidad del espía gurko que asesinó al Superior Davoust. Y son esas tres cosas las que voy a obtener de usted. Ahora mismo.

La Maestre Eider se aclaró suavemente la garganta, se alisó con delicadeza la parte delantera de su larga túnica y se incorporó un poco en su asiento procurando adoptar una postura lo más digna posible.

—No creo que vaya a torturarme. Usted no es como Davoust. Usted tiene conciencia.

Una ligera palpitación sacudió las comisuras de los labios de Glokta. *Un esfuerzo digno de alabanza. La felicito. Pero qué equivocada está usted.*

—Tengo conciencia, sí, pero sólo una brizna debilitada y marchita. Ni siquiera bastaría para protegerla a usted, o a cualquier otra persona, de una leve brisa —Glokta exhaló un hondo y prolongado suspiro. Hacía demasiado calor y había demasiada luz en la sala; los ojos le palpitaban y le picaban, y se puso a frotárselos lentamente mientras hablaba—. No puede ni imaginarse lo que he llegado a hacer. Cosas horribles, obscenas, perversas, su mero relato bastaría para hacerla vomitar —

se encogió de hombros—. De vez en cuando me dan la lata, pero siempre me digo a mí mismo que tenía buenas razones para actuar así. Con el paso de los años, lo inimaginable se vuelve cotidiano, lo horripilante se vuelve tedioso y lo insoportable acaba siendo mera rutina. Todas esas cosas las suelo amontonar en un recodo oscuro de mi mente, y es increíble la cantidad de espacio libre que queda ahí dentro. Sorprende ver la de cosas con las que uno puede llegar a convivir.

Glokta alzó la vista y miró los ojos brillantes y crueles de Severard y Vitari.

—Pero aun suponiendo que estuviera usted en lo cierto, ¿realmente cree que mis Practicantes tendrían algún escrúpulo? ¿Tú qué dices, eh, Severard?

—¿Algún qué?

Glokta sonrió con tristeza.

—Ya ve. Ni siquiera sabe lo que significa eso —dijo mientras se recostaba en su silla. *Cansado. Terriblemente cansado.* Casi ni tenía fuerzas para levantar las manos—. Bastante consideración he mostrado ya hacia su persona. Le puedo asegurar que los casos de traición no suelen tratarse con tanta delicadeza. Debería haber visto usted la paliza que le propinó Frost a su amigo Vurms, y eso que todos sabemos que sólo tenía un papel subalterno en este negocio. Las últimas horas de su triste vida se las pasó cagando sangre. A usted nadie le ha puesto la mano encima, de momento. He dejado que conserve sus ropas, su dignidad, su humanidad. Le estoy dando una oportunidad, la oportunidad de firmar la confesión y responder a mis preguntas. La oportunidad de acatar mis órdenes de forma total y absoluta. Eso es lo máximo a lo que alcanza mi conciencia —Glokta se inclinó hacia delante y clavó un dedo en la mesa—. Una oportunidad. Si no la acepta, la desnudaremos y empezaremos a cortar.

La Maestre Eider pareció derrumbarse de golpe. Se le abatieron los hombros, la cabeza se le venció y sus labios temblaron.

—Haga sus preguntas —dijo con voz ronca. *Una mujer hundida. Muchas felicidades, Superior Glokta. Pero donde hay preguntas, tiene que haber respuestas.*

—Vurms nos contó quiénes eran las personas a las que había que pagar y cuánto había que pagarles. Unos cuantos guardias. Unos cuantos funcionarios de la administración de su padre. Y, por supuesto, él mismo, que recibió una cantidad muy decorosa. Curiosamente, en la lista faltaba un nombre. El suyo. Usted, y sólo usted, no pidió nada a cambio. ¿La reina de los mercaderes haciendo algo de balde? Me deja usted estupefacto. ¿Qué fue lo que le ofrecieron? ¿Por qué traicionó usted a su Rey y a su país?

—¿Por qué? —repitió Severard.

—¡Respóndale, maldita puta! —aulló Vitari.

Eider se encogió asustada.

—¡Para empezar, la Unión nunca debería haber venido aquí! —soltó de golpe—. ¡Codicia, ésa fue la única razón! ¡Codicia pura y dura! Antes de la guerra, cuando Dagoska aún era libre, ya había aquí Especieros. ¡Todos ellos hicieron inmensas fortunas, pero tenían que pagar un tributo a los nativos y eso les irritaba profundamente! Cuánto mejor sería, pensaron, si pudiéramos adueñarnos de la ciudad y dictar nuestras propias leyes. Cuánto más ricos podríamos llegar a ser. Cuando se presentó la oportunidad, no la dejaron escapar, y mi marido fue uno de los primeros en ponerse a la cola.

—En otras palabras, los Especieros se hicieron con el control de Dagoska. Pero aún estoy esperando a que me diga cuáles fueron sus razones, Maestre Eider.

—¡Fue un desastre! Los mercaderes ni estaban interesados en gobernar la ciudad ni sabían cómo hacerlo. Los administradores de la Unión, los tipos como Vurms, no eran más que escoria, unos hombres a los que sólo les interesaba llenarse los bolsillos. Podríamos haber colaborado con los nativos, pero, en lugar de ello, nos dedicamos a explotarlos, y, cuando protestaron, mandamos venir a la Inquisición, y después de que ustedes los apalearan, los torturaran y ahorcaran a sus líderes en las plazas de la Ciudad Alta, acabaron aborreciéndonos tanto como a los gurkos. ¡Siete años llevamos aquí, y, durante todo ese tiempo, no hemos hecho más que barbaridades! ¡Todo ha sido una absurda orgía de brutalidad y corrupción!

En eso tiene razón. He podido comprobarlo con mis propios ojos.

—Pero lo más gracioso del caso es que tampoco nos ha reportado grandes beneficios. ¡Ni siquiera al principio sacamos más que antes de la guerra! ¡Al no contar con el apoyo de los nativos, el coste del mantenimiento de las murallas y los pagos a los mercenarios resultaron ruinosos! —Eider soltó una carcajada, una risa desesperada y sollozante—. ¡El gremio está prácticamente arruinado, y han sido ellos mismos, los muy idiotas, quienes se lo han buscado! ¡Codicia pura y dura!

—Y entonces los gurkos se pusieron en contacto con usted.

Eider asintió con la cabeza, y su lacia melena osciló en el aire.

—Conozco a mucha gente en Gurkhul, muchos mercaderes con los que llevo años haciendo negocios. Me dijeron que lo primero que hizo Uthman al subir al trono del Imperio fue jurar solemnemente que tomaría Dagoska, que borraría la mancha que su padre había dejado en la nación y que no descansaría hasta cumplir aquel juramento. Me dijeron que ya había espías gurkos en la ciudad, que estaban al tanto de nuestras debilidades. Me dijeron que tal vez fuera posible evitar la carnicería que se avecinaba, si Dagoska se entregaba sin presentar batalla.

—Entonces, ¿por qué no actuó antes? Cosca y sus mercenarios estaban a sus órdenes, podía haber actuado antes de que la gente de Kahdia estuviera armada, antes de que se reforzaran las defensas, antes incluso de que yo mismo llegara. De haber querido, habría podido apoderarse de la ciudad. ¿Por qué tuvo que recurrir al patán de Vurms?

Los ojos de Carlot dan Eider estaban clavados en el suelo.

—Mientras los soldados de la Unión mantuvieran el control de la Ciudadela y de las puertas de la ciudad, apoderarse de ellas provocaría un baño de sangre. Vurms podía entregarme la ciudad sin lucha. Lo crea o no, mi único propósito, el propósito que con tanta habilidad ha desbaratado usted, era evitar que se produjeran muertes.

Lo creo. Pero poco importa eso ahora.

—Siga.

—Sabía que Vurms estaría dispuesto a venderse. A su padre no le quedaba mucho tiempo de vida y el cargo no es hereditario. Tal vez fuera su última oportunidad de aprovecharse de la posición de que gozaba su padre. Fijamos un precio. Nos pusimos a prepararlo todo. Y Davoust lo descubrió.

—Y tenía la intención de informar de ello al Archilector.

Eider soltó una carcajada.

—No era un hombre tan comprometido con la causa como usted. Quería lo mismo que querían todos: dinero, y más de lo que yo podía reunir. Les comuniqué a los gurkos que el plan había fracasado. Les dije por qué. Y, al día siguiente, Davoust... había desaparecido —la Maestre respiró hondo—. Así que ya no hubo marcha atrás. Poco después de que usted llegara, ya estábamos listos. Todo estaba preparado. Y entonces... —se interrumpió.

—¿Y entonces?

—Entonces empezó usted a reforzar las defensas y Vurms se volvió más codicioso. Tenía la impresión de que de pronto la posición de la ciudad era más fuerte. Pidió más. Amenazó con revelarle a usted nuestros planes. Tuve que volver a contactar con los gurkos para pedir más dinero. Todo eso llevó su tiempo. Finalmente volvimos a estar listos para actuar, pero, para entonces, ya era demasiado tarde. La oportunidad había pasado —alzó la vista—. Todo por culpa de la codicia. De no ser por la codicia de mi marido, nunca habríamos venido a Dagoska. De no ser por la codicia de Vurms, el plan habría tenido éxito y no se habría vertido ni una gota de sangre para conservar este miserable peñón —se sorbió la nariz, volvió a clavar la vista en el suelo y, con voz más apagada, añadió—: Pero la codicia está en todas partes.

—Así pues, accedió a rendir la ciudad. Accedió a traicionarnos.

—¿A traicionar a quién? ¡No habría habido perdedores! ¡Los mercaderes podrían haberse marchado tranquilamente! ¡La situación de los nativos bajo la tiranía gurka no habría sido peor que la que tenían con nosotros! La Unión sólo habría perdido una pequeña fracción de su orgullo, ¿tiene eso más valor que la vida de miles de personas? —con los ojos dilatados y anegados de lágrimas, Eider se inclinó hacia delante y prosiguió con voz ronca—. ¿Y qué es lo que nos espera ahora? Dígamelo. ¡Una masacre! ¡Una carnicería! Aunque consiguiera conservar la ciudad, ¿cuál sería el precio? Y, además, no podrá conseguirlo. El Emperador lo ha jurado, y no se puede volver atrás. ¡Todos los hombres, mujeres y niños de Dagoska lo pagarán con sus vidas! ¿Y para qué? ¿Para que el Archilector Sult y su gente puedan señalar un mapa con el dedo y decir «ese puntito y ese otro nos pertenecen»? ¿Con cuántas muertes se dará por satisfecho? ¿Que cuáles son mis razones? Dígame usted cuáles son las suyas. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué?

El ojo izquierdo de Glokta se había puesto a palpitar y tuvo que pararlo apretándolo con una mano. Con el otro, miró fijamente a la mujer que tenía enfrente. Una lágrima resbaló por la pálida mejilla de la Maestre y cayó sobre la mesa. *¿Porqué lo hago?*

Glokta se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podría hacer?

Severard se agachó y arrojó sobre la mesa el pliego de la confesión.

—¡Firme! —ladró.

—¡Maldita puta, firme, firme! —bufó Vitari.

Con mano temblorosa, Carlot dan Eider cogió la pluma. Al mojarla en el tintero, repiqueteó contra el borde, luego soltó unas cuantas motas negras sobre la mesa y finalmente se puso a rascar el papel. No hubo celebración de la victoria. *Nunca la hay, pero aún queda una cosa por tratar.*

—¿Dónde puedo encontrar al agente gurko? —la voz de Glokta sonaba tan afilada como una cuchilla.

—No lo sé. Nunca lo supe. Quienquiera que sea, ahora vendrá a por usted, como hizo con Davoust, tal vez esta misma noche...

—¿Por qué han esperado tanto?

—Les dije que no representaba usted una amenaza. Les dije que lo único que se conseguiría es que Sult mandara otro sustituto... Les dije que yo sabría manejarle.

Y sin duda lo habría conseguido, de no haber sido por la inesperada generosidad de maese Valinty maese Balk.

Glokta se inclinó hacia delante.

—¿Quién es el agente gurko? —el labio inferior de Eider temblaba con tal fuerza que parecía como si los dientes le castañetearan contra la cabeza.

—No lo sé —susurró.

Vitari estrelló su mano contra la mesa.

—¿Quién? ¿Quién? ¿Quién es, perra? ¿Quién?

—¡No lo sé!

—¡Mentirosa! —con un traqueteo, la cadena de la Practicante se coló alrededor de la cabeza de Eider y se cerró sobre su garganta. Pataleando y tentando la cadena que le rodeaba el cuello, la que fuera Reina de los mercaderes fue alzada por encima del respaldo de la silla y luego arrojada de bruces al suelo.

»¡Mentirosa! —la nariz de Vitari se arrugaba en un gesto de rabia, sus cejas pelirrojas estaban fruncidas por el esfuerzo, sus ojos no eran más que dos ranuras furiosas. Tenía una bota clavada en la parte de atrás de la cabeza de Eider, arqueaba la espalda y sus puños cerrados estaban blancos por la presión de la cadena. Severard, entretanto, miraba la brutal escena con una leve sonrisa en los ojos y entonaba una desafinada melodía que sonaba débilmente entre los resoplidos, jadeos y gorgoteos de los últimos suspiros de Eider.

Mientras contemplaba a la mujer revolviéndose en el suelo, Glokta se repasaba con la lengua sus encías desnudas. *Tiene que morir. No hay otra opción. Su Eminencia exige el más severo castigo. Su Eminencia exige que se dé un escarmiento. Su Eminencia exige que no haya clemencia.* Sus ojos no paraban de pestañear y toda la cara le palpitaba. Faltaba aire en la sala y hacía tanto calor como en una forja. Estaba empapado de sudor y muerto de sed. Apenas podía respirar. Se sentía casi como si fuera a él a quien estuvieran estrangulando.

Y lo más irónico de todo es que tiene razón. Mi victoria, de una forma u otra, supone una pérdida para todo el mundo en Dagoska. Los primeros frutos de mis esfuerzos exhalan ya sus últimos suspiros en la tierra de nadie que se extiende ante las puertas de la ciudad. Nada podrá detener ya la carnicería. Los cadáveres de los gurkosy de las gentes de Dagoskay de la Unión se irán apilando unos encima de otros hasta enterrarnos, y todo habrá sido obra mía. Habría sido mucho mejor que hubiera tenido éxito el plan de la Maestre. Habría sido mucho mejor que yo hubiera muerto en las mazmorras del Emperador. Mejor para el Gremio de los Especieros, mejor para los habitantes de Dagoska, mejor para los gurkos, mejor para Korsten dan Vurms, para Carlot dan Eider, mejor incluso para mí.

Eider ya casi había dejado de patalear. *Otra cosa más que habrá que arrojar a un oscuro recodo. Otro recuerdo que vendrá a acosarme cuando estèsolo. Pero, esté bien o esté*

mal, tiene que morir. Tiene que morir. El siguiente aliento de la Maestre fue como una vibración amortiguada. El siguiente, un leve resuello. *Ya casi está. Casi.*

—¡Pare! —ordenó Glokta. *¿Cómo?*

Severard levantó de golpe la vista.

—¿Cómo?

Vitari no parecía haberse dado cuenta y seguía tensando la cadena.

—¡Pare he dicho!

—¿Por qué? —bufó.

Sí, ¿por qué?

—¡Yo doy órdenes, no razones! —exclamó de nuevo.

Resoplando de indignación, Vitari soltó la cadena y luego retiró la bota de la cabeza de Eider. La mujer no se movía. Su respiración era muy superficial, un tenue rumor apenas audible. *Pero respira. El Archilector querrá que se le dé una explicación, una explicación muy satisfactoria. Me pregunto qué le diré.*

—Llevadla de nuevo a la mazmorra —dijo apoyándose en el bastón y levantándose trabajosamente de la silla—. Es posible que aún pueda sernos de utilidad.

***

De pie junto a la ventana, Glokta se asomaba a la noche con gesto ceñudo, contemplando cómo la cólera de Dios se abatía sobre la ciudad. Formadas en hilera a una distancia que quedaba fuera del alcance de las ballestas de las murallas, las tres gigantescas catapultas no habían parado de disparar desde primeras horas de la tarde.

En cargar y tener lista cada una de ellas empleaban cerca de una hora. Había seguido todo el proceso con el catalejo.

Primero se alineaba la máquina y luego se calculaba el alcance. Un grupo de ingenieros barbudos, ataviados con túnicas blancas, discutían entre sí, oteaban con sus catalejos, hacían oscilar plomadas, manejaban compases, papeles y ábacos y realizaban minuciosos ajustes en los enormes cerrojos que sujetaban la catapulta.

Una vez que se habían dado por satisfechos, se echaba hacia atrás el gigantesco brazo hasta colocarlo en posición de disparo. Para alzar el contrapeso, un bloque de

hierro negro que representaba el rostro ceñudo de un soldado gurko, se necesitaba un tiro de veinte caballos, que sudaban copiosamente bajo el restallar de los látigos.

Luego, mediante una laboriosa maniobra ejecutada por un sistema de poleas y una cuadrilla de peones ceñudos que no paraban de bramar y hacer aspavientos, el enorme proyectil, un barril de no menos de una zancada de diámetro, era colocado en la cuchara de la catapulta. Acto seguido, los hombres se hacían a un lado y se retiraban apresuradamente. Entonces, un esclavo, provisto de un largo palo con un trapo ardiendo en un extremo, avanzaba lentamente hacia la máquina y prendía el barril. Se alzaban las llamas, en algún lugar se accionaba una palanca, el enorme contrapeso caía, el poderoso brazo, largo como un tronco de pino, salía disparado hacia delante y la munición en llamas volaba hacia las nubes. Llevaban varias horas surcando el cielo y cayendo rugientes sobre la ciudad, y seguían haciéndolo mientras el sol se iba hundiendo en el oeste, el cielo comenzaba a oscurecerse y las colinas de tierra firme se volvían negras siluetas en la lejanía.

Glokta vio un nuevo barril remontar el vuelo, un brillo intenso que se destacaba en medio del cielo negro y trazaba una línea de chispas que quedaba marcada a fuego en su retina. Durante un instante eterno, pareció quedarse suspendido sobre la ciudad, casi a la altura de la Ciudadela, y luego se precipitó desde el cielo, chisporroteando como un meteorito y arrastrando tras de sí una estela de fuego anaranjado. Cayó en medio de la Ciudad Baja. Las llamas salieron disparadas hacia arriba y luego se abatieron furiosas sobre las minúsculas casuchas de los arrabales. Al cabo de un instante, el trueno de la detonación alcanzaba la ventana y hacía a Glokta contraer la cara en un gesto de dolor. *Polvos explosivos, ¿Quién iba a decirme cuando los vi crepitar sobre el banco del Adepto Químico que podrían llegar a ser un arma tan terrible ?*

Medio veía y medio se imaginaba unas figurillas que corrían de acá para allá intentando sacar a los heridos de los escombros en llamas, intentando rescatar lo que pudieran de sus viviendas en ruinas, largas cadenas de nativos de rostro tiznado que se pasaban cubos con gesto tétrico en un intento vano de atajar aquella hoguera infernal. *Siempre son los que menos tienen los que más pierden en las guerras.* Los incendios se extendían ya por toda la Ciudad Baja. Resplandecían, reverberaban y parpadeaban avivados por el viento que venía del mar, cuya negra superficie estaba sembrada de brillantes reflejos anaranjados, amarillos y rojos. Incluso desde esa altura se respiraba una atmósfera cargada de un humo denso y asfixiante. *Ahí abajo debe de ser el mismísimo infierno. Felicidades de nuevo, Superior Glokta.*

De pronto, sintió una presencia en el umbral de la puerta y se dio la vuelta. Era Shickel. A la luz de las velas, su menuda figura no era más que una silueta negra.

—No necesito nada —murmuró volviéndose de nuevo hacia el espectáculo majestuoso, morboso y horripilante que se contemplaba desde la ventana. *Al fin y al*

cabo, no todos los días se puede ver una ciudad en llamas. Pero, en lugar de irse, su sirviente entró en la sala.

»Tienes que irte, Shickel, estoy esperando una especie de visita y puede que haya problemas.

—Conque una visita, ¿eh?

Glokta alzó la vista. La voz de la chica sonaba rara. Más profunda, más dura. Su rostro, una mitad en sombra y la otra iluminada por el parpadeo naranja que proyectaban los incendios, también parecía cambiado. Su expresión era bastante extraña: enseñaba los dientes y le miraba fijamente con unos ojos ávidos y refulgentes mientras avanzaba paso a paso hacia él. Una expresión casi atemorizadora. *Si yo fuera de los que se asustan fácilmente...* Y, de pronto, todas las piezas encajaron.

—¿Tú? —exhaló.

—Yo.

¿Tú? Glokta no pudo contenerse y se le escapó una carcajada.

—¡Harker te tuvo en sus manos! ¡Ese idiota da contigo por casualidad y voy yo y te dejo libre! —no podía dejar de reír—. Qué buena lección, ¿eh? ¡Nunca le hagas un favor a nadie!

—No necesito que me des lecciones, maldito tullido —dio un paso más. Ya sólo estaba a tres zancadas. *Ése es el lugar.*

—¡Espera! —Glokta alzó una mano—. ¡Dime sólo una cosa! —la mujer se detuvo, elevando una ceja con gesto interrogante. *Justo ahí*—. ¿Qué le pasó a Davoust?

Shickel sonrió. En su boca asomó una hilera de dientes limpios y muy afilados.

—Nunca salió de esta habitación —luego se acarició el estómago—. Está aquí dentro —Glokta se esforzó en resistir la tentación de mirar hacia arriba mientras el bucle de una cadena descendía lentamente del techo—. Y ahora vas a ir a hacerle compañía —tuvo tiempo de dar medio paso más antes de que la cadena la agarrara por debajo de la barbilla y tirara de ella hacia arriba, dejándola suspendida en el aire, bufando, escupiendo, pataleando, revolviéndose.

Severard, que estaba oculto bajo la mesa, salió de un salto de su escondrijo y trató de sujetar las piernas desbocadas de Schickel. El pie descalzo de la mujer se estrelló contra su cara y, soltando un alarido, el Practicante rodó desmadejado por la alfombra.

—Mierda —exhaló Vitari al ver que Shickel metía una mano por debajo de la cadena y empezaba a tirar de ella, bajándola de las vigas—. Mierda —cayeron juntas

en el suelo, forcejearon durante unos instantes y, de pronto, una sombra negra que agitaba los brazos surcó la oscuridad: Vitari había salido despedida. Al estrellarse contra la mesa que había al otro extremo de la sala, emitió un gemido y luego quedó inerte en el suelo. Severard, aturdido, seguía quejándose mientras trataba de darse la vuelta con las manos aferradas a la máscara. Glokta y Shickel se quedaron mirándose de hito en hito. *Mi Devorador y yo. Feo asunto.*

Cuando la muchacha se abalanzó sobre él, Glokta se pegó a la pared, pero Shickel sólo pudo dar un paso antes de que Frost cargara contra ella con todas sus fuerzas y la aplastara contra la alfombra. Durante unos instantes, siguieron tirados en el suelo, pero, de pronto, la chica logró ponerse de rodillas y, poco a poco, a pesar de tener encima la enorme mole del Practicante, consiguió levantarse del todo y dio un paso hacia Glokta.

Empleando toda su musculatura, los brazos del albino estrechaban con fuerza el cuerpo de la muchacha e intentaban hacerla retroceder, pero ella seguía avanzando lentamente, apretando los dientes, con un brazo inmovilizado junto a su menudo cuerpo mientras la mano que tenía libre lanzaba zarpazos hacia el cuello de Glokta.

—¡Uuu!—bufaba Frost. Los tendones de sus poderosos antebrazos parecían estar a punto de reventar, tenía toda la cara contraída por el esfuerzo y sus ojos rosáceos amenazaban con salírsele de las órbitas. Pero ni aun así era suficiente. Glokta, aplastado contra la pared, observaba fascinado cómo la mano se iba acercando cada vez más hasta quedar a sólo unos centímetros de su garganta. *Feísimo asunto.*

—¡Toma, monstruo! —chilló Severard. Se oyó un zumbido y un garrote surcó el aire y golpeó el brazo extendido, partiéndolo limpiamente en dos. Entre la carne ensangrentada, Glokta vio asomar un trozo de hueso; sin embargo, los dedos seguían moviéndose hacia él. El garrote se estrelló contra la cara de la muchacha y le lanzó la cabeza hacia atrás. La sangre le manaba a borbotones de la nariz y tenía la mejilla abierta de un tajo. Pero ella seguía intentando avanzar. Frost resoplaba debido al esfuerzo que le estaba costando mantener inmovilizado el otro brazo mientras Shickel tiraba hacia delante, bufando y enseñando los dientes, dispuesta a arrancarle a Glokta la garganta de un mordisco.

Severard se desprendió de su garrote, agarró a la muchacha del cuello y, con las venas de la frente palpitándole y gruñendo por el esfuerzo, tiró de la cabeza hacia atrás. La escena no podía resultar más estrambótica: dos hombres, uno de ellos grande y fuerte como un toro, intentaban desesperadamente derribar a una simple chiquilla. Poco a poco, los dos Practicantes consiguieron apartarla. Severard la levantó un pie del suelo y Frost, lanzando un bramido, la alzó en vilo y, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, la arrojó contra la pared.

Tratando desesperadamente de incorporarse, Shickel escarbó el suelo con un brazo mientras el otro colgaba flácido a un lado. Desde las sombras, Vitari emitió un gruñido y alzó en el aire una de las pesadas cadenas del Superior Davoust. Los eslabones se desgajaron al estrellarse contra la cabeza de la chica, y, acto seguido, los tres Practicantes se abalanzaron sobre ella como perros de presa sobre un zorro, y, profiriendo gruñidos de rabia, propinaron a Shickel una somanta de patadas y puñetazos.

—¡Basta! —exclamó Glokta—. ¡Todavía hay que interrogarla! —se acercó renqueando hasta los jadeantes Practicantes y miró hacia abajo. Shickel había quedado reducida a una masa informe e inerte. Un montón de harapos, ni siquiera demasiado grande. *Más o menos como estaba cuando la encontré la primera vez. ¿Cómo es posible que una simple chiquilla haya estado a punto de vencer a estos tres?* El brazo roto, con los dedos flácidos y ensangrentados, estaba tendido sobre la alfombra. *Me parece que ésta ya no representa una amenaza para nadie.*

Pero entonces el brazo empezó a moverse. El hueso se arrastró hacia la carne y volvió a encajarse, produciendo un crujido escalofriante. Los dedos palpitaron, dieron una sacudida, se pusieron a rascar el suelo y comenzaron a deslizarse hacia el tobillo de Glokta.

—¿Qué clase de bicho es éste? —exhaló Severard mirando hacia abajo.

—Las cadenas —dijo Glokta apartándose con cautela—. ¡Rápido!

Con gran estrépito, Frost sacó dos pares de cadenas que había en un saco y las alzó resoplando. Unas tiras de hierro negro, gruesas como un árbol joven y pesadas como un yunque, que habían sido fabricadas para los prisioneros más fornidos y peligrosos. Aferró dos de ellas a los tobillos de la muchacha, le ató las muñecas con otra y, a continuación, los trinquetes se deslizaron el uno sobre el otro con una irrevocabilidad que resultaba muy tranquilizadora.

Vitari, que había sacado un buen trecho de tintineante cadena del saco, se puso a enrollarla alrededor del cuerpo inerte de Shickel, mientras Severard lo mantenía un poco levantado, tensándola con fuerza al completar cada vuelta y prosiguiendo luego con la misma operación. Dos gruesos candados remataron la faena.

Los cerraron justo a tiempo. Shickel recuperó de golpe la conciencia y empezó a revolverse en el suelo. Forcejeó con las cadenas y lanzó un gruñido a Glokta. La nariz ya había vuelto a encajarse en su sitio y el corte de la mejilla se había cerrado. *Como si jamás hubiera sufrido daño alguno. Una vez más, Yulwei tenía razón.* La cadena emitió un traqueteo al lanzarse la muchacha hacia delante soltando dentelladas, y Glokta se vio obligado a retroceder con paso tambaleante.

—Una chica muy perseverante, hay que reconocerlo —masculló Vitari empujándola hacia la pared con su bota.

—¡Ilusos! —bufó Shickel—. ¡No podréis resistir lo que se os viene encima! ¡La mano derecha de Dios se ha abatido sobre esta ciudad y nada podrá salvarla! ¡Vuestras sentencias de muerte ya están redactadas! —una explosión de un brillo inusitado iluminó el cielo, proyectando un chorro de luz anaranjada sobre los rostros enmascarados de los Practicantes. Un instante después un trueno resonaba en la sala. Shickel prorrumpió en una carcajada demente—. ¡Las Cien Palabras están en camino! ¡No hay cadenas capaces de amarrarlas, no hay puertas que puedan impedirles el paso! ¡Están en camino!

—Tal vez —Glokta se encogió de hombros—. Pero no llegarán a tiempo de salvarte.

—¡Yo ya estoy muerta! ¡Mi cuerpo no es más que polvo! ¡Pertenece al Profeta! ¡Hagáis lo que hagáis, no sacaréis nada de mí!

Glokta sonrió. Casi sentía en la cara la calidez de las llamas que ardían abajo a lo lejos.

—Eso me suena a reto.

Uno de los nuestros

Ardee le sonrió y Jezal le devolvió la sonrisa. Una sonrisa bastante boba. Pero no podía evitarlo. Se sentía feliz de hallarse de regreso en un lugar donde las cosas tenían sentido. Nunca más volverían a separarse. Lo único que quería hacer era decirle lo mucho que la quería. Lo mucho que la había echado de menos. Abrió la boca, pero ella le posó un dedo en los labios. Con firmeza.

—Chisss.

Le besó. Primero con suavidad, luego con más fuerza.

—Hummm —dijo él.

Los dientes de Ardee le mordisquearon los labios. Juguetonamente, al principio.

—Ay —soltó él.

Luego le mordieron cada vez con más fuerza.

—¡Au! —exclamó.

Le estaba succionando la cara, arrancándole la piel a tiras, royéndole los huesos. Trató de gritar, pero le resultó imposible. Estaba oscuro y la cabeza le daba vueltas. De pronto sintió unos tirones espantosos y una tensión insoportable en la boca.

—Ya la tengo —dijo una voz. La intensa presión se relajó.

—¿Cómo está de mal?

—No tanto como parece.

—Pues tiene un aspecto fatal.

—Cállese y levante más la antorcha.

—¿Qué es eso?

—¿Cómo?

—¿Eso de ahí que sobresale?

—¿Qué quiere que sea, imbécil? Su mandíbula.

—Me parece que voy a vomitar. El arte de la curación no se cuenta entre mis muy notables...

—¡Cierre la boca y levante más esa antorcha! ¡Va a haber que volver a encajársela!

Jezal notó una presión muy fuerte en la cara. Luego sonó un crujido y una punzada de dolor de una intensidad hasta entonces desconocida para él le atravesó desde la mandíbula hasta el cuello. La cabeza se le venció hacia atrás.

***

—Yo agarro de aquí y tú mueve eso.

—¿El qué, esto?

—¡No le arranques los dientes!

—¡Se ha caído él solo!

—¡Maldito idiota pálido!

—¿Qué pasa? —dijo Jezal. Pero lo único que salió de su boca fue una especie de gorgoteo. Un dolor desgarrador y lacerante le atenazaba la cabeza.

—¡Se está despertando!

—Cóselo tú, que yo le sostengo —Jezal notó que le rodeaban los hombros y el pecho y le apretaban con fuerza. El brazo le dolía. Le dolía horriblemente. Trató de soltar una patada, pero sintió una punzada atroz en la pierna y no pudo moverla.

—¿Está bien sujeto?

—¡Sí, sí! ¡Ponte a coser!

Notó que se le clavaba algo en la cara. No creía que el dolor que sentía pudiera ir a más. Qué equivocado estaba.

—¡Suéltenme! —bramó, pero lo único que se oyó fue «ug».

Forcejeó, se revolvió para tratar de soltarse, pero le tenían bien agarrado y sólo consiguió que le doliera aún más el brazo. El dolor de la cara iba a peor. Lo sentía en el labio superior, en el inferior, en la barbilla, en la mejilla. Gritaba, gritaba y gritaba, pero no oía nada. Sólo un quedo resuello. Cuando ya pensaba que la cabeza le iba a estallar, el dolor se amortiguó.

—Listo.

La presión se aflojó y se recostó en el suelo, hecho un guiñapo, impotente. Notó que le giraban la cabeza.

—Le has hecho un buen remiendo. Pero que muy bueno. Ojalá te hubiera tenido a mano cuando yo me hice las mías. Aún tendría una cara bonita.

—¿De qué cara bonita hablas, pálido?

—Hummm. Más vale que empecemos con el brazo. Ya le colocaremos luego la pierna.

—¿Dónde has puesto el escudo?

—No —gimió Jezal—, por favor... —sólo se oyó un chasquido en la garganta.

Ahora distinguía algo, unas siluetas difusas envueltas en penumbra. Ante sus ojos apareció una cara, una cara horrorosa. La nariz torcida y quebrada, la piel desgarrada y cubierta de cicatrices. Justo detrás había otra, una cara con una raya lívida que le cruzaba desde una ceja hasta la barbilla. Jezal cerró los ojos. Hasta la luz le hacía daño.

—Muy bien cosido, sí señor —una mano le palmeó la mejilla—. Bueno, muchacho, ya eres uno de los nuestros.

Tendido en el suelo, con la cara en un grito, Jezal notó que una sensación de espanto se iba extendiendo por todos los miembros de su cuerpo.

—Uno de los nuestros.

PARTE II

«No podrá considerarse apto para el combate quien nunca haya visto manar su propia sangre, quien nunca haya oído crujir sus dientes bajo los golpes de un enemigo, quien nunca haya sentido caer sobre él todo el peso de su adversario.»

ROGER DE HOWDEN

Rumbo al norte

Tumbado boca abajo, calado hasta los huesos, sin moverse más que lo imprescindible para no quedarse congelado. Así estaba el Sabueso mientras oteaba entre los árboles el valle y veía marchar al ejército de Bethod. Tampoco es que se viera mucho desde donde estaba, sólo un trecho de camino que asomaba en la cresta de una colina, pero bastaba para ver el pesado avance de los Caris con sus escudos relucientes colgados a la espalda, sus cotas de mallas que refulgían salpicadas de copos nieve derretidos, sus lanzas enhiestas que emergían entre los troncos de los árboles. Una fila tras otra avanzando al mismo ritmo.

Estaban bastante lejos, pero incluso a una distancia como ésa se corría un gran riesgo. Bethod seguía igual de precavido que siempre. Seguro que tenía hombres por todas partes: en los montes, en los puntos elevados, en cualquier lugar donde pensara que podía haber alguien vigilando sus movimientos. Lo más probable es que hubiera enviado grupos de exploradores al sur y al este para despistar a los posibles espías, pero el Sabueso no se había dejado engañar. Esta vez no. Bethod se iba por donde había venido. Rumbo al norte.

Aspiró una buena bocanada de aire y luego exhaló un suspiro triste y prolongado. Por los muertos, qué cansado estaba. Miró las figuritas que desfilaban entre las ramas de los pinos. La de años que se había pasado explorando para Bethod: vigilando ejércitos como el que ahora tenía delante, ayudándole a ganar batallas, ayudándole a que se convirtiera en Rey, aunque por aquel entonces ni se le había pasado por la cabeza. Por un lado, todo había cambiado. Por otro, todo seguía igual que siempre. Ahí estaba él, con la cara pegada al barro y el cuello dolorido de tanto mirar hacia arriba. Diez años más viejo y sin haber prosperado en lo más mínimo. Ya casi ni se acordaba de cuáles habían sido en otros tiempos sus ambiciones; pero estaba seguro de que no tenían nada que ver con aquello. La de vientos que habían soplado, la de nieve que había caído, la de agua que había corrido. Tantos combates, tantas marchas, tantas pérdidas. Logen muerto, Forley muerto, y el cabo de vela de todos los demás consumiéndose a toda velocidad.

Hosco se le acercó reptando por la maleza escarchada, se puso a su lado y, apoyándose en los codos, contempló la marcha de los Caris por el camino.

—Hummm —gruñó.

—Bethod se desplaza hacia el norte —le susurró el Sabueso.

Hosco asintió con la cabeza.

—Tiene exploradores por todas partes, pero se dirige al norte, no hay duda. Hay que ir a decírselo a Tresárboles.

Otro movimiento de cabeza.

El Sabueso seguía tirado en la tierra húmeda.

—Estoy empezando a cansarme.

Hosco alzó la vista y enarcó una ceja.

—Tanto esforzarnos y, total, para qué. Todo sigue igual que siempre. ¿Cómo se nos ha ocurrido unirnos ahora en este bando? —el Sabueso señaló con el brazo a los hombres que marchaban trabajosamente por el camino—. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a una multitud como ésa? ¿Cuándo vamos a poder descansar un poco?

Hosco se encogió de hombros y frunció los labios como ^estuviera meditando una respuesta.

—¿Cuando estemos muertos?

Era la triste verdad.

***

El Sabueso tardó un buen rato en dar con los otros. No estaban donde se suponía que debían de estar a esas alturas. A decir verdad, no estaban demasiado lejos del lugar en que los había dejado. Dow fue el primero al que vio: estaba sentado en una peña enorme mirando hacia el fondo de un barranco con el mismo gesto ceñudo de siempre. El Sabueso se le acercó y vio lo que estaba mirando. Los cuatro sureños trepaban por las rocas con la misma lentitud y torpeza que un ternero recién nacido. Tul y Tresárboles aguardaban abajo, con aspecto de andar muy escasos ya de paciencia.

—Bethod va rumbo al norte —dijo el Sabueso.

—Pues que le vaya bien.

—¿No te sorprende?

Dow se relamió los dientes y escupió al suelo.

—Ha vencido a todos los clanes que se atrevieron a desafiarlo, se ha proclamado Rey de un lugar donde jamás lo hubo, ha declarado la guerra a la Unión y les ha dado una buena paliza. El muy cabrón ha puesto el mundo patas arriba. Nada de lo que haga me sorprende ya.

—Hummm —el Sabueso tuvo que reconocer que tenía bastante razón—. No habéis avanzado mucho.

—No. Esos bultos que nos has endilgado son muy pesados —volvió la vista hacia las cuatro figuras que trepaban a tientas por el barranco y sacudió la cabeza como indicando que jamás había visto semejante desperdicio de carne humana—. Unos malditos bultos, eso es lo que son.

—Si pretendes que me sienta avergonzado por haber salvado hoy unas vidas, no lo vas a conseguir. ¿Qué querías que hiciera? —inquirió el Sabueso—. ¿Dejarlos morir?

—No habría sido mala idea. Ahora avanzaríamos el doble de rápido y comeríamos bastante mejor.

Dow esbozó una sonrisa maligna.

—Sólo hay uno al que podría encontrarle alguna utilidad.

Al Sabueso no le hacía falta preguntar a quién se refería. La chica iba la última del grupo. No le resultaba fácil intuir sus formas femeninas con toda la ropa que llevaba puesta para protegerse del frío, pero se imaginaba que estaban ahí debajo, y eso le ponía nervioso. Se le hacía extraño tener una mujer con ellos. Tristemente, la compañía femenina había sido una rareza desde que cruzaron las montañas y tiraron hacia el norte hacía ya tantos meses. Sólo de mirarla se le hacía la boca agua, y eso hacía que se sintiera culpable. El Sabueso la observó mientras trepaba por las rocas, con su sucia cara medio vuelta hacia donde estaban ellos. Una chica dura, pensó. La vida parecía haberle dado una buena ración de golpes.

—Apuesto a que es de las que se resiste —masculló Dow hablando consigo mismo—. De las que patalea.

—Basta ya, Dow —cortó el Sabueso—. Más vale que reprimas tus ardores amorosos. Ya sabes lo que piensa Tresárboles de todo eso. Acuérdate de lo que le ocurrió a su hija. Como te oiga hablar así, es capaz de cortártela de un tajo.

—¿Qué? —dijo Dow, todo inocencia—. Sólo estoy hablando, ¿no? ¿Qué tiene eso de malo? ¿Sabes cuándo fue la última vez que alguno de nosotros estuvo con una mujer?

El Sabueso torció el gesto. En su caso, lo sabía perfectamente. Había sido más o menos la última vez en que había sentido un poco de calor. Acurrucado junto a Shari delante de un fuego, con una sonrisa más ancha que el mar. Fue justo antes de que Bethod los aherrojara a Logen, a él y a todos los demás y luego los expulsara al exilio.

Aún recordaba la última visión que tuvo de ella: un rostro demudado por el terror que contemplaba con la boca abierta cómo lo arrancaban de las sábanas, desnudo, adormilado y chillando como un gallo que sabe que están a punto de retorcerle el pescuezo. Había sido doloroso verse arrancado así de su lado. Aunque más dolorosa había sido la patada en los cojones que le había dado luego Scale. En resumidas cuentas, una noche bastante dolorosa, de la que en ningún momento pensó salir con vida. La quemazón que le había dejado la patada se pasó al cabo de un tiempo, pero el dolor de perderla a ella nunca había desaparecido del todo.

Se acordaba del olor de su cabello, del sonido de su risa, del tacto de su espalda apretada contra su vientre cuando dormían juntos. Unos recuerdos a los que había recurrido una y otra vez hasta dejarlos tan desgastados como a una camisa favorita. Lo recordaba como si fuera ayer. Tenía que quitárselo de la cabeza.

—No creo que mi memoria me alcance para eso.

—Ni la mía —dijo Dow—. ¿No estás ya harto de follarte la mano? —y, a continuación, miró pendiente abajo y dio un chasquido con la lengua. Tenía un brillo en los ojos que al Sabueso no le hacía ni pizca de gracia—. Qué curioso, hasta que no lo tienes delante de ti no te das cuenta de lo mucho que lo echas en falta. Es como tenderle un trozo de carne a un hambriento e írselo acercando hasta que pueda olerlo. Venga, hombre, seguro que tú estás pensando lo mismo que yo.

El Sabueso le dirigió una mirada torva.

—Me parece que tú y yo pensamos cosas muy distintas. Si no sabes aguantarte, métela en la nieve. A ver si así se te enfría un poco.

Dow sonrió.

—En algún sitio voy a tener que meterla, y más pronto que tarde, puedes estar seguro.

—¡Aaargh! —gimió alguien en la pendiente. El Sabueso hizo ademán de coger el arco mientras trataba de ver si los había localizado uno de los exploradores de Bethod. Pero no era más que el Príncipe, que se había resbalado y había caído de culo. La cara de Dow se contrajo en un gesto de desprecio mientras observaba a Ladisla dándose la vuelta.

—¿Habías visto alguna vez un tipo más inútil que ése, eh? Lo único que sabe hacer es forzarnos a marchar mucho más despacio de lo que sería aconsejable, gemir más

alto que una marrana pariendo, comer doble ración que todos y cagar cinco veces al día —West le estaba ayudando a levantarse mientras trataba de limpiarle a manotazos parte de la suciedad de su abrigo. Mejor dicho, del abrigo que le había dejado West. El Sabueso seguía sin entender cómo era posible que un tipo cabal como aquél hubiera hecho semejante tontería. Sobre todo con el frío que hacía ahora que ya estaban en pleno invierno—. ¿Cómo se puede seguir a un gilipollas como ése? —se preguntó Dow sacudiendo la cabeza.

—Dicen que su padre es el mismísimo Rey de la Unión.

—¿Qué importa de quién seas hijo si no vales más que una boñiga? Ya podría estar ardiendo que ni siquiera me molestaría en orinarle encima —el Sabueso no pudo menos que asentir. El tampoco lo haría.

***

Estaban todos sentados en círculo alrededor del lugar donde debería haber estado el fuego, si Tresárboles les hubiera dejado encenderlo. Cosa que no había hecho, por supuesto, a pesar de los insistentes ruegos de los sureños. Hiciera el frío que hiciera, no estaba dispuesto a permitirlo. No mientras los exploradores de Bethod anduvieran por ahí. Habría sido como proclamar dónde se encontraban gritando a todo pulmón. A un lado se sentaban el Sabueso y sus compañeros: Tresárboles, Dow y Tul, junto con Hosco, que se apoyaba en un codo como si nada de aquello tuviera que ver con él. Al otro, los de la Unión.

A pesar del frío, el cansancio y el hambre, Pike y la muchacha trataban de poner a mal tiempo buena cara. Había algo en ellos que le decía al Sabueso que estaban acostumbrados a todo eso. West parecía estar al límite de sus fuerzas: tenía las manos ahuecadas y no paraba de soplárselas como si se temiera que de un momento a otro fueran a ponerse negras y a desprenderse del resto del cuerpo. Al Sabueso le parecía que habría hecho mejor en quedarse el abrigo en lugar de dárselo al último miembro del grupo.

El Príncipe, sentado en el medio, mantenía la barbilla alzada intentando disimular que estaba reventado, cubierto de mugre y que empezaba a oler tan mal como todos los demás. Trataba de aparentar que podía dar órdenes y que tal vez habría alguien dispuesto a obedecerlas. En eso, opinaba el Sabueso, estaba muy equivocado. En una banda como la suya, a los jefes se los elegía por sus méritos y no por ser hijos de alguien. Se elegían jefes que tuvieran agallas y, desde ese punto de vista, lo más seguro es que hicieran más caso a la chica que al capullo aquel.

—Me parece que ya va siendo hora de que discutamos cuál es el plan —se quejaba—. Algunos de nosotros andamos a ciegas —el Sabueso advirtió que Tresárboles ya había empezado a fruncir el entrecejo. No le hacía ninguna gracia tener que cargar con aquel idiota, y menos aún hacer como si le importara un carajo su opinión.

Tampoco favorecía las cosas el hecho de que varios de ellos no pudieran entenderse al hablar. De los de la Unión, el único que hablaba la lengua del Norte era West. Y de los norteños, sólo el Sabueso y Tresárboles hablaban la lengua de la Unión. Tul tal vez pillara el sentido general de lo que se decía. Pero Dow ni eso. Y en cuanto a Hosco, bueno, el silencio viene a significar más o menos lo mismo en cualquier idioma.

—¿Qué dice ahora? —refunfuñó Dow.

—No sé qué de unos planes —le respondió Tul.

Dow soltó un resoplido.

—De lo único que entiende ese culo fofo es de mierda —el Sabueso se fijó en que West tragaba saliva. Entendía muy bien lo que se decía y sin duda era consciente de que a algunos de los muchachos se les estaba empezando a agotar la paciencia. El Príncipe, en cambio, no parecía darse cuenta de nada.

—Resultaría bastante útil saber cuántos días creen que nos quedan para llegar a Ostenhorm.

—No vamos hacia el sur —terció Tresárboles en norteño cuando su Alteza aún no había acabado de hablar.

Por un instante, West dejó de soplarse las manos.

—¿Ah, no?

—No lo hemos hecho desde que nos pusimos en marcha.

—¿Por qué?

—Porque Bethod se dirige hacia el norte.

—No hay duda —dijo el Sabueso—. Hoy mismo lo he visto.

—¿Por qué se da la vuelta si tiene franco el camino a Ostenhorm? —inquirió West.

—Le diré por qué —repuso Dow con sorna—. A Bethod no le interesa esa ciudad. Al menos, no de momento.

—Lo que pretende es partirlos a todos ustedes en trozos pequeños para así poder masticarlos mejor —apostilló Tul.

El Sabueso asintió con la cabeza.

—Como ese trozo en que estaba usted, y del que ahora debe de estar escupiendo los huesos.

—Discúlpenme —intervino el Príncipe, que no tenía ni idea de lo que se estaba hablando—, pero creo que sería mejor que continuáramos en la lengua común.

Tresárboles hizo caso omiso y siguió hablando en norteño.

—Va a partir ese ejército suyo en pequeños trozos y luego los va a ir aplastando uno por uno. Ustedes creen que se dirige al sur, así que debe de suponer que su amigo el Mariscal Burr enviará una parte de sus hombres hacia allá. Entretanto, él se dirigirá al norte y pillará desprevenido al resto del ejército y, si no son demasiados, los hará picadillo igual que hizo antes con ustedes.

—Luego —tronó Tul—, cuando sus preciosos soldados estén atrapados en el barro o traten de retirarse cruzando el río...

—Sin prisas, irá cascando las ciudades como si fueran nueces en invierno y sus Caris arramblarán con todo lo que haya dentro. —Dow se relamió los dientes y miró a la chica. La miró igual que un perro miraría a una loncha de tocino. La muchacha le sostuvo la mirada, lo cual, en opinión del Sabueso, decía mucho en su favor. Dudaba mucho que él hubiera tenido el valor de hacerlo de haber estado en su situación.

—Bethod va hacia el norte y eso mismo haremos nosotros —Tresárboles lo dijo en un tono que no admitía discusión—. Le tendremos vigilado y, si conseguimos andar rápido y llevarle la delantera, cuando su amigo Burr ande dando tumbos por estos bosques podremos avisarle de dónde está Bethod antes de que se dé de bruces con él como un ciego que tropieza con un pozo y se cae dentro.

El Príncipe pegó un manotazo al suelo.

—¡Exijo que se me informe del contenido de esta conversación!

—Bethod se dirige al norte con su ejército —le susurró West entre dientes—. Y nosotros vamos a seguirle.

—¡Esto es intolerable! —exclamó el muy imbécil dando un tirón a los mugrientos puños del abrigo—. ¡Una estrategia como ésa nos pondrá a todos en peligro! ¡Haga el favor de informarles de que partimos de inmediato hacia el sur!

—¡Asunto arreglado, pues! —todos se volvieron para ver quién había hablado y se quedaron de piedra. Era Hosco, hablando en la lengua de la Unión con tanta naturalidad y soltura como el propio Príncipe—. Usted se va para el sur. Nosotros nos vamos para el norte. Y yo ahora me voy a orinar —y, dicho aquello, se puso de pie y se internó en la oscuridad. El Sabueso se le quedó mirando con la boca abierta.

¿Por qué demonios había tenido que aprender una lengua extranjera cuando en la suya nunca decía más de dos palabras seguidas?

—¡Muy bien! —graznó el Príncipe con una vibración nerviosa en la voz—. ¡De gente así no cabía esperar otra cosa!

—¡Alteza! —le susurró West—. ¡Los necesitamos! ¡Sin su ayuda no conseguiremos llegar a Ostenhorm ni a ninguna otra parte!

La muchacha miró de reojo al Príncipe.

—¿Pero es que acaso sabe usted dónde está el sur? —el Sabueso contuvo una risotada, pero al Príncipe no parecía haberle hecho mucha gracia.

—¡Tenemos que dirigirnos al sur! —exclamó con la cara palpitándole de rabia.

Tresárboles le atajó enfurecido.

—Aun suponiendo que ésta fuera una banda en la que las decisiones se adoptaran por votación, que no es el caso, los bultos no tienen voto —ahora hablaba en la lengua de la Unión, pero el Sabueso se olía que el Príncipe no se iba a alegrar demasiado de enterarse de lo que estaba diciendo—. Tuvo la oportunidad de dar órdenes, y ya ve adonde le ha llevado eso. Por no hablar de adonde les ha llevado a los que fueron tan imbéciles de obedecerle. Nuestros nombres no se van a sumar a esa lista, puede estar seguro. Si quiere venir con nosotros, más vale que aprenda a seguir nuestro paso. Y si lo que quiere es dar órdenes, pues bien...

—Al sur se va por ahí —dijo el Sabueso señalando los bosques con un dedo—. Buena suerte.

Escasa clemencia

Al Archilector Sult, jefe de la Inquisición de Su Majestad.

Eminencia:

Continúa el asedio de Dagoska. Durante tres días seguidos los gurkos han lanzado ataques contra nuestras murallas, cada uno de ellos de mayor envergadura y con más determinación que el anterior. Intentan cegar nuestro canal con rocas, salvarlo con pontones, trepar por nuestras murallas con escalas, derribar nuestras puertas con arietes. Tres veces han atacado y las tres veces han sido repelidos. Han sufrido numerosas bajas, pero eso es algo que se pueden permitir. Los soldados del Emperador pululan por la península como hormigas. Pero nuestros hombres son arrojados, nuestras defensas, sólidas, nuestra determinación, inquebrantable, y los barcos de la Unión siguen surcando la bahía manteniéndonos bien provistos. Puede estar seguro: Dagoska no caerá.

Con respecto a otra cuestión de menor importancia, le agradará saber que el asunto de la Maestre Eider ya está solventado. Durante un tiempo aplacé su ejecución, pensando que tal vez podríamos aprovechar sus contactos con los gurkos para usarlos en su propia contra. Por desgracia para ella, la posibilidad de que una iniciativa sutil de ese tipo diera algún fruto se ha evaporado, por lo que ya no nos es de ninguna utilidad. Habiendo considerado que la visión de una cabeza femenina decorando las almenas podría haber tenido un efecto pernicioso en la moral de las tropas —al fin y al cabo, en esta guerra nosotros somos los representantes de la civilización— he optado por sellar el destino de la antigua Maestre del Gremio de los Especieros de una forma discreta pero, se lo puedo asegurar, absolutamente definitiva. Ninguno de los dos debemos preocuparnos ya de ella ni de su fracasada conspiración.

Como siempre, Eminencia, sirvo y obedezco.

Sand dan Glokta

Superior de Dagoska

Había silencio junto a las aguas. Silencio, oscuridad, quietud. Pequeñas olas acariciaban los pilotes del muelle, la madera de los barcos emitía un leve crujido, una brisa fresca soplaba desde la bahía y el negro mar espejeaba a la luz de la luna bajo un cielo tachonado de estrellas.

Nadie imaginaría que hace sólo unas horas, a menos de medio kilómetro, los hombres morían a centenares. Que el aire estaba henchido de gritos de dolor y de furia. Que aún ahora, al otro lado de las murallas terrestres, arden dos enormes torretas de asedio rodeadas de cadáveres que yacen en el suelo como hojas caídas en otoño...

Glokta sintió un chasquido en el cuello al darse la vuelta para escrutar la oscuridad. Mirando con recelo a uno y otro lado, la figura del Practicante Frost surgió de las sombras entre las siluetas negras de dos edificios. Delante de él conducía a un prisionero; una persona de bastante menos estatura que caminaba encorvada envuelta en una capa, con la capucha subida y las manos atadas a la espalda. Las dos figuras cruzaron el polvoriento suelo de los muelles y sus pisadas resonaron al bajar por las planchas de madera del embarcadero.

—Muy bien, Frost —dijo Glokta cuando el albino hizo parar al prisionero—. Me parece que ya no necesitamos eso —el puño blanco del Practicante echó hacia atrás la capucha.

El rostro de Carlot dan Eider, consumido, demacrado, anguloso y con una colección de rasguños en sus mejillas rehundidas, quedó iluminado por la pálida luz de la luna. Llevaba la cabeza rapada, a la manera de los traidores confesos, y la pérdida de su cabellera hacía que el cráneo pareciera extrañamente pequeño, casi como el de un niño, y el cuello absurdamente largo y frágil. Una fragilidad que quedaba aún más resaltada por la presencia de un rodal de moratones inflamados, oscuros recuerdos de las marcas de los eslabones de la cadena de Vitari. Apenas quedaba nada de aquella mujer acicalada e imperiosa que le había cogido de la mano en la cámara de audiencias del Lord Gobernador, una ocasión que parecía haber tenido lugar hacía varios siglos. *Pasarse unas cuantas semanas en la oscuridad durmiendo en el pútrido suelo de una celda sofocante, sin saber si seguirás vivo dentro de una hora, es una experiencia que le destroza el aspecto a cualquiera. Nadie lo sabe mejor que yo.*

La mujer, con las aletas de la nariz dilatadas y los ojos brillando en la oscuridad, alzó la barbilla. *Esa actitud entre temerosa y desafiante que suelen adoptar ciertas personas cuando saben que están a punto de morir.*

—Superior Glokta, había perdido toda esperanza de volver a verle —sus palabras tal vez tuvieran un tono confiado, pero no lograban disimular el miedo que latía en

su voz—. ¿Y ahora qué? ¿Una piedra atada a las piernas y un chapuzón en la bahía? ¿No le parece un poco teatral?

—Desde luego que sí, pero no es eso lo que tengo en mente —alzó la vista hacia Frost y le hizo una leve seña con la cabeza. Eider se estremeció, cerró con fuerza los ojos, se mordió los labios y encogió los hombros al sentir que la descomunal figura del Practicante se acercaba a ella, *¿Qué estará esperando? ¿El golpe brutal en la nuca? ¿La puñalada entre los omoplatos? ¿El alambre asfixiante alrededor del cuello? Ah, terrible incógnita. ¿Cuál de todas ellas será?* Frost alzó una mano. Un brillo metálico surcó la oscuridad. Luego se oyó el leve clic de la llave que se introducía en las esposas de Eider y las soltaba.

La Maestre abrió lentamente los ojos y, con idéntica lentitud, se llevó las manos hacia delante y las miró parpadeando como si fuera la primera vez que las viera.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa exactamente lo que parece —Glokta señaló el embarcadero con la cabeza—. Ese barco zarpa para Westport con la próxima marea. ¿Tiene contactos en Westport?

Los tendones del cuello de Eider palpitaron al tragar saliva.

—Tengo contactos en todas partes.

—Bien. Esto significa que la dejo libre.

Se produjo un prolongado silencio.

—¿Libre? —Eider se llevó una mano a la cabeza y se frotó con gesto ausente su cráneo rapado mientras miraba largamente a Glokta. *No sabe si creérselo, y no es de extrañar. Tampoco yo sé si creérmelo—.* Los años deben de haber ablandado a Su Eminencia hasta el punto de hacerle casi irreconocible.

Glokta resopló con sorna.

—No lo creo. Sult no sabe nada de esto. Si lo supiera, a estas horas estaríamos usted y yo dándonos un chapuzón en la bahía con sendas piedras atadas a los tobillos.

Los ojos de la mujer se entornaron. *La Reina de los mercaderes evalúa el trato.*

—En tal caso, ¿cuál es el precio?

—El precio es que usted esté muerta. Olvidada. Quítese Dagoska de la cabeza, se ha acabado. Búsquese otro pueblo al que salvar. El precio es que deje la Unión y no vuelva a pisarla nunca. Nunca jamás.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Por qué?

Ah, mi pregunta favorita. ¿Por qué lo hago? Se encogió de hombros.

—¿Qué importa eso? Una mujer perdida en el desierto...

—Debe aceptar el agua que se le ofrezca, venga de donde venga. Descuide, no pienso rechazar su oferta —de pronto Eider alargó una mano. Glokta se apartó bruscamente, pero lo único que hicieron los dedos de la mujer fue acariciarle la mejilla. Los dejó ahí un instante mientras la piel de Glokta hormigueaba, el ojo le palpitaba y el cuello le martirizaba—. Quién sabe —susurró Eider—, quizás si las cosas hubieran sido distintas...

—¿Si yo no fuera un tullido y usted no fuera una traidora? Las cosas son como son.

La mujer dejó caer el brazo mientras esbozaba una sonrisa.

—Por supuesto. Pero yo diría que volveremos a vernos.

—Espero que no.

Eider asintió moviendo lentamente la cabeza.

—En tal caso, adiós —se echó la capucha, volviendo a ocultar su cara entre las sombras, y, acto seguido, pasó junto a Glokta y se dirigió con paso resuelto hacia el final del embarcadero. Apoyado en el bastón, la vio alejarse mientras se rascaba lentamente el trozo de mejilla donde Eider había posado sus dedos. *Vaya, de modo que para conseguir que a uno le toque una mujer lo único que hay que hacer es perdonarle la vida. Debería probarlo más a menudo.*

Se dio la vuelta y empezó a renquear penosamente por los polvorientos muelles escrutando la oscuridad. *Me pregunto si no andará por ahí espiando la Practicante Vitari. Me pregunto si no habrá un hueco para este pequeño episodio en el próximo informe que envíe al Archilector.* Sintió que un sudor frío le subía por su dolorida espalda. *En el mío desde luego no aparecerá, pero, en realidad, ¿qué más da?* Con el cambio del viento le llegaba de nuevo el olor aquel, un olor que a esas alturas parecía invadir todos los rincones de la ciudad. El acre olor de los incendios. Del humo. De las cenizas. *De la muerte. A menos que ocurra un milagro, nadie saldrá vivo de aquí.* Volvió la vista atrás. Carlot dan Eider subía ya por la pasarela del barco. *Bueno, puede que alguien sí.*

***

—Van bien las cosas —canturreó Cosca con marcado acento estirio mientras se asomaba por las almenas y contemplaba sonriente los restos de la matanza que había al otro lado de las murallas—. Buen trabajo el de ayer, dadas las circunstancias.

Buen trabajo, sí. Abajo, al otro lado del foso, la tierra pelada estaba sembrada de cicatrices, tiznada y erizada de unas saetas que parecían pelillos sobre una barbilla morena. Por todas partes se veían los restos destrozados del material empleado en el asedio: escalas rotas, carretillas volcadas y rodeadas de piedras, pantallas de mimbre chamuscadas y aplastadas contra la dura tierra. El esqueleto de una de las grandes torretas de asedio aún se mantenía de pie en precario equilibrio: un armazón de maderos tiznados que se alzaban retorcidos sobre un montón de cenizas con varios jirones de cuero chamuscado que tremolaban agitados por el viento salado.

—Les hemos dado a los gurkos una lección que les va a costar mucho trabajo olvidar, ¿eh, Superior?

—¿Qué lección? —masculló Severard. *Sí, ¿qué lección? Los muertos no aprenden nada.* Las doscientas zancadas que separaban las primeras líneas gurkas de las murallas terrestres estaban sembradas de cadáveres. Yacían esparcidos en tierra de nadie, rodeados de enormes cantidades de armas y armaduras rotas. Delante del foso las bajas habían sido tan numerosas que casi era posible cruzar la península de un trecho de mar al otro sin pisar tierra. Acá y allá se veían pequeños grupos de cuerpos apiñados. *Hasta allí se arrastraron los heridos buscando refugio detrás de los muertos para acabar muriendo también, desangrados.*

Glokta no había visto nunca una carnicería como aquélla. Ni siquiera después del asedio de Ulrioch, cuando los muertos de la Unión taponaban la brecha abierta en las murallas, cuando se dio muerte a un número ingente de prisioneros gurkos, cuando se incendió el templo con cientos de ciudadanos dentro. Cuerpos combados, retorcidos, despatarrados; carbonizados unos, arrodillados otros en ademán de realizar una última plegaria, estirados sobre el suelo con la cabeza aplastada por alguna de las rocas que se habían lanzado desde arriba. Varios tenían las ropas desgarradas o arrancadas. *Los que se rasgaron sus propias vestiduras para verificar el alcance de sus heridas con la esperanza de que no fueran fatales. Todos se llevaron un chasco.*

Legiones de moscas zumbaban alrededor de los cuerpos. Pájaros de las más diversas especies se desplazaban a saltos entre ellos, aleteando y dando picotazos a tan inesperado festín. Incluso ahí arriba, a pesar de las fuertes ráfagas de viento, empezaba a apestar. *Buen material para una pesadilla. No me extrañaría que imágenes como éstas poblaran mis pesadillas de los próximos meses. Suponiendo que dure tanto.*

Al sentir una palpitación en un ojo, Glokta expulsó una bocanada de aire por la boca y giró el cuello de lado a lado. *En fin. Hay que seguir luchando. Ya es un poco tarde*

para cambiar de idea. Se asomó con cautela por las almenas y echó un vistazo al foso, aferrándose con la mano que tenía libre a la piedra picada para no perder el equilibrio.

Mal asunto.

—Ya casi han rellenado este tramo del foso y también el que hay cerca de las puertas.

—Cierto —dijo en tono jovial Cosca—. Arrastran hasta aquí sus cajas de piedras y tratan de volcarlas dentro. No damos abasto para matarlos a todos.

—Ese canal es nuestra mejor defensa.

—Cierto también. Fue una buena idea. Pero nada dura para siempre.

—Si lo perdemos, pronto tendremos a los gurkos echándonos sus escalas, embistiendo con sus arietes e incluso zapando nuestras murallas. Tal vez no sea mala idea hacer una salida para volver a limpiarlo.

Los ojos negros de Cosca le miraron de soslayo.

—¿Bajar un grupo de hombres con cuerdas y ponerlos a trabajar como burros en la oscuridad a menos de doscientas zancadas de las posiciones de los gurkos? ¿Es en eso en lo que está pensando?

—Poco más o menos.

—Pues que tenga suerte.

—Me encantaría ir —repuso con sorna mientras se daba unos golpecitos a la pierna con el bastón—. Pero yo ya no estoy para muchas heroicidades.

—Mejor para usted.

—No se crea. También convendría levantar una barricada detrás de las puertas. Es nuestro punto más débil. Un semicírculo de unas cien zancadas de ancho seguramente bastaría; así nos quedaría un buen terreno para hacer una carnicería. En el caso de que lograran romper las defensas, puede que consiguiéramos contenerlos ahí lo bastante para acabar forzándolos a retirarse. *Puede...*

—Ah, forzarlos a retirarse —Cosca se rascó el sarpullido del cuello—. Estoy seguro de que cuando llegue el momento los voluntarios se pegarán de tortas por cumplir esa misión. Pero descuide, me ocuparé de que se haga.

—Hay que reconocer que son dignos de admiración —el general Vissbruck, con las manos agarradas por detrás de su uniforme impecablemente planchado, se plantó en el parapeto de una zancada. *Es sorprendente que tal y como están las cosas encuentre tiempo para cuidar su aspecto. Pero, bueno, cada cual se agarra a lo que puede.* Se asomó

para mirar los cadáveres y sacudió la cabeza—. Se necesita mucho valor para cargar una y otra vez contra unas defensas tan fuertes y tan bien guarnecidas. Rara vez había visto a unos hombres tan dispuestos a sacrificar su vida.

—Poseen una de las cualidades más extrañas y poderosas que existen —dijo Cosca—. Creen que la razón está de su lado.

Vissbruck le miró con severidad por debajo de sus cejas.

—La razón está de nuestro lado.

—Lo que usted diga —el mercenario sonrió de soslayo a Glokta—. Pero me parece que hace mucho que los demás hemos dejado de pensar que exista semejante cosa. ¡Los bravos gurkos vienen con sus carretas... y mi deber es acribillarlos a saetas! —Cosca remató sus palabras con una sonora carcajada.

—No le veo la gracia —le espetó Vissbruck—. Los enemigos caídos merecen ser tratados con respeto.

—¿Por qué?

—Porque esos hombres que se pudren al sol podríamos ser cualquiera de nosotros y seguramente acabaremos siéndolo.

Cosca se rió con más fuerza todavía y le dio una palmada en el brazo.

—¡Ya empieza a pillarlo! i Si algo he aprendido en los veinte años que llevo combatiendo es que hay que saber encontrarle el lado divertido a las cosas!

Glokta observaba al estirio, que seguía riéndose mientras contemplaba el campo de batalla. *¿Trata de decidir cuándo será el mejor momento para cambiar de bando? ¿Trata de calcular con cuánto denuedo debe combatir a los gurkos antes de que le paguen mejor que yo? En esa cabeza sarnosa hay algo más que ripios, pero de momento no podemos prescindir de él*. Luego volvió la vista hacia el general Vissbruck, que se había alejado por el adarve para refunfuñar a solas. *Nuestro rollizo amigo no tiene ni el cerebro ni el valor suficientes para hacer que la ciudad resista más de una semana.*

Sintió que le posaban una mano en el hombro y se volvió hacia Cosca.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ejem —masculló el mercenario señalando el cielo azul. Glokta siguió la dirección de su dedo. Por encima de ellos, no demasiado lejos, se veía un puntito negro que ascendía por el aire. *¿Qué es eso? ¿Un pájaro?* El punto alcanzó su máxima altura y comenzó a caer. De pronto lo vio claro. *Una piedra. Una piedra arrojada por una catapulta.*

Mientras caía dando vueltas, su tamaño iba aumentando. Parecía desplazarse con una absurda lentitud, como si se estuviera hundiendo en el agua, y la ausencia de

todo ruido reforzaba aún más la sensación de irrealidad. Glokta la observaba con la boca abierta. Todos la miraban así. Una angustiosa atmósfera de expectación flotaba en las murallas. Era imposible saber dónde caería exactamente. De pronto, los hombres comenzaron a desperdigarse por el adarve. Sus armaduras resonaban mientras corrían de acá para allá chillando, jadeando, desprendiéndose de sus armas.

—Me cago en la puta —susurró Severard tirándose de bruces al suelo.

Glokta seguía en su sitio con la mirada clavada en el punto negro que se destacaba sobre el cielo brillante. *¿Viene a por mí? ¿Estoy a punto de recibir el impacto de una piedra de varias toneladas que desparramará mis restos por toda la ciudad? Qué absurdo morir de una forma tan aleatoria.* Notó que los labios se le curvaban formando el esbozo de una sonrisa.

Se oyó un ruido ensordecedor y un tramo cercano del parapeto se desgajó de la muralla provocando una nube de polvo y arrojando trozos de piedra en todas direcciones. Una ráfaga de esquirlas pasó zumbando a su alrededor. A menos de diez zancadas de donde estaban, un cascote que surcaba el aire decapitó limpiamente a un soldado. El cuerpo descabezado osciló un instante sobre sus pies antes de que sus rodillas cedieran y cayera de espaldas fuera de la muralla.

El proyectil se estrelló contra algún lugar de la Ciudad Baja y, dando botes y rodando, fue arrasando casuchas, arrojando vigas destrozadas al aire como si fueran cerillas y sembrando la destrucción a su paso. Glokta pestañeó y tragó saliva. Aunque los oídos aún le retumbaban, le pareció oír gritar a alguien. Era una voz extraña. Con acento estirio. Cosca.

—¿Eso es todo lo que sabéis hacer? ¡Aún sigo aquí!

—¡Los gurkos nos bombardean! —chillaba absurdamente Vissbruck encogido detrás del parapeto con las manos en la cabeza y las hombreras del uniforme salpicadas de polvo—. ¡Fuego nutrido de catapulta!

—No me diga —masculló Glokta. Con un estruendo enorme, otra roca se estrelló contra un tramo de las murallas un poco más alejado y arrojó una lluvia de piedras del tamaño de un cráneo a las aguas de debajo. El propio adarve que Glokta tenía bajo los pies pareció retemblar con la violencia del impacto.

—¡Ahí vienen otra vez! —rugía Cosca a todo pulmón—. ¡Todos los hombres a las murallas! ¡A las murallas!

Los hombres se apresuraron a desplegarse por la muralla: codo con codo, nativos, mercenarios y soldados de la Unión ajustaban sus ballestas, se pasaban saetas, se llamaban a gritos en una confusión de lenguas. Cosca, entretanto, se desplazaba por

el adarve dando palmadas en la espalda, agitando el puño, gruñendo y riendo, sin dar la más mínima muestra de miedo. *Un jefe ejemplar, para ser un borracho medio loco.*

—¡Maldita sea! —le susurró Severard a Glokta al oído—. ¡Yo no soy un desgraciado como esos soldados!

—Ni yo tampoco, ya. Pero aún soy capaz de disfrutar del espectáculo —se acercó cojeando al parapeto y se asomó. A lo lejos, envuelto en la calima, vio salir disparado el enorme brazo de la catapulta. Esta vez no habían calculado bien la distancia y la piedra pasó muy por encima de la muralla. Trató de seguir con la vista la trayectoria y torció el gesto al sentir una punzada en el cuello. El proyectil se estrelló con un estrépito sordo a poca distancia de las murallas de la Ciudad Alta y sus trozos alcanzaron zonas muy alejadas de los arrabales.

Un gran cuerno sonó por detrás de las filas gurkas: un toque vibrante, profundo. Luego vinieron los tambores, atronando al unísono como si fueran monstruosas pisadas.

—¡Ahí vienen! —rugió Cosca—. ¡Preparad las ballestas! —Glokta oyó la orden repetida como un eco a lo largo de la muralla y, al cabo de un instante, las almenas de las torres se erizaban de ballestas cargadas cuyas saetas relucían bajo la intensa luz solar.

Con paso lento y regular, los grandes escudos de mimbre que encabezaban las filas de los gurkos se pusieron en marcha y comenzaron a avanzar por la devastada tierra de nadie. *Y, detrás, bullendo como hormigas, una marea de soldados gurkos.* Mientras contemplaba el avance del enemigo, su mano apretaba hasta hacerse daño la piedra del parapeto y el corazón le retumbaba en el pecho con tanta fuerza como los tambores gurkos. *¿Miedo o excitación? ¿Acaso hay alguna diferencia? ¿Cuándo fue la última vez que sentí esta emoción agridulce? ¿Cuando hablé ante el Consejo Abierto? ¿Cuándo mandé la carga de la caballería del Rey? ¿Cuándo luché en el Certamen ante la rugiente multitud?*

Las pantallas de mimbre, que seguían formando una línea uniforme de un lado a otro de la península, se encontraban cada vez más cerca. *Cien zancadas, ahora noventa, ochenta.* Miró de reojo a Cosca, que seguía sonriendo como un loco. *¿A qué espera para dar la orden? Sesenta, cincuenta...*

—¡Ahora! —rugió el estirio—. ¡Fuego! —a lo largo de toda la muralla sonó el fortísimo tableteo de las ballestas al lanzar una fenomenal andanada que acribilló las pantallas, el terreno de alrededor, los cadáveres que yacían en el suelo y a cualquier gurko que tuvo la mala fortuna de haber dejado alguna parte de su cuerpo al descubierto. Los defensores, tensos y sudorosos, se arrodillaron detrás del parapeto y comenzaron a recargar sus armas, a echar mano de las saetas, a ajustar los resortes de

los mangos. Los golpes de tambor se habían vuelto más rápidos, más apremiantes, y las pantallas seguían avanzando con paso inexorable por el terreno sembrado de cadáveres. *No creo que la experiencia les resulte muy agradable a los hombres que vienen detrás; cada vez que bajen la vista y vean los cadáveres, se preguntarán si no tardarán mucho en hacerles compañía.*

—¡Queroseno! —gritó Cosca.

Desde una torre que había a su izquierda salió disparada una botella con una mecha ardiendo. Se estrelló contra una de las pantallas de mimbre y un reguero de fuego se extendió por su superficie, volviéndola primero marrón y luego negra. Comenzó a oscilar, luego se dobló y empezó a volcarse. De detrás, salió corriendo y pegando alaridos un soldado con los brazos envueltos en refulgentes llamas.

La pantalla incendiada cayó al suelo, dejando al descubierto la columna de soldados gurkos que venía""detrás: unos empujaban carretillas llenas de piedras, otros cargaban con largas escalas, otros portaban arcos, armaduras, armas. Lanzaron gritos de guerra y se abalanzaron hacia delante levantando los escudos, disparando flechas contra las almenas, zigzagueando entre los cadáveres. Caían de bruces con el cuerpo cubierto de flechas. Aullaban y se echaban una mano a las heridas. Se arrastraban por el suelo, gorgoteando, maldiciendo. Suplicaban clemencia, proferían gritos desafiantes. Se daban la vuelta para huir y eran asaetados por la espalda.

En lo alto de las murallas tañían y tableteaban las ballestas. Se prendían y se lanzaban más botellas de queroseno. Algunos hombres rugían, bufaban y escupían maldiciones, otros se encogían detrás del parapeto para protegerse de las flechas que ascendían silbando hacia la muralla: unas rebotaban contra las piedras, otras pasaban volando por encima y de vez en cuando se hundían con un ruido blando en algún trozo de carne desprotegido. Con total despreocupación, Cosca se asomaba peligrosamente desde la muralla con un pie apoyado en las almenas mientras blandía una espada mellada y lanzaba unos bramidos que Glokta no conseguía entender. Todos, atacantes y defensores, aullaban y gritaban. *Una batalla. Un caos. Ahora lo recuerdo, ¿Cómo es posible que en tiempos me agradara?*

Otra pantalla se prendió y el aire se llenó de una pestilente humareda negra. Como abejas que huyeran de una colmena derruida, los soldados gurkos salieron a toda prisa de detrás y se arremolinaron al otro lado del foso, tratando de encontrar un lugar donde poder hincar su escala. Los defensores apostados en esa zona de la muralla empezaron a lanzarles trozos de mampostería. En otro lugar, el proyectil de una catapulta que se había quedado corto abrió un hueco enorme en una columna gurka, lanzando por el aire un montón de cuerpos y de trozos de cuerpos.

Unos soldados pasaron arrastrando a un compañero que tenía una flecha clavada en un ojo. «¿Tiene mala pinta? —iba gimiendo—. ¿Tiene mala pinta?» Un instante después, un hombre que estaba al lado de Glokta pegó un chillido al acertarle una flecha en el pecho. Dio medio giro, se le disparó la ballesta y la flecha se hundió hasta las plumas en el cuello del compañero que tenía junto a él. Los dos cayeron a los pies de Glokta, tiñendo el adarve de sangre.

A los pies de la muralla, una botella de queroseno estalló en medio de un grupo de soldados gurkos que se disponían a alzar una escala. Un leve tufo a carne quemada se unió al hedor a podredumbre y a humo de madera. Se revolvían envueltos en llamas, gritaban, se chocaban unos contra otros o se arrojaban con las armaduras al foso inundado. *Morir abrasado o morir ahogado. Valiente elección.*

—¿Ya ha visto bastante? —le susurró al oído la voz de Severard.

—Sí —*Más que suficiente.* Dejó a Cosca desgañitándose en estirio y, con aliento entrecortado, se abrió paso entre la maraña de mercenarios para dirigirse a las escaleras. Siguiendo a una camilla, comenzó a bajar, crispando el rostro a cada paso que daba y procurando que la interminable marea de hombres que subían en tropel por el otro lado no le hiciera perder el equilibrio. *Jamás pensé que volvería a alegrarme de bajar unos escalones.* Pero su alegría no duró mucho. Para cuando llegó abajo, su pierna izquierda palpitaba ya con aquella mezcla de dolor y de entumecimiento que le era tan familiar.

»¡Maldita sea! —bufó para sus adentros mientras se acercaba al muro a la pata coja—. ¡Algunas de nuestras bajas tienen más movilidad que yo! —por delante de él, pasaba un renqueante grupo de heridos envueltos en vendajes teñidos de sangre.

—Esto no tiene ningún sentido —le susurró Severard—. Nosotros ya hemos cumplido nuestra parte. Desenmascaramos a los traidores. ¿Qué hacemos aquí?

—¿Luchar por la causa de tu Rey te parece algo indigno de ti?

—Morir por ella sí que me lo parece.

Glokta resopló con sorna.

—¿Crees que hay alguien en esta ciudad que esté disfrutando? —en ese momento, por encima del fragor del combate, se oyeron a lo lejos los vociferantes insultos de Cosca—. Aparte de ese estirio demente, claro. Échale un ojo, ¿eh, Severard? Traicionó a Eider y también nos traicionará a nosotros, sobre todo si las cosas se ponen feas.

El Practicante le miró fijamente; por una vez no se apreciaba ni rastro de una sonrisa alrededor de sus ojos.

—¿Y se están poniendo feas?

—Has estado ahí arriba, ¿no? —Glokta estiró la pierna y su cara se contrajo en un gesto de dolor—. Podrían estar mejor.

***

El salón, un espacio alargado y sombrío, había sido en tiempos un templo. Cuando comenzaron los ataques de los gurkos, se había llevado allí a los heridos menos graves para que los atendieran los sacerdotes y las mujeres. Resultaba bastante fácil transportarlos a aquel lugar: estaba situado en la Ciudad Baja, a bastante poca distancia de las murallas. Por otra parte, a esas alturas ya casi no quedaban civiles en esa zona de los arrabales. *El riesgo de incendios y la incesante lluvia de piedras no tardan en conseguir que un barrio adquiera mala fama.* Conforme se fue prolongando la lucha, los heridos menos graves acabaron por regresar a las murallas y sólo los más graves quedaron exentos de combatir. Los que habían sufrido alguna amputación, los que tenían cortes profundos, los que padecían horribles quemaduras o tenían flechas alojadas en el cuerpo yacían en las camillas ensangrentadas que se esparcían por las oscuras arcadas. Su número crecía día a día y ya no quedaba ni un solo hueco libre en el suelo. A los heridos que aún podían caminar se los atendía fuera. Aquel lugar se reservaba a los mutilados, a los desechos humanos. *A los moribundos.*

Cada uno de ellos tenía su particular manera de expresar su dolor. Unos no paraban de chillar y de soltar alaridos. Otros reclamaban a gritos auxilio, piedad, agua o la presencia de su madre. Algunos tosían, gorgoteaban y vomitaban sangre. Los que estaban próximos a exhalar el último suspiro se limitaban a resollar y a jadear. *Sólo los muertos permanecen en el más absoluto silencio.* Y los había en gran cantidad. De vez en cuando, se veía cómo los sacaban a rastras, con los miembros colgando flácidos a los lados, para envolverlos en un basto sudario y amontonarlos luego junto al muro trasero.

Durante las horas del día, bien lo sabía Glokta, unos tétricos pelotones trabajaban sin descanso excavando tumbas para los nativos. *Respetando sus arraigadas creencias, se abren grandes hoyos entre las ruinas de los arrabales, cada uno de ellos con capacidad para doce cadáveres.* Durante las horas de la noche, esos mismos pelotones trabajaban sin descanso incinerando a los muertos de la Unión. *Respetando nuestra arraigada falta de creencias, se encienden piras en lo alto de los acantilados para que el viento arrastre el humo oleaginoso hacia la bahía. Es de esperar que se lo sople a la cara de los gurkos del otro lado. Sería un último insulto de nuestra parte.*

Arrastrando la pierna, Glokta avanzaba lentamente por la sala entre las resonantes expresiones de dolor, limpiándose de vez en cuando el sudor de la frente y bajando

la vista para mirar a los heridos. Dagoskanos de tez morena, mercenarios estirios, unionistas de tez blanca, todos revueltos. *Hombres de todas las naciones, de todos los colores, de todas las clases, unidos en la lucha contra los gurkos y unidos también en la hora de la muerte. Todos iguales. Se me derretiría el corazón. Si lo tuviera.* Tenía la vaga sensación de que en el muro de al lado, en la penumbra, la figura del Practicante Frost inspeccionaba detenidamente la sala. *Mi sombra, cuya misión es asegurarse de que nadie intente recompensar los esfuerzos que he realizado en representación del Archilector con un golpe letal en la cabeza.*

En la parte posterior, separada del resto del templo por una cortina, se había habilitado una zona para destinarla a las operaciones quirúrgicas. *0 lo más parecido a eso que se pueda realizar dadas las circunstancias. Cortes y tajos administrados con sierras y cuchillos; las piernas a la altura de la rodilla, los brazos a la del hombro.* Los gritos más desgarradores eran los que provenían de detrás de aquellas cortinas mugrientas. Gemidos desesperados, babeantes. *No mucho menos brutal que lo que ocurre al otro lado de las murallas terrestres.* A través de una rendija, Glokta avistó la figura de Kahdia; las manchas y salpicaduras de sangre habían teñido su túnica blanca de un sucio color marrón. Miraba con los ojos entrecerrados un reluciente trozo de carne que estaba cortando con un cuchillo. *¿El muñón de una pierna, quizás? Se* oyó una especie de borboteo y los gritos se pararon en seco.

—Ha muerto —se limitó a decir el Haddish y, acto seguido, tiró el cuchillo sobre la mesa y se limpió las manos ensangrentadas en un trapo—. Que traigan al siguiente —alzó la cortina y salió fuera. Entonces vio a Glokta—. ¡Ah! ¡El causante de todas nuestras desdichas! ¿Ha venido para alimentar su sentimiento de culpa, Superior?

—No, he venido para ver si aún soy capaz de sentir eso.

—¿Y lo siente?

Buena pregunta. ¿Lo siento? Bajó la vista y miró a un joven que yacía junto a la pared en un lecho de pajas sucias, encajado entre otros dos heridos. Su cara estaba pálida como la cera, tenía los ojos vidriosos y movía sin parar los labios balbuceando para sí palabras incomprensibles. Le habían amputado una pierna a la altura de la rodilla; una venda ensangrentada cubría el muñón y un cinturón ceñía con fuerza el muslo, *¿Posibilidades de sobrevivir? Pocas o ninguna. Sus últimas horas las pasará entre el dolor y la miseria oyendo los gemidos de sus compañeros. Una vida segada en la flor de la juventud y bla, bla, bla.* Glokta alzó las cejas. Lo único que sentía era una vaga repulsión, no muy distinta de la que sentiría si en lugar de un hombre se hubiera tratado de un montón de desperdicios.

—No —dijo.

Kahdia bajó la vista y contempló sus manos ensangrentadas.

—En tal caso, Dios ha sido muy generoso con usted —masculló—. No todo el mundo tiene tanto estómago.

—Si usted lo dice. Su gente está luchando bien.

—Muriendo bien, querrá decir.

La carcajada de Glokta rasgó la densa atmósfera del recinto.

—¿Morir bien? Por favor, no existe semejante cosa —y recorrió con una mirada las interminables filas de heridos—. Pensé que alguien como usted ya habría aprendido eso a estas alturas.

Kahdia no se reía.

—¿Cuánto tiempo cree que podemos seguir así?

—¿Empieza a perder los ánimos, eh, Haddish? Como ocurre con tantas otras cosas en la vida, las resistencias heroicas resultan mucho más atractivas en la teoría que en la práctica. *Como bien podría habernos dicho el gallardo coronel Glokta mientras le sacaban a rastras del puente con la pierna casi separada del cuerpo y todas sus ideas sobre el funcionamiento del mundo completamente trastocadas.*

—Me conmueve su preocupación, Superior, pero estoy acostumbrado a llevarme decepciones. También superaré ésta, créame. Pero aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Cuánto podemos resistir?

—Si se mantienen abiertas las rutas marinas y podemos seguir aprovisionándonos por mar, si los gurkos no consiguen dar con una ruta para rodear las murallas terrestres, si seguimos unidos y no perdemos la cabeza, podemos resistir varias semanas.

—¿Resistir para qué?

Glokta hizo una breve pausa. *Eso, ¿para qué?*

—Tal vez los gurkos se den por vencidos.

—¡Ja! —exclamó con sorna Kahdia—. ¡Los gurkos jamás se darán por vencidos! No sometieron todo Kanta con paños calientes. Desengáñese. El Emperador ha dado su palabra y no se echará atrás.

—En tal caso habrá que confiar en que la guerra del Norte se resuelva pronto y las tropas de la Unión acudan en nuestro socorro.

Una esperanza absolutamente injustificada. Lo de Angland tardará meses en solucionarse. E incluso entonces, el ejército no estará en condiciones de entrar de nuevo en combate. Estamos solos.

—¿Y cuándo cabe esperar que llegue esa ayuda?

¿Cuando se apaguen las estrellas? ¿Cuando se desplome el cielo? ¿Cuándo yo sea capaz de correr un kilómetro con una sonrisa de oreja a oreja?

—¡Si tuviera respuesta para todo jamás se me habría ocurrido entrar en la Inquisición! —le exclamó Glokta—. Tal vez no estaría de más que rezara para pedir ayuda divina. Una ola gigante que barriera del mapa a los gurkos nos vendría de perlas. ¿Quién fue el que me dijo que existían los milagros?

Kahdia asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Tal vez deberíamos rezar los dos. Me temo que tenemos más posibilidades de obtener ayuda de Dios que de sus superiores —trajeron una camilla con un estirio que tenía una flecha clavada en el estómago—. Tengo que irme —Kahdia se dio la vuelta rápidamente y la cortina se cerró tras él.

Glokta se la quedó mirando con gesto torcido. *Ya empiezan las dudas. Los gurkos estrechan el cerco sobre la ciudad. El fin se aproxima y todo el mundo es consciente de ello. Extraña cosa la muerte. En la distancia, todos nos reímos de ella, pero, a medida que se acerca, su aspecto nos parece cada vez peor. Y, cuando está tan cerca que ya casi podemos tocarla, se acaban las risas. Dagoska se halla sumida en el miedo y las dudas no pueden sino crecer. Tarde o temprano alguien intentará entregar la ciudad a los gurkos, aunque sólo sea para salvar su vida o la de sus seres queridos. No sería de extrañar que empezaran por quitar de en medio al molesto Superior que les embarcó en esta locura...*

De pronto sintió que le tocaban el hombro y, conteniendo la respiración, se dio la vuelta. Al hacerlo, se le dobló la pierna, se tropezó contra un pilar que había a su espalda y estuvo a punto de pisar a un indígena jadeante que tenía la cara vendada. Detrás de él estaba Vitari, mirándole con expresión ceñuda.

—¡Maldita sea! —Glokta se mordió el labio con los pocos dientes que le quedaban para poder soportar el punzante espasmo de su pierna—. ¿Es que no le han enseñado que no hay que dar sustos a la gente?

—Me han enseñado justo lo contrario. Tengo que hablar con usted.

—Pues hable. Pero ni se le ocurra volver a tocarme.

Vitari echó un vistazo a los heridos.

—Aquí no. A solas.

—Oh, por favor. ¿Tan importante es eso que tiene que decirme que no me lo puede contar en una sala llena de héroes moribundos?

—Se lo diré cuando salgamos fuera.

¿Una cadena tensada alrededor del cuello, por cortesía de su Eminencia? ¿O es que simplemente quiere que charlemos del tiempo? Glokta se dio cuenta de que se le había

dibujado una sonrisa en el rostro. *Estoy deseando averiguarlo.* Hizo una seña a Frost con la mano, y el albino se perdió entre las sombras; luego, sorteando los quejosos heridos que había sembrados por el suelo, siguió a Vitari con paso renqueante hasta alcanzar la puerta del fondo y salir al aire libre. El intenso olor a sudor fue reemplazado por un intenso olor a quemado y a algo más...

Junto a uno de los muros del templo, a la altura del hombro, se amontonaban unos bultos alargados de forma romboidal envueltos en una tela basta de color gris con algunas salpicaduras de sangre pardusca: cadáveres aguardando pacientemente el momento del entierro. *La cosecha de esta mañana. Qué lugar más encantador para sostener una agradable charla. Ni yo mismo lo habría elegido mejor.*

—Bueno, ¿le está divirtiendo el asedio? A mí me resulta un poco ruidoso, pero a su amigo Cosca parece gustarle...

—¿Dónde está Eider?

—¿Cómo? —soltó Glokta tratando de ganar tiempo mientras pensaba una respuesta. *La verdad, no pensé que fuera a descubrirlo tan pronto.*

—Eider. Ya sabe. Esa que vestía como una puta de lujo. El florero del consejo de la ciudad. Esa que trató de vendernos a los gurkos. Su celda está vacía. ¿Por qué?

—Ah, ésa. Está en el mar. *Cierto.* Con cincuenta zancadas de sólidas cadenas alrededor de su cuerpo. *Falso.* Ya que muestra tanto interés, le diré que en este momento su presencia embellece el fondo de la bahía.

Las cejas pelirrojas de Vitari se juntaron formando un gesto de recelo.

—¿Por qué no me ha informado de ello?

—Tengo mejores cosas que hacer que mantenerla a usted informada. Estamos en guerra, por si no se ha dado cuenta —Glokta se dio la vuelta para irse, pero la Practicante lanzó una mano por delante de él y la apoyó en el muro, cerrándole el paso.

—Mantenerme informada a mí y mantener informado a Sult son la misma cosa. Como empecemos a irle cada uno con una historia diferente...

—¿Dónde ha estado usted metida estas últimas semanas? —Glokta soltó una risa mientras señalaba la pila de bultos que había junto al muro—. Es curioso, la verdad. ¡Pero cuanto más se acerca el momento de que los gurkos rompan nuestras defensas y asesinen a todos los seres vivos de Dagoska, menos me importa Su Eminencia! Dígale lo que le venga en gana. Me aburre usted —trató de apartarla para irse, pero el brazo de la Practicante no se movió de su sitio.

—¿Y si en vez de eso le dijera lo que usted quiera que le diga? —le susurró.

Glokta frunció el ceño. *Eso ya no es tan aburrido, ¿La Practicante favorita de Sult, enviada aquí para asegurarse de que no me salgo del camino recto, me propone un trato? ¿Es un truco? ¿Una trampa?* Tenían las caras muy cerca, y Glokta miró a Vitari a los ojos tratando de desentrañar lo que estaba pensando. *¿No hay en ese gesto un leve atisbo de desesperación? ¿Puede ser el motivo algo tan simple como el instinto de supervivencia? Cuando uno ha perdido ese instinto cuesta trabajo recordar lo fuerte que sigue siendo en los demás.* Notó que se le empezaba a dibujar una sonrisa. *Sí, ahora lo veo claro.*

—Pensó que una vez que los traidores estuvieran a buen recaudo la mandaría volver, ¿verdad? Pensó que Sult tendría preparado un precioso barquito para que usted pudiera regresar a casa, ¿no es así? ¡Pero ahora resulta que no hay barcos para nadie y empieza a temerse que su encantador tío se ha olvidado de usted! ¡Empieza a temerse que usted, como todos los demás, no es más que carne fresca para los gurkos!

Vitari entornó los ojos.

—Deje que le cuente un secreto. Al igual que usted, yo no elegí venir aquí, pero hace mucho tiempo que aprendí que cuando Sult te dice que hagas algo, más vale que parezca que lo has hecho. Lo único que me importa es salir con vida de este maldito lugar —se acercó un poco más—. ¿Podemos ayudarnos mutuamente?

¿Podemos? Buena pregunta.

—Muy bien. Supongo que puedo hacer hueco para un nuevo amigo en mi ajetreada vida social. Veré lo que puedo hacer por usted.

—¿Verá lo que puede hacer?

—Eso es lo máximo que va a obtener de mí. Mire, ayudar a la gente no se me da muy bien. Falta de práctica, ¿sabe? —la obsequió con una de sus sonrisas desdentadas, apartó el brazo flácido de Vitari con el bastón, pasó cojeando por delante de la pila de cadáveres y se dirigió hacia la puerta del templo.

—¿Qué le digo a Sult de lo de Eider?

—Dígale la verdad —Glokta volvió la cabeza—. Dígale que está muerta.

Dígale que todos lo estamos.

¿Así que esto es el dolor?

—¿Dónde estoy? —inquirió Jezal, pero sus mandíbulas se negaron a moverse.

Las ruedas del carromato chirriaban al girar. Todo parecía estar borroso y envuelto en un brillo cegador. La luz y el ruido le taladraban el cráneo.

Intentó tragar saliva, pero no pudo. Intentó levantar la cabeza. Una punzada le atravesó el cuello y el estómago le dio un vuelco.

—¡Socorro! —chilló, pero lo único que salió de sus labios fue un ronco borboteo. ¿Qué había ocurrido? Por encima de él, un cielo hiriente, por debajo, hirientes tablas. Estaba tumbado en un carro, con la cabeza apoyada en un saco áspero, traqueteando y dando botes.

Había habido una pelea, de eso se acordaba. Un combate entre las piedras de la colina. Alguien le había llamado con un grito. Un crujido, una luz cegadora y, luego, sólo dolor. Incluso tratar de pensar le producía dolor. Quiso alzar un brazo para tocarse la cara, pero vio que no podía. Trató de cambiar las piernas de posición para impulsarse con ellas e incorporarse, pero tampoco pudo hacerlo. Movió la boca y sólo consiguió emitir gruñidos y gemidos.

Notaba rara la lengua, parecía ser tres veces más grande de lo normal, como si le hubieran encajado entre las mandíbulas una enorme loncha de jamón que le llenaba la boca impidiéndole casi respirar. El lado derecho de su cara era una máscara de dolor. Con cada sacudida del carro le castañeteaban las mandíbulas y unas punzadas atroces se le transmitían desde los dientes hasta los ojos y desde el cuello hasta las raíces del pelo. Tenía la boca cubierta de vendas y sólo podía respirar por el lado izquierdo, pero hasta el aire que le bajaba por la garganta le producía dolor.

Empezaba a sentir el zarpazo del pánico. Todas las partes de su cuerpo estaban en un grito. Aunque tenía un brazo atado con fuerza sobre el pecho, en un intento de hacer algo, lo que fuera, se agarró débilmente con el otro a uno de los lados del carro con los ojos desorbitados, el corazón latiéndole acelerado y soltando resoplidos por la nariz.

—¡Gugh! —gruñó—. ¡Gurr! —pero cuanto más se esforzaba por hablar, más crecía el dolor, hasta hacerle sentir que se le iba a partir en dos la cara y que el cráneo le iba a reventar.

—Tranquilo —por encima de él apareció un rostro cubierto de cicatrices. Nuevededos. Jezal trató de aferrarse a él con desesperación y el norteño le cogió la mano con su enorme zarpa y la apretó con fuerza—. Tranquilo, venga, escúcheme. Duele, lo sé. Parece insoportable, pero no lo es. Cree que va a morir, pero no es así. Hágame caso, yo he pasado por eso y sé cómo es. A cada minuto que pasa. A cada hora. A cada día, va a mejor.

Sintió en el hombro la otra mano de Nuevededos empujándole suavemente para tumbarle de nuevo en el suelo del carro.

—Basta con que se quede ahí tumbado y ya verá como mejora. ¿Me entiende? Es usted un cabrón con mucha suerte, le ha tocado la tarea más cómoda.

Jezal dejó que sus miembros cayeran por su propio peso. Lo único que tenía que hacer era quedarse ahí tumbado. Apretó la manaza que le tenía agarrado y ésta le devolvió el apretón. Así parecía sentir menos dolor. Seguía siendo terrible, pero podía controlarlo. Su respiración se acompasó. Sus ojos se cerraron.

***

Un viento cortante barría la gélida llanura, azotando la hierba baja, tirando de la andrajosa zamarra de Jezal, de sus cabellos grasientos, de sus mugrientos vendajes. Pero él no hacía ni caso. ¿Estaba en sumano parar el viento? ¿Estaba en su mano hacer algo con respecto a cualquier cosa?

Sentado con la espalda apoyada en una de las ruedas del carro, se miraba la pierna con los ojos muy abiertos. Dos trozos del asta de una lanza envueltos en trapos se la mantenían sujeta con rígida y dolorosa firmeza. El brazo no estaba mucho mejor: se encontraba embutido entre dos listones de un escudo y atado con fuerza contra su pecho, mientras su pálida mano colgaba flàccida, con los dedos tan entumecidos e inútiles como si fueran salchichas.

Unos remedios lastimosos e improvisados cuyos efectos curativos Jezal no veía por ninguna parte. Habría resultado risible, si no fuera porque él era el paciente. Seguramente no se recuperaría jamás. Era un hombre roto, destruido, desahuciado. ¿Se convertiría en uno de esos tullidos con los que evitaba cruzarse en las calles de Adua? ¿Uno de esos heridos de guerra, sucios y harapientos, que enseñaban a la cara de los transeúntes sus muñones mientras abrían las repulsivas palmas de sus manos

para mendigar unas perras; un desagradable recordatorio de que la vida militar tenía un lado oscuro que era mejor relegar al olvido?

¿Se convertiría en un tullido como, como... —un sudor frío le invadió todo el cuerpo—... Sand dan Glokta? Intentó cambiar la pierna de postura y gimió de dolor. ¿Tendría que pasarse el resto de sus días usando un bastón para andar? ¿Sería un monstruo deforme que todo el mundo procuraría rehuir y evitar? ¿Un ejemplo edificante al que se señala con disimulo y del que se habla en voz baja? ¡Mira, ahí va Jezal dan Luthar! ¡En tiempos fue un hombre muy prometedor, un joven muy apuesto que ganó un Certamen y fue aclamado por las masas! ¿Quién lo habría imaginado? Qué lamentable, qué pena, espera, que viene para acá, vamos a apartarnos...

Y eso que todavía no se había parado a pensar en el aspecto que tendría su cara. Trató de mover la lengua y sintió una punzada atroz que le dibujó en la cara una mueca de dolor. De una cosa estaba seguro: el paisaje interior de su boca le resultaba alarmantemente desconocido. Parecía inclinada, retorcida, como si todo estuviera cambiado de sitio. Notaba en su dentadura un hueco que parecía tener varios kilómetros de ancho. Debajo de los vendajes, sentía un desagradable hormigueo en los labios. Los tendría desgarrados, machacados, rotos. Era un monstruo.

Jezal sintió que una sombra le cruzaba el rostro y alzó la vista escudriñando bajo la intensa luz solar. Era Nuevededos, tendiéndole con su enorme puño un odre de agua.

—Agua —gruñó. Jezal dijo que no con la cabeza, pero el norteño no le hizo caso. Se puso en cuclillas junto a él, quitó el tapón y le tendió el odre—. Tiene que beber. Pero procure no echarse el agua encima.

Jezal agarró el odre con desgana, se lo acercó con cuidado al lado de la boca que estaba en mejor estado y trató de inclinarlo. El pellejo hinchado colgaba fofo en su mano. Bregó unos instantes con él hasta que por fin se dio cuenta de que no había forma de beber con una sola mano. Se dejó caer hacia atrás con los ojos cerrados y soltó un resoplido por la nariz. Estuvo tentado de dar rienda suelta a su frustración haciendo rechinar los dientes, pero, afortunadamente para él, se lo pensó mejor.

—Espere —notó que una mano se deslizaba por detrás de su cuello y le levantaba con firmeza la cabeza.

—¡Gugh! —gruñó furioso. Por un instante se planteó la posibilidad de ofrecer resistencia, pero finalmente relajó el cuerpo y se sometió a la ignominia de dejarse manejar como si fuera un bebé. A fin de cuentas, ¿qué sentido tenía esforzarse por aparentar que no estaba completamente desvalido? Sintió que un chorro de agua tibia y agria le entraba en la boca y trató de tragarlo. Era como tragar cristales rotos.

Soltó una tos y escupió fuera el resto. O, para ser más exactos, trató de escupirlo pero el dolor le resultó demasiado intenso. Tuvo que inclinarse hacia delante y dejar que le goteara por la cara; la mayor parte le resbaló por el cuello y se le coló por dentro de su mugrienta camisa. Emitiendo un gruñido, volvió a recostarse y apartó el odre con su mano buena.

Nuevededos se encogió de hombros.

—Vale, pero dentro de un rato tendrá que volver a intentarlo. Hay que beber. ¿Recuerda lo que pasó?

Jezal negó con la cabeza.

—Hubo pelea. Yo y aquí la amiga —dijo señalando a Ferro, que le respondió torciendo el gesto— nos ocupamos de la mayoría, pero, al parecer, hubo tres que consiguieron rodearnos. Usted se enfrentó a dos y se las arregló bastante bien, pero uno se le escapó y le soltó un mazazo en la boca —señaló la cara vendada de Jezal—. Un golpe muy fuerte, no hay más que ver el resultado. Luego se cayó y supongo que le volvió a golpear mientras estaba en el suelo; de ahí lo del brazo y la pierna rotos. La verdad, podría haber sido bastante peor. Yo que usted daría gracias a los muertos de que Quai anduviera por allí.

Jezal miró al aprendiz y pestañeó. ¿Qué pintaba él en aquel asunto? Pero Nuevededos ya estaba respondiendo a su pregunta.

—Se le acercó por detrás y le golpeó la cabeza con una sartén. Bueno, he dicho que se la golpeó, pero más bien se la hizo papilla, ¿verdad? —dirigió una sonrisa al aprendiz, que contemplaba la llanura con la mirada perdida—. Para ser tan flaco, el muchacho golpea bien fuerte, ¿eh? La única pena es que se cargó la sartén.

Quai se encogió de hombros, como si romperle a un tipo la cabeza fuera algo que hiciera casi todas las mañanas. Jezal se imaginaba que lo propio sería dar las gracias a aquel patán enfermizo por haberle salvado la vida, pero en realidad no se sentía demasiado salvado. En lugar de eso, esforzándose por hablar de la forma más clara posible, pero sin que le doliera, alcanzó a decir en un susurro.

—¿Co de mal eztoy?

—Yo he estado peor —valiente consuelo—. Saldrá adelante. Es usted joven. El brazo y la pierna se curarán pronto —que era como decir, supuso Jezal, que no ocurriría lo mismo con su cara—. Siempre resulta duro recibir heridas, y la primera vez es la peor de todas. Yo lloré como una criatura con cada una de éstas —y se señaló su cara machacada—. Le diré que casi todo el mundo llora. Por si eso le sirve de consuelo.

No le servía.

—¿Co de mal?

Nuevededos se rascó la piel hirsuta de su barbilla.

—Tiene la mandíbula rota, ha perdido unos cuantos dientes y además se le ha desgarrado la boca, aunque ha quedado muy bien cosida —casi sin poder pensar, Jezal tragó saliva. Sus peores temores parecían confirmarse—. Ha recibido un mal golpe y en muy mal sitio. Un golpe en la boca significa que no puede comer, no puede beber y apenas puede hablar sin que le duela. Tampoco besar, claro, pero no me parece que eso vaya a ser un problema en un lugar como éste, ¿eh? —el norteño le sonrió, pero Jezal no estaba de humor para hacer otro tanto—. Una mala herida, sí. En el lugar de donde yo vengo decimos que esas heridas son de las que ponen nombre.

—¿Qué? —musitó Jezal, y al sentir que el dolor le lamía la mandíbula, se arrepintió de inmediato.

—Una herida que pone nombre, ya sabe —Nuevededos meneó el muñón de su dedo—. Una herida que da un apodo. A usted probablemente le llamarían Mandibularrota, Caratorcida, el Desdentado o algo por el estilo —volvió a sonreír, pero el sentido del humor de Jezal había quedado abandonado entre las piedras de la colina junto a varias piezas dentales. Sentía el picor de las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos. Quería llorar, pero, al estirar la boca, por debajo del vendaje los puntos tiraban de sus labios abotargados.

Nuevededos hizo un último intento.

—Tiene que verle el lado bueno. No es probable que vaya a morir de esto. Si se le hubiera podrido, lo más normal es que a estas alturas ya se hubiera notado.

Jezal se quedó atónito, horrorizado, los ojos se le fueron abriendo cada vez más a medida que iba adquiriendo consciencia de las implicaciones de lo que acababa de oír. Si no hubiese tenido la mandíbula machacada y firmemente atada, a buen seguro que se le habría desencajado del espanto. ¿No era *probable* que fuera a morir? Ni se le había pasado por la cabeza que sus heridas pudieran ir a peor. ¿Podrido? ¿La *boca?*

—Me parece que no le estoy siendo de mucha ayuda, ¿verdad? —mascullό Logen.

Jezal se tapó los ojos con la mano sana y trató de llorar sin hacerse daño: sus silenciosos sollozos hacían que sus hombros se estremecieran.

***

Se habían detenido a la orilla de un amplio lago. Agua gris picada bajo un cielo lóbrego y amoratado. Un agua inquietante y un cielo inquietante que parecían guardar múltiples secretos y amenazas. Oscuras olas golpeaban los gélidos guijarros de la orilla. Oscuros pájaros se llamaban a graznidos sobre las aguas. Y un oscuro dolor palpitaba en todos los rincones del cuerpo de Jezal, negándose a remitir.

Ferro, con el mismo gesto ceñudo de siempre, estaba en cuclillas delante de él cortando los vendajes; detrás de ella, de pie y mirando hacia abajo, se encontraba Bayaz. El Primero de los Magos parecía haber salido de su letargo. No había dado ninguna explicación de cuál había sido su causa ni de por qué se había recuperado de forma tan súbita, pero su aspecto seguía siendo el de un enfermo. Parecía más viejo que nunca, y mucho más huesudo; sus ojos estaban rehundidos y tenía la piel tan fina y tan pálida que casi parecía transparente. Pero Jezal no andaba sobrado de compasión y menos aún para ofrecérsela al artífice de todo aquel desastre.

—¿Dónde estamos? —masculló entre los puntos de los labios. Ya no le dolía tanto hablar, pero todavía tenía que hacerlo despacio y con cuidado, y las palabras que salían de sus labios sonaban tan titubeantes y gangosas como las de un tonto de pueblo.

Bayaz giró la cabeza señalando a la gran extensión de agua.

—Este es el primero de los tres lagos. Ya hemos recorrido buena parte del camino que lleva a Aulcus. Yo diría que hemos dejado a nuestras espaldas la mitad de nuestro viaje.

Jezal tragó saliva. Saber que todavía les quedaba cerca de la mitad del camino no le reconfortaba en exceso.

—¿Cuánto tarda...?

—Maldito imbécil, no puedo trabajar si sigue moviendo los labios —le bufó Ferro—. O se calla o le dejo como está.

Jezal se calló. Ferro le retiró con sumo cuidado el vendaje de la cabeza, se inclinó para mirar de cerca la sangre parda del paño, la olisqueó, arrugó la nariz y luego arrojó la venda al suelo. A continuación se puso a mirar con cara de enojo la boca de Jezal, que tragaba saliva mientras escrutaba el rostro moreno que tenía delante intentando adivinar qué era lo que estaba pensando. Habría dado un diente a cambio de un espejo, si hubiese tenido aún una dentadura completa.

—¿Tiene mala pinta? —masculló sintiendo un regusto a sangre en la lengua.

Ferro levantó la vista y le miró con cara de pocos amigos.

—Me ha confundido con alguien a quien usted le importa.

Un sollozo subió por la garganta de Jezal. Las lágrimas pugnaban por asomar a sus ojos y tuvo que volverse y pestañear para no ponerse a llorar. Era un ser lamentable. Un valiente hijo de la Unión, un audaz oficial de la Guardia Real, un ganador del Certamen, ni más ni menos, y, sin embargo, apenas podía reprimir el llanto.

—Sostenga esto —le ordenó Ferro.

—Ajá —susurró él mientras intentaba contener los sollozos en el pecho para que no se le quebrara la voz. Apretó uno de los extremos de la venda limpia contra su cara y ella se puso a darle vueltas y vueltas alrededor de la cabeza y de las mandíbulas hasta dejarle casi cerrada la boca.

—Vivirá.

—¿Es eso un consuelo? —farfulló.

Ferro se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Muchos otros no vivieron.

Mientras la veía alejarse entre la hierba ondulante, casi sentía envidia de ellos. Cuánto le habría gustado que estuviera allí Ardee. Recordaba perfectamente la última vez que la vio. Bajo la llovizna, con los ojos alzados hacia él y aquella sonrisa ladeada tan suya. Ella jamás le habría dejado solo estando él así, tan dolorido, tan desvalido. Ella le habría dicho palabras cariñosas, le habría acariciado la cara, le habría mirado con sus grandes ojos negros y le habría besado suavemente... sentimentalismo barato. Lo más seguro es que a esas alturas ya se hubiera agenciado otro imbécil al que martirizar, confundir y hundir en la miseria sin pararse a pensar en él ni medio segundo. Se atormentaba al imaginarla riéndose con los chistes de otro hombre, sonriendo a otro hombre a la cara, besando los labios de otro. En cualquier caso, lo que estaba claro era que ahora ya no querría saber nada de él. Nadie querría saber nada de él. De nuevo sintió un temblor en los labios y un picor en los ojos.

—Sabe, todos los grandes héroes de antaño, los grandes reyes, los grandes generales, todos sin excepción tuvieron que hacer frente a la adversidad en uno u otro momento —Jezal alzó la vista.

Casi se había olvidado de la presencia de Bayaz—. Es el sufrimiento lo que da fuerza a los hombres, muchacho, del mismo modo que cuanto más se martillea el acero, más duro se vuelve.

El anciano hizo una mueca de dolor mientras se ponía en cuclillas junto a Jezal.

—Todo el mundo puede afrontar una vida holgada y de éxito con plena confianza. Lo que nos define es la forma en que nos enfrentamos a los problemas y las dificultades. La autocompasión siempre va unida al egoísmo, y no hay una cualidad

más deplorable que ésa para un líder. El egoísmo es cosa propia de niños y de tontos. Un gran líder siempre antepone el bien de los demás al suyo. Le sorprendería comprobar hasta qué punto actuar así hace que nuestros propios problemas sean más soportables. Para actuar como un rey hay que tratar a todos los demás como si ellos también lo fueran —y, dicho aquello, le posó una mano en el hombro. Tal vez pretendiera ser un gesto tranquilizador y paternal, pero, por debajo de su camisa, Jezal sentía el temblor de la mano del Mago. Bayaz la mantuvo allí un momento, como si no tuviera fuerzas para moverla, y luego se puso lentamente de pie, estiró las piernas y se alejó arrastrando los pies.

Jezal le miró alejarse con gesto ausente. Hacía sólo unas semanas, una charla como ésa le habría dejado echando humo por dentro. Pero ahora se quedó ahí sentado, sin fuerzas, asimilando dócilmente las palabras que acababa de oír. Ya casi ni sabía quién era. Resultaba difícil mantener un aire de superioridad cuando dependía por completo de otras personas. Más aún al tratarse de unas personas por las que hasta hacía muy poco había sentido el más absoluto de los desprecios. Pero ya no podía seguir engañándose a sí mismo. De no haber sido por el bárbaro tratamiento de Ferro y por los torpes cuidados de Nuevededos, lo más probable es que a esas alturas ya estuviera muerto.

El norteño venía hacia él arrancando crujidos a los guijarros del suelo con sus botas. Hora de volver al carro. Hora de volver a los chirridos y el traqueteo. Jezal comenzó a exhalar un suspiro hondo, irregular y muy autocompasivo. Pero se detuvo a la mitad. Compadecerse de uno mismo era propio de niños y de tontos.

—Muy bien, ya sabe cómo se hace.

Jezal se inclinó hacia delante y Nuevededos le pasó un brazo por la espalda, otro por debajo de las rodillas y, sin soltar ni un mísero jadeo, lo aupó al costado del carro y luego lo dejó caer sin mayor ceremonia entre las provisiones. Antes de que se apartara, Jezal retuvo su sucia manaza de tres dedos y el norteño se volvió y le miró alzando una de sus pobladas cejas. Jezal tragó saliva.

—Gracias —murmuró.

—¿Cómo, por esto?

—Por todo.

Nuevededos se le quedó mirando fijamente durante unos instantes y luego se encogió de hombros.

—No hay de qué darlas. Trata a las personas como te gustaría que ellas te trataran a ti y seguro que no te equivocas. Eso solía decirme mi padre. Durante mucho tiempo me olvidé de ese consejo e hice cosas que ya nunca podré remediar —exhaló un

profundo suspiro—. No se pierde nada por probar. ¿Le digo cuál es mi experiencia? Al final uno siempre recibe en la misma medida en la que ha dado.

Jezal pestañeó mientras miraba la ancha espalda de Nuevededos dirigirse hacia su montura. Hay que tratar a los demás como te gustaría que ellos te trataran a ti. Para ser sincero, ¿había intentado actuar así alguna vez? Mientras el carro arrancaba con un chirrido de sus ejes, pensó en ello, primero con cierta despreocupación y luego con creciente ansiedad.

Había abusado de sus inferiores y adulado a sus superiores. En varias ocasiones había desplumado a amigos que no podían permitirse el lujo de perder dinero y se había aprovechado de muchachas a las que luego había dejado tiradas como un trapo. Jamás había dado las gracias a su amigo West por toda la ayuda que le había prestado, y no habría tenido ningún reparo en acostarse con su hermana a sus espaldas, de haberlo permitido ella. Se daba cuenta, con creciente espanto, de que apenas recordaba haber hecho en su vida un solo acto altruista.

Se revolvió inquieto entre los sacos de forraje del carromato. A la larga, se recibe lo que se da, y tampoco cuesta tanto tener modales. A partir de ahora, pensaría primero en los demás. Trataría a todo el mundo como si fuera su igual. Claro que tampoco había por qué darse prisa. Tendría tiempo de sobra para convertirse en una buena persona una vez que pudiera volver a comer por sí mismo. Se llevó una mano al vendaje de la cara, se lo rascó con gesto ausente y, de pronto, se interrumpió. Justo detrás del carro, cabalgaba Bayaz mirando las aguas del lago.

—¿Ha visto? —preguntó Jezal.

—¿El qué?

—Esto —Jezal se señaló la cara con un dedo.

—Ah, ya. Sí, lo he visto.

—¿Tiene una pinta muy mala?

Bayaz ladeó la cabeza.

—¿Sabe una cosa? En conjunto, yo diría que me agrada.

—¿Le agrada?

—Bueno, ahora tal vez no, pero los puntos acabarán por soltarse, la inflamación bajará, los moratones se desvanecerán y, cuando curen las heridas, las costras se caerán. Imagino que su mandíbula nunca recuperará su forma original y, como es natural, ya no le volverán a crecer los dientes, pero lo que pierda en encanto juvenil quedará sobradamente compensado por un aire de peligro, de desenvoltura, de rudo misterio. La gente suele respetar a los hombres de acción y su apariencia no va a ser

ni mucho menos la de una ruina humana. Apuesto a que las mujeres seguirán derritiéndose por usted, a condición, claro está, de que haga usted algo por lo que valga la pena derretirse —Bayaz subió y bajó la cabeza con gesto pensativo—. Sí, en conjunto, creo que servirá.

—¿Que servirá? —rezongó Jezal apretando una mano contra el vendaje—. ¿Que servirá para qué?

Pero la cabeza de Bayaz ya estaba en otras cosas.

—Sabe, Harod el Grande tenía una cicatriz en la mejilla y eso jamás le supuso ningún perjuicio. En las estatuas no la representan, desde luego, pero en vida hacía que la gente lo respetara aún más. Un gran hombre, ese Harod. Tenía la acreditada reputación de ser una persona honesta y digna de toda confianza, y, de hecho, solía serlo. Pero también podía dejar de serlo, si la situación lo requería —el Mago rió para sí—. ¿Le he hablado de la vez aquella en que invitó a dos de sus peores enemigos a entablar negociaciones con él? Antes de que hubiera terminado el día, ya los tenía enfrentados entre sí. Luego sus respectivos ejércitos quedaron aniquilados en una batalla y él pudo reclamar para sí la victoria sobre ambos sin ensuciarse las manos. No ignoraba, sabe, que la esposa de Ardlic era una mujer muy hermosa...

Jezal se tumbó en el suelo del carro. En realidad, Bayaz ya le había contado antes esa historia, pero tampoco tenía demasiado sentido decírselo. De hecho, le había gustado volver a oírla; al fin y al cabo no tenía nada mejor que hacer. Había algo en la voz áspera y monótona del anciano que le resultaba reconfortante, sobre todo ahora que el sol empezaba a asomar entre las nubes. Casi ni le dolía la boca, siempre y cuando no la moviera, por supuesto.

Y así se quedó Jezal, tumbado boca arriba sobre un saco de paja, con la cabeza vuelta a un lado, balanceándose suavemente con el movimiento del carro y viendo pasar el paisaje. Viendo la hierba mecida por el viento. Viendo los reflejos del sol en el agua.

Paso a paso

Con los dientes apretados, West ascendía gateando por la pendiente helada.

Tenía los dedos insensibles, débiles y temblorosos de tanto clavarlos para buscar puntos de apoyo en la tierra escarchada, en las heladas raíces de los árboles, en la nieve congelada. Se le habían cortado los labios, la nariz no paraba de chorrearle agüilla y el borde de sus orificios nasales estaba horriblemente irritado. Incluso el aire que respiraba, que luego expulsaba en forma de vaho con un hormigueante resuello, le raspaba en la garganta y le ardía en los pulmones. Se preguntó si dejar su abrigo a Ladisla no habría sido la peor decisión de su vida. Y concluyó que seguramente era así. Descontando, desde luego, la decisión de salvar a aquel cabrón egoísta.

Ni siquiera cuando se entrenaba cinco horas diarias para prepararse para el Certamen había llegado a imaginarse que se pudiera estar tan cansado. Al lado de Tresárboles, el Lord Mariscal Varuz resultaba ridículamente blando. Todas las mañanas le despertaban de una sacudida antes del amanecer y apenas le dejaban descansar hasta que se habían ido las últimas luces. Los norteños, todos sin excepción, eran auténticas máquinas. Hombres tallados en madera que no se cansaban nunca, que no parecían sentir el dolor. Su ritmo implacable había conseguido que a West le dolieran todos los músculos del cuerpo. Estaba cubierto de cardenales y arañazos, provocados por cientos de caídas y tropiezos. Dentro de las botas, tenía los pies en carne viva y llenos de ampollas. Y, para rematarlo, ahí estaba el dichoso dolor de cabeza de siempre, latiendo al ritmo de su corazón acelerado y fundiéndose desagradablemente con la quemazón de la herida del cuello cabelludo.

El frío, el dolor y la fatiga ya eran bastante malos de por sí, pero peor aún era la abrumadora sensación de vergüenza, de culpa y de fracaso que le aplastaba a cada paso que daba. Le habían enviado junto a Ladisla para asegurarse de que no ocurriera ningún desastre. Y el resultado había sido un desastre de una magnitud casi incomprensible. Una división entera había sido masacrada. ¿Cuántos niños se habrían quedado sin padre? ¿Cuántas mujeres sin marido? ¿Cuántos padres sin hijos? Si hubiera podido hacer algo más, se dijo por enésima vez cerrando los puños

de sus manos entumecidas. Si hubiera logrado convencer al Príncipe de que permaneciera al otro lado del río tal vez no habrían muerto todos esos hombres. Habían sido tantos los muertos. Por momentos no sabía si compadecerlos o envidiar su suerte.

—Paso a paso —mascullό para sus adentros mientras seguía trepando a trancas y barrancas por la pendiente. Era la única forma de abordarlo. Si se aprietan los dientes con la fuerza suficiente y se van dando zancadas, al final se llega a cualquier parte. Un paso tras otro, cada uno de ellos doloroso, fatigado, helador y avergonzado. ¿Qué otra cosa se podía hacer?

En cuanto coronaron la colina, el Príncipe Ladisla se dejó caer junto a las raíces de un árbol, como solía hacer lo menos una vez cada hora.

—¡Coronel West, por favor! —jadeaba tratando de recobrar el aliento con su cara congestionada envuelta en su propio vaho. Al igual que suele ocurrirles a los niños pequeños, en su labio superior relucían dos hilillos de mocos—. ¡No puedo más! ¡Dígales... dígales que paremos un rato, por lo que más quiera!

West maldijo entre dientes. Los norteños ya estaban bastante hartos y cada vez se molestaban menos en disimularlo, pero, le gustara o no, Ladisla seguía siendo su comandante. Además del heredero al trono. West no podía ordenarle que se pusiera de pie.

—¡Tresárboles! —jadeó.

El viejo guerrero giró la cabeza y le miró con gesto ceñudo.

—Más vale que no me pida que paremos, muchacho.

—Lo necesitamos.

—¡Por los muertos! ¿Otra vez? ¡Ustedes los sureños no tienen redaños! No es de extrañar que Bethod les diera semejante paliza. ¡Y como no aprendan a marchar, se la volverá a dar, pueden estar seguros!

—Por favor. Sólo un momento.

Tresárboles lanzó una mirada iracunda a la figura despatarrada del Príncipe y sacudió la cabeza, asqueado.

—Está bien. Pueden sentarse un minuto, si eso hace que después vayan más deprisa, pero más vale que no le cojan gusto, ¿entendido? Todavía no hemos cubierto ni la mitad del camino que tenemos que hacer hoy si queremos llevarle la delantera a Bethod —y, dicho aquello, se alejó malhumorado para gritarle al Sabueso que parara.

West se puso en cuclillas, movió los dedos de los pies para que le circulara la sangre y, formando un cuenco con las manos, se las sopló para tratar de quitarse un

poco el frío. Le habría gustado despatarrarse como Ladisla, pero sabía por propia experiencia que si dejaba de moverse luego le resultaría mucho más doloroso ponerse en marcha. A Pike y a su hija, que se encontraban de pie un poco más arriba, ni siquiera parecía faltarles demasiado el aliento. Una prueba concluyente, si es que acaso hacía falta alguna, de que trabajar el metal en una colonia penal proporcionaba una preparación más adecuada para marchar por un terreno como aquél que una vida de ininterrumpida holganza.

Ladisla pareció leerle el pensamiento.

—¡No se imagina lo duro que me resulta esto! —le soltó.

—¡Desde luego que no! —exclamó West, cuya paciencia estaba poco menos que agotada—. ¡Y encima tiene que cargar con el peso adicional de mi abrigo!

El Príncipe pestañeó, clavó la mirada en el suelo mojado y movió las mandíbulas.

—Tiene razón. Lo siento. Soy consciente de que le debo la vida. Pero, sabe, no estoy acostumbrado a este tipo de cosas. No estoy acostumbrado en absoluto —dio un tirón a las deshilachadas solapas del mugriento abrigo y soltó una risilla compungida—. Mi madre siempre me decía que un hombre ha de estar presentable en todo momento. Me pregunto qué pensaría de esto —a West no se le pasó por alto que no se había ofrecido a devolvérselo.

Ladisla encorvó los hombros.

—Me imagino que he de asumir una parte de responsabilidad en lo ocurrido —¿una parte? A West le habría gustado darle a probar una parte de sus botas—. Debería haberle hecho caso, coronel. Siempre lo supe. En la guerra no hay mejor estrategia que la cautela, ¿eh? Esa siempre ha sido mi máxima. ¿Cómo pude dejar que las palabras de ese loco de Smund me llevaran a actuar precipitadamente? ¡Siempre fue un idiota!

—Lord Smund lo ha pagado con la vida —masculló West.

—¡Ya podía haber muerto antes, así no estaríamos ahora metidos en este embrollo! —los labios del Príncipe se agitaron con un leve temblor—. ¿Qué cree que dirán de todo esto en nuestro país, eh, West? ¿Qué cree que dirán de mí ahora?

—No tengo ni idea, Alteza —tampoco sería mucho peor que lo que solían decir. En un intento de aplacar su ira, West se esforzó por ponerse en el lugar de Ladisla. No estaba en absoluto preparado para aguantar la dureza de una marcha como aquélla, carecía de cualquier tipo de recursos, dependía de los demás para todo. Un hombre como él, que en su vida habría tomado una decisión más importante que la elección del sombrero que se iba a poner, se veía de pronto obligado a asumir la

responsabilidad de haber sido el causante de la muerte de miles de personas. No era de extrañar que no supiera cómo encarar la situación.

—Si al menos no hubieran salido huyendo —Ladisla apretó los puños y golpeó enfurruñado las raíces del árbol—. ¿Por qué no se mantuvieron firmes y combatieron esos malditos cobardes? ¿Por qué no combatieron?

West cerró los ojos y puso todo su empeño en ignorar el frío, el hambre y el dolor y en no dejarse invadir por la furia que anidaba en su pecho. Siempre ocurría lo mismo. Justo cuando parecía que Ladisla al fin iba a conseguir despertar en él una cierta compasión, dejaba caer algún comentario abominable que hacía que la repugnancia que sentía por el personaje volviera a apoderarse de él.

—No sabría qué decirle, Alteza —consiguió pronunciar entre dientes.

—Bueno —gruñó Tresárboles—, se acabó. En pie otra vez y nada de excusas.

—¿No iremos a ponernos otra vez en marcha, coronel?

—Me temo que sí.

El Príncipe suspiró y se levantó haciendo una mueca de dolor.

—No alcanzo a comprender cómo pueden mantener este ritmo, West.

—Paso a paso, Alteza.

—Claro —murmuró Ladisla mientras comenzaba a dar tumbos entre los árboles siguiendo a los dos presidiarios—. Paso a paso.

West movió un poco sus doloridos tobillos para desentumecerlos y, cuando se disponía a ponerse de pie, notó que una sombra se proyectaba sobre él. Alzó la mirada y vio que Dow el Negro le bloqueaba el paso con su fornido hombro y le miraba enseñándole los dientes a menos de medio metro. El norteño señaló la espalda del Príncipe, que se alejaba lentamente.

—¿Quiere que me lo cargue? —gruñó en la lengua del norte.

—¡Como le ponga a alguno de ellos la mano encima le...! —West había escupido la frase sin pensar en cómo iba a terminarla.

—¿Me qué?

—Le mato — ¿qué iba a decir si no?

Se sentía como un niño que lanzara bravatas en un patio de escuela. En un patio extremadamente frío y peligroso y a un niño que le doblaba el tamaño.

Pero Dow se limitó a sonreír.

—Tiene muy malas pulgas para ser tan poca cosa. ¿A qué viene de pronto tanto hablar de muerte? ¿Está seguro de que tiene redaños para eso, eh?

West trató de mostrarse lo más grande posible, pero no resultaba fácil estando en una posición inferior en la pendiente y con el cuerpo contraído por la fatiga. Ante una situación de peligro hay que demostrar que no se tiene miedo, por mucho que se tenga.

—Póngame a prueba —a él mismo le pareció que sus palabras sonaban muy poco convincentes.

—Puede que lo haga.

—Cuando llegue el momento, hágamelo saber. No quisiera perdérmelo.

—Oh, no se preocupe por eso —susurró Dow antes de girar la cabeza y lanzar un escupitajo al suelo—. Sabrá que ha llegado el momento cuando se despierte con el pescuezo rebanado —y, acto seguido, reemprendió despreocupado la marcha por la ladera embarrada caminando despacio para dejarle claro que no le tenía ningún miedo. A West le habría encantado poder hacer lo mismo. Mientras se abría paso entre los árboles, siguiendo a los otros, el corazón le latía acelerado. Apretó el paso, superó a Ladisla y se puso a la altura de Cathil.

—¿Está bien? —le preguntó.

—He estado peor —la joven le miró de arriba abajo—. ¿Y usted cómo está?

De repente West se dio cuenta de lo lamentable que debía de ser su aspecto. Sobre su mugriento uniforme llevaba un saco viejo, al que había practicado unos agujeros para pasar los brazos, ceñido en la parte de arriba con el cinturón, donde llevaba entremetida su pesada espada, que siempre estaba golpeándole una pierna al caminar. Sus mandíbulas, que no paraban de castañetear, lucían una barba de varios días, salpicada de una erupción, y suponía que el color de su tez debía de ser una mezcla de un rojo chillón y un gris cadavérico. Se metió las manos bajo las axilas y esbozó una sonrisa triste.

—Helado.

—Se nota. A lo mejor debería haber conservado su abrigo.

No pudo menos que asentir con la cabeza. Vio asomar entre las ramas de los pinos la espalda de Dow y carraspeó.

—Ninguno de ellos habrá intentado... molestarla, ¿verdad?

—¿Molestarme?

—Bueno, ya sabe, una mujer entre tantos hombres, en fin, no están acostumbrados —dijo azorado—. Me he fijado en cómo la mira ese Dow y la verdad...

—Es muy noble de su parte, coronel, pero yo que usted no me preocuparía. Dudo mucho que hagan algo más que mirar, y, además, estoy acostumbrada a tratar con gente peor.

—¿Peor que ése?

—El jefe del primer campo en el que estuve se encaprichó conmigo. Supongo que mi piel aún debía de conservar algo de la lozanía de la libertad. Me quitó la comida para ver si así conseguía salirse con la suya. Estuve cinco días sin probar bocado.

West hizo una mueca de dolor.

—¿Y bastó ese tiempo para hacerle desistir?

—No desistió. Cinco días fue todo lo que yo pude aguantar. Al final se hace lo que se tiene que hacer.

—Quiere decir que...

—Se hace lo que se tiene que hacer —Cathil se encogió de hombros—. No me enorgullezco de ello, pero tampoco me avergüenzo. Ni el orgullo ni la vergüenza dan de comer. Lo único de lo que me arrepiento es de esos cinco días que me pasé sin probar bocado, cinco días en los que podría haber comido bien. Se hace lo que se tiene que hacer. Da igual quién seas. Una vez que se empieza a pasar hambre... —volvió a encogerse de hombros.

—¿Y qué me dice de su padre?

—¿Pike? —alzó la vista y miró al presidiario de la cara abrasada, que caminaba delante de ellos—. No es mi padre. No tengo ni idea de qué fue de mi verdadera familia. Probablemente estará desperdigada por todo Angland, si es que siguen vivos.

—Entonces, es...

—A veces fingir que se es de la misma familia hace que la gente se comporte de otra manera. Supongo que de no ser por Pike ahora seguiría forjando metal en el campo.

—Y en lugar de eso está disfrutando de una agradabilísima excursión.

—¡Ja! Hay que saber apañárselas con lo que a una le toca en suerte —luego agachó la cabeza y, apretando el paso, se apartó de él caminando entre los árboles.

West la miró mientras se alejaba. Como diría un norteño, aquella mujer tenía redaños. Ladisla podría haber aprendido un par de cosas de su férrea determinación. West giró la cabeza para mirar al Príncipe, que avanzaba por el barro dando delicados tumbos y con un ceño altanero en el semblante. West exhaló un suspiro de

vaho. Daba la impresión de que ya era demasiado tarde para que Ladisla aprendiera algo.

***

Un mísero mendrugo de pan y una taza de caldo helado, ése era todo su almuerzo. A pesar de los ruegos de Ladisla, Tresárboles se había negado a que se encendiera un fuego. No quería correr el riesgo de que los descubrieran. Así que permanecían sentados hablando en voz baja en medio de la creciente oscuridad, un poco apartados del grupo de los norteños. Hablar venía bien, aunque sólo fuera para ver si así conseguían olvidarse del frío, de los dolores, de la incomodidad. Aunque sólo fuera para ver si así les dejaban de castañetear los dientes.

—De modo que luchó en Kanta, ¿eh, Pike? ¿En la guerra, no?

—En efecto. Era sargento —Pike asintió moviendo lentamente la cabeza y sus ojos chispearon en medio de la amorfa masa de color rosáceo que era su cara—. Ahora cuesta trabajo creer que allí estuviéramos siempre muertos de calor, ¿eh?

West respondió con una especie de triste gorgoteo. No conseguía que le saliera nada que se pareciera más a una risa.

—¿Cuál era su unidad?

—El primer regimiento de caballería de la Guardia Real. Lo mandaba el coronel Glokta.

—¡Pero si ése era mi regimiento!

—Lo sé.

—No le recuerdo.

Las quemaduras de Pike cambiaron un poco de posición en lo que West supuso debía de ser un intento de sonreír.

—Por aquel entonces mi aspecto era un poco distinto. Yo, en cambio, sí que me acuerdo de usted. El teniente West. Un oficial que caía bien a los hombres. Una persona a la que se podía acudir cuando había problemas.

West tragó saliva. No parecía que ahora tuviera demasiada capacidad para solucionar problemas. Más bien para crearlos.

—¿Y cómo es que acabó en un campo de prisioneros?

Pike y Cathil intercambiaron una mirada.

—Por lo general, entre presidiarios no se suele preguntar eso.

—Oh —West bajó la vista y se frotó las manos—. Lo siento, no pretendía ofenderle.

—No es ninguna ofensa —Pike dio un sorbetón y se frotó uno de los lados de su nariz derretida—. Cometí algunos errores. Dejémoslo en eso. ¿Tiene una familia esperándole?

West torció el gesto y se cruzó con fuerza los brazos sobre el pecho.

—Tengo una hermana en Adua. Una muchacha un poco... difícil —pensó que era preferible dejarlo ahí—. ¿Y usted?

—Tenía esposa. Cuando me mandaron aquí, decidió no venirse conmigo. Antes la odiaba por ello, pero, sabe una cosa, creo que yo habría hecho lo mismo.

Ladisla apareció entre los árboles limpiándose las manos en el dobladillo del chaquetón de West.

—¡Ya me siento mejor! Debe de haber sido la maldita carne de esta mañana —tomó asiento entre West y Cathil, que le miró con el mismo gesto que podría haber empleado si alguien hubiera dejado caer a su lado una paletada de excrementos. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que no congeniaban—. Bueno, ¿de qué hablábamos?

West hizo una mueca de dolor.

—Pike me estaba hablando de su esposa.

—¿Ah? Como sin duda saben, estoy prometido con la Princesa Terez, la hija del Gran Duque Orso de Talins. Es toda una belleza... —Ladisla se interrumpió y miró con gesto ceñudo el sombrío bosque, como si hasta él se diera cuenta de lo grotesco que resultaba hablar de asuntos como ésos en las salvajes tierras de Angland—. Aunque, la verdad, empiezo a sospechar que a ella no le entusiasma precisamente la idea.

—¡Qué raro, no consigo explicármelo! —murmuró Cathil, soltando la enésima pulla de la noche.

—¡Soy el heredero al trono! —se indignó el Príncipe—. ¡Y algún día seré su rey! ¡Harían bien en tratarme con un poco más de respeto!

Cathil se le rió a la cara.

—No tengo ni país ni rey y mucho menos respeto hacia usted.

Ladisla boqueaba indignado.

—No tolero que me hable de esa...

Como por ensalmo, la figura de Dow el Negro apareció por encima de ellos.

—¡Ciérrenle la boca! —gruñó en norteño mientras azotaba el aire con un dedo—. ¡Bethod puede tener oídos en todas partes! ¡Si no consiguen que mantenga quieta la lengua, se la arrancaré! —Y, dicho aquello, desapareció entre las sombras.

—Quiere que nos estemos callados, Alteza —le tradujo West en un susurro.

El Príncipe tragó saliva.

—Ya me había dado cuenta —Cathil y él encorvaron los hombros y se lanzaron una mirada de odio sin decir palabra.

***

West estaba tumbado boca arriba en el duro suelo. La lona que tenía justo por encima de la cara crujía mientras contemplaba la nieve que caía suavemente más allá de los dos bultos negros de sus botas. Apretados contra él, a un lado, estaba Cathil, y, al otro, el Sabueso. Alrededor estaban los demás miembros de la banda, apretujados debajo de una enorme y maloliente manta. Todos menos Dow, que hacía guardia. Un frío como aquél era ideal para ir conociendo mejor a la gente.

Del otro extremo del grupo llegaban unos ronquidos atronadores. Tresárboles o Tul, seguramente. El Sabueso solía revolverse mucho cuando dormía: daba sacudidas, se estiraba, articulaba sonidos ininteligibles. El jadeante aliento de Ladisla, débil y congestionado, se oía a la izquierda. Prácticamente todos se quedaban dormidos en cuanto agachaban la cabeza.

Pero West no podía conciliar el sueño. Estaba demasiado ocupado pensando en sus muchas penalidades, en las derrotas sufridas y en el terrible peligro que corrían. Y no sólo ellos. En algún lugar, en medio de los densos bosques de Angland, estaría el Mariscal Burr, avanzando a toda prisa hacia el sur, sin saber que iba a caer en una encerrona. Sin saber que Bethod le aguardaba.

La situación no podía ser más apurada, pero, contra toda lógica, West tenía el corazón contento. Allí todo era más sencillo. No había que librar mil batallas diarias, no había prejuicios que vencer, no hacía falta planear las cosas con más de una hora de antelación. Por primera vez en meses se sentía libre.

Hizo una mueca de dolor y estiró sus piernas entumecidas. Entonces notó que Cathil cambiaba de postura: su cabeza cayó sobre su hombro y su mejilla se apoyó en su mugriento uniforme. Sentía en la cara la calidez de su aliento y a través de la ropa le llegaba también la calidez de su cuerpo. Una calidez muy grata, cuyo efecto sólo

quedaba parcialmente menoscabado por la peste a sudor y a tierra mojada y por los chirridos y barboteos que el Sabueso le soltaba en la otra oreja. West cerró los ojos y una leve sonrisa asomó a su rostro. Tal vez aún fuera posible arreglar las cosas. Tal vez aún pudiera ser un héroe. Bastaba con que consiguiera llevar a Ladisla sano y salvo hasta el Mariscal Burr.

Ganas de gastar saliva

Mientras cabalgaba, Ferro avizoraba el terreno. Todavía seguían las negras aguas, aún soplaba un viento helador que traspasaba la ropa, aún marchaban bajo un cielo caótico, y, sin embargo, el paisaje estaba cambiando. Si antes era llano como una mesa, ahora estaba sembrado de lomas y de depresiones ocultas que surgían de forma imprevista. Un terreno apto para esconder hombres, y eso no le hacía ninguna gracia. No es que tuviera miedo, Ferro Maljinn no temía a nadie. Pero convenía tener los ojos y los oídos bien atentos por si había señales de que alguien hubiera pasado por allí, por si había alguien al acecho.

Era una simple cuestión de sentido común.

También la hierba había cambiado. Ya se había acostumbrado a verla por todas partes, alta, ondeando al viento, pero la de ahora era baja, seca y de un color pajizo. Y conforme avanzaban, cada vez escaseaba más. Aquel día había ya bastantes calvas en el terreno. Una tierra desnuda en la que nada crecía. Una tierra tan vacía como las polvorientas estepas.

Una tierra muerta.

Muerta por ninguna razón aparente. Oteó con gesto ceñudo la rugosa llanura y las lejanas colinas, una tenue línea quebrada que se adivinaba en lontananza. Nada se movía en aquel vasto espacio. Nada excepto ellos, las nubes errantes y un ave, que se mantenía casi inmóvil en el aire a gran altura, agitando las largas plumas de la punta de sus alas oscuras.

—Es el primer pájaro que veo en dos días —gruñó Nuevededos escrutándolo con recelo.

—¡Hummm! —rezongó Ferro—. Los pájaros tienen más seso que nosotros. ¿Qué se nos ha perdido aquí?

—No tenemos otro sitio mejor adonde ir.

Ferro sí que tenía mejores sitios adonde ir. Cualquier lugar donde pudiera matar gurkos.

—Dilo por ti.

—¿Cómo? ¿No me digas que allá en las Estepas has dejado un montón de amigos que todos los días preguntan por ti? ¿Pero dónde se ha metido Ferro? Desde que se fue se acabaron las risas —y, acto seguido, lanzó un resoplido, como si lo que acababa de decir tuviera mucha gracia.

Ferro no se la veía.

—No todos tenemos la suerte de ser tan queridos como tú, pálido —y soltó su propia versión de un resoplido—. Seguro que cuando vuelvas al norte te darán una fiesta de bienvenida.

—Oh, claro que habrá una fiesta. En cuanto me hayan ahorcado.

Ferro se quedó un rato pensando en sus palabras y mirándole de vez en cuando de reojo. Mirándole sin girar la cabeza, de tal manera que si se le ocurría volverse hacia ella pudiera desviar los ojos y fingir que no le estaba mirando. Ahora que empezaba a acostumbrarse a él, tenía que reconocer que el pálido grande no era mala gente. Habían luchado codo con codo, más de una vez, y siempre había cumplido. Habían acordado enterrarse el uno al otro, si fuera necesario, y estaba convencida de que él cumpliría su parte del trato. Su apariencia y su forma de hablar le resultaban extrañas, pero todavía tenía que llegar el momento en que le oyera decir que iba a hacer una cosa y luego no la hiciera; y eso le convertía en uno de los mejores tipos que había conocido. Era preferible no decírselo, desde luego, ni dar ninguna pista de que lo pensaba.

Ése sería el momento a partir del cual empezaría a fallarla.

—¿O sea que no tienes a nadie, eh? —preguntó.

—Sólo enemigos.

—¿Y qué haces que no estás luchando contra ellos?

—¿Luchando? A eso le debo todo lo que tengo —y le mostró sus manos vacías—. Una reputación funesta y un montón de hombres que ansían verme muerto. ¿Luchando? ¡Ja! Cuanto mejor se te da, peor te deja. He ajustado muchas cuentas, y, sí, te dejan muy buen cuerpo, pero la sensación no dura mucho. La venganza no te calienta por las noches. Está sobrevalorada. Por sí sola no basta. Hace falta algo más.

Ferro negó con la cabeza.

—Esperas demasiado de la vida, pálido.

Logen sonrió.

—Tiene gracia, ahora mismo estaba pensando que tú esperas demasiado poco.

—No esperes nada y no te llevarás decepciones.

—No esperes nada y no obtendrás nada.

Ferro le lanzó una mirada iracunda. Eso era lo malo de hablar. De una u otra manera siempre acababa por llevarla a terrenos que no quería pisar. Tal vez fuera por falta de práctica. Dio un tirón a las riendas, aguijoneó con los talones a su montura y se alejó de Nuevededos y de los demás para ponerse sola a un lado.

Mejor el silencio. El silencio era aburrido, pero al menos era honesto.

Miró con gesto ceñudo a Luthar, que estaba incorporado en el carro, y el muy idiota le respondió con una sonrisa todo lo amplia que le permitían las vendas que le tapaban media cara. Lo notaba distinto, y eso no le gustaba. La última vez que le había cambiado las vendas le había dado las gracias, y eso no era normal. A Ferro no le gustaba que le dieran las gracias. Siempre había alguna intención oculta detrás. Le reventaba haber hecho algo que fuera digno de agradecerse. Ayudar a los demás suponía arriesgarse a que surgiera la amistad. Y la amistad conducía a la decepción, en el mejor de los casos.

Y, en el peor, a la traición.

Desde el carro, Luthar le estaba diciendo algo a Nuevededos. El norteño echó atrás la cabeza y prorrumpió en una ridícula carcajada que hizo que su caballo se asustara y estuviera a punto de tirarle al suelo. Bayaz se balanceaba satisfecho en su silla y unas alegres arrugas se dibujaban en las comisuras de sus ojos mientras veía a Nuevededos bregar con las riendas. Ferro desvió la mirada y contempló la llanura con gesto torvo.

Se había sentido más a gusto cuando no se llevaban bien entre ellos. Era una situación que le resultaba cómoda y familiar. Algo que entendía. La confianza, la camaradería y el buen humor pertenecían a un pasado tan lejano que le resultaban casi desconocidos.

¿Y a quién le gusta lo desconocido?

***

Ferro había visto cantidad de muertos. A muchos los había matado ella misma. A muchos otros los había enterrado con sus propias manos. La muerte era su oficio y su pasatiempo. Pero nunca había visto tantos muertos juntos a la vez. Se deslizó de su montura y se puso a caminar entre los cadáveres. Imposible saber quién había luchado contra quién, imposible distinguir un bando del otro.

Todos los muertos se parecen.

Sobre todo después de que los hayan desvalijado: las armaduras, las armas y buena parte de las ropas habían volado. Se concentraban apilados y revueltos en un mismo lugar bajo la alargada sombra de un pilar desmochado. Un vetusto mamotreto agrietado y quebrado, construido con una piedra desmigajada de la que brotaban hierbas marchitas y líquenes. Encaramado en lo alto, un gran pájaro negro, que tenía las alas plegadas, contemplaba a Ferro sin parpadear con sus enormes ojos circulares.

El cadáver de un tipo enorme estaba medio apoyado en la piedra desmenuzada de la parte baja; su mano inerte, manchada de sangre reseca y con tierra oscura encajada en las uñas, sostenía un palo partido. El asta de una bandera seguramente, pensó Ferro. Los soldados parecían dar mucha importancia a las banderas. Era algo que nunca había conseguido entender. No sirven para matar a un hombre. Tampoco sirven para protegerse. Y, aun así, los hombres morían por ellas.

—Qué estupidez —mascullό mientras dirigía una mirada torva al pájaro del pilar.

—Una masacre —dijo Nuevededos.

Bayaz soltó un gruñido y se frotó la barbilla.

—Ya, pero, ¿de quién y por quién?

Ferro vio asomarse por el costado del carro la cara abotargada de Luthar, con los ojos muy abiertos y una expresión de alarma en el semblante. Justo delante de él, sentado en el pescante, Quai, con las riendas colgando sueltas de sus manos, miraba impertérrito los cadáveres.

Ferro dio la vuelta a uno de los cuerpos y lo olisqueó. Tez pálida, labios oscuros, pero aún no olía.

—No ha sido hace mucho. No más de dos días quizás.

—¿Y las moscas? —Nuevededos dirigió una mirada ceñuda a los cadáveres. Por encima había unos cuantos pájaros mirando—. Sólo hay pájaros. Y ni siquiera están comiendo. Es extraño.

—¡No tanto, amigo! —Ferro alzó la cabeza de golpe. Un hombre se les acercaba avanzando a grandes zancadas por el campo de batalla, un pálido alto que vestía una zamarra harapienta y se apoyaba en un nudoso cayado. Una melena alborotada y grasienta cubría su cabeza y llevaba una barba larga y enmarañada. Sus ojos saltones refulgían feroces en medio de su cara surcada de arrugas. Mientras le miraba fijamente, Ferro no paraba de preguntarse cómo era posible que se les hubiera acercado tanto sin que ella lo hubiera advertido.

Al oír el sonido de su voz, los pájaros que había sobre los cadáveres alzaron el vuelo, pero, en lugar de alejarse, volaron en su dirección: algunos se posaron en sus hombros y otros se quedaron revoloteando por encima de su cabeza o trazando amplios círculos a su alrededor. Ferro hizo ademán de coger el arco mientras sacaba una flecha, pero Bayaz alargó una mano y dijo:

—No.

—¿Ven eso? —el pálido alto señaló el pilar desmochado y, de inmediato, el pájaro que había encima salió volando y se le posó en el dedo—. ¡Es una piedra miliaria! ¡Faltan ciento sesenta kilómetros para llegar a Aulcus! —dejó caer el brazo y el pájaro se plantó de un bote en su hombro junto a los demás, y allí se quedó, quieto y silencioso—. ¡Se encuentran en los mismos límites de la tierra muerta! ¡Ningún animal vendrá aquí a no ser que se le obligue a hacerlo!

—¿Cómo estás, hermano? —le llamó Bayaz. Ferro, con un gesto de decepción, volvió a empujar el arco hacia su sitio. Otro Mago. Debería haberlo adivinado. Siempre que se encontraban un par de ésos cabía esperar muchas palabras, mucho darle a la lengua.

O, lo que es lo mismo, muchas mentiras.

—¡El Gran Bayaz! —exclamó el recién llegado aproximándose un poco más—. ¡El Primero de los Magos! ¡Los pájaros del cielo, los peces del agua, las bestias de la tierra me hablaron de tu venida, y, ahora, aun cuando lo veo con mis propios ojos, apenas si puedo creerlo! ¿Será posible que esos pies benditos hollen esta tierra ensangrentada?

Acto seguido, plantó el cayado en tierra y, al instante, el gran pájaro negro saltó de sus hombros, lo agarró de la punta con sus patas y se puso a aletear hasta que lo dejó hincado en el suelo. Ferro, recelosa, dio un paso atrás y posó una mano en la empuñadura del cuchillo. No estaba dispuesta a que uno de esos bichos se le cagara encima.

—Zacharus —dijo Bayaz bajándose de su montura con un rígido balanceo; a Ferro no le pareció que pronunciara su nombre con excesivo entusiasmo—. Tienes buen aspecto, hermano.

—Tengo aspecto cansado. Cansado y sucio y trastornado, pues así es como me siento. No eres fácil de encontrar, Bayaz. He estado buscándote de un extremo a otro de la llanura.

—No nos hemos dejado ver mucho. Los aliados de Khalul también nos buscan —los ojos de Bayaz se desviaron hacia los restos de la carnicería—. ¿Ha sido esto cosa tuya?

—De mi protegido, el joven Goltus. ¡Es fuerte como un león, créeme, y un digno émulo de los grandes Emperadores del pasado! Ha capturado a su principal rival, su hermano Scario, y se ha mostrado clemente con él —Zacharus sorbió por la nariz—. No era ése mi consejo, pero a los jóvenes les gusta hacer las cosas a su manera. Éstos eran los últimos hombres de Scario. Los que aún se negaban a someterse —agitó con descuido una mano, señalando a los cadáveres, y los pájaros que tenía posados en el hombro agitaron también sus alas.

—Ya veo que la clemencia tiene sus límites —comentó Bayaz.

—No quisieron huir a la tierra muerta, aquí le plantaron cara y aquí murieron, a la sombra de la columna miliaria. Goltus les arrebató el estandarte de la Tercera Legión. El mismo que llevaba Stolicus cuando entraba en batalla. ¡Una reliquia de los Viejos Tiempos! Igual que tú y yo, hermano.

Bayaz no parecía muy impresionado.

—Un trapo viejo. No parece que a estos tipos les sirviera de mucho. Un hombre no se convierte en un Stolicus por llevar un trozo de alimento para polillas.

—Tal vez no. A decir verdad, estaba muy deteriorado. Hace mucho que le habían arrancado todas las joyas para venderlas y comprar armas.

—En estos tiempos que corren, las joyas son un lujo, pero las armas son muy necesarias. ¿Dónde se encuentra ahora tu joven Emperador?

—Ha partido hacia el este sin molestarse siquiera en quemar sus muertos. Se dirige a Darmium para asediar la ciudad y colgar de sus murallas a ese loco de Cabrían. Puede que luego haya por fin paz.

Bayaz resopló con pesar.

—¿Acaso recuerdas a qué sabe eso de la paz?

—Te sorprendería ver la de cosas que recuerdo —Zacharus clavó sus ojos saltones en Bayaz—. Pero, dime, ¿cómo están las cosas en el ancho mundo? ¿Qué hace Yulwei?

—Vigila, como de costumbre.

—¿Y qué es de nuestro otro hermano, la vergüenza de la familia, el gran profeta Khalul?

La expresión de Bayaz se endureció.

—Cada vez se hace más fuerte. Ha empezado a avanzar. Tiene la impresión de que ha llegado su hora.

—Y tú, por supuesto, pretendes detenerle, ¿no es así?

—¿Qué otra cosa debo hacer?

—Hummm. Las últimas noticias que tuve de Khalul lo situaban en el sur y, sin embargo, tú viajas hacia el oeste. ¿Es que te has perdido, hermano? Aquí sólo encontrarás ruinas del pasado.

—Hay poder en el pasado.

—¿Poder? ¡Ja! Nunca cambiarás. Cabalgas en extraña compañía, Bayaz. Al joven Malacus Quai ya le conozco, por supuesto. ¿Cómo te va, narrador de historias? —dijo dirigiéndose al aprendiz—. ¿Cómo te va, joven parlanchín? ¿Qué tal te trata mi hermano?

Quai estaba encorvado en la carreta.

—Bastante bien.

—¿Bastante bien? ¿Eso es todo? Bueno, ya veo que al menos has aprendido a guardar silencio. ¿Cómo lograste enseñarle eso, Bayaz? Yo nunca lo conseguí.

Bayaz alzó la vista y miró a Quai con gesto ceñudo.

—No hizo falta hacer nada.

—Claro. ¿Qué era lo que solía decir Juvens? Las mejores lecciones son las que uno aprende por sí mismo —Zacharus dirigió sus ojos saltones a Ferro, y los ojos de todos sus pájaros hicieron otro tanto—. Extraña criatura traes ahí.

—Posee la sangre.

—Todavía te falta alguien capaz de hablar con los espíritus.

—El puede hacerlo —Bayaz señaló a Nuevededos con la cabeza. El pálido grande llevaba un buen rato manoseando la silla de montar, pero, al oír aquello, alzó la cabeza, desconcertado.

—¿Ese? —Zacharus torció el gesto. En su voz, pensó Ferro, se apreciaba mucha irritación, pero también algo de tristeza y un atisbo de miedo. Los pájaros que tenía posados en los hombros, en la cabeza y en la punta de su cayado se irguieron, desplegaron las alas y se pusieron a batirlas mientras prorrumpían en un coro de graznidos—. Escúchame, hermano, antes de que sea demasiado tarde. Renuncia a esa locura. Me uniré a ti para luchar contra Khalul. Me uniré a Yulwei y a ti. Los tres juntos de nuevo, como en los Viejos Tiempos, igual que cuando nos enfrentamos al Creador. Los Magos otra vez unidos. Te ayudaré.

Se produjo un prolongado silencio, durante el cual las arrugas del rostro de Bayaz se fueron acentuando.

—¿Me ayudarás, dices? Podrías haberme ofrecido tu ayuda hace mucho tiempo, después de la caída del Creador, cuando te rogué que lo hicieras. Entonces aún habríamos estado a tiempo de acabar con la locura de Khalul antes de que echara raíces. ¡Ahora todo el Sur está plagado de Devoradores que se burlan abiertamente de las palabras de nuestro maestro y han convertido el mundo en su campo de juegos! Los tres solos poco podríamos hacer. Y entonces, ¿qué? ¿Convencerás a nuestra hermana Cawnell para que abandone sus libros? ¿Descubrirás debajo de qué piedra del Círculo del Mundo ha ido a ocultarse la hermana Leru? ¿Harás regresar a Karnault desde la otra orilla del ancho océano, o a Anselmi y a Dientemellado de la tierra de los muertos? ¿Los Magos otra vez unidos, dices? —los labios de Bayaz se fruncieron en un gesto de desdén—. Ese tiempo ya pasó, hermano. ¡Ese barco partió hace mucho, no lo cogimos en su momento y ya no volverá jamás!

—¡Muy bien! —bufó Zacharus con sus ojos sanguinolentos más dilatados que nunca—. ¿Y qué pasará cuando encuentres lo que buscas? ¿De verdad crees que podrás controlarlo? ¿Te atreves a suponer que tú vas a triunfar allí donde Glustrod, Kanedias y Juvens fracasaron?

—He aprendido de sus errores.

—¡Lo dudo mucho! ¡Castigarás un crimen cometiendo otro aún peor!

Los finos labios de Bayaz y sus mejillas chupadas se afilaron todavía más. No había tristeza ni miedo en su expresión, sólo furor.

—¡Yo no empecé esta guerra, *hermano!* ¿Acaso fui yo quien quebrantó la Segunda Ley? ¿Fui yo quien esclavizó medio Sur para satisfacer su vanidad?

—No, pero todos tuvimos nuestra parte de culpa en lo que pasó, y tú más que nadie. Es curioso que yo recuerde cosas que a ti parecen habérsete olvidado. Tus constantes riñas con Khalul. La decisión de Juvens de manteneros separados. La visita que hiciste al Creador para persuadirle de que compartiera contigo sus secretos —Zacharus soltó una carcajada, una especie de áspero cacareo, y sus pájaros se unieron a él graznando y chillando—. Pero tengo la impresión de que a su hija nunca la quiso compartir contigo, ¿eh, Bayaz? ¿La hija del Creador? ¿Tolomei? ¿Guarda tu memoria un sitio para su recuerdo?

Los ojos de Bayaz refulgían con un brillo gélido.

—Si mía fue la culpa —susurró—, mía será también la solución.

—¿Crees que Euz promulgó la Primera Ley por puro capricho? ¿Crees que Juvens habría depositado eso en los confines del mundo si no fuera *peligroso?* ¡Es, es... el mal!



—¿El mal? —Bayaz resopló con desdén—. Una palabra propia de un niño. Una de esas palabras que emplean los ignorantes para designar a los que no están de acuerdo con ellos. Creía que hacía siglos que habíamos superado esos conceptos.

—Pero los riesgos son...

—Estoy decidido —la voz de Bayaz era puro hierro, y bien afilado—. Llevó años meditándolo. Has dicho lo que querías decir, Zacharus, pero no me has propuesto ninguna alternativa. Si crees que es tu deber, intenta detenerme. Si no, hazte a un lado.

—Ya veo que nada ha cambiado —palpitando de furia, el rostro arrugado del anciano se volvió hacia Ferro, y los ojos negros de sus pájaros también se volvieron para mirarla—. ¿Y tú qué dices, mujer con sangre de demonio? ¿Sabes qué es lo que quiere hacerte tocar? ¿Comprendes lo que pretende que lleves? ¿Tienes siquiera un pálpito del peligro que eso conlleva? —un pequeño pájaro saltó de su hombro y se puso a volar en círculos en torno a la cabeza de Ferro—. ¡Más valdría que te pusieras a correr y no pararas nunca! ¡Más os valdría a todos!

Los labios de Ferro se fruncieron. De un manotazo apartó al pájaro, que cayó ruidosamente a tierra y luego se alejó piando y dando saltos entre los cadáveres. Las demás aves manifestaron su enojo con un estrépito de graznidos, chillidos y cloqueos, pero ella los ignoró.

—Viejo de barba sucia, pálido loco, tú no me conoces. No hagas como si me comprendieras o supieras lo que yo sé o lo que se me ha ofrecido. ¿Por qué habría de dar más crédito a la palabra de un viejo mentiroso que a la de otro? Si no buscas pelea, llévate tus pájaros y no metas la nariz en mis asuntos. Lo demás es ganas de gastar saliva.

Zacharus y sus pájaros parpadearon. Luego el Mago frunció el ceño, abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir nada, mientras Ferro montaba de nuevo en su caballo y lo hacía girar bruscamente hacia el oeste. A sus espaldas oyó el ruido sordo de los cascos de los demás que emprendían también la marcha. Luego a Quai haciendo restallar las riendas del carro. Y después le llegó la voz de Bayaz.

—Presta atención a los pájaros del cielo, a los peces del agua y a las bestias de la tierra, porque pronto oirás que Khalul está acabado, que sus Devoradores no son más que polvo y que los errores del pasado han quedado enterrados para siempre, como debería haber ocurrido hace ya mucho tiempo.

—Espero que así sea, pero me temo que las noticias serán mucho peores —Ferro se volvió para mirar atrás y vio a los dos hombres intercambiando una última mirada—. Los errores del pasado no se entierran con tanta facilidad. Espero de todo corazón que fracases.

—Mira a tu alrededor, viejo amigo —y el Primero de los Magos sonrió mientras se subía trabajosamente a su montura—. Ninguna de tus esperanzas se ha cumplido jamás.

Y, así, se alejaron en silencio de los cadáveres, dejaron atrás la columna miliaria y se adentraron en la tierra muerta. Camino de las ruinas del pasado. Camino de Aulcus.

Bajo un cielo cada vez más oscuro.

Cuestión de tiempo

Archilector Sult, jefe de la Inquisición de Su Majestad.

Eminencia:

Son ya seis las semanas que llevamos resistiendo a los gurkos. Todas las mañanas, desafiando nuestro mortífero fuego, tratan de volcar tierra y piedras en el foso, y, todas las noches, bajamos desde las murallas a nuestros hombres para que intenten volver a despejarlo. No obstante, a pesar de todos nuestros esfuerzos, finalmente han logrado cegar el canal en dos puntos. Ahora, las tropas de asalto cargan a diario desde las líneas enemigas y alzan sus escalas, consiguiendo a veces llegar hasta lo alto de las murallas, de donde son repelidos con gran derramamiento de sangre.

Entretanto, el bombardeo de las catapultas prosigue, y varios tramos de las murallas se encuentran peligrosamente debilitados. Hemos procedido a su apuntalamiento, pero es muy probable que dentro de no mucho los gurkos consigan abrir una brecha. Se han levantado barricadas en el interior para retenerlos en caso de que consigan abrirse paso hasta la Ciudad Baja. Aunque nuestras defensas se están viendo sometidas a una dura prueba, nadie contempla la posibilidad de rendirse. Seguiremos luchando.

Como siempre, Eminencia, sirvo y obedezco.

Sand dan Glokta

Superior de Dagoska

Glokta contenía el aliento y se chupaba las encías mientras observaba por el catalejo las nubes de polvo que se posaban sobre los tejados de los arrabales. Los últimos estrépitos de las piedras que caían se extinguieron y, por un momento, reinó el silencio en Dagoska. *El mundo entero contiene el aliento.*

Hasta su balcón, que se proyectaba desde los muros de la Ciudadela, muy por encima de la ciudad, llegó un lejano griterío. Un griterío que recordaba bien de los

campos de batalla del pasado y del presente. *Un recuerdo no demasiado grato. El grito de guerra de los gurkos. Ahí viene el enemigo.* Sabía que en ese momento cargaban por el terreno descubierto que había delante de las murallas, como habían hecho innumerables veces a lo largo de las últimas semanas. *Sólo que esta vez han abierto brecha.*

Observó las minúsculas figuras de los soldados que se movían por los polvorientos lienzos de muralla y por las torres que había a ambos lados de la brecha. Luego bajó el catalejo para mirar el amplio semicírculo que formaban las barricadas y las tres filas de hombres que se apostaban tras ellas esperando la llegada de los gurkos. Glokta frunció el ceño y movió por dentro de la bota su pie izquierdo para desentumecerlo. *Una defensa de aspecto bastante precario. Pero es todo cuanto tenemos.*

Los soldados gurkos empezaban ya a entrar en tropel por la brecha, como batallones de hormigas saliendo de un hormiguero; una masa de hombres avanzando a empellones, de acero centelleante y de ondeantes estandartes, que emergía de entre las nubes de polvo marrón y descendía atropelladamente por un amontonamiento de escombros para toparse con una furiosa lluvia de flechas. *Los primeros en cruzar la brecha. Un puesto nada envidiable.* Las filas que venían al frente fueron segadas nada más entrar; diminutas formas caían y rodaban por el montón de escombros que se alzaba tras la muralla. Pero, por muchos que cayeran, siempre había otros que seguían adelante por encima de los cuerpos de sus camaradas muertos, abriéndose paso entre la masa de piedras quebradas y vigas destrozadas hasta conseguir acceder al interior de la ciudad.

En ese momento se elevó por los aires otro griterío, y Glokta vio a los defensores cargar desde detrás de sus barricadas. Soldados de la Unión, mercenarios, dagoskanos, todos se abalanzaban hacia la brecha. A esa distancia todo parecía suceder con una absurda lentitud. *Un reguero de aceite y otro de agua que se deslizan lentamente el uno hacia el otro.* Se juntaron, y ya no hubo forma de distinguir a un bando del otro. Todos formaban una única masa en movimiento que fluía y se ondulaba como el mar, salpicada de destellos metálicos y con una o dos banderas de vistosos colores colgando flácidas por encima.

Los chillidos y los gritos flotaban sobre la ciudad, resonando y cambiando de dirección movidos por la brisa. Un lejano estruendo de dolor y de furia, el estrépito y el fragor de una batalla. A veces parecía una tormenta lejana e incomprensible. A veces un solo grito o una palabra llegaban a oídos de Glokta con pasmosa claridad. Le recordaba al ruido de la multitud en el Certamen de esgrima. *Sólo que aquí las puntas de las armas no son romas. Ambos bandos combaten a muerte. Me pregunto cuántos*

habrán muerto ya esta mañana. Se volvió hacia el general Vissbruck, que se encontraba a su lado, embutido en su inmaculado uniforme y sudando como un pollo.

—¿Ha luchado alguna vez en un tumulto como ése, general? ¿Un combate frente a frente, codo con codo o, como suele decirse, a punta de pica?

Vissbruck le respondió mientras seguía mirando ansiosamente por el catalejo.

—No, nunca.

—Pues no se lo recomiendo. Yo sólo lo hice una vez y no tengo ninguna gana de repetir la experiencia —Glokta cambió la posición del bastón en su mano sudorosa. *Claro que eso parece poco probable en la actualidad*—. A caballo, en cambio, combatí mucho. Cargar contra pequeñas unidades de infantería, ponerlas en desbandada, perseguirlas. Noble tarea esa de ir segando la vida de unos hombres que huyen; me gané todo tipo de elogios gracias a eso. Pero pronto descubrí que combatir a pie era algo completamente distinto. La aglomeración es de tal calibre que apenas si hay espacio para respirar, y menos aún para realizar actos heroicos. Los únicos héroes son los que tienen la suerte de salir vivos de ahí —resopló con una risa carente de alegría—. Recuerdo que en un determinado momento me quedé apretujado contra un oficial gurko. Estábamos tan pegados como si fuéramos dos amantes. No había forma de lanzar ni un mísero golpe, lo único que podíamos hacer era soltarnos gruñidos el uno al otro. Las puntas de las lanzas se clavaban por todas partes al azar. Los hombres se ensartaban sin querer en las lanzas de su propio bando o caían al suelo y eran pisoteados. Eran muchos más los que perecían de forma accidental que los que morían fruto de una acción deliberada. *De hecho, todo aquello no era más que un monumental accidente.*

—Un asunto muy desagradable —masculló Vissbruck—, pero necesario.

—Cierto, cierto —Glokta divisó un estandarte gurko, un sucio jirón de seda que ondeaba por encima del hervidero humano. Desde lo alto de las murallas rotas comenzaron a arrojar piedras sobre ellos. Los hombres, indefensos y apelotonados, trataban de avanzar, pero no podían moverse. Una gran cuba llena de aceite hirviendo cayó sobre ellos. Las tropas gurkas habían perdido cualquier apariencia de orden al penetrar por la brecha y el empuje de la masa informe comenzaba ya a flaquear. Los defensores embestían implacables por todos lados, arremetiendo con pica y escudo, descargando tajos con hachas y espadas, aplastando a los caídos bajo sus botas.

—¡Los estamos echando! —llegó la voz de Vissbruck.

—Sí —murmuró Glokta, contemplando el desesperado combate con el catalejo—. Eso parece. *Y mi gozo es ilimitado.*

Las tropas de asalto gurkas se encontraban ya rodeadas y los hombres caían como moscas mientras trataban de remontar el montón de escombros para salir por la brecha. Poco a poco, los supervivientes fueron expulsados a la tierra de nadie, donde quedaron a merced de las ballestas de las murallas, que dispararon contra la masa de hombres que huían, sembrando el pánico y la muerte. El vago sonido de los vítores de los defensores llegó a las murallas de la Ciudadela.

Otro asalto derrotado. Habrán muerto gurkos a montones, pero siempre quedan más. Si consiguen romper las barricadas y penetran en la Ciudad Baja, estamos perdidos. Ellos pueden seguir intentándolo tantas veces como quieran. Pero si nosotros fallamos una sola vez, el juego habrá terminado.

—Parece que el día es nuestro. Éste al menos —Glokta renqueó hasta el extremo del balcón y enfocó el catalejo hacia la bahía y el Mar del Sur que se extendía más allá. Hasta la línea del horizonte sólo se veía una reluciente superficie de agua en calma—. Y sigue sin haber ni rastro de la flota gurka.

Vissbruck carraspeó.

—Con todos los respetos... *0 más bien con ninguno.* Los gurkos no son un pueblo marinero. ¿Hay alguna razón para pensar que ahora disponen de una flota?

Sólo que un viejo hechicero negro se presentó en mis aposentos en medio de la noche y me dijo que estuviera atento por si aparecía.

—Que no podamos ver una cosa no quiere decir que no exista. El Emperador nos tiene cogidos por el cuello. Puede que no quiera mostrar todas sus cartas a la vez, quizás esté reservando su flota para emplearla en el momento más oportuno.

—¡Pero si dispusiera de barcos podría someternos a un bloqueo, matarnos de hambre, rodear nuestras defensas! No le habría hecho falta despilfarrar todos esos soldados...

—Si hay algo que el Emperador de Gurkhul tiene en abundancia son soldados, general. Ya han abierto una brecha practicable —Glokta recorrió las murallas con el catalejo hasta dar con el otro punto débil. Las grietas abiertas en la fábrica de mampostería eran perfectamente visibles y, a pesar de estar apuntaladas con gruesas vigas y con montones de escombros, no paraban de combarse hacia dentro—. Y pronto contarán con otra. Cuatro tramos del foso ya están cegados. Y, entretanto, nuestras fuerzas decrecen en número y nuestra moral flaquea. No les hacen falta los barcos.

—Pero nosotros los tenemos —Glokta se sorprendió al ver que el general se había pegado a él y le hablaba con voz suave y apremiante mientras le miraba muy serio a los ojos. *Como un hombre que se dispone a hacer una propuesta de matrimonio. 0 de traición.*

Me preguntó cuál de las dos cosas será—. Todavía estamos a tiempo —afirmó Vissbruck desviando los ojos para mirar con nerviosismo la puerta y volviendo luego a mirarle—. Tenemos el control de la bahía. Y mientras conservemos la Ciudad Baja, conservaremos también los muelles. Podríamos evacuar las tropas de la Unión. O a los civiles al menos. Todavía quedan unas cuantas mujeres e hijos de oficiales en la Ciudadela, así como unos cuantos mercaderes y artesanos establecidos en la Ciudad Alta que se muestran reacios a abandonar la ciudad. Podría hacerse en muy poco tiempo.

Glokta torció el gesto. *Cierto, tal vez, pero las órdenes del Archilector no eran ésas. Los civiles pueden hacer sus propios apaños, si asilo desean. Pero las tropas no van a ir a ninguna parte. Como no sea a sus piras funerarias.* Vissbruck tomó su silencio por una muestra de aquiescencia.

—Si da las órdenes, podría tenerlo todo listo esta misma noche y estaríamos lejos antes de que...

—¿Qué cree que nos esperaría cuando pusiéramos pie en territorio de la Unión? ¿Una lacrimógena reunión con nuestros superiores en el Agriont? Que algunos de nosotros no tardaríamos mucho en llorar a lágrima viva, no lo dudo ni un instante. ¿O lo que sugiere más bien es que cojamos esos barcos y pongamos rumbo al lejano Suljuk para vivir el resto de nuestros días en holganza y bienestar? —Glokta negó lentamente con la cabeza—. Eso no es más que una grata fantasía. Tenemos órdenes de no entregar la ciudad. No habrá rendición. Nada de echarse atrás. Nada de embarcarse.

—Nada de embarcarse —repitió Vissbruck con amargura—. Y, entretanto, cada día que pasa el cerco de los gurkos se estrecha más, nuestras bajas aumentan y hasta el último mendigo de la ciudad es consciente de que no podremos mantener el control de las murallas terrestres durante mucho tiempo. Mis hombres están al borde del amotinamiento y los mercenarios cada vez son menos de fiar. ¿Qué pretende que les diga? ¿Que las órdenes del Consejo Cerrado no contemplan la retirada?

—Dígales que un día de éstos llegarán refuerzos.

—¡Llevo semanas diciéndoselo!

—Perfecto, entonces no pasará nada porque se lo siga diciendo unos días más.

Vissbruck parpadeó.

—¿Y se puede saber cuándo se supone que llegarán esos refuerzos?

—Un día... —Glokta entornó los ojos— de éstos. Y hasta que eso suceda, resistiremos.

—¿Pero por qué? —la voz de Vissbruck sonaba tan aguda como la de una niña—. ¿Para qué? ¡Es una misión imposible! ¿Por qué, maldita sea? *Por qué. Siempre por qué. Empiezo a cansarme de hacerme esa pregunta.*

—Si cree que sé leer la mente del Archilector es usted más idiota de lo que yo imaginaba —Glokta se relamió las encías, meditando—. Pero en una cosa tiene razón. Las murallas terrestres pueden caer en cualquier momento. Tenemos que prepararnos para retirarnos a la Ciudad Alta.

—¡Pero... abandonar la Ciudad Baja supone abandonar también los muelles! ¡No podremos recibir provisiones! ¡Ni refuerzos, si es que llegan! ¡Acuérdese del elocuente discurso que me soltó, Superior! Las murallas de la Ciudad Alta son demasiado extensas y demasiado débiles, ¿recuerda? ¡Si caen las murallas terrestres, la ciudad está perdida! ¡Hay que vencerlos ahí o, si no, no habrá nada que hacer, usted mismo lo dijo! Si se pierden los muelles... ¡no habrá escapatoria! *¿Es que no se da cuenta, mi muy querido y rollizo general? La escapatoria jamás ha sido una opción.*

Glokta sonrió mostrando a Vissbruck los huecos de su dentadura.

—Cuando falla un plan, hay que probar otro. Nuestra situación, como muy bien ha señalado usted, es crítica. Créame, preferiría que el Emperador se diera por vencido y se fuera por donde ha venido, pero me parece que no podemos contar con eso, ¿no cree? Transmita a Cosca y a Kahdia la orden de evacuar a todos los civiles de la Ciudad Baja esta misma noche. En cualquier momento podemos vernos obligados a emprender la retirada. *Al menos así no tendré que darme una panzada a cojear para llegar al frente.*

—¡Pero la Ciudad Alta no puede acoger a tanta gente! ¡Tendrán que amontonarse en las calles! *Siempre será mejor que amontonarse en una fosa común.* ¡Tendrán que dormir en las plazas y en los zaguanes! *Siempre será mejor que dormir bajo tierra.* ¡Ahí abajo hay miles de personas!

—Razón de más para que se ponga manos a la obra cuanto antes.

***

Glokta estuvo a punto de darse la vuelta cuando traspasó el umbral. El calor resultaba casi insoportable, el hedor a sudor y a carne quemada le producía un desagradable picor en la garganta.

Los ojos se le habían inundado de lágrimas. Se los frotó con el dorso de la mano y escudriñó la oscuridad. Las figuras de los tres Practicantes cobraron forma en la penumbra. Formaban un corro y sus facciones enmascaradas, sembradas de duros

ángulos y profundas sombras, relucían con el intenso color naranja del brasero que los iluminaba desde abajo. *Demonios en el infierno.*

Profundas arrugas de furia surcaban el rostro de Vitari, que tenía la camisa empapada y pegada a los hombros. Severard, desnudo de cintura para arriba, lanzaba a través de la máscara unos resoplidos que hacían que su lacia melena pegara sacudidas. Frost estaba tan mojado como si hubiera aguantado a pie firme un chaparrón; goterones de sudor recorrían su pálida tez y en su mandíbula apretada se destacaban tensos los músculos. La única persona en la sala que no daba muestras de sentir ninguna incomodidad era Shickel. Una sonrisa estática se dibujaba en su semblante mientras Vitari le hundía el hierro candente en el pecho. *Como si fuera el momento más feliz de su vida.*

Glokta tragó saliva al recordar la vez en que le enseñaron a él el hierro de marcar. Se vio a sí mismo suplicando, rogando, pidiendo clemencia entre sollozos. Recordó el tacto del metal aplastado contra su piel. *Tan abrasador que casi producía frío.* El estrepitoso galimatías de sus propios aullidos. El hedor de su propia carne al arder. Aún podía olerlo. *Primero lo sufres tú mismo, luego se lo infliges a otros y finalmente ordenas que otros lo hagan por ti. Así funciona la vida.* Encogió sus hombros doloridos y entró renqueando en la sala.

—¿Algún progreso? —inquirió con voz ronca.

Severard soltó un gruñido, arqueó la espalda y se irguió. Acto seguido, se pasó una mano por la frente y salpicó la pringosa superficie del suelo con su sudor.

—Ella no sé, pero, como esto siga así, el que no tardará en derrumbarse soy yo.

—¡No hay manera! —soltó Vitari arrojando al brasero el hierro ennegrecido, que lanzó al aire una llovizna de chispas—. Hemos probado con aceros, con martillos, con agua, con fuego. Y ni una palabra. Parece que está hecha de piedra.

—De un material más blando que la piedra —bufó Severard—, pero no del mismo del que estamos hechos nosotros —cogió un cuchillo que había en la mesa, y su hoja emitió un fugaz resplandor anaranjado en la oscuridad. Luego se inclinó hacia delante y abrió un largo tajo en el fino antebrazo de Shickel. Mientras lo hacía, el rostro de la mujer apenas si palpitó levemente. La herida abierta brillaba con un intenso color rojo. Severard hundió un dedo en la carne abierta y lo retorció. Shickel no dio señal alguna de sentir dolor. Luego sacó el dedo, lo alzó y frotó la yema con el pulgar—. Ni siquiera está húmedo. Es como darle un corte a un cuerpo que llevara muerto más de una semana.

Glokta sintió un temblor en la pierna; hizo una mueca de dolor y se sentó en una silla vacía.

—Vamos, que esto no es normal.

—Ez obvio —rezongó Frost.

—En todo caso, ya no cicatriza tan bien como al principio —ninguna de las heridas que tenía en la piel se estaba cerrando. *Todas permanecen abiertas, tan muertas y secas como trozos de carne en una carnicería.* Tampoco parecía que las quemaduras se estuvieran desvaneciendo. *Estrías carbonizadas marcadas en la piel, como si fuera un pedazo de carne recién sacado de la parrilla.*

—Así lleva todo el tiempo, sentada, mirando y sin decir palabra —dijo Severard.

Glokta frunció el ceño. *¿A esto era a lo que quería dedicarme cuando decidí entrar en la Inquisición? ¿A torturar chiquillas?* Se frotó sus ojos escocidos con una mano para limpiárselos de humedad. *Claro que esto que tenemos aquí es mucho más y mucho menos que una chiquilla.* Se acordó de las manos que le aferraban, de los tres Practicantes luchando a brazo partido para quitársela de encima. *No debemos caer en el mismo error que cometimos con el Primero de los Magos.*

—Hay que tener una mentalidad abierta —murmuró.

—¿Sabe lo que diría mi padre de eso? —en vivo contraste con la tersura juvenil de su rostro, la voz sonó tan ronca, profunda y chirriante como la de un anciano.

Glokta sintió una palpitación en el ojo izquierdo y el hormiguear del sudor bajo su toga.

—¿Tu padre?

Los ojos de Shickel brillaban en la oscuridad mientras le dirigía una sonrisa. Casi parecía que los cortes que tenía en la cara sonrieran también con ella.

—Sí, mi padre. El Profeta. El Gran Khalul. Diría que una mentalidad abierta es como una herida abierta. Ambas son vulnerables al veneno. Ambas son susceptibles de volverse purulentas. Ambas sólo sirven para producir dolor a quienes las poseen.

—¿Ahora quieres hablar?

—Ahora he decidido hacerlo.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? Ahora ya sabe que soy yo y no usted quien toma las decisiones. Haga sus preguntas, tullido. Cuando se presenta la oportunidad de aprender, no hay que dejarla escapar. Bien sabe Dios la mucha falta que le hace. Un hombre perdido en el desierto...

—Ya me sé lo que sigue —Glokta hizo una pausa. *Son tantas las preguntas posibles, pero, ¿qué se puede preguntar a un ser así?*—. ¿Eres un Devorador?

—No es ése el nombre que nosotros nos damos, pero sí, lo soy —y, sin dejar de mirarle, inclinó ligeramente la cabeza—. Lo primero que hicieron los sacerdotes fue obligarme a que me comiera a mi madre. Eso fue cuando me encontraron. O lo hacía o me mataban, y entonces aún tenía muchas ganas de vivir. Después lloré, pero de eso hace ya mucho tiempo y todas mis lágrimas ya se han secado. Me doy asco, desde luego. A veces quisiera matar, a veces quisiera morir. Lo merezco. De eso no me cabe ninguna duda. Es mi única certeza.

A estas alturas ya debería haber aprendido a no esperar respuestas claras. Como esto siga así, voy a acabar por añorar a los Sederos. Por lo menos comprendía sus crímenes. De todas maneras, siempre es mejor obtener alguna respuesta que no obtener nada.

—¿Por qué comes carne humana?

—Por la misma razón que las aves comen gusanos. Por la misma razón que las arañas comen moscas. Porque Khalul lo quiere así y nosotros somos las criaturas del Profeta. Cuando Juvens fue traicionado, Khalul juró vengarle, pero era él solo contra muchos. Por eso hizo su gran sacrificio: transgredió la Segunda Ley y los justos se unieron a él y su número fue creciendo con el paso de los años. Algunos lo hicieron por propia voluntad. Otros no. Pero ninguno ha renegado de él. Ahora tengo innumerables hermanos y todos nosotros hemos de sacrificarnos también.

Glokta señaló el brasero.

—¿Sientes dolor?

—No, pero remordimientos sí, muchos.

—Es curioso. A mí me ocurre justo lo contrario.

—En eso tiene usted más suerte que yo.

Glokta soltó un resoplido.

—Es fácil decirlo cuando uno no aúlla de dolor cada vez que tiene que orinar.

—Apenas recuerdo ya lo que sea el dolor. Todo eso pasó hace mucho tiempo. A cada uno de nosotros se le otorga un don diferente. Fuerza, rapidez, una resistencia sobrehumana. Algunos de los nuestros pueden adoptar distintas formas, o engañar a la vista, o incluso emplear el Arte de la misma manera en que Juvens se lo enseñó a sus aprendices. Cada uno de nosotros tiene un don distinto, pero la maldición es igual para todos —Shickel miró fijamente a Glokta con la cabeza ladeada.

A ver si lo adivino.

—¿No puedes dejar de comer?

—Nunca. Y de ahí que el ansia de esclavos de los gurkos sea inagotable. Nada se resiste al Profeta, bien lo sé. El Gran Padre Khalul —alzó la vista al techo con gesto

reverencial—. Sacerdote Supremo del Templo de Sarkant. El hombre más santo que jamás haya hollado la tierra. Azote de los orgullosos, rectificador de agravios, voz de la verdad. La luz que desprende brilla como la de las estrellas. Cuando abre la boca a través de él habla la voz de Dios. Cuando...

—Y seguramente también caga zurullos de oro. ¿Cómo puedes creerte semejante basura?

—¿Qué importa lo que yo crea? Yo no elijo. Cuando tu señor te encomienda una tarea, haces todo lo que puedas para llevarla a cabo. Por siniestra que sea.

Eso puedo entenderlo.

—Algunos sólo parecemos servir para las tareas más siniestras. Una vez que uno ha elegido señor...

Desde el otro lado de la mesa Shickel soltó una risa ronca y seca.

—Muy pocos son los que elijen. Hacemos lo que se nos manda. Nos mantenemos en pie o caemos al lado de los que nacieron junto a nosotros, de los que tienen nuestra misma apariencia, de los que hablan nuestro mismo lenguaje, y de las razones sabemos tan poco como pueda saber el polvo al que regresamos —la cabeza se le desplomó hacia un lado y una de las heridas que tenía en el hombro se abrió como si fuera una boca—. ¿Cree que me gusta haberme convertido en esto? ¿Cree que no sueño con ser igual que los demás? Pero, una vez que se ha producido la transformación, ya no hay vuelta atrás. ¿Entiende?

Oh, sí. Pocos lo entenderían mejor.

—¿Por qué te enviaron aquí?

—La obra de los justos no tiene final. Vine para ver cómo Dagoska volvía al redil. Para ver cómo la gente adoraba a Dios de acuerdo con las enseñanzas del Profeta. Para ver cómo mis hermanos y hermanas se alimentaban.

—Pues parece que has fracasado.

—Otros vendrán luego. Nada se resiste al Profeta. La ciudad está condenada.

Hasta ahí llego. Probemos otro enfoque.

—¿Qué sabes de... Bayaz?

—Ah, Bayaz. Era el hermano del Profeta. Con él empezó todo y con él todo acabará —su voz se redujo a un susurro—. Un mentiroso, un traidor. Fue quien mató al maestro. El asesino de Juvens.

Glokta frunció el ceño.

—No es eso lo que a mí me han contado.

—Cada cual cuenta las cosas a su manera, hombre roto. ¿Aún no lo ha aprendido? —sus labios se fruncieron—. No entiende nada de la guerra en que está luchando, ni de las armas, ni de las víctimas, ni de las victorias y las derrotas que tienen lugar día a día. Ni siquiera intuye cuáles son los bandos, las causas, las razones. El campo de batalla está por todas partes. Le compadezco. Es usted como un perro que tratara de comprender los argumentos de los sabios y sólo oyera ladridos. Los justos están en camino. Khalul barrerá todas las mentiras de la tierra e instaurará un orden nuevo. Juvens será vengado. Así ha sido predicho. Así se ha ordenado. Así se ha prometido.

—Dudo mucho que tú lo veas.

Shickel le sonrió.

—Lo mismo le digo. Mi padre habría preferido tomar la ciudad sin lucha, pero si tiene que luchar para conseguirla, lo hará, sin piedad y con el respaldo de la cólera de Dios. Éste es sólo el primer paso del camino que ha elegido. Del camino que ha elegido para todos nosotros.

—¿Y cuál es el siguiente paso?

—¿Se cree que mis señores me informan de sus planes? ¿A usted sí? Soy un gusano. No soy nada. Y, sin embargo, soy mucho más que usted.

—¿Qué va a pasar ahora? —bufó Glokta. Silencio nada más.

—¡Contéstale! —bufó Vitari. Frost cogió del brasero un hierro con la punta incandescente y lo hundió en el hombro desnudo de Shickel. Un vapor sibilante y fétido se elevó en el aire, la grasa salió escupida y chisporroteó, pero la muchacha permanecía muda. Sus ojos adormilados observaban arder su carne con indiferencia. *Aquí no voy a obtener ninguna respuesta. Sólo preguntas. Siempre más preguntas.*

—Ya he tenido suficiente —gruñó Glokta echando mano de su bastón e incorporándose trabajosamente mientras se retorcía en un intento tan inútil como doloroso de despegarse la camisa de la espalda.

Vitari señaló a Shickel, cuyos ojos entrecerrados brillaban mientras miraba fijamente a Glokta con una media sonrisa en los labios.

—¿Qué hacemos con esto?

Un agente prescindible de un señor indiferente, enviado contra su voluntad a un lugar lejano para luchar y matar por unos motivos que apenas comprende, ¿Me suena de algo? Glokta contrajo el rostro mientras daba su dolorida espalda a la hedionda cámara.

—Quémala —dijo.

***

Glokta estaba en la terraza, al relente de la noche, contemplando con gesto ceñudo la Ciudad Baja.

En lo alto del peñón soplaba el viento, un viento frío procedente de la oscuridad del mar que le azotaba la cara y los dedos que tenía posados en la baranda, a la vez que agitaba los faldones de su toga, golpeándoselos contra las piernas. *Lo más parecido al invierno que hay en este maldito crisol de razas.* Junto a la puerta, encerradas en sus cajas negras, las llamas de las antorchas aleteaban y parpadeaban: dos solitarias luces en medio de la creciente oscuridad. Fuera había más luces, muchas más. En las jarcias de los bajeles de la Unión que había fondeados en el puerto ardían los faroles, y sus reflejos centelleaban y espejeaban en las aguas. Brillaban luces en las ventanas de los oscuros palacios que había a los pies de la Ciudadela y en lo alto de las majestuosas torretas del Gran Templo. Más abajo, en los arrabales, ardían miles de antorchas. Un interminable reguero de puntos luminosos fluía desde los edificios y se desparramaba por las calles que conducían a la Ciudad Alta. *Refugiados que abandonan sus hogares con poco más que lo puesto en busca de una incierta seguridad, ¿Podremos garantizársela durante mucho tiempo una vez que hayan caído las murallas terrestres?* Sabía la respuesta. *No.*

—¡Superior!

—Hombre, maese Cosca. Qué bien que haya podido venir a hacerme compañía.

—¡Faltaría más! Después de una escaramuza, no hay nada como darse un paseo a la brisa del atardecer —el mercenario se le acercó cerniendo el cuerpo. Caminaba con brío, tenía los ojos chispeantes, el cabello primorosamente peinado y los mostachos tan tiesos como si se los hubiera encerado. *Es como si de pronto hubiera crecido un par de centímetros y se hubiera quitado lo menos diez años de encima.* Se plantó de un salto junto al antepecho, cerró los ojos y respiró hondo por su afilada nariz.

—Para ser alguien que viene de una batalla, tiene usted un aspecto inmejorable.

El estirio le sonrió de oreja a oreja.

—Más que en la batalla, he estado un poco por detrás de ella. Siempre he pensado que las primeras líneas no son el mejor lugar para combatir. Hay tanto ruido que nadie te oye. Y, además, las posibilidades de palmarla son mucho mayores.

—Sin duda. ¿Qué tal nos ha ido?

—Los gurkos siguen estando fuera, así que yo diría que, para lo que son las batallas, no nos ha ido del todo mal. No creo que los muertos estuvieran de acuerdo conmigo, pero a quién le importa su opinión —dicho aquello, se rascó alegremente el cuello—. Hoy ha ido bastante bien la cosa. Pero mañana y pasado mañana, ¿quién

sabe? ¿Alguna señal de esos refuerzos? —Glokta negó con la cabeza y el estirio aspiró con energía una bocanada de aire—. No es que a mí me importe, desde luego, pero a lo mejor usted quiere plantearse la posibilidad de una retirada mientras la bahía siga en nuestras manos.

A todo el mundo le gustaría retirarse. Incluso a mí. Glokta soltó un resoplido.

—El Consejo Cerrado me tiene atado corto y dice que no. El honor del Rey no lo permite, según me informan, y, al parecer, su honor vale más que nuestras vidas.

Cosca alzó las cejas.

—El honor, ¿eh? ¿Se puede saber qué es eso? Cada hombre piensa que es una cosa distinta. Cuanto más se tiene, peor te sienta, y si no tienes nada, jamás lo echas en falta —sacudió la cabeza—. Y, sin embargo, algunos hombres piensan que no hay nada más importante en el mundo.

—Hummm —masculló Glokta chupándose las encías. *El honor no vale lo que vale una pierna o unos dientes. Aprender esa lección me costó muy caro.* Luego escrutó el oscuro perfil de las murallas terrestres, que estaban salpicadas de hogueras. Aún se oían vagos ruidos de combate y, ocasionalmente, alguna flecha en llamas remontaba en el aire y caía en los devastados arrabales. *Ni siquiera ahora para el maldito asunto.* Respiró hondo.

—¿Qué posibilidades tenemos de resistir otra semana más?

—¿Otra semana? —Cosca frunció los labios—. Razonables.

—¿Y dos semanas?

—¿Dos? —Cosca chasqueó la lengua—. Menos buenas.

—Lo que quiere decir que un mes entero es absolutamente imposible.

—Imposible es la palabra exacta.

—Parece como si la situación le divirtiera.

—¿A mí? Me he especializado en las causas perdidas —obsequió a Glokta con la mejor de sus sonrisas—. En los últimos tiempos son las únicas que me ofrecen.

Conozco esa sensación.

—Resista en las murallas terrestres todo lo que pueda y luego emprenda la retirada. Las murallas de la Ciudad Alta serán nuestra nueva línea de defensa.

La sonrisa de Cosca era tan luminosa que casi parecía brillar en la oscuridad.

—¡Resistir todo lo que podamos y luego retirarnos! ¡Me muero de ganas de empezar!

—Y, ya de paso, tal vez no sería mala idea prepararles unas cuantas sorpresas a nuestros huéspedes gurkos para cuando finalmente traspasen las murallas. Ya sabe —y Glokta agitó la mano con gesto vago—, trampas de alambre, pozos ocultos, picas embadurnadas de excrementos, esa clase de cosas. Apuesto a que usted tiene experiencia en ese tipo de combate.

—Yo tengo experiencia en todo tipo de combate —soltó Cosca dando un taconazo y saludando militarmente—. ¡Picas y excrementos! ¡A eso le llamo yo honor!

Esto es una guerra. Sólo hay honor si se gana.

—Hablando de honor, será mejor que informe a nuestro amigo el general Vissbruck de dónde planta sus sorpresas. Sería una lástima que se empalara accidentalmente.

—Desde luego, Superior. Sería una verdadera lástima.

Glokta sintió que su mano se cerraba sobre el parapeto hasta formar un puño.

—Debemos hacer pagar a los gurkos por cada zancada de terreno conquistado. *Por mi pierna destrozada.* Por cada centímetro. *Por los dientes que me faltan.* Por cada mísera choza o cabaña en ruinas, por cada trozo de polvo sin valor. *Por mis ojos llorosos, por mi espalda contrahecha, por esta parodia repugnante que es mi vida* —se chupó sus encías desnudas—. Asegúrese de que lo pagan caro.

—¡Estupendo! ¡El único gurko bueno es el gurko muerto! —el mercenario se dio la vuelta y, emitiendo un leve tintineo con las espuelas, atravesó la puerta que daba a la Ciudadela, dejando a Glokta solo en la terraza.

¿Una semana? ¿Dos semanas? Quizás. ¿Más tiempo? Imposible. Puede que no haya barcos, pero el enigmático Yulwei estaba en lo cierto. Como también lo estaba Eider. Nunca tuvimos ni la más mínima posibilidad. Pese a todos nuestros esfuerzos, pese a todos nuestros sacrificios, Dagoska caerá, no hay duda. Ya es sólo cuestión de tiempo.

Contempló la ciudad, que ya estaba oscurecida. En medio de aquella negrura costaba trabajo distinguir la tierra del mar, las luces de los barcos de las de los edificios, las antorchas de las jarcias de las de los arrabales. Todo era una confusión de puntos luminosos que fluían incorpóreos los unos en torno a los otros en medio del vacío. Sólo una cosa era segura.

Todo ha terminado. No esta noche, pero bien pronto. Estamos atrapados en una red que cada vez se cierra más. Es sólo cuestión de tiempo.

Cicatrices

Uno por uno, Ferro fue soltando los puntos: saltando limpiamente los hilos con la refulgente punta de su cuchillo, extrayéndolos con suavidad de la piel de Luthar, moviendo con rapidez y seguridad las puntas de sus dedos morenos, entornando sus ojos amarillos en un gesto de concentración. Mientras la miraba trabajar, Logen negaba muy despacio con la cabeza ante tal despliegue de destreza. Lo había visto hacer multitud de veces, pero nunca así de bien. La cara de Luthar apenas expresaba dolor, y eso que últimamente parecía andar siempre dolorido.

—¿Hace falta ponerle otra venda?

—No. Hay que dejar que se airee —cortó el último punto, tiró los trozos ensangrentados de hilo y, balanceándose sobre sus rodillas, se puso de pie para contemplar su obra.

—Está muy bien —dijo Logen en voz baja. Nunca habría imaginado que iba a quedar ni la mitad de bien. A la luz de la hoguera, la mandíbula de Luthar se veía un poco torcida, como si estuviera masticando sólo por un lado. Una muesca irregular cortaba sus labios, de los que arrancaba una cicatriz que bajaba zigzagueando hasta la punta de la barbilla, con las manchitas rosadas que habían dejado los puntos a ambos lados y la piel de alrededor estirada y fruncida. Al margen de la hinchazón, que pronto se le bajaría, no había nada más—. Vaya un remiendo que le has hecho, nunca había visto uno mejor. ¿Dónde aprendiste a curar heridas?

—Un tipo que se llamaba Aruf me enseñó.

—Pues lo hizo muy bien. No es una habilidad demasiado común. Es una suerte para todos nosotros que te enseñara.

—Antes tuve que follar con él.

—Ah —eso arrojaba una luz muy distinta sobre el asunto.

Ferro se encogió de hombros.

—No me importó. No era un mal tipo del todo y, además, también me enseñó a matar. He follado con hombres bastante peores por mucho menos —miró a Luthar



con gesto ceñudo y le apretó con los pulgares la mandíbula para ver cómo estaba la carne alrededor de la herida—. Por mucho menos.

—Ya —murmuró Logen. Luthar y él se miraron azorados. La conversación había tomado un derrotero muy distinto del que él había imaginado. Claro que, tratándose de Ferro, tal vez debería haberlo supuesto. Se pasaba todo el tiempo intentando sacarle una palabra y, luego, cuando lo conseguía, el resultado era muy distinto del esperado y le dejaba sin saber qué decir.

—Ya está lista —gruñó Ferro tras pasarse un rato palpando en silencio la cara de Luthar.

—Gracias —antes de que se apartara, Luthar la cogió de la mano—. De veras, no sé qué habría sido de mí si...

Ferro torció el gesto como si le hubiera dado una bofetada y le hubiera arrancado varios dedos.

—¡Muy bien! Pero si le vuelven a romper la cara, tendrá que cosérsela usted mismo —y, dicho aquello, se puso de pie, se alejó furiosa y fue a sentarse entre las sombras en el rincón de las ruinas que estaba más apartado de ellos sin llegar a salir fuera del recinto. Que le dieran las gracias parecía gustarle menos aún que mantener una conversación, pero Luthar estaba demasiado contento de verse al fin libre del vendaje para pensar demasiado en ello.

—¿Qué tal ha quedado? —preguntó mientras bizqueaba para contemplar su propia mandíbula y hacía muecas de dolor al palparla.

—Está bien —dijo Logen—. Tiene suerte. Tal vez no esté tan guapo como antes, pero sigue resultando mil veces más grato a la vista que yo.

—Por supuesto —dijo pasando la lengua por la muesca de sus labios y esbozando una sonrisa—. Para que no fuera así tendrían que haberme cortado la cabeza.

Logen sonrió mientras se arrodillaba junto al puchero y se ponía a remover la papilla. Empezaba a llevarse bien con Luthar. La lección había sido muy dura, pero al muchacho le había venido maravillosamente bien que le rompieran la cara. Le había enseñado a tener un poco de respeto, y mil veces más deprisa que cualquier sermón. También a ser realista, y eso no podía ser más que beneficioso para él. Pequeños gestos y tiempo. Rara vez fallaban cuando se trataba de ganarse a alguien. Entonces su vista recaló en Ferro, que le miraba con gesto ceñudo desde las sombras, y la sonrisa se le borró de los labios. Con alguna gente se tardaba más y siempre había unos pocos con los que no se conseguía. Dow el Negro había sido uno de ésos. Como habría dicho el padre de Logen, era de los que estaban hechos para caminar solos.

Volvió la vista al puchero, pero su contenido tampoco era como para levantarle a uno el ánimo: una mísera papilla de cereales con unas tiras de tocino y unas cuantas raíces troceadas. No había caza por allí. El nombre de tierra muerta hacía honor al sitio aquel. La hierba de la llanura había sido reemplazada por una vegetación de pequeños matojos pardos con un suelo de polvo gris. Echó un vistazo a la casa en ruinas donde habían montado el campamento. El parpadeo de la hoguera iluminaba las piedras cuarteadas, el enlucido descascarillado, los maderos astillados. No había helechos que echaran raíces entre las grietas, ni retoños creciendo en la tierra, ni siquiera una mísera brizna de musgo entre las piedras. Logen tenía la impresión de que eran las primeras personas que ponían el pie en aquel lugar desde hacía siglos. Y puede que así fuera.

Y luego estaba el silencio. Casi no había viento aquella noche. Lo único que se oía era el leve crepitar del fuego y el murmullo de la voz de Bayaz sermoneando a su aprendiz sobre esto y aquello. Logen se alegraba de que el Primero de los Magos se hubiera repuesto, aunque ahora parecía mucho más viejo y bastante más adusto que antes. Al menos así no tenía que ser él quien tomara las decisiones. No podía decirse que a las personas que se habían visto afectadas por ellas les hubiera ido demasiado bien.

—¡Por fin una noche rasa! —canturreó el Hermano Pielargo, que acababa de aparecer por el dintel y estaba señalando hacia arriba con un gesto de infinita suficiencia—. ¡Un cielo perfecto para orientarse! ¡Es la primera vez en diez días que se ven bien las estrellas y, sin embargo, puedo asegurarles que no nos hemos desviado de nuestro rumbo ni una sola zancada! ¡Ni un solo pie! No les he guiado mal, amigos. ¡Ah, no! ¡Eso no habría sido propio de mí! —Nadie se molestó en felicitarle. Bayaz y Quai siguieron enfrascados en su malhumorada conversación en voz baja. Luthar sostenía en alto la hoja de su acero corto y trataba de encontrar un ángulo en donde poder ver su reflejo. Ferro estaba sentada en un rincón con cara de pocos amigos. Pielargo suspiró y se puso en cuclillas junto al fuego—. ¿Papilla otra vez? —masculló asomándose al puchero y arrugando la nariz.

—Me temo que sí.

—En fin. Son las penalidades del camino, ¿eh, amigo? ¿Dónde iría a parar la gloria de los viajes si no fuera por las privaciones?

—Ja —soltó Logen. Con gusto habría cambiado la gloria por una cena decente. Siguió removiendo el borbollante emplasto con la cuchara sin mucho entusiasmo.

Pielargo se inclinó hacia él y le habló entre dientes.

—Parece que nuestro ilustre patrón sigue teniendo bastantes problemas con su aprendiz —el sermón de Bayaz sonaba cada vez más alto y más subido de tono.

—... ser ducho en el manejo de una sartén está muy bien, pero la práctica de la magia sigue siendo su principal vocación. De un tiempo a esta parte su comportamiento ha experimentado un cambio muy significativo. Aprecio en usted cierta actitud reticente, cierta propensión a la desobediencia. Estoy empezando a sospechar que después de todo va a resultar usted un discípulo bastante decepcionante.

—¿Acaso fue usted siempre un discípulo ejemplar? —en el tono de Quai se apreciaba un leve atisbo de burla—. ¿Es que nunca se sintió defraudado su maestro con usted?

—Así fue, y las consecuencias no pudieron ser más nefastas. Todos cometemos errores. Y es deber del maestro procurar que sus alumnos no cometan esos mismos errores.

—En tal caso tal vez no estaría de más que me contara cuáles fueron sus errores. Puede que eso contribuya a hacer de mí un mejor alumno.

Maestro y aprendiz se quedaron mirándose con furia contenida desde cada lado de la hoguera. A Logen el ceño de Bayaz no le hacía pizca de gracia. No era la primera vez que veía esa expresión en la cara del Primero de los Magos y nunca había traído nada bueno. No alcanzaba a comprender por qué motivos en el espacio de unas pocas semanas Quai había pasado del más abyecto servilismo a una actitud de resentida hostilidad, pero lo único cierto era que aquello no contribuía en absoluto a hacerles la vida más fácil a los demás. Mientras aparentaba sentirse fascinado por la papilla, Logen comenzaba a temerse que de un momento a otro oiría el rugido de una llama abrasadora. Pero, cuando por fin se rompió el silencio, lo que se oyó fue la voz de Bayaz hablando en un tono muy suave.

—Muy bien, maese Quai, por una vez ha formulado usted una petición sensata. Hablemos de mis errores. Un tema ciertamente amplio. ¿Por dónde empezar?

—¿Por el principio? —aventuró el aprendiz—. ¿No es por ahí por dónde deben empezar siempre los hombres?

El Mago soltó un agrio gruñido.

—Ja. Habrá que irse muy atrás entonces, a los Viejos Tiempos —hizo una pausa y miró fijamente las llamas, cuyo reflejo bailoteaba en su rostro afilado—. Yo fui el primer aprendiz de Juvens. Pero al poco de comenzar mi formación, mi maestro cogió otro aprendiz. Un muchacho del Sur. Khalul se llamaba —Ferro alzó la vista de golpe y frunció el ceño desde las sombras—. Desde el primer momento no congeniamos. Los dos éramos demasiado orgullosos, cada uno envidiaba los talentos del otro y sentíamos celos de cualquier gesto de favor que el maestro mostrara por el otro. A pesar de que con el paso de los años Juvens cogió más aprendices, doce en

total, nuestra rivalidad persistió. Al principio contribuyó a hacernos mejores discípulos, más diligentes, más abnegados. Pero, tras el horror de la guerra contra Glustrod, muchas cosas cambiaron.

Logen reunió los cuencos y comenzó a servir humeantes cucharadas de papilla, a la vez que procuraba no perder el hilo del relato de Bayaz.

—Nuestra rivalidad acabó por convertirse en enemistad y, luego, la enemistad dio paso al odio. Probablemente si se nos hubiera dejado a nuestro aire, al final nos habríamos matado el uno al otro. Y es posible que entonces el mundo hubiera sido un lugar más habitable; pero Juvens intervino. A mí me envió al norte y a Khalul al sur, a las dos grandes bibliotecas que había erigido en uno y otro lugar hacía muchos años. Nos envió allí para que estudiáramos separados y solos, con la esperanza de que nuestra animosidad se enfriara. Pensó que las altas montañas, y el ancho mar, y la enorme extensión del Círculo del Mundo pondrían fin a nuestra enemistad, pero con nosotros se equivocó. Nuestra rabia creció aún más en el exilio, del que culpábamos al otro, y seguimos tramando mezquinos planes para vengarnos.

Logen comenzó a repartir las escuetas raciones de comida mientras Bayaz dirigía una mirada irritada a Quai bajo sus pobladas cejas.

—¡Ojalá hubiera tenido el sentido común de hacer caso a mi maestro! Pero entonces era joven, y terco, y estaba lleno de orgullo. Ardía en deseos de llegar a ser más poderoso que Khalul. Y, tonto de mí, decidí que si Juvens no estaba dispuesto a enseñarme más cosas... tendría que acudir a otro maestro.

—¡Eh, pálido, que ya rebosa! —gruñó Ferro arrebatándole a Logen el cuenco de las manos.

—No hace falta que me des las gracias —y, acto seguido, le tiró la cuchara y ella la atrapó en el aire. A continuación, Logen le pasó su cuenco al Primero de los Magos—. ¿Otro maestro? ¿Y qué otro maestro podía haber?

—Sólo uno —dijo Bayaz en un susurro—. Kanedias. El Maestro Creador —luego se puso a dar vueltas a la cuchara en la mano con gesto pensativo—. Fui a su Casa, me arrodillé ante él y, postrado a sus pies, le rogué que me aceptara como discípulo. Como hacía con todo el mundo, me rechazó... en un primer momento. Yo era muy tozudo y, transcurrido un tiempo, cedió y aceptó enseñarme.

—De modo que vivió en la Casa del Creador —murmuró Quai—. Encorvado sobre su cuenco, Logen se estremeció. Sólo había hecho una breve visita a aquel lugar, pero aún le producía pesadillas.

—Así es —dijo Bayaz—, y tuve ocasión de conocer sus entresijos. A mi nuevo maestro le resultaban útiles mis conocimientos del Gran Arte. Pero Kanedias era

mucho más celoso de sus secretos que Juvens, y mientras yo trabajaba como un esclavo en sus fraguas, él se limitaba a enseñarme sólo lo mínimo necesario para que pudiera ayudarle en sus trabajos. Acabé amargado y, un día, aprovechando que el Creador había partido en busca de materias primas para sus obras, mi curiosidad, mi ambición y mi sed de conocimientos me llevaron a deambular por aquellas partes de su Casa a las que tenía vedado el acceso. Y allí hallé su secreto mejor guardado —Bayaz hizo una pausa.

—¿Qué era? —terció Pielargo con la cuchara detenida a mitad de camino de su boca.

—Su hija.

—Tolomei —susurró Quai con un siseo casi inaudible.

Bayaz asintió con la cabeza y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba como si le hubiera venido a la memoria un recuerdo muy grato.

—Era distinta de cualquier otra mujer. Nunca había salido de la Casa del Hacedor, nunca había hablado con nadie que no fuera su padre. Según me dijo, le ayudaba en algunas tareas. Manipulaba... ciertos materiales... que sólo alguien que tuviera la misma sangre del Creador podía tocar. Creo que ésa fue la principal razón por la que la engendró. Era la mujer más hermosa que haya existido jamás —el rostro de Bayaz palpitó y clavó la vista en el suelo con una sonrisa amarga—. O al menos así se me aparece en el recuerdo.

—Estaba bueno esto —dijo Luthar chupándose los dedos tras dejar su cuenco vacío en el suelo. Últimamente se mostraba bastante menos fastidioso con la comida. Logen supuso que pasarse unas cuantas semanas sin poder masticar bastaría para tener ese efecto en un hombre—. ¿Queda más? —preguntó esperanzado.

—Coja el mío —le siseó Quai tendiéndole bruscamente su cuenco. La expresión del semblante del aprendiz era de una frialdad escalofriante, y sus ojos, dos puntos luminosos que brillaban en la oscuridad, miraban desafiantes a su maestro—. Prosiga.

Bayaz alzó la vista.

—Tolomei me fascinaba y yo a ella también. Ahora parecerá extraño, pero entonces yo era joven, estaba lleno de pasión y todavía tenía una cabellera tan espléndida como la del capitán Luthar —se pasó la palma de la mano por la calva y luego se encogió de hombros—. Nos enamoramos —los miró a todos uno por uno, como retándolos a que se rieran, pero Logen estaba demasiado ocupado sacándose los restos de la salada papilla que se le habían quedado encajados en los dientes y los demás ni siquiera esbozaron una sonrisa.

—Me habló de los trabajos que le encomendaba su padre y poco a poco fui comprendiendo. El Creador había ido reuniendo de acá y de allá los restos de un material del mundo inferior que quedaban de la época en que los demonios poblaban la tierra. Tenía la intención de extraer el poder que contenían esas esquirlas para incorporarlo a sus inventos. Estaba enredando con las fuerzas prohibidas por la Primera Ley y ya había obtenido algunos éxitos.

Logen rebulló inquieto. Se acababa de acordar del extraño y fascinante objeto que había visto en la Casa del Creador colocado en el lecho húmedo de un bloque de piedra blanca. El Divisor, así lo había llamado Bayaz. Dos filos: uno aquí y el otro en el Otro Lado. Se le había quitado el apetito, y empujó hacia el fuego su cuenco a medio terminar.

—Yo estaba horrorizado —prosiguió Bayaz—. Había visto la devastación que Glustrod había traído al mundo y decidí volver con Juvens y contárselo todo. Pero me daba miedo dejar allí a Tolomei, y ella, por su parte, se mostraba reacia a abandonar el único lugar que conocía en el mundo. Me demoré, Kanedias regresó antes de lo previsto y nos descubrió juntos. Su furia fue... —y Bayaz hizo una mueca de dolor como si el mero recuerdo le resultara doloroso— indescriptible. La Casa entera se estremeció, retumbó, ardió. Tuve suerte de salir con vida de allí. Luego huí a buscar refugio con mi antiguo señor.

Ferro resopló con desdén.

—Un tipo indulgente, ¿eh?

—Sí, por fortuna para mí. A pesar de mi traición, Juvens no me rechazó. Sobre todo una vez que le hablé de los intentos de su hermano de quebrantar la Primera Ley. Al poco, el Creador, lleno de ira, se presentó ante Juvens reclamando justicia por la afrenta que había sufrido su hija y por el robo de sus secretos. Pero Juvens se la negó y exigió a Kanedias que le dijera qué experimentos había estado realizando. Los hermanos lucharon y yo salí huyendo. El cielo resplandeció con el furor de su combate. Cuando regresé, mi maestro estaba muerto y su hermano ya se había ido. Juré vengarme. Convoqué a los Magos, que estaban desperdigados por todo el mundo, y emprendimos la guerra contra el Creador. Todos menos Khalul.

—¿Por qué él no? —gruñó Ferro.

—Dijo que no se podía confiar en mí. Que era mi locura la que había provocado la guerra.

—¿Y no tenía razón? —mascculló Quai.

—Puede que sí, en parte. Pero también me acusó de cosas mucho peores. Él y su maldito aprendiz, Mamun. Mentiras —bufó mirando hacia el fuego—. Todo mentira,

y los demás Magos no se dejaron engañar. Así que Khalul dejó la orden y regresó al sur, donde buscó poder en otras partes. Y lo encontró. Haciendo lo mismo que ya había hecho antes Glustrod y condenándose como él. Quebrantando la Segunda Ley, comiendo carne humana. Sólo once de nosotros fuimos a luchar contra Kanedias y sólo nueve regresamos.

Bayaz respiró hondo y exhaló un prolongado suspiro.

—Bien, maese Quai. Ahí tiene la verdad desnuda de mis errores. Diga si quiere que fueron la causa de la muerte de mi maestro y del cisma de la Orden de los Magos. Diga si quiere que ésa es la razón por la que ahora nos dirigimos hacia el oeste, hacia las ruinas del pasado. Diga si quiere que soy el culpable de que el capitán Luthar tenga la mandíbula rota.

—Las semillas del pasado dan sus frutos en el presente —musitó Logen.

—Así es —dijo Bayaz—. Así es. Un fruto increíblemente amargo. En fin, maese Quai, ¿aprenderá de mis errores, como hice yo, y hará más caso a lo que le diga su maestro?

—Por supuesto. Le obedeceré en todo —dijo el aprendiz. Logen, no obstante, creyó advertir un leve deje de ironía en su voz.

—Sería lo más sensato. Si yo hubiera obedecido a Juvens, tal vez no tendría ahora esto —Bayaz se desabrochó dos botones y se abrió el cuello de la camisa hacia un lado. La luz parpadeante de la hoguera iluminó una desvaída cicatriz que arrancaba de la base del cuello del anciano y bajaba hacia el hombro—. El Creador en persona me la hizo. Un centímetro más y me habría costado la vida —se la frotó con gesto amargo—. A pesar del tiempo que ha pasado, todavía me duele de vez en cuando. Ni se imaginan el dolor que me ha causado a lo largo de los años. En fin, maese Luthar, ya ve que, por muchas marcas que le hayan quedado, podría haber sido bastante peor.

Pielargo carraspeó.

—Una señora herida, qué duda cabe, pero me parece que yo puedo superarla —se agarró la pernera de su mugriento pantalón, se la arremangó hasta la ingle y luego acercó su nervuda pierna a la luz de la hoguera. Una repulsiva cicatriz gris de carne rugosa le recorría la totalidad de la pierna. El propio Logen tuvo que reconocer para sus adentros que estaba impresionado.

—¿Cómo demonios se hizo eso? —inquirió Luthar, con el estómago un poco revuelto.

Pielargo sonrió.

—Hace muchos años, cuando aún era joven, un tifón me hizo naufragar a no mucha distancia de la costa de Suljuk. En total han sido nueve las veces que Dios ha estimado conveniente arrojarme a su frío océano en las peores condiciones meteorológicas imaginables. Por fortuna, también me ha bendecido con una notable destreza en el desempeño del arte natatorio. Pero en aquella ocasión, por desgracia, una especie de pez gigantesco me confundió con su próximo almuerzo.

—¿Un pez? —masculló Ferro.

—Exacto. Un pez de lo más grande y agresivo, con unas fauces tan anchas como el umbral de una puerta y unos dientes que parecían cuchillos. Afortunadamente, un golpe seco en el morro —y azotó el aire con una mano— hizo que me soltara y, luego, una corriente fortuita me condujo a la costa. Mis bendiciones se vieron doblemente incrementadas cuando encontré entre los nativos a una gentil dama que tuvo a bien acogerme en su casa, pues, como es bien sabido, las gentes de Suljuk suelen desconfiar de los forasteros —suspiró alegremente—. Gracias a eso aprendí su idioma. Un pueblo con un alto sentido espiritual, sí. En fin, Dios me ha colmado de bendiciones —durante unos instantes reinó el silencio.

—Seguro que usted puede superarlo —Luthar miró a Logen con una sonrisa de oreja a oreja.

—Una vez me mordió una oveja que tenía muy mal genio, pero no dejó mucha marca.

—¿Y qué me dice del dedo?

—¿Esto? —Miró su viejo muñón y lo movió de atrás adelante—. ¿Qué le pasa?

—¿Cómo lo perdió?

Logen torció el gesto. No estaba muy seguro de que le gustara el derrotero que estaba tomando la conversación. Una cosa era oír hablar de los errores de Bayaz y otra muy distinta tener que hablar de los suyos. Bien sabían los muertos que había cometido cantidad de ellos, y algunos muy gordos. Pero todos le miraban. Algo tenía que decir.

—Lo perdí en una batalla. Frente a un lugar llamado Carleon. Entonces era joven, y también yo estaba lleno de pasión. La culpa la tuvo mi manía de lanzarme de cabeza al grueso del combate. Esa vez, cuando salí, el dedo había volado.

—Y en el calor de la refriega ni se dio cuenta, ¿no? —preguntó Bayaz.

—Algo así —frunció el ceño y se frotó suavemente el muñón—. Es raro. Mucho tiempo después de haberlo perdido aún seguía sintiendo a veces un picor justo en la punta. Me volvía loco. ¿Cómo te puedes rascar un dedo que no tienes?

—¿Le dolió mucho? —preguntó Luthar.

—De cojones, al principio, pero ni la mitad que muchas otras heridas que tengo.

—¿Como cuál?

Eso iba a tener que pensárselo. Se rascó la cara y fue repasando mentalmente todas las horas, los días y las semanas que se había pasado herido, ensangrentado y aullando de dolor. Todas las veces que había andado cojeando o que había tenido que cortar la carne con las manos vendadas.

—Una vez me dieron un buen tajo en la cara con una espada. Tenían que haber visto cómo sangraba aquello —dijo palpándose la muesca que le había dejado Tul Duru en la oreja—. Otra vez casi me saltan un ojo con una flecha —añadió frotándose la cicatriz en forma de media luna que tenía debajo del entrecejo—. Tardaron varias horas en sacarme todas las astillas. En el asedio de Uffrith me cayó encima una piedra enorme. El primer día también —se frotó la coronilla y se tocó los bultos que tenía debajo del cabello—. Me rompió el cráneo y, ya de paso, un hombro.

—Feo asunto —dijo Bayaz.

—Fue culpa mía. Es lo que suele pasar cuando uno trata de derrumbar las murallas de una ciudad con las manos —Luthar le miró fijamente, y Logen se encogió de hombros—. No funcionó. Ya les he dicho que de joven tenía la sangre muy caliente.

—Lo que me sorprende es que no intentara acabar con ellas a mordiscos.

—Seguramente ése habría sido mi siguiente paso. Tal vez fuera una suerte que me cayera esa piedra encima. Así al menos he conservado mis dientes. Me pasé dos meses tumbado pegando alaridos mientras proseguía el asedio de la ciudad. Me recuperé justo a tiempo de combatir con Tresárboles. En otras palabras, que me volví a fastidiar todo lo que me había fastidiado antes, y algunas cosas más —Logen hizo una mueca de dolor al recordarlo; dobló los dedos de la mano derecha y luego los estiró, sintiéndolos otra vez machacados—. Aquello sí que dolió. Aunque no tanto como esto —se metió una mano por debajo del cinturón y se levantó la camisa. Todos se asomaron entre las llamas para ver lo que señalaba. Justo debajo de la última costilla, en la oquedad de al lado del estómago, se veía una pequeña cicatriz.

—No parece gran cosa —dijo Luthar.

Logen se dio la vuelta para mostrarles la espalda.

—Ahí está el resto —dijo apuntando con el pulgar a la espina dorsal, donde sabía que había una cicatriz mucho más grande. Se produjo un profundo silencio mientras asimilaban lo que estaban viendo.

—¿Le atravesaron de lado a lado?

—De lado a lado, sí, con una lanza. En un duelo con un hombre al que llamaban Hosco Harding. Tengo suerte de estar vivo, por éstas.

—Si fue en un duelo —murmuró Bayaz—, ¿cómo es que salió con vida?

Logen se humedeció los labios. Tenía un regusto amargo en la boca.

—Le vencí.

—¿Con una lanza atravesada?

—No me enteré hasta más tarde.

Pielargo y Luthar se miraron con el ceño fruncido.

—No parece fácil pasar por alto un detalle como ése —dijo el Navegante.

—Eso es lo que cualquiera pensaría —Logen titubeó un instante para ver si había alguna manera de suavizar las cosas, pero no la había—. Verán, a veces... bueno... no sé lo que hago.

Se hizo un prolongado silencio.

—¿Qué quiere decir? —le interrogó Bayaz. Logen hizo un gesto de dolor. El frágil clima de confianza que había conseguido crear en los últimos días corría peligro de venirse abajo, pero no tenía elección. Nunca se le había dado bien mentir.

—Una vez, debía de tener yo unos catorce años, discutí con un amigo. Ni siquiera me acuerdo de la razón. Lo que sí recuerdo es que estaba furioso. Y que él me golpeó. Luego me encontré mirándome las manos —y se miró las manos, que se destacaban pálidas en medio de la oscuridad—. Le había estrangulado. Bien muerto estaba. No recordaba haberlo hecho, pero ahí no había nadie más que yo y tenía sangre encajada en las uñas. Le arrastré hasta unos peñascos y lo tiré de cabeza. Luego dije que se había caído de un árbol y se había matado, y todo el mundo me creyó. Su madre lloró y eso, pero, ¿qué podía hacer yo? Esa fue la primera vez que me pasó.

Logen sentía que los ojos de todos los miembros del grupo estaban clavados en él.

—Algunos años más tarde casi mato a mi padre. Le apuñalé mientras comía. No sé por qué. No tengo ni la más remota idea. Por fortuna, se curó.

Notó que Pielargo se apartaba de él. No podía reprochárselo.

—Eso fue cuando las incursiones de los Shanka empezaban a ser más frecuentes. Así que un día mi padre me envió al sur, al otro lado de las montañas, para que buscara ayuda. Encontré a Bethod, que se ofreció a ayudarme si yo luchaba para él. Y yo, tonto de mí, acepté encantado. Pero la lucha se prolongó y se prolongó. La de cosas que hice en aquellas guerras... Y la de cosas que me dijeron que hice —respiró

hondo—. Maté a varios amigos. Así que ya pueden imaginarse lo que les hice a los enemigos. Además, me gustaba. Me encantaba sentarme en la parte alta de la hoguera, mirar a los hombres, ver el miedo reflejado en sus rostros, ver que nadie se atrevía a mirarme a la cara, pero las cosas fueron a peor. Y a peor. Hubo un invierno en que me pasé la mayor parte del tiempo sin saber quién era ni lo que hacía. A veces me daba cuenta de que me iba a venir, pero no podía hacer nada para evitarlo. Nadie sabía quién sería el próximo al que mataría. Todos estaban cagados de miedo, incluso Bethod, pero el que más miedo tenía era yo.

Permanecían todos sentados mirándole boquiabiertos en silencio. Les había producido una sensación de alivio llegar al edificio en ruinas después del mundo muerto y desolado de la llanura, pero ya no era así. Las ventanas vacías parecían heridas abiertas. Los umbrales vacíos, tumbas abiertas. El silencio se alargaba y se alargaba hasta que, de pronto, Pielargo carraspeó.

—Sólo como hipótesis, ¿lo que nos quiere decir es que cabe la posibilidad de que, sin usted quererlo, acabe con alguno de nosotros?

—No creo que matara sólo a uno, es más probable que los matara a todos.

Bayaz tenía el ceño fruncido.

—Disculpe, pero lo que nos está contando no me tranquiliza precisamente.

—¡Ya podría haberlo dicho antes! —exclamó Pielargo—. ¡Ese es el tipo de información que uno está obligado a compartir con sus compañeros de viaje! No creo que...

—Déjenle en paz —saltó Ferro.

—Pero tenemos que saber si...

—¡Maldito loco contemplador de estrellas, cierre el pico! Ni que fuera usted perfecto —le soltó Ferro—. Algunos de ustedes hablan mucho y, luego, cuando empiezan los problemas, no hay forma de encontrarlos —a continuación, miró a Luthar con gesto ceñudo—. Algunos de ustedes sirven para mucho menos de lo que se creen —finalmente, lanzó una mirada iracunda a Bayaz—. Y algunos de ustedes se guardan muchos secretos y luego se echan a dormir cuando las cosas pintan mal y nos dejan tirados en medio de ninguna parte. ¿Es un asesino? Bueno, ¿y qué? Bastante bien les ha venido cuando ha hecho falta matar.

—Yo sólo pretendía...

—Cierre la boca, he dicho —Pielargo parpadeó un instante y luego hizo lo que le decía.

Desde el otro lado de la hoguera, Logen miró a Ferro. Era la última persona de la que habría esperado que hablara en su favor. De todos ellos, era la única que lo había visto. Sólo ella sabía lo que significaba realmente. Y, a pesar de todo, le había defendido. Ferro se dio cuenta de que la miraba, le puso mala cara y luego retrocedió hacia su rincón, pero eso no cambiaba nada. Logen sintió que se le dibujaba una sonrisa en el rostro.

—¿Y tú qué? —Bayaz miraba a Ferro con un dedo pegado al labio como si estuviera cavilando.

—¿Yo qué?

—¿No dices que no te gustan los secretos? Pues bien, aquí todos hemos hablado de nuestras cicatrices. Yo he aburrido al grupo con mis viejas historias y el Sanguinario nos ha estremecido con las suyas —el Mago se propinó unos golpecitos con el dedo en sus huesudas facciones, que estaban pobladas de las sombras que creaba el fuego—. ¿Cómo te hiciste tus heridas?

Se produjo una pausa.

—Apuesto a que quienquiera que le hiciera todo eso lo pagó con creces, ¿eh? —dijo Luthar con un dejo de risa en su voz.

Pielargo se puso a soltar una risilla.

—¡Y que lo diga! ¡Seguro que tuvo un fin un tanto brusco! No quiero ni pensar lo que...

—Me las hice yo misma.

Los amagos de risas se convirtieron en un barboteo y se extinguieron. Las sonrisas se borraron de todos los rostros cuando se dieron plena cuenta de lo que acababa de decir.

—¿Eh? —soltó Logen.

—¿Es que estás sordo, pálido? He dicho que me las hice yo misma.

—¿Pero por qué?

—¡Ja! —soltó Ferro mirándole furiosa desde el otro lado de la hoguera—. ¡Se nota que no sabes lo que es ser un esclavo! Cuando tenía doce años me vendieron a un tal Susman —y, acto seguido, escupió al suelo y soltó una palabra en su lengua. Logen supuso que no era precisamente un cumplido—. Regentaba un local donde se entrenaba a las chicas para luego venderlas.

—¿Para qué se las entrenaba? —preguntó Luthar.

—¡Maldito imbécil! ¿Para qué cree? ¡Para follar!

—Ah —dijo soltando un gallo, y, acto seguido, tragó saliva y volvió a clavar la vista en el suelo.

—Estuve dos años allí. Dos años antes de que pudiera robar un cuchillo. Entonces aún no sabía matar. Así que hice daño a mi dueño de la única forma que conocía. Me puse a darme cortes hasta tocar hueso. Para cuando lograron arrebatarme el cuchillo, ya había conseguido bajar mi precio una cuarta parte —miró con gesto desafiante al fuego como si aquél hubiera sido el día de su vida del que se sintiera más orgullosa—. ¡Tendrían que haber oído cómo chillaba el muy cabrón!

Logen la miraba como hipnotizado. Pielargo tenía la boca abierta. Incluso el Primero de los Magos parecía impresionado.

—¿Tú misma te llenaste el cuerpo de cicatrices?

—Sí, ¿qué pasa? —de nuevo se hizo el silencio. Se había levantado un poco de viento y ahora soplaba entre las ruinas, silbando al atravesar las grietas de las piedras y haciendo parpadear y bailotear las llamas de la fogata. Después de una cosa como ésa, nadie tenía mucho que decir.

Furioso

Caía la nieve, blancos copos se arremolinaban en el aire vacío que se extendía más allá del borde del precipicio, convirtiendo los verdes pinos, las negras rocas y el río parduzco que había a sus pies en grises fantasmas.

A West le costaba trabajo creer que de niño todos los años aguardara con impaciencia la llegada de las primeras nieves. Que le encantara despertarse y ver el mundo cubierto por una capa de blancor. Que le pareciera un elemento maravilloso, jubiloso, lleno de misterio. En ese momento, la visión de los copos que se posaban en los cabellos de Cathil, en el abrigo de Ladisla y en la pernera de su mugriento pantalón le producía auténtico espanto. Más frío atenazante, más rozaduras provocadas por la humedad, más esfuerzo aún para poder seguir avanzando. Juntó sus pálidas manos y se las frotó, luego sorbió por la nariz y miró al cielo con gesto ceñudo, haciéndose el propósito de no dejarse llevar por el desaliento.

—Hay que verle el lado bueno a las cosas —se dijo, pronunciando un susurro ronco con su garganta en carne viva y echando una nube de vaho—. Hay que hacerlo —pensó en los cálidos veranos del Agriont. En los árboles floridos de las plazas. En los pájaros que piaban desde los hombros de sonrientes estatuas. En la luz del sol filtrándose a través de las frondosas ramas del parque. No le sirvió de mucho. Sorbió unos mocos que se le escapaban, volvió a hacer un intento de calentarse las manos metiéndoselas en las mangas del uniforme y una vez más comprobó que no eran lo bastante largas. Apretó el dobladillo deshilachado con sus dedos ateridos. ¿Alguna vez volvería a saber lo que era sentir calor?

Notó la mano de Pike posada en su hombro.

—Algo ocurre —le susurró el presidiario. Luego señaló a los norteños, que estaban agachados en el suelo intercambiando apremiantes susurros.

West los miró con desgana. Ahora que había conseguido sentirse un poco más cómodo, le costaba trabajo prestar atención a algo que no fuera su propio dolor. Desjuntó lentamente sus doloridas piernas, oyó el chasquido de sus rodillas al ponerse de pie y trató de sacudirse de encima la fatiga. Arrastrando los pies, encorvado como un anciano, avanzó hacia los norteños rodeándose con los brazos

para procurarse un poco de calor. Antes de llegar adonde estaban, ya se había disuelto la reunión. Otra decisión que se tomaba sin contar para nada con su opinión.

Tresárboles se le acercó a grandes zancadas; no parecía que la nieve que caía le afectara en lo más mínimo.

—El Sabueso ha localizado a unos exploradores de Bethod —gruñó señalando hacia los árboles—. Junto a ese montículo de ahí abajo, al lado del río, cerca de esas cascadas. Hemos tenido suerte de que haya sido él quien los viera primero. Si llega a ser al revés, lo más seguro es que a estas horas ya estuviéramos todos muertos.

—¿Cuántos?

—Unos doce, cree. Puede ser arriesgado tratar de rodearlos.

West frunció el ceño mientras se balanceaba sobre uno y otro pie para tratar de mantener la sangre en circulación.

—¿No le parece que hacerles frente será todavía más arriesgado?

—Puede que sí y puede que no. Si logramos caer sobre ellos por sorpresa, el asunto puede salir bien. Tienen armas y comida —miró a West de arriba abajo—, y también ropa. Ese equipo nos puede venir muy bien. Estamos en pleno invierno y nos dirigimos hacia el norte, así que ya no va a hacer más calor. Está decidido. Vamos a por ellos. Doce son muchos, necesitaremos a todos los hombres. Su amigo Pike parece capaz de soltar un hachazo sin preocuparse mucho por las consecuencias. Mejor será que les diga que se vayan preparando —luego señaló con la cabeza a Ladisla, que estaba encogido en el suelo—. La chica puede quedarse pero él...

—El Príncipe no. Es demasiado peligroso.

Tresárboles entornó los ojos.

—Pues claro que es peligroso. Por eso todos los hombres deben compartir los riesgos.

West se pegó a él y se esforzó por conferir a sus palabras un tono persuasivo a pesar de que tenía los labios agrietados y tan hinchados y correosos como una salchicha recocida.

—Su presencia sólo contribuiría a aumentar los riesgos. Los dos lo sabemos —el Príncipe les miró con recelo, tratando de adivinar de qué estaban hablando—. En un combate nos sería tan útil como cubrirnos la cabeza con un saco.

El viejo norteño soltó un resoplido.

—Es probable que en eso tenga razón —respiró hondo, frunció el ceño y se tomó un instante para pensárselo—. De acuerdo. No es lo habitual, pero está bien. Se quedan la chica y él. Los demás luchamos, y eso le incluye a usted.

West asintió con la cabeza. Cada cual tenía que cumplir con su parte, aunque la idea no podía hacerle menos gracia.

—Perfecto. Los demás luchamos —y, dicho aquello, se dirigió con paso tambaleante hacia el lugar donde estaban los otros.

En los fastuosos jardines del Agriont nadie habría reconocido al Príncipe Heredero Ladisla. Si se hubieran topado con él los petimetres, los cortesanos y los parásitos que solían estar pendientes de cada una de sus palabras, lo más seguro es que hubieran pasado por encima de él tapándose las narices. El abrigo que le había dejado West se estaba descosiendo, tenía los codos raídos y estaba recubierto por una costra de barro. Debajo, el inmaculado uniforme blanco se había ido oscureciendo hasta adquirir el color de la mugre. Aún le colgaban algunos cordones dorados hechos jirones, cual restos de un soberbio ramo de flores que se hubiera marchitado hasta dejar los tallos aceitosos. Sus cabellos formaban una mata enmarañada, una barba pelirroja crecía a parches en su mejilla y la presencia de un brote capilar en el entrecejo permitía suponer que en tiempos más felices había empleado mucho tiempo depilándoselo.

A varios miles de kilómetros a la redonda sólo había un hombre que se encontrara en un estado más lamentable: el propio West.

—¿Qué es lo que pasa? —farfulló el Príncipe cuando West se dejó caer a su lado.

—Abajo, cerca del río, hay unos cuantos exploradores de Bethod. Tenemos que luchar, Alteza.

El Príncipe asintió con la cabeza.

—Necesitaré algún tipo de arma y...

—Debo pedirle que se quede aquí.

—Coronel West, creo que mi deber es...

—Su participación nos sería de gran ayuda, Alteza, pero me temo que no es posible. Es usted el heredero al trono. No podemos permitir que corra peligro alguno.

Ladisla se esforzó por parecer decepcionado, pero West casi pudo paladear su alivio.

—Está bien, si cree que es lo mejor...

—Sin ninguna duda —West miró a Cathil—. Los dos se quedan aquí. Volveremos pronto. Si hay suerte —al pronunciar aquella última palabra estuvo a punto de hacer una mueca de dolor. No podía decirse que en los últimos tiempos hubiera andado sobrado de suerte—. Manténganse ocultos y no hagan ruido.

La muchacha le sonrió.

—No se preocupe. Me cuidaré de que no se haga pupa.

Ladisla le lanzó de soslayo una mirada fulminante mientras apretaba con rabia impotente los puños. No parecía que su capacidad de aguantar sus constantes pullas hubiera mejorado mucho. Sin duda, haberse pasado toda la vida recibiendo los halagos y la obediencia de todo el mundo no era la preparación más adecuada para soportar que se burlaran de él en una situación tan comprometida como aquélla. Por un instante, West se preguntó hasta qué punto era una buena idea dejarlos solos, pero en realidad tampoco había otra opción. Ahí arriba iban a estar bastante alejados de todo el follón. Seguramente estarían a salvo. Más a salvo que él desde luego.

Estaban todos en cuclillas. Un corro de rostros sucios cruzados de cicatrices, de semblantes adustos, de cabellos desgreñados. Tresárboles, con sus marcadas facciones sembradas de arrugas. Dow el Negro, con su única oreja y su rictus salvaje. Tul Duru, manteniendo juntas sus pobladas cejas. Hosco, tan impertérrito como un trozo de roca. El Sabueso, entornando sus ojos chispeantes y echando vaho por su afilada nariz. Pike, dibujando un pronunciado ceño con aquellas partes de su cara abrasada que no habían perdido del todo la movilidad. Seis de los hombres de aspecto más feroz que pudieran hallarse en el mundo, y West.

Tragó saliva. Cada cual tiene que cumplir con su parte.

Tresárboles estaba bosquejando un tosco mapa en el suelo con un palo.

—Bien, muchachos, están apelotonados aquí abajo, junto al río, una docena de ellos, tal vez más. Esto es lo que vamos a hacer. Tú, Hosco, arriba a la izquierda. Y tú, Sabueso, a la derecha. La táctica de siempre.

—Hecho, jefe —dijo el Sabueso. Hosco asintió con la cabeza.

—Tul, Pike y yo iremos por este lado para enfrentarnos a ellos cuerpo a cuerpo. A ver si podemos pillarles por sorpresa. Y ojo con darnos a nosotros, ¿eh muchachos?

El Sabueso sonrió.

—Mientras os mantengáis fuera de la trayectoria de las flechas, no habrá problemas.

—Procuraré no olvidarlo. Dow, West y tú cruzaréis el río y esperaréis junto a las cascadas. Para cogerlos por la espalda —el palo trazó una gruesa muesca en la tierra

y West sintió que se le formaba un nudo en la garganta—. Con el ruido del agua no creo que os oigan. Cuando veáis caer una piedra en la poza, salís, ¿entendido? La piedra, ésa es la señal.

—Está claro, jefe —gruñó Dow.

West se dio cuenta de repente de que Tresárboles le miraba con cara de pocos amigos.

—¿Está escuchando, muchacho?

—Hummm, sí, claro —masculló con la lengua trabada por el frío y el miedo—. Cuando caiga la piedra, salimos... jefe.

—Muy bien. Y andad con los ojos bien abiertos. Puede que por aquí cerca haya más de los suyos. Bethod tiene exploradores repartidos por todas partes. ¿A alguien le queda alguna duda? —todos negaron con la cabeza—. Estupendo. Entonces que nadie me eche la culpa si lo matan.

Tresárboles se levantó y los otros le imitaron. Luego se pusieron a hacer los preparativos de última hora: ahuecaron las vainas para que las hojas salieran con rapidez, probaron las cuerdas de los arcos, se apretaron las hebillas. Poco tenía que preparar West. El espadón robado que tenía metido en su raído cinto, eso era todo. En compañía de aquellos tipos, se sentía un perfecto idiota. Se preguntó cuántos hombres habrían matado entre todos ellos. Si le hubieran dicho que habían liquidado una ciudad entera, más unas cuantas aldeas periféricas, no le habría sorprendido en absoluto. Incluso Pike parecía perfectamente capaz de matar a sangre fría. West tuvo que recordarse a sí mismo que no tenía ni la más remota idea de cuál era el motivo por el que le habían condenado a una colonia penal. Ahora, viendo la concentración con que repasaba el filo de su enorme hacha con el pulgar, viendo la frialdad de aquellos ojos que asomaban en medio de su cara muerta y abrasada, no le resultaba demasiado difícil imaginárselo.

West se miró las manos. Le temblaban, y no sólo de frío. Las juntó y se las apretó con fuerza. Luego alzó la vista y se encontró al Sabueso mirándole con una sonrisa de oreja a oreja.

—Para tener valor, antes hay que haber tenido miedo —le dijo, y, acto seguido, se dio la vuelta y se internó en el bosque detrás de Tresárboles y de sus demás compañeros.

La áspera voz de Dow el Negro se abatió sobre West desde detrás.

—Acompáñeme, matahombres. Y procure no rezagarse —escupió al suelo helado y luego se dio la vuelta y emprendió la marcha hacia el río. West echó una última mirada a los demás. Cathil le hizo una seña con la cabeza y él le devolvió el gesto,

luego se dio la vuelta y siguió a Dow. Mientras correteaba agachado entre los troncos goteantes y escarchados de los árboles, el sonoro rumor de la cascada resonaba cada vez con más fuerza en sus oídos.

El plan de Tresárboles le empezaba a parecer bastante parco en detalles.

—Una vez que hayamos cruzado el arroyo y recibamos la señal, ¿qué hacemos?

—Matar —gruñó Dow sin darse la vuelta.

La respuesta, pese a su inutilidad, hizo que West sintiera una súbita punzada de pánico en las entrañas.

—¿Por dónde voy yo, por la izquierda o por la derecha?

—Por donde quiera, siempre que no se cruce en mi camino.

—¿Usted por dónde irá?

—Por donde haya más matanza.

Arrepentido de haber abierto la boca, West plantó los pies en la orilla con precaución. Corriente arriba se veía ya la cascada, un muro de roca oscura con un veloz chorro de agua blanca que asomaba entre los troncos negros de los árboles y arrojaba al aire vapor helado y ruido.

En aquel tramo el arroyo no tenía más de cuatro zancadas de ancho, pero las oscuras aguas corrían raudas formando espuma alrededor de las húmedas piedras de la orilla. Dow alzó su espada y su hacha y empezó a vadear el arroyo. Aunque al llegar a la mitad, el agua le cubrió hasta la cintura, siguió avanzando con paso firme hasta que por fin llegó a la otra orilla. Luego trepó a tierra, se apoyó empapado en las rocas y, al volverse y ver a West tan rezagado, frunció el ceño e hizo un gesto furioso con la mano, apremiándole a que le siguiera.

West buscó a tientas su espada, la puso en alto, respiró hondo y plantó un pie en el arroyo. El agua le entró a chorro en la bota y se arremolinó en torno a sus pantorrillas. Era como si de repente la pierna se le hubiera quedado aprisionada en un bloque de hielo. Dio un paso adelante y su otra pierna desapareció bajo el agua hasta la altura del muslo. Los ojos se le desorbitaron y se le cortó la respiración, pero ya era demasiado tarde para retroceder. Dio otro paso. La bota patinó sobre las musgosas piedras del lecho del arroyo y West se hundió hasta las axilas. Si el frío no le hubiese vaciado de aire los pulmones, habría pegado un grito. Aterrorizado, apretó los dientes y empezó a avanzar a trompicones, mitad andando, mitad nadando, hasta que finalmente llegó a la otra orilla y trepó a tierra jadeando. Con la piel entumecida y hormigueante, se acercó tambaleándose a las rocas y se apoyó detrás de Dow.

El norteño le miró con una sonrisa de suficiencia.

—Parece tener frío, muchacho.

—Estoy bien. Cumpliré con mi pa... pa... parte —castañeteó West. En su vida había sentido tanto frío.

—¿Que hará qué? Eh, muchacho, no le pienso dejar entrar a combatir en frío. Haría que nos mataran a los dos.

—No se preocupe por... —la mano de Dow le cruzó la cara. El pasmo que le produjo fue casi peor que el dolor. Boquiabierto, dejó caer su espada en el barro e instintivamente se llevó una mano a la mejilla—. Qué demonios...

—¡Úsela! —le siseó el norteño—. ¡Es suya!

West estaba a punto de abrir la boca cuando Dow le soltó con la otra mano un bofetón que le arrojó tambaleante contra las rocas, le abrió una brecha en el labio y luego le hizo caer al suelo mojado con la cabeza retumbándole.

—¿No es suya? ¡Pues demuéstrelo!

—Maldito hijo de... —luego sólo vino un gruñido ininteligible y las manos de West se cerraron alrededor del cuello de Dow. Apretaba, clavaba las uñas con furia ciega, enseñaba los dientes, gruñía como un animal salvaje. La sangre se movía a oleadas por su cuerpo. El hambre, el dolor y la frustración de la interminable y congeladora marcha le brotaban a borbotones.

Pero, por muy furioso que estuviera, Dow el Negro era el doble de fuerte que él.

—¡Úsela! —le gruñó, y, acto seguido, se liberó de los dedos de West y le aplastó contra las rocas—. ¿Ya se ha calentado?

Un objeto pasó volando por encima de ellos y cayó en el agua cerca de donde estaban. Dow le propinó un codazo de despedida y luego cargó orilla arriba lanzando rugidos. West desclavó el espadón del barro, lo alzó sobre su cabeza y, con la sangre retumbándole en la cabeza, corrió tras él profiriendo unos aullidos ininteligibles.

El terreno embarrado pasaba como una exhalación bajo sus pies. Abriéndose paso entre una maraña de arbustos y de leños podridos, irrumpió en el claro. Vio a Dow descargar su hacha sobre un boquiabierto norteño. Un chorro de sangre oscura salió disparado hacia arriba, una lluvia de negras manchas que resaltaban sobre las ramas enmarañadas y el blanco del cielo. Los árboles, las rocas y unas greñudas figuras humanas daban sacudidas y se tambaleaban, mientras su propio aliento le retumbaba en los oídos con la fuerza de una tormenta. De pronto apareció alguien junto a él. West soltó un tajo con su espada y notó que había dado en el blanco. La

sangre le salpicó la cara; se tambaleó, escupió, parpadeó, resbaló hacia un lado y rápidamente volvió a erguirse. Tenía la cabeza repleta de gritos y gemidos, de estrépitos metálicos, del ruido que hacían los huesos al quebrarse.

Tajos. Hachazos. Rugidos.

Una figura tambaleante que aferraba una flecha que tenía clavada en el pecho venía hacia él. La espada de West le abrió el cráneo hasta la altura de la boca. El cadáver pegó una sacudida que le arrancó el acero de las manos. West se resbaló, estuvo a punto de caerse y lanzó un puñetazo a un cuerpo que pasó corriendo a su lado. Entonces algo se estrelló contra él y le arrojó contra un árbol, vaciándole de aire los pulmones. Alguien le apretaba con fuerza el pecho y le inmovilizaba los brazos, alguien trataba de arrancarle la vida.

West se inclinó hacia delante y hundió los dientes en los labios del hombre hasta sentir como se juntaban. El tipo aullaba y le lanzaba puñetazos, pero West apenas sentía los golpes. Escupió la loncha de carne y luego le soltó un cabezazo en plena cara. El hombre pegó un alarido y se retorció mientras la sangre brotaba a borbotones de su boca desgarrada. Gruñendo como un perro rabioso, West cerró su dentadura alrededor de su nariz.

Mordió. Mordió. Mordió.

Tenía la boca llena de sangre y los oídos le atronaban, pero lo único que le importaba era apretar las mandíbulas cada vez más y más. Apartó de golpe la cabeza, retorciéndola, y el hombre se tambaleó hacia atrás, echándose las manos a la cara. Una flecha perdida se le hundió con un ruido seco en las costillas y el tipo cayó de rodillas. West se le echó encima, le hundió las manos en la pelambre y se puso a estrellarle la cabeza contra el suelo una y otra vez.

—Está muerto.

West le soltó de golpe, sus manos en forma de garra estaban llenas de sangre y de cabellos arrancados. Se puso trabajosamente de pie y, jadeando, miró a su alrededor con los ojos desorbitados.

Todo estaba en calma. El mundo había dejado de dar vueltas. Pequeños copos de nieve caían blandamente sobre el claro, posándose en la tierra húmeda, en los pertrechos que había desparramados por el suelo, en los cuerpos yacentes y en los hombres que aún seguían en pie. Tul no estaba muy lejos de él y le miraba. Detrás estaba Tresárboles con la espada en la mano. La amorfa masa rosàcea de la cara de Pike lucía algo que se parecía un poco a una mueca de dolor; su puño ensangrentado se cerraba sobre uno de sus brazos. Todos le miraban. Todos. Dow alzó una mano y le señaló. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Le ha mordido! ¡Le ha arrancado la puta nariz de un mordisco! ¡Ya sabía yo que eras un loco furioso!

West los miró fijamente. Ya empezaba a remitir el retumbar de su cabeza.

—¿Qué? —masculló. Estaba cubierto de sangre. Se limpió la boca con una mano. Un regusto salado. Miró el cadáver que tenía al lado, un hombre caído de bruces en el suelo. De debajo de la cabeza le salía un reguero de sangre que descendía por la ladera y se estancaba alrededor de la bota de West. Entonces recordó... algo. Un violento retortijón de su estómago vacío le hizo doblarse en dos y vomitar una papilla rosàcea.

—¡Un loco furioso! —exclamó Dow—. ¡Eso es lo que es!

Hosco había salido ya de entre los matorrales y estaba en cuclillas, con el arco colgado del hombro, arrancándole a un cadáver un manto de piel ensangrentado.

—Buen abrigo —se dijo para sí en un susurro.

Doblado, mareado y completamente exhausto, West miraba mientras los demás registraban el campamento. De pronto, oyó la risa de Dow.

—¡Furioso! —exclamó con su voz áspera—. ¡Así es como le voy a llamar!

—Por aquí hay flechas —el Sabueso sacó un objeto de uno de los bultos que había por el suelo y sonrió—. Y también queso, aunque parece estar un poco rancio —con sus dedos sucios limpió de moho la cuña amarillenta, la dio un mordisco y volvió a sonreír—. Pues aún está bueno.

—Esto está lleno de cosas buenas —asintió Tresárboles, al que también se le empezaba a dibujar una sonrisa—. Y mal que bien todos seguimos de una pieza. Buen trabajo, muchachos —palmeó a Tul en la espalda—. Pero más vale que sigamos camino hacia el norte antes de que echen a éstos de menos. Cojamos deprisa todo lo que podamos y que alguien vaya a por los otros.

La mente de West aún no se había puesto a funcionar del todo.

—¿Los otros?

—Muy bien —dijo Tresárboles—, ve tú con Dow... Furioso —y se alejó con una media sonrisa.

West avanzaba a bandazos entre los árboles, deshaciendo el camino que había hecho antes. Resbalando, patinando con las prisas, sintiendo que otra vez le volvía a palpitar la sangre en la cabeza.

—Hay que proteger al Príncipe —se decía para sí. Vadeó el arroyo sin apenas notar el frío, trepó a la orilla y ascendió por la ladera, dirigiéndose apresuradamente hacia el acantilado donde había dejado a los otros.

Oyó el grito de una mujer, que al instante se interrumpió, y luego el gruñido de una voz masculina. El horror se abatió sobre todas las partes de su cuerpo. Los hombres de Bethod les habían encontrado. Puede que ya fuera demasiado tarde. A trompicones, resbalando por el barro, apremiaba a sus piernas doloridas para que subieran más deprisa la ladera. Tenía que proteger al Príncipe. El aire le quemaba en la garganta, pero se forzaba a seguir, agarrándose a los troncos de los árboles, clavando los dedos en las ramas caídas y en el barrujo escarchado.

Irrumpió jadeando en el claro que había junto al acantilado, empuñando con fuerza su espada ensangrentada.

Dos figuras forcejeaban en el suelo. Debajo estaba Cathil, con la espalda en tierra, revolviéndose y lanzando patadas y zarpazos a alguien que tenía encima. El hombre ya había conseguido bajarle los pantalones por debajo de las rodillas y ahora trataba de desabrocharse su cinturón con una mano mientras con la otra bregaba para taparle la boca a la muchacha. West dio un paso adelante, alzó la espada y, de repente, el hombre volvió bruscamente la cabeza. West parpadeó. El presunto violador no era otro que el Príncipe Ladisla.

Al ver a West, se apresuró a ponerse de pie y luego dio un paso atrás. Tenía una expresión azorada, casi una sonrisa, como un colegial al que se ha pillado robando un pastel de la cocina.

—Lo siento —dijo—. Pensé que tardarían más.

West le miraba fijamente sin entender del todo lo que pasaba. —¿Más?

—¡Maldito cabrón! —chilló Cathil reculando por el suelo mientras se subía los pantalones—. ¡Te voy a matar, hijo de puta!

Ladisla se llevó un dedo a los labios.

—¡Me ha mordido! —y extendió la punta ensangrentada de su dedo, como si fuera una prueba incontestable de la ofensa que se había cometido contra su persona. Sin darse cuenta, West comenzó a avanzar. El Príncipe debió de advertir algo en su semblante porque dio un paso atrás y alzó una mano mientras con la otra se sujetaba los pantalones—. Un momento, West, yo sólo...

No hubo acceso de rabia. No hubo ceguera temporal, ni miembros descontrolados, ni siquiera un mínimo atisbo de dolor de cabeza. No hubo ira. Jamás en su vida se había sentido West más tranquilo, más sereno, más seguro de sí. Eligió hacerlo.

Su mano derecha salió disparada hacia delante y golpeó con la palma el pecho de Ladisla. El Príncipe Heredero soltó un grito ahogado al caer hacia atrás. Su pie izquierdo se retorció sobre el barro. Trató de plantar en tierra el pie derecho, pero detrás no había suelo. Sus cejas se alzaron, sus ojos y su boca se abrieron en un mudo

gesto de asombro. El heredero al trono de la Unión cayó, separándose de West, lanzó unos manotazos en un intento vano de agarrarse a algo y dio una vuelta en el aire... luego desapareció.

Se oyó un grito breve y entrecortado, seguido de un golpe sordo, y otro, después el traqueteo de unas piedras que caían.

Luego silencio.

West permanecía inmóvil, parpadeando.

Se volvió para mirar a Cathil.

La muchacha estaba paralizada a dos zancadas de donde estaba él, mirándole con los ojos muy abiertos.

—Le ha... Le ha...

—Lo sé —casi no reconocía su propia voz. Se acercó al borde del precipicio y se asomó. Desplomado sobre las rocas del fondo, el cuerpo de Ladisla yacía boca abajo con el andrajoso abrigo de West desplegado por detrás de él, los pantalones a la altura de los tobillos, una rodilla doblada en el sentido contrario a la articulación y un charco de sangre oscura esparcido por las piedras que había alrededor de su cabeza rota. Costaba trabajo imaginar a alguien con más aspecto de estar muerto.

West tragó saliva. Había sido él. El. Había matado al heredero del trono. Lo había asesinado a sangre fría. Era un criminal. Un traidor. Un monstruo.

Y, sin embargo, casi sentía ganas de reír. Qué lejos quedaba el soleado Agriont, donde la lealtad y la deferencia nunca se cuestionaban, donde los plebeyos hacían siempre lo que les decían sus superiores naturales, donde matar a alguien era algo que simplemente no se hacía. Tal vez fuera un monstruo, pero allí, en las heladas y salvajes tierras de Angland, las normas eran otras. Los monstruos estaban en mayoría.

Entonces sintió una enérgica palmada en el hombro. Alzó la vista y vio la cabeza desorejada de Dow el Negro mirándole. El norteño frunció los labios y emitió un suave silbido.

—Bueno, asunto liquidado. ¿Sabes qué, Furioso? —y sonrió a West de soslayo—. Me estás empezando a caer bien, muchacho.

Hasta el último hombre

A Sand dan Glokta, Superior de Dagoska. Estrictamente confidencial:

Está claro que a pesar de todos sus esfuerzos, Dagoska ya no permanecerá por mucho tiempo en manos de la Unión. En vista de ello, le ordeno que abandone la ciudad de inmediato y se presente ante mí. Ignoro si se habrán perdido ya los muelles pero, aunque fuera así, no creo que le suponga ningún problema escabullirse de noche en un pequeño bote. Costa arriba hallará un barco aguardándole.

Transferirá el mando supremo de la defensa al general Vissbruck, en su calidad de único miembro vivo de la Unión del consejo de Dagoska. Ni que decir tiene que las órdenes del Consejo Cerrado relativas a los defensores de la ciudad siguen siendo las mismas. Resistir hasta el último hombre.

Sult

Archilector de la Inquisición de Su Majestad

El general Vissbruck apretó las mandíbulas y bajó lentamente la carta.

—¿Quiere esto decir, Superior, que nos va a dejar? —tenía la voz un poco quebrada. *¿Por el pánico? ¿Por el miedo? ¿Por la rabia? ¿Quién podría culparle por abrigar cualquiera de esos sentimientos?*

La sala apenas había experimentado cambios desde el día en que Glokta llegó a la ciudad. Los soberbios mosaicos, las magistrales tallas, la mesa pulida, todo brillaba bajo los primeros rayos del sol matinal que entraba por los ventanales. *El consejo, en cambio, está seriamente mermado.* Vissbruck, cuyos gruesos mofletes se montaban sobre el cuello rígido de su guerrera bordada, y el Haddish Kahdia, que, rendido por el cansancio, estaba medio desplomado sobre su silla, eran sus dos únicos miembros.

Un poco separado de los demás, apoyado contra la pared junto a uno de los ventanales, estaba Nicomo Cosca, limpiándose las uñas.

Glokta respiró hondo.

—El Archilector quiere que... le dé explicaciones.

Vissbruck dejó escapar una risa chillona.

—No sé por qué, pero se me ha venido a la mente la imagen de unas ratas que huyen de una casa en llamas. *Apropiada metáfora. Siempre y cuando las ratas huyan de la casa en llamas para meterse de cabeza en una picadora de carne.*

—Por favor, general —Cosca echó la cabeza hacia atrás apoyándola en la pared y esbozó una sonrisa—. El Superior no tenía necesidad de venir a contárnoslo. Podría haberse escabullido de noche sin que nadie se enterara. Es lo que yo habría hecho.

—Me disculpará si le digo que lo que *usted* haga no me merece demasiado respeto —replicó desdeñoso Vissbruck—. Nuestra situación es crítica. Las murallas terrestres han caído, y, con ellas, toda posibilidad de seguir resistiendo durante mucho tiempo. Los arrabales ya están plagados de soldados gurkos. Todas las noches hacemos salidas desde la Ciudad Alta. Quemamos un ariete. Matamos a algunos centinelas mientras duermen. Pero cada día que pasa traen más material de guerra. Es posible que pronto consigan despejar entre las casuchas un espacio lo bastante amplio para instalar sus catapultas. ¡Y es fácil suponer que poco después la Ciudad Alta se verá sometida al fuego constante de sus bombas incendiarias! —señaló con un brazo a uno de los ventanales—. ¡Desde allí incluso pueden alcanzar la Ciudadela! ¡Esta misma sala podría llegar a lucir como centro de mesa una roca del tamaño de una leñera!

—Soy perfectamente consciente de la situación —respondió Glokta. *El hedor a pánico se ha vuelto tan intenso en los últimos días que a veces tengo la impresión de que hasta los muertos pueden olerlo*—. Pero las órdenes del Archilector son tajantes. Resistir hasta el último hombre. Nada de rendiciones.

Los hombros de Vissbruck se vinieron abajo.

—De todos modos, tampoco serviría de nada rendirse —se puso de pie, hizo un desganado intento de estirarse el uniforme y corrió la silla para meterla debajo de la mesa. Glokta casi se compadecía de él. *Probablemente sea digno de compasión, pero agoté toda la que me quedaba con Carlot dan Eider, que no se la merecía en absoluto.*

—Como hombre que ha pasado por una prisión gurka, me voy a permitir darle un consejo. Si cae la ciudad, le recomiendo vivamente que no se deje capturar y se quite la vida.

Los ojos del general Vissbruck se dilataron un instante, luego bajó la vista hacia el fastuoso suelo de mosaico y tragó saliva. Cuando volvió a levantar la cabeza, Glokta se quedó sorprendido al ver dibujada en su semblante una amarga sonrisa.

—Qué poco se parece todo esto a lo que yo tenía en mente cuando entré en el ejército.

Glokta dio unos golpecitos con el bastón a su pierna destrozada y le obsequió con su propia versión de una sonrisa torcida.

—Lo mismo podría decir yo. ¿Qué fue lo que escribió Stolicus? «El sargento de reclutamiento vende sueños y luego reparte pesadillas.»—Un comentario que viene muy al caso.

—No sé si le servirá de consuelo, pero dudo que mi destino vaya a ser más placentero que el suyo.

—No mucho —y, dicho aquello, Vissbruck dio un taconazo con sus inmaculadas botas y se puso firme. Durante unos instantes, permaneció paralizado en esa posición y luego, sin decir palabra, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Las suelas de sus botas repicaron sonoras sobre el suelo hasta que se desvanecieron en el pasillo de fuera.

Glokta miró a Kahdia.

—A pesar de lo que le he dicho al general, le insto a que rinda la ciudad a la más mínima oportunidad.

Los ojos fatigados de Kahdia se alzaron.

—¿Después de todo esto? ¿Ahora?

Ahora más que nunca.

—Tal vez el Emperador opte por mostrarse clemente. En cualquier caso, no creo que seguir combatiendo pueda reportarles ninguna ventaja. Tal y como están las cosas, todavía disponen de algo con lo que negociar. Puede que consigan unos términos ventajosos.

—¿Ese es todo el consuelo que nos ofrece? ¿La clemencia del Emperador?

—No tengo otra cosa. ¿Recuerda aquello que me dijo sobre un hombre perdido en el desierto?

—Kahdia asintió moviendo la cabeza muy despacio.

—Pase lo que pase al final, quisiera darle las gracias.

¿Darme las gracias, maldito loco?

—¿Por qué? ¿Por haber destruido su ciudad y haberlos dejado a merced del Emperador?

—Por habernos tratado con un poco de respeto.

Glokta resopló con sorna.

—¿Respeto? Más bien creo que les dije lo que querían oír para poder obtener de ustedes lo que yo necesitaba.

—Tal vez sea así. Pero dar las gracias no cuesta nada. Vaya usted con Dios.

—No me parece que Dios vaya a acompañarme al lugar adonde voy —dijo mientras Kahdia salía de la sala arrastrando los pies.

Cosca lucía una sonrisa por debajo de su larga nariz.

—De vuelta a Adua, ¿eh, Superior?

—En efecto, de vuelta a Adua, como usted dice. *De vuelta al Pabellón de Interrogatorios. De vuelta al Archilector Sult* —la idea tenía muy poco de agradable.

—Tal vez nos veamos allí.

—¿Eso cree? *Lo más probable es que cuando caiga la ciudad acabes masacrado igual que todos los demás. Y así te quedarás sin la posibilidad de asistir a mi ahorcamiento.*

—Si he aprendido algo a lo largo de todos estos años es que siempre hay una última oportunidad —Cosca sonrió y luego se separó de la pared y se encaminó hacia la puerta apoyando con mucho garbo la mano en el pomo de su espada—. Pocas cosas me fastidian más que perder un buen patrón.

—A mí tampoco me haría mucha gracia perderme. Pero más vale que esté preparado por si acaso se lleva una decepción. La vida está llena de ellas. *Y la forma en que acabará suele ser una de las más grandes.*

—En fin. En vista de que uno de los dos seguramente se llevará una decepción... —Cosca hizo una alambicada reverencia en el umbral, y un haz de luz matinal arrancó un destello a los descascarillados dorados de su otrora magnífica coraza—, ha sido un honor.

***

Glokta estaba sentado en la cama, pasándose la lengua por sus encías desnudas y frotándose su pierna entumecida. Sus ojos recorrieron sus aposentos. 0, para ser más exactos, los aposentos de Davoust. *Aquí fue donde un viejo mago me aterrorizó en medio*

de la noche. Desde aquí vi arder la ciudad. Aquí fue donde casi me devora una muchacha de catorce años. Ah, felices recuerdos...

Hizo una mueca de dolor al levantarse y luego se acercó cojeando al baúl que contenía todo su equipaje. *Y aquí fue también donde firme un pagaré por el millón de marcos que tuvo a bien adelantarme la banca Valinty Balk.* Se sacó del bolsillo de la toga el estuche plano de cuero que le había entregado Mauthis. *Medio millón de marcos en piedras preciosas, casi intactos.* De nuevo sintió la apremiante tentación de abrirlo, de meter dentro la mano y sentir el cosquilleo frío y duro de la riqueza deslizándosele entre los dedos. No sin esfuerzo, consiguió resistir la tentación y, con mayor esfuerzo aún, se agachó, apartó algunas de las ropas dobladas con una mano y con la otra remetió entre ellas el estuche. *Negro, negro y negro. La verdad, debería de procurarme un guardarropa un poco más variado.*

—¿Se va sin despedirse?

Glokta se incorporó de golpe y su espalda se vio sacudida por un espasmo tan lacerante que a punto estuvo de provocarle un vómito. Alargó una mano y cerró la tapa del baúl justo a tiempo de dejarse caer sobre ella antes de que su pierna cediera. Vitari le miraba con gesto ceñudo desde el umbral.

—¡Maldita sea! —bufó echando saliva por los múltiples huecos de su dentadura con cada resuello. La pierna izquierda se le había quedado tan inerte como un trozo de madera y la derecha estaba acalambrada.

La Practicante se deslizó hacia el interior de la sala lanzando miradas a diestro y siniestro. *Comprobando que no hay nadie más.*

Una entrevista privada, pues. Al ver que Vitari cerraba muy despacio la puerta, el corazón de Glokta comenzó a latir acelerado, y ya no sólo por los espasmos de la pierna. Se oyó el clic de la llave en la cerradura. *Los dos solos. Qué excitante.*

Mientras la mujer avanzaba sigilosamente por la alfombra, su alargada sombra se proyectaba hacia él.

—Creía que habíamos hecho un trato —siseó desde detrás de la máscara.

—Yo también —repuso Glokta mientras se esforzaba por colocarse en una postura más digna—. Pero resulta que me ha llegado una pequeña misiva de Sult. Quiere que regrese y me parece que los dos sabemos por qué.

—No será por nada que yo haya dicho. —¿Sí?

La Practicante entornó aún más los ojos y avanzó hacia él.

—Teníamos un trato. Y yo he cumplido mi parte.

—¡Me alegro por usted! Eso le servirá de consuelo cuando yo esté flotando de bruces en los muelles de Adua y usted esté aquí atrapada esperando el momento en que los gurkos irrumpan en...

Un momento después la tenía encima, machacando su espalda contrahecha contra el baúl y estrujándole el cuerpo hasta arrancarle un jadeo entrecortado. Se produjo un fugaz destello metálico, se oyó el tintinear de una cadena y los dedos de la Practicante se deslizaron en torno al cuello de Glokta.

—¡Maldito gusano tullido! ¡Debería rebanarle el pescuezo ahora mismo! —la rodilla de Vitari se le clavaba dolorosamente en el estómago, el frío metal le hacía cosquillas en la piel del cuello, los ojos azules de la mujer le miraban iracundos, titilando y centelleando como las piedras que había guardadas en el baúl que tenía debajo de su espalda. *Puede que esté a sólo unos pocos segundos de la muerte. Fácilmente, sí.* Se acordó de cuando la vio estrangulando a Eider. *Con la misma despreocupación con que se aplasta a una hormiga, y yo, un mísero tullido, estoy tan indefenso como lo estaría ella.* Pero, en lugar de tartamudear de miedo, lo único que pensaba era: *¿cuándo fue la última vez que tuve encima a una mujer?*

Glokta soltó una carcajada ahogada.

—¿Es que ya se le ha olvidado quién soy? —gimoteó, mitad riéndose, mitad sollozando, mientras en sus ojos humedecidos latía una repulsiva mezcla de dolor y diversión—. Me presento, soy el Superior Glokta, encantado de conocerla. Me importa un carajo lo que haga, y usted lo sabe. ¿Amenazas a mí? ¡Más vale que pruebe con alguna otra cosa, maldita pelirroja!

Vitari tenía los ojos desorbitados de la rabia. Echó el hombro hacia delante y retrasó el codo, preparándose para aplicar la máxima presión posible. *Más que suficiente sin duda para separarme el cuello de mi contrahecha columna.*

Glokta notó que sus labios empapados de saliva se fruncían hacia atrás formando una mueca repulsiva. *Ahora.*

Oyó los resoplidos de Vitari detrás de la máscara. *Adelante, hágalo.*

Notó la hoja del cuchillo rozándole el cuello, un tacto tan frío y afilado que casi ni lo sentía. *Estoy listo.*

Entonces la mujer dejó escapar un prolongado bufido, alzó el cuchillo y lo clavó en la madera que había junto a la cabeza de Glokta. Luego se levantó y se alejó de él. Glokta cerró los ojos y se quedó unos instantes parado, recobrando el aliento. *Sigo vivo.* Tenía una extraña sensación en la garganta, *¿Alivio o decepción? No es fácil saberlo.*

—Por favor —la voz sonaba tan baja que por un momento creyó que se lo había imaginado. Vitari estaba de pie, de espaldas a él, con la cabeza agachada; sus puños apretados, temblaban.

—¿Cómo?

—Por favor. *Sí, lo ha dicho. Y salta a la vista que le cuesta hacerlo.*

—¿Conque por favor, eh? ¿Acaso cree que está en condiciones de pedir favores? Dígame, ¿por qué habría de salvarla? Vino aquí a espiar para Sult. ¡Desde que llegó no ha hecho otra cosa que interponerse en mi camino! ¡Me cuesta trabajo pensar en alguien en quien confíe menos que en usted, y eso que yo no confío en nadie!

La mujer se volvió hacia él, se llevó una mano a la parte de atrás de la cabeza, agarró las correas de su máscara y se la quitó. Las marcas de la máscara se dibujaban nítidas en su rostro: morenas en los ojos, la frente y el cuello, blancas alrededor de la boca, con una marca rosácea atravesando el caballete de la nariz. Su cara era mucho más suave, mucho más joven y mucho más normal de lo que se había esperado. Ya no parecía temible. Sólo asustada, desesperada. De pronto, Glokta se sintió ridículamente azorado, como si hubiera entrado de improviso en una habitación y hubiera pillado a alguien desnudo. Casi tuvo que apartar la vista cuando ella se arrodilló para ponerse a su altura.

—Por favor —tenía los ojos humedecidos, llorosos, sus labios temblaban como si estuviera a punto de llorar. *¿Un atisbo de las esperanzas secretas que pueden anidar bajo una apariencia corrupta? ¿O una buena actuación sin más?* Glokta sintió una palpitación en un párpado—. No se lo pido por mí —susurró—. Por favor, se lo ruego.

Glokta se llevó una mano al cuello y se lo frotó pensativamente. Cuando la retiró, vio que en la punta de un dedo tenía un poco de sangre: una tenue mancha marrón. *Una mínima incisión. Un simple rasguño. Medio pelo más y en este momento estaría chorreando sangre sobre esta preciosidad de alfombra. Medio pelo más. La vida depende de azares como ése. ¿Por qué habría de salvarla?*

Pero sabía por qué. *Porque no suelo salvar a muchos.*

Haciendo una mueca de dolor, se giró sobre el baúl para darle la espalda y permaneció sentado masajeándose la carne entumecida de su pierna izquierda. De pronto, respiró hondo.

—Está bien —dijo.

—No se arrepentirá.

—Ya me he arrepentido. ¡Maldita sea, no aguanto ver llorar a una mujer! ¡Cargue de una vez su equipaje! —se volvió alzando un dedo, pero Vitari ya se había puesto

de nuevo la máscara. A través de ella, le miraban entornados unos ojos secos y fieros. *Unos ojos con toda la pinta de poder pasarse cien años sin verter ni una sola lágrima.*

—Descuide —Vitari dio un tirón a la cadena que rodeaba su muñeca, y la hoja con forma de cruz se soltó de la tapa de madera y fue a parar a su mano—. Viajo ligera de equipaje...

***

Glokta contemplaba las luces que se reflejaban en la superficie en calma de la bahía. Fluctuantes fragmentos rojos, amarillos y blancos que centelleaban en las aguas negras. Frost manejaba los remos con ritmo suave y monótono; su pálido rostro, parcialmente iluminado por el parpadeo de los incendios de la ciudad, carecía por completo de expresión. Encorvado detrás de él, Severard miraba el agua con el ceño fruncido. Un poco más allá, en la proa, estaba Vitari, cuya cabeza era poco más que una erizada silueta. Las palas entraban en las aguas y las acariciaban casi sin hacer ruido. El bote apenas parecía moverse. Era más bien como si el oscuro contorno de la península se alejara suavemente de ellos y se fuera perdiendo en la negrura.

¿Qué he hecho? Condenar una ciudad llena de gente a la muerte o a la esclavitud. ¿Y por qué lo he hecho? ¿Por el honor del Rey? ¿Un imbécil babeante incapaz de controlar sus esfínteres, y no digamos ya su país? ¿Por mi orgullo? Ja, hace tiempo que se fue a paseo en compañía de mis dientes. ¿Por obtenerla aprobación de Sult? Lo más probable es que mi recompensa sea una soga al cuello seguida de una larga caída.

A lo lejos, recortado sobre el cielo nocturno, alcanzaba a distinguir el contorno aún más oscuro del peñón, con la escarpada forma de la Ciudadela encaramada a su cumbre. Puede que incluso las esbeltas formas de las torretas del Gran Templo. Todo ello camino ya del pasado.

¿Podría haber actuado de otra forma? Sí, podría haber unido mi suerte a la de Eider y los demás. Podría haber entregado la ciudad a los gurkos sin ofrecer resistencia. ¿Habría cambiado eso algo? Glokta se chupó sus encías desnudas con un gesto de amargura. El Emperador habría llevado a cabo su purga de todas formas. Y Sult me habría mandado buscar, igual que ha hecho ahora. Unos cambios tan insignificantes que apenas si merece la pena tomarlos en consideración. ¿Qué fue lo que dijo Shickel? Muy pocos son los que eligen.

Se levantó una brisa fresca y Glokta se subió el cuello de su toga, cruzó los brazos sobre el pecho e hizo una mueca de dolor mientras movía su pie entumecido de atrás adelante para tratar de que le circulara la sangre. La ciudad ya no era más que una masa difusa de puntitos luminosos.

Justo lo que dijo Eider: todo esto sólo para que el Archilector y los suyos puedan señalar un mapa y decir este puntito o aquel otro nos pertenece.

Sus labios se contrajeron formando una sonrisa. *Y después de tantos esfuerzos, de tantos sacrificios, de tantas intrigas y complots y de tanta muerte, ni siquiera hemos logrado conservar la ciudad. Tanto sufrimiento, ¿para qué?*

No hubo respuesta, por supuesto. Sólo el pausado ruido de las olas que lamían el costado del bote, el suave crujido de las chumaceras, el relajante golpeteo de los remos en el agua. Quería sentir asco de sí mismo. Remordimiento por lo que había hecho. Compasión por todos aquellos a los que había dejado a merced de los gurkos. *Igual que harían otros hombres. Igual que habría hecho yo mismo hace mucho tiempo.* Pero no era fácil sentir otra cosa que no fuera una inmensa fatiga y el constante fastidio de aquel dolor que nacía en su pierna y subía por su espalda hasta alcanzarle el cuello. Contrajo la cara y se recostó en su asiento de madera, buscando como siempre la postura menos dolorosa. *A fin de cuentas, tampoco tengo por qué castigarme a mí mismo.*

Ya habrá otros que se ocupen de hacerlo dentro de no mucho.

La joya de las ciudades

Al menos ya podía montar a caballo. Esa misma mañana le habían desentablillado y la pierna irritada de Jezal sufría al golpearse contra la ijada de su montura. Notaba las manos torpes y entumecidas al manejar las riendas y, sin la protección del vendaje, el brazo parecía más débil y dolorido. Los dientes aún le latían sordamente cada vez que el caballo plantaba sus pezuñas sobre el camino bacheado. Pero al menos había salido del carro, y eso ya era algo. Últimamente, esos pequeños detalles le producían una enorme alegría.

Sus compañeros cabalgaban formando un grupo sombrío y silencioso, con un aspecto tan adusto como el de un cortejo fúnebre, pero Jezal no se lo reprochaba. El lugar no invitaba a la alegría. Una llanura de tierra polvorienta. De grietas abiertas en la roca pelada. De arena y piedras, completamente desprovista de vida. El cielo, una nada blanca e inmóvil, con un aspecto tan pesado como el del plomo, hacía presagiar una lluvia que nunca llegaba a caer. Cabalgaban arrimados al carro como si buscaran un poco de calor: las únicas criaturas de sangre caliente en cientos de kilómetros de gélido desierto, los únicos seres dotados de movimiento en un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido, los únicos seres vivos en una tierra muerta.

El camino era amplio, pero las piedras del suelo estaban combadas y agrietadas. Había tramos en los que había desaparecido por completo y otros en los que había sido cubierto por torrentes de barro. A ambos lados, surgiendo de la tierra pelada, se veían unos tocones secos. Bayaz debió de notar que los estaba mirando.

—Una imponente avenida de robles bordeaba este camino a lo largo de treinta kilómetros hasta alcanzar las puertas de la ciudad. En verano sus hojas resplandecían mecidas por el viento de la llanura. Los plantó Juvens con sus propias manos en los Viejos Tiempos, cuando el Imperio era joven, mucho antes incluso de que yo naciera.

Los tocones mutilados tenían un color grisáceo y en sus bordes astillados se adivinaban aún las marcas de las sierras.

—Parece que los hubieran talado hace sólo unos meses.

—Pues fue hace muchos años, muchacho. Cuando Glustrod se apoderó de la ciudad, ordenó que los cortaran para surtir sus hornos.

—Entonces, ¿cómo es que no se han podrido?

—La propia podredumbre no deja de ser un indicio de vida. Y aquí no hay nada vivo.

Jezal tragó saliva y encorvó los hombros mientras los trozos de madera muerta hacía siglos pasaban desfilando lentamente como si fueran una interminable hilera de lápidas.

—No me gusta esto —dijo entre dientes.

—¿Y cree que a mí sí? —Bayaz frunció el entrecejo y le miró con gesto grave—. ¿Acaso cree que a alguno de los aquí presentes le gusta? Un hombre, si quiere ser recordado, tiene que hacer a veces cosas que no le gustan. Es el esfuerzo, no la holganza, lo que permite a un hombre alcanzar el honor y la fama. Es el conflicto, no la paz, lo que proporciona poder y riquezas. ¿O es que eso ha dejado de interesarle?

—No —dijo Jezal—, supongo... —pero ya no estaba tan seguro. Sus ojos recorrieron el mar de tierra muerta. No se atisbaba ni asomo de honor en un lugar como ése, y no digamos ya de riqueza. Y tampoco resultaba fácil imaginar de dónde iba a venir la fama. Las únicas personas que había a cientos de kilómetros a la redonda ya le conocían muy bien. Además, empezaba a preguntarse si una existencia larga, pobre y vivida en la más absoluta oscuridad era verdaderamente algo tan terrible.

Cuando regresara a su país tal vez le pidiera a Ardee que se casara con él. Le divertía imaginarse su sonrisa cuando se lo propusiera. Seguro que pospondría la respuesta para que le corroyera la incertidumbre. Seguro que le tendría en ascuas durante un tiempo. Y seguro que al final decía que sí. Total, ¿qué era lo peor que podía suceder? ¿Que su padre se enfureciera? ¿Que se vieran obligados a vivir de su paga de oficial? ¿Que sus frívolas amistades y los idiotas de sus hermanos se rieran a sus espaldas al verle tan reducido en su estatus social? Casi se le escapa una carcajada al pensar que en tiempos todo ese tipo de cosas le habían parecido razones de mucho peso.

¿Una dura vida de trabajo al lado de la mujer que amaba? ¿Una casa alquilada en un barrio de poca monta con muebles baratos, pero una acogedora chimenea? No habría fama, ni poder, ni riqueza, pero sí un lecho caliente donde estaría Ardee esperándole... No parecía un destino tan terrible ahora que había visto a la muerte de cara, ahora que su sustento se reducía a un cuenco de papilla al día, y bastante agradecido que estaba de poder tenerlo, ahora que dormía solo, bajo el viento y la lluvia.

Su sonrisa se ensanchó. Hasta el picor de la piel irritada que le cruzaba la mandíbula le resultaba casi grato. La verdad, no parecía una vida tan mala.

***

Ante ellos se alzaban verticales las enormes murallas: encostradas de almenas rotas, ampolladas de torres derruidas, surcadas de negras cicatrices, recubiertas de una pátina de humedad. Un acantilado de piedra negra que trazaba una amplia curva y se perdía en la lejanía en medio de la persistente llovizna. La tierra pelada que se extendía ante ellas estaba encharcada de agua parda y sembrada de cascotes del tamaño de un ataúd.

—Aulcus —mascculló Bayaz encajando con fuerza las mandíbulas—. La joya de las ciudades.

—No parece que brille mucho —refunfuñó Ferro.

Tampoco se lo parecía a Logen. El cenagoso camino moría en un pasadizo destartalado y poblado de densas sombras, cuyas puertas debían de haberse perdido hacía mucho tiempo. La visión de aquella negra apertura le producía una sensación de angustia. Un sentimiento enfermizo similar al que le embargó cuando miró por la puerta abierta de la Casa del Creador. Era como si estuviera mirando el interior de una tumba, la suya muy posiblemente. Sólo pensaba en darse la vuelta y no regresar nunca a aquel lugar. Su montura soltó un suave relincho y retrocedió un paso, a la vez que arrojaba una vaharada a la brumosa llovizna. Recorrer los varios centenares de kilómetros sembrados de peligros que conducían al mar se le antojaba de pronto más sencillo que salvar las pocas zancadas que le separaban del arco de entrada.

—¿Está seguro de esto? —interrogó a Bayaz en un murmullo.

—¿Que si estoy seguro? ¡Pues claro que no! ¡Les he hecho cruzar las interminables leguas de esa llanura desolada por puro capricho! ¡Me he pasado años preparando este viaje y reuniendo este grupo integrado por personas traídas de todos los rincones del Círculo del Mundo con la única intención de divertirme un poco! No hay ningún problema si ahora nos damos tranquilamente la vuelta y regresamos dando tumbos hasta Calcis. ¿Que si estoy seguro? —sacudió la cabeza, espoleó su montura y se dirigió hacia la negra abertura.

Logen se encogió de hombros.

—Sólo era una pregunta —el arco se fue haciendo más y más amplio hasta que finalmente se los tragó a todos. El eco de los cascos de los caballos resonaba por el largo túnel, retumbando en torno a ellos en la oscuridad. El peso de las piedras que

les rodeaban por todas partes resultaba tan opresivo que casi parecía dificultar la respiración. Logen agachó la cabeza y miró con el ceño fruncido el punto de luz que se vislumbraba al fondo, cuyo diámetro iba creciendo poco a poco. Luego volvió la vista hacia un lado y se cruzó con la mirada de Luthar, que tenía el cabello pegado a la cara y se humedecía los labios con nerviosismo.

Un instante después salían a cielo abierto.

—Dios bendito —exhaló Pielargo—, Dios bendito...

Unos edificios colosales se alzaban a ambos lados de una plaza inmensa. Entre el vapor de la lluvia emergían como fantasmas esbeltos pilares y altas techumbres, imponentes columnas y grandiosos muros, todos ellos hechos para seres gigantescos. Logen estaba boquiabierto. Todos lo estaban. El minúsculo grupo se apiñaba en medio de aquel espacio inconmensurable como ovejas asustadas que aguardaran en un valle pelado la aparición de los lobos.

La lluvia silbaba en las piedras altas, caía salpicando los resbaladizos adoquines, se deslizaba formando innumerables hilillos por los muros semiderruidos, corría con un gorgoteo por entre las grietas del camino. El pesado golpeteo de los cascos de los caballos sonaba amortiguado. Las ruedas del carro gemían con un leve chirrido. No se oía nada más. Ni asomo del bullicio, la algarabía y el alboroto de las multitudes. Ni graznidos de aves, ni ladridos de perros, ni la barahúnda que suele acompañar al comercio. Ni atisbo de vida. Ni atisbo de movimiento. Sólo los enormes edificios negros que se perdían en la distancia bajo un fino manto de lluvia y los jirones de nubes que se deslizaban parsimoniosos por el cielo oscuro.

Pasaron por delante de las ruinas de un templo, una masa caótica de bloques y losas que chorreaban, cuyo pavimento agrietado estaba sembrado de descomunales fragmentos de columnas volcados de lado y de grandes piedras del techo, que permanecían en el mismo sitio en que habían caído. A excepción de la mancha rosàcea que le cruzaba el mentón, el rostro empapado de Luthar estaba pálido como la cera mientras contemplaba las imponentes ruinas que se alzaban a ambos lados del camino.

—Es infernal —masculló.

—Y que lo diga —musitó entre dientes Pielargo—, una visión verdaderamente impresionante.

—Palacios de difuntos acaudalados —dijo Bayaz—. Templos en los que se rezaba a iracundos dioses. Mercados donde se compraban y vendían mercancías, animales, personas. Donde se compraban y vendían los unos a los otros. Teatros, y baños, y burdeles donde se daba rienda suelta a las pasiones antes de que llegara Glustrod —señaló un valle de piedras empapadas que se abría al otro extremo de la plaza—. Ésa

es la Vía Caline. La principal arteria de la ciudad, el lugar donde residían los ciudadanos más opulentos. Traza una línea casi recta que va desde la puerta del norte hasta la del sur. Bueno, ahora presten atención —dijo volviéndose en su crujiente silla de montar—. A unos cuatro kilómetros al sur de la ciudad se alza un promontorio bastante elevado, coronado por un templo. La Peña Saturline la llamaban en los Viejos Tiempos. Si por un casual nos separamos, es ahí donde nos reuniremos.

—¿Por qué habríamos de separarnos? —inquirió Luthar abriendo mucho los ojos.

—La ciudad se asienta sobre un terreno... poco firme y propenso a los temblores. Los edificios son muy antiguos y bastante inestables. Tengo la esperanza de que podamos cruzar sin ningún percance pero... sería imprudente fiarlo todo a una simple esperanza. Si ocurriera algo, diríjanse hacia el sur. Hacia la Peña Saturline. Pero de momento procuren mantenerse lo más juntos que puedan.

Casi ni hacía falta decirlo. Mientras se encaminaban hacia la ciudad, Logen miró a Ferro; con sus negros cabellos en punta y su rostro moreno perlado de humedad, contemplaba con recelo los descomunales edificios que flanqueaban el camino.

—Si pasa algo —susurró Logen—, me ayudarás a salir del aprieto, ¿eh?

Ferro se volvió hacia él y asintió.

—Será si puedo, pálido.

—Claro.

***

La única cosa peor que una ciudad llena de gente es una ciudad donde no hay absolutamente nadie.

Ferro cabalgaba agarrando el arco con una mano y las riendas con la otra, mirando a diestro y siniestro, escudriñando las avenidas, las ventanas, los umbrales, esforzándose por ver lo que había detrás de las esquinas cuarteadas y de los muros agrietados. No sabía qué era lo que estaba buscando.

Pero no la pillarían desprevenida.

Todos se sentían igual que ella, se daba perfecta cuenta. Miró a Nuevededos: las fibras de los músculos de sus mandíbulas se tensaban y se destensaban en un lado de su cabeza mientras lanzaba miradas ceñudas a las ruinas. En todo momento mantenía la mano cerca de la empuñadura de su espada, cuyo frío metal mellado estaba cubierto de gotas de humedad.

Cualquier pequeño ruido bastaba para hacer que Luthar pegara un bote: el crujir de una piedra bajo las ruedas del carro, el chapoteo del agua en un charco, el bufido de uno de los caballos. Giraba bruscamente la cabeza a uno y otro lado, arrojando gotas de agua desde las puntas de sus cabellos empapados, y su lengua no paraba de chupar la muesca abierta en su labio partido.

Quai iba sentado en el carro, inclinado hacia delante, con su pelo húmedo dando sacudidas alrededor de su rostro demacrado, y sus pálidos labios apretados formando una tensa línea. Cuando agitó las riendas, Ferro advirtió que las estaba agarrando con tal fuerza que los tendones se le marcaban en el dorso de sus finas manos. Pielargo no paraba de mirar las interminables ruinas con los ojos y la boca entreabiertos. De vez en cuando unos chorritos de agua resbalaban por la fina pelusa de su cráneo huesudo. Por una vez, no parecía tener nada que decir: la única pequeña ventaja de aquel lugar dejado de la mano de Dios.

Bayaz trataba de aparentar confianza, pero Ferro no se dejaba engañar. Advirtió un temblor en su mano cada vez que soltaba las riendas para quitarse el agua de sus pobladas cejas. Advirtió que no paraba de mover la boca cuando atravesaban un cruce, se fijó en cómo escrutaba el fino manto de lluvia tratando de decidir cuál era el camino correcto. En todos sus movimientos se veía escrita la inquietud y la duda. Él lo sabía tan bien como ella. Aquél no era un lugar seguro.

Clin-clank.

Un débil ruido, parecido al de un martillo que golpeara un yunque en la lejanía, atravesó la lluvia. El ruido de unas armas que se están poniendo a punto. Apoyándose en las espuelas, Ferro se irguió para tratar de escucharlo mejor.

—¿Oyes eso? —preguntó a Nuevededos.

El norteño se detuvo, entrecerró los ojos tratando de distinguir algo y aguzó el oído.

Clin-clank

—Lo oigo —acto seguido, desenvainó su espada.

—¿Qué pasa? —Luthar miraba a todas partes con los ojos desorbitados mientras buscaba a tientas sus armas.

—Ahí no hay nada —refunfuñó Bayaz.

Ferro alzó una mano, indicándoles que se detuvieran; luego desmontó, pegó la espalda a la rugosa superficie de uno de los enormes bloques de piedra y, encajando una flecha en el arco, avanzó sigilosamente hacia la esquina del siguiente edificio.

Clank-clin.

Sintió que Nuevededos venía detrás de ella, moviéndose con cautela; le tranquilizaba tenerlo detrás.

Dobló la esquina, posando una rodilla en tierra, y oteó el panorama que se abría ante ella: una plaza desierta sembrada de charcos y llena de escombros. Al fondo había una torre inclinada, en cuya parte superior se abrían unos ventanales desvencijados sobre los que se alzaba una cúpula deslustrada. Algo se movía en su interior. Una silueta oscura que se balanceaba de un lado a otro. Tener un blanco al que disparar su flecha le alegró tanto que casi sonrió.

Era reconfortante contar con un enemigo.

Entonces oyó el ruido de unos cascos de caballo. Bayaz pasó a su lado y entró en la plaza ruinosa.

—¡Chiss! —le chistó, pero él no le hizo caso.

—Puedes guardar tu arma —dijo el Mago, volviendo la cabeza—. No es más que una vieja campana mecida por el viento. Las había a cientos en la ciudad. Tendrías que haberlas oído tañer cuando nacía un Emperador, o en el día de su coronación, o en el de su boda, o cuando regresaba de una campaña triunfal —acto seguido, alzó los brazos y subió la voz—. El aire resonaba con su jubiloso estruendo, y, desde todas las plazas, desde todas las calles, desde todos los tejados, los pájaros alzaban el vuelo y cubrían el cielo —ahora gritaba a pleno pulmón—. ¡Y las gentes se agolpaban en las calles! ¡Y se asomaban a todas las ventanas! ¡Y derramaban sobre el bienamado una lluvia de pétalos de flores! ¡Y le vitoreaban hasta quedarse roncos! —luego soltó una carcajada y dejó caer los brazos. Arriba, a lo lejos, la campana seguía tañendo mecida por el viento—. Pero de eso hace ya mucho. Sigamos.

Quai sacudió las riendas, y el carro comenzó a traquetear detrás del Mago. Nuevededos pasó a su lado y se encogió de hombros mientras volvía a envainar la espada. Durante unos instantes, Ferro permaneció inmóvil, mirando con recelo a la torre inclinada, cuya adusta silueta se recortaba sobre los negros nubarrones que desfilaban por el cielo. *Clin-clank.* Luego siguió a los demás.

***

Las estatuas surgían de dos en dos en medio de la feroz lluvia; inmóviles parejas de gigantes cuyas facciones desgastadas por el tiempo habían perdido cualquier rasgo diferenciador. El agua corría por la pulida superficie de mármol y caía a gotas desde las largas barbas, desde las faldillas de las armaduras, desde los brazos, que se extendían en ademán de bendición o amenaza, pero que hacía mucho tiempo que

habían sido mutilados a la altura de la muñeca, del codo, del hombro. Algunas partes estaban hechas en bronce —enormes cascos, espadas, cetros y coronas de laurel—, todas ellas teñidas ya de una tonalidad verde terrosa que dejaba sucias vetas en la reluciente piedra. Las estatuas emergían de dos en dos en medio de la feroz lluvia y, luego, la lluvia volvía a tragarse a cada pareja de gigantes, relegándolos a las brumas de la historia.

—Emperadores —dijo Bayaz—. Cientos de años de Emperadores.

Con el cuello dolorido de tanto mirar hacia arriba y la lluvia cosquilleándole en la cara, Jezal observaba el amenazador desfile de los soberanos de la antigüedad que se alzaban sobre el camino de baches. Las estatuas eran por lo menos dos veces más grandes que las que había en el Agriont, pero se les parecían lo bastante como para provocar en él una súbita añoranza.

—Es como la Vía Regia de Adua.

—Ajá —rezongó Bayaz—. ¿De dónde cree que saqué la idea?

Jezal aún seguía tratando de asimilar aquel extravagante comentario cuando advirtió que el siguiente par de estatuas era ya el último y que una de ellas estaba inclinada de una forma bastante alarmante.

—¡Detenga el carro! —ordenó Bayaz alzando una mano empapada y espoleando suavemente su montura para que avanzara un poco.

No era sólo que ya no hubiera más Emperadores delante de ellos, es que ni siquiera había camino. Un abismo vertiginoso se abría en la tierra, una enorme grieta que rasgaba la fábrica de la ciudad. Aun forzando la vista, Jezal apenas si alcanzaba a distinguir la pared de rocas quebradas y barro desmoronado que había al otro lado. Más allá sólo se atisbaban fantasmagóricas siluetas de muros y pilares: el difuso contorno de la gran avenida, que aparecía fugazmente y luego era barrido por el embate de la lluvia.

Pielargo carraspeó.

—Entiendo que no vamos a seguir por esta ruta.

Con suma cautela, Jezal se inclinó sobre su silla y se asomó al vacío. Al fondo, muy a lo lejos, se agitaban espumeantes unas aguas oscuras que bañaban la torturada tierra sobre la que se levantaban los cimientos de la ciudad. Una especie de mar subterráneo del que emergían muros agrietados, torres desmochadas y los cuarteados esqueletos de descomunales edificios. En lo alto de una tambaleante columna se erguía aún la estatua de un héroe muerto hace largos años. En tiempos, su mano alzada debió de ser una señal de triunfo. Pero ahora parecía suplicar que alguien le sacara de aquel infierno acuático.

Acometido por un súbito mareo, Jezal volvió a echarse hacia atrás en la silla.

—No, no vamos a seguir por esta ruta —alcanzó a decir con voz ronca.

Bayaz miró con gesto sombrío la incesante molienda del agua.

—En tal caso habrá que encontrar otra, y rápido. La ciudad está llena de grietas como ésta. Aun yendo en línea recta, nos quedan varios kilómetros por recorrer y, además, tenemos que cruzar un puente.

Pielargo frunció el ceño.

—Suponiendo que siga en pie.

—¡Sigue en pie! Kanedias lo construyó para que durara —el Primero de los Magos alzó la vista hacia la lluvia. El cielo, como un sombrío peso que pendiera sobre sus cabezas, empezaba a oscurecerse—. No podemos demorarnos. A este paso no conseguiremos atravesar la ciudad antes de que anochezca.

Jezal alzó la vista y miró espantado al Mago.

—¿Vamos a hacer noche aquí?

—Obviamente —fue la respuesta de Bayaz mientras apartaba a su caballo del borde del precipicio.

Las ruinas se iban cerrando sobre ellos conforme se alejaban de la Vía Caline y se internaban en el corazón de la ciudad. Jezal alzó la mirada para contemplar las amenazadoras sombras que surgían en medio de la oscuridad. La única cosa que le parecía peor que quedarse atrapado en ese lugar de día era tener que pasar allí la noche. Habría preferido pasarla en el infierno. ¿Acaso habría habido alguna diferencia?

***

El río fluía impetuoso a sus pies por el cañón artificial que formaban unos elevados muros de piedra alisada y mojada. Encajonado en tan angosto espacio, el poderoso Aos arrojaba espuma con inagotable y ciego furor, mordía la roca pulida y lanzaba al aire violentas rociadas de agua. Ferro no alcanzaba a comprender cómo había podido aguantar tanto tiempo con aquel diluvio que le llegaba desde abajo, pero Bayaz no se había equivocado.

El puente del Creador seguía en pie.

—En todos mis viajes por el ancho mundo, en todas y cada una de las ciudades y naciones que existen bajo el pródigo sol, jamás había visto semejante portento —

Pielargo sacudió lentamente su cabeza rapada—. ¿Es que es posible construir un puente de metal?

Pero de metal era. Un metal oscuro, liso y mate que relucía con las salpicaduras del agua. Un sencillo arco, de una elegancia increíble, salvaba el vertiginoso abismo apoyado en un intrincado entramado de varillas que se entrecruzaban en el aire, y, en su parte superior, unas planchas metálicas trazaban un amplio y nivelado camino que parecía invitarles a que lo cruzaran. Todas sus aristas estaban afiladas, todas sus curvas eran precisas, todas sus superficies brillaban impolutas. La obra se conservaba en su prístino esplendor en medio del lento deterioro de todo cuanto la rodeaba.

—Como si lo hubieran acabado ayer mismo —murmuró Quai.

—Y, sin embargo, lo más probable es que sea la edificación más antigua de la ciudad —Bayaz señaló con la cabeza la devastación que tenían a sus espaldas—. Todos los logros de Juvens se encuentran en ruinas. Derruidos, rotos y olvidados como si nunca hubieran existido. Las obras del Maestro Creador, en cambio, se mantienen incólumes. Su brillo, si acaso, parece aún más intenso al lucir en medio de un mundo oscurecido —soltó un resoplido y una nube de vaho le salió por la nariz—. ¿Quién sabe? Tal vez lleguen intactas y sin mácula al final de los tiempos, cuando todos nosotros llevemos ya innumerables siglos en la tumba.

Luthar, con gesto nervioso, echó un vistazo al agua atronadora, preguntándose sin duda si no sería más bien allí abajo donde encontraría su tumba.

—¿Está seguro de que resistirá?

—En los Viejos Tiempos aguantaba el paso de miles de personas al día. Decenas de miles. Caballos y carretas, ciudadanos y esclavos, que fluían incesantemente en uno y otro sentido de día y de noche. Aguantará —Ferro observó cómo las pezuñas del caballo de Bayaz se posaban con un golpe metálico en el puente.

—Ciertamente este Creador era un hombre... dotado de muy notables dones —murmuró el Navegante espoleando a su caballo para se pusiera en marcha.

Quai hizo restallar las riendas.

—Vaya si lo era. Y de ellos ya no queda ni rastro en el mundo.

Nuevededos fue el siguiente y luego le siguió Luthar, que no parecía tenerlas todas consigo. Ferro, en cambio, permanecía inmóvil bajo la lluvia mirando con gesto ceñudo el puente, el carro, a los cuatro caballos y a los cuatro jinetes. No le gustaba todo aquello. Ni el río ni el puente ni la ciudad. Conforme avanzaban, la sensación de que se trataba de una trampa no había hecho sino incrementarse y ahora ya estaba plenamente convencida de ello. Nunca debería haber hecho caso a Yulwei. Nunca

debería haber dejado el Sur. Qué demonios hacía ella en aquella desolación gélida, húmeda y desértica con una cuadrilla de pálidos impíos.

—Yo no pienso pasar por ese bicho —dijo.

Bayaz se dio la vuelta para mirarla.

—¿Es que tienes pensado cruzar volando? ¿O simplemente piensas quedarte a ese lado?

Se echó para atrás en la silla y se cruzó de brazos.

—Puede que lo haga, sí.

—Tal vez sea preferible discutir el asunto una vez que hayamos cruzado la ciudad —murmuró el Hermano Pielargo, volviendo la vista atrás y lanzando una mirada nerviosa a las calles desiertas.

—Tiene razón —terció Luthar—. En este lugar se respira una atmósfera maligna...

—A la mierda con todos y con sus atmósferas —gruñó Ferro—. ¿Por qué tengo que cruzarlo? ¿Qué es exactamente eso que hay al otro lado del río que puede serme tan útil? Me prometió venganza, viejo pálido, y lo único que me ha dado han sido mentiras, lluvia y mala comida. ¿Por qué habría de dar un solo paso más en su compañía? ¡Dígame!

Bayaz torció el gesto.

—Mi hermano Yulwei te ayudó en el desierto. De no haber sido por él, estarías muerta. Le diste tu palabra...

—¿Mi palabra? ¡Ja! La cadena de una palabra es muy fácil de romper, anciano —y, acto seguido, adelantó las muñecas y luego las separó bruscamente—. Ya está. Ya me he liberado de mi palabra. ¡No prometí aceptar que se me convirtiera en una esclava!

El Mago dejó escapar un prolongado suspiro y luego se echó hacia delante sobre su montura.

—Bastante complicada es la vida para que encima vengas tú a poner también tu granito de arena. Dime, Ferro, ¿por qué ese empeño en poner las cosas más difíciles de lo que ya son?

—Tal vez Dios tuviera algún propósito al hacerme como soy, pero no sé cuál es. ¿Qué es la Semilla?

Directamente al grano. El ojo del anciano pálido pareció palpitar al oírle pronunciar esa palabra.

—¿La Semilla? —masculló desconcertado Luthar.

Bayaz frunció el ceño al ver los gestos de asombro de sus compañeros.

—Puede que fuera mejor no saberlo.

—No me vale. Si vuelve a quedarse dormido una semana entera, quiero saber qué es lo que estamos haciendo y por qué.

—Ya estoy del todo recuperado —repuso Bayaz, pero Ferro sabía que mentía. No había ni una sola parte de su cuerpo que no pareciera más encogida, más avejentada y más débil de lo que estaba antes. Puede que hubiera estado despierto y hablando, pero no estaba ni mucho menos recuperado. Iba a tener que encontrar un argumento más sólido que ése si quería camelarla—. No volverá a pasar, puedes estar segura de...

—Se lo voy a preguntar otra vez, a ver si al fin obtengo una respuesta clara. ¿Qué es la Semilla?

Bayaz se la quedó mirando fijamente, y ella le sostuvo la mirada.

—Muy bien. Nos sentaremos bajo la lluvia y charlaremos un rato sobre la naturaleza de las cosas —y, dicho aquello, sacó al caballo del puente hasta dejarlo a menos de una zancada de la entrada, y, luego, sonrió como si se sintiera muy aliviado de poder compartir al fin una pesada carga—. La Semilla es el nombre con el que se conoce una cosa que Glustrod extrajo de las entrañas de la tierra. Es el instrumento que empleó para hacer todo esto.

—¿Esto? —gruñó Nuevededos.

—Todo esto —y, a continuación, el Mago señaló con el brazo la devastación que se extendía a su alrededor—. La Semilla convirtió la ciudad más grandiosa del mundo en un montón de ruinas y asoló la tierra que la rodea por toda la eternidad.

—¿Entonces es un arma? —murmuró Ferro.

—Es una piedra —terció de repente Quai, agazapado dentro del carro y sin mirar a nadie—. Una roca del mundo inferior. Que los diablos dejaron atrás, enterrada, cuando Euz los expulsó de nuestro mundo. Es el Otro Lado encarnado. La sustancia primigenia de la magia.

—En efecto —susurró Bayaz—. Felicidades, maese Quai. Ya veo que en un tema al menos no es usted un perfecto ignorante. ¿Y bien, Ferro? ¿Te vale con esa respuesta?

—¿Una simple roca hizo todo esto? —Nuevededos no parecía demasiado contento—. ¿Para qué demonios la queremos?

—Creo que algunos de nosotros pueden imaginárselo —Bayaz miraba a Ferro a los ojos con una sonrisa enfermiza, como si supiera exactamente lo que pensaba. Tampoco era raro que lo supiera.

No era ningún secreto.

A Ferro todas esas historias sobre demonios, excavaciones y viejas ruinas empapadas le traían al fresco. Estaba demasiado ocupada imaginándose al Imperio de Gurkhul convertido en una tierra muerta. Su pueblo, borrado del mapa. Su Emperador, olvidado. Sus ciudades, reducidas a polvo. Su poder, un vago recuerdo. La mente de Ferro era un hervidero de imágenes de muerte y venganza. Una sonrisa asomó a su rostro.

—Bien —dijo—, ¿pero para qué me necesita?

—¿Quién ha dicho que me hagas tanta falta?

Ferro resopló con sorna.

—Dudo mucho que me hubiera aguantado tanto tiempo si no me necesitara.

—Muy cierto.

—¿Por qué me necesita entonces?

—Porque la Semilla no se puede tocar. El mero hecho de mirarla puede resultar dañino. Tras la caída de Glustrod, entramos con el ejército del Emperador en la ciudad devastada para ver si había supervivientes. No encontramos ninguno. Sólo horrores y ruinas y cadáveres; de éstos, tantos que no pudimos contarlos. Enterramos millares y millares en fosas de cien cada una que excavamos por toda la ciudad. Fue un trabajo muy largo y, cuando estábamos en ello, una compañía de soldados encontró un objeto extraño bajo las ruinas. Su capitán lo envolvió en su capa y se lo llevó a Juvens. Antes de que cayera la noche, el hombre se había marchitado y había muerto, y su compañía no corrió mejor suerte. Perdieron todo el cabello y sus cuerpos se consumieron. En menos de una semana aquellos cien hombres no eran más que cadáveres. Juvens, en cambio, no sufrió daño alguno —Bayaz señaló al carro—. Por eso fabricó Kanedias esa caja, y por eso la tenemos con nosotros. Para protegernos. Ninguno de nosotros está a salvo. Ninguno excepto tú.

—¿Por qué yo?

—¿Nunca te has preguntado por qué no eres como los demás? ¿Por qué no distingues los colores? ¿Por qué no sientes dolor? Tú eres lo mismo que eran Juvens y Kanedias. Lo mismo que era Glustrod. Lo mismo que el propio Euz, incluso.

—Sangre de demonio —murmuró Quai—. Maldita y bendita a un tiempo.

Ferro le lanzó una mirada asesina.

—¿Qué quiere decir?

—Tienes antepasados de la estirpe de los demonios —y una de las comisuras de los labios del aprendiz se curvó hacia arriba formando una sonrisa de complicidad—.

Tal vez se remonte a los momentos más remotos de los Viejos Tiempos, o a antes incluso, pero el caso es que no eres del todo humana. Eres una reliquia. Conservas un pequeño vestigio de la sangre del Otro Lado.

Ferro abrió la boca para soltarle un insulto, pero Bayaz la interrumpió.

—Es un hecho incontestable, Ferro. No te habría traído si hubiese tenido la más mínima duda. Pero no debes intentar negarlo. Debes asumirlo. Es un raro don. Puedes tocar la Semilla. Tal vez seas tú la única capaz de hacerlo en todo el Círculo del Mundo. Sólo tú puedes tocarla y sólo tú puedes llevarla a la guerra —se inclinó hacia delante hasta pegarse a ella, y le susurró—: Pero sólo yo puedo hacerla arder. Con un calor capaz de convertir la totalidad de Gurkhul en un desierto. Con un calor capaz de reducir a cenizas a Klialul y a todos sus servidores. Con un calor de una intensidad tal que hasta tú misma sentirás que te has cobrado cuanta venganza necesitabas y más aún. ¿Vendrás ahora? —y, acto seguido, dio un chasquido con la lengua, apartó su caballo y lo condujo de nuevo hacia el puente.

Ferro miraba con gesto ceñudo la espalda del viejo pálido mientras cabalgaba detrás de él mordisqueándose el labio. Cuando se lo chupó, sintió un regusto a sangre. Sangre, sí, pero no dolor. No le hacía gracia creer en algo que le hubiera dicho el Mago, pero era innegable que ella no era igual a los demás. Recordaba que una vez pegó un mordisco a Aruf y éste le dijo que debía de haber tenido por madre a una serpiente. ¿Por qué no un demonio? A través de las ranuras del metal, contempló el agua que atronaba abajo a lo lejos y torció el gesto, pensando en su venganza.

—En realidad no importa qué sangre tengas —Nuevededos cabalgaba a su lado. Montando tan mal como siempre, mirándola y hablando con voz suave—. Los hombres se hacen a sí mismos, eso solía decirme mi padre. Y supongo que eso también es válido para las mujeres.

Ferro no le contestó. Tiró de las riendas y dejó que los demás se adelantaran. Mujer, demonio o serpiente, qué más daba. Lo único que le importaba era hacer daño a los gurkos. Su odio era intenso y estaba fuertemente enraizado. Le producía una sensación cálida y familiar. Era su más viejo amigo.

No podía confiar en nada más.

Ferro fue la última en salir del puente. Mientras los demás se encaminaban hacia la ciudad devastada, echó la vista atrás y miró las ruinas de las que venían, que asomaban desde la otra orilla semiocultas por el manto de lluvia.

—¡Chiss! —Dio un tirón a las riendas, se incorporó apoyándose en las espuelas y escrutó el paisaje que se extendía al otro lado de las tumultuosas aguas, repasando

con la vista los cientos de ventanas, los cientos de umbrales, los cientos de grietas, huecos y espacios que se abrían en los muros semiderruidos.

—¿Qué has visto? —oyó que le preguntaba con inquietud Nuevededos.

—Algo —pero ya no veía nada. A lo largo del cuarteado muro de contención se agazapaban vacíos y silenciosos innumerables esqueletos de edificios.

—No queda nada vivo en este lugar —dijo Bayaz—. La noche está a punto de caer y por una vez creo que a mis pobres huesos no les vendría mal dormir bajo un techo que los proteja de la lluvia. Tus ojos te han engañado.

Ferro le miró con cara de pocos amigos. Sus ojos nunca la engañaban, fueran o no los ojos de un demonio. Había algo en la ciudad. Lo sentía.

Y los estaba vigilando.

Suerte

—Arriba, Luthar.

Los ojos de Jezal temblaron y se abrieron. Había tanta luz que apenas conseguía distinguir dónde estaba; soltó un gruñido, pestañeó y luego se hizo sombra con una mano. Alguien le sacudía el hombro. Nuevededos.

—Hay que ponerse en marcha.

Jezal se incorporó, tosió y volvió a pestañear. Un chorro de luz, saturado de motas de polvo en suspensión, entraba en la estrecha recámara y le daba de lleno en la cara.

—¿Dónde se han metido los demás? —dijo con la voz todavía adormilada.

El norteño volvió bruscamente su desgreñada cabeza hacia uno de los ventanales. Entornando los ojos, Jezal alcanzó a distinguir la figura del Hermano Pielargo: estaba de pie, mirando hacia el exterior con las manos enlazadas a la espalda.

—Nuestro amigo el Navegante está admirando las vistas. Los demás están fuera, ocupándose de los caballos y decidiendo la ruta. Pensé que no le vendría mal pasarse unos minutos más debajo de la manta.

—Gracias —Jezal alzó la vista a tiempo de ver que Nuevededos le arrojaba una galleta. Trató de cogerla, pero su mano mala seguía estando bastante torpe, y cayó al suelo. El norteño se encogió de hombros—. Un poco de polvo no le hará daño.

—Me imagino que no —Jezal la recogió, la limpió un poco con el dorso de la mano y le pegó un mordisco, poniendo mucho cuidado de emplear el lado bueno de la boca. Luego se quitó de encima la manta, se dio la vuelta y se levantó rígidamente del suelo.

Mientras daba unos pasos de prueba con los brazos estirados y sujetando la galleta con una mano, Logen le miraba.

—¿Qué tal va la pierna?

—Ha conocido tiempos peores —y también mejores. Al mantener tiesa la pierna herida, caminaba con una leve cojera, y siempre que apoyaba su peso sobre la rodilla

y el tobillo, le dolía, pero al menos podía andar y cada mañana iba a mejor. Al llegar al tosco muro de piedra, cerró los ojos y aspiró una bocanada de aire. Era tal el gozo que le producía el simple hecho de poder mantenerse de pie otra vez, que no sabía si reír o llorar de felicidad.

—De ahora en adelante me sentiré agradecido por cada paso que pueda dar.

Nuevededos sonrió.

—Ese sentimiento suele durar uno o dos días, luego volverá a quejarse de la comida.

—No lo haré —dijo con firmeza Jezal.

—De acuerdo. Dejémoslo en una semana —se encaminó hacia la ventana que había al otro extremo de la recámara, proyectando una alargada sombra sobre el polvo del suelo—. Pero, entretanto, creo que debería echarle un vistazo a esto.

—¿A qué? —Jezal subió a la pata coja hasta el lugar donde estaba el Hermano Pielargo. Jadeando y sacudiendo un poco su pierna dolorida, se apoyó en una columna agujereada que había a un lado de la ventana. Luego alzó la vista y se quedó boquiabierto.

Debían de estar bastante altos. En la parte de arriba de una empinada ladera que daba a la ciudad. Suspendido en el cielo a la altura de los ojos de Jezal, el sol naciente, envuelto en la calima matinal, brillaba con una desleída tonalidad amarillenta. Por encima, el cielo lucía claro y pálido, con apenas unos pocos jirones de nubes blancas que permanecían casi inmóviles.

Incluso en ruinas, cientos de años después de su caída, la vista de Aulcus cortaba la respiración.

Una vasta extensión de tejados rotos y de muros semiderruidos, algunos brillantemente iluminados, otros hundidos en densas sombras, se desplegaba ante ellos hasta perderse en la lejanía. Majestuosas cúpulas, tambaleantes torres, gráciles arcos y orgullosas columnas emergían en medio de aquel mar de escombros. Jezal distinguía los huecos que dejaban las amplias plazas y las anchas avenidas; también el inmenso tajo del río, que describía una suave curva sobre el pétreo bosque que tenía a su derecha, y cuyas aguas en movimiento espejeaban. En todas direcciones, hasta donde le alcanzaba la vista, la piedra mojada relucía iluminada por el sol matinal.

—Son cosas como ésta las que hacen que me guste tanto viajar —suspiró Pielargo—. De golpe, en un solo momento, todo el viaje ha valido la pena. ¿Puede haber alguna vista comparable? ¿Cuántos hombres vivos pueden jactarse de haber contemplado cosa igual? Aquí estamos los tres ante una ventana abierta a la historia,

ante una puerta que conduce a un pasado largo tiempo olvidado. Jamás volveré a soñar con la imagen de la bella Talins, refulgiendo junto al mar bajo la rojiza luz matinal, ni con la de Ul-Nahb, resplandeciendo bajo la bóveda azul del cielo al mediodía, ni con la de Ospria, encaramándose orgullosa en la montaña con sus luces titilando como estrellas en un suave anochecer. De ahora en adelante, mi corazón pertenecerá siempre a Aulcus. Ciertamente es la joya de las ciudades. Si no hay palabras para expresar su sublime belleza ahora que está muerta, quién osaría imaginar lo que pudo ser cuando estaba viva. ¿Quién no se quedaría mudo de asombro ante semejante visión? ¿Quién no se sobrecogería ante...?

—Un montón de edificios viejos —refunfuñó Ferro a sus espaldas—. Y ya va siendo hora de que los dejemos atrás. Recojan sus cosas. Nos vamos —y, dicho aquello, se dio la vuelta y se encaminó hacia la entrada.

Jezal giró la cabeza y contempló con el ceño fruncido la reluciente extensión de oscuras ruinas que se perdían en la difusa lejanía. No se podía negar que era algo magnífico, pero también resultaba atemorizador. Los espléndidos edificios de Adua, las torres y los imponentes muros del Agriont, todo lo que Jezal había considerado hasta entonces el paradigma de la magnificencia le parecía ahora una mísera y triste copia. Se sentía un niño pequeño e ignorante, originario de un minúsculo y bárbaro país, que vivía en una época insignificante y mezquina. Le alegraba irse de allí y dejar que la joya de las ciudades regresara al pasado, que era el lugar al que pertenecía. Aulcus no aparecería en sus sueños.

Aunque tal vez sí en sus pesadillas.

***

Debió de ser bien entrada la mañana cuando llegaron a la única plaza de la ciudad que seguía estando atestada. Un espacio gigantesco, abarrotado de un extremo al otro por una multitud inmóvil y silenciosa. Una muchedumbre de piedra.

Estatuas de todos los tamaños, materiales y poses imaginables. Basalto negro, mármol blanco, alabastro verde y pórfido rojo, granito gris y cientos de otras piedras cuyo nombre Jezal ignoraba por completo. Semejante variedad ya resultaba bastante extraña de por sí, pero mucho más inquietante era lo que todas tenían en común. Ninguna de ellas tenía rostro.

Las facciones más colosales habían sido destruidas con piquetas que habían dejado el rostro reducido a una masa informe sembrada de orificios. Las más pequeñas se habían eliminado mediante un corte seco que había dejado unos cráteres

vacíos de piedra bruta. Grabados en los pechos de mármol, en los brazos, alrededor de los cuellos y en las frentes figuraban unos mensajes de aspecto amenazador, escritos en un alfabeto que Jezal no reconocía. Daba la impresión de que en Aulcus las cosas se hacían siempre a una escala grandiosa, y el vandalismo no parecía ser la excepción.

En medio de aquel siniestro destrozo, se abría un sendero lo bastante ancho para que pasara la carreta. Jezal se puso al frente del grupo e inició la marcha por en medio de aquel bosque de efigies sin rostro, que se agolpaban a ambos lados como multitudes que asistieran a un solemne cortejo.

—¿Qué pasó aquí? —murmuró.

Bayaz alzó la vista y, frunciendo el ceño, miró una cabeza que fácilmente podría tener diez zancadas de altura. Los labios permanecían apretados en un gesto de firme determinación, pero le faltaban los ojos y la nariz y en su mejilla lucía un mensaje inscrito con tosca caligrafía.

—Cuando Glustrod tomó la ciudad concedió a sus siniestras tropas un día entero para que hicieran cuanto quisieran con la población. Para que dieran rienda suelta a su furia y saciaran sus ansias de pillaje, de asesinato, de violación. Como si fuera posible saciarlas —Nuevededos tosió y se movió inquieto en su silla de montar—. Luego se les ordenó que derribaran todas las estatuas de Juvens que había en la ciudad. Las arrancaron de todos los tejados, de todos los salones, de todos los frisos y templos. Aulcus estaba llena de efigies de mi maestro; al fin y al cabo, él mismo había diseñado la ciudad. Pero Glustrod no era de los que hacen las cosas a medias. Reunió todas las que había y luego hizo que las trajeran aquí para desfigurarlas y mandó grabar sobre ellas las más terribles maldiciones.

—Una familia mal avenida —Jezal nunca había congeniado con sus hermanos, pero aquello parecía un tanto excesivo. Esquivó el dedo estirado de una mano gigante que se elevaba desde una muñeca amputada, en cuya palma podían verse unos extraños símbolos cincelados con extrema violencia.

—¿Qué pone ahí?

Bayaz frunció el ceño.

—Créame, es mejor que no lo sepa.

A un lado, descollando por encima del ejército de estatuas, se alzaba un edifico que, incluso juzgado según los parámetros de aquel cementerio de gigantes, resultaba colosal. Su escalinata era tan alta como las murallas de una ciudad, las columnas de su fachada, tan gruesas como torres, y en su monstruoso frontón había incrustados unos relieves desvaídos. Al llegar a su altura, Bayaz tiró de las riendas de

su montura y alzó la vista. Jezal se detuvo detrás de él y dirigió a sus compañeros una mirada nerviosa.

—Sigamos —Nuevededos se rascó la cara y miró inquieto a su alrededor—. Salgamos de aquí cuanto antes y no volvamos jamás.

Bayaz soltó una risita.

—¿El Sanguinario asustado de unas simples sombras? Jamás lo habría creído.

—Donde hay sombras también debe de haber algo que las proyecte —refunfuñó el norteño, pero el Primero de los Magos no se dejó disuadir.

—Hay tiempo de parar un rato —dijo mientras descendía trabajosamente de su silla—. Ya estamos cerca de los límites de la ciudad. Dentro de una hora como mucho habremos salido y seguiremos nuestro camino. Puede que esto le interese, capitán Luthar. O a cualquiera de ustedes que tenga a bien acompañarme.

Nuevededos masculló una maldición en su idioma.

—De acuerdo. Prefiero caminar a esperar.

—Ha conseguido que me pique la curiosidad —dijo el Hermano Pielargo plantándose de un salto junto a ellos—. Debo reconocer que a la luz del sol la ciudad no tiene un aspecto tan inquietante como el que tenía ayer bajo la lluvia. De hecho, ahora mismo cuesta trabajo imaginar de dónde le viene esa reputación tan negra que tiene. En ningún otro lugar del Círculo del Mundo puede encontrarse una colección de reliquias más fascinante, y yo, no me duelen prendas decirlo, soy un hombre curioso. Vaya si lo soy, siempre he sido...

—Ya sabemos lo que es usted —bufó Ferro—. Yo espero aquí.

—Como quieras —Bayaz sacó su cayado de la silla—. En nuestra ausencia, maese Quai y tú podréis deleitaros mutuamente con cómicos relatos. Casi lamento perderme tan animada charla. Ferro y el aprendiz se cruzaron una mirada ceñuda mientras los demás se abrían paso entre las estatuas destrozadas para dirigirse a las escalinatas. Jezal subió cojeando y haciendo muecas de dolor debido a su pierna mala. Una vez que llegaron arriba, cruzaron un umbral del tamaño de una casa y accedieron a un espacio frío, oscuro y vacío.

A Jezal el lugar le recordó a la Rotonda de los Lores de Adua, sólo que en más grande. Se trataba de una gigantesca cámara circular, una especie de cuenco enorme rodeado por un graderío de piedra de distintos colores que tenía varios tramos en estado ruinoso. En el suelo se acumulaban los escombros, restos sin duda del techo, que se había desmoronado.

—Vaya, la gran cúpula no ha aguantado —el Mago escrutó el resplandeciente trozo de cielo que asomaba por el agujero quebrado de la techumbre—. Una metáfora muy apropiada —exhaló un suspiro y, arrastrando los pies, comenzó a avanzar entre los bancos de mármol recorriendo lentamente la nave curva. Jezal alzó la vista y contempló con recelo la masa pétrea que pendía sobre ellos, preguntándose qué pasaría si se desprendía un trozo y le caía en la cabeza. Dudaba mucho que Ferro fuera capaz de remendar eso. No tenía ni idea de cuál era la razón por la que Bayaz había querido que le acompañara al lugar aquel, aunque, bien pensado, podría preguntarse lo mismo con respecto a la totalidad del viaje, cosa que había hecho en más de una ocasión. Respiró hondo y se puso a cojear detrás del Mago, con Nuevededos pegado a su espalda. Al empezar a caminar, sus pasos resonaron por el vasto espacio vacío.

Pielargo se abrió camino por las gradas agrietadas y miró al techo haciendo alarde de estar muy interesado en todo lo que veía.

—¿Qué clase de lugar era éste? ¿Una especie de teatro? —los muros curvos devolvieron el eco de su voz.

—En cierto modo —repuso Bayaz—. Esta era la cámara alta del Senado Imperial. Aquí acudía el Emperador en las ocasiones solemnes para asistir a los debates entre los ciudadanos más sabios de Aulcus. Aquí se tomaron algunas decisiones que cambiaron el curso de la historia —trepó un escalón, dio unos pasos más y, señalando entusiasmado al suelo, habló con voz vibrante.

—Fue aquí mismo, lo recuerdo perfectamente, donde Calica tomó la palabra para reclamar mayor cautela en la política imperial de expansión hacia el este. Juvens le respondió desde allí abajo, abogando por una política aún más osada, y se salió con la suya. Yo los miraba hechizado. Veinte años tenía entonces, y estaba tan emocionado que casi ni respiraba. Aún hoy recuerdo sus argumentaciones al pie de la letra. Palabras, queridos amigos míos. Puede haber en ellas más fuerza que en todo el acero que exista en el Círculo del Mundo.

—Una hoja de acero le puede hacer más daño a tu oreja que cualquier palabra —susurró Logen. Jezal soltó una carcajada, pero Bayaz no pareció darse cuenta. Estaba demasiado ocupado pasando rápidamente de un banco de piedra a otro.

—Desde aquí lanzó Scarpius su exhortación sobre la amenaza de decadencia y sobre el verdadero significado de la ciudadanía. El senado le escuchaba extasiado. Su voz resonaba como... como... —Bayaz dio un manotazo al aire como si tratara de dar con la palabra exacta—. Bah. ¿Qué importa eso ahora? Ya no quedan certezas en el mundo. Aquélla fue una época de grandes hombres que sabían lo que tenían que hacer y lo hacían —bajó la vista y contempló con el ceño fruncido los escombros que

se amontonaban en el suelo de la colosal sala—. Esta es una época de hombres pequeños, que hacen lo que se les manda. Hombres pequeños con sueños pequeños que caminan tras los pasos de unos gigantes. ¡Pero no me negarán que en tiempos fue un edificio grandioso!

—Hummm, sí... —se aventuró a decir Jezal, y, luego, se alejó de los demás para acercarse a ver unos frisos que había labrados en la pared del fondo del graderío. Unos guerreros semidesnudos, representados en unas poses bastante incómodas, se acometían los unos a los otros con unas lanzas. El lugar, sin duda, era grandioso, pero el olor que se respiraba resultaba bastante desagradable. Un olor a podredumbre, a humedad, a sudor animal. Parecido al de unos establos mal limpiados. Escrutó las sombras arrugando la nariz—. ¿A qué huele?

Nuevededos husmeó el aire y le cambió la cara al instante. De pronto, era la viva imagen del horror.

—Por todos los... —desenvainó de golpe la espada y dio un paso adelante. Con el pecho oprimido por una súbita sensación de terror, Jezal se volvió mientras buscaba a tientas la empuñadura de sus aceros.

En un primer momento lo tomó por un mendigo: una figura oscura, envuelta en harapos, que se agazapaba a cuatro patas entre las sombras a unos pocos pasos de distancia. Pero luego le vio las manos: unas especies de garras retorcidas que se doblaban sobre la piedra picada. Y luego su rostro grisáceo, si es que a aquello se le podía llamar rostro; un entrecejo abultado y sin pelo, unas mandíbulas pesadas y deformes con unos dientes desproporcionadamente grandes, un hocico plano, similar al de un cerdo, y unos minúsculos ojos negros que refulgían llenos de furia mientras le miraban. Un ser mitad hombre, mitad animal, pero mucho más horrible que cualquiera de los dos. Las mandíbulas de Jezal se aflojaron y la boca se le abrió. No hacía falta decirle a Nuevededos que ahora le creía.

Saltaba a la vista que sí que había Shanka en el mundo.

—¡Cójalo! —rugió el norteño ascendiendo a toda prisa por las gradas de la gran sala con la espada desenvainada—. ¡Mátelo!

Con aire vacilante, Jezal avanzó hacia la cosa arrastrando los pies, pero su pierna seguía estando medio inútil y el bicho aquel era rápido como un zorro. Al verle acercarse, se dio la vuelta, correteó por las frías losas hasta alcanzar una grieta que había en el muro y, retorciéndose, se metió dentro como un gato que se cuela por una verja. A Jezal sólo le había dado tiempo a dar unos pocos pasos renqueantes.

—¡Se ha escapado!

Ayudándose con su cayado, cuyos golpes sobre el mármol resonaban por encima de ellos, Bayaz se dirigía ya hacia la entrada.

—Nos hemos dado cuenta, maese Luthar. ¡Nos hemos dado perfecta cuenta!

—¡Habrá más, siempre hay más! —bufó Logen—. ¡Tenemos que irnos!

Qué mala suerte, pensaba Jezal mientras renqueaba hacia la entrada, bajando las gradas a trompicones y contrayendo el semblante debido al dolor de la rodilla. Qué mala suerte que a Bayaz se le hubiera ocurrido detenerse ahí justo en aquel momento. Qué mala suerte que a él se le hubiera roto la pierna y no hubiera podido perseguir a aquel ser repugnante. Qué mala suerte haberse visto obligados a ir a Aulcus en lugar de haber cruzado el río varios kilómetros más abajo.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —Logen le hablaba a Bayaz a gritos.

—No estoy muy seguro —refunfuñó el Mago, que caminaba resollando y haciendo gestos de dolor—. Después de la muerte del Creador, les dimos caza y conseguimos confinarlos en los rincones más oscuros del mundo.

—Hay pocos rincones en el mundo más oscuros que éste —Pielargo los adelantó en la entrada y comenzó a bajar de dos en dos los peldaños de la escalinata; Jezal le seguía saltando a la pata coja.

—¿Qué pasa? —gritó Ferro descolgándose el arco del hombro.

—¡Cabezas Planas! —rugió Nuevededos.

Ferro le miró sin comprender y el norteño sacudió la mano que tenía libre.

—¡A galope tendido!

Qué mala suerte que Jezal hubiera derrotado a Bremer dan Gorst y que Bayaz le hubiese elegido para aquel viaje demencial. Qué mala suerte que se le hubiese ocurrido aprender a manejar los aceros. Qué mala suerte que su padre quisiera que se alistara en el ejército en lugar de no hacer nada en la vida igual que sus dos hermanos. Y qué extraño que en su momento todo aquello pareciera una buena suerte. A veces no es tan fácil distinguirlas.

Jezal llegó dando tumbos hasta su caballo, se agarró a la empuñadura de la silla y se montó torpemente. Pielargo y Nuevededos ya estaban a lomos de sus monturas. Bayaz estaba metiendo el cayado en su sitio con mano temblorosa. A sus espaldas, desde algún lugar de la ciudad, llegó el tañido de una campana.

—Oh, vaya —dijo Pielargo escrutando con los ojos muy abiertos la multitud de estatuas—. Oh, vaya.

—Qué mala suerte —susurró Jezal.

Ferro le estaba mirando.

—¿Cómo?

—Nada —Jezal apretó los dientes y picó con las espuelas a su caballo.

***

La suerte no existía. No era más que la palabra que empleaban los idiotas para justificar las consecuencias de su propia imprudencia, de su egoísmo, de su estupidez. La mayor parte de las veces la mala suerte no era más que el resultado de unos planes mal trazados.

Y ahí estaba la prueba.

Había advertido a Bayaz de que en la ciudad había alguien más aparte de cinco pálidos imbéciles y ella. Le había advertido, pero nadie le había hecho caso. La gente sólo cree lo que quiere creer. Idiotas.

Mientras cabalgaba, observaba a los otros. Quai, sentado en el traqueteante carro, miraba al frente con los ojos entornados. Luthar contraía hacia atrás los labios enseñando los dientes y se aplastaba contra su caballo como un consumado jinete. Bayaz, con las mandíbulas encajadas y el semblante pálido y demacrado, aferraba las riendas con expresión tétrica. Pielargo miraba hacia atrás cada dos por tres con los ojos dilatados de espanto. Nuevededos resollaba, pegaba botes sobre la silla y empleaba más tiempo en mirar las riendas que en mirar el camino. Cinco idiotas y ella.

Oyó un gruñido y vio un bicho agazapado en un tejado bajo. Nunca había visto nada igual: una especie de simio cheposo, contrahecho y de miembros extremadamente largos. Pero los simios no arrojan lanzas. Siguió la trayectoria con la mirada y vio cómo impactaba con un ruido sordo en el lateral del carro y se quedaba clavada vibrando. Luego pasaron de largo y siguieron traqueteando por los surcos del camino.

Puede que ése hubiese fallado, pero en las ruinas que tenían por delante había muchos más bichos como aquél. Ferro los veía desplazarse por los sombríos edificios. Correteaban por los tejados, acechaban desde las ventanas destartaladas y desde los vanos vacíos de las puertas. Estuvo tentada de probar a lanzarles una flecha, pero, ¿de qué habría servido? Ahí afuera había montones de ellos. Cientos, al parecer. ¿De qué serviría acabar con uno si dentro de un momento ya los habrían dejado atrás? Sería malgastar una flecha.

De pronto una roca se estrelló a su lado y sintió que un fragmento pasaba zumbando y le rozaba el dorso de la mano. En su piel apareció una gota de sangre oscura. Ferro torció el gesto, agachó la cabeza y se pegó todo lo que pudo al traqueteante lomo de su montura. No, la suerte no existía.

Pero tampoco tenía sentido proporcionarles un blanco demasiado fácil.

* * *

Logen pensaba que los Shanka le quedaban ya muy atrás, pero, pasada la impresión que le había causado ver uno, la sorpresa se desvaneció. A esas alturas ya debería de saberlo. Son los amigos los que se quedan atrás. A los enemigos los tienes siempre pisándote los talones.

Por todas partes se oían campanas que resonaban entre las ruinas. El cráneo de Logen retumbaba con su clamor, que se introducía como una puñalada entre el restallar de los cascos de los caballos, el chirriar de la carreta y el zumbido del aire. Tañían a lo lejos, justo al lado, por delante, por detrás. Los edificios, grises sombras donde acechaba el peligro, pasaban desfilando a toda velocidad. Un objeto pasó volando delante de él, se estrelló contra las piedras y salió rebotado girando sobre sí. Una lanza. Oyó el zumbido de otra a sus espaldas y luego vio una más que caía con estrépito ante él. Tragó saliva, entornó los ojos para protegerse del viento que le daba en la cara y se esforzó por desterrar de su mente la imagen de una lanza clavándosele con un golpe seco en la espalda. Tampoco le costó demasiado, el mero hecho de mantenerse bien agarrado reclamaba toda su atención.

Ferro se había dado la vuelta en su silla para gritarle algo, pero sus palabras se perdieron en medio del estruendo general. Le respondió negando con la cabeza y ella señaló furiosa el tramo de camino que tenían delante. Entonces lo vio. Una grieta atravesaba el camino y avanzaba al galope hacia ellos. Logen abrió una boca casi igual de ancha y exhaló un gemido de espanto.

Tiró de las riendas justo a tiempo, y las pezuñas del caballo patinaron y resbalaron sobre las viejas losas, dando un brusco giro a la derecha. La silla de montar pegó un bandazo y Logen, babeando de miedo, se aferró a su montura. Los adoquines volaban por debajo convertidos en un simple borrón gris; a su izquierda, a unas pocas zancadas, veía pasar como una exhalación el borde del abismo, del que arrancaban numerosas grietas que avanzaban hacia el cuarteado camino. Sentía la presencia cercana de sus compañeros y los oía gritar, pero no conseguía distinguir lo que decían. Estaba demasiado ocupado bamboleándose, dando dolorosos botes y haciendo lo imposible por no caerse del caballo mientras susurraba una y otra vez:

—Sigo vivo, sigo vivo, sigo vivo...

De repente, atravesado en medio del camino, apareció un templo inmenso que conservaba intactos sus imponentes pilares y el colosal frontón de piedra que lo coronaba. El carro irrumpió en el templo entre dos de las columnas y el caballo de Logen se coló entre otras dos. Atravesaron una zona de sombra y de golpe se encontraron todos en un amplio vestíbulo a cielo abierto. La grieta se había tragado el muro de la izquierda, y la techumbre, si es que alguna vez la tuvo, hacía mucho que había desaparecido. Dando botes y sacudidas sobre su montura y casi sin aliento, Logen continuó galopando con los ojos clavados en un amplio arco que tenía justo delante, un cuadrado de luz que se abría en medio de la oscuridad de la piedra. Ahí estaba su salvación, se dijo para sí. Si lograban atravesarlo, podrían escapar. Si lograban atravesarlo...

No vio venir la lanza, tampoco la oyó, pero, aunque no hubiera sido así, poco podría haber hecho para esquivarla. En cierto modo tuvo suerte, porque no le acertó en la pierna por poco. Se hundió en la carne del caballo, lo cual, por supuesto, ya no fue una suerte. Oyó al caballo resoplar a la vez que se le doblaban las patas delanteras y, luego, salió despedido de la silla, con la boca abierta, pero sin producir sonido alguno, y vio cómo el suelo se abalanzaba hacia él. La dura piedra se estrelló contra su pecho y le vació los pulmones. Se golpeó la mandíbula contra el suelo y la cabeza se le inundó de una luz cegadora. Rebotó y salió rodando envuelto en un torbellino de extraños ruidos y luz resplandeciente. Finalmente se quedó parado de costado.

Yacía aturdido en el suelo, profería leves gruñidos, la cabeza le daba vueltas y los oídos le zumbaban: no sabía dónde estaba ni quién era. Y, de golpe, el mundo se recompuso de nuevo.

Alzó bruscamente la cabeza. Se había quedado a menos de una lanza del abismo. A lo lejos oía el sonoro rumor del agua que discurría por el fondo. Rodó de lado, y se alejó del caballo, que aún coceaba levemente mientras pequeños hilos de sangre oscura se abrían paso entre las ranuras de las piedras que tenía debajo. Vio a Ferro, con una rodilla en tierra, sacando flechas de su aljaba y disparándolas hacia los pilares por los que habían pasado hacía sólo un momento.

Había Shanka allí, montones de ellos.

—Mierda —gruñó Logen mientras reptaba de espaldas impulsándose por las polvorientas losas con los talones.

—¡Vamos! —gritó Luthar bajándose de su montura. Con la cara contraída en un gesto de dolor, comenzó a retirarse por el suelo polvoriento dando tumbos y saltando a la pata coja—. ¡Vamos!

Un Cabeza Plana que blandía un hacha enorme cargó contra ellos soltando un alarido. De pronto, pegó un salto y dio una vuelta en el aire con una de las flechas de Ferro hundida en la cara. Pero había más, muchos más, correteando agachados por entre los pilares con las lanzas listas para ser arrojadas.

—¡Son demasiados! —gritó Bayaz. El anciano alzó la vista y miró las enormes columnas y la gigantesca mole de piedra que tenían encima. Luego apretó con fuerza la mandíbula, y el aire a su alrededor empezó a reverberar.

—Mierda —con el equilibrio perdido, Logen avanzaba hacia donde estaba Ferro haciendo eses como un borracho. El vestíbulo entero parecía bambolearse y los latidos de su propio corazón le retumbaban en la cabeza. De pronto, oyó un ruido muy agudo y vio cómo uno de los pilares se resquebrajaba de arriba abajo, soltando una nube de polvo. Luego sonó una especie de chirrido sordo y la gran mole de piedra del frontón comenzó a desplazarse. Un par de Shanka alzaron la vista al caer sobre ellos una llovizna de piedrecillas y luego se pusieron a señalar hacia arriba y a farfullar atropelladamente.

Logen agarró a Ferro de la muñeca con todas sus fuerzas.

—¡Maldita sea! —bufó ella dejando caer la flecha que tenía en la mano al sentir el tirón de Logen, que estuvo a punto de caer y de arrastrarla consigo al suelo. Se irguió de nuevo y tiró de ella. Una lanza pasó zumbando a su lado, resbaló por las losas y se precipitó por el borde de la grieta. Se oía a los Shanka moverse, intercambiar bufidos y gruñidos: empezaban a atravesar en tropel los pilares y a acceder al vestíbulo.

—¡Vamos! —gritó de nuevo Luthar dando un par de pasos renqueantes hacia ellos y apremiándoles con señas para que le siguieran.

Logen se fijó en Bayaz. Estaba de pie, rígido, tembloroso, con los labios fruncidos hacia atrás y los ojos desorbitados. El aire vibraba y reverberaba a su alrededor y, debajo de sus pies, el polvo del suelo ascendía lentamente y se enroscaba en torno a sus botas. Se oyó un tremendo crujido y, al volver la cabeza, Logen vio caer en picado un inmenso bloque de piedra labrada. Se estrelló contra el suelo con un estruendo que hizo vibrar todo el pavimento, aplastando a un infortunado Shanka sin darle tiempo siquiera a gritar; una espada de filo serrado que se deslizó rebotando por el suelo y un copioso chorro de sangre oscura fueron los únicos signos de que alguna vez había existido. Pero venían más. A través del polvo que flotaba en el aire, se distinguían sus oscuras siluetas, cargando con las armas en alto.

De pronto, uno de los pilares se partió en dos. Se dobló y osciló con absurda lentitud, despidiendo fragmentos que volaban por el vestíbulo. La enorme mole de piedra que sostenía empezó a agrietarse y se inclinó hacia abajo, arrojando bloques del tamaño de una casa. Logen se dio la vuelta y, arrastrando consigo a Ferro, se

lanzó de bruces al suelo, se aplastó contra las losas, cerró con fuerza los ojos y se cubrió la cabeza con las manos.

Se oyó entonces una detonación, el estampido más atronador que Logen había oído en su vida. La tierra rugió y gimió torturada, como si el mundo entero se le estuviera cayendo encima. Tal vez fuera lo que estaba ocurriendo. Bajo su cuerpo, el suelo dio una sacudida y retembló. Hubo otro estallido ensordecedor, luego un prolongado estrépito, después un suave repicar y finalmente algo parecido al silencio.

Logen dejó de apretar la mandíbula y abrió los ojos. El aire estaba lleno de punzantes motas de polvo, pero el tacto le decía que estaba tumbado en una especie de pendiente. Tosió y trató de moverse. La piedra que tenía debajo del pecho emitió un agudo chirrido y se desplazó un poco, inclinándose aún más. Logen soltó un grito ahogado y se aplastó contra la superficie, aferrándose a la piedra con las puntas de los dedos. Seguía agarrando con una mano el brazo de Ferro y sintió que los dedos de ella se cerraban con fuerza alrededor de su muñeca. Giró lentamente la cabeza para echar un vistazo y se quedó helado.

Los pilares habían desaparecido. El vestíbulo había desaparecido. El propio suelo había desparecido. La inmensa grieta se lo había tragado todo y ahora se abría justo debajo de donde estaban. Al fondo, a lo lejos, el agua bufaba y embestía con furia las ruinas destrozadas. La boca de Logen se abrió; apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Estaba tumbado de lado sobre una enorme losa de piedra, que hasta hacía un momento había formado parte del pavimento, pero que ahora oscilaba sobre el borde de un precipicio vertiginoso.

Los dedos morenos de Ferro se aferraban a su muñeca, su manga desgarrada estaba recogida a la altura del codo, los tendones se destacaban en su antebrazo debido al esfuerzo. Un poco más allá, Logen alcanzaba a ver su hombro y luego su cara, contraída por la tensión. El resto era invisible: colgaba al otro lado del borde de la losa, suspendido sobre el abismo.

—Chisss —siseaba Ferro. Sus ojos amarillos estaban dilatados y con el brazo que tenía libre daba manotazos buscando un punto de apoyo en la lisa superficie de la pendiente. De pronto, un trozo de piedra se desgajó del borde cuarteado de la losa y Logen lo oyó caer tintineando y rebotando por la tierra quebrada.

—Mierda —susurró sin apenas atreverse a respirar. ¿Cómo iban a salir de ésa? Dígase una cosa de Logen Nuevededos: no tiene suerte.

Arrastró la mano que tenía libre por la superficie picada de la piedra hasta que dio con un pequeño resalto al que agarrarse. Luego se fue aupando centímetro a

centímetro hacia el otro extremo del bloque. Flexionó el brazo y empezó a tirar de la muñeca de Ferro.

Sonó un chirrido estremecedor y el suelo que tenía debajo se inclinó lentamente hacia arriba. Logen soltó un gimoteo y se aplastó contra la losa para intentar detenerla. Se produjo una sacudida escalofriante y se le metió un poco de polvo en la cara. La piedra rechinó y la losa se balanceó suavemente hacia el lado contrario. Se quedó inmóvil, resollando. No se podía ir ni para arriba ni para abajo.

—¡Chisss! —Los ojos de Ferro miraron las dos manos enlazadas por las muñecas. Echó la cabeza hacia arriba para asomarse al borde del bloque y luego la volvió a dejar caer hacia la grieta—. Hay que ser realista —susurró. Y, acto seguido, abrió los dedos y dejó de sujetarle la mano.

Logen se vio a sí mismo colgando de un tejado muy por encima de un círculo de hierba amarilla. Se vio a sí mismo resbalando hacia atrás mientras pedía socorro con un hilo de voz. Se acordó de la mano de Ferro cerrándose sobre la suya y tirando de él. Sacudió lentamente la cabeza y agarró la muñeca con más fuerza aún.

Ferro alzó sus ojos amarillos y le miró.

—¡Maldito pálido imbécil!

***

Jezal tosió, se dio la vuelta en el suelo y escupió polvo. Parpadeando, echó un vistazo a su alrededor. El lugar había cambiado. Parecía haber mucha más luz que antes y el borde de la grieta estaba mucho más cerca. De hecho, lo tenía al lado.

—Uh —exhaló incapaz de articular palabra. La mitad del edificio se había derrumbado. El muro trasero seguía en pie, y también, aunque mutilado a media altura, uno de los pilares de los extremos. Todo lo demás se lo había tragado el abismo. Se levantó tambaleándose y, al apoyar su peso en su pierna mala, contrajo la cara en un gesto de dolor. Entonces vio a Bayaz. Se encontraba tumbado en el suelo apoyado contra una pared cercana.

El rostro desencajado del Mago estaba empapado de sudor, sus ojos brillaban rodeados de negras ojeras, los huesos de la cara se marcaban bajo su piel tensa. A lo que más se parecía era a un cuerpo que llevara muerto una semana. Resultaba difícil de creer que pudiera moverse, pero Jezal vio cómo levantaba con rigidez una mano y señalaba hacia la grieta.

—Vaya a por ellos —dijo con voz ronca.

Los otros.

—¡Eh, aquí! —la voz atragantada de Nuevededos llegaba desde más allá del borde de la brecha. Por lo menos estaba vivo. Montada sobre la grieta había una gran losa inclinada y Jezal avanzó hacia ella con suma cautela, temeroso de que el suelo pudiera ceder bajo sus pies en cualquier momento. Al llegar, se asomó al abismo.

El norteño estaba tumbado sobre el pecho, con la mano izquierda cerca del extremo superior del bloque y el puño derecho casi en la parte de abajo, agarrando con firmeza la muñeca de Ferro. El cuerpo de la mujer quedaba fuera del campo visual y su rostro surcado de cicatrices apenas era visible. Los dos parecían igual de espantados. Una mole de piedra de varias toneladas meciéndose suavemente en precario equilibrio. Saltaba a la vista que en cualquier momento podía resbalar hacia el abismo.

—Haga algo... —susurró Ferro, sin atreverse siquiera a alzar la voz. A Jezal no se le pasó por alto que no le había dicho el qué.

Se chupó la muesca del labio. Si ponía su peso en un extremo, a lo mejor el bloque se nivelaba y ellos podían salir tranquilamente arrastrándose por la superficie. ¿Era posible que fuera tan sencillo? Muy nervioso, frotándose las yemas de los pulgares contra los otros dedos y sintiéndose de pronto débil y sudoroso, alargó con cautela una mano. Luego la posó suavemente sobre el borde irregular del bloque. Nuevededos y Ferro le contemplaban conteniendo la respiración.

Aplicó una presión mínima, y la losa empezó a descender suavemente. Hizo un poco más de fuerza. Sonó un chirrido espeluznante y el bloque entero dio un bandazo.

—¡No lo empuje! —chilló Nuevededos, agarrándose a la superficie lisa con las uñas.

—¿Qué hago entonces? —gritó Jezal.

—¡Tírenos algo!

—¡Lo que sea!

Jezal miró desesperado a su alrededor, pero ahí no había nadie que pudiera ayudarle. De Pielargo y de Quai no había ni rastro. Una de dos, o estaban muertos en el fondo del abismo o habían conseguido escapar a tiempo. Ninguna de las dos cosas le sorprendería en lo más mínimo. Si alguien iba a salvarse, iba a tener que ser él quien lo salvara.

Se quitó la zamarra y se puso a retorcerla hasta formar una especie de soga. Luego la sopesó en su mano e hizo un gesto negativo con la cabeza. Estaba claro que aquello no iba a resultar, ¿pero qué otra posibilidad había? La estiró y luego arrojó un

extremo. Chocó con la piedra a unos pocos centímetros de los dedos extendidos de Nuevededos y desprendió una nubecilla de polvo.

—¡Bien, bien, pruebe de nuevo!

Se inclinó hacia la losa cuanto pudo, blandió en alto la zamarra y volvió a lanzarla. Al caer, una de las mangas se desenrolló y quedó justo al alcance de Logen.

—¡Ya! —se la enroscó a la muñeca y el tejido se tensó sobre el borde de la losa.

—¡Ya está! ¡Ahora tire!

Jezal apretó los dientes y se puso a tirar. Las suelas de sus botas resbalaban sobre el polvo, su pierna y su brazo heridos se resentían a causa del esfuerzo. La zamarra avanzaba hacia él con enervante lentitud, deslizándose por la piedra centímetro a centímetro.

—¡Así! —gruñó Nuevededos hombreando por la losa.

—¡Tire! —bufó Ferro, retorciendo las caderas para auparse al borde del la pendiente.

Apretando los ojos hasta casi cerrarlos, resoplando entre dientes, Jezal tiraba con todas sus fuerzas. De pronto, una lanza se estrelló junto a él y, al alzar la cabeza, vio al otro lado de la enorme brecha varias decenas de Cabezas Planas que agitaban sus deformes brazos. Tragó saliva y apartó la vista. No podía permitirse pensar en el peligro. Lo único que importaba era tirar. Tirar y tirar y no dejar de hacerlo por mucho que le doliera. Además, estaba funcionando. Muy poco a poco iban subiendo. Jezal dan Luthar por fin se convertiría en un héroe. De una vez por todas se iba a ganar un puesto de privilegio en aquella maldita expedición.

Entonces se oyó el ruido de un desgarrón.

—¡Mierda! —chilló Logen—. ¡Mierda! —la manga se estaba desprendiendo lentamente de la zamarra, la costura se estiraba, empezaba a soltarse, a deshacerse. Jezal, aterrorizado, exhaló un gemido. Las manos le ardían. ¿Debía seguir tirando o no? Otra puntada se soltó. ¿Cómo de fuerte debía tirar? Y otra puntada más.

—¿Qué hago? —chilló.

—¡Tire, maldita sea, tire!

Con los músculos ardiéndole, Jezal tiró de la zamarra todo lo fuerte que pudo. Ferro estaba ya sobre la losa, tratando de aferrarse a la lisa superficie con las uñas. La mano de Logen ya casi había llegado al otro extremo, ya casi lo tenía a su alcance, sus tres dedos se estiraban y se estiraban para tratar de agarrarlo. Jezal dio otro tirón...

Y se cayó de espaldas: en sus manos colgaba flácido un harapo. La losa se estremeció, emitió un quejido y se levantó de un lado.

Se oyó una especie de gruñido y, acto seguido, Logen resbalaba hacia abajo con la manga arrancada ondeando inútilmente en una mano. No hubo gritos. Sólo el retumbar de las piedras que caían y luego nada. Los dos habían desaparecido por el borde. La gran losa se bamboleó y lentamente recuperó su posición y se quedó quieta, plana y vacía en el borde de la grieta. Jezal la miró con la boca abierta. De su mano temblorosa colgaba aún la zamarra sin manga.

—No —susurró. En las historias que él había leído las cosas no ocurrían así.

Bajo las ruinas

—¿Estás vivo, pálido?

Logen desplazó un poco su peso, exhaló un gemido y sintió una punzada de pánico al notar que unas piedras se movían por debajo. De pronto se dio cuenta de que estaba tumbado sobre un montón de escombros y que tenía la arista de una losa clavada en un punto dolorido de su espalda. Distinguió la imagen borrosa de un muro de piedra, cruzado por una línea que separaba la luz de las sombras. Parpadeó y, al tratar de quitarse el polvo de los ojos, sintió una punzada en el brazo que le hizo contraer la cara en un gesto de dolor.

A su lado, arrodillada, estaba Ferro; su rostro moreno manchado por la sangre de una herida que le cruzaba la frente, sus cabellos oscuros llenos de polvo marrón. Detrás de ella se abría una amplia cámara abovedada que se perdía entre las sombras. En el tramo de techo que tenía encima se abría una raja irregular por la que asomaba un cielo azul pálido. Logen, desconcertado, giró su dolorida cabeza. A menos de una zancada de él, las losas en las que estaba caído se proyectaban amputadas sobre el espacio vacío. Muy a lo lejos se distinguía el otro extremo de la gran grieta, un inestable precipicio de roca y tierra, por encima del cual sobresalían las siluetas de varios edificios semiderruidos.

Empezaba a comprender. Estaban debajo del suelo del templo. Cuando se abrió la grieta debió de desgajar los muros de aquel lugar, dejando esa pequeña cornisa en la que habían caído. Ellos y un montón de piedras. No parecía que hubieran caído mucho. Estuvo a punto de sonreír. Seguía vivo.

—Vaya suer...

Ferro le tapó la boca con la mano y pegó su nariz a la suya.

—Chisss —le chistó en voz muy baja, luego, sus ojos amarillos se volvieron hacia arriba y, alargando uno de sus finos dedos, señaló al techo abovedado.

Logen sintió un cosquilleo helador en la piel. Sí, ahora los oía. Shanka. Correteando, armando alboroto, farfullando y chillando justo por encima de ellos. Asintió con la cabeza y Ferro retiró lentamente su mano mugrienta.

Procurando hacer el mínimo ruido posible, gesticulando de dolor, se fue apartando lentamente del montón de escombros y, al levantarse del todo, un reguero de polvo cayó de su zamarra. Luego movió sus miembros, esperando sentir en cualquier momento el latigazo que le indicaría que se había roto el hombro o la pierna o el cráneo.

La zamarra estaba desgarrada, el codo despellejado y dolorido, y entre el antebrazo y la punta de los dedos se extendía un reguero de sangre. Cuando se palpó la cabeza notó que allí también había sangre, igual que debajo de la mandíbula, en la parte que había impactado contra el suelo. También sentía su regusto en la boca. Para no perder la costumbre, debía de haberse mordido la lengua. Era un milagro que aún conservara ese trozo de carne roja. La rodilla le dolía, tenía el cuello rígido y sus costillas estaban cubiertas de cardenales, pero no había ninguna parte de su cuerpo que no pudiera moverse. Siempre y cuando se la obligara a hacerlo.

Llevaba algo enroscado en una mano. La manga de la zamarra de Luthar. Se la sacudió de encima, arrojándola a los escombros que tenía al lado. Ya no servía de nada. Ni tampoco antes. Ferro estaba al otro extremo de la cámara, asomándose a un pasadizo. Arrastrando los pies y haciendo todo tipo de muecas de dolor para tratar de mantenerse en silencio, llegó hasta ella.

—¿Qué habrá sido de los otros? —le susurró. Ferro se encogió de hombros—. ¿No habrán conseguido escapar? —aventuró esperanzado. Ferro alzó una de sus negras cejas y le dirigió una mirada larga y penetrante. Logen hizo una mueca de dolor y se apretó su brazo herido. Ella tenía razón. De momento, los únicos que estaban vivos eran ellos. En materia de suerte, era lo máximo a lo que podían aspirar, y seguramente pasaría bastante tiempo antes de que pudieran tener más.

—Por aquí —susurró Ferro señalando hacia la oscuridad.

Logen escrutó la negra apertura y se le cayó el alma a los pies. No soportaba los lugares subterráneos. Le acongojaba sentir encima el peso de una masa de piedra y tierra que podía caérsele encima en cualquier momento. Y, por si fuera poco, no tenían antorchas. Cómo iban a meterse en un sitio que estaba oscuro como boca de lobo y donde apenas habría aire para respirar sin tener ni idea de cuánto debían avanzar ni en qué dirección. Miró con inquietud las piedras cóncavas del techo y tragó saliva. Los túneles eran lugares para los Shanka o para los muertos. Logen no era ninguna de las dos cosas y no tenía ninguna gana de encontrarse ni a unos ni a otros ahí dentro.

—¿Estás segura?

—¿Qué pasa, es que le tienes miedo a la oscuridad?

—Preferiría ver, si fuera posible.

—¿Acaso es posible? —repuso Ferro con desdén—. Quédate si quieres. Puede que dentro de cien años se pase por aquí otra panda de idiotas. ¡Seguro que hacíais muy buenas migas!

Logen asintió y se relamió con amargura sus encías ensangrentadas. Parecían haber pasado siglos desde la última vez que se vieron en un aprieto de semejante calibre: cuando huían de los enmascarados deslizándose por los tejados del Agriont a una altura de vértigo. Parecía haber pasado una eternidad y, sin embargo, las cosas apenas habían cambiado. Pese a haber cabalgado juntos, haber comido juntos y haber afrontado juntos la muerte, Ferro seguía igual de agria y malhumorada que siempre, y tan inaguantable como el día en que partieron. Había tratado de mostrarse paciente, realmente lo había intentado, pero estaba empezando a hartarse.

—¿Qué falta hace? —masculló clavando la vista en los ojos amarillos de Ferro.

—¿Qué falta hace el qué?

—Ser tan hija de puta. ¿Qué falta hace?

Ferro le miró con el ceño fruncido, luego abrió la boca para decir algo, se interrumpió y finalmente se encogió de hombros.

—Deberías haberme soltado.

—¿Eh? —Se había esperado un insulto iracundo. Que le amenazara con un dedo, seguro, tal vez incluso con un puñal. Aquello, en cambio, había sonado un poco a lamento. Pero si era así, no duró mucho.

—¡Deberías haberme soltado, así estaría aquí abajo sola y no te tendría siempre cruzándote en mi camino!

Logen resopló asqueado. Había gente a la que no valía la pena echarle una mano.

—¿Soltarte? ¡No te preocupes! ¡La próxima vez lo haré!

—¡Estupendo! —escupió Ferro, y, acto seguido, se dirigió hacia el túnel hecha una furia y se perdió en la oscuridad. Logen sintió de golpe una punzada de pánico ante la perspectiva de quedarse solo.

—¡Espera! —siseó, y se apresuró a seguirla.

Los últimos resquicios de luz relucían sobre las piedras húmedas del pasadizo, que descendía describiendo una leve pendiente. Ferro avanzaba sin hacer ruido. Logen arrastraba los pies por el polvo y se guiaba deslizando los dedos de su mano izquierda por la pared. A cada paso que daba tenía que hacer un esfuerzo para que las costillas doloridas, el codo despellejado y la mandíbula ensangrentada no le arrancaran un gemido.

La oscuridad crecía por momentos. Las paredes y el suelo se convirtieron primero en meras formas intuidas y luego desaparecieron del todo. La camisa sucia de Ferro era un fantasma gris que flotaba en el aire mortecino que tenía delante. Dio un par de pasos más con sus rodillas debilitadas y, de pronto, ya no la vio. Agitó la mano delante de su cara. Ni rastro. Sólo el chisporroteo de una negrura insondable.

Estaba sepultado. Sepultado en la oscuridad, y solo.

—¡Ferro, espera!

—¿Qué es esto? —se chocó con ella sin verla, sintió un golpe en el pecho y, de no haber tropezado con la húmeda pared, se habría caído de espaldas—. ¿Qué demonios...?

—¡No veo nada! —se oyó susurrar a sí mismo con la voz teñida de pánico—. No veo... ¿dónde estás? —sacudió el aire con las manos abiertas. Estaba completamente desorientado, el corazón le latía acelerado y empezaban a entrarle ganas de vomitar. ¿Y si esa maldita zorra le había dejado ahí abandonado? ¿Y si...?

—Aquí —notó que la mano de Ferro cogía la suya y se cerraba, fría y tranquilizadora. Luego oyó su voz pegada a su oreja—. ¿Crees que podrás seguirme sin caerte de cara, pedazo de idiota?

—Sí, creo que... sí.

—¡Y procura no hacer ruido! —acto seguido, sintió que tiraba de él con impaciencia y volvía a ponerse en marcha.

Qué pensaría su vieja banda si le viera ahora. Logen Nuevededos, el hombre más temido del Norte, a punto de cagarse encima por miedo a la oscuridad y aferrándose a la mano de una mujer que le odiaba, como un bebé se aferra a la teta de su madre, luí cualquier otra circunstancia se habría partido de risa. Pero tenía miedo de que los Shanka le oyeran.

***

La zarpa de Nuevededos estaba caliente y húmeda, de sudor, de miedo. Una sensación desagradable esa de tener aquella piel pegajosa apretada contra la suya. Repulsiva casi, pero Ferro se obligó a no soltarle. Oía su respiración rápida y entrecortada resonando en el angosto espacio, sus pasos titubeantes avanzando a trompicones detrás de ella.

Parecía que hubiera sido ayer la última vez que se vieron en un aprieto de semejante calibre: cuando huían a la carrera de sus perseguidores por las callejuelas

del Agriont, escabullándose entre sus edificios oscuros. Parecía ayer, y, sin embargo, todo había cambiado.

Por aquel entonces, el norteño no era sino una amenaza más. Otro pálido al que había que tener vigilado. Un tipo feo, extraño, peligroso. Por entonces seguramente era el último hombre del mundo del que se habría fiado. Ahora, en cambio, tal vez fuera el único. No la había soltado, a pesar de que ella misma se lo había pedido. Antes que dejarla caer, había estado dispuesto a caer con ella. En la llanura había dicho que si ella cumplía su parte, él también lo haría.

Y lo había cumplido.

Ferro volvió la cabeza y vio su cara pálida mirando embobada la oscuridad con los ojos muy abiertos mientras con la mano que tenía libre palpaba el muro. Tal vez debería haberle dado las gracias por no haberla dejado caer, pero eso habría significado admitir que necesitaba su ayuda. Sólo los débiles necesitan ayuda, y los débiles mueren o acaban convertidos en esclavos. No esperes nunca ayuda y nunca te sentirás defraudada si no la obtienes. Ferro se había sentido defrauda multitud de veces.

Así que, en lugar de darle las gracias, le dio un tirón que casi le hizo perder el equilibrio.

Una luz trémula y fría empezaba a abrirse paso por el túnel, iluminando con un tenue brillo los bordes de los toscos sillares.

—¿Ves ya? —le susurró por encima del hombro.

—Sí —Ferro se percató del tono de alivio en su voz.

—Pues entonces ya puedes soltarme —le dijo y, acto seguido, apartó bruscamente la mano y luego se la limpió en la parte delantera de la camisa. Continuó avanzando en la penumbra, moviendo los dedos y mirándolos con el ceño fruncido. Tenía una sensación extraña.

Ahora que ya no tenía su mano agarrada, casi la echaba de menos.

La luz, que llegaba a través de un estrecho arco que había más adelante, era cada vez más intensa. Andando de puntillas, Ferro se acercó sigilosamente a la abertura y se asomó. A sus pies se abría una gran caverna, cuyas paredes, en las que alternaban pulidos sillares y roca viva, se llenaban de bulbosas formaciones rocosas conforme ascendían. Desde el techo invisible caía un haz de luz que dibujaba en el suelo polvoriento un círculo luminoso. En torno a él se apiñaban tres Shanka, que farfullaban mientras rascaban algo que había en el suelo, y, a su alrededor, formando grandes montones que llegaban hasta las paredes de la cueva, alcanzando una altura similar o superior a la de un hombre, había miles y miles y miles de huesos.

—Mierda —exhaló Logen justo detrás de ella. Un cráneo les sonreía desde uno de los rincones del arco. Eran huesos humanos, no había duda.

—Se comen a los muertos —susurró Ferro.

—¿Que hacen el qué? Pero...

—Aquí nada se pudre —Bayaz había dicho que la ciudad estaba llena de tumbas, que había un número incontable de cadáveres enterrados en grupos de cien. Y allí debían de haber permanecido durante infinidad de años, fundidos todos ellos en un gélido abrazo.

Hasta que un día llegaron los Shanka y los sacaron.

Ferro escrutó las sombras tratando de encontrar un camino para acceder a la caverna. Imposible bajar por aquella colina de huesos sin armar un montón de ruido. Sacudió un hombro y el arco le cayó en la mano.

—¿Estás segura? —inquirió Nuevededos dándole una palmada en el hombro.

Por toda respuesta, Ferro le echó hacia atrás de un codazo.

—Déjame sitio, pálido —iba a tener que hacerlo muy rápido. Se limpió la sangre de las cejas. Sacó tres flechas de la aljaba y se las colocó entre los dedos de la mano derecha para poder cogerlas más deprisa. Agarró una cuarta con la mano izquierda, niveló el arco y tensó la cuerda apuntando al Cabeza Plana que se encontraba más alejado. Cuando la flecha se le clavó en el cuerpo, ella ya estaba apuntando al segundo. La saeta se le alojó en el hombro y el bicho se desplomó profiriendo un extraño chillido, justo en el momento en que el último se estaba dando la vuelta. Antes de que se volviera del todo, la flecha le atravesó el cuello y lo tiró de bruces. Ferro dispuso la última flecha y esperó. El segundo Cabeza Plana trataba de levantarse, pero apenas había dado medio paso cuando le acertó en la espalda y lo arrojó desmadejado al suelo.

Ferro bajó el arco y miró con gesto torvo a los Shanka. Ninguno se movía.

—Increíble —exhaló Logen—. Bayaz tiene razón. Eres un demonio.

—Tenía razón —refunfuñó Ferro. Lo más probable es que aquellos bichos ya le hubieran atrapado, y a estas alturas ya estaba claro que se alimentaban de seres humanos. Luthar, Pielargo y Quai seguramente habrían corrido la misma suerte. Una lástima.

Aunque tampoco era como para ponerse llorar.

Se echó el arco al hombro, posó con mucho cuidado un pie en la caverna, se agachó un poco y empezó a bajar estrujando huesos con sus botas. Avanzaba bamboleándose, manteniendo los brazos extendidos para no perder el equilibrio,

unas veces caminando, otras vadeando, mientras los huesos chirriaban y crujían en torno a sus piernas. Cuando por fin llegó al suelo de la caverna, se arrodilló y miró a su alrededor, lamiéndose nerviosa los labios.

Ni un solo movimiento. Los tres Shanka yacían inmóviles sobre los oscuros charcos de sangre que se iban formando debajo de sus cuerpos.

—¡Au! —Nuevededos se cayó y rodó pendiente abajo, montando un escándalo enorme y arrojando al aire esquirlas de hueso. Aterrizó de cara en medio del extremo de la rampa y se puso apresuradamente de pie—. ¡Mierda! ¡Ugh! —exclamó mientras se sacudía una polvorienta caja torácica que se le había quedado enganchada a una mano.

—¡Imbécil, no hagas ruido! —le susurró Ferro poniéndole de un tirón a su lado mientras miraba la tosca entrada de un pasadizo que se abría en el extremo opuesto de la caverna, esperando ver aparecer una horda de bichos ansiosos por añadir sus huesos al montón. Pero no aparecía nadie. Dirigió a Logen una mirada torva, pero él estaba demasiado abstraído ocupándose de sus moratones, así que lo dejó estar y se acercó sigilosamente a los tres cadáveres.

Habían estado reunidos en torno a una pierna. Una pierna de mujer, dedujo Ferro al advertir que carecía de vello. Un trozo de hueso sobresalía de la carne reseca y ajada del muslo amputado. Uno de ellos lo había estado atacando con un cuchillo, que seguía caído allí cerca, reluciendo bajo el haz de luz cenital. Nuevededos se agachó y lo recogió.

—Nunca se tienen suficientes cuchillos.

—¿Ah, no? ¿Y si te caes en un río y el peso te impide nadar?

Por un instante, Logen pareció desconcertado, luego se encogió de hombros y lo volvió a dejar en el suelo.

—Bien visto.

Ferro se sacó su cuchillo del cinto.

—Con un solo cuchillo hay de sobra. A condición de que se sepa dónde clavarlo —y, acto seguido, hundió el acero en la espalda de uno de los Cabezas Planas y se puso a sacar su flecha—. ¿Qué demonios son estos bichos? —extrajo la saeta intacta y dio la vuelta al cadáver con la bota. Los cerdunos ojos negros del Shanka, hundidos bajo una frente plana y estrecha, la miraban sin verla, y sus labios enroscados hacia atrás dejaban al descubierto unas fauces repletas de dientes ensangrentados—. Si hasta son más feos que tú, pálido.

—Lo que tú digas. Son Shanka, Cabezas Planas. Kanedias los creó.

—¿Los creó? —la siguiente flecha se quebró mientras intentaba extraerla retorciéndola.

—Eso dijo Bayaz. Para utilizarlos como arma en una guerra.

—Creía que el tipo ese había muerto.

—Al parecer, sus armas le sobrevivieron.

El bicho al que había acertado en el cuello había caído sobre la flecha y la había partido a la altura de la punta. No servía.

—¿Cómo puede un hombre crear una cosa así?

—¿Te has creído que tengo respuesta para todo? Todos los veranos, cuando se fundían los hielos, venían desde el otro lado del mar y combatirlos nos daba mucho trabajo. Un montón de trabajo —Ferro arrancó la última flecha; estaba ensangrentada pero serviría—. Cuando era joven empezaron a presentarse cada vez con más frecuencia. Entonces mi padre me envió al sur, al otro lado de las montañas, para que buscara a alguien que pudiera ayudarnos a combatirlos y... —se interrumpió—. Bueno, es una larga historia. El caso es que ahora las Altiplanicies están infestadas de Cabezas Planas.

—Eso poco importa —gruñó poniéndose de pie y guardando con cuidado las dos flechas en la aljaba—, siempre que se les pueda matar.

—Oh, claro que se les puede matar. El problema es que son tantos que nunca acabas de matarlos a todos —Logen frunció el ceño y miró a los tres cadáveres, los miró con un ceño pronunciado y una mirada gélida—. Ya no queda nada al norte de las montañas. Nada ni nadie.

A Ferro aquello le importaba bien poco.

—Hay que moverse.

—Todos de vuelta al barro —rezongó como si no la hubiera oído mientras su ceño se volvía más pronunciado por momentos.

Ferro se plantó delante de él.

—¿Me has oído? He dicho que hay que moverse.

—¿Eh? —la miró parpadeando y luego torció el gesto. Los músculos de su mandíbula se resaltaban tensos bajo la piel, las cicatrices estaban estiradas y habían cambiado de forma, la cabeza se inclinaba hacia delante y sus ojos estaban hundidos en las agudas sombras producidas por la luz cenital—. Bien. Hay que moverse.

Ferro le miró con recelo. Un hilo de sangre bajaba desde su cabellera y resbalaba por su mejilla velluda y grasienta. Su aspecto ya no era el de alguien en quien se pudiera confiar.

—¿No irás a ponerte raro, eh, pálido? Necesito que mantengas la cabeza fría.

—Fría está —susurró él.

***

Logen tenía calor. La piel le hormigueaba bajo la ropa sucia. Se sentía raro, mareado, con la cabeza repleta del hedor de los Shanka. Su olor apenas le dejaba respirar. El pasadizo parecía moverse bajo sus pies y oscilar ante sus ojos. Hizo una mueca de dolor, se encorvó, y el sudor que le corría por la cara goteó sobre las losas sueltas del suelo.

Ferro le susurró algo, pero no consiguió entender lo que le decía: las palabras resonaban en los muros y le rodeaban la cara, pero no se le metían dentro. Asintió con la cabeza, le hizo una seña agitando una mano y luego siguió caminando pesadamente detrás de ella. En el pasadizo cada vez hacía más calor y los difusos contornos de las piedras empezaban a adquirir una especie de resplandor anaranjado. De pronto, se chocó contra la espalda de Ferro y estuvo a punto de caerse. Resollando, avanzó arrastrándose sobre sus rodillas doloridas.

Ante ellos se abría una caverna inmensa. En su centro se alzaban cuatro esbeltas columnas que ascendían hacia las alturas y se perdían en la incierta oscuridad. Debajo ardían unas hogueras. Una enorme cantidad de hogueras, que imprimían imágenes blancas en los irritados ojos de Logen. El carbón crujía, crepitaba y echaba humo. Saltaban hirientes chispas, silbaba el vapor al elevarse formando pequeñas columnas. Los goterones de hierro que se vertían desde los crisoles sembraban el suelo de ascuas incandescentes. El metal fundido discurría por unos canales tallados en el pavimento que formaban en la piedra negra un entramado de líneas rojas, amarillas y de un blanco abrasador.

El enorme espacio estaba plagado de Shanka, unas formas harapientas que pululaban por la ardiente oscuridad. Manipulaban los fuegos, los fuelles y los crisoles como si fueran humanos. Debía de haber unos veinte, tal vez más. El estruendo era atronador: el golpear de los martillos, el retumbar de los yunques, el estrépito del entrechocar de metales, los chillidos y graznidos que proferían los Cabezas Planas. En las paredes más alejadas se alineaban varios armeros repletos de relucientes armas, cuyo acero refulgía con todos los colores del fuego y la furia.

Mientras miraba al frente pestañeando, con la cabeza a punto de estallarle, el brazo palpitante de dolor y el calor aplastándosele contra el rostro, Logen no sabía si dar crédito a lo que veían sus ojos. Quizás habían dado con las fraguas del infierno. Quizás al final Glustrod había abierto una puerta debajo de la ciudad. Una puerta que conducía al Otro Lado, y ellos, sin darse cuenta, la habían cruzado.

Respiraba aceleradamente, y no podía hacer que fuera más despacio, y cada bocanada de aire que aspiraba estaba henchida de un acre olor a humo y a Shanka. Tenía los ojos desorbitados y la garganta le ardía tanto que no podía tragar saliva. No estaba seguro de cuándo había desenvainado la espada del Creador, pero la superficie lisa de su hoja centelleaba y titilaba reflejando la luz anaranjada, y su mano derecha apretaba la empuñadura hasta hacerse daño. No conseguía que los dedos se abrieran. Los miró: irradiaban un brillo anaranjado y negro, palpitaban como si estuvieran ardiendo, las venas y los tendones parecían estar a punto de estallar bajo la piel tensa y tenía los nudillos blancos debido a la furiosa presión a la que estaban sometidos.

No era su mano.

—Hay que retroceder —le dijo Ferro tirándole del brazo—. Tenemos que encontrar otro camino.

—No —su voz sonó violenta como un martillazo, áspera como una piedra de afilar, cortante como una hoja de acero pegada a una garganta.

No era su voz.

—Detrás de mí —alcanzó a susurrar, agarrando a Ferro del hombro y poniéndose delante de ella.

Ahora ya era tarde para retroceder...

* * *

... ahora los olía. Alzó la cabeza y aspiró por la nariz una bocanada de aire caliente. Tenía la cabeza llena de su peste; eso estaba bien. El odio era un arma muy poderosa, en buenas manos. No había nada que el Sanguinario no odiara. Pero su odio más antiguo, el más enraizado y ardiente de todos era el que profesaba a los Shanka.

Envuelto en el furioso ruido del acero, entró en la caverna; una sombra entre los fuegos. Hermosa canción, se la sabía de memoria. Nadaba en ella, se deleitaba en ella, la sorbía a grandes tragos. Sentía el peso de la hoja en su mano, la fuerza que

fluía desde el frío metal a su carne ardiente y desde su carne ardiente al frío metal; la sentía hincharse, crecer y rebosar siguiendo el ritmo de su respiración.

Los Cabezas Planas aún no le habían visto. Trabajaban. Seguían enfrascados en sus absurdas faenas. Seguro que no se habían imaginado que la venganza iría a buscarles al lugar donde vivían y respiraban y se afanaban, pero ahora iban a enterarse.

La figura del Sanguinario, con la espada del Creador en alto, se cernió detrás de uno de ellos. Al ver la alargada sombra del acero extenderse por el cráneo pelado de su víctima, sonrió: una promesa que pronto se cumpliría. La larga hoja susurró su secreto y el Shanka se dividió en dos mitades, como una flor al abrirse, soltando un chorro de sangre cálida y reconfortante que roció con su húmedo regalo un yunque, el suelo de piedra y la cara del Sanguinario.

Ya le había visto otro. Corrió hacia él, rápido y furioso como vapor hirviente. Cuando se le vino encima, el bicho alzó un brazo y se echó hacia atrás. Pero no lo bastante. La espada del Creador se le hundió en el codo, y su antebrazo voló por los aires. Antes de que el Shanka cayera a tierra, el retroceso de la espada del Sanguinario le decapitó. La sangre chisporroteó en el hiero fundido, refulgió anaranjada en el metal mate de su espada, en la pálida piel de su mano, en el tosco suelo de piedra que tenía bajo los pies. Entonces les hizo señas a los demás.

—Venid —les susurró. Todos eran bienvenidos.

Corrieron a los armeros, se proveyeron de espadas serradas, de afiladas hachas, y, entretanto, el Sanguinario los miraba, carcajeándose. Armados o desarmados, su muerte ya estaba decidida. Estaba escrita en los muros de la caverna con renglones de fuego y de sombra. Ahora sólo faltaba que él la escribiera con renglones de sangre. Eran animales, menos que animales. Sus armas le lanzaban tajos y estocadas, pero el Sanguinario estaba hecho de fuego y oscuridad. Se escurría y se deslizaba entre sus torpes golpes, alrededor de sus titubeantes lanzas, por encima y por debajo de sus despreciables gritos y de su furia inútil.

Más fácil habría sido apuñalar una llama parpadeante. Más fácil cortar una sombra oscilante. Su debilidad era un insulto a su fuerza.

—¡Morid! —rugió. La hoja de la espada comenzó a describir en el aire unos círculos bellos y salvajes mientras el rojo candente de la letra del metal dejaba tras de sí una estela brillante. Y por donde pasaba uno de aquellos círculos, todo quedaba resuelto. Los Shanka chillaban, balbucían y saltaban hechos pedazos. Y él los iba troceando y rebanando con la misma precisión con que el carnicero corta carne en su tabla, con que el panadero corta sus masas, con que el labrador siega la mies, todo según lo tenía pensado.

El Sanguinario enseñaba los dientes y sonreía, jubiloso de sentirse libre y de ver lo bien que le estaba quedando la faena. Vio el resplandor de un acero, se apartó de golpe y sintió su prolongado beso en un costado. Arrancó al Cabeza Plana la espada serrada de la mano y luego le agarró por el cogote y le hundió la cara en el canal por donde fluía un acero de un furioso color amarillo. La cabeza chisporroteó, burbujeó y exhalo un fétido vapor.

—¡Arde! —reía el Sanguinario, y los cuerpos destrozados, y sus heridas abiertas, y sus armas caídas, y el hierro candente reían con él.

Sólo los Shanka no reían. Sabían que había llegado su hora.

El Sanguinario vio saltar a uno desde un yunque con un mazo alzado listo para aplastarle el cráneo. Iba ya a soltarle un tajo cuando una flecha se coló en su boca abierta y lo arrojó hacia atrás, más muerto que el barro. El Sanguinario frunció el ceño. Se fijó que había más flechas en los cadáveres. Ahí había alguien más, y le estaba reventando el estupendo trabajo que estaba haciendo. Ya se lo haría pagar más adelante, ahora tenía que ocuparse de algo que se le acercaba entre las cuatro columnas.

Estaba enfundado de los pies a la cabeza en una brillante armadura, sellada con gruesos remaches, y, encajado en la parte superior del cráneo llevaba un yelmo redondo provisto de una ranura por la que asomaban dos ojos que echaban chispas. Gruñía y resoplaba con unos ruidos potentes como los de un toro; sus pies, encerrados en unas botas de hierro, se estampaban atronadores contra el suelo mientras avanzaba agarrando con sus guantes de acero un hacha descomunal. Un Shanka gigante. O algún ser nuevo, de hierro y de carne, creado en la oscuridad de aquella caverna.

La trayectoria del hacha describió una curva resplandeciente, y el Sanguinario esquivó el golpe rodando por el suelo. La pesada hoja se estrelló contra las losas y lanzó al aire una llovizna de esquirlas de piedra. Su enemigo soltó un rugido, abriendo del todo las fauces tras la visera del casco y lanzando una nube de babas silbantes por la boca. El Sanguinario bailoteaba y fluía fundiéndose con las llamas danzarinas y las fluctuantes sombras.

Se echó hacia atrás y hacia atrás; dejó que los golpes le pasaran rozando un costado y otro, dejó que le pasaran por encima de la cabeza, por debajo de los pies. Dejó que resonaran al chocar con el metal y la piedra que había alrededor, que llenaran el aire con un torbellino furioso de polvo y astillas. Se echó hacia atrás hasta que el bicho comenzó a cansarse de sostener el enorme peso del hierro.

El Sanguinario le vio tambalearse, y entonces sintió que había llegado su momento. Se echó hacia delante, levantó su espada por encima de la cabeza, abrió la

boca y profirió un grito que hizo presión sobre su brazo, sobre su mano, sobre la hoja de acero y sobre los propios muros de la caverna. El gran Shanka alzó el mango de su hacha con ambas manos para parar el golpe. Buen acero, nacido de aquellos fuegos candentes, tan duro, fuerte y resistente como pueden forjarlo los Shanka.

Pero nada podía resistirse al poder de una obra del Maestro Creador. La hoja mate hendió el mango produciendo un ruido similar al chillido de un niño y abrió en la pesada armadura del Shanka un surco del grosor de una mano que se extendía desde el cuello hasta la entrepierna. La sangre brotó a chorros del brillante metal y cayó en las negras losas. Soltando una carcajada, el Sanguinario hundió el puño en la herida y extrajo un trozo de las entrañas del Shanka antes de que éste, tras soltar sus garras palpitantes las dos mitades del mango, cayera hacia atrás y se estrellara contra el suelo.

Se volvió hacia los otros con una sonrisa en los labios. Tres había, agazapados con las armas en la mano pero sin atreverse a avanzar. Agazapados en la oscuridad; pero la oscuridad no era amiga suya. Le pertenecía a él, sólo a él. El Sanguinario avanzó un paso, luego otro, con la espada colgando de una mano y sosteniendo en la otra un sanguinolento trozo de intestino que se iba desenroscando lentamente del cadáver del Cabeza Plana. Los bichos retrocedían arrastrando los pies, intercambiando chasquidos y chillidos, y el Sanguinario se les reía a la cara.

Es posible que los Shanka estuvieran siempre imbuidos de una furia rabiosa, pero incluso ellos tenían que sentir miedo de él. Todos se lo tenían. Hasta los muertos que no padecen dolor. Hasta la fría piedra que no tiene sueños. Hasta el hierro fundido temía al Sanguinario. La propia oscuridad incluso.

Soltó un rugido y saltó hacia delante, desprendiéndose del puñado de entrañas. La punta de su espada rasgó el pecho de un Shanka, que giró en redondo lanzando aullidos. Un instante después la hoja se le hundía en el hombro con un golpe seco y se lo partía hasta el esternón.

Los dos últimos se habían dado la vuelta y trataban de huir dando trompicones por las losas, pero, ¿había alguna diferencia entre huir y luchar? Antes de que pudiera completar tres zancadas, otra flecha se hundió en la espalda de uno de ellos y lo arrojó desmadejado al suelo. El Sanguinario salió disparado hacia delante y sus dedos se cerraron sobre el tobillo del último con la firmeza de un candado. Mientras lo arrastraba hacia él, las zarpas del Cabeza Plana arañaban desesperadamente la piedra cubierta de hollín.

Su puño era el martillo, el suelo el yunque y la cabeza del Shanka el metal que tenía que trabajar. Un golpe: cayeron varios dientes y se le partió la nariz. Dos: le hundió un pómulo. Tres: su mandíbula se hizo trizas bajo sus nudillos. Su puño era



de piedra, de acero, de diamante. Caía con el peso de una montaña que se desmoronara y, golpe a golpe, fue aplastando el grueso cráneo del Shanka hasta hacerlo papilla.

—Cabeza... Plana —siseó, y, soltando una carcajada, alzó el cuerpo destrozado y lo lanzó con todas sus fuerzas. Los despojos volaron por el aire dando vueltas y se estrellaron contra los armeros rotos. El Sanguinario se puso a dar tumbos por la caverna, a zigzaguear de un lado para otro. La espada del Creador colgaba de su mano y su punta se arrastraba con estrépito por el suelo arrancando chispas a las losas. Escrutó la oscuridad, incierta y oscilante, pero lo único que se movía eran los fuegos y las huidizas sombras que creaban a su alrededor. La cámara estaba vacía.

—¡No! —rugió—. ¿Dónde os habéis metido? —comenzaban a flojearle las piernas, ya no le sostendrían mucho más—. ¿Dónde estáis, malditos hijos de la...? —se tambaleó y, apoyando una rodilla en la piedra ardiente, trató de recobrar el aliento. Seguro que aún quedaba trabajo. El Sanguinario nunca hacía lo suficiente. Pero sus fuerzas eran muy mudables y ya empezaban a abandonarle.

Vio algo que se movía y parpadeó. Una veta negra se deslizaba sigilosamente entre las hogueras palpitantes y los cuerpos caídos. Un Shanka no era. Debía de ser otro tipo de enemigo. Más sutil, más peligroso. La piel en sombra, oscura como el hollín, los pies, moviéndose silenciosos entre las manchas de sangre que había dejado en el suelo su trabajo. Sus fuertes manos sujetaban un arco; la cuerda tensada hasta la mitad, la punta de la flecha emitiendo un brillo intenso. Sus ojos amarillentos refulgían como metal fundido, como oro caliente, burlándose de él.

—¿Estás bien, pálido? —su voz susurrante retumbaba en la cámara de resonancia de su cráneo—. No quiero matarte, pero si es necesario lo haré.

«¿Amenazas? Maldita zorra», trató de bufar, pero tenía los labios torpes y lo único que salió de su boca fue un hilillo de saliva. Se bamboleó hacia delante, apoyándose en la espada, y, luego, ardiendo de rabia, trató de erguirse. Esa mujer se iba enterar. El Sanguinario le iba a dar una lección de tal calibre que ya no le haría falta ninguna más. La iba a cortar en pedazos y luego iba a machacar los pedazos bajo sus talones. Pero antes tenía que ponerse en pie...

Se balanceó, pestañeando, inspirando y espirando lentamente, muy lentamente. Las llamas parpadearon y se debilitaron, las sombras se extendieron, borrosas, y luego le tragaron y le empujaron hacia abajo.

Uno más, sólo uno más. Siempre uno más.

Pero el tiempo se le había acabado...

***

... Logen tosía, segregaba saliva, temblaba y se estremecía de debilidad. Sus manos cobraron forma en medio de las tinieblas: estaban cerradas sobre la piedra sucia, tan ensangrentadas como las de un carnicero torpe. Se imaginó lo que había pasado y gimió y babeó y sintió que las lágrimas pugnaban por asomar a sus ojos. El rostro marcado de cicatrices de Ferro surgió ante él en medio de la ardiente oscuridad. Al menos no la había matado.

—¿Estás herido?

No podía responder. No lo sabía. Notaba una especie de corte en un costado, pero había tanta sangre que no podía estar seguro. Trató de incorporarse, se tropezó con un yunque y estuvo a punto de posar una mano en un horno incandescente. Pestañeó y luego lanzó un escupitajo, procurando mantenerse de pie a pesar del temblor de sus rodillas. Fuegos abrasadores flotaban y bailoteaban ante sus ojos. Había cadáveres por todas partes, desmadejadas figuras que yacían en el suelo cubierto de hollín. Aturdido, miró a su alrededor buscando algo en lo que limpiarse las manos, pero todo estaba salpicado y embadurnado de sangre. Le vino una arcada, se tapó la boca con una de sus manos ensangrentadas y, avanzando con paso tambaleante entre las fraguas, sus piernas debilitadas le condujeron a un arco que había en el muro opuesto.

Se quedó apoyado en la piedra cálida, echando hilos de baba y sangre al suelo, mientras sentía el lamido del dolor en el costado, en la cara, en sus nudillos desgarrados. Pero si lo que esperaba era que se compadecieran de él, se había equivocado de compañía.

—En marcha —ordenó Ferro—. Venga, pálido, arriba.

Aunque hubiese querido, no habría podido decir cuánto tiempo llevaba dando tumbos en la oscuridad pegado a los talones de Ferro con el cráneo resonando con los ecos de su propia respiración. Recorrían en sigilo las entrañas de la tierra. Atravesando antiquísimos salones, sombríos y polvorientos, con pétreos muros sembrados de grietas. Atravesando arcos que conducían a serpenteantes túneles con techumbres de barro sustentadas por vigas de aspecto inestable.

En una ocasión, al llegar a una encrucijada, Ferro le había empujado contra las sombras del muro, y, conteniendo el aliento, habían aguardado a que pasaran unas formas harapientas que caminaban raspando los muros y arrastrando los pies por una galería que se cruzaba con la suya. Se sucedían los pasillos, las cavernas, las madrigueras. Lo único que podía hacer era seguirla, caminar a rastras detrás de ella

convencido de que en cualquier momento se desplomaría de puro agotamiento. Convencido de que jamás volvería a ver la luz del sol...

—Espera —le susurró Ferro, plantándole una mano en el pecho para detenerle. Logen tenía las piernas tan débiles que casi se cae de espaldas. Un manso arroyo, cuyas aguas lentas se mecían formando ondas en la oscuridad, se unía al pasadizo. Ferro se arrodilló junto a él y escrutó el túnel del que procedía.

—Si se une al río corriente abajo es que debe de venir de fuera de la ciudad.

Logen no lo tenía tan claro.

—¿Pero... y si surge... de debajo de la tierra?

—Entonces buscaremos otro camino. O nos ahogaremos. —Ferro se sacudió el arco del hombro y resbaló hacia las aguas, apretando firmemente los labios. Logen la vio vadear el arroyo con los brazos alzados por encima de las negras aguas. ¿Es que nunca se cansaba? El estaba tan dolorido y agotado que lo único que deseaba era tumbarse y no volverse a levantar jamás. Por un momento se planteó la posibilidad de hacerlo. Pero entonces Ferro se dio la vuelta y, al verle en cuclillas junto a la orilla, le bufó—. ¡A qué esperas, pálido!

Logen exhaló un suspiro. Nada podía hacer que esa mujer cambiara de idea. A regañadientes, sumergió una de sus piernas temblorosas en las gélidas aguas.

—Te sigo —masculló—. Te sigo.

No están hechos el uno para el otro

Apretando los dientes para combatir el frío atenazante, Ferro seguía vadeando a contracorriente, cubierta hasta la cintura por el agua, que ahora corría presurosa. Nuevededos resollaba y chapoteaba detrás de ella. Un poco más adelante se distinguía un arco que dejaba pasar una tenue luz que se reflejaba en la superficie del arroyo. Estaba bloqueado con una reja de hierro, pero cuando llegó a su altura comprobó que los barrotes estaban desconchados y muy adelgazados por la herrumbre. Se agarró a ellos y se impulsó hacia arriba. Más allá se distinguía la superficie del arroyo fluyendo en su dirección entre orillas de roca y de barro. Y, por encima, el cielo nocturno, en el que comenzaban a asomar ya la las primeras estrellas.

La libertad.

Resoplando entre dientes, con respiración entrecortada por la fatiga y la desesperación, los dedos de Ferro, torpes y lentos a causa del frío, trataron de separar los vetustos barrotes. Nuevededos la alcanzó y plantó sus manos junto a las suyas: cuatro manos en línea, dos oscuras y dos pálidas, apretadas y haciendo fuerza. Estaban pegados el uno al otro en el angosto espacio, y Ferro le oía gruñir del esfuerzo, a la vez que oía su propio resuello. De pronto, sonó un leve chirrido y sintió que el viejo metal comenzaba a doblarse.

Lo bastante para que ella se deslizara entre los barrotes.

Primero pasó con una mano el arco, la aljaba y la espada. A continuación, se puso de lado, introdujo la cabeza entre los barrotes, metió la tripa, contuvo el aliento y, retorciéndose, pasó por la estrecha abertura los hombros, luego el pecho y luego las caderas, sintiendo a través de su ropa empapada el roce áspero del metal.

Se arrastró hacia el otro lado y arrojó sus armas a la orilla. Luego afirmó los hombros en el arco de piedra y plantó las botas contra la siguiente barra, haciendo fuerza con todos sus músculos, mientras Nuevededos tiraba desde el otro lado. De repente, se partió en dos, arrojando al arroyo una llovizna de copos de herrumbre y lanzándola a ella de cabeza a las gélidas aguas.

Con el rostro contrahecho por el esfuerzo, Nuevededos comenzó a introducirse entre los barrotes. Dando traspiés en el agua y jadeando de frío, Ferro se levantó, le agarró por debajo de los brazos, sintió que las manos de él se aferraban a su espalda y se puso a tirar. Tras mucho gruñir y forcejear, logró desatascarlo y sacarlo fuera. Luego se derrumbaron en la orilla embarrada y se quedaron tumbados el uno junto al otro. Mientras jadeaba y oía a Nuevededos hacer otro tanto, Ferro miró los muros desmoronados de la ciudad en ruinas, que se alzaban por encima de ella en el crepúsculo gris. En ningún momento había pensado que fuera a salir viva de aquella ratonera.

Pero aún tenían que poner tierra de por medio.

Se dio la vuelta en el suelo y se levantó como pudo. Aunque estaba totalmente empapada, trataba de reprimir los temblores. No recordaba haber tenido tanto frío en toda su vida.

—No puedo más —oyó mascullar a Nuevededos—. Por los muertos que no puedo más. Estoy machacado. No voy a dar ni un solo paso más.

Ferro sacudió la cabeza.

—Tenemos que alejarnos todo lo que podamos antes de que se vaya la luz.

—¿A esto le llamas luz? ¿Estás loca?

—Ya sabes que lo estoy. Vámonos, pálido —y le pinchó en las costillas con la punta húmeda de su bota.

—¡Maldita sea, está bien! ¡Está bien! —de mala gana, se puso de pie a trompicones y se quedó parado tambaleándose un poco.

Ferro se dio la vuelta y empezó a ascender por la orilla bajo la luz crepuscular, alejándose de las murallas.

—¿Qué hice? —Ferro se dio la vuelta. Nuevededos, con los cabellos chorreando agua, la miraba—. ¿Qué hice ahí dentro?

—Sacarnos del atolladero.

—Quiero decir...

—Sacarnos del atolladero. Eso es todo —y, dicho aquello, volvió a ponerse en marcha, ascendiendo penosamente por la ribera.

Al cabo de un instante, oyó que Nuevededos la seguía.

* **

Estaba tan oscuro y él estaba tan agotado que casi no vio las ruinas hasta que estuvieron dentro de ellas. En tiempos debió de ser un molino. Lo habían construido pegado al arroyo, pero supuso que su rueda debía de haberse perdido hacía un montón de siglos.

—Pararemos aquí —le susurró Ferro, y, acto seguido, se agachó para cruzar el desvencijado portal. Logen estaba demasiado cansado para hacer otra cosa que no fuera asentir con la cabeza y seguirla con paso vacilante. La tenue luz del claro de luna iluminaba el esqueleto del edificio, resaltando los bordes de los sillares, las siluetas de las viejas ventanas y la gruesa capa de mugre que cubría el suelo. Se acercó trastabillando al muro más cercano, se apoyó en él y, luego, se dejó resbalar poco a poco hasta que su trasero tocó el barro.

—Sigo vivo —dijo moviendo en silencio los labios mientras sonreía para sí. Un centenar de cortes, rozaduras y moratones reclamaban a gritos que se ocupara de ellos, pero lo importante era que seguía vivo. Permaneció sentado sin moverse: empapado, dolorido y absolutamente exhausto. Dejó que se le fueran cerrando los ojos y paladeó la sensación de no tenerse que mover.

De pronto, frunció el ceño. Por encima del rumor del arroyo se escuchaba un extraño ruido. Una especie de tamborileo. Tardó un rato en darse cuenta de que eran los dientes de Ferro. Se quitó la zamarra, haciendo una mueca de dolor al sacársela del codo herido, y se la tendió en la oscuridad.

—¿Qué es eso?

—Una zamarra.

—Ya veo que es una zamarra. ¿Para qué?

Maldita sea, por qué tenía que ser tan cabezota. A Logen casi se le escapó una carcajada.

—Puede que no tenga tan buena vista como tú, pero el castañeteo de tus dientes lo oigo perfectamente —volvió a tenderle la zamarra—. Me gustaría poder ofrecerte algo mejor, pero es todo lo que tengo. Tú la necesitas más que yo, así que no se hable más. No hay de qué avergonzarse. Anda, cógela.

Se produjo un momento de silencio. Luego sintió que le quitaban la zamarra de las manos y oyó el ruido que hacía al envolverse en ella.

—Gracias —refunfuñó Ferro.

Logen enarcó las cejas, preguntándose si no le habrían engañado sus oídos. Al parecer, siempre había una primera vez para todo.

—Vale. Y gracias a ti también.

—¿Eh?

—Por tu ayuda. Debajo de la ciudad, en la colina de las piedras, en lo alto de los tejados, por todo eso —reflexionó un instante—. Me has ayudado mucho. Más de lo que merezco, seguramente, pero, en fin, sé mostrarme agradecido cuando hace falta —esperó a que ella dijera algo, pero la respuesta no llegaba. Sólo el ruido del arroyo que burbujeaba bajo los muros del edificio, el ruido del viento que silbaba en los vanos vacíos, el ruido de su propia respiración entrecortada—. Eres buena gente —dijo él—. Es todo lo que digo. Da igual lo que quieras hacer creer a los demás. Eres buena gente.

Más silencio. Distinguía su silueta iluminada por el claro de luna. Estaba sentada junto al muro con su zamarra echada sobre los hombros. Sus cabellos mojados sobresalían puntiagudos de su cabeza y le parecía vislumbrar el brillo amarillo de sus ojos, que le miraban. Mascullo una maldición. No se le daba bien hablar, jamás se le había dado bien. Lo más probable es que nada de aquello tuviera el más mínimo sentido para ella. En fin, al menos lo había intentado.

—¿Quieres follar?

Logen alzó la vista y la miró boquiabierto. No estaba seguro de haber oído bien.

—¿Eh?

—¿Qué pasa, pálido, es que te has quedado sordo?

—¿Que si me he qué?

—¡Vale! ¡Olvídalo! —se dio la vuelta y se subió bruscamente la zamarra sobre sus hombros encorvados.

—Espera, espera —ya lo había entendido—. Verás, es que... bueno... lo que pasa es que no me lo esperaba. No digo que no... creo... si me lo estás pidiendo —tragó saliva; se le había secado la boca—. Porque me lo estás pidiendo, ¿no?

Vio que la cabeza de Ferro se volvía hacia él.

—¿No dices que no o dices que sí?

—Bueno, ejem... —hinchó los carrillos y expulso una bocanada de aire en la oscuridad mientras intentaba poner su mente en funcionamiento. No esperaba que le volvieran a hacer esa pregunta en todos los días de su vida y mucho menos que fuera ella quien se la hiciera. Y ahora que se la habían formulado, le daba miedo responder. La verdad es que la idea le intimidaba un poco, pero siempre era mejor hacerlo que vivir con miedo. Mucho mejor—. Sí, esto, quiero decir que, pues eso, que sí. ¡Cómo no! Claro que sí.

—Hummm —vio el perfil de su cara mirando con gesto ceñudo al suelo, los labios apretados con furia, como si hubiera esperado otra respuesta y no estuviera muy segura de qué hacer con la que le había dado. Claro que, puestos a ello, tampoco él lo estaba—. ¿Cómo quieres hacerlo? —directa al grano, como si fuera una tarea que convenía quitarse de en medio cuanto antes, como talar un árbol o excavar un hoyo.

—Ejem... bueno, creo que tendrás que acercarte un poco más. Verás, espero que mi verga no resulte muy decepcionante, pero aun así no creo que llegue adonde estás ahora —esbozo una sonrisa y se maldijo al ver que ella no sonreía. A esas alturas, ya debería saber que no le gustaban las bromas.

—Bien —se le acercó con tanta rapidez y eficiencia que casi se echó para atrás, y eso hizo que ella titubeara.

—Lo siento —dijo él—. Hace tiempo que no lo hago.

—Ya —se puso en cuclillas a su lado, alzó un brazo y se detuvo como si no supiera muy bien qué hacer con él—. Yo tampoco —Logen sintió en el dorso de la mano las yemas de sus dedos, suaves, cautelosas. Era un roce tan ligero que casi le hacía cosquillas. Luego le acarició con el pulgar el muñón de su dedo mediano y, mientras lo hacía, la miraba. Sus dos formas grises se movían en la oscuridad con la misma torpeza que un par de individuos que jamás hubieran tocado el cuerpo de otra persona. Extraña sensación esa de tener a una mujer tan cerca. Le traía todo tipo de recuerdos.

Logen alargó lentamente una mano, como si la estuviera acercando a una llama, y le tocó la cara. No quemaba. Su piel era suave y fría, como la de cualquier persona. Metió la mano entre sus cabellos y sintió un cosquilleo entre los dedos. Encontró la cicatriz de su frente con la punta del pulgar y, con su piel áspera rozando la de Ferro, la recorrió desde la mejilla hasta la comisura de la boca y luego tiró de sus labios.

Había algo raro en su cara, lo notaba a pesar de la oscuridad. Algo que no estaba acostumbrado a ver en ella, pero que era inconfundible. Sentía sus músculos tensos bajo su piel, distinguía a la luz de la luna los tendones resaltados en su escuálido cuello. Estaba asustada. Podía reírse mientras propinaba una patada a un hombre en la cara, sonreír ante un tajo o un puñetazo, hacer caso omiso de una flecha que le hubiera atravesado la carne, pero, al parecer, un leve roce era capaz de meterle el miedo en el cuerpo. A Logen le habría parecido algo muy raro si no fuera porque también él estaba asustado. Asustado y excitado a partes iguales.

Empezaron a tirarse de las ropas, como si alguien hubiera dado la señal de lanzarse a la carga y tuvieran prisa por acabar cuanto antes. Con mano temblorosa, mordiéndose los labios, Logen forcejeaba en la oscuridad con los botones de la

camisa de Ferro tan torpemente como si llevara manoplas. Antes de que hubiera acabado con el primero de los botones, ella ya le había desabrochado del todo.

—Mierda —bufó Logen. Ferro le apartó de un golpe las manos y ella misma se desabrochó, se quitó la camisa y la tiró a un lado. No se la veía bien a la luz de la luna. Sólo distinguía el centellear de sus ojos, la oscura silueta de sus hombros huesudos, de sus caderas huesudas, unas tenues manchas luminosas en sus costillas, por debajo de la curva de uno de sus senos, tal vez, un poco de la piel rugosa de un pezón.

Sintió que le soltaba el cinturón de un tirón, sintió sus fríos dedos deslizándose dentro de sus pantalones, sintió...

—¡Ay! ¡Mierda! ¡No hace falta que me levantes tirándome de ahí!

—Vale...

—Ah.

—¿Mejor?

—Ah —Logen tiró del cinturón de Ferro, lo desabrochó como pudo y metió la mano dentro del pantalón. No muy sutil, tal vez, pero a fin de cuentas la sutileza nunca había sido uno de sus rasgos distintivos. Las puntas de sus dedos consiguieron llegar hasta tocar pelo antes de que se le quedara atascada la muñeca. Por más que se esforzaba, no había forma de que bajara más.

»Mierda —masculló. Oyó a Ferro sorber entre dientes, la sintió moverse y luego notó que se agarraba los pantalones con la mano que tenía libre y se los bajaba por el trasero. Así estaba mejor. Logen subió una mano por su muslo desnudo. Era una suerte que aún le quedara un dedo medio. Tienen su utilidad.

Siguieron así un rato, arrodillados en el suelo, sin ningún otro movimiento que el de sus manos que iban de atrás adelante, de arriba abajo, de adentro afuera, suave y despacio al principio y luego cada vez más deprisa, sin que se oyera más ruido que el siseo entre dientes de Ferro, la áspera respiración de Logen y la queda succión de la piel húmeda al moverse.

Ferro se retorció para quitarse del todo los pantalones y, luego, se echó sobre él y le empujó contra la pared. Logen se aclaró la garganta; de pronto se le había quedado seca.

—¿Quieres que...?

—Chiss —apoyándose en un pie y una rodilla, Ferro se puso encima de él con las piernas abiertas. Después ahuecó una mano, se escupió dentro y le agarró con ella la

verga. Masculló algo mientras se acomodaba un poco y luego descendió sobre él gruñendo suavemente.

—Ah —Logen la rodeó con un brazo y la acercó un poco más. Estrujó la cara posterior del muslo con una mano, sintiendo cómo los músculos de Ferro se arracimaban y se soltaban al moverse, y, enredando la otra entre sus cabellos grasientos, le acercó la cabeza hasta pegarla a su cara. Los pantalones se le habían quedado enredados a la altura de los tobillos. Trató de quitárselos de una patada y lo único que consiguió fue enredarlos aún más, pero ni loco iba a decirle que parara sólo por eso.

—Urrr —le susurró Ferro, y, abriendo la boca, deslizó sus labios, cálidos y suaves, por su mejilla. Logen sentía en su boca su aliento caliente y agrio, su piel frotándose contra la suya, pegándose y despegándose.

—Ah —respondió él con un gruñido, y entonces ella empezó a mover sus caderas de atrás adelante, de atrás adelante, de atrás adelante.

—Urrr —Ferro le apretaba la mandíbula con una mano, metiéndole el pulgar en la boca; la otra la tenía entre las piernas, deslizándose de arriba abajo. Logen sentía el tacto húmedo de sus dedos enroscándose en sus partes, una sensación algo más que un poquito dolorosa y algo más que un poquito placentera.

—Ah.

—Urrr.

—Ah.

—Urrr.

—Ah.

—¿Qué?

—Ejem...

—¡No es posible!

—Bueno...

—¡No había hecho más que empezar!

—Ya te dije que hacía mucho que...

—¡Un montón de años debe de haber sido! —se salió de su verga flácida, se limpió con una mano y luego la frotó con furia contra el muro. A continuación, se dejó caer de costado, le dio la espalda, agarró la zamarra y se cubrió con ella.

Bueno, aquello había sido un auténtico bochorno.

Logen se maldijo en silencio. Tanto tiempo esperando y cuando se presentaba la ocasión no era capaz de retener la leche en el cubo. Se rascó la cara con gesto pesaroso y se hurgó las costras de su barbilla. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: es un amante.

Miró de reojo a Ferro, cuya silueta se recortaba borrosa sobre la oscuridad. El pelo de punta, el cuello estirado, los hombros picudos, un largo brazo apretado contra el costado. Pese a estar tapada con la zamarra, distinguía la elevación de su cadera y podía intuir la forma que había debajo. Miró su piel, cuyo tacto ya conocía: suave, terso, fresco. La oía respirar. Una respiración leve, pausada, cálida...

Un momento.

Había algo ahí abajo que volvía a moverse. Un poco irritada tal vez, pero de nuevo dura. Era una de las pocas ventajas de haberse pasado tanto tiempo sin hacerlo: el cubo se vuelve a llenar muy rápido. Logen se humedeció los labios. Sería una lástima dejar escapar la oportunidad por no echarle valor al asunto. Se deslizó hasta donde estaba Ferro, se arrimó a ella y carraspeó.

—¿Qué? —el tono de voz de Ferro era seco, pero no lo bastante seco para ahuyentarle.

—Oye, mira, si me das un momento, a lo mejor... —levantó un poco la zamarra y, lentamente, dándole tiempo para que le apartara, si así lo quería, su mano, produciendo un leve silbido al rozar su piel, se puso a acariciarle el costado. No se habría llevado ninguna sorpresa si de pronto se hubiera dado la vuelta y le hubiera pegado un rodillazo en sus partes. Pero no lo hizo.

Ferro retrocedió hasta pegar su trasero desnudo contra su vientre y luego alzó una rodilla.

—¿Por qué tengo que darte una segunda oportunidad?

—No lo sé... —masculló mientras en su rostro comenzaba a dibujarse una sonrisa. Le deslizó la mano sobre el pecho, la bajó luego al vientre y finalmente se la metió entre las piernas—. ¿Por la misma razón por la que me diste la primera?

***

Ferro se despertó dando una sacudida. No sabía dónde estaba, pero lo que sí sabía era que la tenían atrapada. Exhaló un gruñido, se revolvió soltando codazos y logró liberarse. Luego se apartó a toda prisa, apretando los dientes y con los puños cerrados para disponerse a combatir. Pero ahí no había ningún enemigo. Sólo la

tierra pelada y la roca desnuda iluminadas por los desvaídos tonos grises del amanecer.

Eso y el pálido grande.

Nuevededos se levantó tambaleándose, gruñó, escupió al suelo y miró desaforado a su alrededor. Cuando comprobó que no había ningún Cabeza Plana presto a acabar con él, se dio lentamente la vuelta y, con ojos de sueño, miró a Ferro pestañeando.

—Ah... —hizo una mueca de dolor y se tocó con la yema de los dedos su boca ensangrentada. Se quedaron un rato mirándose con gesto hosco; los dos desnudos y silenciosos en el frío esqueleto del molino en ruinas. Entre ellos, arrugada sobre la tierra húmeda, estaba la zamarra en la que habían yacido.

Y fue entonces cuando Ferro se dio cuenta de que había cometido tres errores imperdonables.

Se había quedado dormida, y siempre que le había pasado eso no le había traído nada bueno. Luego le había dado a Nuevededos un codazo en la cara. Y, lo que era mil veces peor, una tontería tan grande que sólo de pensar en ello se le dibujaba en la cara una mueca de espanto: la noche anterior se lo había follado. Ahora que lo veía a la cruda luz matinal, con sus cabellos pegados a un lado de su cara ensangrentada y llena de cicatrices, con una gran mancha de barro en el costado sobre el que había estado tumbado, no conseguía explicarse por qué lo había hecho. Por alguna razón, cansada y aterida en medio de la oscuridad, había sentido la necesidad de tocar a alguien y de entrar en calor, aunque sólo fuera por unos momentos, y se había dicho: ¿qué hay de malo en ello?

Una locura.

Los dos habían salido mal parados de la experiencia, eso saltaba a la vista. Lo que hasta entonces había sido sencillo se volvería complicado. A la comprensión mutua que había ido surgiendo entre ellos le sucedería la más absoluta confusión. De hecho, ya se sentía confusa, y él empezaba a parecer dolido y furioso, ¿qué otra cosa cabía esperar? A nadie le gusta recibir un codazo en la cara mientras duerme. Abrió la boca para pedirle disculpas, y entonces se dio cuenta. Ni se sabía la palabra. Lo único que podía hacer era pedírselas en kantic, pero estaba tan furiosa consigo misma que le salió un gruñido que más bien parecía un insulto.

El, desde luego, así pareció entenderlo. Entornó los ojos, le espetó unas palabras en su propio idioma, agarró sus pantalones y, mascullando improperios, se lo metió por una pierna.

—Pálido de mierda —le respondió con un bufido, apretando con furia los puños. Cogió del suelo su camisa rasgada y le dio la espalda. Debía de haberla dejado en un

trozo de tierra húmeda. Mientras se la metía dando tirones, el harapo se le pegaba a su piel viscosa como si fuera una capa de barro helado.

Maldita camisa. Maldito pálido.

Frustrada, apretó los dientes mientras se abrochaba el cinturón. Maldito cinturón. Por qué demonios tuvo que desabrochárselo. Siempre pasaba lo mismo. El trato con la gente nunca era fácil, pero ella siempre se las arreglaba para poner las cosas aún más difíciles de lo que ya eran de por sí. Se detuvo un instante, con la cabeza gacha, y luego se volvió un poco hacia él.

Estaba a punto de explicarle que no había sido su intención darle un golpe en la boca, pero que siempre que se quedaba dormida pasaba algo malo. Estaba a punto de decirle que había cometido un error, que sólo pretendía mostrarse cariñosa. Estaba a punto de decirle que aguardara un momento.

Pero él ya estaba atravesando el portal destartalado dando pisotones y con el resto de sus ropas agarradas con una mano.

—Que te jodan —bufó mientras se sentaba para ponerse las botas.

Pero ése era precisamente el problema.

***

Sentado en las agrietadas escalinatas del templo, Jezal tiraba de las costuras deshilachadas del hombro de su zamarra con gesto apenado mientras contemplaba el barrizal interminable que lo separaba de las ruinas de Aulcus. No esperaba ver venir a nadie.

Bayaz estaba recostado en la parte trasera del carro, su rostro demacrado tenía una palidez cadavérica, sus venas hinchadas se destacaban alrededor de sus ojos hundidos y un pronunciado ceño se cincelaba en sus labios descoloridos.

—¿Cuánto vamos a esperar? —inquirió Jezal por enésima vez.

—Cuanto sea necesario —respondió el Mago sin molestarse en mirarle—. Los necesitamos.

Jezal vio al Hermano Pielargo, que se encontraba de pie unos escalones más arriba, dirigirle una mirada transida de preocupación.

—Es usted mi patrón, qué duda cabe, y yo no soy quién para mostrarme en desacuerdo...

—Pues entonces no lo haga —gruñó Bayaz.

—Pero no hay ninguna duda de que Nuevededos y la dama Maljinn han muerto —insistió el Navegante—. El propio maese Luthar los vio caer en un abismo. Un abismo de enorme profundidad. Siento un pesar inconmensurable, y hay pocos hombres más pacientes que yo; de hecho, es otra de mis muy notables cualidades, pero... en fin... me temo que aunque esperáramos hasta el final de los tiempos el resultado sería...

—Esperaremos todo lo que haga falta —dijo el Primero de los Magos.

Jezal respiró hondo y, frunciendo el entrecejo para protegerse del viento, miró hacia la ciudad desde lo alto de la colina, recorriendo con la vista la vasta extensión vacía, salpicada de minúsculos pliegues por los que corrían arroyos, y la franja gris de un camino ruinoso que arrancaba de las lejanas murallas y avanzaba hacia ellos entre las siluetas quebradas de varios edificios desmoronados: posadas, granjas y aldeas abandonadas hacía mucho tiempo.

—Ahí están —llegó la voz impasible de Quai.

Apoyándose en su pierna buena, Jezal se levantó, se hizo sombra con una mano y miró hacia el punto que señalaba el aprendiz. De pronto los vio: dos minúsculas figuras pardas en medio del páramo pardo, muy cerca ya de las faldas del peñón.

—¿Qué les había dicho? —graznó Bayaz.

Pielargo sacudió la cabeza, asombrado.

—En nombre de Dios, ¿cómo es posible que hayan sobrevivido?

—Esos dos tienen muchos recursos —Jezal ya había empezado a sonreír. Hacía apenas un mes ni en sueños habría pensado que alguna vez pudiera alegrarse de volver a ver a Logen, y menos aún a Ferro, y, ahora, ahí estaba, sonriendo de oreja a oreja al comprobar que seguían con vida. De alguna manera, el hecho de haber tenido que afrontar juntos la muerte y la adversidad en medio de aquella tierra salvaje había creado un vínculo entre ellos. Un vínculo que se fortalecía con gran rapidez a pesar de lo diferentes que eran. Un vínculo que hacía que, en comparación, sus amistades anteriores le parecieran débiles, tibias, carentes de pasión.

Jezal se quedó mirando a las dos figuras, que cada vez se encontraban más cerca. Avanzaban penosamente por la destartalada senda que conducía a través de las empinadas rocas hasta el templo caminando muy separados el uno del otro, como si no fueran juntos. Cuando se acercaron un poco más, le parecieron dos presos huidos del infierno. Tenían las ropas rasgadas, desgarradas, cubiertas de mugre; sus rostros sucios estaban tan endurecidos como dos piedras. La frente de Ferro estaba atravesada por un corte con costra. La mandíbula de Logen era un amasijo de rasguños y la piel en torno a sus ojos estaba llena de oscuros hematomas.

Jezal dio un paso hacia ellos saltando a la pata coja.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo han conseguido...?

—No ha pasado nada —le respondió, huraña, Ferro.

—Absolutamente nada —gruñó Nuevededos, y los dos se cruzaron una mirada furiosa. Saltaba a la vista que habían pasado una dura prueba y que ninguno de los dos tenía ganas de hablar de ello. Ferro se dirigió al carro sin molestarse en saludar a nadie y se puso a hurgar en la parte de atrás. Logen se quedó quieto, con los brazos en jarras, mirándola con el gesto torcido.

—Bueno... —farfulló Jezal, sin saber muy bien qué decir—, ¿se encuentra bien?

Los ojos de Logen se giraron hacia él.

—Oh, perfectamente —dijo con marcada ironía—. En mi vida me he sentido mejor. ¿Cómo demonios consiguieron sacar el carro del sitio ese?

El aprendiz se encogió de hombros.

—Los caballos lo sacaron.

—Maese Quai posee un notable talento para el eufemismo —dijo Pielargo con una risa nerviosa—. La cabalgada hasta la Puerta Sur de la ciudad fue una experiencia de lo más estimulante.

—Tuvieron que abrirse paso combatiendo, ¿no?

—Bueno, yo no, desde luego, combatir no es uno de mis...

—Ya me lo suponía —Logen se inclinó hacia delante y escupió con gesto agrio al suelo.

—En todo caso haríamos bien en mostrarnos agradecidos —dijo con voz ronca Bayaz—. Hay muchas razones para mostrarse agradecidos. Todos seguimos vivos.

—¿Está seguro? —insistió Ferro—. Usted no lo parece —Jezal se sintió en silencioso acuerdo con ella. El aspecto del Mago no habría sido peor si hubiese muerto en Aulcus. Si hubiese muerto y ya estuviera descomponiéndose.

Ferro se arrancó su andrajosa camisa y, tensando los músculos de su esquelética espalda, la arrojó con violencia al suelo.

—¿Qué mira? —le espetó a Jezal.

—Nada —repuso Jezal, bajando la vista. Cuando se atrevió a levantarla de nuevo, Ferro se estaba abrochando por delante una camisa nueva. Bueno, no del todo nueva. Él mismo la había estado usando hacía un par de días.

—Ésa es mía... —Ferro alzó la cabeza y le lanzó una mirada tan fulminante que Jezal, casi sin querer, dio un paso atrás—. Pero puede usarla si quiere... por supuesto.

—Chsss —bufó Ferro metiéndose con furia los faldones por detrás del cinturón como si estuviese apuñalando a un hombre hasta darle muerte. A él seguramente. En conjunto, aquello se había parecido bastante poco al lacrimógeno reencuentro que Jezal podía haberse imaginado, aunque, la verdad sea dicha, en aquel momento casi tenía ganas de ponerse a llorar.

—Espero no tener que volver a ver este sitio nunca más —masculló con pasión.

—Totalmente de acuerdo —dijo Logen—. No estaba tan vacío como creíamos, ¿eh? ¿Por qué no piensa un poco a ver si se le ocurre algún otro camino de vuelta?

Bayaz torció el gesto.

—Sí, será lo más prudente. Regresaremos a Calcis siguiendo el curso del río. Corriente abajo, en esta misma orilla, hay algunos bosques. Amarraremos unos cuantos troncos bien robustos y el Aos nos conducirá directamente al mar.

—O a una tumba marina —Jezal conservaba fresca en su memoria la imagen del impetuoso curso del gran río en el cañón.

—Esperemos que no sea así. En todo caso, quedan por recorrer muchos kilómetros hacia el oeste antes de empezar a pensar en el viaje de vuelta.

Pielargo asintió con la cabeza.

—Desde luego, incluyendo entre otras cosas el cruce de una imponente cordillera.

—Fabuloso —terció Logen—. Me muero de ganas de empezar.

—Yo también. Pero, por desgracia, no todos los caballos han sobrevivido —el Navegante alzó las cejas—. Tenemos dos para tirar del carro y dos más para montar... en otras palabras, que nos faltan otros dos.

—Da igual, de todas formas yo no trago a esos bichos —Logen se dirigió al carro dando zancadas y se montó por el lado contrario al de Bayaz.

Se produjo un largo silencio mientras todos consideraban la situación. Dos caballos, tres jinetes. El asunto tenía mala solución. Pielargo fue el primero en romper el silencio.

—Como es natural, a medida que nos acerquemos a las montañas, yo tendré que ir por delante para explorar. Explorar, ay, es una parte esencial de cualquier viaje. Un parte para la que, por desgracia, necesitaré una de las monturas...

—Creo que sería conveniente que yo fuera a caballo —murmuró Jezal haciendo un gesto de dolor—, con esta pierna...

Ferro miró al carro, y Jezal advirtió que durante un fugaz y hostil momento su mirada y la de Logen se cruzaban.

—Yo iré a pie —dijo Ferro.

El regreso del héroe

Estaba lloviendo cuando el Superior Glokta regresó con paso renqueante a Adua. Una lluvia fina, molesta y desagradable que arreciaba impulsada por la fuerte brisa marina y hacía que la traicionera pasarela, los chirriantes maderos del embarcadero y las lisas piedras de los muelles resultaran tan escurridizos como un mentiroso. Se chupó sus encías irritadas, se frotó sus muslos entumecidos e inspeccionó con una mueca de disgusto el panorama gris de la orilla. A unos diez pasos, había una pareja de guardias de aspecto hosco apoyados contra los muros de un almacén destartalado. Un poco más allá, un grupo de estibadores discutía acaloradamente por un montón de embalajes. Un mendigo tembloroso que se encontraba cerca avanzó un par de pasos en dirección a Glokta y luego se lo pensó mejor y se escabulló.

¿Dónde están las enfervorizadas multitudes de plebeyos? ¿Dónde están las alfombras de pétalos de flores? ¿Dónde están los arcos de espadas desenvainadas? ¿Dónde están los corros de doncellas arrobadas? No es que le sorprendiera demasiado. Tampoco los hubo la otra vez que regresó del Sur. *Las muchedumbres no suelen vitorear con demasiado entusiasmo a los derrotados, por muy duro que hayan luchado, por muy grandes que hayan sido sus sacrificios o las adversidades a las que hayan tenido que hacer frente. Una victoria sencilla e insignificante puede hacer que se arroben las doncellas, pero un «hice lo que pude» ni siquiera consigue provocarles un leve sonrojo. Ni al Archilector, me temo.*

Una ola particularmente violenta rompió contra el espigón y roció la espalda de Glokta con ferocidad. Con sus manos goteando agua helada, se bamboleó hacia delante, dio un traspié que casi da con sus huesos en tierra y, luego, jadeando y tambaleándose, avanzó unos pasos por el muelle y se agarró al pegajoso muro de un desvencijado cobertizo que había al otro lado. Al alzar la vista, advirtió que los dos guardias le miraban.

—¿Pasa algo? —les gruñó; los guardias le dieron la espalda, mascullaron unas palabras y se subieron los cuellos de sus guerreras para protegerse del frío. Glokta se arrebujó en su gabán y sintió el golpear de los faldones contra sus piernas mojadas. *Te pasas unos pocos meses al sol y ya te crees que nunca volverás a tener frío. Qué pronto se*

olvidan las cosas. Recorrió con mirada ceñuda el embarcadero. *Qué pronto se nos olvida todo.*

—De nuevo en caza —Frost parecía muy satisfecho mientras descendía por la pasarela con el baúl de Glokta bajo el brazo.

—No te gusta mucho el calor, ¿eh?

El Practicante, con el pelo mojado en punta, sacudió su pesada cabeza mientras esbozaba una media sonrisa bajo la llovizna invernal. Severard venía detrás, mirando con los ojos entornados las nubes grises. Al llegar al extremo de la pasarela, se detuvo un instante y luego plantó los pies en las piedras del muelle.

—Me alegro de estar de vuelta —dijo.

Ojalá pudiera compartir vuestro entusiasmo, pero yo no puedo relajarme aún.

—Su Eminencia me ha mandado llamar, y, considerando cómo han quedado las cosas en Dagoska, es bastante probable que el resultado de la reunión no sea... del todo satisfactorio. *Menudo eufemismo.* Tal vez sea mejor que no os dejéis ver durante unos cuantos días.

—¿Que no nos dejemos ver? Pienso pasarme encerrado en un burdel una semana entera.

—Sabia decisión. Otra cosa, Severard. Por si acaso no nos volvemos a ver, buena suerte.

Los ojos del Practicante chispearon.

—Lo mismo le digo —Glokta lo miró mientras se alejaba paseando tranquilamente bajo la lluvia en dirección a los barrios más sórdidos de la ciudad. *Un día como otro cualquiera en la vida del Practicante Severard. Nunca piensa con más de una hora de antelación. Qué don.*

—Maldito sea su infame país y su clima de mierda —rezongó Vitari con su acento cantarín—.Tengo que ir a hablar con Sult.

—¡No me diga, yo también! —exclamó Glokta con júbilo impostado—. ¡Qué feliz coincidencia! —y, doblando el codo, se lo ofreció—. ¡Podemos hacer pareja e ir a visitar juntos a su Eminencia!

Vitari le miró fijamente.

—Muy bien.

Pero los dos aún tendréis que esperar una hora para obtener mi cabeza.

—Sólo que antes tengo que hacer una visita.

***

La punta de su bastón produjo un chasquido al golpear contra la puerta. No hubo respuesta. *Maldita sea.* La espalda le estaba martirizando y necesitaba sentarse cuanto antes. Descargó otro golpe, esta vez con más fuerza. Los goznes chirriaron y la puerta se abrió una rendija. *No estaba cerrada.* Frunció el ceño y la abrió del todo. El marco de la puerta estaba partido por dentro y el cerrojo reventado. *Forzada.* Cruzó el umbral renqueando y accedió al vestíbulo. Vacío y helado. No había ni un solo mueble. *Como si se hubiese mudado. Pero, ¿por qué?* El párpado de Glokta palpitó. Durante toda su estancia en el Sur apenas si había pensado en Ardee una sola vez. *Asuntos más apremiantes reclamaban mi atención. El único amigo que tengo me pide que haga una cosa y yo... Como le haya pasado algo...*

Glokta señaló las escaleras y Vitari asintió con la cabeza, se agachó para sacarse un cuchillo de la bota y comenzó a subirlas sigilosamente. Luego señaló el fondo del vestíbulo, y Frost se internó en silencio en la casa pegándose a las sombras de la pared. La puerta del salón estaba entornada; Glokta se acercó a ella arrastrando los pies y la empujó.

Ardee estaba sentada junto a la ventana dándole la espalda: el vestido blanco, los cabellos oscuros, justo como él la recordaba. Vio que su cabeza se movía levemente al crujir los goznes. *Viva, pues.* Pero la salita había sufrido una extraña transformación. Aparte de la silla en la que estaba sentada, se encontraba completamente vacía. Paredes encaladas desnudas, paneles de madera desnudos, ventanas sin cortinas.

—¡Maldita sea, no queda nada! —gritó ella con voz quebrada y gutural.

Salta a la vista. Glokta frunció el ceño y entró en la sala.

—¡He dicho que no queda nada! —sin dejar de darle la espalda, Ardee se levantó—. ¿O es que se lo han pensado mejor y han decidido llevarse también la silla? —se dio la vuelta, agarrando el respaldo, alzó la silla y se la arrojó lanzando un chillido. Se estrelló contra el tramo de pared que había junto a la puerta, llenando el aire de fragmentos de madera y escayola. Una de las patas pasó silbando junto a la cara de Glokta y luego se chocó con estrépito contra un rincón; el resto cayó al suelo formando un amasijo de polvo y palos astillados.

—Muy amable —murmuró Glokta—, pero prefiero quedarme de pie.

—¡Usted! —a través de su cabello enmarañado vislumbró sus ojos dilatados en un gesto de asombro. En su rostro se apreciaba una palidez y una demacración que no recordaba de antes. El vestido que llevaba puesto estaba arrugado y resultaba

demasiado ligero para el frío que hacía en la salita. Ardee trató de alisarlo con manos temblorosas e hizo un intento infructuoso de arreglarse el cabello. Luego soltó una carcajada—. Me temo que no estoy preparada para recibir visitas.

Glokta oyó los pasos apresurados de Frost acercándose por el vestíbulo y, un instante después, su imponente figura aparecía en el umbral con los puños apretados. Le hizo una seña al albino con un dedo.

—No pasa nada. Espera fuera —el Practicante se perdió entre las sombras y Glokta avanzó renqueando por los crujientes tablones del suelo y entró en la salita vacía—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

La boca de Ardee hizo una mueca.

—Al parecer mi padre no era tan próspero como todo el mundo suponía. Tenía deudas. Poco después de que mi hermano partiera para Angland, vinieron a cobrárselas.

—¿Quiénes?

—Un tal Fallow. Se llevó todo el dinero que tenía, pero no era suficiente. Así que arramblaron también con la vajilla y las joyas de mi madre. Me dieron seis semanas para conseguir lo que faltaba. Despedí a la doncella. Vendí todo lo que pude, pero seguían queriendo más. Hace tres días se lo llevaron todo. Fallow dijo que debería darle las gracias por haber dejado que me quedara con el vestido que llevaba puesto.

—Ya.

Ardee respiró con el aliento entrecortado.

—Desde entonces he estado sentada aquí pensando qué puede hacer una joven sin amigos para conseguir dinero —luego le miró fijamente—. Sólo se me ha ocurrido una manera. Me parece que si hubiera tenido valor, ya lo habría hecho.

Glokta se chupó las encías.

—Es una suerte para los dos que sea cobarde —encogiéndose, se sacó el gabán de un hombro y luego tuvo que retorcerse y sacudirse para sacar el brazo. Cuando por fin lo consiguió, hubo de pasarse el bastón a la otra mano para poder quitárselo del todo. *Maldita sea, ni siquiera soy capaz de hacer un gesto galante con un mínimo de elegancia.* Finalmente se la tendió, tambaleándose levemente sobre su pierna atrofiada.

—¿Está seguro de que no lo necesita más que yo?

—Quédeselo. Al menos así no tendré que hacer malabarismos para volver a ponérmelo.

El comentario arrancó a Ardee una leve sonrisa.

—Gracias —dijo, mientras se lo echaba sobre los hombros—. Intenté buscarle, pero... no sabía dónde encontrarle.

—Lo lamento de veras, pero el caso es que ahora estoy aquí. Ya no tiene que preocuparse de nada. Esta noche se vendrá conmigo. Mis aposentos no son muy espaciosos, pero ya nos las arreglaremos. *A fin de cuentas, habrá sitio de sobra cuando esté flotando boca abajo en los muelles.*

—¿Y luego qué?

—Luego volverá aquí. Mañana mismo esta casa volverá a estar igual que antes.

Ardee le miró fijamente.

—¿Cómo?

—Oh, déjelo en mis manos. Lo primero es conseguir que entre un poco en calor. *El Superior Glokta, el amigo de los que no tienen amigos.*

Los ojos de Ardee se cerraron mientras él hablaba y la oyó respirar aceleradamente por la nariz. Se balanceaba un poco, como si apenas tuviera fuerzas para mantenerse de pie. *Es curioso, mientras duran nuestras penalidades, podemos soportarlas. Pero en cuanto pasa la crisis, las fuerzas nos abandonan.* Glokta alargó una mano para sostenerla y casi llegó a tocarle en el hombro, pero, de pronto, Ardee parpadeó, abrió los ojos y se irguió, y él retiró la mano.

El Superior Glokta al rescate de jovencitas en apuros. La guió al vestíbulo y luego a la puerta forzada. Si me disculpa, tengo que hablar un momento con mis Practicantes.

—Por supuesto —Ardee alzó la vista y le miró; sus grandes ojos oscuros seguían ribeteados con el rojo de la angustia—. Y gracias. Diga lo que diga la gente, es usted un buen hombre.

Glokta tuvo que reprimir un súbito impulso de soltar una risotada. *¿Un buen hombre? Dudo mucho que Salem Rews opinara lo mismo. O Gofred Hornlach, o el Maestre Kault, o Korsten dan Vurms, o el general Vissbruck, o el embajador Islik, o el inquisidor Harker, o cualquiera de los otros cientos de hombres que hay repartidos por las colonias penales de Angland o que aguardan acurrucados en Dagoska a que les llegue la muerte. Y, no obstante, Ardee West piensa que soy un buen hombre.* Una sensación extraña y no del todo desagradable. *Casi como volver a sentirse humano. Qué pena que llegue tan tarde.*

Hizo una seña a Frost mientras Ardee salía arrastrando los pies envuelta en su gabán negro. Tengo una misión para ti, viejo amigo. Una última misión, Glokta descargó una mano sobre el robusto hombro del albino y se lo apretó.

—¿Conoces a un prestamista llamado Fallow?

Frost asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Encuéntralo y dale una lección. Luego tráelo aquí y hazle entender a quién ha ofendido. Todo ha de quedar mejor de lo que estaba antes, díselo así. Dale un día de plazo. Un día, luego vuelves a cogerlo, esté donde esté, y te pones a cortar. ¿Entendido? Hazme ese último favor.

Frost volvió a asentir y sus ojos rosáceos chispearon en la penumbra del vestíbulo.

—Sult nos espera —murmuró Vitari, asomándose desde las escaleras con los brazos cruzados y las manos enguantadas colgando flácidas sobre la barandilla.

—Por supuesto —Glokta hizo una mueca de dolor y se encaminó renqueando hacia la puerta. *Y no queremos hacer esperar a su Eminencia.*

* * *

Golpe, toque y dolor, ése era el ritmo del andar de Glokta. El golpe firme de su talón derecho, el toque de su bastón en las resonantes losas del vestíbulo, luego el largo arrastrar de su pie izquierdo, acompañado como siempre de una punzada en la rodilla, el trasero y la espalda. Golpe, toque y dolor.

Había ido andando de los muelles a casa de Ardee, desde allí al Agriont, luego al Pabellón de los Interrogatorios y finalmente había subido todo el camino hasta llegar adonde se encontraba ahora. *Cojeando. Yo solo. Sin ayuda.* Pero ahora cada nuevo paso era un auténtico martirio. Con cada movimiento su rostro hacía una mueca de dolor. Gruñía, sudaba, maldecía. *Pero que me aspen si bajo la marcha.*

—No le gusta ponerse las cosas fáciles, ¿eh? —masculló Vitari.

—¿Por qué habría de hacerlo? Consuélese pensando que seguramente ésta sea la última conversación que vaya a mantener conmigo.

—¿A qué venir entonces? ¿Por qué no huir?

Glokta resopló con desdén.

—Por si acaso no se ha dado cuenta, mis capacidades atléticas son extraordinariamente limitadas. Por eso, y porque siento curiosidad. *Curiosidad por saber por qué su Eminencia no ha dejado que me pudriera con todos los demás.*

—Esa curiosidad suya puede conducirle a la muerte.

—Si el Archilector quiere mi muerte, tratar de huir renqueando no servirá de mucho. Prefiero recibirla de pie —sintió un súbito espasmo en la pierna e hizo una mueca de dolor—. O tal vez sentado. En cualquier caso, de cara y con los ojos abiertos.

—Es su elección, supongo.

—Exactamente. *La última.*

Accedieron a la antesala de Sult. El propio Glokta tuvo que admitir que le sorprendía haber llegado vivo hasta allí. Cada vez que había pasado por delante de la figura enmascarada de un Practicante había esperado que le echara mano. Cada vez que se había cruzado con la figura enlutada de un Inquisidor había esperado que le señalara y ordenara a gritos su arresto inmediato. *Y, sin embargo, aquí estoy otra vez.* Los recios escritorios, las recias sillas, la pareja de monumentales Practicantes flanqueando las recias puertas, todo igual que siempre.

—Soy...

—El Superior Glokta, por supuesto —el secretario del Archilector inclinó respetuosamente la cabeza—. Ya puede pasar. Su Eminencia le espera —la luz del despacho del Archilector se vertió sobre la angosta antesala.

—Le espero aquí —Vitari se dejó caer en una de las sillas y plantó sus botas mojadas en otra.

—Si ve que tardo, no se moleste en seguir esperando, *¿Mis últimas palabras tal vez?* Glokta se maldijo en silencio mientras arrastraba los pies hacia la puerta. *Debería habérseme ocurrido una frase más memorable.* Al llegar al umbral, se detuvo un instante, respiró hondo y luego lo traspasó renqueando.

La misma sala circular, aireada y espaciosa. Los mismos muebles oscuros, los mismos cuadros oscuros colgados de las relucientes paredes, el mismo ventanal con la misma vista, en primer plano la Universidad y al fondo la Casa del Creador. *Ni rastro de asesinos acechando bajo la mesa, ningún sicario provisto de un hacha escondido detrás de la puerta.* Sólo Sult, sentado detrás de su escritorio con una pluma en la mano escribiendo con ritmo pausado en unos papeles que tenía delante.

—¡Superior Glokta! —Sult se puso de pie como un resorte y se deslizó hacia él por el suelo pulido con su toga blanca aleteando a sus espaldas—. ¡Cuánto me alegro de verle de vuelta y a salvo! —daba toda la impresión de que el Archilector se alegraba verdaderamente de verle. Glokta frunció el ceño. Estaba preparado para cualquier cosa menos para eso.

Sult le tendió la mano y la piedra preciosa que lucía en el anillo lanzó un destello púrpura. Glokta hizo una mueca de dolor mientras se agachaba para besarla.

—Sirvo y obedezco, Eminencia —con gran esfuerzo, volvió a erguirse. *¿Ningún cuchillo en la base del cuello?* Pero Sult se deslizaba ya hacia el aparador sonriendo de oreja a oreja.

—¡Siéntese, por favor, siéntese! ¡No hace falta que se lo diga!

¿Desde cuándo? Glokta se dirigió penosamente hacia una de las sillas y, antes de sentarse, echó un vistazo para asegurarse de que su asiento no estaba sembrado de pinchos envenenados. El Archilector, entretanto, había abierto el aparador y estaba hurgando en su interior, *¿Buscando una ballesta cargada para ensartarme el cuello con una saeta?* Pero lo que sacó fueron dos vasos.

—Me parece que se ha ganado usted una felicitación —le dijo sin volverse.

Glokta pestañeó.

—¿Cómo?

—Felicidades. Ha hecho usted un excelente trabajo —Sult le sonrió y, acto seguido, depositó garbosamente las copas en la mesa redonda y aflojó el tapón del decantador, que produjo un tintineo. *¿Qué decir? ¿Qué decir?*

—Eminencia... Dagoska... debo serle franco. Cuando partí, estaba a punto de caer. Dentro de poco la ciudad será tomada.

—Desde luego que sí —Sult quitó importancia al asunto agitando una de sus manos enfundadas en un guante blanco—.Jamás hubo la más mínima posibilidad de conservarla. ¡Lo mejor que podía pasar es que los gurkos tuvieran que pagar un alto precio por ella! Y usted lo ha conseguido, ¿eh, Glokta? ¡Vaya si lo ha conseguido!

—Entonces... está... ¿satisfecho? —apenas se atrevía a pronunciar esa palabra.

—¡Estoy encantado! ¡Ni aun escribiendo yo mismo la historia habría logrado darle un final mejor! La incompetencia del Lord Gobernador, la traición de su hijo, todo sirvió para demostrar lo poco que se podía confiar en las autoridades establecidas en un momento de crisis. ¡La traición de Eider puso al descubierto la duplicidad de los mercaderes, sus turbias conexiones, su moralidad corrupta! Como ya ocurriera con los Sederos, el Gremio de los Especieros ha sido disuelto: sus derechos comerciales están ahora en nuestras manos. ¡Los dos han sido consignados al basurero de la historia y el poder de los mercaderes se ha quebrado! Sólo la Inquisición de Su Majestad se mantuvo incólume ante el embate del más implacable enemigo de la Unión. ¡Tendría que haber visto la cara de Marovia cuando presenté las confesiones ante el Consejo Cerrado! —Sult llenó la copa de Glokta hasta el borde.

—Muy amable, Eminencia —murmuró antes de dar un sorbo. *Excelente vino, como siempre.*

—¡Luego se levantó, tomó la palabra en el Consejo Cerrado, en presencia del Rey, y declaró delante de todos que cuando los gurkos lanzaran su ataque no resistiría usted ni una semana! —el Archilector soltó una carcajada—. No sabe cuánto me habría gustado que hubiera estado allí. Tengo plena confianza en que será más que eso, dije yo. Plena confianza.

Un inestimable respaldo, ciertamente.

Sult golpeó la mesa con la palma de su guante blanco.

—¡Dos meses, Glokta! ¡Dos meses! ¡A medida que iban pasando los días, él cada vez tenía más pinta de idiota y yo más pinta de héroe... bueno, quiero decir, nosotros —se corrigió—, pinta de héroes, sí, y ni siquiera tenía que abrir la boca, me limitaba a sonreír! ¡Casi se los podía ver día a día apartando sus sillas de Marovia y acercándose a mí! La semana pasada concedieron poderes extraordinarios a la Inquisición. Nueve votos a tres. ¡Nueve a tres! ¡La semana que viene llegaremos aún más lejos! ¿Cómo demonios lo consiguió? —y, acto seguido, miró expectante a Glokta.

Me vendí al banco que financiaba a los Sederos y luego empleé los fondos que obtuve en sobornar al mercenario menos fiable del mundo. A continuación asesiné a un emisario indefenso que había acudido a parlamentar y torturé a una sirvienta hasta que su cuerpo quedó hecho papilla. Ah, y también dejé libre al principal traidor de todos. Una actuación heroica, sin duda. ¿Cómo lo conseguí?

—Madrugando —murmuró.

Los ojos de Sult parpadearon, y Glokta advirtió algo. *¿Un asomo de irritación quizás? ¿Un asomo de desconfianza?*

—Madrugando. Claro está —alzó su copa—. No hay otra virtud mayor, si exceptuamos la capacidad de mostrarse implacable. Me gusta su estilo, Glokta, siempre lo he dicho.

¿Ah sí? Pero Glokta inclinó humildemente la cabeza.

—Los despachos de la Practicante Vitari rebosaban admiración hacia su persona. Una de las cosas que más me agradó fue el trato que dio al emisario gurko. Aunque sólo fuera durante un momento, debió de servir para que a ese puerco arrogante del Emperador se le borrara la sonrisa de los labios. *Vaya, resulta que si que cumplió su parte del trato. Interesante.* Sí, las cosas no podían ir mejor. A excepción, claro está, del constante incordio de los campesinos y del asunto de Angland. Una pena lo de Ladisla.

—¿Lo de Ladisla? —inquirió desconcertado Glokta.

La cara de Sult se avinagró.

—¿No se ha enterado? Otra de las brillantes ideas de Marovia. Había pensado acrecentar la popularidad del Príncipe Heredero concediéndole un mando en el Norte. En una posición poco comprometida, donde no corriera peligro, para que luego pudiéramos colmarle de gloria. En realidad, no era un mal plan; el problema es

que la posición poco comprometida se volvió muy comprometida y Ladisla se mandó directamente a la tumba.

—¿También a su ejército?

—A unos cuantos millares de hombres, pero en su mayoría no eran más que esos desechos que los nobles suelen enviar a las levas. Nada de importancia. Ostenhorm sigue en nuestras manos y la idea no fue mía, de modo que, en conjunto, no ha sido para tanto. Entre usted y yo, tal vez sea mejor así. Ladisla era un ser insufrible. Yo mismo tuve que sacarlo de más de un escándalo. Era incapaz de mantener abrochados los pantalones, el muy subnormal. Raynault parece estar hecho de otra pasta. Es un joven sobrio y sensato. Hace lo que se le dice. Mucho mejor, se mire como se mire. Siempre y cuando no le dé por hacerse matar, porque entonces sí que estaríamos metidos en un buen lío —Sult dio otro sorbo a su copa y paladeó el líquido con deleite.

Glokta carraspeó. *Aprovechando que está de buen humor...*

—Hay una cosa que quisiera tratar con usted, Eminencia. Es algo relacionado con el agente gurko que descubrimos dentro de la ciudad. Era un... *¿Cómo explicar esto sin que parezca que he me he vuelto loco?*

Pero una vez más Sult se le había adelantado.

—Lo sé. Un Devorador. *¿Lo sabe? ¿Hasta eso?*—el Archilector se recostó en su silla y sacudió la cabeza—. Una arcana abominación. Una leyenda extraída de un libro de cuentos. Devoradores de carne humana. Al parecer, es una práctica común en el bárbaro Sur. Pero no se preocupe por eso. Ya he pedido consejo al respecto.

—¿Quién puede aconsejar sobre una cosa así?

Por toda respuesta, el Archilector le obsequió con la más relamida de sus sonrisas.

—Debe de estar muy cansado. Ese clima que tienen ahí abajo puede resultar agotador. Todo ese calor y ese polvo, incluso en pleno invierno. Tómese un descanso. Se lo ha ganado. Ya le mandaré llamar si surge algo —y, dicho aquello, Sult cogió su pluma y volvió a enfrascarse en sus papeles, dejando a Glokta sin otra opción que dirigirse renqueando hacia la puerta con una expresión de hondo desconcierto en el semblante.

—Casi tiene pinta de estar vivo —masculló Vitari cuando entró cojeando en la —antesala.

Cierto. O lo más parecido a eso en alguien como yo.

—Sult estaba... satisfecho —seguía sin creérselo del todo. La propia palabra le sonaba extraña.

—No es para menos. Después de que yo le pusiera por las nubes...

—Hummm —Glokta frunció el ceño—. Al parecer, le debo una disculpa.

—Guárdesela. No me interesa. Pero la próxima vez confíe en mí.

—Una exigencia muy justa —admitió mirándola de soslayo. *Pero debe de estar usted de broma.*

* * *

El cuarto estaba lleno a rebosar de espléndidos muebles. *Demasiado llena casi.* Sillas ricamente tapizadas, un mesa de época, un reluciente aparador, todo era magnífico en la salita. Un cuadro enorme que representaba a los Lores de la Unión rindiendo pleitesía a Harod el Grande ocupaba la totalidad de una de las paredes. Una gruesa alfombra kantic, que apenas si cabía en el suelo, se extendía sobre los tablones de madera. Un vigoroso fuego crepitaba en la chimenea entre dos jarrones antiguos; la habitación resultaba acogedora, agradable, cálida. *Hay que ver lo que pueden cambiar las cosas en un solo día cuando se cuenta con los incentivos adecuados.*

—Bien —dijo Glokta mientras echaba un vistazo alrededor—. Muy bien.

—Me alegro —afirmó Fallow, con la cabeza inclinada en señal de respeto y el sombrero apretujado entre las manos—. Me alegro, Superior. He hecho todo lo posible. La mayoría de los muebles que tenía... ya los había vendido, así que los he reemplazado con otros de más calidad, los mejores que he podido encontrar. El resto de la casa está como antes. Espero que... le parezca bien.

—Eso espero yo también. ¿Le parece bien?

Ardee miraba con desdén a Fallow.

—Valdrá.

—Estupendo —dijo nervioso el prestamista, dirigiendo una fugaz mirada a Frost y clavando luego la vista en sus propias botas— . ¡Estupendo! ¡Le ruego por favor que acepte mis más sinceras disculpas! No tenía ni idea, se lo aseguro, absolutamente ni idea de que usted tenía algo que ver con esto. De haberlo sabido, por supuesto que... Lo siento infinitamente.

—Me parece que no es a mí a quien debería pedir disculpas, ¿no cree?

—No, no, claro —se volvió lentamente hacia Ardee—. Señora, le ruego por favor que acepte mis más sinceras disculpas.

Ardee frunció los labios y le dirigió una mirada iracunda, pero no dijo nada.

—Y si probara a rogárselo... de rodillas —sugirió Glokta—. Puede que eso funcione.

Sin dudarlo un instante, Fallow se puso de rodillas. Luego entrelazó las manos.

—Señora, por favor...

—Agáchese más —dijo Glokta.

—Claro —masculló mientras se ponía a cuatro patas—. Le pido mis más sinceras disculpas, señora. Con toda humildad. Si encuentra compasión en su corazón, se lo ruego... —alargó con cautela una mano para tocar el dobladillo de su vestido y ella se echó bruscamente hacia atrás, balanceó un pie y le descargó una patada brutal en plena cara.

—¡Aaargh! —aulló el prestamista, rodando sobre un costado mientras la sangre salía a borbotones de su nariz y se esparcía por la alfombra nueva. Glokta se dio cuenta de que se le habían arqueado las cejas. *Eso no me lo esperaba.*

—¡Para que te enteres, hijo de puta! —la siguiente patada le acertó en la boca y la cabeza salió rebotada hacia atrás arrojando unas manchas de sangre que salpicaron la pared del lado contrario. El zapato de Ardee se hundió luego en sus entrañas, y el prestamista se dobló—. Usted... —gruñó—, usted... —y volvió a propinarle una patada, y otra, y otra, mientras Fallow, estremeciéndose, gruñendo, suspirando, se ovillaba en el suelo. Frost se separó un paso de la pared y Glokta alzó un dedo.

—No te preocupes —susurró—. Me parece que se basta ella sola.

Las patadas se ralentizaron. Glokta oía a Ardee resollar para tratar de recobrar el aliento. Su tacón se hundió en las costillas de Fallow, luego la punta del pie volvió a estrellarse contra la nariz del hombre. *Si algún día se aburre, le aguarda un prometedor futuro como Practicante.* Ardee hizo acopio de saliva, se inclinó hacia delante y escupió a la cara del prestamista. Luego le dio otra patada, un poco más floja, trastabilló hacia atrás, se apoyó en la reluciente madera del aparador y se dobló respirando entrecortadamente.

—¿Satisfecha? —preguntó Glokta.

Ardee alzó la vista y le miró entre sus cabellos enmarañados.

—No del todo.

—¿Se sentirá más satisfecha con unas cuantas patadas más?

Las cejas de la muchacha se arrugaron mientras bajaba la vista y miraba a Fallow, que resollaba tirado sobre la alfombra. Dio un paso adelante y le clavó una vez más la bota en el pecho, luego se apartó tambaleándose y se limpió los mocos que le asomaban por la nariz.

—Ahora sí.

—Estupendo. Y usted, ya puede largarse —bufó Glokta—. ¡Largo de aquí, gusano!

—Claro, claro —babeó Fallow a través de sus labios ensangrentados y, acto seguido, se arrastró hacia la puerta, vigilado en todo momento por la amenazadora presencia de Frost—. ¡Claro! ¡Gracias! ¡Muchísimas gracias! —la puerta se cerró de golpe.

Ardee se dejó caer en una de las sillas, apoyó los codos en las rodillas y se sostuvo la frente con las palmas de las manos. Glokta advirtió que se agitaban con un leve temblor. *Hacer daño a la gente puede resultar verdaderamente agotador, si lo sabré yo. Sobre todo cuando no se está acostumbrado.*

—Yo que usted no me sentiría demasiado mal —dijo—. No me cabe ninguna duda de que se lo merecía.

Ardee alzó la vista; sus ojos tenían una expresión acerada.

—No me siento mal. Se merecía algo mucho peor.

Vaya, eso tampoco me lo esperaba.

—¿Desea que se le haga algo peor?

Ardee tragó saliva y se recostó lentamente en la silla.

—No.

—Como quiera. *Pero siempre resulta agradable tener la opción.* Tal vez quiera cambiarse.

Ardee bajó la vista.

—Oh —las manchas de la sangre de Fallow le llegaban hasta la altura de las rodillas—. No tengo nada que ponerme.

—En el piso de arriba tiene un armario lleno de ropa nueva. Ha sido idea mía. También me encargaré de proporcionarle algunos sirvientes de confianza.

—No los necesito.

—Sí los necesita. No quiero que esté aquí sola.

Ardee se encogió de hombros con gesto abatido.

—No tengo con qué pagarles.

—No se preocupe. Eso es cosa mía. *Con los mejores deseos de los generosísimos Valint y Balk.* No tiene que preocuparse de nada. Le hice una promesa a su hermano y tengo intención de cumplirla. Siento mucho que las cosas hayan llegado a este extremo. Pero estaba muy ocupado... en el Sur. Por cierto, ¿ha tenido noticias suyas?

Ardee levantó bruscamente la vista y le miró con la boca entreabierta.

—¿Es que no lo sabe?

—¿El qué?

La muchacha tragó saliva y clavó la mirada en el suelo.

—Collem estaba con el Príncipe Ladisla en esa batalla de la que todo el mundo habla. Se hicieron algunos prisioneros y se ha pagado su rescate, pero... él no estaba entre ellos. Se le da... —se interrumpió un instante y miró la sangre que manchaba su vestido—. Se le da por muerto.

—¿Muerto? —los ojos de Glokta palpitaron con fuerza. Las rodillas le flojearon. Dio un paso vacilante hacia atrás y se dejó caer en una silla. Ahora eran sus manos las que temblaban; se agarró la una con la otra. *Muertes. Ocurren todos los días. Yo mismo hace no mucho he causado miles de ellas sin preocuparme en lo más mínimo. He visto cómo se amontonaban los cadáveres y me he encogido de hombros. ¿Por qué me resulta tan difícil asumir ésta? Y, sin embargo, lo era.*

—¿Muerto? —susurró.

Ardee asintió moviendo lentamente la cabeza y luego hundió el rostro entre sus manos.

Triste consuelo

West se asomó entre los matorrales y, a través de la nieve que caía, miró ladera abajo hacia el lugar donde se encontraba la patrulla de la Unión. Encorvados alrededor de un cazo humeante, dispuesto sobre una triste lengua de fuego, los centinelas se sentaban formando un círculo irregular al otro lado del arroyo. Vestían gruesos abrigos, echaban vaho por la boca y sus armas estaban caídas en la nieve, casi abandonadas. West sabía muy bien cómo se sentían. Bethod podía presentarse esta semana o a la otra, pero al frío tenían que combatirlo todos los días minuto a minuto.

—Muy bien —susurró Tresárboles—. Será mejor que vaya usted solo. Puede que no les haga mucha gracia ver cómo se les vienen encima desde los bosques unos tipos con las pintas que llevamos yo y mis muchachos.

El Sabueso sonrió de oreja a oreja.

—A lo mejor se les ocurre disparar contra alguno de nosotros.

—Y eso sería una lástima —siseó Dow—, después de haber llegado hasta aquí.

—Denos un grito cuando estén listos para recibir a un grupo de norteños que vagan por los bosques, ¿eh?

—Eso haré —dijo West. Luego se sacó del cinto su espadón y se lo tendió a Tresárboles—. Será mejor que me lo guarde.

—Buena suerte —dijo el Sabueso.

—Buena suerte —dijo Dow retrayendo los labios hasta formar una sonrisa feroz—. Furioso.

West salió de entre los árboles y comenzó a descender por la suave pendiente en dirección al arroyo. Caminaba despacio, aplastando la nieve crujiente con sus botas y manteniendo las manos alzadas sobre la cabeza para que se viera que no iba armado. Aun así, tampoco le habría extrañado nada que los centinelas le dispararan nada más verle. Si había alguien con aspecto de ser un salvaje peligroso, ése era él, bien lo sabía. Los últimos jirones de su uniforme estaban ocultos bajo un revoltijo de pieles y

retales, atados alrededor de su cuerpo con bramante, y, sobre ellos, llevaba una zamarra mugrienta que había robado a un norteño muerto. Una barba rala de varias semanas cubría su cara costrosa, y sus ojos, hundidos por el hambre y el agotamiento, estaban irritados y acuosos. Su aspecto era el de un hombre desesperado y, lo que es más, sabía que lo era. Era un asesino. El hombre que había matado al Príncipe Ladisla. El peor de los traidores.

Uno de los centinelas alzó la cabeza, le vio y se levantó torpemente de un salto, agarrando su lanza de la nieve y dando un golpe al cazo, cuyo contenido chisporroteó al caer sobre el fuego.

—¡Alto! —gritó con mal acento norteño. Al instante, los demás se apresuraron a ponerse de pie, agarrando sus armas, y uno de ellos tentó con sus manos envueltas en mitones la cuerda de su ballesta.

West se detuvo, y los copos de nieve se posaron suavemente en sus cabellos enmarañados y en sus hombros.

—Tranquilos —les gritó en la lengua común—. Soy uno de los vuestros.

Todos le miraron fijamente.

—¡Ya veremos! —gritó uno—. ¡Cruza el agua, pero muy despacio!

Descendió pesadamente por la ladera, se metió en el arroyo y lo vadeó, apretando los dientes cuando el agua helada le llegó a la altura del muslo. Ascendió con paso vacilante la ribera contraria y los cuatro centinelas avanzaron con nerviosismo hacia él y le rodearon apuntándole con sus armas.

—¡Vigiladle!

—¡Puede que sea una trampa!

—No es una trampa —dijo lentamente West, mirando las puntas que oscilaban en el aire y procurando mantener la calma. Era vital mantener la calma—. Soy uno de los vuestros.

—¿De dónde has salido?

—Estaba con la división del Príncipe Ladisla.

—¿Con Ladisla? ¿Y has llegado hasta aquí andando?

West asintió con la cabeza.

—Andando, sí —la postura de los cuerpos de los centinelas comenzó a relajarse, las puntas de las lanzas vacilaron y empezaron a alzarse. Parecían estar a punto de creerle. Después de todo, hablaba la lengua común como un nativo y no había más

que verle para darse cuenta de que debía de haber recorrido cientos de leguas a campo traviesa.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió el de la ballesta.

—Soy el coronel West —dijo con voz quebrada. Aunque era verdad, se sentía un mentiroso. Ya no era el mismo hombre que partió hacia Angland.

Las miradas de los centinelas se cruzaron por un instante con un gesto de inquietud.

—Pensé que estaba muerto —mascculló el de la lanza.

—No del todo, muchacho —repuso West—. No del todo.

* * *

Cuando West apartó las solapas de la tienda y pasó adentro, el Lord Mariscal Burr estaba enfrascado en el estudio de unos mapas arrugados que cubrían su mesa. A la luz del farol se apreciaba que las tensiones del mando le habían pasado factura. Se le veía más viejo, más pálido, más débil. Tenía la barba y el pelo crecidos y alborotados. Había perdido peso y su arrugado uniforme le quedaba demasiado holgado; sin embargo, al verle, se levantó de un salto con su vigor de siempre.

—¡Que me aspen si no es el coronel West! ¡Por todos los demonios, jamás pensé que volvería a verle! —agarró la mano de West y se la estrechó con fuerza—. ¡Me alegro de que haya salido con vida! ¡Vaya si me alegro! No me duelen prendas decirle que he echado muy en falta una cabeza fría como la suya —luego miró inquisitivamente los ojos de West—. Pero se le ve muy cansado, querido amigo.

Para qué negarlo. West nunca había sido uno de los tipos más apuestos del Agriont, eso ya lo sabía, pero siempre se había enorgullecido de poseer un aspecto honesto, amable, grato. Le había costado reconocer su propia cara cuando se miró al espejo tras darse su primer baño en varias semanas, enfundarse un uniforme prestado y afeitarse. Sus rasgos habían cambiado; estaban más afilados y habían perdido color. Tenía los pómulos curtidos y muy marcados, sus ralos cabellos y sus cejas estaban jaspeados de un gris metálico, el perfil de su mandíbula se había estrechado confiriéndole una cierta apariencia lobuna. Broncas arrugas surcaban sus pálidas mejillas, se montaban sobre el caballete de su afilada nariz y se le dibujaban en las comisuras de los ojos. Los ojos eran lo peor de todo. Estrechos. Voraces. De un gris gélido, como si el frío helador se le hubiera incrustado en el cráneo y aún rondara por ahí dentro a pesar del calor. Había intentado pensar en los viejos tiempos, sonreír, soltar una carcajada, emplear expresiones que antes solía usar, pero

todo quedaba ridículo en aquel rostro pétreo. El hombre endurecido que le devolvía la mirada desde el cristal se negaba a desaparecer.

—El viaje ha sido muy duro, señor.

Burr asintió con la cabeza.

—Ha tenido que serlo, desde luego. Un viaje terrible y encima en la peor época del año. Parece que no fue mala idea mandar con usted a esos norteños, ¿eh?

—Una idea excelente, señor. Son un grupo de valientes y unos hombres llenos de recursos. Más de una vez me han salvado la vida —West miró de reojo a Pike, que aguardaba detrás de él, entre las sombras, a una respetuosa distancia—. Nos la han salvado a todos.

Burr echó un vistazo a la cara derretida del presidiario.

—¿Y ése quién es?

—Pike, señor, un sargento de las levas de Stariksa que quedó separado de su compañía durante la batalla —las mentiras brotaban de sus labios con pasmosa naturalidad—. Él y una chica, la hija de un cocinero que iba con los carros de la intendencia, al parecer. Los dos se nos unieron en nuestra marcha hacia el norte. Este hombre nos ha sido de gran ayuda, señor, es de los que saben mantener el tipo en las situaciones difíciles. No lo habríamos conseguido sin su ayuda.

—¡Estupendo! —dijo Burr acercándose al presidiario y estrechándole la mano—. Bien hecho. Su regimiento ya no existe, Pike. Ha habido muy pocos supervivientes, siento tener que decírselo. Verdaderamente pocos, pero en mi cuartel general siempre habrá un hueco para un hombre en el que se puede confiar. Más aún si es alguien que sabe mantener el tipo en las situaciones difíciles —exhaló un prolongado suspiro—. No dispongo de muchos últimamente. Espejo que acepte quedarse con nosotros.

El presidiario tragó saliva.

—Por supuesto, Lord Mariscal, será un honor.

—¿Qué ha sido del Príncipe Ladisla? —dijo Burr en un susurro.

West respiró hondo y bajó la vista.

—El Príncipe Ladisla... —se interrumpió e hizo un gesto negativo con la cabeza—. La caballería enemiga nos cogió por sorpresa y arrasó el campamento. Todo ocurrió tan rápido que... luego le busqué, pero...

—Entiendo. Bueno, así son las cosas. Jamás debería haber asumido ese mando, pero, ¿qué podía hacer yo? ¡No soy más que el tipo al que han dejado a cargo de este

maldito ejército! —con gesto paternal, posó una mano en el hombro de West—. No se culpe. Sé que hizo todo lo que pudo.

West no se atrevió a levantar la vista. Se preguntaba qué diría Burr si supiera lo que había pasado realmente en las gélidas tierras salvajes.

—¿Ha habido más supervivientes?

—Unos pocos. Sólo unos pocos, y todos ellos en un estado lamentable —Burr eructó, hizo una mueca de dolor y se frotó la tripa—. Les ruego que me disculpen. No hay forma de librarse de esta maldita indigestión. Claro, con la comida que tenemos aquí... puaj —de nuevo soltó un eructo.

—Perdóneme, señor, ¿cuál es nuestra situación actual?

—Directamente al grano, ¿eh, West? Siempre ha sido lo que más me ha gustado de usted. Al grano directamente. En fin, le seré sincero. Cuando recibí su despacho, pensamos dirigirnos de nuevo al sur para proteger Ostenhorm, pero el tiempo que hemos tenido ha sido tan espantoso que apenas hemos podido avanzar. ¡Los Hombres del Norte parecen estar por todas partes! Es posible que el grueso del ejército de Bethod se encuentre cerca del río Cumnur, pero ha dejado por aquí el suficiente número de fuerzas para ponernos las cosas bastante difíciles. Hemos sufrido constantes incursiones contra nuestras líneas de suministros, más de una escaramuza, tan absurda como sangrienta, y un caótico ataque nocturno que estuvo a punto de sembrar el pánico en la división de Kroy.

Poulder y Kroy. A medida que los desagradables recuerdos regresaban a puñados a la memoria de West, las simples incomodidades físicas del viaje hacia el norte comenzaban a adquirir cierto atractivo.

—¿Cómo están los generales?

Los ojos de Burr se alzaron enfurecidos por debajo de sus pobladas cejas.

—¿Me creerá si le digo que peor que nunca? Basta con meterlos a los dos en la misma habitación para que se empiecen a pelear. Tengo que transmitirles las órdenes por separado y en días alternos para impedir que se líen a puñetazos en el cuartel general. ¡Difícilmente cabría imaginar una situación más ridícula! —anudó las manos a la espalda y se puso a dar vueltas por la tienda con gesto tétrico—. Pero los problemas que nos causan no son nada comparados con los que nos acarrea este maldito frío. Tenemos montones de hombres postrados por la congelación, las fiebres y el escorbuto. Las tiendas de la enfermería no dan abasto. Por cada hombre que hemos perdido a manos del enemigo, el invierno se ha cobrado veinte, y los pocos que aún siguen en pie no están en las mejores condiciones para entrar en combate. Y en cuanto a los exploradores... ¡ja! ¡Mejor ni hablar! —descargó con furia una

palmada contra los mapas que había en la mesa—. Las cartas del territorio de las que dispongo son meros productos de la imaginación. No sirven para nada, y prácticamente no tenemos ni un solo explorador con un mínimo de experiencia. ¡Todos los días hay niebla, y nieve, ni siquiera podemos ver el campamento de un lado a otro! Sinceramente, West, no tenemos ni la más remota idea de dónde se encuentra en este momento el grueso de las tropas de Bethod.

—Está al sur, señor, a unos dos días de marcha de nuestras posiciones.

Las cejas de Burr se arquearon hacia arriba.

—¿De veras?

—Con total seguridad, señor. Mientras nos desplazábamos hacia el norte, Tresárboles y sus norteños los estuvieron vigilando de cerca e incluso prepararon alguna que otra sorpresa desagradable a algunas de sus avanzadillas.

—Como la que nos prepararon a nosotros, ¿eh, West? Una soga tendida a lo ancho del camino. Ese tipo de cosas, ¿no? —el mariscal rió para sí—. A dos días de marcha de nuestras posiciones ha dicho, ¿verdad? Una información extremadamente útil. ¡Útil de cojones! —Burr hizo un gesto de dolor y se llevó una mano a la tripa mientras regresaba a su mesa. Luego cogió una regla y se puso a medir distancias en los mapas—. A dos días de marcha. Eso significa que debe de estar más o menos por aquí. ¿Está seguro?

—Completamente, Lord Mariscal.

—Si se dirige a Dunbrec, pasará cerca de las posiciones del general Poulder. Tal vez logremos obligarle a entablar batalla antes de que nos rodee y, si es así, incluso es posible que podamos darle una sorpresa que no olvidará jamás. ¡Bien hecho, West, bien hecho! —tiró la regla a la mesa—. Ahora conviene que se vaya a descansar.

—Preferiría ponerme a trabajar de inmediato, señor.

—Lo sé, y podría serme de utilidad, pero no se acabará el mundo porque se tome un par de días de descanso. Ha pasado por una dura prueba.

West tragó saliva. De pronto se sentía inmensamente cansado.

—Por supuesto, señor. Creo que debería escribir una carta... a mi hermana —le resultó extraño decirlo. Hacía semanas que no pensaba en ella—. Creo que debería hacerle saber que estoy... vivo.

—Buena idea. Le mandaré llamar cuando le necesite, coronel —y, dicho aquello, Burr se dio la vuelta y se enfrascó en sus mapas.

—No olvidaré lo que ha hecho —susurró Pike al oído de West mientras éste cruzaba con paso vacilante la puerta de la tienda para salir de nuevo al frío.

—No tiene importancia. No les echarán en falta a ninguno de los dos en el campo de prisioneros. Ahora es usted otra vez el sargento Pike. Los errores que haya podido cometer en el pasado han quedado atrás.

—No lo olvidaré. Ahora soy su hombre, coronel, pase lo que pase. ¡Su hombre! —West asintió con la cabeza mientras emprendía la marcha por la nieve con gesto ceñudo. La guerra mataba a muchos hombres. Pero a unos pocos les daba una segunda oportunidad.

***

West se detuvo un instante en el umbral. Dentro se oían voces, risas. Voces familiares, voces de otra época. Deberían haberle hecho sentirse a salvo, arropado, bienvenido, pero no fue así. Le inquietaban. Incluso le asustaban. Seguro que lo sabían. Seguro que nada más verle le señalarían y se pondrían a chillar. Se volvió hacia el frío. La nieve iba cuajando en el campamento. Las tiendas más próximas se veían negras sobre el suelo blanco, las de detrás, grises. Un poco más lejos ya no eran más que etéreos fantasmas y luego sólo vagas sombras atisbadas entre el aluvión de finos copos. Nada se movía. Respiró hondo y empujó las solapas de la tienda.

Los tres oficiales estaban sentados alrededor de una endeble mesa plegable que estaba pegada a una refulgente estufa. La barba de Jalenhorn había crecido hasta adquirir las proporciones de una pala. Kaspa llevaba una bufanda roja enroscada al cuello. Brint, enfundado en un chaquetón oscuro, repartía cartas a los otros dos.

—Maldita sea, cierra esa solapa, ahí fuera está helando —Jalenhorn se quedó con la boca abierta—. ¡No puede ser! ¡Coronel West!

Brint se levantó de un salto como si le hubieran dado un mordisco en el trasero.

—¡Imposible!

—¡Os lo dije! —gritó Kaspa arrojando sus cartas sobre la mesa y sonriendo como un demente—. ¡Os dije que volvería!

Le rodearon, le palmearon la espalda y le estrecharon las manos mientras tiraban de él hacia el interior de la tienda. Nada de grilletes, nada de espadas desenvainadas, nada de acusaciones de traición. Jalenhorn le condujo hasta la mejor de las sillas o, mejor dicho, hasta la única que no parecía estar a punto de desvencijarse, mientras Kaspa echaba vaho en el interior de una copa para limpiarla y Brint descorchaba una botella con un leve plop.

—¿Cuándo has llegado?

—¿Cómo has llegado?

—¿Estuviste con Ladisla?

—¿Tomaste parte en la batalla?

—¡Parad —terció Jalenhorn—, dadle un respiro!

West le hizo una seña con la mano indicándole que no había problema.

—Llegué esta mañana, y habría venido a veros de inmediato de no haber tenido dos reuniones ineludibles, primero con un baño y una navaja de afeitar y luego con el Mariscal Burr. Estuve con Ladisla, tomé parte en la batalla y he llegado hasta aquí caminando campo a través con la ayuda de cinco norteños, una muchacha y un hombre sin rostro —luego agarró la copa y la vació de un trago. Contrajo el semblante con una mueca de dolor y sorbió entre dientes mientras el ardiente licor se abría paso hacia su estómago. Empezaba a alegrarse de haberse decidido a entrar—. Anda, no te cortes —dijo ofreciendo la copa vacía.

—Caminando a campo traviesa —susurró Brint sacudiendo la cabeza mientras llenaba la copa—, con cinco norteños. Y una chica también, ¿no?

—Así es —West frunció el ceño preguntándose qué estaría haciendo Cathil en ese momento. Preguntándose si necesitaría ayuda... qué estupidez, sabía cuidarse sola—. Así que conseguiste que mi despacho llegara a su destino, ¿eh, teniente? —preguntó a Jalenhorm.

—Pasé unas cuantas noches de frío y de nervios a la intemperie —sonrió el grandullón—, pero lo conseguí.

—Sólo que ahora hay que llamarle capitán Jalenhorm —terció Kaspa mientras volvía a sentarse en su banqueta.

—¿No me digas?

Jalenhorm se encogió de hombros con modestia.

—En realidad te lo debo a ti. El Lord Mariscal me incorporó a su Estado Mayor cuando regresé.

—Aun así, el capitán Jalenhorm todavía encuentra tiempo para pasar un rato con unos tipos tan insignificantes como nosotros —Brint se humedeció las yemas de los dedos y se puso a repartir cuatro manos.

—Me temo que no tengo nada con lo que apostar —dijo West.

Kaspa sonrió ampliamente.

—No te preocupes, coronel, ya no jugamos con dinero. Ahora que no tenemos a Luthar para que nos deje a todos en la pobreza, no vale la pena.

—¿No apareció?

—Vinieron y se lo llevaron del barco. Hoff lo mandó llamar. Desde entonces no hemos vuelto a tener noticias suyas.

—Es lo que hace tener conexiones en las altas esferas —dijo con amargura Brint—. Andará pavoneándose por Adua ocupado en alguna tarea insustancial y haciendo libre uso de las mujeres mientras a nosotros se nos hiela el trasero.

—Reconozcámoslo —soltó Jalenhorm—, ya hacía libre uso de las mujeres cuando nosotros estábamos ahí.

West torció el gesto. Todo aquello era tristemente cierto.

Kaspa rebañó sus cartas de la mesa.

—Vamos, que ahora ya sólo nos jugamos el honor.

—Aunque de eso no haya por aquí demasiado —bromeó Brint. Los otros dos rompieron a reír y a Kaspa se le derramó la bebida en la barba. West arqueó las cejas. Saltaba a la vista que ya estaban achispados, y, cuanto antes se uniera a ellos, tanto mejor. Vació la copa de un trago y echó mano de la botella.

—En fin, te diré una cosa —soltó Jalenhorm mientras ordenaba torpemente las cartas—. No sabes cómo me alegra no haber tenido que transmitir a tu hermana el mensaje que me diste. Hace semanas que casi no duermo pensando en cómo decírselo y aún no se me había venido nada a la cabeza.

—Pero si tú nunca tienes nada en la cabeza —terció Brint, y los otros dos volvieron a estallar en carcajadas. Esta vez el propio West consiguió que sus labios esbozaran una sonrisa, aunque tampoco le duró mucho.

—¿Cómo estuvo la batalla? —le preguntó Jalenhorm.

West se quedó unos instantes mirando fijamente su copa.

—Muy mal. Los Hombres del Norte nos tendieron una emboscada, Ladisla cayó en la trampa y perdimos nuestra caballería. Luego se levantó de golpe una niebla tan densa que ni siquiera veías tu propia mano delante de tu cara. Antes de que supiéramos lo que estaba pasando, ya teníamos a su caballería encima. Yo debí de recibir un golpe en la cabeza. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tumbado de espaldas en el barro y tenía a un norteño abalanzándose hacia mí... con esto —se sacó el espadón del cinto y lo puso sobre la mesa.

Los tres oficiales lo miraron como hipnotizados.

—Me cago en la puta —masculló Kaspa.

A Brint se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Cómo conseguiste acabar con él?

—No fui yo. Esa chica de la que os he hablado...

—¿Sí?

—Le machacó los sesos con una maza. Me salvó la vida.

—Me cago en la puta —exclamó Kaspa.

—Guau —Brint se recostó pesadamente en su silla—. ¡Debe de ser toda una mujer!

West contemplaba con el ceño fruncido la copa que tenía en la mano.

—Desde luego —recordaba la sensación de tener a Cathil durmiendo a su lado, su aliento junto a su mejilla. Toda una mujer—. Desde luego que sí —vació la copa, se levantó y volvió a meter el espadón en el cinto.

—¿Te vas? —inquirió Brint.

—Tengo que ocuparme de un asunto.

Jalenhorm se puso de pie.

—Quisiera darte las gracias, coronel. Por haberme elegido para llevar el despacho. Creo que tenías razón. Nada de lo que hubiera hecho habría servido de nada.

—No —West tomó aire y lo expulsó de golpe—. Nadie pudo hacer nada.

***

Hacía una noche despejada, seca y fría, y las botas de West resbalaban y chapoteaban sobre el barro semihelado. Acá y allá ardían hogueras y, en torno a ellas, se apiñaban en la oscuridad grupos de hombres envueltos en todas las ropas de que disponían, echando vaho por la boca y con sus rostros demacrados iluminados por el parpadeo amarillento de las llamas. Por encima del campamento, en lo alto de una ladera, había una hoguera que ardía con más fuerza que las demás, y hacia allí se dirigió West, haciendo eses a causa de la bebida. Sentados a su alrededor vio dos figuras que iban cobrando forma a medida que se acercaba.

Dow el Negro fumaba en pipa y de su fiera sonrisa brotaban volutas de humo de chagga. Encajada en sus piernas cruzadas, había una botella abierta y, a su alrededor, desparramadas por la nieve, varias otras, ya vacías. Un poco más lejos, a la derecha, se oía a alguien cantando en norteño en medio de la oscuridad. Una voz poderosa y profunda que cantaba fatal.

—Le rebanó hasta tocar hueeeeso. No, no es así. Hasta tocar hueeeeso. Hasta tocar... un momento, cómo era.

—¿Todo bien? —preguntó West alargando las manos hacia las llamas crepitantes.

Tresárboles alzó la vista con una sonrisa de oreja a oreja y osciló un poco de atrás adelante. West se preguntó si no sería la primera vez que había visto sonreír al viejo guerrero. El norteño señaló colina abajo con el pulgar.

—Tul se está echando una meada. Y cantando. Y yo estoy como una cuba —cayó lentamente hacia atrás y se aplastó contra la nieve con las piernas y los brazos estirados—. Y también he estado fumando. Estoy borracho, estoy tan mamado como el cabrón de Crinna. ¿Dónde estamos, Dow?

Dow entrecerró los ojos y miró al otro lado de la hoguera con la boca abierta como si estuviera contemplando algo muy lejano.

—Estamos en el culo del mundo —dijo agitando la pipa en el aire. Luego rió con socarronería, agarró a Tresárboles de una bota y se puso a sacudirlo—. ¿Dónde íbamos a estar si no? ¿Quieres probar, Furioso? —y le tendió bruscamente la pipa a West.

—Bueno —dio una calada a la boquilla y sintió que el humo le mordía los pulmones. Tosió, arrojó una nube marrón al aire gélido y dio otra calada.

—Dame eso —soltó Tresárboles volviendo a sentarse y arrebatándole la pipa.

El vozarrón de Tul, cantando con total desafino, flotaba en la oscuridad.

—Balanceó su hacha como... ¿como qué? Balanceó su hacha como... mierda. No. Un momento.

—¿Saben dónde está Cathil? —preguntó West.

Dow le lanzó una mirada lasciva.

—Oh, no debe de andar lejos —y señaló con la mano un grupo de tiendas que había un poco más arriba—. Por ahí arriba, creo.

—Por ahí —repitió Tresárboles riéndose entre dientes—. Por ahí.

—¡Era el... Sanguinaaaario! —llegó el gorgoteo de Tul desde los árboles.

West tiró por la pendiente siguiendo las huellas marcadas en la nieve que conducían hacia las tiendas de arriba. El chagga comenzaba a hacerle efecto. Tenía la cabeza ligera y sus pies se movían con soltura. Ya no sentía frío en la nariz, sólo un grato cosquilleo. Oyó la voz de una mujer que se reía suavemente. Sonrió y avanzó unos pasos más sobre la nieve crujiente en dirección a las tiendas. A través de una

estrecha abertura en la lona brotaba de una de ellas un cálido chorro de luz. La risa sonaba ahora más alta.

—Ju...Ju...Ju...

West frunció el ceño. Aquello no era una risa. Procurando no hacer ruido, se acercó un poco más. Otro sonido se coló en su mente embotada. Un gruñido intermitente, como el de un animal. Se aproximó otro poco y, conteniendo la respiración, se agachó para asomarse por el hueco.

—Ju...Ju...Ju...

Vio la espalda desnuda de una mujer dando botes de arriba abajo. Una espalda delgada en la que se distinguían los tendones, contrayéndose al ritmo de sus movimientos, y los nudos de su columna, que oscilaban bajo la piel. Avanzó un poco más y alcanzó a ver su cabello, unas greñas castañas. Cathil. Debajo de ella, apuntando hacia West, sobresalían dos piernas nervudas, uno de cuyos pies, de gruesos dedos retorcidos, le quedaba tan cerca que casi podía tocarlo.

—Ju...Ju...Ju...

Una mano se deslizó por debajo de la axila de la mujer y otra la rodeó una rodilla. Se oyó un leve gruñido, y los amantes, por llamarlos de alguna manera, rodaron sobre sí e intercambiaron posiciones. A West se le abrió la boca. Vio un lado de la cabeza del hombre y la miró fijamente. El contorno peludo de su barbilla afilada era inconfundible. El Sabueso. Su trasero subía y bajaba empinándose hacia donde estaba West. La mano de Cathil aferró una de las velludas nalgas y se puso a estrujarla siguiendo el ritmo de sus movimientos.

—Ju...Ju... Ju...

West, con los ojos como platos, se tapó la boca con una mano, embargado de una extraña mezcla de repulsión y excitación. Estaba atrapado entre el deseo de mirar y el deseo de salir corriendo, y, por fin, casi sin pensarlo, optó por lo segundo. Dio un paso atrás, tropezó con una de las estacas de la tienda y cayó al suelo soltando un grito ahogado.

—¿Qué pasa...? —dijeron desde dentro. Se puso de pie a toda prisa, se dio la vuelta y corrió a trompicones por la nieve en medio de la oscuridad mientras a sus espaldas oía cómo descorrían las solapas de la tienda—. ¡Maldita sea! ¿Quién de vosotros es? —llegó desde arriba la voz del Sabueso rugiendo en norteño—. ¿Eres tú, Dow? ¡Desgraciado, te voy a matar!

Las altas cumbres

—Las Montañas Quebradas —exhaló el Hermano Pielargo con la voz sobrecogida por la emoción—. Una vista verdaderamente magnífica.

—Creo que me gustaría más si no tuviera que subirlas —rezongó Logen.

Jezal no podía estar más de acuerdo. El carácter del terreno por el que habían estado cabalgando había ido cambiando día a día. De los pastizales de suave pendiente habían pasado primero a un paisaje de ondulantes lomas y luego a otro de agrestes colinas, sembradas de peñascos y hoscos bosquetes de árboles raquíticos. Y, en todo momento, descollando en la distancia, la difusa silueta gris de los picos de las grandes montañas que a cada mañana habían ido creciendo y volviéndose más nítidos hasta que finalmente parecían perforar las nubes que se cernían en las alturas.

Ahora se hallaban sentados a su sombra. El extenso valle que acababan de cruzar, con sus árboles mecidos por el viento y su sinuoso arroyo, culminaba en un laberinto de muros derruidos. Un poco más allá arrancaba una empinada cuesta que ascendía por las abruptas estribaciones de la cordillera, tras las cuales se alzaban ya los primeros paredones de la montaña propiamente dicha, un orgulloso e imponente perfil de rocas recortadas, cuyas lejanas cumbres aparecían salpicadas de manchas de nieve. La vertiginosa imagen infantil de lo que ha de ser una montaña.

Los ojos verdes de Bayaz inspeccionaron con expresión adusta los ruinosos cimientos.

—En tiempos se alzó aquí una poderosa fortaleza que marcaba el límite occidental del Imperio antes de que los colonos cruzaran el paso y se establecieran en los valles de la otra vertiente —ahora los únicos habitantes del lugar eran unos matojos de punzantes hierbajos y lacerantes zarzas. El Mago se bajó a trancas y barrancas del carro, estiró la espalda, desentumeció las piernas y luego se puso en cuclillas haciendo una mueca de dolor. Seguía teniendo un aspecto enfermizo y avejentado, pero su cara había ganado en carnosidad y en color desde que dejaron Aulcus a sus espaldas—. Aquí se acaba mi descanso —suspiró—. Este carro nos ha sido muy útil, igual que las bestias, pero el paso es demasiado empinado para los caballos.

Entonces Jezal se fijó en el sendero que ascendía serpenteando por la montaña, una tenue línea que avanzaba entre matojos de hierba silvestre y empinada roca y desaparecía detrás de una elevada cresta.

—Parece un camino bastante largo.

Bayaz resopló.

—No es más que la primera de las muchas ascensiones que haremos hoy, y luego habrá que hacer muchas otras más. Por lo menos nos tiraremos una semana en las montañas, muchacho, eso contando con que todo vaya bien —Jezal ni se atrevía a preguntar qué pasaría si las cosas iban mal—. Hay que cargar con poco equipaje. El camino es largo y muy empinado. Llevaremos agua y toda la comida que nos quede. También ropa de abrigo; puede hacer mucho frío entre los picos.

—No creo que el inicio de la primavera sea la época más adecuada para cruzar una cadena de montañas —señaló Pielargo en voz baja.

Los ojos de Bayaz giraron en sus órbitas y miraron al Navegante.

—¡Hay quienes piensan que el mejor momento para superar un obstáculo es cuando uno se lo encuentra de frente! ¿O acaso sugiere que esperemos al verano? —sabiamente, en opinión de Jezal, el Navegante se abstuvo de responder—. En su mayor parte, el paso está bien resguardado, así que las inclemencias del tiempo no serán nuestro principal problema. Ahora bien, es posible que a veces haya que emplear cuerdas. La senda, a pesar de ser angosta, solía conservarse en buen estado, al menos en los Viejos Tiempos, pero, claro, de eso hace ya mucho. Puede que esté borrada en algunos tramos o que se haya hundido en algún barranco, ¿quién sabe? Quizás nos aguarde alguna que otra escalada dura.

—Me muero de ganas de empezar —masculló Jezal.

—Y no nos olvidemos de esto —el Mago abrió de un tirón un saco de forraje que estaba medio vacío y apartó el heno con sus manos huesudas. Al fondo se encontraba la caja que habían sacado de la Casa del Creador, un bloque de oscuridad en medio de la paja seca.

—¿Y quién va a tener el honor de cargar con esa maldita mujer? —Logen alzó la vista por debajo de sus cejas—. ¿Qué tal si lo echamos a suertes? ¿Eh? —nadie abrió la boca. El norteño soltó un gruñido y, acto seguido, entrelazó las manos, las metió por debajo de la caja, la aupó sobre el borde del carro y, arrancando un chirrido a la madera, la sacó fuera—. Vale, ya veo que me ha tocado a mí —dijo, y, con todas las venas del cuello resaltadas por la tensión, depositó el pesado armatoste en una manta.

A Jezal no le hizo ninguna gracia volver a verlo. Le traía a la memoria los sofocantes pasadizos de la Casa del Creador. Las tenebrosas historias que contaba Bayaz sobre la magia, los demonios y el Otro Lado. Le recordaba que aquel viaje respondía a un propósito que no comprendía en absoluto, pero que no le daba buena espina. Cuando Logen la tuvo ya envuelta en la manta, respiró aliviado. Al menos sus ojos ya no la veían, aunque su corazón seguía sintiendo su presencia.

Todos tenían mucho que cargar. Jezal, por supuesto, tenía sus aceros, que iban envainados al cinto. Luego estaban las ropas que llevaba puestas: las prendas menos sucias, rotas y malolientes que tenía, y, encima de todo ello, su desgarrada y harapienta zamarra de una sola manga. En su petate llevaba una camisa de repuesto, una soga enrollada encima de ella y, coronándolo todo, sus provisiones. Casi habría deseado que esa parte de su equipaje fuera más pesada: ya sólo les quedaba una caja de galletas, medio saco de harina de avena y un paquete de pescado en salmuera, un alimento por el que todo el mundo menos Quai sentía auténtica repugnancia. Enrolló un par de mantas y las amarró a la parte de arriba del petate, luego se colgó una cantimplora llena en la cintura, y ya estuvo listo para partir. Al menos, todo lo listo que se podía estar dadas las circunstancias.

Quai desenganchó los caballos del carro mientras Jezal despojaba a los otros dos de sus sillas y sus arneses. No parecía demasiado justo dejarlos abandonados en medio de aquella desolación después de que los hubieran llevado todo el trayecto desde Calcis. Al rememorarlo, le pareció como si todo hubiera ocurrido hacía muchos años. Ya no tenía nada que ver con el hombre que había partido de aquella ciudad para cruzar la llanura. Casi se le dibujaba en el semblante una mueca de dolor al recordar su arrogancia, su ignorancia, su egoísmo.

—¡Ia! —gritó. El caballo, en lugar de moverse, le miró con tristeza y luego agachó la cabeza y se puso a mordisquear la hierba que crecía junto a sus pezuñas. Jezal le acarició el lomo con ternura—. En fin, supongo que ya encontrarán el camino de vuelta más adelante.

—O no —gruñó Ferro mientras desenvainaba su espada.

—¿Qué demonios va a...?

La hoja curva se hundió hasta la mitad del cuello del caballo, salpicando de sangre caliente la acongojada cara de Jezal. Las manos de la bestia se doblaron y el animal se desplomó de costado inundando de sangre la hierba.

Ante la mirada atónita de Jezal, Ferro agarró una de las pezuñas, la levantó con una mano y, con golpes secos y precisos, se puso a cortar una pata. Luego alzó la vista y le miró con gesto torcido.

—No pienso dejar aquí un montón de carne para que se la coman los pájaros. No aguantará mucho, pero al menos esta noche comeremos bien. Que alguien me tire un saco.

Logen le arrojó uno de los sacos de forraje vacíos y se encogió de hombros.

—No se le puede coger cariño a las cosas. No en una tierra como ésta.

Nadie hablaba mientras comenzaban la ascensión. Todos iban doblados hacia delante con la mirada clavada en el accidentado camino que tenían bajo sus pies. La senda remontaba y daba la vuelta, volvía a ascender y de nuevo daba la vuelta; al cabo de poco, Jezal tenía ya las piernas en un grito, los hombros doloridos y la cara empapada de sudor. Paso a paso. Eso solía decirle West cuando flaqueaba en las carreras que daba alrededor del perímetro del Agriont. Paso a paso, cuánta razón tenía. Primero el pie izquierdo, luego el derecho, y para arriba.

Tras mantener durante un rato aquel esfuerzo repetitivo, se detuvo y miró hacia abajo. Era asombroso lo mucho que había ascendido en tan poco tiempo. Distinguía a lo lejos los cimientos de la fortaleza en ruinas, unas siluetas grises en medio de la hierba verde que se extendía a los pies del paso. Más allá, se veía el cami no rehundido que atravesaba las rugosas colinas y conducía de regreso a Aulcus. Jezal sintió de pronto un estremecimiento y se volvió de nuevo hacia las montañas. Mejor dejar todo eso atrás.

***

Logen avanzaba trabajosamente por la empinada pendiente: sus botas desgastadas raspaban y aplastaban la gravilla y el polvo del camino; el peso muerto de la caja de metal que llevaba a hombros parecía hacerse más pesado a cada paso que daba y, a pesar de estar envuelto en una manta, se le clavaba en la carne como si fuera un saco repleto de clavos. Pero a Logen nada de eso le preocupaba en exceso. Estaba demasiado concentrado mirando los movimientos del trasero de Ferro mientras caminaba delante de él, viendo cómo sus músculos fibrosos se tensaban a cada paso tras la sucia lona de sus pantalones.

Era un asunto de lo más raro. Antes de que follaran no la había mirado con esos ojos. Había estado demasiado preocupado procurando que no se escapara, o le disparara, o apuñalara a alguno de los otros. Había estado tan ocupado en ver si fruncía el ceño, que no se había fijado en su cara. Tan ocupado en vigilar sus manos, que nunca se había fijado en el resto de su cuerpo. Ahora, en cambio, no podía pensar en otra cosa.

Todos sus movimientos le parecían fascinantes. Cada dos por tres se sorprendía a sí mismo mirándola. Cuando caminaba. Cuando estaba sentada. Cuando comía o bebía o hablaba o escupía. Cuando se ponía las botas al amanecer o cuando se las quitaba a la noche. Y, para empeorar aún más las cosas, de tanto mirarla de soslayo e imaginársela desnuda, su verga se pasaba medio empalmada la mayor parte del tiempo. Empezaba a resultar un tanto embarazoso.

—¿Qué miras? —Logen se detuvo y alzó la vista hacia la luz. Ferro le miraba desde arriba con cara de pocos amigos. Se irguió y luego cambió de posición el fardo que tenía a la espalda para frotarse un momento sus doloridos hombros y limpiarse la película de sudor de su frente. No le habría costado nada inventarse alguna mentira. Miraba los majestuosos picos de la montaña. Miraba dónde iba a poner el pie. Comprobaba que su fardo estaba bien sujeto. ¿Pero para qué? Los dos sabían perfectamente qué era lo que miraba y los demás estaban demasiado lejos para oírlos.

—Te miro el culo —dijo encogiéndose de hombros—. Lo siento, pero es un señor culo. No hay nada malo en mirar, ¿no?

Ferro, furiosa, abrió la boca para decir algo, pero Logen metió los pulgares por las correas de su petate, agachó la cabeza y la adelantó antes de que tuviera ocasión de hablar. Cuando había dado unos diez pasos, giró la cabeza por encima de su hombro. Ferro estaba parada en el mismo sitio, con los brazos en jarras, mirándole con gesto ceñudo. Le dirigió una sonrisa.

—¿Qué miras? —le dijo.

***

Fresca aún la mañana, se detuvieron para coger agua en una cornisa que se alzaba sobre un valle encajonado. A través de una maraña de árboles, rebosantes de bayas, que crecían ladeados sobre la roca desnuda, Jezal distinguía en el angosto fondo un torrente de aguas blancas. Al otro lado se alzaban unos vertiginosos farallones de roca, enormes muros grises, casi verticales, rematados en lo alto por unos riscos gigantescos en torno a los cuales aleteaban y graznaban oscuros pájaros, mientras, al fondo, las blancas nubes flotaban por el cielo pálido. Un entorno espectacular, aunque un tanto desasosegante.

—Qué hermosura —murmuró Jezal cuidándose de no acercarse demasiado al borde.

Logen asintió con la cabeza.

—Me recuerda a mi tierra. De chico solía pasarme varias semanas seguidas en las Altas Cumbres para foguearme en la montaña —echó un trago de su petaca y luego se la pasó a Jezal mientras contemplaba con los ojos entornados los oscuros riscos—. Pero al final siempre te ganan. Ya ve, el Imperio ese que hubo aquí pasó a mejor vida, pero ahí siguen ellas mirándolo todo desde lo alto. Y ahí seguirán mucho tiempo después de que todos nosotros hayamos vuelto al barro. También miraban mi pueblo —soltó un resoplido y escupió un gargajo al precipicio—. Ahora ya no tienen nada a lo que mirar.

Jezal echó un trago de agua.

—¿Volverá al Norte después de este viaje?

—Puede ser. Tengo bastantes cuentas que saldar. Unas cuentas muy serias y muy profundas —el norteño se encogió de hombros—. Claro que si lo dejara correr, seguramente a nadie le iba a importar. Me imagino que todo el mundo me da por muerto y apuesto a que no hay ni una sola persona que no se sienta aliviada de que sea así.

—¿No hay nada que le haga regresar?

Logen hizo un gesto de dolor.

—Nada, excepto más sangre. Hace mucho que mi familia está muerta, y a los amigos que no maté con mis propias manos los mató mi estupidez y mi orgullo. Ya ve cuáles son mis logros. Pero usted todavía está a tiempo, ¿eh, Jezal? Todavía puede tener una vida grata y tranquila. ¿Qué hará usted?

—Bueno... He estado pensando en ello... —se aclaró la garganta. De pronto se sentía nervioso, como si el mero hecho de formular en voz alta sus planes los hiciera más viables—. Hay una chica en mi país... Ardee se llama. No sé, pero me parece que... la quiero —le resultaba raro hablar de sus sentimientos más íntimos con aquel hombre al que hasta hace no mucho había considerado un salvaje. Con aquel hombre que no entendía nada de las sutiles normas que regían la vida en la Unión, del sacrificio que Jezal se estaba planteando—. He estado pensando que... bueno... que si me acepta, tal vez... podríamos casarnos.

—Me parece una excelente idea —Logen sonrió y asintió con la cabeza—. Cásese con ella y siembre unas cuantas semillas.

Jezal alzó las cejas.

—Pero yo no sé nada de agricultura.

El norteño estalló en un torrente de carcajadas.

—¡No me refiero a esa clase de semillas, muchacho! —luego le dio una palmada en el brazo—. Pero deje que le dé un consejo, si es que está dispuesto a aceptarlo de un tipo como yo: procure dedicarse a algo que no le obligue a andar matando gente —se agachó, volvió a alzar su fardo y metió los brazos por las correas—. Deje eso a la gente con menos cabeza que usted —y, dicho aquello, se dio la vuelta y comenzó a avanzar pesadamente por el sendero.

Jezal asintió moviendo lentamente la cabeza. Se llevó una mano a la cicatriz de la barbilla y su lengua encontró el hueco que tenía en la dentadura. Logen tenía razón. La vida del guerrero no estaba hecha para él. Su cupo de cicatrices estaba ya más que cubierto.

***

Hacía un día radiante. Era la primera vez desde hacía mucho que Ferro sentía un poco de calor, y resultaba grato notar el furioso ardor del sol en la cara, en sus antebrazos desnudos, en el dorso de las manos. Las contrastadas sombras de las rocas y las ramas se dibujaban en el suelo pedregoso y el agua que corría junto al viejo sendero arrojaba al aire una centelleante lluvia de rocío.

Los otros se habían rezagado un poco. Pielargo se tomaba las cosas con calma: caminaba echando miradas a diestro y siniestro con expresión sonriente y perorando sobre la majestuosidad del paisaje. Quai marchaba con firme determinación, encorvado bajo el peso de su petate. Bayaz no paraba de hacer muecas de dolor, sudaba a mares y resoplaba como si fuera a caerse muerto de un momento a otro. Luthar se quejaba amargamente de sus ampollas buscando alguien a quien contar sus penas sin encontrarlo. Adelante sólo estaban Nuevededos y ella, avanzando a grandes zancadas en sepulcral silencio.

Justo como a ella le gustaba.

Trepó gateando por el borde de un peñasco desmoronado y se topó con una poza. Sus oscuras aguas lamían una media luna de piedras lisas y una cascada que caía desde un montón de piedras tapizadas de musgo húmedo bufaba y arrojaba espuma al aire. Por encima de la poza, un par de árboles retorcidos desplegaban sus ramas, cuyas finas hojas, pobladas de yemas, relucían mecidas por la brisa. El reflejo del sol reverberaba en las aguas y los insectos zumbaban y patinaban perezosamente sobre la ondulada superficie.

Un hermoso lugar, seguramente, para alguien inclinado a ver las cosas de esa manera.

No era así como las veía Ferro.

—Seguro que hay peces —susurró relamiéndose. Un buen pez ensartado en una rama sobre un fuego estaría estupendo. Los trozos de carne de caballo se habían acabado y estaba hambrienta. Mientras se ponía en cuclillas para llenar la cantimplora, vislumbró unas siluetas difusas que se movían por debajo del espejeo de la superficie. Había peces a montones. Nuevededos soltó su pesado fardo, se sentó en las rocas que había junto a la poza y se sacó las botas. Luego se arremangó los pantalones por encima de las rodillas—. ¿Qué haces, pálido?

Le sonrió.

—Voy a pillar unos peces de esa poza.

—¿Con las manos? ¿Tienes unos dedos lo bastante hábiles para eso?

—Tú deberías saber que sí —Ferro torció el gesto, pero lo único que consiguió fue que él ensanchara su sonrisa hasta que la piel se le arrugó alrededor de las comisuras de los ojos—. Mira y aprende, mujer —y, dicho aquello, se metió en el agua, se agachó, apretó los labios con un gesto de concentración y se puso a palpar suavemente las aguas.

—¿Qué está haciendo? —Luthar dejó caer su petate junto al de Ferro y se limpió su cara satinada de sudor con el dorso de la mano.

—Ese tonto se cree que va a pescar un pez.

—¿Cómo, con las manos?

—Mire y aprenda, muchacho —dijo Nuevededos—. Ajá —en su cara se dibujo una sonrisa—. Ahí viene uno —los músculos de su antebrazo se tensaron mientras movía las manos por debajo del agua—. ¡Lo tengo! —y alzó de golpe la mano en medio de una llovizna de agua. Una forma voladora emitió un destello bajo la brillante luz del sol y luego cayó en la orilla junto a ellos, dejando un rastro de motas húmedas en las piedras secas. Un pez, que pegaba sacudidas y coleaba.

—¡Ja! ¡Ja! —soltó Pielargo plantándose junto a ellos—. Sacando peces del agua a pellizcos, ¿eh? Una notable y muy impresionante habilidad. En cierta ocasión conocí a un hombre de las Mil Islas que tenía fama de ser el más grande pescador del Círculo del Mundo. Aquel tipo, se lo aseguro, se sentaba a la orilla, se ponía a cantar y los peces saltaban a su regazo. ¡Como lo oyen! —torció el gesto al comprobar que nadie parecía demasiado interesado en su historia, pero justo en ese momento, por el borde de la oquedad, apareció Bayaz andando casi a cuatro patas. Su aprendiz surgió detrás de él con el rostro contraído.

Apoyándose con fuerza en su cayado, el Primero de los Magos descendió con paso tambaleante y se dejó caer junto a una roca.

—Tal vez... podríamos acampar aquí —el sudor le corría por su rostro enjuto mientras jadeaba tratando de recobrar el aliento—. Jamás me creerían si les dijera que una vez crucé este paso a la carrera. En dos días me lo hice —sus dedos temblorosos soltaron el cayado, que cayó con estrépito sobre las maderos secos que se acumulaban a la orilla de la poza—. Hace mucho tiempo...

—He estado pensando... —musitó Luthar.

Los fatigados ojos de Bayaz le miraron de soslayo, como si el mero hecho de girar la cabeza le supusiera un esfuerzo excesivo.

—¿Pensando y caminando a la vez? Tenga cuidado, capitán Luthar, se va a herniar.

—¿Por qué hay que llegar a los confines del Mundo?

El Mago frunció el ceño.

—Para hacer ejercicio, no, se lo aseguro. Lo que buscamos se encuentra allí.

—Sí, pero, ¿por qué está allí?

—Ajá —gruñó Ferro expresando su asentimiento. Buena pregunta.

Bayaz hinchó los carrillos y los vació de golpe.

—Ni un instante de reposo, ¿eh? Tras la destrucción de Aulcus y la caída de Glustrod, los otros tres hijos de Euz —Juvens, Bedesh y Kanedias— celebraron una reunión para decidir qué había que hacer… con la Semilla.

—¡Ahí va uno más! —gritó Nuevededos, sacando otro pez del agua y arrojándolo a las piedras al lado del primero. Bayaz lo miró con gesto inexpresivo mientras el pez se retorcía y daba sacudidas, abriendo desesperadamente la boca y las agallas al aire asfixiante.

—Kanedias quería estudiarla. Estaba convencido de que podría transformarla y ponerla al servicio de fines más justos. Juvens temía el poder de la piedra, pero no sabía cómo destruirla, así que se la entregó a su hermano para que la custodiara. No obstante, al ver que pasaban los años y las heridas del Imperio no acababan de cicatrizar, se arrepintió de su decisión. Temía que las ansias de poder de Kanedias le llevaran a quebrantar la Primera Ley, como había hecho Glustrod. Así pues, exigió que la piedra fuera inutilizada. En un primer momento, el Creador se negó, y la confianza mutua entre los dos hermanos se resintió. Todo esto lo sé porque yo mismo me ocupé de llevar los mensajes que se enviaban. Ya entonces me di cuenta de que ambos estaban preparando las armas que un día usarían para luchar entre sí. Juvens le rogó, le suplicó y luego le amenazó, hasta que por fin Kanedias transigió. Entonces los tres hijos de Euz emprendieron viaje hacia Shabulyan.

—No hay lugar más remoto en todo el Círculo del Mundo —observó Pielargo.

—Por eso lo escogieron. Entregaron la Semilla al espíritu de la isla para que la custodiara hasta el final de los tiempos.

—Ordenaron al espíritu que jamás la soltara —murmuró Quai.

—Mi aprendiz vuelve a dar muestras de su ignorancia —replicó Bayaz lanzándole una mirada iracunda bajo sus pobladas cejas—. Jamás no, maese Quai. Juvens era lo bastante sabio como para saber que no podía prever todas las eventualidades. Era consciente de que en algún tiempo futuro podía llegar un día en que fuera necesario recurrir al poder de... esa cosa. Bedesh ordenó al espíritu que sólo se la entregara a un hombre que estuviera en posesión del cayado de Juvens.

Pielargo frunció el ceño.

—¿Y dónde está?

Bayaz señaló al trozo de suelo donde estaba el tosco palo de madera lisa que usaba a modo de bastón.

—¿Es ése? —masculló Luthar con un tono de voz que dejaba traslucir su decepción.

—¿Qué se esperaba, capitán? —Bayaz le miró de reojo con una sonrisa—. ¿Una vara de oro pulido de tres metros de altura con runas de cristal incrustadas y rematada en un diamante del tamaño de su cabeza? —el Mago soltó un resoplido—. Ni siquiera yo he visto una gema de *ese* tamaño. A mi maestro le bastaba con un simple palo. No necesitaba nada más. Por sí solo, un trozo de madera no consigue hacer a un hombre sabio, noble y poderoso, como tampoco lo consigue un trozo de acero. El poder proviene de la carne, muchacho, y del corazón, y de la cabeza. De la cabeza sobre todo.

—¡Esta poza es una mina! —cacareó Nuevededos mientras arrojaba un pez más a la orilla.

—Juvens y sus hermanos —dijo en voz baja Pielargo—, mitad hombres, mitad dioses, poderosos entre los poderosos. Incluso ellos temían a la cosa esa. Por algo pusieron tanto empeño en neutralizarla. ¿No cree que, al igual que ellos, también nosotros deberíamos temerla?

Bayaz miró con fijeza a Ferro, con los ojos echando chispas, y ella le sostuvo la mirada. Las perlas de sudor se destacaban en su piel arrugada y oscurecían el pelo de su barba, pero su semblante era tan inexpresivo como una puerta cerrada.

—Las armas son peligrosas para quienes no las entienden. Si cogiera el arco de Ferro Maljinn correría el riesgo de dispararme en un pie, al no saber cómo utilizarlo.

Si cogiera el acero del capitán Luthar podría herir a mi aliado, al carecer de la destreza necesaria para manejarlo. Cuanto más poderosa es el arma, mayor es el riesgo. Tengo el máximo respeto por la cosa esa, créame, pero para enfrentarnos contra nuestros enemigos necesitamos contar con un arma extremadamente poderosa.

Ferro torció el gesto. Aún no estaba muy convencida de que sus enemigos y los de él fueran los mismos, pero, de momento, prefería dejarlo correr. Habían llegado demasiado lejos y estaban ya demasiado cerca de su objetivo para no esperar a ver en qué acababa todo aquello. Echó una mirada a Nuevededos y le pilló mirándola. El norteño desvió la vista y volvió los ojos hacia el agua. Últimamente no hacía más que mirarla. Mirarla, sonreír y hacer chistes malos. El problema es que también se había dado cuenta de que ella le miraba más de lo necesario. Se fijó en él: los ondulados reflejos del agua oscilaban por su cara. De pronto, Nuevededos volvió a levantar la vista, sus miradas se cruzaron y le sonrió un instante.

El ceño de Ferro se intensificó. Sacó su cuchillo, agarró uno de los peces y le cortó la cabeza. Acto seguido, lo abrió en canal y arrojó fuera la viscosas visceras, que cayeron con un sonoro chapoteo junto a las piernas de Nuevededos. Había sido un error follar con él, eso estaba claro, aunque después de todo la cosa tampoco había ido tan mal como cabía esperar.

—¡Ja! —Nuevededos lanzó al aire otra centelleante llovizna de agua, pero luego trastabilló y sus manos se cerraron en el aire—. ¡Ay! —el pez, una raya vibrante de luz, se le escapó de las manos y el norteño cayó de bruces a la poza. Se levantó escupiendo agua por la boca y sacudiendo la cabeza con el pelo pegado al cráneo—. ¡Maldito cabrón!

—En algún lugar del mundo, todo hombre tiene un adversario que es más astuto que él —Bayaz estiró las piernas—. ¿No será, maese Nuevededos, que usted acaba de dar con él?

***

Jezal se despertó sobresaltado en mitad de la noche. En su aturdimiento, tardó unos instantes en darse cuenta de dónde estaba: había soñado con su hogar, con el Agriont, con los días soleados y las noches de juerga. Con Ardee también, o con una mujer que se le parecía y le miraba con una sonrisa ladeada en una acogedora salita de estar. Las estrellas, nítidas, frías, brillantes, ocupaban la oscura inmensidad del cielo y el gélido aire de las Altas Cumbres mordía los labios de Jezal, las aletas de su nariz, las puntas de sus orejas.

Estaba de vuelta en las Montañas Quebradas, a medio mundo de distancia de Adua, y sentía una punzada de añoranza. Pero al menos tenía el estómago lleno. Pescado y galletas, el primer almuerzo decente que había tomado desde que se acabó la carne de caballo. Aún sentía un poco de calor en el lado de la cara que daba a la hoguera. Se volvió hacia ella, miró con gesto sonriente las ascuas y se subió la manta hasta la barbilla. La felicidad consistía en un pescado fresco y unos rescoldos aún calientes.

De pronto, torció el gesto. Las mantas de al lado, que eran en las que dormía Logen, se estaban moviendo. En un primer momento pensó que sería el norteño dándose la vuelta dormido, pero no paraban de moverse. Era como una oscilación lenta y regular acompañada, de pronto se dio cuenta, de un leve gruñido. Primero pensó que sería Bayaz roncando, pero ahora estaba claro que tenía que ser otra cosa. Forzando la vista, distinguió uno de los hombros de Nuevededos y también uno de sus pálidos brazos, con los músculos tensos. Debajo, apretándole con fuerza el costado, asomaba una mano morena.

A Jezal se le abrió la boca. Logen y Ferro, y ese ruido que hacían sólo podía significar una cosa... ¡estaban follando! ¡Y, lo que era peor, a menos de una zancada de su cabeza! Siguió mirando, fijándose en cómo las mantas se movían a sacudidas bajo la tenue luz del fuego. Cuándo habían... Por qué se habían... Cómo se habían... ¡Un insulto, eso es lo que era aquello! La antigua repulsión que había sentido por ellos surgió de nuevo con fuerza y su labio cicatrizado se retorció. ¡Aquel par de salvajes estaban haciéndolo a la vista de todos! Estaba tentado de levantarse y propinarles una patada, como se hace con una pareja de perros que, para gran consternación de todos los presentes, se ponen a copular en medio de una recepción al aire libre.

—Mierda —susurró una voz. Jezal se quedó helado preguntándose si alguno de los dos le habría visto.

—Espera —durante un instante se hizo el silencio.

—Ah... ah, así, así —el movimiento repetitivo se reinició y las mantas se pusieron a pegar sacudidas de atrás adelante, lentamente al principio y luego cada vez más deprisa. ¿Cómo pensaban que iba a poder dormir con semejante escándalo? Torciendo el gesto, se dio la vuelta, se cubrió la cabeza con las mantas y se quedó tumbado en la oscuridad oyendo los guturales gruñidos de Nuevededos y los apremiantes gemidos de Ferro, que cada vez sonaban más altos. Apretó los ojos y sintió que las lágrimas pugnaban por asomar por debajo de sus párpados.

Maldita sea, qué solo se sentía.

Cambio de bando

El camino trazaba desde el oeste una curva que descendía por el valle nevado entre dos alargadas cadenas de montañas cubiertas de oscuros pinos. Al llegar al vado, se cruzaba con el río, el Flujo Blanco, cuyo curso, muy caudaloso debido al deshielo, corría raudo y espumeante sobre las peñas haciendo honor a su nombre.

—Conque es ésa —mascculló Tul, que estaba tumbado sobre su vientre asomándose entre los arbustos.

—Supongo —dijo el Sabueso—, a no ser que haya otra fortaleza gigante en algún otro lugar del río.

Desde la cresta de la colina el Sabueso distinguía con toda claridad su forma: un imponente recinto amurallado compuesto por seis lienzos verticales de piedra oscura, con una altura no inferior a las doce zancadas, y provisto de una enorme torre cilíndrica en cada una de sus esquinas. En su interior se atisbaba un gran patio central, rodeado de tejados de pizarra gris, y, fuera, justo delante, se desplegaba otra muralla, la mitad de alta que la otra pero también bastante grande, tachonada con una docena de torretas. Uno de los lados daba al río y los otros cinco disponían de un ancho foso, de tal modo que el conjunto constituía una especie de isla de piedra. Para acceder a la fortaleza había un único puente que desembocaba en una barbacana del tamaño de una colina.

—Me cago en la puta —dijo Dow—. ¿Habías visto alguna vez un pedazo de muralla como ésa? ¿Cómo logró Bethod meterse ahí dentro?

El Sabueso sacudió la cabeza.

—Eso ya poco importa. Pero no creo que vaya a poder meter ahí a todo su ejército.

—Ni querrá hacerlo —terció Tresárboles—. Eso no va con Bethod. No es su estilo. Preferirá tenerlo fuera, para poder desplazarlo si se presenta la oportunidad de pillarlos desprevenidos.

—Ajá —gruñó Hosco.

—¡Maldita Unión! —maldijo Dow—. ¡Nunca están en guardia! ¡Nos hemos tirado una eternidad siguiendo a Bethod desde el sur y esos gilipollas le han dejado pasar de largo sin plantarle cara! ¡Y ahora está ahí metido tras unas murallas, con comida y agua de sobra, esperándonos tan tranquilo!

Tresárboles chasqueó la lengua.

—¿Qué sentido tiene lamentarse de eso ahora? También a ti se te ha escabullido Bethod una o dos veces, si no recuerdo mal.

—Hummm. Ese tiene una endemoniada habilidad para presentarse donde menos se le espera.

El Sabueso volvió a mirar la fortaleza, el río de detrás, el amplio valle y el terreno elevado que se extendía al otro lado cubierto de árboles.

—No me extrañaría nada que tuviera hombres en esos montes de ahí y también en los bosques que rodean el foso.

—Bueno, ahora que lo tienes todo bien claro, ya sólo nos queda saber una cosa — dijo Dow—. ¿Te la ha chupado ya?

—¿Cómo? —repuso el Sabueso sin saber qué decir. Tul estalló en un torrente de carcajadas. El propio Tresárboles soltó una risilla. E incluso Hosco profirió un ruido, como una exhalación, aunque un poco más sonora.

—Es una pregunta bien sencilla, ¿no? —inquirió Dow—. ¿Te la ha chupado o no?

El Sabueso frunció el ceño y encorvó los hombros.

—Me cago en...

Tul apenas si podía contener la risa.

—¿Qué dices que hizo? ¿Que se cagó encima? ¡Tenías razón, Dow, en la Unión lo hacen de otra manera! —ahora todos se reían, exceptuando al Sabueso, claro está.

—Iros todos a tomar por culo —gruñó—. A lo mejor deberíais chupároslas unos a otros. Así al menos cerraríais la boca.

Dow le dio una palmada en el hombro.

—No lo creo. ¡Ya sabes lo bien que se le da a Tul hablar con la boca llena! —Tul se tapó la cara con la mano y se le salieron los mocos por la nariz de lo fuerte que se estaba riendo. El Sabueso le lanzó una mirada iracunda, pero aquello era como tratar de detener la caída de una roca con sólo mirarla. No sirvió de nada.

—Bueno, ya está bien, será mejor que no metamos tanto ruido —masculló Tresárboles sin dejar de sonreír—. Conviene que uno de nosotros vaya a echar un vistazo más de cerca. A ver si podemos averiguar dónde se han metido todos los

muchachos de Bethod antes de que las tropas de la Unión aparezcan dando tumbos por ese camino como una panda de idiotas.

Al Sabueso se le cayó el alma a los pies.

—¿Uno de nosotros? ¿Y cuál de nosotros va a ser, eh?

Dow el Negro sonrió y le propinó otra palmada en el hombro.

—Lo justo es que quien consiguió meter su palo en el fuego la otra noche sea también quien haga frente al frío esta mañana, ¿verdad, muchachos?

***

El Sabueso descendía deslizándose entre los árboles con el arco en la mano. Llevaba una flecha dispuesta, pero sin tensar la cuerda, por temor a que se le escapara por accidente y se disparara a sí mismo o alguna otra estupidez por el estilo. No sería la primera vez, y no tenía ninguna gana de regresar al campamento a la pata coja y tener que explicar a los demás cómo se había clavado una flecha en su propio pie. Se lo recordarían toda la vida.

Se arrodilló, se asomó entre los árboles y echó un vistazo al suelo: una tierra pelada de color pardo sembrada de manchas de nieve, de montones de barrujo y... se le cortó la respiración. A su lado había una huella. Una mitad marcada en la nieve y la otra en el barro. La nieve estaba constantemente cayendo y derritiéndose, cayendo y derritiéndose. En un día así, una huella no podía haber durado mucho. Tenía que ser muy reciente. El Sabueso venteó el aire. No se olía gran cosa, pero con aquel frío tampoco era fácil oler nada: tenía la nariz roja, entumecida y llena de gélidas mucosidades. Mirando a todas partes, comenzó a avanzar sigilosamente siguiendo la dirección de la huella. Vio otra, y otra más. Alguien había pasado por ahí, estaba claro, y hacía bien poco.

—Tú eres el Sabueso, ¿no?

Se quedó paralizado y el corazón se le puso a latir como si fueran unas botas que subieran por unas escaleras dando pisotones. Se volvió hacia el lugar de donde venía la voz. A unas diez zancadas, sentado en un árbol caído, había un hombre recostado contra una gruesa rama con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y estirado como si estuviera medio dormido. La cara estaba semioculta por una larga melena negra, pero el Sabueso distinguía un ojo que le miraba fijamente. El individuo se incorporó poco a poco.

—Bien, voy a dejar esas cosas ahí para que quede claro que sólo quiero hablar —dijo señalando una pesada hacha que estaba medio hundida en el pútrido tronco y una rodela que había apoyada a su lado—. Luego me acercaré. ¿Qué tal te suena eso?

El Sabueso alzó su arco y tensó la cuerda.

—Acércate si quieres, pero como intentes hacer algo más que hablar te atravesaré el cuello con una flecha.

—Me parece justo —Cabellos Largos se impulsó hacia delante y se separó del tronco. Luego, abandonando sus armas, comenzó a acercarse por entre los árboles. Llevaba las manos levantadas con las palmas abiertas y, a pesar de que tenía la cabeza agachada, era altísimo. Un aspecto muy pacífico, pero el Sabueso no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Tener aspecto pacífico y serlo son dos cosas bien distintas.

»Quisiera recordarte, para crear un clima de mutua confianza, que yo te vi primero —dijo el hombre mientras se iba aproximando—. Si hubiese tenido un arco podría haberte disparado —una observación muy atinada, pero al Sabueso no le convenció en lo más mínimo.

—¿Tienes un arco?

—La verdad es que no.

—Ahí está el fallo. Quieto —ordenó.

—Como tú digas —dijo parándose a unas pocas zancadas.

—Bien, como ya sabes, soy el Sabueso. ¿Y tú quién eres?

—Te acuerdas del Atronado, ¿verdad?

—Claro, pero ése no eres tú.

—No. Soy su hijo.

El Sabueso frunció el ceño y tensó un poco más la cuerda de su arco.

—Más vale que la próxima respuesta que me des sea convincente. Nuevededos mató al hijo del Atronado.

—Cierto. Yo soy su otro hijo.

—Pero si no era más que un chiquillo... —El Sabueso se interrumpió mientras contaba mentalmente los inviernos transcurridos desde entonces—. Mierda. ¿Tanto tiempo ha pasado?

—Tanto.

—Has crecido bastante.

—Es lo que ocurre con los niños.

—¿Ya tienes un nombre?

—Me llaman Escalofríos.

—¿Y eso?

Sonrió.

—Porque mis enemigos tienen escalofríos cuando se enfrentan a mí.

—¿Es eso verdad?

—No —suspiró—. En fin, por qué no contarlo ya. La primera vez que tomé parte en una escaramuza me emborraché y me caí a un río al ir a orinar. La corriente me arrancó los pantalones y me arrastró un kilómetro río abajo. Regresé al campamento con unos escalofríos de los que hacen época, con los huevos encogidos —se rascó la cara—. La verdad es que fue una vergüenza. Pero lo he compensado combatiendo.

—¿De veras?

—Con los años me he ido manchando las manos de sangre. Nada comparado contigo, supongo, pero sí lo bastante como para que los hombres me sigan.

—¿Ah, sí? ¿Cuántos?

—Un par de veintenas de Caris, poco más o menos. Andan por aquí cerca. Pero no te pongas nervioso. Son algunos de los viejos hombres de mi padre y otros cuantos nuevos. Todos ellos con muy buenas manos.

—Perfecto, mejor para ti si cuentas con una pequeña cuadrilla. Habéis estado luchando del lado de Bethod, ¿no?

—Un hombre tiene que trabajar en algo. Pero eso no quiere decir que no estemos abiertos a cosas mejores. ¿Puedo bajar ya las manos?

—No, me gustan donde están ahora. ¿Se puede saber qué haces aquí solo en los bosques?

Escalofríos frunció los labios con gesto pensativo.

—No me tomes por un loco, pero había oído rumores de que Rudd Tresárboles estaba contigo.

—Y así es.

—¿Está aquí ahora?

—Y Tul Duru, Cabeza de Trueno, y Hosco Harding, y Dow el Negro.

Escalofríos alzó las cejas y, sin bajar las manos, se apoyó en un árbol bajo la mirada vigilante del Sabueso.

—Vaya, andas en buena compañía. Entre vosotros cinco tenéis el doble de sangre que mis cuarenta Caris. Ésos sí que son nombres. La clase de nombres a los que cualquier hombre querría unirse.

—¿Quieres unirte a nosotros?

—Yo diría que sí.

—¿Y tus Caris también?

—También.

Era tentador, había que admitirlo. Cuarenta Caris, y seguramente sabrían dónde andaba Bethod e incluso puede que tuvieran alguna idea sobre cuáles eran sus planes. Eso le ahorraría andar merodeando por los fríos bosques; empezaba a estar un poco harto de tanto árbol chorreante. Pero aún andaba lejos de fiarse de aquel larguirucho cabrón. Le llevaría al campamento para que Tresárboles decidiera qué convenía hacer.

—Está bien —dijo—, ya veremos. ¿Qué tal si te pones a subir por esa ladera? Yo te seguiré unos pasos por detrás.

—De acuerdo —dijo Escalofríos, y, acto seguido, se dio la vuelta y comenzó a ascender pesadamente por la ladera con los brazos en alto—, pero ándate con ojo con la flecha esa, ¿eh? No quiero que me la claves por no mirar donde pones los pies.

—No te preocupes por mí, muchachote, al Sabueso nunca se le escapa una... ay.

Se le había enganchado el pie en una raíz. Dio un tropezón y soltó la cuerda. La flecha pasó rozando la cabeza de Escalofríos, se clavó en un árbol que había un poco más allá y se quedó vibrando en el tronco. El Sabueso acabó con las rodillas en tierra y un arco sin flecha en la mano, mirando al hombre que se cernía sobre él.

—Mierda —masculló. El Sabueso no albergaba ninguna duda de que, con esas manazas que tenía, si hubiera querido, Escalofríos podría haberle arrancado la cabeza de un puñetazo.

—Ha sido una suerte que hayas fallado —dijo Escalofríos—. ¿Puedo bajar ya las manos?

***

Como cabía esperar, en cuanto les vio aparecer, Dow se puso de pie de un salto.

—¿Quién es ése? —rugió plantándose de dos zancadas al lado de Escalofríos y empinándose hacia él con el hacha en una mano. Considerando que Dow era una cabeza más bajo, la escena casi resultaba cómica, pero a Escalofríos no parecía hacerle demasiada gracia. Y no era para menos.

—Es... —comenzó a decir el Sabueso, pero no pudo continuar.

—Eres un cabrón alto, ¿eh? ¡No pienso andar mirando hacia arriba para hablar con un tipo como tú! ¡Siéntate, grandullón! —y, acto seguido, lanzó hacia delante un brazo y puso a Escalofríos de culo en el suelo.

Al Sabueso le pareció que el muchacho se lo había tomado bastante bien, dadas las circunstancias. Cuando se golpeó con el suelo, soltó un gruñido, luego parpadeó, se apoyó en los codos y los miró con una sonrisa.

—Vale, me quedaré aquí. Aunque creo que no deberías echármelo en cara. Yo no elegí ser alto igual que tampoco tú elegiste ser un gilipollas.

Al oír aquello, el Sabueso hizo un gesto de dolor, convencido de que Escalofríos recibiría de inmediato una patada en sus partes, pero, en lugar de eso, Dow sonrió de oreja a oreja.

—Elegir ser un gilipollas. Eso tiene gracia. Oye, este tipo me cae bien. ¿Quién es?

—Se llama Escalofríos —dijo el Sabueso—. Y es el hijo del Atronado.

Dow torció el gesto.

—Pero yo creía que Nuevededos se lo había...

—Es su otro hijo.

—Pero si ése no era más que un...

—Haz cálculos.

Dow frunció el ceño y luego sacudió la cabeza.

—Mierda. ¿Ya ha pasado tanto tiempo?

—Se parece al Atronado —sonó la voz de Tul mientras su sombra se proyectaba sobre ellos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Escalofríos—. Creí que no os gustaban los tipos altos. Sois dos, uno encima del otro, ¿verdad?

—No, sólo uno —Tul se agachó y lo levantó de un brazo como si fuera un niño que se hubiera tropezado—. Siento el recibimiento, amigo. Pero solemos matar a quienes nos visitan.

—Espero ser la excepción —dijo Escalofríos, que seguía mirando a Tul boquiabierto—. Entonces, ese de ahí debe de ser Hosco Harding.

—Ajá —dijo Hosco sin apenas molestarse en levantar la vista de las flechas que estaba revisando.

—¿Y tú eres Tresárboles?

—Exacto —dijo el viejo guerrero mirándole con los brazos en jarras.

—Vaya —exclamó Escalofríos frotándose la coronilla—. Me parece que estoy metido en un aprieto. En un buen aprieto. Tul Duru, y Dow el Negro, y... Conque tú eres Tresárboles, ¿eh?

—El mismo.

—Caray. Mierda. Mi padre siempre decía que tú eras el mejor hombre que quedaba en todo el Norte. Y que si alguna vez tuviera que escoger un hombre para unirse a él, te elegiría a ti. Hasta que perdiste con el Sanguinario, claro, pero son cosas que ocurren. Rudd Tresárboles en persona, justo delante de mí...

—¿Para qué has venido aquí, muchacho?

Escalofríos parecía haberse quedado sin palabras, así que el Sabueso habló por él.

—Dice que le siguen cuarenta Caris y que todos quieren pasarse a nuestro bando.

Tresárboles miró a Escalofríos a los ojos durante unos instantes.

—¿Es eso cierto?

Escalofríos asintió con la cabeza.

—Conociste a mi padre. Pensaba como tú, y yo estoy cortado por el mismo patrón. Servir a Bethod me repugna.

—Puede que yo piense que un hombre que elige a un jefe tiene que serle fiel.

—También lo pienso yo —repuso Escalofríos—, pero ésa es una hoja que tiene que cortar en dos direcciones, ¿verdad? También un jefe debe cuidarse de los suyos, ¿no? —el Sabueso asintió en silencio. La observación le parecía muy atinada—. Bethod ya no se preocupa por ninguno de nosotros, eso si es que alguna vez lo hizo. Sólo oye lo que le dice la bruja esa.

—¿La bruja? —terció Tul.

—Sí, esa hechicera, esa tal Caurib o como se llame. La bruja. La que crea niebla. Bethod se ha juntado con una compañía bastante siniestra. Y en cuanto a esta guerra... no tiene sentido. ¿Angland? Quién la quiere, ya tenemos tierras de sobra. Nos conducirá a todos de vuelta al barro. Mientras no había nadie más a quien

seguir, nos mantuvimos a su lado, pero cuando nos enteramos de que era posible que Rudd Tresárboles estuviera con vida y luchando del lado de la Unión, pues...

—Decidisteis echar un vistazo, ¿eh?

—Bastante hemos aguantado ya. Bethod se ha rodeado de unos tipos muy raros. Orientales llegados de más allá del Crinna, ya sabes, esos de las enseñas con pellejos y huesos, unos tipos que casi ni son humanos. Sin reglas, sin piedad, apenas si hablan nuestra misma lengua. Unos salvajes, eso es lo que son. Bethod ha dejado a unos cuantos en las fortalezas de la Unión y tienen todos los cuerpos colgando de las murallas, abiertos con la cruz y pudriéndose con las tripas al aire. No es así como se hacen las cosas. Y luego están Calder y Scale, que se pasan todo el día dando órdenes como si supieran distinguir un montón de mierda de una papilla de avena, como si ellos mismos se hubieran hecho un nombre y no se lo debieran todo a su padre.

—El cabrón de Calder —gruñó Tul sacudiendo la cabeza.

—El cabrón de Scale —bufó Dow, y, acto seguido, lanzó un escupitajo a la tierra mojada.

—No hay dos hijos de puta mayores en todo el Norte —dijo Escalofríos—.Y encima ahora he oído decir que Bethod ha hecho un trato.

—¿Qué clase de trato?

Escalofríos se dio media vuelta y escupió por encima de su hombro.

—Un trato con los Shanka, ni más ni menos.

El Sabueso le miró atónito. Todos lo hicieron. Ése sí que era un rumor nefasto.

—¿Con los Cabezas Planas? ¿Cómo?

—¿Quién sabe? Puede que la bruja esa haya encontrado una forma de comunicarse con ellos. Los tiempos cambian a toda velocidad, y eso no está bien, nada bien. Hay muchos camaradas por ahí que no están nada contentos. Pero a ver quién se atreve a meterse con el cabrón del Temible.

Dow frunció el ceño.

—¿El Temible? Nunca he oído hablar de él.

—¿Dónde habéis estado metidos? ¿Debajo del hielo?

Todos se miraron.

—Poco más o menos —dijo el Sabueso—. Poco más o menos.

Un precio barato

—Tiene visita, señor —dijo Barnem. Su rostro, por alguna extraña razón, tenía una palidez cadavérica.

—Obviamente. Supongo que por eso llamaban a la puerta, ¿no? —Glokta dejó caer la cuchara en el cuenco de sopa, que seguía casi intacto, y se chupó con gesto agriado las encías. *Una excusa como otra cualquiera para librarme de una cena particularmente repulsiva. Echo de menos la cocina de Shickel, aunque no tanto sus intentos de asesinarme*—. Venga hombre, dígame quién es.

—Es... esto... ejem... es...

Agachándose para que su impecable melena blanca no rozara el dintel, el Archilector Sult traspasó el umbral. *Ah, ya veo.* Sus ojos inspeccionaron con una expresión de desdén el estrecho comedor mientras fruncía los labios como si acabara de toparse con una cloaca abierta.

—No se levante —le escupió a Glokta. *No tenía intención de hacerlo.*

Barnem tragó saliva.

—¿Quiere su Eminencia que le traiga algo de...?

—¡Largo de aquí! —le gritó Sult, y el viejo sirviente estuvo a punto de irse al suelo en sus prisas por llegar a la puerta.

El Archilector le vio marchar con un mordaz gesto de desprecio. *El buen humor de nuestro anterior encuentro parece un sueño del que ya sólo quedara un vago recuerdo.*

—Malditos campesinos —bufó mientras se deslizaba detrás de la estrecha mesa de comedor—. Se ha producido otra revuelta cerca de Keln, y otra vez estaba el Curtidor ese metido hasta el cuello. Lo que no era más que un simple desahucio impopular ha desembocado en una sangrienta algarada. El tarado de Lord Finster interpretó mal el estado de ánimo de la población y lo único que consiguió fue que mataran a tres de sus guardias y que una turba furiosa asediara su mansión. Por fortuna no lograron entrar, así que se conformaron con quemar media aldea —Sult resopló con desdén—. ¡Su propia aldea de mierda! Eso es lo que hacen esos idiotas cuando se enfurecen.

¡Destruyen lo que les pille más a mano, aunque sea su propia casa! Como cabía esperar, el Consejo Abierto pide a gritos que se lave la ofensa con sangre. Con una buena cantidad de sangre campesina. Ahora resulta que tenemos que enviar allí a la Inquisición para que capture a los cabecillas, o a cualquier imbécil que pueda pasar por serlo, cuando lo que habría que hacer sería ahorcar al idiota de Finster, pero eso, claro está, no podemos hacerlo.

Glokta carraspeó.

—Me prepararé de inmediato para partir hacia Keln. *Ir a hacerles cosquillas a los campesinos está lejos de ser mi misión favorita, pero en fin.*

—No, le necesito para otra cosa. Dagoska ha caído.

Glokta arqueó una ceja. *Tampoco es que me sorprenda mucho. Bastante más asombroso es que su Eminencia se las haya ingeniado para hacerse un hueco en mis estrechos aposentos.*

—Al parecer, previamente se había llegado a un acuerdo para dejar entrar a los gurkos. Un acto de traición, por supuesto, aunque nada sorprendente dadas las circunstancias. Las tropas de la Unión fueron masacradas al instante, pero a muchos de los mercenarios simplemente se los tomó como esclavos y en términos generales se respetó la vida de la población nativa.

Clemencia gurka, quién lo habría pensado. Va a resultar que después de todo sí que existen los milagros.

Sult se quitó de un furioso papirotazo una mota de polvo que ensuciaba uno de sus impolutos guantes.

—Según se me ha informado, cuando los gurkos irrumpieron en la Ciudadela, el general Vissbruck optó por suicidarse para no ser capturado. *Jamás lo habría imaginado. Pensé que no tendría agallas.* Ordenó que quemaran su cuerpo para que el enemigo no pudiera profanar sus restos mortales y luego se degolló. Un valiente. Un acto como ése es toda una declaración de principios. Mañana será honrado en el Consejo Abierto.

Cuánto me alegro por él. Una muerte atroz con honor es mil veces preferible a una larga vida en el anonimato.

—Por supuesto —dijo Glokta en voz baja—. Un valiente.

—Hay algo más. Casi al mismo tiempo que nos llegaban esas noticias, se ha presentado aquí un enviado. Un enviado del Emperador de Gurkhul.

—¿Un enviado?

—En efecto. Al parecer, trae una propuesta de... paz —el Archilector pronunció la última palabra con auténtica repugnancia.

—¿Paz?

—Me parece que esta habitación es demasiado pequeña para que haya eco.

—Lo siento, Eminencia, pero...

—¿Qué tiene de raro? Han conseguido lo que querían. Tienen Dagoska y ya no pueden ir más lejos.

—No, Archilector. *Como no sea, tal vez, cruzando el mar...*

—Paz. Me repugna tener que cederles algo, pero lo cierto es que Dagoska nunca valió gran cosa. Nos costó más que lo que obtuvimos de ella. No era más que un trofeo para el Rey. Me parece que estamos mucho mejor sin ese peñón inútil.

Glokta inclinó la cabeza.

—Sin lugar a dudas, Eminencia. *Aunque no puedo evitar preguntarme para qué nos molestamos en luchar por él entonces.*

—Por desgracia, al haber perdido la ciudad, ya no hay un lugar del que pueda usted ser Superior —la circunstancia casi parecía satisfacerle. *Así que vuelvo a ser un vulgar Inquisidor, ¿eh? Me imagino que ya no seré bien recibido en las fiestas de la alta sociedad*—. Pero he decidido dejar que siga conservando el título. Como Superior de Adua.

Glokta hizo una pausa. *Un notable ascenso, sólo que...*

—Pero, Eminencia, ése es el cargo del Superior Goyle.

—Lo es y lo seguirá siendo.

—Entonces...

—Se repartirán las responsabilidades. Goyle es quien cuenta con más experiencia de los dos, de modo que tendrá una posición preeminente y continuará dirigiendo el departamento. Buscaré para usted unas tareas que se adecúen a sus talentos específicos. Confío en que un poco de sana competencia contribuya a sacar lo mejor de ustedes.

Parece más probable que una situación como ésa acabe con la muerte de uno de los dos, y todos sabemos quién tiene todas las papeletas para ser el elegido. Sult esbozó una sonrisa, como si supiera exactamente qué era lo que estaba pensando Glokta.

—O tal vez sirva para demostrar que uno de ustedes es claramente *superior* al otro —se rió de su propio chiste prorrumpiendo en una carcajada sin alegría, y Glokta le acompañó con una desganada sonrisa desdentada—. De momento lo que quiero es que se ocupe de ese enviado. Parece que no se le da mal tratar con los kantics, aunque convendrá en que a éste no lo mande decapitar, al menos por ahora —el

Archilector se permitió esbozar otra sonrisa minúscula—. Quiero que emplee su olfato para descubrir si busca algo más que la paz. Y también quiero, por supuesto, que utilice su olfato para averiguar si podemos obtener de él algo más que la paz. No perdemos nada, siempre y cuando no parezca que nos estamos dejando dar de latigazos.

Se levantó con un movimiento desmañado y salió trabajosamente de detrás de la mesa, sin dejar de fruncir el ceño ni un solo instante, como si la estrechez de la habitación constituyera una deliberada afrenta hacia su persona.

—Y, por lo que más quiera, Glokta, búsquese unos aposentos más amplios. ¿Cuándo se ha visto que un Superior de Adua viva así? ¡Es una vergüenza!

Glokta hizo una humilde inclinación de cabeza que le provocó un desagradable pinchazo que le llegó hasta la rabadilla.

—Desde luego, Eminencia.

***

El enviado del Emperador era un hombre fornido, con una poblada barba negra, que vestía una túnica blanca con ribetes dorados y se cubría con un solideo de ese mismo color. Cuando Glokta cruzó cojeando el umbral, se puso de pie e hizo una humilde reverencia. *Una apariencia tan terrenal y humilde como arrogante y etérea era la del anterior enviado. Otro tipo de hombre para cumplir otro tipo de misión, supongo.*

—Ah, pero si es el Superior Glokta, debería haberlo imaginado —tenía una voz modulada y profunda y, como era de esperar, dominaba a la perfección la lengua común—. Al otro lado del mar, muchos de los nuestros se sintieron hondamente decepcionados al comprobar que su cadáver no era uno de los que se hallaron en la Ciudadela de Dagoska.

—Me hará el favor de transmitirles mis más sinceras disculpas.

—Así lo haré. Mi nombre es Tulkis y soy uno de los consejeros del Uthman-ul-Dosht, el Emperador de Gurkhul —el enviado sonrió y un semicírculo de dientes de un blanco inmaculado asomó en medio de su barba negra—. Espero salir mejor parado de esta entrevista que el último embajador que le envió mi nación.

Glokta se tomó unos instantes para responder. *¿Sentido del humor? No me lo esperaba.*

—Supongo que eso dependerá de cuál sea el tono que emplee.

—Desde luego. Shabbed al Islik Burai siempre fue un hombre muy... agresivo. Por otro lado, sus lealtades era un poco... ambivalentes —la sonrisa de Tulkis se ensanchó—. Era un devoto creyente. ¿Un poco más inclinado hacia la iglesia que hacia el estado quizás? Yo, por supuesto, honro a Dios —y se tocó la frente con la punta de los dedos—. Como honro al Gran Profeta Khalul, bendito sea su nombre —volvió a llevarse la mano a la frente—. Pero, a la hora de servir... —añadió desviando la vista hacia Glokta— sólo sirvo a mi Emperador.

Interesante.

—Creía que en su nación el estado y la iglesia hablaban con una sola voz.

—A menudo ha sido así, pero entre nosotros también hay quienes piensan que los sacerdotes deben ocuparse de los rezos y dejar que sean el Emperador y sus consejeros quienes se encarguen de las tareas del gobierno.

—Entiendo. ¿Y se puede saber qué es lo que quiere comunicarnos el Emperador?

—El trabajo que nos ha costado capturar Dagoska ha conmocionado a nuestro pueblo. Los sacerdotes le habían hecho creer que la campaña sería muy fácil, porque Dios estaba de nuestro lado, nuestra causa era justa y todo ese tipo de cosas. Dios, qué duda cabe, es grande —añadió alzando la mirada al techo—, pero nada puede reemplazar a una buena planificación. El Emperador quiere la paz.

Glokta permaneció un instante en silencio.

—¿El gran Uthman-ul-Dosht? ¿El poderoso? ¿Quiere la paz?

El enviado no pareció sentirse ofendido.

—Estoy seguro de que entiende la utilidad de labrarse la reputación de ser un hombre despiadado. La primera necesidad de un gran gobernante, sobre todo cuando lo es de un territorio tan extenso y diverso como Gurkhul, es la de ser temido. También le agradaría ser amado, por supuesto, pero eso ya es un simple lujo. El miedo, en cambio, es esencial. No sé lo que habrá usted oído, pero le puedo asegurar que Uthman no es ni un hombre de guerra ni un hombre de paz. Es un hombre... ¿cómo lo llamarían ustedes? Pragmático. Un hombre que considera que hay que emplear la herramienta más adecuada para cada ocasión.

—Muy prudente —observó Glokta.

—Ahora es el momento de la paz. La clemencia. El compromiso. Ésas son las herramientas más adecuadas para sus propósitos, por mucho que no lo sean para los propósitos... de otros —y, dicho aquello, se llevó los dedos a la frente—, Y me ha enviado para saber si se adecúan también a los suyos.

—Vaya, vaya, vaya. De modo que el poderoso Uthman-ul-Dosht nos ofrece ahora clemencia y paz. Extraños tiempos estos que nos ha tocado vivir, ¿eh, Tulkis? ¿Es que los gurkos han aprendido a amar a sus enemigos? ¿O lo que han aprendido más bien es a temerlos?

—Para desear la paz no es necesario amar a los enemigos, ni siquiera temerlos. Basta con amarse a uno mismo.

—¿De veras?

—Sí. Los conflictos entre nuestras dos naciones me han arrebatado a dos hijos. Uno cayó en Ulrioch, en la anterior guerra. Era sacerdote y murió calcinado en el templo. El otro murió hace no mucho, en el asedio de Dagoska. Encabezaba el ataque que se produjo cuando se abrió la primera brecha en las murallas.

Glokta frunció el ceño y estiró el cuello. *Las ballestas sueltan un diluvio de saetas. Minúsculas figuras caen entre los cascotes.*

—Un ataque muy valeroso.

—La guerra es muy cruel con los valientes.

—Cierto. Lamento las bajas que han sufrido. *Aunque no siento ninguna pena especial.*

—Le agradezco sus sentidas condolencias. Dios ha tenido a bien concederme tres hijos más, pero el vacío que ha dejado la pérdida de esos dos no se llenará jamás. Es como perder una parte de tu propia carne. Por eso creo entender hasta cierto punto lo que ustedes mismos han perdido en estas guerras. Yo también lamento sus bajas.

—Es usted muy amable.

—Somos líderes. Las guerras tienen lugar cuando nosotros fracasamos. O cuando nos dejamos conducir al fracaso por gentes insensatas e imprudentes. Una victoria siempre es mejor que una derrota, pero... no por mucho. El Emperador ofrece la paz con la esperanza de que de esa forma se ponga fin para siempre a la enemistad entre nuestras dos grandes naciones. Nosotros no tenemos ningún interés especial en cruzar el mar para llevar la guerra a su territorio y ustedes no lo tienen en mantener una cabeza de puente en el continente kantic.

—¿A eso se reduce su propuesta?

—¿Le parece poco?

—¿Qué cree que pensará nuestro pueblo si les entregamos Dagoska después de lo mucho que nos costó ganarla en la última guerra?

—Seamos realistas. Sus compromisos militares en el Norte les sitúan en una posición claramente desfavorable. Dagoska está perdida, más vale que se olviden de ella —Tulkis pareció cavilar unos instantes—. No obstante, podría arreglar el envío

de una docena de cofres a modo de reparación, una ofrenda de nuestro Emperador a su Rey. Cofres de fragante madera de ébano, decorada con panes de oro, y cargados a espaldas de unos esclavos precedidos por un cortejo de humillados funcionarios de la administración imperial.

—¿Y qué contendrían esos cofres?

—Nada —se miraron fijamente desde cada lado de la sala—. Sólo orgullo. Puede decir que contienen cualquier cosa que se le ocurra. Una fortuna en oro gurko, en joyas kantics, en incienso procedente del otro lado del desierto. Por un valor superior incluso al de la propia Dagoska. Puede que eso aplaque a su pueblo.

Glokta aspiró de golpe una bocanada de aire y luego la expulsó.

—Paz. Y cajas vacías —la pierna izquierda se le había quedado dormida debajo de la mesa y, al moverla, se dibujó en su rostro una mueca de dolor. Luego resopló entre sus encías mientras hacía un esfuerzo para salir de la silla—. Transmitiré su propuesta a mis superiores.

Se estaba dando la vuelta para irse, cuando advirtió que Tulkis le tendía la mano. Glokta se la quedó mirando durante unos instantes. *Bueno, qué hay de malo en ello.* Alargó la suya y la estrechó.

—Espero que pueda convencerles —dijo el enviado gurko.

Yo también.

Hacia los confines del mundo

A la mañana de su noveno día en las montañas, Logen avistó el mar. Coronó dolorosamente el enésimo repecho y se topó con él. La senda descendía en pronunciada pendiente hacia una franja de terreno llano y bajo, al fondo de la cual se atisbaba una línea brillante en el horizonte. Casi podía olerlo: un penetrante olor a sal que se le metía dentro con cada respiración. Habría sonreído, si no fuera porque le recordaba demasiado a su tierra.

—El mar —dijo en un susurro.

—El océano —repuso Bayaz.

—Hemos atravesado el continente occidental de costa a costa —terció Pielargo con una sonrisa radiante—. Ya estamos cerca.

A la tarde estaban aún más cerca. La senda se había ensanchado hasta convertirse en un camino embarrado que discurría entre unos campos cercados por setos irregulares. La mayor parte eran simples cuadrados marrones de tierra removida, pero también los había verdes con hierba joven o con brotes de verduras, algunos de los cuales tenían ya bastante altura y se mecían con el peso de unos frutos invernales de color gris y aspecto insípido. Logen nunca había estado muy puesto en cuestiones de agricultura, pero saltaba a la vista que en esos terrenos se había estado trabajando, y no hacía mucho.

—¿Qué clase de gente vive en un lugar tan apartado como éste? —murmuró Luthar mirando con recelo los descuidados campos.

—Los descendientes de los colonos de antaño. Cuando se desmoronó el Imperio se quedaron aquí solos. Y solos han prosperado, más o menos.

—¿Han oído eso? —siseó Ferro entornando los ojos y sacando una flecha de su aljaba. Logen alzó la cabeza y aguzó el oído. A no mucha distancia se oían resonar unos golpes sordos. Luego el viento le trajo el débil sonido de una voz. Posó una mano en la empuñadura de la espada, se agachó y, acompañado por Ferro, se acercó sigilosamente a un desmañado seto y se asomó por encima.

Dos hombres bregaban con el tocón de un árbol en medio de un campo arado: uno le daba tajos con un hacha y el otro miraba con los brazos en jarras. Logen, inquieto, tragó saliva. Los dos tipos aquellos no parecían representar ninguna amenaza, pero no convenía fiarse de las apariencias. Hacía mucho que no se encontraban un ser vivo que no quisiera matarles.

—Tranquilícense —indicó Bayaz—. Aquí no hay ningún peligro.

Ferro le dirigió una mirada ceñuda.

—No es la primera vez que nos lo dice.

—¡No maten a nadie hasta que yo se lo diga! —bufó el Mago, y, a continuación, ondeando una mano a modo de saludo, llamó a los hombres en una lengua desconocida para Logen. Los dos hombres se volvieron de golpe y los miraron con la boca abierta. Bayaz volvió a gritar. Los campesinos intercambiaron una mirada y luego dejaron sus herramientas y se les acercaron andando lentamente.

Cuando se encontraba a unas pocas zancadas de ellos, se detuvieron. Incluso a los ojos de Logen, la pareja parecía bastante fea de aspecto: bajos, robustos, de rasgos toscos y vestidos con unas ropas de faena descoloridas y llenas de manchas y remiendos. Contemplaban con nerviosismo a los seis forasteros, y más en concreto sus armas, como si nunca hubieran visto gentes u objetos semejantes.

Bayaz les habló en un tono cálido, sonriendo y agitando los brazos mientras señalaba el océano. Uno de ellos asintió con la cabeza, se encogió de hombros y señaló el camino. Luego atravesó el seto por un hueco, saliendo del prado y entrando en el camino.

O pasando de un barro blando a otro duro, al menos. Les hizo una seña indicándoles que le siguieran mientras su compañero los observaba con desconfianza desde el otro lado del seto.

—Nos va a guiar hasta donde está Cawneil —dijo Bayaz.

—¿Quién? —masculló Logen, pero el Mago no le respondió. Ya había comenzado a andar a grandes zancadas en pos del campesino.

***

Caminaban por una ciudad desierta bajo un turbio cielo crepuscular siguiendo a su huraño guía. Un tipo bastante poco agraciado, según el parecer de Jezal, aunque sabía por propia experiencia que los campesinos rara vez eran bellezas y suponía que debían de ser bastante parecidos en todas partes. Las calles vacías estaban llenas de

polvo y sembradas de malas hierbas y desperdicios. Muchas de las casas estaban cubiertas de musgo y trepadas de hiedra, como si estuvieran abandonadas. Y las pocas en las que se apreciaba algún signo de ocupación se encontraban en un estado lamentable.

—Da la impresión de que el esplendor del pasado también se ha desvanecido aquí —señaló con un deje de decepción Pielargo—. Eso, si es que alguna vez lo tuvo.

Bayaz asintió.

—El esplendor es un bien escaso en los tiempos que corren.

En el lugar donde acababan las casas destartaladas se abría una amplia plaza. A su alrededor, un anónimo jardinero había plantado un jardín ornamental, pero el césped estaba lleno de calvas, los parterres se habían transformado en manchas de brezo y los árboles no eran más que unas garras marchitas. En medio de aquel paisaje de lenta decadencia se erguía un edificio tan alto como sorprendente o, para ser más exactos, un revoltijo de edificaciones de todas las formas y tamaños imaginables. De su parte central surgían tres esbeltas torres, redondas y puntiagudas, que estaban unidas en la base pero separadas en lo alto. Una de ellas se encontraba desmochada, y las vigas de su tejado, derrumbado sin duda hacía mucho tiempo, quedaban a la vista.

—Una biblioteca... —dijo Logen entre dientes.

A Jezal no se lo parecía.

—¿De veras?

—La Gran Biblioteca Occidental —terció Bayaz mientras atravesaban la destartalada plaza a la sombra de las tres torres ruinosas—. Aquí fue donde me inicié con paso vacilante en la senda del Arte. Aquí fue donde mi maestro me enseñó la Primera Ley. Donde me la repitió una y otra vez hasta que pude recitarla sin cometer ningún error en todas las lenguas conocidas. Este fue un templo de la erudición, un lugar lleno de prodigios y belleza.

Pielargo se sorbió los dientes.

—El tiempo no parece haber sido muy benigno con él.

—El tiempo nunca es benigno.

Su guía pronunció unas pocas palabras y señaló una puerta bastante alta cubierta de pintura verde descascarillada. A continuación, se alejó arrastrando los pies, no sin antes dirigirles a todos una mirada teñida de recelo.

—Está visto que no hay forma de conseguir un poco de ayuda —comentó el Primero de los Magos mientras observaba al campesino, que se alejaba

apresuradamente. Luego alzó su cayado y descargó tres buenos golpes contra la puerta. Se produjo un prolongado silencio.

—¿Una biblioteca? —oyó Jezal que decía Ferro en un tono que indicaba muy a las claras que desconocía la palabra.

—Un sitio donde hay libros —le oyó decir a Logen.

—Libros —repuso ella con desdén—. Una pérdida de tiempo.

Al otro lado de la puerta resonaban unos ruidos apagados: unos pasos que se acercaban, acompañados de un refunfuño. Al cabo de un instante, se oyó el chasquido y el crujir de los pestillos y, acto seguido, la puerta se abrió con un chirrido. Un hombre de avanzada edad y muy cargado de espaldas los miraba asombrado con una maldición ininteligible congelada en sus labios. En una mano llevaba una palmatoria encendida, que iluminaba con tenue luz uno de los lados de su cara arrugada.

—Soy Bayaz, el Primero de los Magos, y tengo que tratar unos asuntos con Cawneil —el sirviente seguía mirándolos con el mismo gesto de asombro. Tenía las mandíbulas tan separadas que Jezal casi esperaba ver caer en cualquier momento un hilillo de babas de su boca desdentada. Estaba claro que no recibían muchas visitas.

La luz parpadeante de una triste vela era de todo punto insuficiente para iluminar el grandioso salón que había al otro lado de la puerta. Gruesas mesas, vencidas por el peso de inestables pilas de libros. Estanterías que trepaban por todas las paredes y se perdían en la húmeda oscuridad de las alturas. Las sombras vacilantes pululaban por los lomos de cuero de unas encuadernaciones de todos los tamaños y colores, por holgados fajos de pergaminos, por rollos amontonados con descuido que formaban pirámides inclinadas. La luz chispeaba y destellaba reflejada en la plata dorada, en los adornos de oro, en las piedras mate que había incrustadas en algunos volúmenes de enorme tamaño. Una larga escalera, con la barandilla pulida por el roce de incontables manos y los escalones desgastados en el centro por el paso de innumerables pies, descendía trazando una curva hacia aquella acumulación de venerable sabiduría. Gruesas capas de polvo cubrían todas las superficies. Al cruzar el umbral, una pegajosa telaraña de dimensiones gigantescas se enredó en el cabello de Jezal, que se revolvió contra ella dándole de manotazos con cara de asco.

—La señora de la casa —resolló con un acento extraño el portero— ya se ha acostado.

—Pues despiértela —le espetó Bayaz—. Comienza a oscurecer y hay prisa. No tenemos tiempo de...

—Vaya, vaya, vaya —una mujer apareció en lo alto de las escaleras—. Oscura es la hora en la que los viejos amantes llaman a mi puerta —tenía una voz grave y acariciante como el sirope. Descendió con exagerada lentitud, arrastrando sus largas uñas sobre la barandilla curva. Parecía ser una mujer madura: alta, delgada y grácil, cuyos cabellos oscuros caían formando una larga cortina que le tapaba medio rostro.

—Hermana. Asuntos muy urgentes reclaman nuestra atención.

—¿Ah, sí? —el único ojo que Jezal alcanzaba a ver era grande, oscuro y de párpados pesados, con un leve reborde rosáceo un poco lloroso e irritado. Lánguida y perezosamente, con somnolencia casi, se deslizó hacia el grupo—. Qué aburrimiento más mortal.

—Estoy cansado, Cawneil, no estoy de humor para tus juegos.

—Todos estamos cansados, Bayaz, terriblemente cansados —cuando llegó por fin a los pies de las escaleras, exhaló con afectación un prolongado suspiro y luego comenzó a avanzar hacia ellos por el suelo desnivelado—. Hubo un tiempo en que siempre estabas dispuesto a jugar. Podías pasarte días y días seguidos jugando conmigo, si no recuerdo mal.

—Eso fue hace mucho. Las cosas cambian.

El rostro de la mujer se contrajo en un súbito y amenazador gesto de rabia.

—¡Las cosas se pudren, querrás decir! Pero aun así —y su voz se suavizó convirtiéndose de nuevo en un susurro grave—, nosotros, los últimos supervivientes de la Gran Orden de los Magos, deberíamos al menos intentar mantener las formas. Vamos, querido hermano, amigo mío, ¿a qué viene tanta prisa? El día se acaba y hay tiempo de que tus compañeros y tú os limpiéis el polvo del camino, os desprendáis de esos apestosos harapos y os vistáis para la cena. Luego podemos hablar durante la comida, como hacen las personas civilizadas. Rara vez se me presenta la ocasión de tener huéspedes —pasó deslizándose al lado de Logen y lo miró con admiración de arriba abajo—. Y me has traído unos huéspedes tan recios —luego se detuvo un instante junto a Ferro—. Unos huéspedes tan exóticos —finalmente extendió una mano y pasó uno de sus largos dedos por la mejilla de Jezal—. ¡Unos huéspedes tan apuestos!

Jezal, azorado y confundido a partes iguales, permanecía tieso como un palo sin saber cómo reaccionar ante aquel atrevimiento. De cerca, se advertía que las raíces de la cabellera negra de la mujer estaban grises; era teñida sin duda. En su tersa piel se adivinaban muchas arrugas y tenía un tono amarillento; sin duda se la había empolvado a conciencia. Su toga blanca tenía el dobladillo sucio y en su manga era patente la presencia de una mancha. Parecía tan vieja como Bayaz, tal vez más incluso.

Los ojos de la mujer se volvieron hacia el rincón donde se encontraba Quai y frunció el ceño.

—Qué clase de huésped sea ése, lo ignoro... pero todos son bienvenidos a la Gran Biblioteca Occidental. Todos son bienvenidos...

***

Jezal pestañeaba ante el espejo con una navaja de afeitar agarrada laxamente en una mano.

Un poco antes había estado reflexionando sobre el viaje, ahora que ya se aproximaba su final, y se había congratulado de las numerosas enseñanzas que había sacado de él. Tolerancia, comprensión, coraje, capacidad de sacrificio. Cuánto había crecido como hombre. Cuánto había cambiado. Pero en ese momento no estaba para congratularse de nada. Puede que el espejo fuera una antigualla, que su reflejo fuera oscuro y que la imagen que le devolvía estuviera algo distorsionada, pero no cabía ninguna duda de que su cara estaba hecha una auténtica ruina.

Su grata simetría se había perdido para siempre. Su perfecta mandíbula estaba marcadamente torcida hacia la izquierda y parecía más gruesa de un lado que del otro; su noble mentón estaba retorcido en un feo ángulo. El arranque de la cicatriz en el labio superior no era más que una tenue línea, pero luego se dividía en dos, se hendía profundamente en el inferior y lo echaba hacia abajo confiriéndole un gesto permanente de lascivia.

Nada de lo que hiciera servía de mucho. Sonreír sólo contribuía a empeorar las cosas, pues, al hacerlo, quedaban al descubierto los horrendos huecos de su dentadura, más propios de un boxeador sonado o de un bandolero que de un oficial de la Guardia Real. El único consuelo era que con toda probabilidad moriría durante el viaje de regreso y así ninguno de sus viejos conocidos le vería nunca tan horriblemente desfigurado. Un consuelo bien triste, desde luego.

Una solitaria lágrima cayó al bacín que tenía debajo de la cara.

Jezal tragó saliva, tomó aire con respiración entrecortada y se limpió su mejilla humedecida con el dorso del antebrazo. Acto seguido, encajó la nueva y extraña configuración de su mandíbula y agarró con fuerza la navaja. El mal estaba hecho y no había vuelta de hoja. Tal vez fuera un hombre más feo, pero también era mejor persona, y, como habría dicho Logen, al menos seguía vivo. Hizo una floritura con la navaja y se rasuró los pelos que crecían sueltos y desordenados en las mejillas, por detrás de las orejas y en la garganta. Los que había alrededor de los labios, en el

mentón y en torno a la boca se los dejó. Le quedaba bien la barba, pensó, mientras secaba la navaja. O, por lo menos, contribuía a que se notara un poco menos la desfiguración de su rostro.

Luego se puso las ropas que le habían dejado. Una camisa que olía a moho y unos pantalones de un corte antiguo y ridículamente pasado de moda. Cuando por fin estuvo listo para ir a cenar, casi se le escapó una risa al ver su deformado reflejo. Los despreocupados moradores del Agriont a duras penas le habrían reconocido. De hecho, él mismo casi ni se reconocía.

El ágape nocturno no respondió a lo que cabía esperar de la mesa de tan ilustre figura histórica. La vajilla de plata estaba deslustrada en extremo, los platos muy usados y desconchados, y la mesa oscilaba tanto que Jezal estaba convencido de que en cualquier momento el almuerzo iría a parar al mugriento suelo. La comida la servía el desgarbado portero, con el mismo ritmo cansino con que les había abierto la puerta, de tal modo que cada uno de los platos llegaba más frío y más amazacotado que el anterior. El primero fue una sopa aceitosa de una insuperable insipidez. Luego vino un pescado tan hecho que casi había quedado reducido a cenizas, y hacía un rato les habían traído una carne tan poco hecha que casi parecía viva.

Bayaz y Cawneil comían en un silencio sepulcral mientras se miraban fijamente desde cada extremo de la mesa, como si se hubieran hecho el firme propósito de conseguir que todos los demás se sintieran incómodos. Quai se limitaba a llevarse comida a la boca mientras sus ojos oscuros miraban alternativamente a cada uno de los Magos. Pielargo acometía cada plato con fruición mientras sonreía a todos los presentes como si estuvieran disfrutando del almuerzo tanto como él. Logen contemplaba con expresión ceñuda el tenedor sobre el que se cerraba su puño mientras daba torpes pinchazos al plato como si se tratara de un pendenciero Shanka, metiendo de vez en cuando las abultadas mangas de su jubón en la comida. A Jezal no le cabía ninguna duda de que Ferro habría podido usar su cubertería con suma destreza, de haberle dado la gana, pero había optado por comer con las manos y cada vez que sus ojos se cruzaban con los de alguno de los otros comensales le lanzaba una mirada asesina como retándole a que le afeara su forma de comer. Seguía llevando la misma ropa sucia de hacía una semana, y, por un instante, Jezal se preguntó si le habrían ofrecido ponerse un vestido. Casi se atraganta al imaginársela.

Ni la comida ni la compañía ni el entorno respondían a lo que Jezal habría elegido, pero el hecho era que hacía unos pocos días se habían quedado prácticamente sin nada que echarse a la boca. Durante ese lapso de tiempo sus raciones alimenticias se habían limitado a un manojo de raíces terrosas que Logen había arrancado de una ladera de la montaña, a seis huevos minúsculos que Ferro había robado de un nido situado en un risco y a unas cuantas bayas de una amargura indescriptible que

Pielargo había arrancado de un árbol, elegido aparentemente al azar. Jezal tenía tanta hambre que incluso habría sido capaz de comerse el plato. Y, de hecho, mientras trataba de cortar un trozo de carne llena de nervios, se preguntó si en el fondo no sería una opción más sabrosa.

—¿Sigue en condiciones de navegar el barco? —gruñó Bayaz. Todo el mundo levantó la vista. Era la primera vez que alguien hablaba desde hacía un buen rato.

El ojo oscuro de Cawneil le dirigió una mirada gélida.

—¿Te refieres al barco que emplearon Juvens y sus hermanos para navegar hasta Shabulyan?

—¿Qué otro iba a ser?

—En tal caso, la respuesta es no. No está en condiciones de hacerse a la mar. Se encuentra en el viejo embarcadero cubierto con un pútrido mantillo de verdín. Pero no temas. Luego se construyó otro, y, cuando ése se pudrió también, otro más. El último se mece al ritmo que marcan las mareas, amarrado a tierra, con una buena capa de algas y mejillones, pero dotado siempre de una tripulación y bien surtido de provisiones. No he olvidado la promesa que hice a nuestro maestro. Yo tomé buena nota de cuáles eran mis obligaciones.

Las cejas de Bayaz se juntaron formando un gesto iracundo.

—Lo cual quiere decir, me imagino, que yo no lo hice, ¿no es así?

—Yo no he dicho eso. Si crees detectar un tono de reproche en mis palabras, es tu propia culpa la que te aguijonea, no mis acusaciones. Yo no tomo partido, ya lo sabes. Nunca lo he hecho.

—Hablas como si la pereza fuera la mayor de las virtudes —mascullό el Primero de los Magos.

—A veces lo es, sobre todo si actuar significa tomar parte en vuestras trifulcas. Olvidas, Bayaz, que todo esto ya lo he visto antes, y en más de una ocasión; es un esquema que me resulta tedioso. La historia se repite. Los hermanos luchan entre sí. Del mismo modo que Juvens luchó con Glustrod, que Kanedias luchó con Juvens, ahora Bayaz lucha con Khalul. Hombres más pequeños en un mundo más grande, pero no por ello con menos odio, ni más dispuestos a la clemencia. ¿Acabará esta sórdida rivalidad igual de bien que las anteriores? ¿O será aún peor?

Bayaz resopló con desdén.

—No pretendas hacerme creer que algo de esto te importa, o que si te importara serías capaz de alejarte de tu lecho más de diez zancadas.



—Claro que no me importa. No tengo ningún problema en reconocerlo. Nunca fui como tú o como Khalul, ni siquiera como Zacharus o como Yulwei. Carezco de una ambición insaciable y mi arrogancia no es un pozo sin fondo.

—Sí, desde luego —Bayaz se chupó asqueado las encías y arrojó su tenedor, que cayó con estrépito en el plato—. Lo que tú tienes es una vanidad sin límites y una pereza infinita.

—Soy una persona de pequeños vicios y pequeñas virtudes. Rehacer el mundo para que se acomode al grandioso proyecto que he diseñado para él nunca me ha interesado. Siempre he aceptado el mundo tal y como es, y por eso soy una enana entre gigantes —sus somnolientos ojos se fueron posando en cada uno de sus huéspedes—. El pie de un enano no puede aplastar a nadie —cuando la mirada escrutadora de Canweil recayó en él, Jezal soltó una tos y se concentró en la carne correosa que tenía en el plato—. Pero bien larga es la lista de los que tú has pisoteado para satisfacer tu ambición, ¿no es cierto, amor mío?

La irritación de Bayaz comenzaba a pesar como una losa en el ánimo de Jezal.

—No hace falta que recurras a acertijos, hermana —rezongó el anciano—. Capto lo que quieres decir.

—Ah, lo olvidaba. Tú eres de lo que hablan siempre a las claras, de los que no soportan ningún tipo de subterfugios. Eso me dijiste justo después de asegurarme que jamás me abandonarías y justo antes de que me dejaras para irte con otra.

—No tuve elección. No eres justa conmigo, Cawneil.

—¿Que no soy justa contigo? —bufó ella, y esta vez su furia se abatió sobre Jezal desde el otro lado de la mesa—. ¿De qué me hablas, hermano? ¿Es que no me abandonaste? ¿Es que no te fuiste con otra? ¿Es que no le robaste al Creador primero sus secretos y luego a su hija? —Jezal, que ya no sabía dónde meterse, encorvó los hombros sintiéndose tan estrujado como una nuez en un cascanueces—. ¿Es que ya te has olvidado de Tolomei?

La expresión de Bayaz se volvió aún más gélida.

—He cometido errores y aún sigo pagando por ellos. No hay ni un solo día en que no piense en ella.

—¡Qué nobleza la tuya! —replicó con sorna Cawneil—. ¡Seguro que ella se desmayaría de gratitud si pudiera oírte! También yo pienso en aquel día alguna que otra vez. El día en que acabaron los Viejos Tiempos. Ahí estábamos, congregados ante la Casa del Creador, ávidos de venganza. Echamos mano de todo nuestro Arte, de toda nuestra furia, y ni siquiera logramos hacer un arañazo a las puertas. Y, llegada la noche, el susurro de tu voz rogó a Tolomei que te dejara entrar —apretó

sus manos ajadas contra el pecho—. Qué tiernas palabras usaste. Unas palabras que jamás te habría creído capaz de pronunciar. Incluso una vieja cínica como yo se sintió conmovida. ¿Podía una criatura inocente como Tolomei negarte lo que le pidieras, ya fuera que te abriera la casa de su padre o que te abriera las piernas? ¿Y cuál fue la recompensa que obtuvo por todos sus desvelos, eh, hermano? ¿Por ayudarte, por confiar en ti, por entregarte su amor? ¡Qué dramática tuvo que ser la escena! Los tres ahí arriba, en los tejados. Una joven ilusa, su celoso padre y su amante secreto —dejó escapar una amarga carcajada—, No suele ser una buena combinación, pero aun así nadie habría pensado que acabaría tan mal. ¡Los dos, padre e hija, precipitándose en la larga caída hacia el puente!

—Kanedias era incapaz de sentir piedad —gruñó Bayaz—, ni siquiera hacia su propia hija. La lanzó desde el tejado ante mis propios ojos. Luchamos, y yo le arrojé al vacío envuelto en llamas. Y así se consumó la venganza de nuestro maestro.

—¡Oh, fantástico! —Cawneil aplaudió con fingido entusiasmo—. ¡A todo el mundo le gustan los finales felices! Pero dime una cosa, ¿qué fue lo que te hizo llorar tanto a Tolomei cuando yo jamás conseguí arrancarte ni una mísera lágrima? ¿Decidiste que te gustaban las mujeres puras, eh, hermano? —y pestañeó haciendo una irónica demostración de coquetería, que resultaba extrañamente perturbadora en su rostro avejentado—. ¿Inocencia? Una virtud fugaz e inútil, que nunca me he vanagloriado de poseer.

—¡Qué cosa más rara en alguien como tú, que a tantos ha poseído!

—Oh, muy bien, mi viejo amante, felicidades. La viveza de tu ingenio siempre fue lo que más me gustó de ti. Khalul, sin duda, era el mejor en la cama, pero nunca tuvo tu pasión ni tu osadía —ensartó con saña un trozo de carne con el tenedor—. ¿Viajando a los confines del Mundo a tu edad? ¿Para robar aquello que nuestro maestro prohibió? ¡Hace falta valor, desde luego!

Bayaz lanzó una mirada desdeñosa al otro extremo de la mesa.

—¿Qué sabrás tú del valor? ¡Tú, que durante todos estos largos años sólo te has querido a ti misma! ¡Que no has arriesgado nada, no has dado nada, no has creado nada! ¡Tú, que has dejado que se marchiten todos los dones que te concedió nuestro maestro! Guárdate tus polvorientas historias, hermana. A nadie le interesan y a mí menos que a nadie.

Los dos Magos se quedaron mirándose en un gélido silencio mientras la atmósfera se iba adensando con su furia contenida. Las patas de la silla de Nuevededos emitieron un leve chirrido al apartarla cautelosamente de la mesa. Ferro, que estaba enfrente de él, tenía fijada en su semblante una expresión de honda desconfianza. Malacus Quai enseñaba los dientes y clavaba sus ojos iracundos en su maestro. Jezal

no podía hacer otra cosa que permanecer sentado y contener la respiración, confiando en que al final de aquella discusión incomprensible no acabara uno de ellos en llamas. Sobre todo él.

—Bueno —se aventuró a decir el Hermano Pielargo—. Yo, por mi parte, quisiera dar las gracias a nuestra anfitriona por esta excelente comida que... —los dos ancianos Magos clavaron en él sus despiadadas miradas—. Ahora que nos acercamos... a nuestro... destino final... hummm... —el Navegante tragó saliva y bajó los ojos hacia el plato—. Entiendo; no he dicho nada.

***

Sentada desnuda en una silla, con una pierna pegada al pecho, Ferro se rascaba una costra que tenía en la rodilla, y fruncía el ceño.

Fruncía el ceño mientras contemplaba las paredes de la habitación, imaginándose el enorme peso de las viejas piedras que la rodeaban por todas partes. Se recordaba a sí misma mirando con idéntico gesto los muros de su celda en el palacio de Uthman, aupándose para asomarse por la minúscula ventana, sintiendo el sol en su cara, soñando con la libertad. Recordaba los grilletes raspándole los tobillos, la cadena, larga y fina, pero mucho más resistente de lo que aparentaba. Se veía forcejeando con ella, mordiéndola, dándole tirones con el pie hasta desgarrarse la piel y hacerse sangre. Odiaba las paredes. Para ella siempre habían sido como las fauces de un cepo.

Su ceño se volvió luego hacia la cama. Odiaba las camas, los divanes, los almohadones. Las cosas blandas reblandecen; a ella no le hacían falta. Se recordaba tumbada en la oscuridad en un lecho blando el primer día de su esclavitud. Cuando no era más que una niña pequeña y débil. Se recordaba tumbada en la oscuridad y llorando porque estaba sola. Ferro se rascó con furia la costra hasta que sintió que la sangre comenzaba a brotar. Aborrecía a aquella niña débil y estúpida que se había dejado capturar. Despreciaba su recuerdo.

Pero su mirada más ceñuda se la reservaba a Nuevededos, que yacía de espaldas, con la cabeza inclinada hacia atrás, la boca abierta y los ojos cerrados, expulsando el aliento suavemente por la nariz y envuelto en unas mantas arrugadas de las que sobresalía uno de sus pálidos brazos, doblado en una postura bastante incómoda en apariencia. Dormía como un niño. ¿Por qué había follado con él? ¿Y por qué seguía haciéndolo? Jamás debería haberle tocado. Jamás debería haberle dirigido la palabra. No necesitaba a ese grandullón pálido, feo y estúpido.

No necesitaba a nadie.

Ferro no paraba de decirse que ella odiaba todo eso, y que ese odio jamás desaparecería. Pero por mucho que se pusiera de morros, por mucho que frunciera el ceño y se hurgara las costras, no le era fácil seguir sintiendo lo mismo. Miró la cama, la oscura madera que reflejaba la luz de las ascuas de la chimenea, las sombras que bailoteaban en las sábanas arrugadas. ¿A quién demonios le iba a importar que durmiera allí en vez de en el amplio y frío colchón de su habitación? La cama no era enemiga suya. Así que se levantó de la silla, dio unos pasos de puntillas y se metió dentro, de espaldas a Nuevededos, poniendo mucho cuidado en no despertarlo. No por respeto a él desde luego.

Simplemente no quería tener que dar explicaciones.

Sacudió los hombros y se movió de espaldas hacia él buscando el punto más cálido. Le oyó gruñir y luego sintió que se daba la vuelta. Contuvo la respiración y se preparó para salir de la cama de un salto. Nuevededos le rodeó el costado con un brazo, vertió su aliento caliente en su cuello y en sueños le masculló al oído unos sonidos ininteligibles.

La presión de su cuerpo, grande y cálido, ya no le producía la sensación de estar atrapada. El peso de su mano pálida posada suavemente sobre sus costillas y el pesado brazo que la rodeaba casi le producían una sensación... grata. Aquello hizo que torciera el gesto.

Ninguna cosa grata duraba mucho.

Así que deslizó su mano sobre el dorso de la de él, le palpó los dedos y el muñón del que le faltaba y luego entrelazó su mano con la suya e hizo como si se sintiera embargada de una sensación de seguridad y plenitud. ¿Qué tenía de malo? Agarró con fuerza la mano y se la apretó contra el pecho.

Porque sabía que no duraría mucho.

Antes de la tormenta

—Bienvenidos, caballeros. General Poulder, general Kroy. Bethod se ha retirado al Torrente Blanco y ya no es fácil que encuentre un terreno favorable para hacernos frente —Burr tomó aire con brusquedad y sus ojos abarcaron con una mirada grave a todos los presentes—. Es muy probable que mañana mismo entremos en combate.

—¡Espléndido! —exclamó Poulder dándose una palmada en el muslo con aplomo.

—Mis hombres están listos —murmuró Kroy alzando el mentón el centímetro reglamentario. Los dos generales, y los numerosos integrantes de sus respectivos Estados Mayores, se fulminaron con la mirada desde los extremos opuestos de la amplia tienda de Burr, cada uno de ellos tratando de superar a su homólogo en ardor guerrero. West sintió que se le fruncía el labio mientras los contemplaba. Dos pandillas de críos en el patio de un colegio no se habrían comportado de una forma más infantil.

Burr alzó las cejas y se volvió hacia sus mapas.

—Por suerte para nosotros, los arquitectos que diseñaron la fortaleza de Dunbrec realizaron también un estudio pormenorizado del territorio circundante. Tenemos la inmensa fortuna de contar con unos mapas extremadamente precisos. Lo que es más, hace poco un grupo de norteños se ha pasado a nuestro bando trayendo consigo una información muy exacta sobre las fuerzas de Bethod, sus posiciones y sus planes.

—¿Por qué habríamos de fiarnos de la palabra de una jauría de perros del Norte, que ni siquiera son leales a su propio Rey? —dijo desdeñoso Kroy.

—Si el Príncipe Ladisla se hubiera mostrado más dispuesto a escucharlos, señor —terció West—, puede que todavía se encontrara entre nosotros. Igual que la división que tenía a su mando —el general Poulder se rió entre dientes y sus gentes le imitaron. A Kroy, como cabía esperar, no le hizo tanta gracia. Lanzó una mirada asesina desde un extremo de la tienda, a la que West respondió con otra de una inexpresividad gélida.

Burr carraspeó y siguió adelante.

—Bethod tiene en sus manos la fortaleza de Dunbrec —la punta de su vara golpeó un hexágono negro—. Una posición desde la que se domina la única vía importante que sale de Angland, a la altura en que vadea el Flujo Blanco, nuestra frontera con el Norte. El camino se aproxima a la fortaleza por el oeste, atajando luego hacia el este atravesando un amplio valle que se abre entre dos boscosas cadenas montañosas. El grueso de las tropas de Bethod acampa en las cercanías de la fortaleza, pero tiene la intención de lanzar un ataque hacia el este siguiendo el camino tan pronto como aparezca nuestro ejército —la vara de Burr recorrió como una cuchillada la línea oscura arrancando un zumbido al grueso papel—. El valle por el que discurre el camino, un terreno pelado formado por campos de hierba sembrados de matojos y con algunas formaciones pedregosas, le proporcionará espacio de sobra para maniobrar —se volvió hacia los oficiales, aferrando la vara, y plantó los puños con firmeza en la mesa que tenía delante—. Lo que pretendo es que caigamos en su trampa. O, más bien... que parezca que hemos caído. ¿General Kroy?

Kroy dejó de fulminar a West con la mirada y respondió con un seco:

—¿Sí, Lord Mariscal?

—Su división se desplegará a ambos lados del camino y avanzará a buen paso hacia la fortaleza con objeto de alentar a Bethod a lanzar su ataque. Entretanto, la división del general Poulder se habrá abierto paso entre los bosques en lo alto de la cadena septentrional, por aquí —y su vara golpeó las masas verdes de los promontorios boscosos—, hasta situarse justo delante de la posición del general Kroy.

—Justo *delante* de la posición del general Kroy —repitió sonriente Poulder como si le hubieran concedido un gran privilegio. Kroy expresó su desagrado con una mueca.

—*Justo* delante, sí —prosiguió Burr—. Cuando las tropas de Bethod ocupen por completo el valle, su misión será caer sobre ellas desde arriba cogiéndolas por un flanco. Es crucial que espere a que los Hombres del Norte se encuentren plenamente enzarzados en el combate, general Poulder, para que así podamos rodearlos, arrollarlos y, con un poco de suerte, cobrarnos la mayor parte de la pieza de una sola atacada. Si dejamos que se replieguen a los vados, la fortaleza cubrirá su retirada y no podremos perseguirlos. Rendir Dunbrec puede llevarnos meses.

—¡Por supuesto, Lord Mariscal —exclamó Poulder—, mi división esperará hasta el último momento, puede estar seguro de ello!

Kroy soltó un resoplido desdeñoso.

—Eso no le supondrá ninguna dificultad. Llegar tarde es una de sus especialidades, según tengo entendido. ¡No habría necesidad de presentar ahora

batalla si hubiera interceptado a los Hombres del Norte la semana pasada, en lugar de dejar que le esquivaran!

Poulder se erizó.

—¡Se dice fácil cuando uno estuvo sentado en el flanco derecho sin hacer nada! ¡Suerte tuvo que no pasaran por allí de noche! ¡A lo mejor habría tomado su retirada por un ataque y emprendido la huida con toda su división!

—¡Caballeros, por favor! —rugió Burr dando un estacazo a la mesa con su vara—. ¡Habrá ocasión de combatir para todos y cada uno de los miembros del ejército, se lo puedo asegurar, y, si todos cumplen las órdenes, abundante gloria para todos también! ¡Tenemos que actuar coordinadamente si queremos que este plan dé sus frutos! —soltó un eructo, contrajo la cara y se humedeció los labios con gesto amargo mientras los dos generales y sus respectivos Estados Mayores se intercambiaban miradas de odio. West se habría reído con ganas de no haber estado en juego la vida de muchos hombres, la suya entre otras.

—General Kroy —dijo Burr con el mismo tono con el que un padre se dirige a un hijo travieso—. Quiero estar seguro de que comprende a la perfección cuáles son mis órdenes.

—Desplegar mi división a ambos lados del camino —masculló Kroy— y avanzar hacia Dunbrec lentamente y en buen orden, siguiendo el valle en dirección este, con objeto de atraer a Bethod y a sus salvajes a entablar combate.

—Muy bien. ¿General Poulder?

—Hacer que mi división avance oculta por el bosque hasta situarla *justo delante* de los regimientos del general Kroy y en el último momento cargar sobre la escoria del Norte y cogerlos por el flanco.

Burr consiguió que sus labios dibujaran una sonrisa.

—Correcto.

—¡Un plan excelente, Lord Mariscal, permítame que se lo diga! —Poulder se estiró satisfecho las guías de su mostacho—. Puede estar seguro de que mi caballería los hará pedazos. ¡Pedazos!

—Me temo que no podrá contar con su caballería, general —terció West hablando con tono neutro—. Los bosques son muy tupidos y los caballos no le servirán de nada. Incluso podrían alertar a los Hombres del Norte de su presencia. No podemos correr ese riesgo.

—Pero... mi caballería —masculló apesadumbrado Poulder—. ¡Son mis mejores regimientos!

—Permanecerán aquí, señor —dijo con voz monocorde West—, en las proximidades del cuartel general del Mariscal Burr, y bajo su mando directo, en calidad de unidades de reserva. No entrarán en acción a menos que sea necesario —ahora fue la furia de Poulder la que tuvo que aguantar con gesto pétreo, mientras los rostros de Kroy y su Estado Mayor se rasgaban con unas sonrisas tan amplias y reglamentadas como carentes de toda alegría.

—No creo que... —bufó Poulder.

Burr le cortó en seco.

—La decisión está tomada. Pero hay una última cosa que quiero que tengan en cuenta. Según unos informes que hemos recibido, Bethod va a recibir refuerzos. Una especie de hombres salvajes procedentes de la otra vertiente de las montañas del norte. Mantengan los ojos abiertos y protejan bien sus flancos. Mañana les haré llegar las órdenes referentes al momento en que han de ponerse en marcha, que con toda probabilidad será con las primeras luces del día. Eso es todo.

—¿Está seguro de que podemos confiar en que harán lo que se les ha dicho? —inquirió West mientras observaba a los dos grupos enfilar con gesto adusto la salida de la tienda.

—¿Qué otra opción hay? —el mariscal se dejó caer en una silla haciendo una mueca de dolor y posó las manos en su vientre mientras contemplaba con gesto ceñudo el gran mapa—. Pero no creo que haya motivos para preocuparse. A Kroy no le queda otra opción que avanzar por el valle y combatir.

—¿Y qué me dice de Poulder? Le creo perfectamente capaz de buscarse alguna excusa para quedarse en los bosques sin hacer nada.

El Lord Mariscal sonrió mientras hacía un gesto negativo con la cabeza.

—¿Y dejar que sea Kroy el que haga todo el trabajo? ¿Y si consigue derrotar a los Hombres del Norte él solo y se lleva toda la gloria? No. Poulder nunca se arriesgará a que ocurra eso. Con un plan como éste no les queda más remedio que colaborar —se interrumpió un instante y alzó la vista hacia West—. Tal vez debería mostrarse un poco más respetuoso con ellos.

—¿Cree que se lo merecen, señor?

—Desde luego que no. Pero si, por un casual, perdiéramos mañana, lo más probable es que sea uno de ellos el que se ponga mis botas y ocupe mi puesto. ¿Y cuál sería su situación entonces?

West sonrió.

—Estaría acabado, señor. Pero no creo que vaya a conseguir cambiar eso por el hecho de mostrarme más respetuoso. Me odian por lo que soy, no por lo que digo. Más vale que diga lo que quiera mientras pueda.

—Tal vez tenga razón. Son un maldito incordio, pero al menos sus estupideces son previsibles. Es Bethod quien me preocupa. ¿Hará lo que queremos que haga? —Burr eructó, tragó saliva y luego volvió a eructar—. ¡Maldita sea esta maldita indigestión!

Tresárboles y el Sabueso estaban despatarrados en un banco que había junto a la entrada de la tienda: una rara pareja entre los almidonados y planchados uniformes de los oficiales y los guardias.

—Esto me huele a batalla —dijo Tresárboles mientras West se les acercaba a buen paso.

—Ha acertado —West señaló a los hombres que vestían el uniforme negro del Estado Mayor de Kroy—. Mañana por la mañana la mitad del ejército descenderá por el valle con la esperanza de atraer a Bethod al combate —luego señaló a los hombres de uniforme carmesí de Poulder—. La otra mitad avanzará por los bosques de los montes con la esperanza de sorprenderlos antes de que logren emprender la huida.

Tresárboles asintió lentamente con la cabeza.

—Suena bien el plan ese.

—Bueno y sencillo —apostilló el Sabueso. West hizo una mueca de dolor. Apenas aguantaba mirarle.

—No tendríamos ningún plan si no fuera por esa información que nos han traído —alcanzó a decir entre dientes—. ¿Están seguros de que es fiable?

—Todo lo seguros que se puede estar —dijo Tresárboles.

El Sabueso sonrió.

—Escalofríos no es mala gente, y el rastreo que he hecho parece confirmar sus palabras, así que supongo que es cierto. Aunque nunca se puede asegurar, claro.

—Claro. En fin, creo que se han ganado un descanso.

—No le diré que no a eso.

—Les he reservado un puesto en el extremo izquierdo de nuestras líneas, a la cola de la división del general Poulder, en un promontorio entre los árboles. Estando allí no deberían verse envueltos en la refriega. No creo que mañana haya un lugar más seguro en todo el ejército. Atrinchérense y enciendan un fuego; si todo va bien, nuestra próxima conversación tendrá lugar ante el cadáver de Bethod —y, acto seguido, les tendió la mano.

Tresárboles sonrió mientras se la estrechaba.

—Ya habla como nosotros, Furioso. Cuídese —el Sabueso y él comenzaron a alejarse ascendiendo pesadamente por la ladera en dirección al lindero del bosque.

—¿Coronel West?

Antes de darse la vuelta ya sabía quién era. No había muchas mujeres en el campamento que tuvieran mucho que hablar con él. Cathil estaba de pie en la nieve fangosa, envuelta en un abrigo prestado. Tenía una expresión furtiva, un gesto como avergonzado. Pero su visión seguía provocándole una oleada de rabia y de azoro.

No era justo. No tenía ningún derecho sobre ella. No era justo, pero eso sólo servía para empeorar las cosas. No podía quitarse de la cabeza la cara del Sabueso, vista de lado, y los gemidos de ella. La horrible sorpresa que se había llevado. La horrible decepción también.

—Será mejor que vaya con ellos —dijo West con gélida formalidad tras haber tenido que forzarse a decir algo—. Estará más segura —luego se dio la vuelta, pero ella le detuvo.

—Quien estaba fuera de la tienda... la otra noche... era usted, ¿verdad?

—Me temo que sí. Sólo había ido para ver si necesitaba algo —mintió—. No tenía ni idea de... con quién iba a estar.

—En ningún momento pretendí que usted...

—Con el Sabueso —masculló mientras un gesto de perplejidad asomaba a su semblante—. ¿Con él? No entiendo... ¿por qué? —por qué él y no yo era lo que quería decir, pero consiguió contenerse.

—Sé... Sé lo que debe de pensar.

—¡No tiene que darme ninguna explicación! —bufó aunque no ignoraba que acababa de pedírsela—. ¿Qué más da lo que yo piense? —lo escupió con bastante más veneno de lo que habría deseado, pero su propia falta de control sólo sirvió para enfurecerlo más y hacerle perder los estribos—. ¡Con quién se acueste usted no es asunto mío!

Cathil hizo una mueca de dolor y bajó la vista.

—No era mi intención... Estoy en deuda con usted, lo sé. Es sólo que... Es usted demasiado violento para mí. No es más que eso.

Mientras la mujer ascendía trabajosamente la ladera siguiendo a los norteños, West la miraba fijamente sin dar crédito a lo que acababa de oír. ¿No tenía ningún problema en acostarse con aquel salvaje apestoso, pero *él* le parecía demasiado violento? Era tan injusto que la rabia estuvo a punto de asfixiarle.

Preguntas

Acuciado por las prisas, el coronel Glokta entró a la carga en el comedor luchando valientemente con la hebilla del cinto de su espada.

—¡Maldita sea! —bufó. Estaba torpe. No conseguía cerrar el condenado trasto—. ¡Maldita sea, maldita sea!

—¿Necesita ayuda con eso? —inquirió Shickel, que estaba sentada arrimada a la mesa con los hombros surcados de quemaduras negras y varias heridas abiertas con un aspecto tan reseco como el de un trozo de carne en una carnicería.

—¡No necesito ni mierda de ayuda! —chilló él arrojando el cinto al suelo—. ¡Lo que necesito es que alguien me explique qué pasa aquí! ¡Esto es una vergüenza ¡No tolero que ningún miembro de mi regimiento ande sentado por ahí en pelotas! ¡Y menos aún con unas heridas tan repugnantes! ¿Qué ha sido de su uniforme, muchacha?

—Creía que le preocupaba más el Profeta.

—¡Olvídese de él! —repuso Glokta mientras se arrastraba como un gusano hacia el banco que había enfrente de la chica—. ¿Qué hay de Bayaz? ¿Qué hay del Primero de los Magos? ¿Quién es? ¿Qué pretende ese viejo cabrón?

Shickel sonrió con dulzura.

—Oh, eso. Creí que todo el mundo lo sabía. La respuesta es...

—¡Sí! —masculló el coronel con la boca seca y tan ansioso como un colegial—. ¿La respuesta es...?

La muchacha soltó una carcajada y se puso a dar palmadas al banco que tenía al lado. *Pam, pam, pam.*

—La respuesta es...

La respuesta es...

Pam, pam, pam. Los ojos de Glokta se abrieron de golpe. Fuera aún estaba medio oscuro. A través de las cortinas sólo se filtraba un tenue resplandor. *¿A quién se le*

puede ocurrir venir a aporrear la puerta a estas horas? Las buenas noticias suelen llegar de día.

Pam, pam, pam.

—¡Ya va! ¡Ya va! —chilló—. ¡Estoy tullido, no sordo! ¡Ya lo oigo!

—¡Pues entonces abra la puerta! —la voz llegaba amortiguada desde el pasillo, pero su acento estirio era inconfundible. *Vitari, la muy zorra. Justo lo que me faltaba a estas horas de la noche.* Glokta hizo todo lo posible por sofocar sus gemidos mientras desenredaba con cautela sus miembros entumecidos de la manta empapada de sudor, a la vez que hacía girar suavemente la cabeza de lado a lado en un infructuoso intento de conferir un mínimo grado de movilidad a su cuello contrahecho.

Pam, pam.

Me pregunto cuándo fue la última vez que tuve a una mujer aporreando la puerta de mi dormitorio. Cogió el bastón, que estaba apoyado en el colchón, y luego, apretando uno de los pocos dientes que le quedaban contra sus labios y gruñendo suavemente para sus adentros, se fue arrastrando fuera de la cama hasta que una de sus piernas cayó en los tablones del suelo. A continuación, se impulsó con fuerza hacia delante, apretando los ojos para aguantar el dolor punzante que le subía por la espalda, y finalmente consiguió quedarse sentado, jadeando como si acabara de correr diez kilómetros. *¡Te vas a enterar, te vas a enterar! ¡Si es que consigo salir de la cama, claro!*

Pam.

—¡Ya voy, maldita sea! —plantó su bastón en el suelo y se puso de pie tambaleándose. *Cuidado, cuidado.* Los músculos de su atrofiada pierna izquierda se agitaban con violencia haciendo que su pie sin dedos se retorciera y diera sacudidas como un pez agonizante. *¡Maldito apéndice repugnante! Si no fuera por lo mucho que duele, cualquiera creería que no forma parte mi cuerpo. Pero calma, calma, vamos a hacer las cosas con suavidad.*

—Chisss —chistó como un padre que tratara de reconfortar a un niño que estuviera llorando, mientras masajeaba con delicadeza su carne destrozada y trataba de respirar más despacio—. Chisss —la convulsión se vio sustituida por un temblor más controlable. *Lo máximo a lo que puedo aspirar, me temo.* Consiguió bajarse su camisola, llegar hasta la puerta arrastrando los pies, girar con furia la llave en la cerradura y abrir.

Vitari estaba de pie en el pasillo, una negra silueta envuelta que se apoyaba contra la pared.

—No puede vivir sin mí, ¿verdad? —gruñó mientras se acercaba a la pata coja a la silla—. ¿Qué es lo que le fascina tanto de mi dormitorio?

La Practicante atravesó tranquilamente el umbral y lanzó una mirada desdeñosa a la mísera habitación.

—Será que me gusta verle sufrir.

Glokta soltó un resoplido mientras se frotaba con cautela su rodilla dolorida.

—En tal caso a estas alturas ya debe de tener húmeda la entrepierna.

—Sorprendentemente, no es así. Hoy tiene usted un aspecto lamentable.

—¿Es que alguna vez no lo tengo? ¿Ha venido para burlarse de mi aspecto o hay algún asunto que debamos tratar?

Vitari cruzó sus largos brazos y se apoyó en la pared.

—Tiene que vestirse.

—¿Más excusas para verme desnudo?

—Sult quiere verle.

—¿Ahora?

La Practicante levantó los ojos con impaciencia.

—Oh, no, podemos tomárnoslo con calma. Ya le conoce.

***

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verá cuando lleguemos —y, acto seguido, avivó el paso, obligándole a resollar, contraer el rostro y resoplar mientras se abría paso dolorosamente por las oscuras arcadas, las sombrías callejuelas y los grises patios del Agriont, que lucían descoloridos bajo la tenue luz de las primeras horas de la mañana.

La grava del parque crujía y chirriaba bajo los torpes pasos de sus botas. Frías gotas de rocío salpicaban la hierba y el aire estaba denso con una pálida neblina. En medio de la suciedad de la atmósfera, surgieron de pronto unos árboles, negras garras sin hojas, y, luego, un alto muro vertical. Vitari le condujo hacia una imponente verja flanqueada por dos guardias. Sus pesadas armaduras estaban labradas en oro, sus gruesas alabardas tachonadas de oro y en su librea llevaban cosido el sol dorado de la Unión. *Caballeros de la Guardia. La guardia personal del Rey.*

—¿El palacio? —murmuró Glokta.

—Oh, qué va, los arrabales, genio.

—Alto —resonó a través de la visera de su yelmo la voz de uno de los dos caballeros mientras alzaba una mano enfundada en un guantelete—. Sus nombres y el motivo de su visita.

—Superior Glokta —se acercó renqueando hasta el muro y se apoyó contra los húmedos sillares, apretando la lengua en sus encías vacías para tratar de soportar mejor el dolor de su pierna—. Y, en cuanto al motivo de la visita, pregúntele a ella. Esto no ha sido idea mía, se lo aseguro.

—Practicante Vitari. El Archilector nos aguarda. Ya lo sabe, maldito imbécil, se lo dije antes al salir.

Si fuera posible para un hombre embutido en una armadura poner cara de ofendido, aquél era uno de ellos.

—Por cuestión de protocolo debo preguntar a todo el mundo.

—¡Abra de una maldita vez! —gritó Glokta apretando el puño contra su muslo tembloroso—. Mientras aún pueda pasar tambaleándome por mi propio pie.

El guardia, enfurecido, descargó un golpe contra la verja, y una portezuela se abrió en su interior. Vitari la traspasó, agachándose, y Glokta la siguió y se puso a renquear por un sendero de piedras bien labradas que atravesaba un umbrío jardín. Gotas de agua colgaban de las ramas plagadas de brotes y caían desde las imponentes estatuas. El graznar de un cuervo invisible sonaba absurdamente alto en la quietud de la mañana. El palacio, una amalgama de tejados, torres, esculturas y piedras ornamentadas, se alzaba frente a ellos, recortado sobre la pálida claridad de la mañana.

—¿Qué hacemos aquí? —bufó Glokta.

—Ya lo verá.

Glokta subió un escalón y pasó cojeando entre dos imponentes columnas y otros dos caballeros de la Guardia, tan inmóviles y silenciosos que bien habrían podido pasar por dos armaduras vacías. El golpeteo de su bastón en el pulido suelo de mármol resonaba en el vestíbulo, cuyas elevadas paredes, levemente iluminadas por el titilar de las velas, estaban cubiertas de murales. Escenas de triunfos y logros pretéritos, series de reyes erguidos y de pechos abombados que señalaban con el dedo, blandían armas o leían proclamas. Llegó luego a un tramo de escaleras, con las paredes y el techo decorados con un magnífico relieve de flores doradas que centelleaban y refulgían iluminados por las velas, y comenzó a ascender penosamente mientras Vitari le aguardaba impaciente en lo alto de la escalinata. *El hecho de que tengan un valor incalculable no significa que sean más fáciles de subir, maldita sea.*

—Es ahí —mascculló la Practicante.

Alrededor de una puerta que se encontraba a unas veinte zancadas se veía a un grupo de hombres de aspecto preocupado. Un caballero de la Guardia se sentaba doblado sobre una silla, con el casco en el suelo, la cabeza entre las manos y los dedos metidos entre los rizos de su cabellera. Otros tres hombres formaban un corro y hablaban en tono apremiante produciendo un murmullo que rebotaba en las paredes y resonaba por la galería.

—¿No viene?

Vitari negó con la cabeza.

—A mí no me ha mandado llamar.

Los tres hombres alzaron la vista al ver a Glokta acercarse a ellos cojeando. *Vaya un grupo para encontrárselo murmurando en un pasillo de palacio antes del amanecer.* El Lord Chambelán Hoff vestía un camisón, que se había puesto con evidente premura, y en su cara hinchada lucía la expresión de alguien que estuviera viviendo una pesadilla. El Lord Mariscal Baruz tenía su cabellera gris metálica alborotada y llevaba una camisa arrugada con medio cuello vuelto hacia arriba y el otro medio hacia abajo. El Juez Marovia tenía las mejillas chupadas, los ojos sanguinolentos y en su mano mórbida se apreciaba un ligero temblor mientras señalaba la puerta.

—Ahí dentro —susurró—. Es terrible. Terrible. ¿Qué podemos hacer?

Glokta frunció el ceño, pasó por delante del sollozante guardia y se acercó renqueando al umbral.

Era un dormitorio. *Y verdaderamente magnífico. Bueno, al fin y al cabo esto es un palacio.* Sedas de vivos colores tapizaban las paredes, de las que colgaban oscuros lienzos con marcos dorados. Había una chimenea enorme, labrada con piedra marrón y roja, con la forma de un templo kantic en miniatura. La cama era un mastodonte de cuatro postes, cuyos cortinajes debían de abarcar un espacio más amplio que el de todo el dormitorio de Glokta. Las ropas de la cama estaban revueltas y arrugadas, pero no había ni rastro de su ocupante. Un ventanal estaba entreabierto y, desde el mundo gris de fuera, se colaba una brisa fresca que hacía que las llamas de las velas parpadearan y bailotearan.

El Archilector Sult estaba de pie cerca del centro de la cámara contemplando con gesto ceñudo el suelo al otro lado de la cama. Si Glokta había esperado encontrarlo tan desarreglado como a sus tres colegas del otro lado de la puerta, se llevó una decepción. Su túnica blanca estaba inmaculada, sus blancos cabellos perfectamente peinados y mantenía sus manos enguantadas de blanco entrecruzadas por delante.

—Eminencia... —comenzó a decir Glokta mientras se acercaba a él. Pero entonces se fijó en algo que había en el suelo. Un fluido oscuro, que desprendía un brillo negro a la luz de las velas. *Sangre. Qué cosa menos sorprendente.*

Avanzó un poco más con paso renqueante. El cadáver estaba tumbado sobre su espalda al otro lado de la cama. La sangre había salpicado las sábanas blancas, los tablones del suelo y la pared de detrás, además de empapar los dobladillos de las opulentas cortinas del ventanal. La camisa rasgada también estaba empapada. Una mano se encontraba enroscada, la otra, desgarrada a la altura del pulgar. En uno de los brazos tenía abierta una herida enorme, a la que le faltaba un buen trozo de carne. *Como si se lo hubieran arrancado de un mordisco.* Una de las piernas estaba doblada en sentido contrario al de la articulación y por la carne abierta asomaba un trozo de hueso quebrado. El gaznate había sufrido un destrozo tan brutal que la cabeza estaba prácticamente separada del tronco, pero eso no impedía reconocer la cara que, con los ojos dilatados y enseñando los dientes, parecía contemplar con gesto sonriente el primoroso estucado del techo.

—El Príncipe Heredero Raynault ha sido asesinado —murmuró Glokta.

El Archilector alzó sus manos enguantadas y, lentamente, con mucha suavidad, aplaudió, propinándose unos golpecitos en la palma de la mano con los dedos.

—Oh, estupendo. Si le he mandado llamar ha sido precisamente por ese tipo de intuiciones brillantes. En efecto, el Príncipe Raynault ha sido asesinado. Una tragedia. Una atrocidad. Un crimen abominable que atenta contra el corazón mismo de nuestra nación, y contra todas y cada una de sus gentes. Pero eso no es lo peor de todo —el Archilector respiró hondo—. El Rey no tiene hermanos, Glokta, ¿comprende? Y ahora ya no tiene herederos. Cuando el Rey muera, ¿de dónde cree que saldrá nuestro próximo e ilustre soberano?

Glokta tragó saliva. *Ya entiendo. Vaya un engorro más fenomenal.*

—Del Consejo Abierto.

—Una elección —dijo Sult con desdén—. El Consejo Abierto eligiendo a nuestro próximo monarca, ¿se lo imagina? Unos pocos centenares de tarados que sólo buscan su propio interés y de los que ni siquiera se puede esperar que sean capaces de elegir su propio almuerzo sin contar con una orientación adecuada.

Glokta volvió a tragar saliva. *Si no fuera porque mi cuello haría compañía al suyo en el tajo, ahora estaría disfrutando del desasosiego de su Eminencia.*

—No gozamos de excesivas simpatías en el Consejo Abierto.

—Prácticamente no hay nadie a quien denigren tanto como a nosotros. No nos perdonan nuestra actuación en contra de los Sederos, de los Especieros, del Lord

Gobernador Vurms, y muchas otras cosas más. No hay ni un solo noble que confíe en nosotros.

Entonces, si el Rey muere...

—¿Cómo anda de salud el Rey?

—No muy bien —Sult miró con gesto ceñudo los restos ensangrentados—. Este hecho puede desbaratar de un solo golpe todo nuestro trabajo. A no ser que consigamos granjearnos algunas simpatías entre el Consejo Abierto mientras el Rey siga vivo. A no ser que consigamos congraciarnos con un número suficiente de sus miembros para poder elegir al sucesor o, al menos, para poder influir en la elección —mientras miraba fijamente a Glokta, sus ojos azules echaban chispas iluminados por las velas—. Si queremos salimos con la nuestra, tendremos que comprar votos, chantajear, engatusar, amenazar. Y puede estar seguro de que, en este preciso instante, esos tres cabrones de ahí fuera están pensando lo mismo. ¿Qué debo hacer para conservar el poder? ¿Con cuál candidato debo alinearme? ¿Qué votos puedo controlar? Cuando llegue el momento de hacer pública la noticia del asesinato, tenemos que estar en condiciones de asegurar al Consejo Abierto que el asesino ya está en nuestras manos. A continuación habrá que hacer justicia de forma expeditiva, inmediata y ostensible. Si la elección no sale como queremos, a saber lo que será de nosotros. ¿Se imagina a Brock en el trono, o a Isher, o a Heugen? —Sult se estremeció horrorizado—. Perderemos nuestros empleos, eso, con suerte. Que si no... *Hallados varios cuerpos flotando junto a los muelles...* Por eso es imprescindible que encuentre al asesino del Príncipe. Ya.

Glokta bajó la vista y volvió a mirar el cuerpo. *O lo que queda de él.* Luego se puso a hurgar en la herida abierta del brazo de Raynault con la punta de su bastón. *Ya hemos visto antes este tipo de heridas, sin ir más lejos, en el cadáver aquel que apareció en el parque hace varios meses. Fue un Devorador quien hizo esto o, al menos, eso es lo que se pretende que pensemos.* La ventana chocó suavemente contra el marco, impulsada por un súbito golpe de aire, *¿Un Devorador que escala hasta una ventana? No es propio de un agente del Profeta dejar unas pistas tan claras, ¿Por qué no han hecho desaparecer el cadáver como ocurrió en el caso de Davoust? ¿Es que quieren hacernos creer que de pronto se le quitó el apetito?*

—¿Ha hablado con el guardia?

Sult sacudió una mano con gesto desdeñoso.

—Dice que se pasó toda la noche en la puerta, como de costumbre. Oyó un ruido, entró en la habitación y se encontró al Príncipe tal y como le ve usted ahora, sangrando y con la ventana abierta. De inmediato mandó llamar a Hoff. Hoff me mandó llamar a mí y yo le mandé llamar a usted.

—De todos modos, creo que sería conveniente someter al guardia a un interrogatorio más... exhaustivo —Glokta se fijó de pronto en la mano enroscada de Raynault. Tenía algo agarrado. Apoyándose en el bastón, que tembló al tener que sostener todo el peso de su cuerpo, se agachó dolorosamente y lo cogió con dos dedos. Un trozo de tela, blanca en apariencia, aunque profusamente manchada de sangre. Lo alisó y lo alzó para mirarlo. Un hilo dorado brillaba tenuemente bajó el parpadeo de las velas. *No es la primera vez que veo un tejido así.*

—¿Qué es eso? —preguntó Sult—. ¿Ha encontrado algo?

Glokta permaneció en silencio. *Puede ser, pero ha sido muy fácil. Demasiado fácil, quizás.*

* * *

Glokta le hizo una seña a Frost con la cabeza y el albino alargó un brazo y tiró de la bolsa que cubría la cabeza del enviado del Emperador. Tulkis parpadeó bajo la cruda luz, respiró hondo y escrutó con los ojos entornados la sala. Una sucia caja blanca excesivamente iluminada. Captó la presencia de Frost, cuya figura se cernía junto a sus hombros. Luego la de Glokta, sentado enfrente. Y, a continuación, las sillas desvencijadas, la mesa manchada y el estuche pulido que había encima. Lo que no pareció advertir fue la presencia de un pequeño agujero negro que había detrás de la cabeza de Glokta, en el rincón que tenía justo enfrente. Ni tenía que advertirlo. Era el agujero a través del cual el Archilector observaba el desarrollo de la sesión. *El agujero por el que escucha todo lo que se dice.*

Glokta miró atentamente al enviado. *Suele ser en estos primeros momentos cuando un hombre revela su culpabilidad. Me pregunto cuáles serán sus primeras palabras. Un hombre inocente querrá saber de qué delito se le acusa.*

—¿De qué delito se me acusa? —preguntó Tulkis. Glokta sintió una palpitación en un párpado. *Un culpable astuto, por supuesto, puede hacer esa misma pregunta.*

—Del asesinato del Príncipe Heredero Raynault.

El enviado pestañeó y se dejó caer hacia atrás en la silla.

—Haga llegar mis más sentidas condolencias a la Familia Real y a todo el pueblo de la Unión en este día nefasto. Pero, ¿realmente es necesario todo esto? —señaló con la cabeza la gruesa cadena que se enroscaba alrededor de su cuerpo desnudo.

—Lo es. Si es usted lo que sospechamos que es.

—Entiendo. Pero permítame que le haga una pregunta: ¿cambiaría algo el hecho de que yo fuera inocente de tan abyecto crimen?

Lo dudo mucho. Aunque lo sea. Glokta arrojó sobre la mesa el trozo de tela manchado de sangre.

—El Príncipe tenía agarrado esto en una mano —Tulkis, perplejo, lo miró con el ceño fruncido—. Se corresponde exactamente con un desgarrón de una prenda que encontramos en sus aposentos. Una prenda profusamente manchada de sangre, por cierto —Tulkis alzó la vista y miró a Glokta con los ojos desorbitados. *Como si no tuviera ni idea de cómo llegó allí*—. ¿Qué explicación tiene para eso?

El enviado se inclinó sobre la mesa todo lo que le permitieron las cadenas que mantenían sus manos atadas a la espalda y habló muy deprisa en voz baja.

—Le ruego que me escuche atentamente, Superior. Si los agentes del Profeta han descubierto mi misión —y tarde o temprano acaban por descubrirlo todo—, harán cuanto esté en su mano para hacerla fracasar. Ya sabe de lo que son capaces. Si me hace pagar por este crimen, el Emperador se sentirá insultado. No sólo apartarán de una bofetada la mano que les tiende, sino que además le abofetearán en la cara. Jurará venganza, y cuando Uthman-ul-Dosht jura... Mire, mi vida no tiene ningún valor, pero mi misión no puede fracasar. Las consecuencias... para nuestras dos naciones serían... Se lo ruego, Superior... Sé que es usted un hombre de mentalidad abierta.

—Una mentalidad abierta es como una herida abierta —gruñó Glokta—. Ambas son vulnerables al veneno. Ambas son susceptibles de volverse purulentas. Sólo sirven para producir dolor a quienes las poseen —hizo una seña a Frost con la cabeza y el albino depositó en la mesa el pliego de la confesión y lo deslizó hacia Tullas con la punta de sus dedos blanquecinos. Luego colocó al lado el tintero y abrió la tapa de latón. *Todo tan pulcro y ordenado como habría podido desearlo un sargento primero.*

—Ésta es su confesión —Glokta señaló el pliego con la mano—. Por si no lo sabía.

—No soy culpable —dijo Tulkis con una voz casi inaudible.

El semblante de Glokta se contrajo en un gesto de fastidio.

—¿Le han torturado alguna vez?

—No.

—¿Ha asistido alguna vez a una sesión de tortura?

—Sí.

—En tal caso, seguro que se hace una idea de lo que le espera —Frost levantó la tapa del estuche de Glokta.

Las bandejas que había en su interior se elevaron y se desplegaron como una enorme y espléndida mariposa que extendiera por primera vez sus alas, exponiendo los instrumentos en todo su refulgente, hipnótico y terrible esplendor. Glokta observó cómo la mirada de los ojos de Tulkis se teñía de espanto y fascinación.

—No hay nadie mejor que yo en estos menesteres —Glokta exhaló un hondo suspiro y entrelazó las manos—. No se trata de orgullo. Simplemente es un hecho. Si no fuera así, no estaría usted conmigo ahora. Se lo digo para despejar cualquier duda que pudiera albergar. Y para que pueda responder a mi siguiente pregunta sin llevarse a engaño. Míreme —aguardó a que los oscuros ojos de Tulkis se cruzaran con los suyos—. ¿Va a confesar?

Se produjo un momento de silencio.

—Soy inocente —susurró el embajador.

—No ha sido esa mi pregunta. Se la repetiré. ¿Va a confesar?

—No puedo.

Se miraron fijamente durante un rato y, de pronto, todas las dudas de Glokta se despejaron. *Es inocente. Si pudo trepar los muros de palacio y colarse por la ventana de la cámara del Príncipe sin ser visto, también podría haberse escabullido del Agriont antes de que nos diéramos cuenta. ¿Qué necesidad tenía de quedarse a pasar aquí la noche, dejando una prenda empapada de sangre en su armario a la espera de que la descubriéramos? El rastro de pistas es tan ostensible que hasta un ciego lo habría descubierto. Intentan embaucarnos ni siquiera de una forma demasiado sutil. Castigar a un inocente, pase. Pero, ¿permitir que se burlen de mí? Eso sí que no lo tolero.*

—Un momento —murmuró Glokta. Se levantó trabajosamente de la silla, llegó hasta la puerta, la cerró con cuidado tras de sí y, con el semblante contraído de dolor, subió renqueando las escaleras que conducían a la siguiente sala y pasó adentro.

—¿Se puede saber qué está usted haciendo ahí dentro? —le gruñó el Archilector.

Glokta mantuvo la cabeza respetuosamente agachada.

—Trato de descubrir la verdad, Eminencia.

—¿Qué trata de descubrir el *qué?* El Consejo Cerrado espera una confesión y usted me viene con no sé qué sandeces sobre, *¿qué?*

Los ojos de Glokta sostuvieron la iracunda mirada del Archilector.

—¿Y si no estuviera mintiendo? ¿Y si fuera cierto que el Emperador quiere la paz? ¿Y si es inocente?

Los gélidos ojos azules de Sult le miraban desorbitados con un gesto de incredulidad.

—¿Qué fue lo que perdió en Gurkhul, los dientes o el cerebro? ¿Acaso importa que sea inocente? ¡Lo único que importa ahora es lo que hay que hacer! ¡Lo único que importa es lo que es necesario! ¡Lo único que importa ahora es tinta y papel! ¡Maldito, maldito... —mientras abría y cerraba los puños con furia parecía a punto de ponerse a echar espumarajos por la boca—... despojo humano! ¡Hágale firmar, luego ya podremos desentendernos de todo este asunto para ir a chuparles el culo a los del Consejo Abierto!

Glokta agachó aún más la cabeza.

—Por supuesto, Eminencia.

—¿Va a causarme más problemas esta noche esa perversa obsesión que tiene con la *verdad?* ¡Prefiero usar una aguja a una pala, pero de una forma u otra le voy a arrancar una confesión! ¿Debo mandar llamar a Goyle?

—Desde luego que no, Eminencia.

—¡Pues entonces vuelva ahí dentro, maldita sea, y... hágale... firmar!

***

Glokta salió de la sala arrastrando los pies, refunfuñando, estirando el cuello a uno y otro lado, frotándose las palmas irritadas de sus manos, moviendo sus doloridos hombros alrededor de sus orejas y oyendo los chasquidos de sus articulaciones. *Un interrogatorio complicado.* Enfrente de él, sentado en el suelo cruzado de piernas y con la cabeza apoyada en la sucia pared, se encontraba Severard.

—¿Ha firmado?

—Desde luego.

—Estupendo. Otro misterio resuelto, ¿eh?

—Lo dudo. No es un Devorador. Al menos, no del mismo tipo que Shickel. Siente dolor, créeme.

Severard se encogió de hombros.

—La chica dijo que cada uno de ellos tenía talentos distintos.

—Eso dijo, sí. Eso dijo. *Pero aun así...* —Glokta se frotó los ojos humedecidos con gesto pensativo. *Alguien asesinó al Príncipe. Alguien que podía obtener provecho de su muerte. Puede que a nadie le importe, pero a mí me gustaría saber quién ha sido*—. Todavía me quedan unas cuantas preguntas que hacer. Quiero hablar con el guardia que estuvo vigilando anoche los aposentos del Príncipe.

El Practicante enarcó las cejas.

—¿Para qué? Ya tenemos la confesión, ¿no?

—Tráemelo y punto.

Severard descruzó las piernas y se puso de pie de un salto.

—Muy bien, usted manda —luego se separó de la pringosa pared y se alejó andando tranquilamente por el pasillo—. Enseguida se lo traigo.

La defensa del frente

—¿Ha podido dormir? —preguntó Pike, rascándose la parte menos quemada de su cara destrozada.

—No. ¿Y usted?

El presidiario reconvertido en sargento negó con la cabeza.

—Hace varios días que no puedo pegar ojo —murmuró Jalenhorm con melancolía. Se hizo sombra con una mano y escrutó la cadena de montes que había al norte, un perfil irregular de árboles que se recortaba sobre un cielo plomizo—. ¿Ha emprendido ya la marcha por los bosques la división de Poulder?

—Con las primeras luces —dijo West—. Dentro de poco recibiremos la noticia de que ya han alcanzado sus posiciones. Y, según parece, también Kroy está listo para ponerse en marcha. Está siendo puntual, eso hay que reconocérselo.

En el valle que se extendía por debajo del puesto de mando de Burr, la división de Kroy comenzaba a ponerse en formación de combate. Tres regimientos de infantería de la Guardia Real ocupaban el centro, flanqueados por sendos regimientos de levas, dispuestos en un terreno un poco más elevado, detrás de los cuales formaba la caballería. Era un espectáculo completamente distinto al que había ofrecido el desmañado despliegue del improvisado ejército de Ladisla. Los batallones, formando columnas cerradas, fluían hacia delante pisoteando el barro, la hierba crecida, los neveros que aún perduraban en las depresiones del terreno. Se detuvieron en las posiciones que les habían sido asignadas y empezaron a desplegarse, formando unas líneas de trazo perfecto, hasta tender una tupida red de hombres que cubría el valle de un lado a otro. El aire gélido resonaba con el lejano estruendo de sus pasos, con el retumbar de los tambores, con los gritos secos de los oficiales. Toda la maniobra se había completado con orden, milimétrica precisión y según las ordenanzas.

El Lord Mariscal Burr apartó de golpe las solapas de su tienda, salió fuera dando grandes zancadas y respondió a los saludos de los guardias y oficiales que había diseminados por el espacio de enfrente con enérgicas sacudidas de la mano.

—Coronel —gruñó mirando al cielo con gesto ceñudo—. ¿Seguimos con tiempo seco, pues?

El sol no era más que un borrón desleído que asomaba en el horizonte y el cielo era de un color blanco pastoso con franjas gris plomizo y algunas manchas aún más oscuras sobre los montes del norte.

—De momento sí, señor —repuso West.

—¿Aún no hay noticias de Poulder?

—No, señor. Pero los bosques son muy espesos, así que la marcha será trabajosa —no tan espesos como el propio Poulder, pensó West, pero se abstuvo de hacer un comentario tan poco profesional.

—¿Ha comido ya?

—Sí, señor, gracias —West no había comido desde la noche anterior, y tampoco entonces había comido mucho. Sólo de pensar en algo de comer le entraban náuseas.

—Bueno, es un consuelo que uno de nosotros haya podido comer —Burr torció el gesto y se puso una mano en el estómago—. Maldita indigestión. No me entra nada —hizo una mueca de dolor y soltó un eructo—. Perdón. Ah, ahí van ya.

Al parecer, el general Kroy ya debía de estar satisfecho con la disposición de cada uno de los hombres de la división, porque los soldados que había en el valle habían empezado a avanzar. Se levantó una brisa fresca y los estandartes de los regimientos, las banderas de los batallones y las enseñas de las compañías comenzaron a ondear. El sol desvaído titilaba en las afiladas hojas de los aceros y en las bruñidas armaduras, relucía en los galones dorados y en la madera pulida, destellaba en las hebillas y los arneses. Avanzaban todos al unísono haciendo un despliegue de poderío militar como pocas veces se habría visto. Un poco más allá, al este del valle, sobresalía entre los árboles una gran torre negra. La torre más próxima de la fortaleza de Dunbrec.

—Todo un espectáculo —masculló Burr—. Unos quince mil hombres armados en total, y casi el mismo número arriba en los montes —luego señaló con la cabeza a las fuerzas de refresco: dos regimientos de caballería que aguardaban, desmontados e inquietos, por debajo del puesto de mando—. Y otros dos mil ahí, esperando órdenes —volvió la vista hacia el desperdigado campamento, una ciudad de lonas, carromatos y cajas y barriles amontonados que se extendía por el valle nevado y por la que pululaban gran cantidad de figuras oscuras—. Y eso sin contar a los miles que quedan ahí: cocineros y mozos, herreros y conductores de carros, sirvientes y cirujanos —sacudió la cabeza—. No es poca responsabilidad, ¿eh? Seguro que no le gustaría ser el pobre idiota que tuviera que ocuparse de todo eso.

West esbozó una sonrisa.

—Desde luego que no, señor.

—Parece como si... —murmuró Jalenhorm, haciéndose sombra con una mano para protegerse del sol y escrutando el valle con los ojos entornados—. ¿No son...?

—¡El catalejo! —reclamó Burr, y un oficial que tenía al lado, haciendo una floritura, se lo entregó. El mariscal lo extendió de un tirón—. Vaya, vaya. ¿Quién tenemos ahí?

Era una mera pregunta retórica. No podía ser nadie más.

—Los Hombres del Norte de Bethod —dijo Jalenhorm empeñado como siempre en señalar lo obvio.

A través del tembloroso redondel de su catalejo, West los veía avanzar a toda prisa por terreno despejado. Salían a mares de los árboles que había cerca del río, en el extremo opuesto del valle, y se desplegaban por el campo abierto como una mancha oscura que brotara de una muñeca rajada. Unas masas grises y de un marrón sucio se iban solidificando en los flancos: la infantería ligera de los siervos. En el centro iban cobrando forma unas filas mejor ordenadas, en las que relucía el metal mate de las cotas de mallas y los aceros. Los Caris de Bethod.

—Ni rastro de caballos —aquello hizo crecer la inquietud de West. Ya había pasado por la experiencia de tener un encontronazo casi fatal con la caballería de Bethod y no tenía ninguna gana de volver a pasar por eso.

—Una sensación agradable la de ver por fin al enemigo —dijo Burr expresando justo la sensación contraria a la de West—. Se despliegan con gran eficacia, eso está claro —sus labios se curvaron hacia arriba formando una extraña sonrisa—. Pero se están desplegando exactamente donde nosotros queremos que lo hagan. El cebo ya está puesto y ahora sólo falta que salte el cepo, ¿eh, capitán? —le pasó el catalejo a Jalenhorm, que echó un vistazo y sonrió también.

—Justo donde nosotros queremos —repitió. West tenía las cosas mucho menos claras. No había olvidado que la delgada hilera de jinetes norteños que aparecieron en lo alto de la colina también estaban justo donde Ladisla pensaba que debían estar.

Los hombres de Kroy se detuvieron y, con la misma calma que si estuvieran en una inmensa plaza de armas, volvieron a recomponer las líneas: formaron filas de a cuatro en fondo, con las compañías de refresco perfectamente formadas justo detrás y una delgada hilera de ballesteros al frente. West alcanzó a oír las voces de mando que ordenaban disparar y vio las primeras andanadas de flechas salir volando desde las líneas de Kroy y caer sobre las filas enemigas. Mientras observaba, se clavaba las uñas en la palma de la mano hasta hacerse daño y apretaba los puños, deseando

vehementemente la muerte del máximo número de norteños posible. Pero lo que hizo el enemigo fue descargar también una andanada de flechas y luego lanzarse en masa a la carga.

El aullido sobrenatural de su grito de guerra flotó por el aire gélido hasta alcanzar a los oficiales que permanecían delante de la tienda. West se mordió el labio al recordar la última vez que lo había oído resonar entre la niebla. Costaba trabajo creer que sólo hubieran pasado unas pocas semanas desde aquello. De nuevo sentía un vergonzante alivio por encontrarse en retaguardia, pero un escalofrío que le recorrió la espalda le recordó que en aquella ocasión no había servido de nada.

—Por todos los demonios —soltó Jalenhorm.

Nadie más habló. Con los dientes apretados y el corazón acelerado, West permanecía inmóvil haciendo esfuerzos desesperados por sujetar con firmeza el catalejo mientras los Hombres del Norte cargaban con furia en el valle. Los ballesteros de Kroy lanzaron una segunda andanada y luego se replegaron a través de unos huecos abiertos en las prietas filas y formaron detrás. Se bajaron las lanzas, se alzaron los escudos y, prácticamente en silencio, las líneas de la Unión se prepararon para recibir el embate de las vociferantes hordas norteñas.

—Contacto —gruñó el Lord Mariscal Burr. Las líneas de la Unión parecieron ondularse y oscilar un poco, el desvaído reflejo del sol pareció reverberar con mayor rapidez sobre la masa humana y un difuso rumor se expandió por el aire. En el puesto de mando nadie abría la boca. Todos oteaban por sus catalejos o escudriñaban protegiéndose del sol y estirando el cuello para tratar de ver lo que estaba pasando en el valle mientras contenían la respiración.

Tras un tiempo que se hizo eterno, Burr bajó el catalejo.

—Perfecto. Están aguantando. Al parecer, sus amigos norteños estaban en lo cierto, West; aun sin contar con Poulder, disponemos de ventaja numérica. Cuando le llegue el turno, deberíamos poder aplastarlos.

—Allí arriba —musitó West—, en el promontorio sur —se vio una especie de destello en la línea de árboles y luego otro. Un destello metálico—. La caballería, señor. Me apuesto lo que sea. Al parecer, Bethod ha tenido la misma idea que nosotros, sólo que en el flanco contrario.

—¡Maldita sea! —bufó Burr—. ¡Comuniquen de inmediato al general Kroy que la caballería enemiga ocupa los montes del sur! ¡Díganle que deje ese flanco y se prepare a recibir un ataque desde la derecha!

Uno de sus ordenanzas se plantó de un salto en la silla de su montura y salió al galope en dirección al cuartel general de Kroy, arrojando frío barro con las pezuñas de su caballo.

—Ya empezamos con los trucos, y seguro que no será el último —Burr cerró de golpe el catalejo y lo estrelló contra la palma de su mano—. No podemos permitirnos un fracaso, coronel West. Nada debe interponerse en nuestro camino. Ni la arrogancia de Poulder ni el orgullo de Kroy ni la astucia del enemigo, absolutamente nada. Hoy la victoria tiene que ser nuestra. ¡No podemos fallar!

—No, señor.

Pero West no tenía nada claro qué podía hacer él al respecto.

* * *

Los soldados de la Unión procuraban no meter ruido, lo cual quería decir que montaban un escándalo similar al que produciría un enorme rebaño de ovejas al que se estuviera metiendo a empujones en un esquiladero. Gemían, gruñían y avanzaban dando resbalones en la tierra húmeda, mientras las armaduras traqueteaban y las puntas de las lanzas golpeaban las ramas bajas de los árboles. El Sabueso los contemplaba y sacudía la cabeza.

—Es una suerte que no haya nadie por aquí, porque si no hace tiempo que nos habrían oído —bufó Dow —. A estos imbéciles los oiría hasta un cadáver al que trataran de tender una emboscada.

—No hace falta que tú les ayudes a meter más ruido —le siseó Tresárboles desde delante, y, acto seguido, les hizo señas de que avanzaran.

Resultaba extraño volver a marchar con una banda tan grande. Les acompañaban cuarenta Caris y de lo más variopintos que pudiera imaginarse. Altos y bajos, jóvenes y viejos, y provistos de todo tipo de armas y armaduras, aunque, por lo que el Sabueso alcanzaba a apreciar, todos ellos eran gente curtida en el combate.

—¡Alto! —Y los soldados de la Unión se detuvieron entre gruñidos y traqueteos y se pusieron a formar una línea a lo largo de la parte más alta del promontorio. A juzgar por la cantidad de hombres que había visto subir por el bosque, el Sabueso calculó que iba a ser una línea bien larga, y a ellos les tocaba justo al final. Oteó los árboles vacíos que había a la izquierda y frunció el ceño. Resultaba un tanto solitario eso de estar al final de una línea.

«Pero también es más seguro», se dijo para sus adentros.

—¿Qué pasa? —preguntó Cathil sentándose en el tronco caído de un gran árbol.

—Aquí estaremos a salvo —dijo en la lengua de la muchacha, tratando de esbozar una sonrisa. Seguía sin tener ni idea de cómo debía comportarse con ella. De día la distancia entre los dos era enorme, un abismo infranqueable, creado por la raza, la edad y el idioma, que no sabía si alguna vez llegaría a franquear. Era extraño, pero de noche ese mismo abismo desaparecía por completo. Se entendían muy bien en la oscuridad. A lo mejor, con el tiempo, conseguían arreglar eso, o a lo mejor no y todo quedaba en nada. En cualquier caso, se alegraba de tenerla ahí. Hacía que volviera a sentirse un ser humano y no un simple animal que trata de escabullirse por el bosque huyendo de un fregado para caer en otro.

Vio a un oficial de la Unión que se salía de la formación y avanzaba hacia ellos, acercándose a Tresárboles con una especie de palo pulido metido debajo del brazo.

—El general Poulder quiere que se queden aquí en el ala izquierda para defender nuestro flanco más alejado —hablaba con lentitud y en voz muy alta, como si bastara con eso para hacerse entender si no conocieran su lengua.

—Muy bien —dijo Tresárboles.

—¡La división se desplegará a lo largo del terreno elevado que queda a su derecha! —Y, acto seguido, señaló con un brusco movimiento de su palo los árboles en donde, lenta y ruidosamente, se estaban desplegando sus hombres—. ¡Aguardaremos a que las tropas de Bethod estén enzarzadas con la división del general Kroy y luego caeremos sobre ellas y las barreremos del campo de batalla!

Tresárboles asintió con la cabeza.

—¿Necesitan que les echemos una mano?

—No creo, la verdad, pero ya les enviaremos recado si las cosas se complican —Y, dicho aquello, se alejó todo ufano para volver a unirse a sus hombres. Cuando sólo había dado unos pocos pasos, resbaló y estuvo a punto de dar con su trasero en el barro.

—Se le ve muy seguro —dijo el Sabueso.

Tresárboles alzó las cejas.

—Demasiado, para mi gusto, pero si eso quiere decir que nos van a dejar fuera del fregado, creo que podré vivir con ello. ¡Manos a la obra! —gritó volviéndose hacia los Caris—. ¡Coged el tronco ese de ahí y arrastradlo hasta ese montículo!

—¿Para qué? —preguntó uno que estaba sentado frotándose una rodilla con gesto hosco.

—Para que podamos parapetarnos en caso de que a Bethod le dé por hacernos una visita —le ladró Dow—. ¡Manos a la obra, imbéciles!

Los Caris dejaron sus armas y se pusieron a trabajar refunfuñando. Al parecer, unirse al legendario Tresárboles no resultaba tan divertido como se habían imaginado. El Sabueso no pudo reprimir una sonrisa. Deberían habérselo olido. Nadie se convierte en un líder legendario a base de encargar a sus hombres trabajos ligeros. El Sabueso se acercó al viejo guerrero, que miraba hacia los bosques con el ceño arrugado.

—¿Te preocupa algo, jefe?

—Buen sitio este de aquí arriba para ocultar unos cuantos hombres. Buen lugar para quedarse aguardando a que la batalla esté bien enzarzada y luego bajar a la carga.

—Claro que sí —dijo sonriendo el Sabueso—. Por eso estamos aquí.

—¿No te das cuenta? ¿Acaso no habrá pensado Bethod lo mismo? —Al Sabueso se le empezó a borrar la sonrisa—. Si dispone de algunos hombres de refresco, tal vez piense que no es mala idea mandarlos aquí arriba para que esperen a que llegue su momento, igual que estamos haciendo nosotros. Puede que los mande a través de ese bosque de allá, luego subirán por esa colina y se plantarán justo donde estamos ahora. ¿Qué supones que ocurriría entonces?

—Que nos pondríamos a matarnos los unos a los otros, me imagino, pero, según Escalofríos y sus muchachos, Bethod no anda sobrado de hombres. Somos más del doble que ellos.

—Puede ser, pero no olvides que le encantan las sorpresas.

—Vale —dijo el Sabueso mientras echaba un vistazo a los Caris, que habían levantado en vilo el árbol caído y lo estaban girando para bloquear la cima de la ladera—. Vale. Entonces ponemos ahí en medio el árbol ese y luego nos confiamos a la suerte.

—¿Confiarnos a la suerte? —gruñó Tresárboles —. ¿Cuándo ha funcionado eso? —Y, dicho aquello, se acercó a Hosco a grandes zancadas y se puso a susurrarle algo al oído. El Sabueso se encogió de hombros. Si se presentaban de pronto unos cuantos cientos de Caris, se verían en un serio aprieto, pero de momento bien poco podía hacer él al respecto. Así que se arrodilló junto a su petate, sacó su trozo de pedernal, reunió unas pocas ramas, las amontonó con cuidado y se puso a hacer chispas.

Escalofríos se puso en cuclillas a su lado, apoyando las palmas de las manos en el mango de su hacha.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? —El Sabueso sopló las teas y observó cómo se avivaban las llamas—. Me estoy preparando un fuego.

—¿No estamos esperando a que empiece una batalla?

El Sabueso se echó hacia atrás, acercó a las llamas unas ramas secas y se quedó mirando cómo se prendían.

—En efecto, estamos esperando, y no hay mejor momento que ése para encender una fogata. Esperar es lo que más se hace en las guerras. En una profesión como ésta te puedes tirar semanas esperando. Así que la cuestión es si quieres pasarlas helado de frío o con un poco de comodidad.

Sacó una sartén del petate y la colocó sobre las llamas. Una sartén nueva y de las buenas; se la había cogido a los sureños. Luego desenvolvió un hatillo que había dentro. Cinco huevos, todavía intactos. Cascó uno en el borde de la sartén, lo vertió y lo oyó chisporrotear. Durante toda la operación, no había dejado de sonreír. Parecía que las cosas iban a mejor. Hacía un montón de tiempo que no se tomaba unos huevos fritos. Fue mientras estaba cascando huevos cuando lo olió, justo en el momento en que se produjo un cambio en la dirección del viento. Ahí olía a algo más que a huevos fritos. Volvió bruscamente la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Cathil.

—Seguramente nada. —Pero más valía no correr riesgos—. Espera aquí un momento y ocúpate de los huevos, ¿eh?

—Vale.

El Sabueso pasó por encima del tronco caído, se dirigió al árbol más próximo, se apoyó en él, se puso en cuclillas y oteó la ladera. No se distinguía ningún olor. Y tampoco se veía nada entre los árboles, sólo la tierra húmeda salpicada de manchas de nieve, las ramas de los pinos goteando, las sombras inmóviles. Nada. Tresárboles le había puesto nervioso con su cháchara sobre sorpresas.

Se estaba dando la vuelta cuando de nuevo le llegó el mismo tufillo de antes. Se irguió, dio unos cuantos pasos ladera abajo, alejándose del árbol caído y de la hoguera, y volvió a escrutar los bosques. Tresárboles apareció a su lado con el escudo al brazo y la espada empuñada.

—¿Qué pasa, Sabueso, has olido algo?

—Puede ser —de nuevo venteó el aire. Lo aspiró lenta y prolongadamente por la nariz intentando tamizar los olores—. Seguramente no sea nada.

—No me vengas con esas, Sabueso, no sería la primera vez que tu olfato nos ha sacado de un buen aprieto. ¿Qué hueles?

La brisa cambió de dirección, y esta vez lo captó de lleno. Hacía bastante que no lo olía, pero no había error posible.

—Mierda —exhaló—. Shanka.

—¡Eh! —el Sabueso miró a su alrededor con la boca abierta. Cathil estaba pasando por encima del árbol caído con la sartén en la mano.

—Los huevos están listos —dijo dirigiéndose a ambos con una sonrisa.

Tresárboles le hizo señas sacudiendo un brazo y gritó a todo pulmón:

—Que todo el mundo se meta detrás del...

De la maleza llegó el tañido de la cuerda de un arco. El Sabueso oyó la flecha, la sintió zumbar en el aire. Por regla general, los Cabezas Planas no solían ser buenos arqueros, y falló por una o dos zancadas. La mala suerte fue que acertara en otro blanco.

—Ay —exclamó Cathil parpadeando al ver que tenía una flecha hundida en un costado—. Ay... —y se desplomó dejando caer en la nieve la sartén.

El Sabueso corría ya colina arriba, sintiendo el frío raspándole en la garganta. Un instante después trataba de cogerla de los brazos y veía a Tresárboles levantándola de las rodillas. Era una suerte que no fuera pesada. Nada pesada. Otras dos flechas pasaron volando a su lado. Una de ellas acertó en el árbol caído y se quedó clavada vibrando, justo en el momento en que pasaban a Cathil por encima del tronco para parapetarse al otro lado.

—¡Hay Shanka ahí abajo! —gritaba Tresárboles—. ¡Han dado a la chica!

—¿Conque el lugar más seguro de la batalla? —refunfuñó Dow poniéndose a cubierto detrás del árbol mientras daba vueltas al hacha entre las manos—. ¡Malditos cabrones!

—¿Shanka? ¿Tan al sur? —dijo alguien.

El Sabueso cogió a Cathil por debajo de los brazos y tiró de ella para llevarla a la hondonada de la fogata. La muchacha gemía y pateaba el barro con sus talones.

—Me han dado —murmuró mirando la flecha y la sangre que comenzaba a empaparle la camisa. Luego tosió y miró al Sabueso con los ojos desorbitados.

—¡Ahí vienen! —gritaba Escalofríos—. ¡Preparaos, muchachos! —los hombres sacaban sus armas, se ceñían los cintos y las correas de los escudos, apretaban los dientes y se daban palmadas en la espalda unos a otros preparándose para el combate. Hosco estaba de pie detrás del árbol disparando flechas colina abajo como si tal cosa.

—Ahora tengo que irme —dijo el Sabueso apretando la mano de Cathil—, pero volveré, ¿de acuerdo? Tú quédate aquí muy quieta, ¿vale? Volveré.

—¿Cómo? ¡No! —el Sabueso tuvo que soltarse sus dedos de la mano. No le gustaba tener que hacerlo, pero, ¿qué otra opción había?—. No —repitió a su espalda con voz ronca mientras él corría hacia el árbol, tras el cual se agazapaba la delgada línea de los Caris, dos de ellos con una rodilla hincada y los arcos listos. Una fea lanza pasó por encima del árbol y se clavó en el suelo a su lado. El Sabueso se la quedó mirando un instante, luego la rodeó, se plantó de rodillas cerca de donde estaba Hosco y echó un vistazo a la ladera.

—¡Me cago en la puta! —los árboles estaban plagados de Cabezas Planas. Los árboles de abajo, los de la izquierda, los de la derecha. Oscuras figuras en movimiento, sombras que hacían aspavientos mientras trepaban por la colina. Parecía haberlos a cientos. En las filas de la Unión, a su derecha, reinaba la confusión: los soldados gritaban y sus armaduras se entrechocaban mientras preparaban sus lanzas. Las flechas zumbaban feroces al salir del bosque y se precipitaban sobre ellos—. ¡Me cago en la puta!

—¿Empiezas a disparar, eh? —Hosco soltó una saeta y sacó otra de su aljaba. Sin parar de proferir maldiciones, el Sabueso sacó a toda prisa una de las suyas, pero había tantos blancos que no sabía por cuál decidirse y el tiro se le fue alto. Ya los tenían muy cerca, tan cerca que incluso podía distinguir sus caras. Si es que a eso se le podía llamar caras. Fauces abiertas por las que asomaban feroces hileras de dientes, minúsculos ojos endurecidos e impregnados de odio. Armamento tosco: mazas claveteadas, hachas de sílex, espadas herrumbrosas, robadas a los muertos. Subían a toda velocidad, corriendo como lobos entre los árboles.

El Sabueso acertó a uno en el pecho y lo vio caer hacia atrás. A otro le atravesó una pierna, pero los demás no aminoraban el paso. «¡Preparados!», oyó que rugía Tresárboles, y, a su alrededor, los hombres se levantaron y alzaron sus aceros, sus lanzas y sus escudos para prepararse a recibir la carga. El Sabueso se preguntó cómo demonios se podía preparar un hombre para una cosa así.

Un Cabeza Plana pegó un salto y voló por encima del árbol, gruñendo y echando espumarajos. El Sabueso vio un borrón negro que surcaba el aire, oyó un rugido pegado a su oído y, acto seguido, la espada de Tul se hundía en el Shanka y lo lanzaba hacia atrás, soltando sangre como si fuera agua de una botella rota.

A otro que trepaba por el árbol Tresárboles le arrancó de cuajo un brazo con la espada y luego lo echó ladera abajo empujándolo con el escudo. Ahora se abalanzaban en masa sobre el tronco caído. El Sabueso acertó en la cara a uno que no debía de estar a más de una zancada, luego sacó su cuchillo, lanzó un grito, se lo

hundió en las entrañas y sintió el tacto cálido de la sangre derramándose en su mano. Antes de que cayera, le arrebató de la garra la maza, la volteó para alcanzar a otro, falló y salió disparado dando vueltas como una peonza. Los hombres aullaban mientras repartían tajos y hachazos a diestro y siniestro.

Vio a Escalofríos aplastar la cabeza de un Shanka contra el árbol con una bota, alzar su escudo por encima de su cabeza y hundirle el borde metálico en la cara. A otro lo derribó desmadejado de un hachazo, que salpicó de sangre los ojos del Sabueso, y luego agarró con los brazos a un tercero que había saltado sobre él desde el tronco, y los dos rodaron por la tierra mojada. Cuando dejaron de dar vueltas, el Shanka quedó arriba y el Sabueso le golpeó la espalda con la maza, una vez, dos veces, tres veces. Escalofríos se lo quitó de encima y se puso rápidamente de pie, pisándole al bicho la parte de atrás de la cabeza. Se lanzó a la carga y acabó de un hachazo con un Cabeza Plana justo en el momento en que ensartaba con su lanza el costado de unl.

El Sabueso parpadeaba mientras trataba de limpiarse la sangre de los ojos con el dorso de la manga. Vio a Hosco alzar su cuchillo y hundírselo a un Cabeza Plana en el cráneo; la hoja le salió por la boca y lo clavó con fuerza al tronco de un árbol. Vio a Tul descargar una y otra vez su enorme puño en la cara de un Shanka hasta dejarle el cráneo reducido a una papilla rojiza. Un Cabeza Plana que blandía una lanza se encaramó de un salto al árbol que tenía encima, pero, antes de que pudiera clavársela, Dow pegó un salto y le cortó de un tajo las piernas. El bicho soltó un aullido y giró sobre sí en el aire.

El Sabueso vio a un Shanka montado encima de un Carl, al que acababa de arrancar de una dentellada un buen trozo de cuello. Desenclavó del suelo una lanza que tenía detrás de él y se la lanzó al Cabeza Plana, acertándole en plena espalda. Cayó hacia atrás, farfullando y lanzando zarpazos hacia sus hombros en un intento desesperado de arrancársela; pero la lanza le había atravesado de lado a lado.

Un Carl que tenía los colmillos de un Shanka clavados en un brazo se revolvía y rugía mientras trataba de quitárselo a puñetazos con la mano que tenía libre. El Sabueso dio un paso para ir a ayudarlo, pero, antes de que pudiera alcanzarlo, otro Shanka se abalanzó sobre él blandiendo una lanza. Lo vio a tiempo, esquivó su embestida y, mientras pasaba de largo, le dio un tajo en los ojos con su cuchillo. Luego le soltó un mazazo en la parte de atrás del cráneo y lo sintió cascarse como si fuera un huevo. Se dio la vuelta para encarar a otro más. Era uno de los grandes y en una de sus garras sostenía un hacha enorme. El bicho abrió sus fauces, lanzó un gruñido y soltó espumarajos entre sus dientes.

—¡Vamos! —le gritó mientras alzaba la maza y el cuchillo. Antes de que el Shanka pudiera echársele encima, Tresárboles apareció detrás del bicho y le abrió en canal

desde el hombro hasta el pecho. La sangre brotó a chorros y el Cabeza Plana se hincó de rodillas. Se las arregló para incorporarse un poco, pero lo único que consiguió fue dejar su cara a la distancia ideal para que el Sabueso hundiera en ella su cuchillo.

Los Shanka empezaban a replegarse y los Caris lanzaban alaridos mientras los iban abatiendo a medida que se daban la vuelta. El último que quedó pegó un chillido y corrió hacia el árbol para tratar de saltarlo. Soltó un borboteo cuando la espada de Dow le abrió en la espalda una raja sangrienta por la que asomaban trozos de carne desgarrada y astillas blancas de huesos. Cayó enroscado sobre una rama, pegó unas cuantas sacudidas y luego se quedó inmóvil con las piernas colgando en el aire.

—¡Hemos acabado con ellos! —rugió Escalofríos, con el rostro ensangrentado medio oculto tras su larga melena—. ¡Les hemos machacado!

Los Caris prorrumpieron en vítores y aullidos mientras agitaban sus armas. La mayoría al menos. Un par de ellos estaban inmóviles en el suelo y otros cuantos yacían heridos, gimiendo y gorgoteando con los dientes apretados. Al Sabueso no le parecía que ésos estuvieran para celebraciones. Como tampoco lo estaba Tresárboles.

—¡Malditos estúpidos, cerrad la boca! De momento se han ido, pero vendrán más. ¡Es lo que ocurre con los Cabezas Planas, siempre vienen más! ¡Quitadme de en medio esos cuerpos! ¡Y recuperad todas las flechas que podáis! ¡Antes de que acabe el día volveremos a necesitarlas!

El Sabueso renqueaba ya en dirección a los rescoldos de la hoguera. Cathil estaba tumbada en el mismo sitio donde la habían dejado, tomando aire con una respiración acelerada y superficial y con una mano apretada contra las costillas alrededor del asta de la flecha. Al verle acercarse, sus ojos vidriosos se dilataron, pero no dijo nada. El tampoco dijo nada. ¿Qué iba a decir? Rasgó con el cuchillo la camisa ensangrentada de la muchacha, desde la flecha hasta el dobladillo, y luego la despegó hasta que pudo ver el asta. Estaba clavada en el costado derecho, entre dos costillas, justo debajo del pecho. No era un buen lugar para recibir una flecha, aunque en realidad ninguno era bueno.

—¿No es grave, verdad? —farfulló ella con los dientes castañeteándole. Estaba blanca como la nieve y sus ojos tenían un brillo febril—. ¿No es grave, verdad?

—No, no es grave —dijo mientras le limpiaba el barro de la mejilla con el pulgar—. Ahora tranquilízate, ¿eh? Todo saldrá bien —y mientras hablaba, se decía para sus adentros: «eres un maldito mentiroso, Sabueso, un maldito cobarde. Tiene una flecha clavada en las costillas».

Tresárboles se agachó junto a él.

—Hay que sacarla —dijo mirándole con un pronunciado ceño—. Yo la sujeto a ella y tú tiras.

—¿Que haga el qué?

—¿Qué dice? —susurró Cathil con los dientes manchados de sangre—. ¿Qué...? —el Sabueso agarró la flecha con ambas manos mientras Tresárboles sujetaba a la chica por las muñecas—. ¿Qué es lo que...?

El Sabueso dio un tirón, pero la flecha no salió. Volvió a tirar, y brotó sangre de la herida que había alrededor del asta y dos regueros oscuros resbalaron por el pálido costado de la muchacha. Tiró de nuevo, y Cathil pegó una sacudida, lanzó unas patadas al aire y chilló como si la estuviera matando. Tiró, pero la flecha seguía quieta. No se había movido ni medio dedo.

—Tira —bufó Tresárboles.

—¡Maldita sea! ¿Es que no ves que no sale? —le gruñó pegándose a su cara.

—¡Vale! ¡Vale! —el Sabueso soltó la flecha. Cathil tosió y exhaló una especie de gorgoteo. La muchacha se estremecía, temblaba, tomaba aire entrecortadamente y echaba babas rosáceas por la boca.

Tresárboles se pasó por la mejilla una mano que le dejó la cara manchada de sangre.

—Si no sale tirando, habrá que sacarla por el otro lado, empujando.

—¿Cómo?

—¿Qué... dice? —castañeteó Cathil.

El Sabueso tragó saliva.

—Tenemos que empujarla.

—No —musitó abriendo mucho los ojos—. No.

—No hay más remedio —la muchacha soltó un resoplido, agarró el asta, la partió a media altura y luego cerró las palmas de las manos sobre el extremo quebrado.

—No —lloriqueó.

—Aguanta, muchacha —musitó Tresárboles en la lengua común mientras volvía a sujetarle los brazos—. Aguanta. Adelante, Sabueso.

—No...

El Sabueso apretó los dientes y empujó con fuerza el asta rota. Cathil dio una sacudida y exhaló una especie de suspiro, luego se le pusieron los ojos en blanco y

perdió el conocimiento. El Sabueso dio media vuelta a su cuerpo, que estaba tan flácido como un trapo, y vio que la punta de la flecha sobresalía por la espalda.

—Bien, bien, ha salido —luego la agarró justo por debajo de la hoja, la retorció con suavidad y la sacó del todo. Al extraerla salió sangre, pero no mucha.

—Buena señal —dijo Tresárboles—. No parece que le haya alcanzado el pulmón.

El Sabueso se mordió los labios.

—Buena señal —agarró un rollo de vendas, lo puso sobre el húmedo agujero de la espalda y empezó a envolverle el pecho mientras Tresárboles la levantaba para que pudiera pasar la venda por debajo—. Buena señal, buena señal —lo decía una y otra vez mientras sus dedos entumecidos por el frío daban vueltas a la venda hasta dejarla lo más prieta posible. Sus manos estaban ensangrentadas, la venda estaba ensangrentada, el vientre y la espalda de Cathil estaban llenos de las marcas rosáceas que habían dejado sus dedos, estrías de tierra oscura y de oscura sangre. Le bajó la camisa y le dio suavemente la vuelta hasta ponerla sobre la espalda. Luego le tocó la cara: sus ojos cerrados tenían un tacto cálido, el pecho subía y bajaba suavemente y un leve vaho se enroscaba en torno a su boca.

»Voy a por una manta —se puso de pie de un salto, hurgó en su petate y sacó de un tirón una manta, desperdigando un montón de bártulos alrededor de la hoguera. La desenrolló, la sacudió y la tendió sobre la chica—. Así estarás calentita, ¿eh? Bien calentita —se la metió por los costados para que no se colara el frío y luego la remetió por debajo de los pies—. Bien calentita.

—Sabueso.

Tresárboles se había agachado y tenía la oreja pegada a la boca de la muchacha. Se irguió y sacudió lentamente la cabeza.

—Ha muerto.

—¿Cómo?

A su alrededor, el aire se había llenado de blancos copos. Volvía a nevar.

***

—¿Dónde diablos se ha metido Poulder? —gruñó el Mariscal Burr mientras miraba hacia el valle abriendo y cerrando los puños con exasperación—. ¡Le dije que aguardara hasta que hubiéramos entablado batalla, no hasta que nos hubieran aplastado!

A West no se le ocurría ninguna respuesta. En efecto, ¿dónde se había metido Poulder? La nevada cada vez era más copiosa; caía suavemente formando remolinos y torbellinos y extendía sobre el campo de batalla un manto gris que confería a toda la escena un toque de irrealidad. El ruido llegaba amortiguado y resonante como si proviniera de un lugar increíblemente lejano. Detrás de las líneas del frente, los mensajeros, motas negras que se movían por la tierra blanca, iban y venían al galope con apremiantes peticiones de refuerzos. El número de heridos no paraba de crecer: hombres que gemían transportados en parihuelas, o que resollaban montados en carromatos, o que renqueaban, silenciosos y ensangrentados, por el camino que discurría por debajo del puesto de mando.

Incluso a través de la nieve se podía ver que las tropas de Kroy se encontraban en una situación muy comprometida. El recto perfil de las líneas se había quebrado de manera alarmante en el centro, y las unidades, fusionadas unas con otras por el caos y la confusión del combate, se habían disuelto hasta formar una sola masa apelotonada. West ya no llevaba la cuenta del número de oficiales del Estado Mayor de Kroy que habían llegado al puesto de mando reclamando refuerzos o el permiso para replegarse, todos ellos mandados de vuelta con una sola orden: resistir y esperar. De Poulder, entretanto, lo único que llegaba era un ominoso e inexplicable silencio.

—¿Dónde diablos se ha metido? —Burr avanzó a pisotones hacia su tienda, sembrando de huellas oscuras la inmaculada costra blanca del suelo—. ¡Usted! —gritó a un asistente haciéndole una seña apremiante con la mano. West lo siguió a una respetuosa distancia, abrió la solapa de la tienda y pasó adentro, con Jalenhorm pegado a sus talones.

El Mariscal Burr se inclinó sobre su mesa y arrancó una pluma de un tintero, salpicando de motas negras el tablero.

—¡Suba a esos bosques y busque al general Poulder! ¡Entérese de qué demonios está haciendo y regrese aquí de inmediato!

—¡Sí, señor! —chilló el oficial en posición de firmes.

La pluma de Burr garabateó unas órdenes en el papel.

—¡Infórmele de que tiene orden de lanzar su ataque *inmediatamente!* —rubricó el documento con un brusco golpe de muñeca y entregó el papel al asistente.

—¡A las órdenes, señor! —el joven oficial salió de la tienda con paso resuelto.

Burr se volvió a sus mapas, bajó la vista hacia ellos haciendo una mueca de dolor y se puso a mirarlos, acariciándose la barba con una mano y apretándose el vientre con la otra.

—¿Dónde diablos se ha metido Poulder?

—Tal vez le estén atacando, señor.

Burr eructó y contrajo el semblante, luego volvió a eructar y descargó sobre la mesa un puñetazo que hizo que el tintero diera un bote.

—¡Maldita sea esta indigestión! —acto seguido, estampó un pulgar en el mapa—. Si Poulder no llega pronto, habrá que recurrir a las tropas de refresco, ¿entiende, West? Tendremos que emplear la caballería.

—Sí, señor, desde luego.

—No podemos permitirnos otro fracaso —el mariscal torció el gesto y tragó saliva. A West le pareció que de pronto se había puesto muy pálido—. No podemos... no podemos... —se bamboleó un poco y sus ojos parpadearon.

—Señor, se encuentra...

—¡Puaaggh! —el Mariscal Burr se echó hacia delante y arrojó un vómito negro sobre la mesa. Los mapas se empaparon y los papeles se tiñeron de un intenso color rojo. West estaba paralizado y la mandíbula se le iba abriendo lentamente. Con los puños clavados en la mesa y todo el cuerpo temblando, Burr exhaló una especie de gorjeo, se volvió a encorvar y lanzó otra vomitona—. ¡Gaaaargh! —luego se apartó de la mesa de golpe y, con babas rojas colgando de los labios y los ojos desorbitados en su cara pálida, soltó un gemido ahogado y cayó hacia atrás arrastrando consigo un mapa empapado de sangre.

West comprendió lo que estaba pasando justo a tiempo de lanzarse hacia delante y sujetar el cuerpo inerte del mariscal antes de que cayera al suelo. Luego se puso a dar tumbos por la tienda, esforzándose por sostenerlo.

—¡Dios mío! —exhaló Jalenhorm.

—¡Quieres ayudarme! —le rugió West. El grandullón se plantó junto a él de un salto y agarró el otro brazo de Burr. Entre los dos, mitad en vilo, mitad a rastras, lo condujeron a su lecho. West desabrochó el botón de arriba de la guerrera del mariscal y le aflojó el cuello—. Debe de ser el estómago —masculló entre dientes—. Lleva semanas quejándose...

—¡Voy a por un cirujano! —chilló Jalenhorm.

Se levantó a toda prisa, pero West le retuvo agarrándole del brazo.

—No.

El grandullón le miró fijamente.

—¿Qué dices?

—Como se sepa que está enfermo, cundirá el pánico. Y entonces Poulder y Kroy harán lo que les venga en gana. El ejército se desbandará. Nadie debe enterarse hasta que la batalla haya concluido.

—Pero...

West se levantó, plantó una mano en el hombro de Jalenhorm y le miró a los ojos. Ya sabía lo que había que hacer. No estaba dispuesto a convertirse en el espectador de un nuevo desastre.

—Escúchame. Tenemos que seguir adelante con el plan. Tenemos que hacerlo.

—¿Quiénes? —Jalenhorm miró exasperado a la tienda—. ¿Tú y yo solos?

—Si no hay más remedio, sí.

—Pero está en juego la vida de un hombre.

—Está en juego la vida de miles de hombres —bufó West—. No podemos permitirnos otro fracaso, él mismo lo dijo.

Jalenhorm se había puesto casi tan pálido como Burr.

—No creo que quisiera decir...

—No te olvides de lo mucho que me debes —West se acercó a él—. Si no fuera por mí, en este momento formarías parte de una de las pilas de cadáveres que se pudren al norte del Cumnur —no le agradaba tener que recurrir a aquello, pero no le quedaba más remedio; no había tiempo para andarse con delicadezas—. ¿Lo ha entendido, capitán?

Jalenhorm tragó saliva.

—Sí, señor, creo que sí.

—Bien. Tú ocúpate del Mariscal Burr, que yo me haré cargo de lo de ahí fuera —y, acto seguido, West se levantó y se dirigió a la entrada de la tienda.

—¿Y si el mariscal se...?

—¡Improvisa! —respondió, volviendo un instante la cabeza. Tenía que ocuparse de algo que importaba mucho más que la vida de un solo hombre. Se agachó y salió al aire gélido. En los alrededores de la tienda, repartidos por el puesto de mando, había cerca de una veintena de oficiales y guardias que señalaban al valle blanco, miraban a través de catalejos o intercambiaban murmullos—. ¡Sargento Pike! —West hizo una seña al presidiario, que se acercó a grandes zancadas bajo la nevada—. Necesito que se quede aquí haciendo guardia, ¿entendido?

—A sus órdenes, señor.

—Quiero que monte guardia y que no deje entrar a nadie excepto al capitán Jalenhorm y a mí. A nadie —luego bajó el tono de voz—. Bajo ninguna circunstancia.

Pike asintió con la cabeza y sus ojos centellearon en medio de la masa rosácea de su cara.

—Entendido —y, dicho aquello, se dirigió a la tienda y, como quien no quiere la cosa, se plantó junto a la entrada con los pulgares metidos en el cinto de su espada.

Poco después, un caballo descendía a galope tendido por la ladera y, al llegar al puesto de mando, se detenía corcoveando y arrojando vaho por el hocico. El jinete desmontó de un salto y avanzó unos pocos pasos dando tumbos antes de que West consiguiera interceptarlo.

—¡Traigo un mensaje urgente para el Mariscal Burr de parte del general Poulder! —barboteó a toda prisa. Luego trató de dar un paso hacia la tienda, pero West no se apartó.

—El mariscal está ocupado. Comuníquemelo a mí.

—Tengo órdenes expresas de...

—A mí, capitán.

El hombre parpadeó.

—La división del general Poulder libra una batalla en los bosques, señor.

—¿Una batalla?

—Una batalla encarnizada. Nuestra ala izquierda ha sufrido una serie de ataques brutales y nos está costando mucho mantener las líneas. ¡El general Poulder solicita permiso para replegarse y reagruparse, señor, hemos perdido la formación!

West tragó saliva. El plan comenzaba a desbaratarse y estaba en peligro inminente de irse por completo al traste.

—¿Replegarse? No. Imposible. Si se repliega, la división de Kroy quedará desprotegida. Dígale al general Poulder que resista y que si hay alguna posibilidad lance el ataque previsto. ¡Dígale que no debe replegarse bajo ninguna circunstancia! ¡Todo el mundo debe cumplir con su deber!

—Pero, señor, tiene que...

—¡Váyase! —gritó West—. ¡Inmediatamente!

El hombre le hizo el saludo militar y se aupó de nuevo al caballo. Aún se le podía ver espoleando su montura colina arriba, cuando ya había otro jinete deteniendo su caballo en las proximidades de la tienda. Era el coronel Felnigg, el segundo de Kroy. A ése no iba a resultar tan fácil quitárselo de encima.

—Coronel West —le llamó mientras bajaba del caballo—. ¡Nuestra división se bate duramente a lo largo de todo el frente, y ahora ha aparecido su caballería en nuestra ala derecha! ¡Una carga de caballería contra un regimiento de levas! —avanzaba ya hacia la tienda mientras se quitaba los guantes—. ¡Sin refuerzos no resistirán mucho, y si ceden, nuestro flanco saltará en pedazos! ¡Puede ser el fin! ¿Dónde diablos se ha metido Poulder?

West intentó sin éxito que Felnigg aminorara el paso.

—El general Poulder también ha sido atacado. Pero ordenaré que se envíen de inmediato las tropas de refresco y...

—No será suficiente —gruñó Felnigg apartándole y reemprendiendo la marcha hacia la tienda—. Debo hablar con el Mariscal Burr de...

Pike se plantó delante de él, apoyando una mano en la empuñadura de su espada.

—El mariscal está... ocupado —susurró. Sus ojos se destacaban de una forma tan amenazadora en su rostro quemado que el propio West sintió un atisbo de inquietud. Durante unos instantes se produjo un tenso silencio mientras el oficial del Estado Mayor y el presidiario se miraban fijamente.

Luego Felnigg vaciló y retrocedió un paso. Parpadeó y se humedeció los labios con gesto nervioso.

—Ocupado. Ya. Bueno —se apartó otro paso—. Me dice que se enviarán las tropas de refresco, ¿no?

—De inmediato.

—Bien, bien... le comunicaré al general Kroy que van a llegar refuerzos —Felnigg metió un pie en el estribo—. Pero esto resulta muy irregular —añadió dirigiendo una mirada ceñuda a la tienda, a Pike, a West—. Extremadamente irregular —y, acto seguido, picó espuelas y salió disparado hacia el valle. Mientras le veía alejarse, West pensó que era poco probable que Felnigg se imaginara hasta qué punto era irregular la situación. Luego se volvió hacia un asistente.

—El Mariscal Burr ha ordenado que las tropas de refresco entren en acción en el flanco derecho. Deben cargar contra la caballería de Bethod hasta hacerla retroceder. Si cede ese flanco, estamos perdidos. ¿Entendido?

—Necesito una orden escrita del mariscal.

—No hay tiempo para órdenes escritas —rugió West—. ¡Vuelva ahí abajo y cumpla con su deber!

El asistente obedeció y salió corriendo por la nieve hacia la ladera que conducía a los dos regimientos que aguardaban pacientemente en medio de la ventisca.

Mientras le veía alejarse, West movía nervioso los dedos. Los hombres empezaron a montar y, luego, moviéndose al trote, se pusieron en formación de combate. West se mordió los labios y se dio la vuelta. Los oficiales y los guardias del Estado Mayor de Burr le contemplaban con una gama de miradas que expresaban desde una leve curiosidad hasta una patente desconfianza.

Al pasar junto a algunos de ellos, les hizo un gesto con la cabeza en un intento de aparentar que todo aquello no era más que simple rutina. Se preguntó cuánto tiempo faltaría para que alguien se negara a obedecer sus órdenes, para que alguien entrara por la fuerza en la tienda, para que alguien descubriera que el Lord Mariscal estaba a mitad de camino de la tierra de los muertos y que llevaba así un buen rato. Se preguntó si sucedería antes de que el frente se rompiera en el valle y el puesto de mando fuera asolado por los Hombres del Norte. Si sucedía después, supuso, ya daría lo mismo.

Pike le miraba con un gesto que tal vez pretendiera ser una sonrisa. A West le habría gustado responderle de la misma manera, pero, por mucho que lo hubiera intentado, no le habría salido.

***

El Sabueso estaba sentado, recobrando el aliento. Tenía la espalda apoyada en el árbol caído y el arco colgando de un puño. Junto a él, clavada en la tierra húmeda, había una espada. Se la había cogido a un Carl muerto, y la había estado usando, y se imaginaba que antes de que concluyera el día tendría que volver a usarla. Estaba lleno de manchas de sangre: en las manos, en la ropa, por todas partes. Sangre de Cathil, de Cabezas Planas, suya. No tenía demasiado sentido molestarse en limpiarla: dentro de no mucho volvería a mancharse.

Tres veces habían cargado los Shanka colina arriba, y las tres veces los habían rechazado, aunque cada una de ellas les había costado más trabajo que la anterior. El Sabueso se preguntaba si conseguirían rechazarlos de nuevo cuando volvieran a la carga. Porque no tenía ninguna duda de que volverían. Ni la más mínima duda. El cuándo y el cómo era lo que le preocupaba.

A través de los árboles le llegaban los gritos y los alaridos de los heridos de la Unión. Había muchos heridos. Uno de los Caris había perdido una mano en el último ataque. Perder tal vez no fuera el verbo adecuado, pues se la habían arrancado de cuajo con un hacha. Justo después de que ocurriera había estado chillando como un loco, pero ahora permanecía en silencio, resollando suavemente. Con un trapo y un cinturón le habían hecho un torniquete en el muñón y ahora lo miraba fijamente con

esa mirada extraña que tienen a veces los heridos. Sus ojos dilatados contemplaban con gesto vacío la muñeca mutilada como si no entendiera lo que estaba viendo. Como si no dejara de sorprenderle.

El Sabueso se incorporó lentamente y se asomó por encima del árbol. Se veía a los Cabezas Planas en el bosque. Ahí estaban, sentados entre las sombras. Esperando. Le daba mala espina verlos así, al acecho. Los Shanka o atacan sin parar hasta que se acaba con ellos o salen huyendo.

—¿A qué esperan? —siseó—. ¿Cuándo han aprendido a esperar los Shanka?

—¿Cuándo han aprendido a combatir para Bethod? —refunfuñó Tul mientras limpiaba su espada—. Han cambiado muchas cosas, y ninguna para mejor.

—¿Cuándo se ha visto que algo cambie a mejor? —rezongó Dow desde el otro extremo de la fila.

El Sabueso frunció el ceño. Su nariz había olfateado algo, un olor a humedad. Abajo, entre los árboles, se veía una especie de palidez que se iba adensando más cuanto más la miraba.

—¿Qué es eso? ¿Niebla?

—¿Niebla? ¿Aquí arriba? —Dow soltó una risilla tan áspera como el graznido de un cuervo—. ¿A esta hora del día? ¡Ja! Un momento, espera...

Ahora todos lo veían: un rastro blanco que se aferraba a la ladera húmeda. El Sabueso tragó saliva. La boca se le había quedado seca. De pronto se sentía inquieto, y no sólo por los Shanka que aguardaban allá abajo. La niebla avanzaba sigilosa entre los árboles, enroscándose a los troncos y expandiéndose a ojos vista. Las difusas siluetas de los Cabezas Planas empezaron a moverse entre la masa gris.

—No me gusta esto —oyó decir a Dow—. No es natural.

—¡Atentos, muchachos! —la voz profunda de Tresárboles—. ¡Atentos ahora! —aquello dio ánimos al Sabueso, aunque no le duraron mucho. Se meció de atrás adelante. Empezaba a sentirse enfermo.

—No, no —susurró Escalofríos, mirando a uno y otro lado como si buscara una vía de escape.

El Sabueso se dio cuenta de que se le había erizado el vello de los brazos, que la piel le hormigueaba y que se le había formado un nudo en la garganta. Un miedo indescriptible se estaba apoderando de él, un miedo que ascendía por la colina junto a la niebla: arrastrándose por el bosque, enroscándose en los árboles, deslizándose por debajo del tronco que les servía de parapeto.

—Es él —susurró Escalofríos con los ojos tan abiertos como unas botas holgadas, y, acto seguido, se aplastó contra el suelo como si tuviera miedo de que le oyeran—. ¡Es él!

—¿Quién? —graznó el Sabueso.

Escalofríos sacudió la cabeza y se aplastó aún más contra la tierra húmeda. El Sabueso se vio embargado por un intenso deseo de imitarle, pero se obligó a sí mismo a incorporarse y a echar un vistazo por encima del árbol. ¿Un Gran Guerrero asustado como un niño en la oscuridad, y sin saber por qué? Mejor hacerle frente, pensó. Craso error.

Había una sombra en la niebla, una sombra demasiado alta y demasiado erecta para corresponder a un Shanka. Era un hombre enorme, descomunal, tan grande como Tul o más. Un gigante. El Sabueso se frotó sus ojos irritados, pensando que tal vez se tratara de algún efecto luminoso en medio de aquella oscuridad, pero no lo era. Se acercó, la sombra aquella, y fue cobrando forma, y cuanto más nítida se volvía, mayor era el temor que provocaba.

Había estado en muchas partes, el Sabueso, a lo largo y ancho de todo el Norte, pero jamás había visto un ser tan extraño y tan antinatural como aquel gigante. Llevaba la mitad de su cuerpo enfundada en una armadura negra: un ensamblaje de planchas metálicas tachonadas y atornilladas, batidas y aristadas, martilleadas, retorcidas y erizadas de pinchos. Al margen de las correas, cintos y hebillas que sujetaban la armadura, la otra mitad estaba desnuda, El pie descalzo, el brazo desnudo, el pecho al aire, todo ello abultado con feas placas y cuerdas de músculos. Una máscara cubría su cara, una máscara de hierro negro estriado.

Al aproximarse un poco más, su figura se destacó de la niebla y el Sabueso advirtió que el gigante tenía la piel tatuada. Teñida de azul y llena de minúsculas letras. No había ni un solo centímetro de su cuerpo que no estuviera garabateado. Aparentemente no iba armado, pero no por eso resultaba menos terrible. Más bien al contrario. Desdeñaba usarlas, incluso en el campo de batalla.

—Por los muertos —exhaló el Sabueso con la boca abierta del espanto.

—Atentos, muchachos —gruñó Tresárboles—. Atentos —la voz del viejo guerrero era lo único que impedía que el Sabueso saliera corriendo para no regresar jamás.

—¡Es él! —gritó uno de los Caris con una voz tan chillona como la de una niña—. ¡Es el Temible!

—¡Cierra la boca! —se oyó gritar a Escalofríos—. ¡Ya sabemos quién es!

—¡Flechas! —gritó Tresárboles.

Al Sabueso le temblaban las manos mientras apuntaba al gigante. Incluso a aquella distancia le resultaba duro hacerle frente. Tuvo que obligar a su mano a soltar la cuerda: la flecha rebotó en la armadura y se perdió entre los árboles. El tiro de Hosco fue bastante mejor. Su saeta acertó al gigante en pleno costado y se clavó hasta el fondo en su carne tatuada. Como si nada. Más flechas salieron volando de los arcos de los Caris. Una le alcanzó en el hombro, otra le atravesó su enorme pantorrilla. El gigante ni siquiera profirió una queja. Seguía avanzando con la misma constancia con que crece la hierba; y la niebla, y los Cabezas Planas, y el terror venían con él.

—Mierda —masculló Hosco.

—¡Es un demonio! —aulló uno de los Caris—. ¡Un demonio salido del infierno! —el Sabueso empezaba a pensarlo también. Sentía que el miedo se iba extendiendo a su alrededor, sentía que los hombres comenzaban a flaquear. Se dio cuenta de que él mismo, casi sin darse cuenta, se estaba echando hacia atrás.

—¡Muy bien! —bramó Tresárboles con voz firme y profunda como si él no sintiera miedo—. ¡A la de tres! ¡A la de tres, cargamos!

El Sabueso miró al viejo guerrero, pensando que se había vuelto loco. Al menos ahí arriba tenían un árbol para parapetarse. Oyó a dos Caris que murmuraban; sin duda pensaban lo mismo que él.

Como plan, no les convencía demasiado la idea de cargar colina abajo contra una multitud de Shanka, en medio de la cual había un gigante sobrenatural.

—¿Estás seguro? —le susurró el Sabueso.

Tresárboles ni se molestó en mirarle.

—¡Lo mejor que puede hacer un hombre cuando tiene miedo es salir a la carga! La sangre hierve y el miedo se convierte en furia. ¡El terreno nos es favorable, así que no nos vamos a quedar aquí esperando!

—¿Seguro?

—Vamos allá —dijo Tresárboles dándose la vuelta.

—Vamos allá —gruñó Dow lanzando una mirada iracunda a los Caris, como desafiándolos a que se opusieran.

—¡A la de tres! —retumbó la voz de Cabeza de Trueno.

—Ajá —terció Hosco. El Sabueso tragó saliva; todavía no estaba seguro de que fuera a seguirlos. Con los labios apretados formando una línea tensa, Tresárboles se asomó por encima del árbol, observó las figuras que avanzaban entre la niebla y la gran silueta que se alzaba en el medio, mientras mantenía retrasada una mano para

indicarles que esperaran. Que esperaran a que estuvieran a la distancia apropiada. Que esperaran a que llegara el momento apropiado.

—¿Salimos a la de tres o después de que diga tres? —susurró Escalofríos.

El Sabueso sacudió la cabeza.

—Poco importa, con tal de que salgas —aunque él tenía la sensación de que los pies se le habían vuelto de piedra.

—¡A la de una!

—¿Una ya? —el Sabueso volvió la cabeza y vio el cuerpo de Cathil tapado con una manta y tendido junto a la hoguera apagada. Tal vez debería haberle enfurecido, pero sólo sirvió para que sintiera más miedo aún. No quería acabar como ella. Tragó saliva, se dio la vuelta y empuñó con fuerza el cuchillo y la espada que había cogido prestada a los muertos. El hierro no sabe lo que es el miedo. Buenas armas, preparadas para ejecutar su sangrienta misión. Con estar la mitad de preparado que ellas se habría conformado, pero no era la primera vez, y ya sabía que nunca se está preparado del todo. En realidad, ni siquiera hace falta estar preparado. Se tira para adelante y punto.

—¡A la de dos!

Ya casi había llegado el momento. Sintió que se le dilataban los ojos, que la nariz absorbía el aire gélido, que la piel le hormigueaba de frío. Olía a hombres, a pinos, a Shanka, a niebla húmeda. Oyó un jadear acelerado a su espalda, pasos lentos un poco más abajo, gritos a lo largo de la fila, su propia sangre retumbándole en las venas. Lo veía todo, discurriendo con la misma lentitud con que gotea la miel. Los hombres se movían a su alrededor, hombres duros de semblante duro, acomodando su peso, sobreponiéndose al miedo, a la niebla, preparándose. Ninguno se quedaría atrás, ahora ya estaba seguro. Sintió que los músculos de sus piernas se tensaban para levantarle.

—¡Tres!

Tresárboles fue el primero en saltar por encima del tronco y el Sabueso salió justo detrás, rodeado de hombres que cargaban y llenaban el aire con sus gritos, su furia y su miedo. Y él también corría y chillaba; los pies aporreando la tierra y sacudiendo sus huesos, el aliento y el viento corriendo acelerados, los árboles negros y el cielo blanco dando sacudidas y temblando, la niebla volando a su encuentro y, en su interior, aguardando, unas formas oscuras.

Descargó su espada contra una de ellas mientras pasaba rugiendo a su lado, y la hoja le abrió un tajo profundo y la arrojó hacia atrás. El impacto le dio casi media vuelta al Sabueso, que siguió adelante girando, tambaleándose, gritando. La hoja se



hundió en la pierna de un Shanka y le arrancó un pie, y el Sabueso se precipitó por la ladera patinando por el fango y tratando de no perder el equilibrio. Los ruidos del combate, sordos, extraños, llegaban de todas partes. Los hombres bramaban maldiciones, los Shanka gruñían, el metal chocaba con estrépito, el acero se hundía con un ruido sordo en la carne.

El Sabueso daba tumbos y se deslizaba entre los árboles, sin saber por dónde le vendría el siguiente Cabeza Plana, sin saber si no se encontraría de repente con una lanza clavada en la espalda. Distinguió una silueta en medio de la mugre gris y corrió hacia ella gritando a todo pulmón. La niebla pareció despejarse ante él, y se detuvo horrorizado dando un patinazo que le retumbó en la garganta y estuvo a punto de hacerle caer de espaldas.

El Temible, más grande y más espantoso que nunca, con su piel tatuada erizada de flechas rotas, se encontraba a menos de cinco zancadas de él. Tampoco contribuía a mejorar las cosas el hecho de que con su brazo extendido agarrara del cuello a un Carl que se revolvía y daba patadas al aire. Los tendones tatuados de su antebrazo palpitaron y se retorcieron, sus enormes dedos se cerraron con fuerza y entonces los ojos del Carl se desorbitaron y su boca se abrió sin dejar escapar ruido alguno. Luego se oyó un crujido, y el gigante arrojó el cadáver, que salió volando hecho un guiñapo y luego rodó y rodó por la nieve y el barro con su cabeza medio suelta hasta que por fin se paró y quedó inmóvil.

El Temible se erguía en medio de la niebla que fluía a su alrededor, mirando al Sabueso tras su máscara negra y aguardando, y el Sabueso, casi a punto de orinarse encima, le devolvía la mirada.

Pero cuando hay que hacer algo lo mejor es hacerlo sin más. Más vale eso que vivir con miedo. Es lo que habría dicho Logen. En vista de lo cual, el Sabueso abrió la boca, lanzó un grito lo más fuerte que pudo y, blandiendo en alto su espada prestada, se lanzó a la carga.

El gigante alzó el brazo chapado de metal y paró el golpe de la hoja. Al impactar los dos metales, los dientes del Sabueso castañetearon y la espada se le escapó de las manos y salió dando vueltas por el aire, pero, de inmediato, coló su cuchillo por debajo del brazo del gigante y se lo hundió hasta la empuñadura en el costado tatuado.

—¡Ja! —gritó el Sabueso, pero la celebración duró poco. El enorme brazo del Temible salió disparado de la niebla y le propinó en el pecho un golpe de revés que lo lanzó gorgoteando por los aires. El bosque giró como un torbellino y, de pronto, un árbol pareció surgir de la nada y se estrelló contra su espalda, arrojándolo desmadejado al barro. Trató de respirar y no pudo. Trató de darse la vuelta y no



pudo. Sentía una opresión terrible en las costillas, como si tuviera una gigantesca roca sobre el pecho.

Aferrándose al barro, casi sin aliento para gemir, alzó la vista. El Temible avanzaba hacia él, sin prisas. Bajó una mano y se sacó el cuchillo del costado. Parecía un juguete entre sus enormes dedos. Poco más que un palillo de dientes. Le dio un papirotazo y el cuchillo voló hacia los árboles soltando un reguero de sangre. Luego alzó su enorme pie acorazado para descargarlo sobre la cabeza del Sabueso y machacarle el cráneo como una nuez en un yunque; y, el Sabueso, caído en tierra, indefenso y atenazado por el dolor y el miedo, no podía hacer nada mientras la sombra del gigante se iba proyectando sobre su cara.

—¡Maldito cabrón! —Tresárboles apareció volando desde los árboles, estrelló su escudo contra la cadera acorazada del gigante y lo apartó; la inmensa bota metálica se hundió junto a la cara del Sabueso, salpicándola de barro. El viejo guerrero no cejó en su acometida y, aprovechando que el Temible estaba desequilibrado, se puso a descargar tajos contra su costado desnudo, mientras el Sabueso jadeaba y se retorcía, intentando ponerse de pie, sin conseguir otra cosa que incorporarse un poco y apoyar la espalda en un árbol.

El gigante lanzó su puño acorazado con una fuerza capaz de derrumbar una casa, pero Tresárboles lo esquivó y lo desvío con su escudo. Luego alzó su espada y descargó un golpe que produjo una tremenda abolladura en la máscara del Temible y arrojó hacia atrás su enorme cabeza, dejándole tambaleante y echando sangre por el agujero de la boca. El viejo guerrero le acometió de nuevo y barrió de un tajo las planchas que cubrían el pecho del gigante, arrancando chispas al hierro negro y abriendo una enorme raja en la carne azul que había junto a ellas. Un golpe letal, sin duda, pero, al salir la hoja, sólo cayeron unas pocas gotas de sangre, y no dejó ninguna herida.

El gigante, que ya había recobrado el equilibrio, profirió un alarido que hizo que el Sabueso temblara de miedo. Retrasó uno de sus monstruosos pies, alzó su gigantesco brazo y lo lanzó hacia delante. Se estrelló contra el escudo de Tresárboles, arrancó un trozo del borde, hizo astillas el armazón de madera y siguió avanzando hasta impactar en el hombro del viejo guerrero, que soltó un gemido y cayó de espaldas. El Temible se cernía sobre él, alzando su gigantesco puño azul. Tresárboles soltó un gruñido y hundió hasta la empuñadura la espada en el muslo tatuado del gigante. El Sabueso vio salir la punta ensangrentada por detrás de la pierna, pero aquello ni siquiera pareció volverle más lento. La gran mano se precipitó hacia abajo y machacó las costillas de Tresárboles, que produjeron un ruido similar al de unos palos secos al quebrarse.

El Sabueso gemía, trataba de impulsarse hacia arriba dando manotazos a la tierra, pero su pecho estaba en llamas y no podía ponerse de pie, así que no le quedaba más que mirar. El Temible levantaba ya el otro puño, el que estaba recubierto de hierro negro. Lo alzó lenta y meticulosamente, lo retuvo un instante en el aire y luego lo dejó caer estrellándolo contra el otro costado de Tresárboles, que exhaló un suspiro y quedó aplastado contra el suelo. Cuando el enorme brazo volvió alzarse, sus nudillos azules estaban teñidos de sangre.

Entonces una línea negra surgió de entre la niebla y se clavó en la axila del Temible, derrumbándolo de costado. Era Escalofríos, que acosaba al gigante con una lanza, gritando y empujándolo por la ladera. El Temible rodó sobre sí, se puso de pie como una centella, hizo como si fuera a dar un paso atrás y, acto seguido, su mano, rápida como una serpiente, salió lanzada hacia delante y, como si fuera una mosca, propinó un papirotazo a Escalofríos, que desapareció entre la niebla aullando y pataleando.

Antes de que el gigante pudiera seguirlo, se oyó un rugido atronador y la espada de Tul se estrelló contra su hombro acorazado y le hizo doblar una rodilla. Luego surgió Dow de la niebla y le atacó por detrás, arrancándole un trozo de pierna. Escalofríos, que había vuelto a levantarse, gruñía y le tiraba lanzadas. Parecía que entre los tres habían conseguido cercar al gigante.

Por más grande que fuera, a esas alturas ya debería estar muerto. Las heridas que le habían infligido entre Tresárboles, Escalofríos y Dow tendrían que haber bastado para enviarlo de vuelta al barro. Pero, en lugar de eso, se alzó de nuevo, con seis flechas clavadas y la espada de Tresárboles ensartada en su carne, y de detrás de la máscara de hierro salió un rugido que hizo al Sabueso temblar de pies a cabeza. Escalofríos cayó de culo a tierra, con el semblante pálido como la leche. Tul parpadeó, trastabilló y dejó caer la espada. Incluso Dow el Negro dio un paso atrás.

El Temible bajó un brazo y agarró la empuñadura de la espada de Tresárboles. Se la extrajo de la pierna y luego dejó caer a sus pies el arma ensangrentada. No había dejado ninguna herida en su carne. Absolutamente ninguna. Luego se dio la vuelta, se internó en la oscuridad de un salto y la niebla se cerró tras de él. El Sabueso oyó el ruido que hacía al abrirse paso entre la maleza: jamás se había alegrado tanto de ver a alguien alejarse.

—¡Vuelve! —gritó Dow aprestándose a salir disparado para perseguirlo colina abajo, pero Tul se interpuso en su camino y alzó una mano.

—Tú no vas a ninguna parte. No sabemos cuántos Shanka puede haber ahí abajo. Ya acabaremos con él en otra ocasión.

—¡Apártate de mi camino, grandullón!

—No.

El Sabueso se impulsó hacia delante y, con el semblante contraído por el dolor del pecho, comenzó a trepar por la colina, ayudándose con las manos. La niebla empezaba a levantarse dejando tras de sí una atmósfera clara y gélida. Hosco bajaba por el lado contrario, con el arco tensado y una flecha lista para disparar. El barro y la nieve estaban sembrados de cadáveres. De Shanka la mayor parte, aunque también había algún que otro Carl.

Al Sabueso le pareció que tardaba una eternidad en llegar arrastrándose hasta Tresárboles. Su viejo camarada estaba tumbado boca arriba en el barro; a su lado, inmóvil, se tendía el brazo que llevaba atado el escudo roto. Aspiraba aire por la nariz produciendo un leve resuello y luego lo expulsaba por la boca, acompañado de un borboteo de sangre. Sus ojos giraron en sus órbitas para mirar al Sabueso, que se acercaba reptando. Luego estiró un brazo, le agarró de la camisa, tiró de él hacia abajo y, apretando sus dientes ensangrentados, le susurró al oído:

—¡Escúchame, Sabueso! ¡Escucha!

—¿Qué, jefe? —graznó el Sabueso, al que el dolor del pecho casi impedía hablar. Esperó, escuchó, pero ya no dijo nada más. Tresárboles miraba con los ojos muy abiertos las ramas del árbol que tenía encima. Una gota de agua cayó sobre su mejilla y resbaló por su barba ensangrentada. Eso fue todo.

—De vuelta al barro —dijo Hosco, con la cara tan flácida como una telaraña vieja.

***

West se mordía las uñas mientras veía al general Kroy y a su Estado Mayor acercarse cabalgando por el camino, un grupo de hombres vestidos de oscuro y montados sobre oscuros corceles con un aspecto tan solemne como el de una procesión de enterradores. De momento había parado de nevar, pero el cielo tenía un furioso color negro, que hacía que pareciera casi de noche, y en el puesto de mando soplaba un viento gélido que arrancaba crujidos a la lona de la tienda de campaña. El tiempo prestado del que había dispuesto West estaba a punto de agotarse.

De súbito sintió un impulso casi irresistible de darse la vuelta y salir corriendo. Un impulso tan pueril que de inmediato tuvo otro igual de inadecuado: ponerse a reír a carcajadas. Por suerte, pudo reprimir la tentación de hacer cualquiera de las dos cosas. Desde luego fue una suerte que pudiera contener el impulso de reírse. La situación no era como para tomársela a risa. A medida que el retumbar de los cascos

se fue aproximando, se preguntó si después de todo no sería mala idea salir corriendo.

Kroy detuvo violentamente su corcel y desmontó, luego se dio un tirón al uniforme para estirárselo, se ajustó el cinto de la espada, se dio la vuelta con brusquedad y enfiló hacia la tienda. West le interceptó, con la esperanza de poder meter baza antes que él para así ganar un poco más de tiempo.

—¡General Kroy, felicidades, señor, su división ha combatido con gran tesón!

—Por supuesto que sí, coronel West —Kroy pronunció su nombre como si se tratara de un insulto gravísimo, mientras los miembros de su Estado Mayor iban formando un amenazador semicírculo a su alrededor.

—¿Puedo preguntarle cuál es nuestra situación?

—¿Nuestra *situación*? —repitió el general—. Nuestra situación es que hemos conseguido que los Hombres del Norte se batan en retirada pero sin infligirles una derrota aplastante. Al final les dimos un buen vapuleo, pero mis unidades tuvieron que emplearse a fondo, hasta el último hombre. Estaban demasiado agotados para emprender una persecución. ¡El enemigo ha logrado retirarse a los vados gracias a la cobardía de Poulder! ¡Quiero ver cómo se le separa del servicio! ¡Quiero verle ahorcado por traición! ¡Y por mi honor que lo veré! —dicho aquello, inspeccionó con mirada iracunda el puesto de mando mientras sus hombres intercambian murmullos de indignación—. ¿Dónde está el Lord Mariscal Burr? ¡Exijo ver al Lord Mariscal!

—Desde luego, pero si antes tuviera a bien... —las palabras de West quedaron ahogadas por el ruido creciente de más cascos de caballería, y, al cabo de un instante, otro grupo de jinetes aparecía rodeando a toda velocidad la tienda del mariscal. Quién iba a ser sino el general Poulder y su numerosísimo Estado Mayor. Junto a ellos, irrumpió en el puesto de mando un carromato, y el reducido espacio quedó atestado de hombres y bestias. Poulder saltó de su corcel y avanzó a grandes zancadas por el suelo embarrado. Tenía el pelo revuelto, la mandíbula apretada con fuerza y un largo arañazo le cruzaba una mejilla. Le seguía su séquito de uniformes carmesí: los aceros tintineando, los cordones dorados pegando botes y los rostros encendidos.

—¡Poulder! —bufó Kroy—. ¡Hay que tener valor para presentarse delante de mí! ¡Hay que tener valor! ¡El único valor que ha mostrado en todo el día!

—¿Cómo se atreve? —aulló Poulder—. ¡Exijo una disculpa! ¡Discúlpese inmediatamente!

—¿Disculparme? ¿Disculparme yo? ¡Ja! ¡Es usted quien va a tener que pedir disculpas, ya me ocuparé yo de ello! ¡El plan era que apareciera por el flanco izquierdo! ¡Hemos estado más de dos horas luchando sin tregua!

—Casi tres horas, señor —apostilló, inoportunamente, un miembro del Estado Mayor de Kroy.

—¡Maldita sea, tres horas! ¡Si eso no es cobardía, no sé qué otra definición darle!

—*¿Cobardía?*—aulló Poulder. Un par de miembros de su Estado Mayor llegaron incluso a posar las manos en las empuñaduras de sus aceros—. ¡Discúlpese de inmediato! ¡Mi división sufrió un ataque sostenido y brutal en nuestro flanco! ¡Yo mismo me vi forzado a encabezar una carga! ¡A pie! —y, volviendo bruscamente la cara, se señaló con una de sus manos enguantadas el corte que tenía en la mejilla—. ¡Nosotros sí que hemos combatido de verdad! ¡Hemos sido *nosotros* los que hemos conseguido la victoria!

—¡Maldita sea, Poulder, usted no ha hecho nada! ¡La victoria pertenece por entero a mis hombres! ¿Un ataque? ¿Un ataque de quién? ¿De los animales del bosque?

—¡Ajá! ¡Exacto! ¡Muéstreselo?

Uno de los miembros de su Estado Mayor corrió de un tirón el hule que había en el carromato, dejando al descubierto lo que a primera vista parecía ser un montón de harapos ensangrentados. Arrugando la nariz, empujó el bulto, que cayó al suelo y rodó hasta quedar boca arriba mirando al cielo con unos ojos de un color tan negro como el de un escarabajo. Tenía una mandíbula enorme y desfigurada por la que asomaban unos dientes afilados que apuntaban en todas direcciones. Su piel, áspera y callosa, era de un color marrón grisáceo, su nariz, poco más que un muñón informe. El cráneo, aplanado y sin pelo, tenía una especie de gruesa protuberancia y su frente era estrecha y huidiza. Uno de sus brazos era corto y musculoso, el otro, mucho más largo y un poco curvado; ambos acababan en unos apéndices que más que manos parecían garras. Todo en aquel bicho resultaba deforme, contrahecho, primitivo. West lo contemplaba con la boca abierta.

Estaba claro, no era un ser humano.

—¡Ahí lo tiene! —chilló triunfalmente Poulder—. ¡Atrévase a decirme ahora que mi división no ha entrado en combate! ¡Había cientos de estos... de estos... bichos ahí arriba! ¡Miles más bien, y luchaban como endemoniados! ¡Lo único que pudimos hacer fue mantener el frente, y suerte han tenido de que lo lográramos! ¡Exijo! —exclamó echando espumarajos—. ¡Exijo! —rabió—. *¡Exijo!* —aulló con la cara congestionada—. ¡Sus disculpas!

Los ojos de Kroy palpitaban de incredulidad, de furia, de exasperación. Retorcía los labios, movía las mandíbulas, apretaba los puños. Estaba claro que no había ningún artículo de las ordenanzas que hiciera referencia a una situación de ese tipo. Y entonces la tomó con West.

—¡Exijo ver al Mariscal Burr! —le soltó ciego de rabia.

—¡Lo mismo digo! —chilló con voz aguda Poulder, que no estaba dispuesto a ser menos.

—El Lord Mariscal está... —los labios de West siguieron moviéndose en silencio. Se le habían agotado las ideas. No le quedaba ninguna estrategia, ningún subterfugio, ninguna treta—. Está... —para él no habría ningún vado por el que pudiera retirarse. Estaba acabado. Lo más probable es que ahora fuera él quien terminara en una colonia penitenciaria—. Está...

—Estoy aquí.

Para gran asombro de West, Burr acababa de aparecer en la entrada de la tienda. Incluso bajo aquella tenue luz, saltaba a la vista que se encontraba gravemente enfermo. Su tez tenía una palidez cenicienta y una película de sudor recubría su frente. Tenía los ojos hundidos y rodeados de unas ojeras oscuras. Le temblaban los labios y sus piernas estaban tan débiles que tenía que aferrarse al poste de la tienda para no caerse. West distinguió en la pechera de su uniforme una mancha oscura que tenía toda la pinta de ser de sangre.

—Me temo que durante la batalla me he sentido un tanto... indispuesto —dijo con voz ronca—. Me habrá sentado mal algo que he comido —su mano temblaba sobre el poste y Jalenhorm estaba pegado a su hombro, listo para sujetarlo si se caía; sin embargo, haciendo un esfuerzo sobrehumano, el Lord Mariscal se mantenía en pie. West echó una mirada nerviosa a la iracunda concurrencia, preguntándose qué pensarían de aquel cadáver andante. Pero los dos generales estaban demasiado enfrascados en sus propias rencillas para fijarse en esas cosas.

—Lord Mariscal, debo presentar una queja contra el general Poulder.

—Señor, exijo una disculpa del general Kroy.

A West le pareció que la mejor defensa era lanzar de inmediato un ataque.

—¡Antes de nada, es tradición entre nosotros —les interrumpió alzando la voz— felicitar a nuestro comandante en jefe por la victoria! —y, acto seguido, se puso a aplaudir con enfática lentitud. Pike y Jalenhorm se apresuraron a acompañarle. Poulder y Kroy se cruzaron una mirada gélida y luego alzaron también las manos.

—Quisiera ser el primero en...

—¡El primero de todos en felicitarle, Lord Mariscal!

Sus respectivos Estados Mayores se les unieron, luego los otros soldados que había junto a la tienda, después otros que había un poco más lejos y finalmente los vítores se extendieron por todo el campamento.

—¡Viva el Lord Mariscal Burr!

—¡Viva el Lord Mariscal!

—¡Victoria!

Burr, por su parte, se estremecía y temblaba con una mano aferrada a su estómago y su rostro convertido en una máscara de angustia. West se fue echando hacia atrás, alejándose del centro de atención, alejándose de la gloria. No le interesaba en lo más mínimo. Se había salvado por poco, por muy poco. Las manos le temblaban, sentía un regusto amargo en la boca y tenía la vista borrosa. Aún oía a Poulder y Kroy, que otra vez se habían puesto a discutir y gañían como un par de patos furiosos.

—Debemos avanzar de inmediato hacia Dunbrec y lanzar un ataque fulminante aprovechando que aún están...

—¡Bah! ¡Tonterías! Las defensas son demasiado fuertes. Debemos rodear las murallas y prepararnos para un largo...

—¡Estupideces! ¡Mi división puede tomar la fortaleza mañana mismo!

—¡Eso es absurdo! ¡Tenemos que atrincherarnos! ¡El asedio es mi especialidad! Así una y otra vez. West se tapó los oídos con la punta de los dedos para no oír sus voces y se alejó con paso tambaleante por el barro batido. Unos pasos más adelante se encaramó a una pequeña formación rocosa, apoyó la espalda contra ella y se dejó resbalar por la superficie. Se dejó resbalar hasta quedarse en cuclillas sobre la nieve con las rodillas abrazadas, como solía hacer de niño cuando su padre estaba furioso.

Abajo, en el valle, envueltos en la creciente oscuridad, distinguía a los hombres que deambulaban por el campo de batalla. Ya habían empezado a cavar tumbas.

Un castigo adecuado

Hacía un rato había estado lloviendo, pero ya había escampado. El pavimento de la Plaza de los Mariscales empezaba a secarse; las losas estaban claras en los bordes pero aún conservaban oscuras manchas de humedad en el centro. Un sol mortecino había roto por fin las nubes y se reflejaba en el brillante metal de las cadenas que colgaban del bastidor y en las cuchillas, los ganchos y las tenazas del potro. *Un tiempo espléndido para un asunto como éste, supongo. Va a ser el gran acontecimiento de la temporada. A menos, claro está, que te llames Tulkis, porque, si es así, seguro que uno prefería perdérselo.*

La multitud, en cualquier caso, aguardaba expectante tan emocionante espectáculo. La amplia plaza rebosaba con su cháchara, una embriagadora mezcla de excitación y furia, de felicidad y odio. La zona destinada al público estaba abarrotada, y aún seguía llegando gente, pero donde estaba él, en la zona reservada a las autoridades, un recinto cercado y fuertemente custodiado que había delante del cadalso, seguía habiendo sitio de sobra. *Al fin y al cabo, es lógico que los grandes y los poderosos sean quienes disfruten de las mejores vistas.* Por encima de los hombros de la fila que tenía delante distinguía las sillas donde se sentaban los miembros del Consejo Cerrado. Si se ponía de puntillas, una maniobra de la que prefería no abusar, incluso podía atisbar la mata de pelo blanco del Archilector, que se ondeaba con elegancia impulsada por la brisa.

Miró de reojo a Ardee. La muchacha contemplaba con gesto tétrico el cadalso y se mordisqueaba el labio inferior. *Hay que ver. Pensar que en tiempos solía llevar a las jovencitas a los mejores establecimientos de la ciudad, a los jardines de recreo de las colinas, a los conciertos en el Pabellón de los Susurros o directamente a mis aposentos, desde luego, si el asunto prometía. Ahora, en cambio, las llevo a ver ejecuciones.* Sintió que las comisuras de sus labios se curvaban esbozando una media sonrisa. *En fin, las cosas cambian.*

—¿Cómo lo van a hacer? —le preguntó Ardee.

—Le colgarán y luego lo eviscerarán.

—¿Cómo?

—Le atarán unas cadenas a las muñecas y al cuello, sin apretarlas en exceso para que no muera estrangulado, y luego lo alzarán. A continuación, le abrirán con un acero y le irán destripando lentamente. Como colofón, mostraran sus entrañas a la multitud.

La muchacha tragó saliva.

—¿Seguirá vivo entonces?

—Posiblemente. Aunque no es fácil asegurarlo. Depende de lo bien que hagan los verdugos su trabajo. En todo caso, si vive, no será por mucho tiempo. *Al menos, una vez que se haya quedado sin entrañas.*

—Parece muy... brutal.

—Eso es lo que se pretende. Era el castigo más salvaje que inventaron los salvajes de nuestros antepasados. Lo tenían reservado para aquellos que intentaban atentar contra una persona de sangre real. Por lo que tengo entendido, hacía más de ochenta años que no se aplicaba.

—De ahí la multitud.

Glokta se encogió de hombros.

—Tiene el encanto de la novedad, pero, de todos modos, las ejecuciones siempre atraen a un público muy numeroso. A la gente le gusta ver cómo se da muerte a alguien. Les recuerda que por muy miserable, mezquina e insufrible que sea su vida... ellos, al menos, aún la conservan.

Glokta sintió que le daban un golpecito en el hombro y, no sin cierto dolor, se volvió y se topó con la cara enmascarada de Severard asomando justo detrás de él.

—Ya he solucionado el asunto ese. Lo de Vitari. —Ajá. ¿Y?

Severard miró de reojo a Ardee con un gesto de recelo y luego se agachó para hablarle a Glokta al oído.

—La seguí hasta una casa que hay pasados los jardines públicos de Galt, cerca de un mercado que hay por ahí.

—Lo conozco. ¿Y?

—Eché un vistazo por una ventana.

Glokta alzó una ceja.

—Te lo estás pasando muy bien, ¿verdad? ¿Qué había ahí dentro?

—Niños.

—¿Niños? —preguntó Glokta.

—Tres niños pequeños. Dos chicas y un chico. ¿Y a qué no adivina de qué color tenían el pelo?

No me lo digas.

—¿No sería pelirrojo, por un casual?

—Igualito al de su madre.

—¿Tiene hijos? —Glokta se chupó pensativamente las encías—. ¿Quién lo habría pensado?

—Ya. Yo creía que esa perra era de hielo.

Eso explica por qué estaba tan ansiosa por regresar del Sur. Durante todo ese tiempo tuvo aquí a esos tres pequeños esperándola. El instinto maternal. Qué cosa más absolutamente conmovedora. Notó una irritación en su ojo izquierdo y se limpió el agüilla que se había formado debajo.

—Bien hecho, Severard, esa información puede sernos de utilidad. ¿Qué hay de lo otro? ¿Del guardia del Príncipe?

Severard se levantó un poco la máscara y se rascó por debajo mientras sus ojos miraban nerviosos a uno y otro lado.

—Un asunto extraño. Lo he intentado, pero ese tipo parece haber... desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Hablé con la familia. No le han visto desde el día anterior a la muerte del Príncipe.

Glokta frunció el ceño.

—¿El día anterior? *Pero si estaba allí... Yo mismo lo vi.* Coge a Frost, y también a Vitari. Quiero una lista de todas las personas que estuvieron en palacio esa noche. Cualquier lord, sirviente o soldado que anduviera por allí. Pienso llegar al fondo de este asunto. *Como sea.*

—¿Le ha pedido Sult que lo haga?

Glokta echó un rápido vistazo a su alrededor.

—No me ha pedido que no lo haga. Tú hazlo y punto.

Severard masculló algo, pero sus palabras quedaron ahogadas por la multitud, que de pronto había prorrumpido en un monumental abucheo. Estaban conduciendo a Tulkis hacia el patíbulo. Avanzaba arrastrando los pies, mientras las cadenas tintineaban alrededor de sus tobillos. No lloraba ni gemía, ni tampoco lanzaba gritos de desafío. Simplemente se le veía demacrado, triste y dolorido. En la cara tenía unos

cuantos moratones desvaídos y en los brazos, las piernas y el pecho unas líneas de puntos de un rojo intenso. *Es imposible no dejar marca cuando se usan las agujas candentes, pero, dadas las circunstancias, no tiene mal aspecto del todo.* Exceptuando un taparrabos que llevaba atado a la cintura, estaba desnudo. *Por respeto a la delicada sensibilidad de las damas del público. Ver cómo le sacan a un hombre las entrañas es un entretenimiento de primera, pero verle la verga es una obscenidad.*

Un secretario se plantó delante del cadalso y leyó el nombre del prisionero, el cargo del que se le acusaba, los términos de su confesión y su castigo, pero, a pesar de estar bastante cerca, casi no se le oía debido al hostil murmullo de la multitud, que de vez en cuando se veía salpicado por algún que otro grito de furia. Glokta hizo una mueca de dolor y movió lentamente su pierna de atrás adelante para tratar de estirar sus entumecidos músculos.

Los verdugos, provistos de sendas máscaras, entraron en escena y, moviéndose con consumada destreza, se hicieron con el prisionero: cubrieron la cabeza del enviado con una bolsa negra y le aherrojaron el cuello, las muñecas y los tobillos con grilletes. Glokta alcanzó a ver cómo el trozo de lona que le cubría la boca se movía de adentro afuera. *Los últimos alientos desesperados, ¿Estará rezando ahora? ¿O estará maldiciendo y rabiando? ¿Cómo saberlo y, en realidad, qué más da?*

Lo izaron en el bastidor con los brazos y las piernas extendidos. Las manos soportaban la mayor parte de su peso. Pero también al cuello le tocaba una parte, lo bastante para que el collar que tenía ceñido le asfixiara, pero sin llegar a causarle la muerte. Como cabía esperar, trataba de ofrecer resistencia. *Nada más natural. El instinto animal te fuerza a intentar auparte, a revolverte, a retorcerte, a hacer lo que sea para poder respirar. Un instinto que no se puede resistir.* Uno de los verdugos se acercó al potro, cogió una cuchilla bastante gruesa, se la mostró a la multitud haciendo una floritura y el mortecino sol arrancó un tenue brillo a la hoja. Luego dio la espalda al público y empezó a cortar.

La multitud enmudeció. Reinaba un silencio casi mortal, interrumpido tan sólo por algún que otro susurro sofocado. Un castigo como aquél no invitaba al griterío. Era un castigo que exigía un silencio sobrecogido. Un castigo para el que la única reacción posible era una contemplación horrorizada y fascinada a partes iguales. *De eso se trata.* Sólo se oía el silencio y tal vez el húmedo borboteo del aliento del reo. *El grillete del cuello le impide gritar.*

—Un castigo adecuado, me imagino —le susurró Ardee mientras observaba cómo extraían las sanguinolentas entrañas del cuerpo del enviado—, para el asesino del Príncipe Heredero.

Glokta agachó la cabeza para hablarle al oído.

—Tengo fundados motivos para creer que ese hombre no ha matado a nadie. Sospecho que de lo único que es culpable es de haber tenido el valor de presentarse ante nosotros para hablarnos con sinceridad, tendernos la mano y ofrecernos la paz.

Los ojos de la muchacha se abrieron desmesuradamente.

—Entonces, ¿por qué se le ejecuta?

—Porque el Príncipe Heredero ha sido asesinado. Y hay que ejecutar a alguien.

—Pero... ¿quién mató realmente al Príncipe Raynault?

—Alguien que no desea que haya paz entre Gurkhul y la Unión. Alguien que desea que la guerra entre nuestras dos naciones crezca, se extienda y no acabe jamás.

—¿Y quién puede desear eso?

Glokta no respondió. *Eso digo yo, ¿quién?*

***

No hace falta admirar el carácter de Fallow para reconocer que tiene buen ojo a la hora de escoger sillas. Glokta exhaló un suspiró y se acomodó en el mullido tapizado. Luego estiró los pies hacia el fuego de la chimenea y se puso a girar sus doloridos tobillos, que soltaron unos cuantos chasquidos.

Ardee no parecía sentirse tan cómoda. *Lógico, no puede decirse que el espectáculo de esta mañana fuera precisamente reconfortante.* Miraba pensativamente por la ventana con el ceño fruncido mientras se tiraba nerviosa de un mechón de pelo.

—Necesito beber algo —se acercó al aparador, lo abrió y sacó una botella y una copa. Se detuvo un momento y se volvió hacia él—. ¿No me va a decir que es un poco temprano?

Glokta se encogió de hombros.

—Ya sabe qué hora es.

—Necesito tomar algo después de...

—En tal caso, tómelo. No tiene que darme explicaciones. No soy su hermano.

Giró bruscamente la cabeza y le lanzó una mirada de reproche, luego abrió la boca como si fuera a decir algo pero, en lugar de ello, volvió a meter bruscamente la botella y la copa en el aparador y lo cerró de golpe.

—¿Contento?

Glokta se encogió de hombros.

—Lo más cerca que una persona como yo puede llegar a estarlo, ya que lo pregunta.

Ardee se dejó caer en la silla de enfrente y se puso a mirar con expresión avinagrada la punta de su zapato.

—¿Y ahora qué pasará?

—¿Ahora? Ahora nos vamos a entretener el uno al otro con nuestras ocurrencias durante una larga hora y, luego, no sé, ¿un paseo por la ciudad, tal vez? —hizo una mueca de dolor—. Despacio, por supuesto. Después había pensado quizás en un almuerzo tardío.

—Hablo de la sucesión.

—Oh —exclamó Glokta—. Eso —se dio media vuelta para colocarse mejor el almohadón y luego se estiró un poco más emitiendo un gruñido de satisfacción. *Sentado en una habitación cálida y acogedora como ésta, en tan atractiva y grata compañía, casi se podría llegar uno a creer que todavía tiene una especie de vida.* Cuando prosiguió, sus labios casi sonreían—. Habrá una votación en el Consejo Abierto. Lo cual significa, no me cabe ninguna duda, una orgía de chantajes, sobornos, corruptelas y traiciones. Un carnaval de trapicheos, rupturas de alianzas, intrigas y asesinatos. Una jovial danza de amaños, fraudes, amenazas y promesas. Así será hasta que el Rey muera. Y, luego, el Consejo Abierto votará.

Ardee le dirigió una sonrisa torcida.

—Hasta las hijas de los plebeyos dicen que el Rey ya no durará mucho.

—Bueno, bueno —y Glokta alzó las cejas—. Cuando las hijas de los plebeyos dicen una cosa, por algo será.

—¿Quiénes son los favoritos?

—¿Por qué no me lo dice usted?

—De acuerdo, lo haré —se recostó en la silla y se frotó pensativamente la barbilla—. Brock, desde luego.

—Desde luego.

—Luego Barezin, supongo, y después Heugen e Isher.

Glokta asintió con la cabeza. *No tiene un pelo de tonta.*

—Son los cuatro grandes. ¿Quién más se nos ocurre?

—Imagino que Meed perdió toda posibilidad al ser derrotado por los Hombres del Norte. ¿Qué me dice de Skald, el Lord Gobernador de Starikland?

—Muy bien. No creo que tengas muchas posibilidades, así que si apuesta por él puede sacarse un buen pellizco, pero, sí, también estará en la lista.

—Si el voto por los candidatos de Midderland estuviera muy dividido...

—¿Quién sabe lo que podría pasar entonces? —se intercambiaron una sonrisa—. Si eso ocurriera, cualquiera podría llegar a salir —dijo Glokta—. Y luego hay que contar también con los hijos ilegítimos del Rey...

—¿Bastardos? ¿Los hay?

Glokta alzó una ceja.

—Me parece que yo conozco a unos cuantos —Ardee soltó una carcajada y Glokta se felicitó por ello—. Hay rumores, por supuesto, como ocurre siempre. No sé si ha oído hablar de Carmee dan Roth. Una dama de honor que era considerada toda una belleza. En una época, de esto hace ya muchos años, fue la favorita del Rey. Un buen día desapareció y más tarde se rumoreó que había fallecido al dar a luz, pero, ¿quién sabe? A la gente le encantan los cotilleos y las mujeres bellas también mueren de vez en cuando sin necesidad de dar a luz a un bastardo.

—¡Oh, cierto, muy cierto! —Ardee pestañeó y fingió que se desmayaba—. Somos unos pobres seres enfermizos.

—Claro que sí, querida amiga, claro que sí. La belleza es una maldición. No pasa un día sin que dé gracias a las estrellas por haberme librado de eso —dijo imitando una sonrisa lasciva con su boca desdentada—. Los miembros del Consejo Abierto acuden en masa a la ciudad y muchos de ellos, estoy convencido, no han puesto nunca el pie en la Rotonda de los Lores. Han olido a poder y quieren su parte. Quieren sacar tajada mientras haya algo que repartir. Puede que sea la primera vez desde hace diez generaciones en que el voto de los nobles vaya a servir para tomar una decisión de verdad.

—Y vaya una decisión —masculló Ardee sacudiendo la cabeza.

—Desde luego. La carrera puede ser larga y la competencia por los puestos de cabeza será feroz. *Por no decir letal.* No descarto la posibilidad de que en el último momento aparezca un candidato desconocido. Alguien que no tenga enemigos. Un candidato de compromiso.

—¿Y qué pasa con los miembros del Consejo Cerrado?

—Tienen prohibido presentarse, por supuesto, para garantizar la imparcialidad —y soltó un resoplido—. ¡Imparcialidad! Nada les gustaría más que poder endilgarle a

la nación a un perfecto desconocido. Alguien a quien pudieran dominar y manipular a su antojo para así poder continuar con sus luchas intestinas sin que nadie les moleste.

—¿Hay un candidato así?

—Cualquiera que tenga voto puede serlo, así que en teoría los hay a cientos, pero los miembros del Consejo Cerrado no se ponen de acuerdo sobre ningún candidato, así que andan a la rebatiña sin la menor dignidad apoyando a los candidatos más fuertes, cambiando de bando de un día para otro, tratando de asegurarse su futuro y haciendo todo lo posible para mantenerse en sus cargos. El poder ha pasado con tanta rapidez de sus manos a las de los nobles que las cabezas se les han puesto a dar vueltas. Y algunas de ellas rodarán, puede estar segura.

—¿Será la suya una de ellas? —preguntó Ardee alzando la vista por debajo de sus oscuras cejas.

Glokta se chupó lentamente las encías.

—Si rueda la de Sult, es muy posible que la mía sea la siguiente.

—Confío en que no sea así. Ha sido muy bueno conmigo. Mejor que nadie. Más bueno de lo que me merezco —no era la primera vez que la veía recurrir a la estratagema de hablar con total sinceridad, pero no por ello dejaba de desarmarle.

—No diga tonterías —farfulló mientras retorcía los hombros en la silla, aquejado de una súbita sensación de incomodidad. *Bondad, sinceridad, una acogedora salita de estar... Es posible que el coronel Glokta hubiera sabido qué decir, pero yo aquí no soy más que un extraño.* Aún estaba tratando de encontrar una respuesta, cuando en la puerta del vestíbulo resonaron unos golpes—. ¿Espera a alguien?

—¿A quién quiere que espere? Todos mis conocidos se encuentran ahora en esta habitación.

Glokta aguzó el oído mientras se abría la puerta, pero no consiguió oír nada. El pomo de la puerta de la salita giró y la doncella asomó la cabeza.

—Perdonen, pero hay una visita para el Superior.

—¿Quién? —preguntó Glokta. *¿Severard, con noticias del guardia del Príncipe Raynault? ¿Vitari, con algún mensaje del Archilector? ¿Un nuevo problema que necesita solución? ¿Un nuevo conjunto de preguntas que realizar?*

—Dice que se llama Mauthis.

Glokta notó que todo el lado izquierdo de su cara se ponía a palpitar. *¿Mauthis?* Hacía ya algún tiempo que no pensaba en él, pero en ese momento la adusta y demacrada imagen del banquero apareció al instante en su mente, tendiéndole un

recibo con seca precisión para que él lo firmara. *Un recibo por un regalo valorado en un millón de marcos. Puede que en el futuro un representante de la banca Valinty Balk se presente ante usted para requerirle... algunos favores.*

Ardee le miraba con el ceño fruncido.

—¿Algo va mal?

—No, no es nada —graznó procurando eliminar el tono de asfixia de su voz—. Un antiguo colaborador. ¿Le importa si dispongo un momento de la habitación? Tengo que tratar unos asuntos con ese caballero.

—Desde luego que no —se levantó y se dirigió hacia la puerta, arrastrando la cola de su vestido por la alfombra. A mitad de camino, se detuvo, volvió la cabeza y se mordió los labios. Luego se acercó al aparador, abrió la puerta y sacó la botella y una copa. Finalmente, se encogió de hombros—. Lo necesito.

—Y quién no —susurró Glokta a sus espaldas antes de que saliera.

Un instante después, Mauthis traspasaba el umbral. Las mismas facciones afiladas, los mismos ojos fríos hundidos en sus cuencas. Y, sin embargo, se apreciaba en él algo distinto. *Un cierto nerviosismo. ¿Una cierta ansiedad, tal vez?*

—Vaya, maese Mauthis, qué inmenso honor.

—Puede ahorrarse las cortesías, Superior —su voz sonaba aguda y chirriante, como el ruido de unos goznes herrumbrosos—. No me voy a sentir herido en mi orgullo y prefiero hablar a las claras.

—Muy bien, ¿en qué puedo...?

—Mis jefes, la banca Valint y Balk, no están demasiado satisfechos con el derrotero que han tomado sus investigaciones.

La mente de Glokta trabajaba a toda velocidad.

—¿El derrotero de mis investigaciones sobre qué asunto?

—Sobre el asesinato del Príncipe Heredero Raynault.

—Ese caso ya está cerrado, le puedo asegurar que no tengo ninguna intención de...

—Hablando claro, Superior, están al tanto. Creo que será mucho mejor para usted si da por sentado que no hay nada que ellos no sepan. Porque, la verdad sea dicha, ése suele ser el caso. El asesinato ha sido resuelto con una celeridad y una competencia pasmosas. Mis jefes están encantados con el resultado. El culpable ha sido llevado ante la justicia. Así que a nadie le reportará ningún beneficio que ahonde usted más en este desdichado asunto.

Eso sí que es hablar claro. Pero, ¿por qué habrían de importarle a Valinty Balk mis averiguaciones? ¿Me dan dinero para frustrar el ataque de los gurkos y ahora parece molestarles que investigue un complot gurko? No tiene sentido... a no ser que en realidad el asesino no viniera del Sur. A no ser que los asesinos del Príncipe Raynault estén mucho más cerca de lo que creemos...

—Se trata tan sólo de algunos cabos sueltos —alcanzó a farfullar Glokta—. No hay ninguna razón para que sus jefes se pongan furiosos.

Mauthis dio un paso adelante. A pesar de que no hacía calor en la salita, su frente estaba perlada de sudor.

—No están furiosos, Superior. Usted no tenía manera de saber que se sentirían molestos. Pero ya lo sabe. Si decidiera continuar con sus investigaciones, ahora que sabe que eso les desagrada, sí que se pondrían furiosos —se inclinó hacia Glokta y añadió casi en un susurro—. Superior, permítame que me dirija a usted como lo haría una pieza del tablero que hablara con otra pieza. No queremos verles enfadados — había un tono extraño en su voz. *No es una amenaza. Es un ruego.*

—¿Quiere darme a entender —murmuró Glokta sin apenas mover los labios— que informarían al Archilector Sult de su pequeña donación para la defensa de Dagoska?

—Eso es lo mínimo que harían —la expresión de Mauthis no dejaba lugar a dudas. *Miedo.* Miedo dibujado en esa máscara impertérrita que tenía por cara. Había algo en aquella situación que hizo que Glokta sintiera un leve regusto amargo en la lengua, un leve frío en la espalda, una leve opresión en la garganta. Era una sensación que recordaba haber sentido en un tiempo ya lejano. Era lo más parecido al miedo que había sentido desde hacía mucho. *Me tienen cogido. Total y completamente. Lo supe desde el momento en que firmé. Ese fue el precio y no tengo más remedio que pagarlo.*

Glokta tragó saliva.

—Puede decirles a sus jefes que no se realizarán más averiguaciones.

Mauthis cerró los ojos un instante y expulsó una bocanada de aire con un inequívoco gesto de alivio.

—Será un auténtico placer hacerles llegar ese mensaje. Que tenga un buen día —y, dicho aquello, se dio la vuelta y dejó a Glokta solo en la salita de estar de Ardee, mirando fijamente la puerta y preguntándose qué era exactamente lo que acababa de pasar.

La morada de las piedras

La proa del bote se clavó con un fuerte crujido en la playa pedregosa y los guijarros de la orilla soltaron un gemido y rasparon la parte inferior de la embarcación. Dos de los remeros saltaron al agua y arrastraron el bote unos pocos pasos más. Una vez que lo tuvieron firmemente encallado, se apresuraron a subirse de nuevo, como si el agua les causara un intenso dolor. Jezal no se lo podía echar del todo en cara. La isla de los confines del Mundo, el destino final de su viaje, el lugar al que llamaban Shabulyan, tenía un aspecto bastante intimidatorio.

Un extenso montículo de roca pelada y yerma, azotado por el frío oleaje, que se aferraba a los puntiagudos promontorios y arañaba las playas desabrigadas. Más allá, el terreno ascendía mediante una sucesión de quebrados acantilados y traicioneras laderas de canchales que formaban una amenazadora montaña negra que se recortaba sobre el cielo oscuro.

—¿Quieren bajar a tierra?

Los cuatro remeros no hicieron ademán de moverse y su capitán negó lentamente con la cabeza.

—Se cuentan cosas muy malas de esta isla —dijo en la lengua común, pero con un acento tan cerrado que apenas resultaba inteligible—. Dicen que está maldita. Les esperaremos aquí.

—Puede que tardemos un poco.

—Esperaremos.

Bayaz se encogió de hombros.

—Esperen, pues —bajó del bote y se puso a caminar entre las olas, que le llegaban por la rodilla. Lenta y de mala gana, el resto del grupo le siguió por las aguas heladas en dirección a la playa.

Era un lugar inhóspito y desolado, un lugar propicio sólo para las piedras y el agua helada. Las olas rompían ávidas contra la costa y retrocedían sorbiendo celosas los guijarros de la playa. Un viento implacable azotaba la tierra yerma y atravesaba

los pantalones empapados de Jezal, revolviéndole el cabello, metiéndoselo en los ojos, helándole hasta los tuétanos. Le arrebataba cualquier entusiasmo que pudiera sentir por haber llegado al final de su viaje. Se colaba por las grietas y las oquedades de las rocas y las hacía cantar, suspirar y gemir formando un lúgubre coro.

La vegetación era muy escasa: un poco de hierba descolorida, debilitada por la sal, unos cuantos arbustos espinosos, más muertos que vivos. Más arriba, alejados del mar, se atisbaba algún que otro grupo de árboles marchitos aferrados con desesperación a la dura roca y doblados según la dirección del viento, como si de un momento a otro fueran a ser arrancados. Jezal casi podía sentir su dolor.

—¡Un paraje encantador! —gritó, y, nada más salir de sus labios, sus palabras fueron arrastradas por el feroz vendaval—. ¡Si a uno le entusiasman las rocas!

—¿Dónde si no iba a ocultar un hombre sabio una piedra? —exclamó Bayaz—. ¡Entre miles de piedras! ¡Entre millones de piedras!

El lugar, desde luego, no andaba escaso de piedras. Peñascos, rocas, cantos y guijarros los había a montones. Era la ostensible ausencia de cualquier otro elemento lo que hacía que el lugar resultara tan desagradable. Jezal echó la vista atrás, acometido por el angustioso pensamiento de que los cuatro remeros pudieran haber decidido hacerse a la mar con el bote y dejarlos abandonados en la isla.

Pero seguían en el mismo sitio, metidos en el esquife que se mecía junto a la playa. Más allá, en el proceloso océano, el cascarón de Cawneil aguardaba fondeado con las velas arriadas. Su mástil, una línea negra que se recortaba sobre un cielo turbulento, se balanceaba lentamente impulsado por el encrespado oleaje.

***

—¡Tenemos que encontrar un lugar resguardado del viento! —bramó Logen.

—¿Es que hay algún lugar resguardado del viento en este maldito lugar? —le respondió Jezal desgañitándose.

—¡Más vale que lo haya! ¡Necesitamos encender un fuego!

Pielargo señaló hacia lo alto de los acantilados.

—¡Puede que allá arriba encontremos una cueva o algún abrigo, yo les guiaré!

Emprendieron penosamente la marcha por la playa, primero resbalando sobre los guijarros, luego saltando de roca en roca. Como destino, no parecía que los confines del Mundo justificaran el esfuerzo que había que hacer para llegar hasta ellos. Sin haber salido del Norte, podrían haber encontrado todas las frías piedras y las aguas

heladas que hubieran querido. A Logen aquel lugar desolado le daba mala espina, pero no se ganaba nada con decirlo. A fin de cuentas, ésa era una sensación que no le había abandonado durante los últimos diez años. Invocar al espíritu, encontrar la Semilla y luego largarse pitando, ése era su plan. ¿Y después qué? ¿De vuelta al Norte? ¿De vuelta a Bethod y a sus hijos, a una sucesión interminable de cuentas pendientes, de ríos de odio? Logen hizo una mueca de dolor. Un panorama bastante poco apetecible. Claro que, si hay que hacer algo, es mejor no demorarlo para no tener que vivir temiéndolo; eso habría dicho su padre, aunque, bien pensado, su padre siempre estaba diciendo cosas y muchas de ellas tampoco servían de mucho.

Echó un vistazo a Ferro, y ella le devolvió la mirada. No torció el gesto, pero tampoco sonrió. Nunca se le había dado muy bien eso de entender a las mujeres, ni a nadie, puestos a ello, pero Ferro era todo un enigma. De día seguía tan fría y hosca como siempre, pero ahora casi todas las noches se las agenciaba para colarse debajo de su manta. Ni lo entendía ni se atrevía a hacer preguntas. Era una triste realidad, pero lo cierto es que aquella mujer era lo mejor que le había ocurrido desde hacía siglos. Soltó un resoplido y se rascó la cabeza. Ahora que lo pensaba, eso no dejaba en muy buen lugar la vida que había llevado.

A los pies de los farallones encontraron una especie de cueva. Más bien una simple oquedad, abrigada por dos grandes peñascos, en la que no se sentía tanto el azote del viento. No podía decirse que fuera un buen sitio para entablar una conversación, pero la isla era un erial, y Logen no creía que fueran a encontrar nada mejor. A fin de cuentas, hay que ser realista.

Ferro aplicó su espada a un árbol atrofiado que había cerca y pronto dispusieron de suficientes palos para intentar encender un fuego. Logen se puso en cuclillas y abrió la caja de la yesca con sus dedos entumecidos. El aire se colaba entre las rocas y la madera estaba húmeda, pero, tras muchos exabruptos y mucho bregar con el pedernal, al final consiguió encender un fuego medianamente decente. Todos se apiñaron a su alrededor.

—Saque la caja —dijo Bayaz, y, acto seguido, Logen extrajo el pesado bulto de su petate y, soltando un gruñido, lo depositó junto a Ferro. Bayaz palpó sus bordes con la punta de los dedos, dio con un resorte oculto y la tapa se alzó silenciosamente. Dentro había un conjunto de espirales metálicos que surgían de los lados de la caja y dejaban en el centro un espacio vacío del tamaño del puño de Logen.

—¿Para qué sirven? —preguntó.

—Para que lo que va dentro no se mueva y no reciba golpes.

—¿No debe recibir golpes?

—Eso pensaba Kanedias —la respuesta no tranquilizó precisamente a Logen—. Hay que colocarla dentro lo más rápido posible —añadió el Mago, volviéndose hacia Ferro—. No conviene que nos expongamos a ella más de lo necesario. Será mejor que los demás se mantengan a cierta distancia —y, dicho aquello, les empujó un poco con las palmas de las manos. Luthar y Pielargo, en su avidez por alejarse, estuvieron a punto de acabar los dos en el suelo. Quai, en cambio, miraba atentamente los preparativos y apenas se movió.

Mientras permanecía sentado con las piernas cruzadas delante de las llamas parpadeantes de la fogata, Logen sentía cómo iba creciendo en su estómago el peso de la inquietud. Empezaba a arrepentirse de haberse dejado embarcar en todo aquel embrollo, pero ya era un poco tarde para echarse atrás.

—Será más fácil si le hacemos una ofrenda —dijo, y, al echar un vistazo a su alrededor, vio que Bayaz le tendía una petaca de metal. Logen desenroscó el tapón y olisqueó el contenido. Un intenso aroma a licor saludó su nariz como si fuera una amante a la que se ha echado mucho de menos.

—¿Lo ha estado guardando todo este tiempo?

Bayaz asintió.

—Justo para usarlo ahora.

—Ojalá lo hubiera sabido, habría hecho un buen uso de él en varias ocasiones.

—Ahora puede hacer un buen uso de él.

—No es lo mismo —Logen alzó la petaca, la inclinó y echó un trago. Reprimió la apremiante necesidad de tragárselo, hinchó los carrillos y lanzó sobre el fuego una rociada que provocó una llamarada.

—¿Y ahora? —inquirió Bayaz.

—Ahora hay que esperar. Esperar a que...

—Aquí me tienes, Nuevededos —la voz tenía el sonido del viento entre las rocas, de las piedras que caen despeñadas por los farallones, del mar que se escurre entre los guijarros. El espíritu, una pila oscilante de rocas grises, tan alta como dos hombres y que no proyectaba sombra, se cernía sobre ellos en la angosta cavidad que formaban las rocas.

Logen enarcó las cejas. Los espíritus nunca respondían así pronto, eso si es que se molestaban en responder.

—Qué rápido.

—Estaba esperando.

—Mucho debe de haber sido —el espíritu asintió con la cabeza—. Bueno, ejem, hemos venido a por...

—A por esa cosa que me confiaron los hijos de Euz. Muy desesperada debe de ser la situación del mundo de los hombres para que vengan a buscar eso.

Logen tragó saliva.

—¿Y cuándo no lo es?

—¿Ve algo? —oyó a Jezal susurrar a sus espaldas.

—Nada —respondió Pielargo—. Es verdaderamente notable...

—¡Cierren la boca! —les gruñó Bayaz por encima del hombro.

El espíritu se aproximó a él.

—¿Es éste el Primero de los Magos?

—Así es —dijo Logen volviendo al tema que les ocupaba.

—Es más bajo que Juvens. No me gusta su aspecto.

—¿Qué dice? —preguntó con impaciencia Bayaz mirando fijamente el aire vacío que había bastante a la izquierda del lugar donde se alzaba el espíritu.

Logen se rascó la cara.

—Dice que Juvens era alto.

—¿Alto? ¿Y qué? ¡Consiga lo que hemos venido a buscar y vámonos de aquí!

—Es impaciente —retumbó la voz del espíritu.

—El viaje ha sido muy largo. Hemos traído el cayado de Juvens.

El espíritu asintió.

—Sí, esa rama muerta me resulta familiar. Me siento alegre. Hace muchos inviernos que custodió esa cosa y es una carga muy dura de llevar. Al fin podré dormir...

—Buena idea. Si haces el favor de...

—Se lo entregaré a la mujer.

El espíritu hundió una mano en su vientre pétreo y Logen se echó hacia atrás por precaución. Sacó luego el puño cerrado con algo dentro, y, al verlo, sintió un escalofrío.

—Extiende las manos —masculló a Ferro.

***

Cuando el objeto cayó en las palmas de Ferro, Jezal dejó escapar un grito ahogado y se apartó apresuradamente, con la boca abierta del espanto, mientras se tapaba la cara con un brazo para protegerse. Bayaz lo miraba con los ojos muy abiertos. Quai estiraba con ansia el cuello. Logen gesticulaba y se inclinaba hacia atrás. Pielargo casi se salió a trompicones de la oquedad. Durante un buen rato los seis se quedaron mirando el objeto oscuro que Ferro tenía en las manos, sin moverse, sin hablar, sin que se oyera más ruido que el gemido del viento. Ahí estaba, justo delante de ellos. El objeto por el que habían viajado tan lejos y habían arrostrado todo tipo de peligros. El objeto que Glustrod había extraído de las entrañas de la tierra en tiempos inmemoriales. El objeto que había reducido a escombros la ciudad más grandiosa que había conocido la tierra.

La Semilla. El Otro Lado hecho carne. La misma esencia de la magia.

Pero, de pronto, en el rostro de Ferro comenzó a formarse un profundo ceño.

—¿Es esto? —preguntó en tono dubitativo—. ¿Es esto lo que hará que Shaffa quede reducida a polvo?

La verdad es que el objeto aquel, ahora que Jezal comenzaba a recuperarse de la conmoción que le había producido su súbita aparición, no parecía ser más que una simple piedra. Un vulgar trozo de roca gris del tamaño de un puño grande. No producía la impresión de estar dotado de un peligro sobrenatural. No se apreciaba ningún tipo de poder letal. No lanzaba rayos fulminantes ni puñaladas de luz. De hecho, tenía todo el aspecto de no ser más que una piedra como otra cualquiera.

Bayaz parpadeó. Se acercó gateando a Ferro y contempló el objeto que reposaba en sus palmas. Luego se humedeció los labios y alzó muy lentamente una mano mientras Jezal lo miraba con el corazón retumbándole en los oídos. Posó el dedo meñique sobre la piedra y se echó bruscamente hacia atrás. Ni se marchitó ni expiró de forma instantánea. Volvió a rozarla de nuevo con el dedo. No se produjo una atronadora detonación. Apretó la palma contra su superficie. Cerró sus gruesos dedos sobre ella. La alzó. Y seguía pareciendo una simple piedra.

El Primero de los Magos bajó la vista para contemplar el objeto que tenía en la mano y los ojos se le empezaron a abrir más y más y más.

—No es ésta —susurró con un temblor en los labios—. ¡Ésta no es la piedra!

Se quedaron tan anonadados que durante un rato nadie dijo nada. Jezal miró a Logen, y el norteño le devolvió la mirada, con su rostro surcado de cicatrices desencajado. Jezal miró a Pielargo, y lo único que pudo hacer el Navegante fue

encoger sus huesudos hombros. Jezal miró a Ferro, y vio cómo su ceño se volvía más pronunciado por momentos.

—¿Una simple piedra? —masculló al fin ella.

—¿No es? —bufó Quai.

—Entonces... —el alcance de las palabras de Bayaz empezaba a calar en la mente de Jezal—. Hemos hecho todo este viaje... ¿para nada? —una súbita ráfaga de viento apagó la mísera llama de la hoguera y le arrojó un poco de ceniza a la cara.

—Puede que se trate de un error —aventuró Pielargo—. Tal vez haya otro espíritu, tal vez haya otra...

—No hay ningún error —terció Logen negando enérgicamente con la cabeza.

—Pero... —los ojos de Quai parecían a punto de saltar de su cara lívida—. Pero... ¿cómo...?

Bayaz, cuyos músculos trabajaban con furia en sus sienes, lo ignoró por completo.

—Kanedias. Veo su mano en todo esto. Encontró la forma de engañar a sus hermanos, puso este trozo de nada en lugar de la Semilla y se la quedó. ¡Incluso después de muerto, el Creador reniega de mí!

—¿Una simple piedra? —gruñó Ferro.

—¿He renunciado a la oportunidad de luchar por mi país —murmuró Jezal, cuyo pecho empezaba a arder de indignación—, me he arrastrado cientos de kilómetros por una tierra baldía, me he dejado machacar, destrozar y llenar el cuerpo de cicatrices... para nada?

—La Semilla —los dientes de Quai asomaban tras sus pálidos labios mientras resollaba por la nariz—. ¿Dónde está? ¿Dónde?

—Si lo supiera —repuso su maestro—, ¿cree usted que estaríamos aquí sentados en esta isla desolada charlando con los espíritus para obtener a cambio un mísero pedazo de roca? —y, hecho una furia, alzó el brazo y arrojó la piedra contra el suelo. El impacto hizo que la piedra se partiera en varios trozos que botaron, rodaron y se desperdigaron entre cientos, miles y millones de piedras idénticas.

—No está aquí —Logen sacudió con pesar la cabeza—. Dígase una cosa de...

—¿Una mierda de piedra? —gruñó Ferro apartando los ojos de los trozos de piedra y clavándolos en Bayaz—. ¡Maldito viejo embustero! —se puso de pie de un salto con los puños apretados contra los costados—. ¡Me prometió venganza!

Con el rostro contraído de rabia, Bayaz se encaró con ella.

—¡Como si no tuviera cosas más importantes de las que preocuparme que de *tu venganza*! —rugió escupiendo unas gotas de saliva que nada más salir de su boca fueron arrebatadas por el embate del viento—. ¿O de *su decepción*? —le gritó a Quai a la cara, hinchando todas las venas de su cuello—. ¿O de *su aspecto*? —Jezal tragó saliva y se encajó en el hoyo tratando de parecer lo más pequeño posible; la terrible furia de Bayaz había conseguido que su propio furor se extinguiera con la misma celeridad con que el viento había apagado la pequeña fogata hacía unos instantes—. ¡He sido engañado! —bramó el Primero de los Magos abriendo y cerrando las manos en un inútil gesto de furor—. ¿Con qué voy a hacer frente ahora a Khalul?

Jezal hizo una mueca de dolor y se encogió, convencido de que en cualquier momento alguno de los miembros del grupo se rompería en mil pedazos, saldría disparado por los aires y se estrellaría contra las rocas o ardería con relucientes llamas, y mucho se temía que iba a ser él. El Hermano Pielargo eligió el peor momento para tratar de templar un poco los ánimos.

—¡No nos dejemos llevar por el abatimiento, camaradas! El viaje en sí es la verdadera recompensa...

—¡Si vuelve a decir eso otra vez, maldito imbécil rapado! —bufó Bayaz—. ¡Le convertiré en un montón de cenizas! —el Navegante retrocedió, encogido y tembloroso, y el Mago arrambló con su cayado, salió del hoyo hecho una furia y, con los faldones de su gabán agitados a su espalda por la violencia del viento, comenzó a descender hacia la playa. Tan terrible había sido su furor que, por un momento, no pareció mala idea permanecer en la isla en lugar de regresar con él al bote.

Aquel estallido, supuso Jezal, era la constatación de que su empresa había concluido en un rotundo fracaso.

—En fin —murmuró Logen, después de que hubieran permanecido un rato más sentados al viento—. Supongo que esto es el final —y, dicho aquello, cerró de golpe la tapa de la caja vacía del Creador—. De nada sirve lamentarse. Al fin y al cabo, hay que ser...

—¡Cierra la boca, imbécil! —le gruñó Ferro—. ¡A mí no me digas lo que hay que ser! —y, acto seguido, se plantó fuera de la oquedad de una zancada y comenzó a descender hacia el rugiente mar.

Logen hizo una mueca de dolor mientras volvía a meter la caja en su petate y luego suspiró al echárselo al hombro.

—Realista —dijo entre dientes y, acto seguido, siguió a Ferro. Pielargo y Quai, dos máscaras de hosca furia y muda decepción, bajaron a continuación, yjezal cerró la marcha. Mientras caminaba con los ojos casi cerrados para protegerse del viento, pasando de una piedra irregular a otra, le iba dando vueltas en la cabeza a todo lo

que había pasado. El humor reinante no podía ser más sombrío, pero, para su sorpresa, conforme se iba acercando al bote, cada vez le costaba más trabajo contener las ganas de sonreír. A fin de cuentas, el éxito o el fracaso de aquella aventura demencial jamás le había importado. Lo que sí le importaba era que por fin iba a volver a su tierra.

***

El agua golpeaba la proa, arrojando frías salpicaduras de espuma blanca. La lona de las velas se hinchaba y pegaba chasquidos, las boas y las jarcias crujían. El viento azotaba el rostro de Ferro, pero ella se limitaba a entrecerrar los ojos y lo ignoraba. Bayaz se había bajado de la cubierta hecho una furia y, uno por uno, los demás habían terminado por imitarle para resguardarse del frío. Arriba sólo quedaban Nuevededos y ella, contemplando el mar.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó el norteño.

—Ir a cualquier lugar donde pueda seguir matando gurkos —respondió sin pensárselo dos veces—. Me haré con unas cuantas armas y los combatiré en todos los sitios que pueda —en realidad, ni siquiera sabía si era cierto. El odio ya no le surgía con tanta naturalidad como antes. Ya no le parecía que fuera tan grave dejar que los gurkos se ocuparan de sus asuntos mientras ella se ocupaba de los suyos propios, pero sus dudas y su decepción no hacían sino forzarla a proclamarlo con más energía aún—. Nada ha cambiado, todavía necesito vengarme.

Silencio.

Miró de reojo y vio que Nuevededos contemplaba con gesto ceñudo la pálida espuma que flotaba sobre las oscuras aguas, como si ésa no fuera la respuesta que se había esperado. No habría sido difícil cambiarla por otra. «Iré donde tú vayas», podría haber dicho ¿Habría salido alguien perjudicado por ello? Nadie. Y ella menos que nadie. Pero a Ferro no le salía de dentro ponerse en sus manos de esa manera. Ahora que había llegado el momento, sentía que entre los dos se alzaba un muro invisible. Un muro que no se podía cruzar.

En realidad, siempre había estado ahí.

Todo lo que alcanzó a decir fue:

—¿Y tú?

Con semblante enojado, mordiéndose el labio, Nuevededos pareció pensárselo unos instantes.

—Creo que volveré al Norte —lo dijo en un tono apagado, sin tan siquiera mirarla—. Tengo algunos trabajos pendientes de los que nunca debería haberme olvidado. Oscuros trabajos que uno tiene que hacer. Sí, creo que iré para allá. De vuelta al Norte, para saldar cuentas.

Ferro torció el gesto. ¿Saldar cuentas? Quién fue el que dijo que no se podía vivir sólo para vengarse. ¿Y ahora resultaba que lo que quería era saldar cuentas? Cabrón mentiroso.

—Cuentas —bufó—. Bien.

La palabra le dejó en los labios un regusto tan punzante como el de la sal.

Nuevededos se la quedó mirando a los ojos durante un rato. Abrió la boca como si fuera a decir algo, y así se quedó, con una palabra a medio formar entre los labios y una mano adelantada un poco hacia ella.

Luego pareció venirse abajo y, encajando la mandíbula, le dio la espalda y se apoyó en la baranda.

—Bien.

Y de esa forma tan sencilla todo acabó entre ellos.

Mientras se apartaba de él, Ferro torció el gesto. Luego cerró los puños y sintió cómo las uñas se le clavaban con furia en las palmas de las manos. Se maldijo amargamente a sí misma. ¿Por qué no había sido capaz de decir otra cosa? Bastaba un soplo de aire y poner en los labios una forma distinta para que todo cambiara. Habría sido tan fácil...

Sólo que a Ferro eso no le salía de dentro, y sabía que nunca le saldría. Los gurkos habían aniquilado esa parte de su persona, en un lugar muy lejano, hacía ya mucho tiempo, y la habían dejado muerta por dentro. Había sido una tonta al concebir esperanzas, en el fondo siempre lo había sabido.

Las esperanzas son para los débiles.

De vuelta al barro

El Sabueso y Dow, Tul y Hosco, West y Pike. Los seis formaban un círculo y contemplaban dos montones de fría tierra. Abajo, en el valle, los soldados de la Unión se afanaban en enterrar a sus propios muertos. El Sabueso lo había estado viendo. Los había a centenares y los iban metiendo en hoyos de doce en doce. El día, en su conjunto, había sido malo para los hombres y bueno para la tierra. Siempre es así después de una batalla. La tierra es la única que sale ganando.

Un poco más allá, entre los árboles, Escalofríos y sus Caris, con las cabezas agachadas, enterraban a los suyos. Doce de ellos ya estaban bajo tierra, tres más se encontraban gravemente heridos, y con toda probabilidad irían a hacerlos compañía antes de que acabara la semana, y otro, que había perdido una mano, tal vez viviera o tal vez no, dependiendo de la suerte. Lo malo es que la suerte no les estaba sonriendo mucho últimamente. Casi habían perdido a la mitad de los suyos en un solo día de trabajo. Habían demostrado poseer mucho valor al decidir seguir allí a pesar de todo. El Sabueso oía algo de lo que decían. Palabras tristes y orgullosas, en memoria de los caídos. Los buenos hombres que habían sido, lo bien que habían combatido, lo mucho que los iban a echar en falta. Siempre es así después de una batalla. Hay que decir unas palabras en memoria de los muertos.

El Sabueso tragó saliva y volvió a mirar la tierra recién excavada. Duro trabajo ese de cavar bajo el frío en un suelo endurecido por el hielo. Aunque siempre es mejor ser el que excava que el que va a ser enterrado, eso es lo que habría dicho Logen, y el Sabueso suponía que tenía razón. Acababa de enterrar a dos personas, y, con ellas, a dos partes de él mismo. Debajo de uno de los montones, bien honda, estaba Cathil, estirada, pálida, fría; nunca más volvería a saber lo que es sentir calor. No lejos de ella, Tresárboles, con su escudo roto sobre las rodillas y la espada empuñada en una mano. Dos esperanzas distintas a las que el Sabueso acababa de dar tierra: una esperanza de futuro y una esperanza del pasado. Esperanzas truncadas, que ya nunca se cumplirían y que dejaban un profundo hueco en su interior. Así es siempre después de una batalla. Las esperanzas vuelven al barro.

—Enterrados donde murieron —dijo en voz baja Tul—. Es lo apropiado. Está bien que sea así.

—¿Bien? —ladró Dow, lanzando una mirada iracunda a West—. ¿Bien, dices? ¿El lugar más seguro de toda la batalla? ¿El lugar más seguro, no es eso lo que nos dijiste? —West tragó saliva y bajó la cabeza, abochornado.

—Déjalo, Dow —dijo Tul—. Ya eres lo bastante mayor para echarle la culpa a él o a cualquier otro. Las batallas son así. La gente muere. Tresárboles lo sabía, pocos mejor que él.

—Podríamos haber estado en otro sitio —refunfuñó Dow.

—Podríamos —dijo el Sabueso—, pero no lo estábamos y punto. Se puede cambiar eso, ¿eh? Tresárboles ha muerto, la chica ha muerto, y eso ya es bastante duro. Así que no empeores las cosas.

Los puños de Dow se cerraron con fuerza y respiró hondo como si se dispusiera a pegar un grito. Pero, en lugar de eso, soltó el aire de golpe, sus hombros se desplomaron y agachó la cabeza.

—Tienes razón. Ya no se puede hacer nada.

El Sabueso dio un toque a Pike en el brazo.

—¿Quiere decir unas palabras sobre ella? —el hombre del rostro abrasado le miró y dijo que no con la cabeza. No debía de tener muchas ganas de hablar, y el Sabueso no se lo reprochaba. Tampoco parecía que West estuviera a punto de decir algo, así que se aclaró la garganta, hizo una mueca de dolor al sentir una punzada en las costillas y se dispuso a hablar. Alguien tenía que hacerlo.

—Esta chica a la que enterramos aquí se llamaba Cathil. Mentiría si dijera que la conocía desde hace mucho y esas cosas, pero lo que conocí de ella, a mí al menos... me gustó. No fue mucho. No, no lo fue. Pero lo que está claro es que tenía agallas, creo que todos lo vimos en la marcha hacia el norte. Aguantó el frío, el hambre y todo lo demás sin soltar ni una sola queja. Me habría gustado conocerla mejor. Y esperaba que fuera así, pero, en fin, ya se sabe que casi nunca ocurre lo que uno espera. Aunque no era de los nuestros, murió a nuestro lado, así que creo que todos nos sentimos orgullosos de darle tierra al lado de uno de nosotros.

—Así es —dijo Dow—. Estamos orgullosos de tenerla entre nosotros.

—Cierto —dijo Tul—. La tierra acoge a todos por igual.

El Sabueso asintió con la cabeza, aspiró entrecortadamente una bocanada de aire y luego la expulsó.

—¿Alguien quiere decir algo sobre Tresárboles?

Dow se estremeció, clavó la mirada en sus botas y se puso a moverlas revolviendo la tierra. Tul alzó la vista al cielo y empezó a pestañear como si se le hubiera metido una mota en los ojos. El Sabueso estaba a un tris de romper a llorar. Sabía que si tenía que pronunciar una sola palabra más se pondría a berrear como un mocoso. Tresárboles habría sabido qué decir, pero ése era precisamente el problema: ya no podían contar con él. No parecía haber nadie capaz de pronunciar unas palabras. Y, entonces, Hosco dio un paso adelante.

—Rudd Tresárboles —dijo volviendo la cabeza hacia ellos y mirándolos a todos de uno en uno—. La Roca de Uffrith le llamaban. No ha habido un nombre más grande en todo el Norte. Gran guerrero. Gran jefe. Gran amigo. Su vida fue una batalla constante. Se enfrentó cara a cara al Sanguinario y luego luchó codo con codo con él. Nunca tomó el camino más fácil, si pensó que no era lo correcto. Nunca rehusó entrar en combate, si pensó que era el momento de luchar. Yo estuve a su lado, caminé a su lado y combatí a su lado durante diez años, por todo el Norte —de pronto, su semblante se quebró con una sonrisa—. Y no tengo ninguna queja.

—Bien dicho, Hosco —dijo Dow mirando la fría tierra—. Bien dicho.

—Nunca volverá a haber nadie como Tresárboles —murmuró Tul frotándose los ojos como si se le hubiera metido algo dentro.

—Cierto —apostilló el Sabueso. No le salía nada más.

West se dio la vuelta y, sin decir palabra, se alejó caminando pesadamente entre los árboles con los hombros caídos. El Sabueso vio cómo se le tensaban los músculos de las sienes. Seguramente estaría echándose la culpa. El Sabueso sabía por experiencia que a muchos hombres les gusta hacerlo cuando alguien muere, y West parecía ser uno de ésos. Pike le siguió, y los dos hombres se cruzaron con Escalofríos, que venía en dirección contraria.

Al llegar junto a las tumbas, se detuvo, las miró con gesto ceñudo, con el pelo colgando sobre su cara, y luego alzó la vista.

—No quisiera parecer irrespetuoso. En absoluto. Pero necesitamos un nuevo jefe.

—Acabamos de echarle la tierra encima —bufó Dow dirigiéndole una mirada iracunda.

Escalofríos alzó las manos.

—Por eso mismo creo que es el mejor momento para hablarlo. Conviene dejar las cosas claras. Mis muchachos, para qué negarlo, andan un poco revueltos. Han perdido varios amigos y han perdido a Tresárboles; necesitan alguien que los guíe. ¿Quién va a ser?

El Sabueso se frotó la cara. Ni se le había pasado por la cabeza y la verdad es que no sabía qué pensar. Tul Duru, Cabeza de Trueno, y Dow el Negro eran dos guerreros duros y de renombre, los dos habían mandado hombres con anterioridad, y muy bien además. El Sabueso los miró. Allí estaban, de pie, mirándose el uno al otro con el gesto torcido.

—Me da igual cuál de los dos sea —dijo—. Seguiré a cualquiera de los dos. Pero está claro que tiene que ser uno de vosotros dos.

Tul lanzó una mirada asesina a Dow, y Dow se la devolvió.

—Yo no puedo seguirle a él —retumbó Tul—, y él no me seguirá a mí.

—Así es —bufó Dow—. Ya lo hemos hablado. No funcionaría.

Tul negó con la cabeza.

—Por eso no podemos ser ninguno de los dos.

—No —dijo Dow —. No podemos ser ninguno de los dos —luego sorbió entre dientes, se arrancó un gargajo y lo escupió al suelo—. Así que tienes que ser tú, Sabueso.

—¿Así que qué? —dijo el Sabueso mirándole con los ojos como platos.

Tul asintió.

—Tú eres el jefe. Ya lo hemos acordado.

—Ajá —apostilló Hosco sin molestarse siquiera en levantar la vista.

El Sabueso hizo una mueca de dolor. Estaba esperando que Escalofríos dijera: «¿Cómo? ¿El, el jefe?». Estaba esperando que todos se pusieran a reír y le dijeran que era una broma. ¿Dow el Negro, Tul Duru Cabeza de Trueno y Hosco Harding, por no hablar de dos docenas de Caris, todos haciendo lo que él dijera? Era la idea más estúpida que había oído en su vida. Pero Escalofríos no se reía.

—Me parece una buena elección. Creo que puedo hablar por mis muchachos y la verdad es que eso mismo era lo que yo iba a sugerir. Voy a comunicárselo —se dio la vuelta y se alejó entre los árboles, seguido por la mirada estupefacta del Sabueso.

—¿Pero y los otros? —bufó una vez que Escalofríos estuvo demasiado lejos para poder oírle, a la vez que torcía el gesto al sentir una punzada en las costillas—. ¡Ahí hay veinte Caris y encima andan revueltos! ¡Necesitan seguir a alguien que tenga un nombre!

—Tú tienes un nombre —dijo Tul—. Viniste desde el otro lado de las montañas con Nuevededos, luchaste un montón de años con Bethod. No queda nadie que

tenga un nombre mejor que el tuyo. Has visto más batallas que cualquiera de nosotros.

—Verlas, tal vez.

—Tienes que ser tú y punto —dijo Dow—. Que no eres el más grande guerrero que ha existido desde los tiempos de Skarling, bueno, ¿y qué? Tienes las manos lo bastante manchadas de sangre para que alguien como yo te siga, y no hay ningún explorador vivo que se te pueda comparar. Sabes mandar hombres. Se lo has visto hacer a los mejores. A Nuevededos, a Bethod, a Tresárboles, has estado más cerca de ellos que nadie.

—Pero yo no puedo... quiero decir que... yo no puedo hacer que unos hombres se lancen a la carga, al menos, no como lo hacía Tresárboles...

—Nadie puedo hacerlo como él —dijo Tul señalando la tierra con la cabeza—. Pero, por desgracia, Tresárboles ya no es una opción. Ahora tú eres el jefe, y contarás con nuestro apoyo. Si algún hombre se niega a hacer lo que tú le digas, tendrá que mantener una conversación con nosotros.

—Y no será una conversación larga —gruñó Dow.

—Ahora tú eres el jefe —Tul se dio la vuelta y se internó en el bosque.

—Está decidido —y Dow el Negro le siguió.

—Ajá —apostilló Hosco con un encogimiento de hombros mientras seguía a los otros dos.

—Pero... —empezó a decir el Sabueso—. Esperad...

Se habían ido. Bueno, eso quería decir que en efecto era el jefe.

Se quedó parado un rato, parpadeando y sin saber qué pensar. Era la primera vez en su vida que era el jefe. Aunque, a decir verdad, no se sentía muy distinto. No se le habían ocurrido de pronto un montón de ideas. No sabía en absoluto qué tenía que decirles a los hombres que hicieran. Se sentía un perfecto idiota. Más de lo habitual incluso.

Se arrodilló entre las dos tumbas, hundió una mano en la tierra y sintió su tacto frío y húmedo entre los dedos.

—Lo siento, muchacha —murmuró—. No te merecías esto —agarró un terrón y lo estrujó con la mano—. Adiós, Tresárboles. Procuraré hacer siempre lo que tú habrías hecho. De vuelta al barro, viejo amigo.

Luego se levantó, se limpió la mano en la camisa y emprendió la marcha, dirigiéndose hacia donde estaban los vivos y dejándolos a los dos ahí atrás en la tierra.

Agradecimientos

A cuatro personas sin las cuales...

A Bren Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola. A Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.

A Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos pasando sus páginas. A Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

También...

A John Weir, por hacer correr la palabra. A Simón Spanton, por no ensañarse conmigo.

Como olvidar a...

A Gillian Redfearn, que no sólo lo hizo posible, sino que hizo que fuera mejor.



LTC - Abril 2011
Para Lode